

U n a
nación
para
todos

ALEJANDRO DE LA FUENTE

Titular de la Cátedra Robert Woods Bliss de Historia Latinoamericana y Economía y Profesor de Estudios Africanos y Africano Americanos de la Universidad de Harvard. Director de la Iniciativa de Estudios Afro-Latino Americanos de la Universidad de Harvard y Co-Coordenador del Programa de Estudios Cubanos de esa institución.

Entre sus publicaciones se encuentran *Grupo Antillano: el arte de afro-Cuba* (2013), *Queloides: raza y racismo en el arte cubano contemporáneo* (2011), *Havana and the Atlantic in the Sixteenth Century* (2008), “*Su único derecho*”: *los esclavos y la ley* (2004) y *Una nación para todos: raza, desigualdad y política en Cuba, 1900-2000* (2001). Sus ensayos sobre raza, esclavitud, e historia Atlántica han sido publicados en inglés, francés, alemán, italiano y portugués.

Una nación para todos

Raza, desigualdad y política en Cuba
1900-2000

Alejandro de la Fuente



IMAGEN **IC** CONTEMPORANEA

LA HABANA • 2014

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Director:

Eduardo Torres-Cuevas

Subdirector:

Luis M. de las Travesas Moreno

Editora principal:

Gladys Alonso González

Coordinadora general:

Yasmin Ydoy Ortiz

Responsable de la edición:

Norma Suárez Suárez

Diseño, maquetación y emplane:

Luis Alfredo Gutiérrez Eiró

Todos los derechos reservados.

© Sobre la presente edición:

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2014

ISBN: 978-959-293-024-7

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA,
Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,
Universidad de La Habana,
L y 27, CP 10400, Vedado,
La Habana, Cuba.
e-mail: yasmin@ffh.uh.cu

Índice

AGRADECIMIENTOS / XI

ABREVIATURAS / XIII

INTRODUCCIÓN / 1

1. ¿ORDEN RACIAL O DEMOCRACIA RACIAL? LA RAZA Y LAS FORMULACIONES DE LA CUBANIDAD / 26

2. LA POLÍTICA ELECTORAL / 69

3. EL MERCADO DE TRABAJO / 126

4. EDUCACIÓN Y MOVILIDAD SOCIAL / 179

5. ¿UNA CUBA NUEVA? / 223

6. EL ESTADO Y LA IGUALDAD RACIAL / 269

7. Construyendo una nación para todos / 331

8. El período especial / 406

Epílogo / 428

Bibliografía / 435

A Patri e Isa
A mis padres, que me enseñaron
a querer a Cuba y su gente
A Wilfredo Willy Capote, donde quiera que esté

Agradecimientos

Fue por 1990, en la paz de mi estudio habanero, rodeado de libros insustituibles y del afecto de mi familia, que empecé a pensar en las complejidades de las relaciones raciales cubanas. Terminé este libro 10 años después en Tampa, Florida. En el proceso perdí el estudio, mis libros, y el acceso a mi familia. Durante todos estos años, sin embargo, hay algo que permaneció inalterable: el amor y el apoyo de mi esposa Patricia. Los académicos frecuentemente agradecen la ayuda de sus compañero(a)s al final de las introducciones. Yo lo hago al principio. Más recientemente, agradezco que me haya ayudado a resistir las invitaciones de mi hija Isabel, que siempre tenía para mí planes más interesantes que la revisión de este manuscrito.

Fue un privilegio realizar una buena parte de esta investigación en la Universidad de Pittsburgh, donde tuve la oportunidad de trabajar con un grupo verdaderamente notable de académicos —Seymour Drescher, Peggy Lovell, y Carmelo Mesa-Lago entre ellos. George Reid Andrews y Harold Sims leyeron este manuscrito más veces de lo que puedo recordar. En el proceso aprendí que el intercambio de ideas y la excelencia académica están íntimamente vinculados. Para ellos mi agradecimiento por su generosidad y apoyo. Agradezco también a Susan Fernández, mi colega y amiga en la Universidad del Sur de la Florida, por sus lecturas del manuscrito y por sus comentarios de forma y fondo.

Los estudios pioneros de Rebecca Scott sobre raza, política y movilización en Cuba han sido, junto a su contagioso entusiasmo, una fuente de inspiración. Nuestros intereses comunes han generado varios esfuerzos de colaboración en los que participaron otros colegas, como Ada Ferrer, Orlando García Martínez, y Michael Zeuske. Debo reconocer que, en este proceso, siempre he recibido más de lo que he podido entregar.

Otros colegas leyeron y criticaron diferentes secciones del manuscrito. Entre ellos debo mencionar al destacado antropólogo colombiano Jaime Arocha, a Jorge de Carvalho, Carmen Diana Deere, Laurence Glasco, Olabiya Jay, Helen Safa, Ward Stavig y Kevin Yelvington. En Cuba, me beneficié con los comentarios y preguntas de Jorge Ibarra, uno de los estudiosos más notables del nacionalismo, la sociedad, y la cultura cubanas. Tomás Fernández Robaina, mi amigo y colaborador de muchos años, compartió conmigo sus considerables conocimientos sobre temas afrocubanos. Hago solo justicia al decir que sin su apoyo este libro no se hubiera concluido nunca. Walterio Carbonell respondió muchas de mis preguntas y me ofreció informaciones difíciles de obtener en fuentes escritas. El desaparecido Conrado Bequer compartió sus experiencias como líder sindical y activista político durante

la segunda república. La historiadora Carmen Almodovar me ayudó a recopilar información durante el proceso inicial de mi investigación. También lo hicieron mis padres, José de la Fuente y Sara García. Lourdes Serrano y Juan A. Alvarado Ramos, del Centro de Antropología de Cuba, discutieron conmigo sus resultados y hemos colaborado en varios proyectos comunes. Debo un agradecimiento especial a colegas en dos organizaciones en mi tierra: a Orlando García Martínez, presidente de la sección de Cienfuegos de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, y a los trabajadores del Centro Juan Marinello en La Habana, en especial a Rafael Hernández y al director del centro, Pablo Pacheco, por la oportunidad de compartir algunos de estos resultados con mis colegas en la Isla. También doy las gracias a los trabajadores del Archivo Provincial de Cienfuegos por todas las facilidades que me dieron cuando trabajé allí. En su etapa final, el libro mejoró gracias a los comentarios y sugerencias de Louis A. Pérez y de Thomas Holt, quienes leyeron la versión del manuscrito en inglés, idioma en el que lo escribí originalmente.

Mi investigación fue financiada generosamente por el United States Institute of Peace, el Institute for the Study of World Politics, y la Harry F. Guggenheim Foundation. Escribí parte del manuscrito como becario de la Fundación Rockefeller en la Universidad de la Florida. La John D. and Catherine T. MacArthur Foundation y el United States Institute of Peace me concedieron fondos adicionales para la investigación, suplementados por la ayuda financiera de la Universidad del Sur de la Florida (USF). El Departamento de Historia de USF me dio el tiempo necesario para terminar el libro. Agradezco a mis colegas del Departamento por haber hecho mi estancia allí tan agradable.

Por último, quiero reconocer el apoyo de aquellos que estuvieron con nosotros durante estos años difíciles: a mis padres y suegros, Noel González y Yolanda Maicas, que siempre estuvieron a nuestro lado, incluso cuando no podíamos verlos. A Orlando y Rena Pérez, cuya amistad nos ha acompañado siempre. A María y Luigi Tatichi, que literalmente nos dieron refugio cuando más lo necesitábamos. A Lola Maicas, Luis Miguel García Mora, Humberto y Berta González, Harry y Odalys Valdés, Gena Wodnicki y a Elena y Carmelo Mesa-Lago, que hicieron todo lo posible porque nos sintiéramos en casa cuando parecía que habíamos perdido la nuestra para siempre. A ellos, simplemente, muchas gracias.

Tampa, Florida, enero del 2000

Abreviaturas

- CTC** Confederación de Trabajadores de Cuba, después Central de Trabajadores de Cuba
- CNOC** Confederación Nacional Obrera de Cuba
- CFN** Conjunto Folklórico Nacional
- CANF** Cuban American National Foundation (Fundación Nacional Cubano Americana)
- FDMC** Federación Democrática de Mujeres Cubanas
- ICAIC** Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos
- KKKK** Ku Klux Klan Kubano
- M-26-7** Movimiento 26 de Julio
- MOPI** Movimiento de Opinión Progresista Integral
- ONRE** Organización Nacional de Rehabilitación Económica
- PCC** Partido Comunista de Cuba
- PC** Partido Conservador
- PIC** Partido Independiente de Color
- PL** Partido Liberal
- PRCA** Partido Revolucionario Cubano Auténtico
- PSP** Partido Socialista Popular
- SNOIA** Sindicato Nacional de Obreros de la Industria Azucarera
- TNC** Teatro Nacional de Cuba
- UNITA** Union for the Total Independence of Angola (Unión para la Independencia Total de Angola)

Introducción

Verano de 1993. Una mujer cubanoamericana, blanca, adinerada, residente en Miami, regresó de visita a Cuba después de 30 años de ausencia. En la Isla fue recibida por su antigua sirvienta, una mujer negra, ya retirada y madre de dos hijas: una es ingeniero; la otra es médico. Fue un encuentro emotivo, pleno de recuerdos comunes y de alegrías mutuas. Pero cuando el tema inevitable de una Cuba poscomunista surgió durante la conversación, la exsirvienta preguntó: “¿Volverán mis hijas a ser criadas?”¹

¿Volverán sus hijas a ser criadas? Esta pregunta refleja las ansiedades que amplios sectores sociales experimentaban a inicios de la década de 1990, cuando la sociedad cubana entró en su peor crisis desde el triunfo revolucionario de 1959. También es un reflejo de las ansiedades particulares de los afrocubanos en relación con los cambios políticos en general. Al igual que otros grupos sociales subordinados, las oportunidades económicas y sociales de estos han dependido tradicionalmente de las acciones estatales. Las políticas gubernamentales han creado avenidas para la inclusión de negros y mulatos en la nación, o excluido su participación en áreas de la vida económica, política y social del país. La crisis de los 90 era, en muchos sentidos, única. La

¹ Sally Dinkel: “Exile’s End”, *Town & Country* (July, 1993): 114. [La información completa de todas las citas están al final del libro en la “Bibliografía” (*N. de la E.*)].

aprehensión con la que los afrocubanos percibían la posibilidad de cambios políticos inminentes no lo era.²

Los temores acerca de un cambio político futuro reflejaban no solo el impacto que los cambios realizados por el gobierno revolucionario han tenido en la vida cotidiana de los ciudadanos comunes. Dichos temores también se basaban en el conocimiento de que las transiciones políticas en la historia republicana de Cuba han generado siempre tensiones raciales, e incluso violencia. Como es imposible hablar de la cubanidad y de “lo cubano” sin hacer referencia a “la raza”, lo anterior no es sorprendente. Es en momentos de crisis y transformación, cuando los significados concretos de la cubanidad se debaten intensamente, así como el “lugar” de los afrocubanos en la sociedad. Algunos grupos sociales han considerado estos períodos como oportunidades para minimizar el acceso de negros y mulatos a la vida política y a los sectores más codiciados de la economía. Otros, incluyendo muchos afrocubanos, los han visto como una oportunidad para construir el sueño de José Martí de una república racialmente igualitaria, de una nación “con todos y para el bien de todos”.

Aunque la visión de Martí permanecía como un proyecto no alcanzado a inicios de la década de 1990, el gobierno revolucionario había dado pasos significativos para convertir ese sueño en realidad. Como muestra el ejemplo de la sirvienta y sus dos hijas, convertidas en profesionales, desde inicios de la década de 1960 los sectores más pobres de la sociedad cubana experimentaron un ascenso social importante.

Algunos autores argumentarían, sin embargo, que este no es un ejemplo típico. La literatura acerca del impacto de la Revolución Cubana en las relaciones raciales se ha caracterizado por la existencia de puntos

² En este libro, los términos “negro” y “afrocubano” se utilizan indistintamente para referirse a las personas consideradas como no blancas en Cuba. El término afrocubano es rechazado frecuentemente por investigadores sobre la base de que no refleja con exactitud el proceso de integración racial y cultural del pueblo cubano. En conversaciones con estudiosos en la Isla, algunos concuerdan en que el término puede ser utilizado en el área de la “cultura”, pero se oponen al uso general del mismo. Estas objeciones son básicamente idénticas a las expresadas por el intelectual Alberto Arredondo en 1939 (*El negro en Cuba*, 107-115), quien afirmaba que el término era una tautología porque Cuba ya era “afro”. A pesar de estas objeciones válidas, he preferido utilizar el término para enfatizar la experiencia histórica singular de esos cubanos que son definidos sobre la base de su ancestro africano, en una sociedad que nunca ha sido ciega al color. Mientras el sueño de una nación sin razas siga siendo un proyecto, el término afrocubano sirve para enfatizar el papel central de los negros en la formación de la cubanidad.

de vista radicalmente divergentes, irreconciliables, que van desde aquellos que aseguran que la Revolución heredó y resolvió el problema racial, hasta quienes argumentan que en realidad el racismo se ha intensificado, y que el propio Fidel Castro es un racista. La afirmación de que la Revolución Cubana extirpó “en menos de tres años un mal que duró más de tres siglos”,³ es típica de uno de los extremos del espectro. Las afirmaciones de que “Fidel Castro es un racista calculador” o de que “la Revolución, a su manera... es también, acaso por la propia naturaleza del comunismo, medularmente racista”, ejemplifican la otra posición extrema.⁴

Aunque algunos de esos autores han creado obras serias y polémicas, los mejores trabajos sobre este tema en la Cuba contemporánea han sido elaborados por estudiosos que han adoptado una posición más balanceada. Sus contribuciones están mejor sustentadas y tienen un tono menos agresivo.⁵ Estos autores sostienen que Cuba no es ni el paraíso racial que preconizan las autoridades cubanas, los eruditos oficiales y los observadores afines, ni el infierno racial que describen algunos de los detractores del gobierno cubano. Según esta visión, la Cuba posrevolucionaria realizó avances hacia la igualdad, pero no logró resolver el llamado “problema racial”. No obstante, estos autores difieren acerca del impacto de la Revolución en las relaciones raciales, y fluctúan desde un claro apoyo al gobierno y sus políticas, hasta posiciones de abierta, aunque moderada, crítica al tema.

Sin embargo, como expresara Lourdes Casal, lo que frecuentemente se debate es la naturaleza de la sociedad prerrevolucionaria cubana, cuán racista y desigual era desde el punto de vista racial.⁶ Aunque ningún estudioso serio afirma que la sociedad republicana

³ José Felipe Carneado: “La discriminación racial”, 67. Sobre esta posición, ver Serviat: *El problema negro*, La Habana, Editora Política, 1986; Cannon y Cole: *Free and Equal...*, 1978; MINREX: *Cuba, Country Free of Segregation*; Sánchez: “Un mal del pasado”; Gil Green: *Cuba...*; y Ring: *How Cuba Uprooted Race Discrimination*.

⁴ Omar López Montenegro: “Castro is a Calculating Racist -Here's Why”, *Miami Herald* (30 de julio de 1993); Carlos A. Montaner: *Informe secreto...*, 101. Para ejemplos adicionales, ver Moore: “Le peuple noir...” y *Castro, the Blacks, and Africa...*; Clytus: *Black Man in Red Cuba*; Cleaver: *Soul on Ice*, 107-109.

⁵ Casal: “Race Relations in Contemporary Cuba” y *Revolution and Race...*; Booth: “Cuba, Color and the Revolution”; Thomas: *Cuba...*; Domínguez: *Cuba: Order and Revolution* y su “Racial and Ethnic Relations...”; Masferrer and Mesa-Lago: “The Gradual Integration of the Black in Cuba...”; McGarrity: “Race, Culture, and Social Change in Contemporary Cuba”; y Nadine Fernández: “The Color of Love...”

⁶ Casal: “Race Relations in Contemporary Cuba”, 11.

estaba libre de discriminación,⁷ algunos autores enfatizan que la tendencia hacia una sociedad de mayor igualdad data del período previo a la Revolución de 1959, pues existían oportunidades para la movilidad social —incluyendo el acceso a posiciones de liderazgo—; la Constitución de 1940 proscibía la discriminación; el racismo institucional era desconocido, y existía una tendencia de largo plazo hacia la “integración racial” en el país.⁸ Estos argumentos tienden a minimizar el impacto de la revolución socialista en las relaciones raciales. En cambio, otros estudiosos afirman precisamente lo contrario: la sociedad cubana antes de 1959 era profundamente racista, y los negros eran mantenidos sistemáticamente en la base de la jerarquía social.⁹

Esta discusión no solo se basa en las posiciones ideológicas contendientes de los autores, sino también en la ausencia de investigaciones sistemáticas sobre el tema. Como señala Marifeli Pérez-Stable: la naturaleza de la sociedad prerrevolucionaria cubana es “un tema más bien desatendido en la literatura” y “un terreno no explorado en el análisis sociológico”.¹⁰ Esto es especialmente cierto en los estudios de los llamados grupos raciales, a pesar de las peculiaridades de la experiencia histórica de Cuba. La Isla recibió esclavos africanos hasta la década de 1860 y fue la última colonia española en abolir la esclavitud (1886), hecho íntimamente relacionado con las luchas por la independencia y la formación de una coalición nacionalista interracial. Más aún, fue en Cuba donde los negros y mulatos organizaron, por primera vez en el continente, un partido político nacional racialmente definido, en 1912. Además, el país brinda un ejemplo único para estudiar el impacto del socialismo en las relaciones raciales en las Américas.

La falta de estudios acerca del tema se corresponde con una interpretación dominante del nacionalismo cubano, con hondas raíces históricas, según la cual cualquier discusión del asunto puede amenazar la unidad nacional y la fraternidad racial cubanas. Según esta visión, no solo es peligroso y antipatriótico indagar en los temas raciales —como

⁷ La idea, sin embargo, tiene alguna vigencia en el discurso político (blanco) y en la imaginación popular, al menos entre el exilio. Ver, por ejemplo, José Miguel Gómez Barbera: “¿Dónde está la discriminación?”, *El Nuevo Herald* (22 de agosto de 1993); Liz Balmaseda: “Cuban Miami Should Be Candid on Issue of Race”, *Miami Herald* (11 de agosto de 1993).

⁸ Thomas: *Cuba...*, 1117-1126; Masferrer and Mesa-Lago: “The Gradual Integration”; Castellanos and Castellanos: *Cultura afrocubana*, 2: 401-429.

⁹ Casal: *Revolution and Race*, 1-4; Casal: “Race Relations in Contemporary Cuba”, 12-18.

¹⁰ Pérez-Stable: *The Cuban Revolution*, 5-6.

dijera un intelectual blanco en 1929: “El problema negro existe solo cuando de él se habla, y eso es jugar con fuego sin necesidad”—,¹¹ sino también innecesario y superfluo, pues la raza no desempeña papel alguno entre los cubanos.

Un “no tema” no puede ser objeto de estudio. Cuando lo es, es relegado a la conveniencia del pasado o a áreas de conflicto político mínimo. Durante el período republicano, la mayoría de los estudios sobre cuestiones raciales glorificaban la vida y la trayectoria política y militar de destacados líderes negros, en especial de quienes participaron en las luchas de independencia. Al enfatizar la contribución de los negros a la independencia de Cuba, estos escritos tenían, sin duda, un propósito político directo. No es mera coincidencia que muchos de estos textos fueran escritos por autores negros.¹² Con muy pocas excepciones, más que textos de naturaleza erudita, estos estudios constituían una crítica a la subordinación de los afrocubanos a la sociedad cubana.¹³

En cambio, la contribución de estos a la vida nacional fue investigada y reconocida en el área de la “cultura”, aun cuando fuese solo como parte del folklore nacional. Después de 1920 proliferaron los estudios acerca de los ingredientes africanos —el término acuñado fue “raíces”— en la música, el baile, la comida y el lenguaje, como un esfuerzo más amplio para redefinir el verdadero significado de la cubanidad. En este proceso, simbolizado fundamentalmente por el movimiento literario *afrocubanista*, Cuba fue representada como una nación *mulata* o *mestiza*.¹⁴

La Revolución de 1959 no alteró en lo fundamental estas corrientes intelectuales, y no parece ser la “gran división” que generalmente se supone.¹⁵ Por una parte, las autoridades culturales reconocieron y patrocinaron,

¹¹ M. Martínez: “Carta topográfica”, *Diario de la Marina* (19 de mayo de 1929).

¹² Ejemplos de esta literatura lo constituyen los trabajos biográficos de Horrego Estuch: *Juan Gualberto Gómez*, *Martín Morúa Delgado* y *Maceo, héroe y carácter*. Ver también Griñán Peralta: *Maceo, análisis caracterológico*; Pérez Landa y Rosell Pérez: *Vida pública de Martín Morúa Delgado*; Franco: *Antonio Maceo*; Savignón: *Tres ensayos*; y Córdova: *Flor Crombet*.

¹³ Ver ejemplos en Serra: *Para blancos y negros*; Arredondo: *El negro en Cuba*; Cuéllar Vizcaíno: *Unas cuantas verdades*; Pinto: *Un artículo y El Dr. Mañach y el problema negro*; y Grillo: *El problema del negro*. De un carácter similar son los trabajos de Betancourt: *El negro, prejuicio, ensayo polémico y Doctrina negra*.

¹⁴ Un análisis excelente de este proceso se encuentra en Moore: *Nationalizing Blackness* y Kutzinski: *Sugar's Secrets*. Referencias útiles adicionales se encuentran en Arce: *La raza cubana* y Ramos: “Cubanidad y mestizaje”.

¹⁵ La expresión es de Pérez-Stable: *The Cuban Revolution*, 5.

de manera selectiva, las raíces africanas de la cultura popular, como ingredientes esenciales de la cubanidad y el folklore nacional. Por otra parte, el gobierno revolucionario se basó en las tradicionales interpretaciones dominantes del nacionalismo cubano, e impuso su propio silencio oficial al tema racial. Desde inicios de la década de 1960, las nuevas autoridades afirmaron que la discriminación racial había sido eliminada de la Isla. “La discriminación —dijo Fidel Castro en 1966— desapareció cuando desaparecieron los privilegios de clase, y al país no le ha costado mucho esfuerzo resolver ese problema”.¹⁶ El tema racial se consideró como un asunto que creaba divisionismo, y su discusión abierta era una amenaza a la siempre necesaria unidad nacional. El gobierno había “resuelto” el problema racial: hablar de este era abordar un problema que no existía.¹⁷

Aunque este no es el lugar para discutir los méritos de la posición oficial cubana, debo enfatizar que ese ambiente ideológico desestimuló grandemente las investigaciones al llamado problema racial. Los primeros intentos revisionistas, como *Crítica, cómo surgió la cultura nacional*, de Walterio Carbonel, y *El negro: ciudadano del futuro*, de Juan René Betancourt (escrito antes del triunfo de la Revolución, pero publicado en 1959) fueron ambos, a pesar de sus diferencias, recibidos con desagrado y encontraron resistencia oficial.¹⁸

En cambio, los historiadores centraron su atención en el estudio de la esclavitud y la economía de plantación (elemento crucial para entender el subdesarrollo de Cuba), el control político y la penetración económica de los Estados Unidos en la Isla, las guerras de independencia, y el movimiento obrero. También se realizaron estudios valiosos de los cimarrones y otras formas de resistencia de la población negra, incluyendo biografías de algunos afrocubanos destacados.¹⁹ Aunque el

¹⁶ Lockwood: *Castro's Cuba*, 128. Ya en 1962, la Segunda Declaración de La Habana afirmó que Cuba había eliminado la discriminación racial: “II Declaración de La Habana”, en *Documentos de la Revolución*, 68.

¹⁷ Tal como señaló un joven negro entrevistado por Sutherland en 1967: “el problema es que el racismo es un tema tabú, porque oficialmente el racismo no existe”. Ver Sutherland: *The Youngest Revolution*, 149. Ver también Landau: “A New Twist”, 55.

¹⁸ Betancourt viajó al exilio, donde criticó fuertemente las políticas del gobierno; ver, por ejemplo, su “Castro and the Cuban Negro”. Carbonell permaneció en Cuba, pero en el ostracismo; ver Moore: *Castro, the Blacks, and Africa*, 99.

¹⁹ Para un panorama de la historiografía posrevolucionaria en Cuba ver Zanetti Lecuona: “Realidades y urgencias de la historiografía”, 119-128; Ibarra: “Historiografía y revolución”, 5-16; Louis Pérez: “In the Service of Revolution”, 144-152.

tema del racismo y la discriminación racial pudo haber sido integrado en la narrativa de los “precedentes” de la Revolución, este rara vez lo abordaron los estudiosos y con frecuencia se analizó como un simple subproducto de las contradicciones de clases.²⁰ El libro de Tomás Fernández Robaina, *El negro en Cuba*, es la excepción más notable a esta tendencia, pues el autor enfatiza no solo la naturaleza discriminatoria de la sociedad republicana, sino también la permanente lucha de negros y mulatos para lograr una igualdad plena y efectiva.²¹

Investigaciones recientes empiezan a cubrir esta importante área en la historiografía cubana. Los estudios pioneros de Rebecca Scott sobre la transición de la esclavitud y el llamado trabajo libre se complementaron por las investigaciones de Ada Ferrer acerca de la participación de los negros en las guerras de independencia y en la construcción de las identidades nacionales.²² Rafael Fermoselle, Thomas Orum, y en especial, Aline Helg aportaron una visión mucho más abarcadora de las políticas raciales en el período inicial de la república y subrayaron también la influencia negativa del gobierno de ocupación de los Estados Unidos, un tema al que Louis A. Pérez y otros estudiosos dedicaron su atención.²³ También aparecieron estudios valiosos sobre la evolución de las ideologías raciales en Cuba y su interacción con la cultura nacional.²⁴ En la Isla, los historiadores y antropólogos muestran un interés renovado en el tema racial —y en áreas antes vedadas a la indagación académica, que incluyen en la persistencia de prejuicios y estereotipos racistas en la sociedad cubana.²⁵ Resulta obvio que las preocupaciones de la antigua sirviente, citadas al inicio de esta “Introducción”, no eran solo de ella.

²⁰ Por ejemplo, López Segrera: *Raíces históricas de la revolución cubana*.

²¹ Fernández Robaina: *El negro en Cuba*.

²² Scott: *Slave Emancipation, Historia Social*, “Relaciones de clase e ideologías raciales”, y “The Lower Class of Whites”; Ferrer: “Social Aspects”, “Esclavitud, ciudadanía”, y “To Make a Free Nation”.

²³ Fermoselle: *Política y color en Cuba*; Orum: “The Politics of Color”; Helg: *Our Rightful Share*; Pérez: *Cuba Between Empires, Cuba Under the Platt Amendment*, y “Politics, Peasants, and People of Color”; ver también Benjamin: *The United States and Cuba*.

²⁴ Moore: *Nationalizing Blackness*; Kutzinski: *Sugars' Secrets*; Helg: “Race in Argentina and Cuba”; Pruna y García González: *Darwinismo y sociedad en Cuba*; García González: “En torno a la antropología y el racismo”; Daniel: *Rumba*; Martínez: *Cuban Art*.

²⁵ Fernández Robaina: *Hablen paleros y santeros*; Alvarado Ramos: “Relaciones raciales en Cuba”; Guanche: “Etnicidad y racialidad”; Menéndez Vázquez: “Un cake para Obatalá”; Duharte y Santos: *El fantasma de la esclavitud*.

Este libro incorpora el tema de la “raza” y de las desigualdades raciales en el estudio de la formación nacional y la evolución de la sociedad cubana durante el período poscolonial. Es lógico que un enfoque de este tipo tiene ciertas limitaciones. Al concentrarse en las tendencias nacionales, este estudio hace poca justicia a las complejidades e infinitas variaciones de las condiciones locales. Estos entornos son siempre más ricos que cualquier abstracción nacional. Y aunque numerosos eventos locales se mencionan en el libro, estos se utilizan para ilustrar ciertas afirmaciones generales y no a la inversa. Siguiendo la misma lógica, este libro analiza el impacto de las políticas gubernamentales, las condiciones económicas, y las diferentes formas de acción social sobre las identidades raciales y los patrones de desigualdad racial en la Isla. Así, se enfatiza en el extremo social de lo que Thomas Holt denomina la continuidad “entre las explicaciones de la conducta a nivel de la experiencia humana y las situadas al nivel de la sociedad y las fuerzas sociales”.²⁶ Resultan de especial interés las conexiones que median entre esos niveles: cómo diferentes grupos sociales influyeron en la creación de políticas estatales y cómo el Estado, en cambio, dio forma a la composición, metas y estrategias de esos grupos. Con esa interacción, diversas visiones de raza y *cubanidad* compitieron por la aceptación y la legitimidad.

El libro pretende dar respuesta a tres preguntas básicas. Primero, ¿cuán desigual, desde el punto de vista racial, ha sido la sociedad cubana durante el siglo xx en áreas como el acceso a la educación, el mercado laboral y los recursos de poder? Sabemos que la raza ha desempeñado un papel fundamental en la sociedad cubana desde el período colonial, pero ¿hasta qué punto afectó las oportunidades sociales en Cuba, tanto durante la república (1902-1958) como en la Revolución (1959-2000)? ¿Qué impacto han tenido los programas de redistribución de la Revolución en la situación de los afrocubanos?

Este trabajo, intenta establecer no solo cómo ha cambiado la desigualdad racial, sino también, en alguna medida, el porqué de esos cambios. Por tanto, una segunda pregunta aún más interesante se relaciona con los factores que explican la posición de negros y blancos en las áreas mencionadas antes; una pregunta que, a su vez, tiene que ver con el papel que han desempeñado las ideologías raciales en la definición de la nación cubana. Estas ideologías no son un simple reflejo de las condiciones estructurales, sino parte integral de las realidades sociales. Ellas definen, de manera muy concreta, lo que es posible po-

²⁶ Holt: “Marking”, 7.

líticamente. Por tanto, este libro pretende determinar las oportunidades sociales y políticas y las limitaciones que diversas nociones acerca de la cubanidad e identidad nacional crearon para aquellos identificados como negros y blancos en la historia poscolonial de Cuba.

PERSPECTIVAS TEÓRICAS

La literatura publicada no ofrece una explicación coherente sobre los roles que las percepciones de las razas han desempeñado en la sociedad, la economía y la política en Cuba. Los estudiosos aún difieren incluso en la caracterización más elemental de la sociedad cubana durante el siglo xx. Mientras algunos autores subrayan el carácter racista de la sociedad prerrevolucionaria cubana, otros enfatizan el progreso de los negros durante la república. Estas tesis divergentes se definen claramente en la interpretación de la llamada “guerra racial” de 1912. En tanto, Helg afirma que “la masacre de 1912 asestó un golpe duradero a los afrocubanos”, Jorge e Isabel Castellanos interpretan estos eventos de manera muy diferente: “El desastre del año 12 detuvo brevemente, pero no le puso fin al movimiento por la igualdad y por el avance material y espiritual de la población cubana ‘de color’”.²⁷ Me referiré a estas tesis alternativas como “el predominio del racismo” y “la posibilidad de la integración”.

Estas posiciones ofrecen al menos un punto de partida para la discusión. A las preguntas formuladas antes, los seguidores de la tesis del racismo responden que la Cuba republicana era racialmente desigual. Ellos explican esta condición en términos del carácter racista de la sociedad cubana y los efectos de un “mito de igualdad racial” que, mientras afirmaba que todos los cubanos eran iguales, de hecho servía para mantener a los negros en la base de la escala social. Esta tesis ofrece importantes valoraciones para la posible interpretación del carácter y el propósito de la ideología nacionalista cubana, en el papel central de la raza en la construcción de la nación, y en las amplias evidencias de la gran lucha de los afrocubanos en alcanzar la plena igualdad económica, social y política. Es de por sí un logro significativo que estos autores rompieron el silencio en las investigaciones cubanas acerca de este tema.²⁸

27 . Helg: *Our Rightful Share*, 3; Castellanos y Castellanos: *Cultura afrocubana*, 2: 327.

28 . Helg: *Our Rightful Share*; Fernández Robaina: *El negro en Cuba*. Ver también Rout, Jr.: *The African Experience*, 301-308.

Los argumentos de la tesis de la integración están menos desarrollados. Estos estudiosos reconocen la existencia de desigualdades y racismo en la Cuba republicana, pero enfatizan en el progreso continuo de los negros en varias áreas (educación, empleo) y en la naturaleza integracionista de la ideología nacionalista cubana. Uno de los aportes importantes de esta literatura incluye la percepción de que la ideología nacionalista pudiera haber contribuido a la integración de los negros y los blancos en una noción compartida de cubanidad, y que la desigualdad, objetiva y medible, de hecho disminuyó en algunas áreas y períodos durante la república.²⁹

A pesar de sus contribuciones, ninguna de estas posiciones explica los cambiantes significados de la raza en la sociedad poscolonial cubana. La tesis de la integración menciona el progreso de los negros, pero ofrece vagas explicaciones del porqué de este progreso y porqué no se presenta en algunos períodos. Sus defensores dan a entender que el nacionalismo cubano permitió a todos los grupos raciales participar en la sociedad, pero no explica cómo esta ideología se tradujo en oportunidades concretas para el progreso de estos, por qué persistió la desigualdad racial durante la república, o por qué los negros eran excluidos abiertamente de ciertas ocupaciones y espacios sociales.

La tesis del racismo, por su parte, afirma que el nacionalismo cubano sirvió para mantener subordinados a los negros, pero no explica por qué estos mejoraron su posición con respecto a los blancos en varias áreas importantes, que incluyen posiciones de liderazgo en la política y la burocracia gubernamental. Su caracterización del racismo como algo inherente a la sociedad cubana le resta importancia a las condiciones económicas, sociales y políticas en las que este operaba, su naturaleza cambiante y su posible disminución —posibilidad que puede incluso no ser considerada. Parafraseando a un estudioso del tema en los Estados Unidos, estos autores asumen que la sociedad cubana operaba mediante un piloto automático prejuiciado racialmente.³⁰ Más aún, al hacer énfasis en la raza —en lo que se convierte en un enfoque “blanco *versus* negro”— estos autores tienden a restar importancia a otras identidades sociales. No basta con afirmar que la raza es una “construcción social” importante en Cuba; —lo fue y lo es aún.

²⁹ Castellanos y Castellanos: *Cultura afrocubana*; Masferrer y Mesa-Lago: “The Gradual Integration”. Sobre una discusión de los cambios de las desigualdades raciales en diferentes momentos de la república, ver De la Fuente: “Race and Inequality in Cuba”.

³⁰ Carnoy: *Faded Dreams*, 41.

Es necesario explorar su importancia en relación con otras formas de identidad y organización social.

La crítica del llamado “mito de la igualdad racial” cubana, elaborada por los defensores de la tesis del racismo, sigue tendencias similares a la literatura de las razas en América Latina. Comenzando por Brasil, los estudios patrocinados por la UNESCO, en la década de 1950, demostraron que el país no era el paraíso racial que se creía; la tendencia en estudios recientes ha señalado que esas ideologías constituyen creaciones de las élites para desmovilizar a los negros —contribuyendo así a mantener el *status quo*—, mientras culpan a los grupos subordinados por su falta de éxito en sociedades que se suponen ofrecen iguales oportunidades para todos. “Al igual que sus semejantes en varios países latinoamericanos —sostiene Helg— la élite blanca cubana apeló hábilmente al mito de la existencia de la igualdad racial en la nación para justificar el orden social existente [...] La función principal de los mitos sobre la igualdad racial en América Latina era [...] culpar a los propios negros por su constante posición social inferior”. Más aún, “el mito cubano de la igualdad racial, al negar la existencia de la discriminación basada en las razas, socavó la formación de una conciencia colectiva negra”.³¹

La crítica también se ha orientado contra la incongruencia entre la supuesta fraternidad e igualdad de todos los grupos raciales, por una parte, y la persistencia de grandes desigualdades asociadas a las razas, por otra. Michael G. Hanchard, al referirse a Brasil, explica que “dentro de la economía de la democracia racial [...] los negros y mulatos son excluidos de las oportunidades educacionales y de empleo reservadas a los blancos, y son relegados fundamentalmente a un estatus económico y social inferior. De esta manera, los mitos de excepcionalismo y democracia racial proclaman la existencia del igualitarismo racial [...] a la vez que producen sistemas de creencias y prácticas raciales discriminatorias”. Quienes abogan por la democracia racial destacan el carácter armonioso de las relaciones raciales en América Latina, particularmente en comparación con los Estados Unidos; pero la realidad —señala el antropólogo John Burdick— “no es tan bonita”.³² Junto a cada estudio que documenta la persistencia de las desigualdades raciales, en particu-

³¹ Helg: *Our Rightful Share*, 6-7, 16. Para un breve análisis de los estudios de la UNESCO y su influencia, ver Skidmore: “Race and Class in Brazil: Historical Perspectives”, 11-24, y su “Bi-Racial U.S.A. vs Multi-Racial Brazil”, 373-386.

³² Hanchard: *Orpheus and Power*, 74; Burdick: “The Myth”, 40. Para ejemplos adicionales, ver Whitten, Jr.: *Black Frontiersmen*, 199; Rout, Jr.: *The African Experience*, 318; Hasenbalg: “Race and Socioeconomic Inequalities in Brazil”, 25-41; y do Valle Silva: “Updating the Cost of Not Being White in Brazil”, 42-55.

lar en Brasil, aumentó la convicción de que estos “mitos” se diseñaron para ocultar las realidades de sociedades fundamentalmente racistas.³³

Pero así como las realidades sociales no son “bonitas”, los paradigmas latinoamericanos de naciones integradas, formadas por mezclas raciales, no son tan negativos como a menudo se les pinta. La exaltación retórica de la inclusión racial, como la esencia misma de la nacionalidad, ha hecho mucho más difícil la exclusión racialmente definida, creando, en el proceso, oportunidades significativas para la apropiación y manipulación de estas ideologías por parte de quienes están en posiciones inferiores, a la vez que limita las opciones políticas de las élites. Al describir a las ideologías de democracia racial como fuerzas que operan en un sentido unidireccional de subordinación y desmovilización, los críticos ignoraron la capacidad de los negros y mulatos para utilizar esos mitos a su favor. Esto explica por qué algunos de dichos autores tienen serias dificultades para incluir en su narrativa cualquier referencia a la presencia negra en posiciones de liderazgo en América Latina; proceso que con frecuencia explican en términos de la asimilación de unos pocos líderes selectos.³⁴

Un corolario lógico e inevitable de la tesis del racismo es que los negros deben movilizarse por separado y que la movilización política definida racialmente es el camino legítimo —quizás el único— para luchar con efectividad contra el racismo. Esto puede ser cierto en sociedades que han sido segregadas, en las que sus identidades son impuestas y reforzadas de manera constante, conduciendo a formas de movilización definidas racialmente. La existencia de un orden racial rígido y legalmente definido relega a todos sus miembros a una posición de subordinación social, sin importar la educación, los ingresos y otras variables sociales relevantes. Pero las sociedades latinoamericanas se han caracterizado precisamente por la ausencia de ese orden racial sancionado por el Estado —“una distinción no trivial”, como afirma George Reid Andrews.³⁵

³³ Fernandes: *The Negro in Brazilian Society*; Van den Berghe: *Race and Racism*; Hasenbalg: *Discriminação e desigualdades raciais no Brasil*; Wood y Carvalho: *The Demography of Inequality in Brazil*; Lovell: “Race, Gender and Development in Brazil”; Andrews: “Racial Inequality in Brazil and the United States”.

³⁴ Wright, por ejemplo, sostiene que las élites de Venezuela “demostraron una propensión *sorprendente* para asimilar individuos mestizos” [mi énfasis], debido a que, desde la independencia, los negros y los pardos “mantuvieron posiciones de poder en las élites regionales y nacionales” (*Café con leche*, 7-9). En otros casos, la movilidad de los negros se explica como una función de su “blanqueamiento” cultural, es decir, de su distanciamiento de la “negritud”. Ver Wade: *Blackness and Race*, 5-6; para Cuba, Helg: *Our Rightful Share*, 121-122.

³⁵ Andrews: *Blacks and Whites in São Paulo*, 4.

Las ideologías de democracia racial dificultaron la movilización de grupos definidos a partir de líneas raciales, pero también abrieron oportunidades para otras formas de acción social.³⁶ Analizar esos mitos como fuerzas solo desmovilizadoras implica que la movilización racial es el único camino a seguir en la lucha por la igualdad. Esta es una hipótesis surgida de las mismas ideologías noratlánticas que los críticos atacan (es decir, la esencialidad del concepto raza) y se basa en la experiencia histórica de la segregación en los Estados Unidos.

Sin embargo, es comprensible el estudio de América Latina con un “lente” teórico noratlántico. Los estudios sobre las razas en los Estados Unidos están significativamente más desarrollados que en América Latina y las teorías de la estratificación racial se basan en estudios relacionados con el surgimiento y consolidación de los sistemas raciales segregados. Tal como explica William J. Wilson,³⁷ esas teorías pueden ser agrupadas en dos categorías principales. Un grupo destaca el papel de las élites en la creación de un orden racial que le resulte favorable pues divide a la clase obrera, le garantiza la existencia de una reserva de mano de obra barata y reduce los salarios. El otro grupo parte de un análisis económico neoclásico: sostiene que las divisiones raciales frenan el libre movimiento de la clase obrera en un mercado abierto, lo cual es contrario a los verdaderos intereses del capital. La eliminación de la libre competencia entre los obreros favorece a los trabajadores mejor remunerados, no a los capitalistas o la élite. Por tanto, estos teóricos vinculan el surgimiento de un orden racial a los intereses de un sector de la clase obrera privilegiado racialmente. Debido a su nivel de organización y acceso al poder, un sector privilegiado de la clase obrera es capaz de imponer a los patronos el costo adicional de un mercado laboral segmentado.³⁸ Otros autores, como el politólogo Stanley Greenberg, aplican una combinación de ambas teorías.³⁹

³⁶ En particular, han facilitado la movilización interracial en el movimiento obrero organizado en toda la región, aunque la historiografía de la clase obrera ha prestado escasa atención a estos temas. Para un resumen reciente, ver Andrews: “Black Workers in the Export Years”. Para Cuba, ver Scott: “Relaciones de clase e ideologías raciales” y De la Fuente: “Two Dangers”.

³⁷ Wilson: *The Declining Significance of Race*, 4-7.

³⁸ Para una crítica de esta posición, ver Reich: *Racial Inequality*, 76-108. Reich afirma que el racismo beneficia a los capitalistas, pero que la reproducción de desigualdades raciales no depende de la intención consciente de los empleadores.

³⁹ Greenberg: *Race and State in Capitalist Development*, 26-28.

A pesar de sus diferencias, estos autores concuerdan al menos en dos puntos cruciales: la importancia metodológica de las clases sociales (capitalistas, clase obrera) para los estudios raciales y el papel central que desempeña la política. Los grupos sociales pueden tener un interés establecido en la creación y consolidación de un orden racial, pero las formas de dominación racial son institucionalizadas solo si esos grupos tienen el poder para acceder, influir, y eventualmente monopolizar el poder estatal. El poder político es indispensable para definir el estatus socio-legal de un grupo racial como inferior.

EL CASO CUBANO

Un estudio que pretenda explicar las relaciones raciales en Cuba debe asimismo ubicar las políticas estatales en un primer plano, y explorar las condiciones económicas, sociales e ideológicas bajo las cuales interactúan las clases sociales y los grupos raciales. Ese es el tema central de este libro. Como es conocido, en un estado colonial o dependiente, las políticas del gobierno con frecuencia reflejan mejor los propósitos imperiales que las presiones locales. Cuba no es una excepción a esta tendencia. Aunque mi análisis se centra en la influencia de factores locales —es decir, grupos sociales y de presión, partidos políticos, sindicatos— en las diferentes administraciones y las respuestas de los gobiernos a estas, en las condiciones cubanas, algunas de los factores “domésticos” de mayor influencia eran, de hecho, externos. Especialmente, durante la primera república (1902-1933), los inversionistas estadounidenses controlaban no solo las principales actividades económicas, como la producción de azúcar, sino que representaban también una formidable fuerza política.

Por el alcance de la hegemonía de los Estados Unidos en los asuntos cubanos, el poder de este grupo para determinar las políticas gubernamentales no era simplemente el de cualquier otra élite. Además de su base económica, su poder se fundamentaba en el acceso a los círculos oficiales en los Estados Unidos, donde en última instancia se tomaban las decisiones políticas. Como han señalado otros investigadores, la hegemonía de los Estados Unidos no solo limitaba la independencia de Cuba, sino que aseguraba la supervivencia del orden social que los independentistas intentaban transformar.⁴⁰ El capital extranjero y Washington necesitaban orden y estabilidad; construir una nación que fuera verdaderamente para todos requería de una acción decisiva por

⁴⁰ Para un excelente análisis, ver Pérez: *Cuba Under the Platt Amendment*.

el Estado, así como realizar transformaciones sociales drásticas. En el contexto de la subordinación imperial de Cuba, solo a expensas de la justicia social era posible mantener un ápice de independencia. Como sostiene Pérez-Stable: “Refrenar a las *clases populares* era el *sine qua non* de una soberanía mediatizada”.⁴¹ Por ejemplo, la posibilidad de otra intervención militar norteamericana, en 1912, contribuyó a desatar una ola de represión contra el Partido Independiente de Color, y a considerar sus actividades como una amenaza contra la supervivencia de la república.

La intromisión abierta de los Estados Unidos en la política doméstica disminuyó durante la segunda república (1933-1958), pero los intereses y las preocupaciones de Norteamérica continuaron influyendo, de manera importante, en los asuntos internos. La aplicación de la política de la guerra fría en Cuba a finales de los 40, por ejemplo, condujo al desplazamiento político de los comunistas, que habían definido la igualdad racial como uno de sus objetivos políticos más importantes. Incluso durante el período posrevolucionario, cuando el gobierno aniquiló las bases de la influencia norteamericana, la autonomía del Estado continuó limitada por los factores externos. Para asignarse un papel protagónico en la lucha contra el imperialismo y el racismo, en el contexto de la guerra fría, el liderazgo cubano consideró resuelto su propio problema racial. La reinserción del país en la economía internacional durante la década de 1990, tuvo como consecuencia que el Estado cubano fuera vulnerable a las influencias externas y al impacto que estas tenían en la sociedad cubana.

Muchos de estos efectos no han sido intencionales ni predecibles. La hegemonía de los Estados Unidos con frecuencia provocó los mismos males que pretendía evitar: inestabilidad crónica y conflicto social. Debido a la relación entre la independencia nacional y la justicia social, las luchas para construir una nación con todos, y para el bien de todos, podían formularse en el lenguaje del nacionalismo y la soberanía, con los mismos símbolos con los que los cubanos de diversas clases y grupos raciales se identificaban. Estas luchas eran potencialmente revolucionarias, pues implicaban la eliminación del control de los Estados Unidos y sus aliados. Sin embargo, la posibilidad de una intervención militar norteamericana también podía legitimar la represión, como en 1912, o ser utilizada por las autoridades para controlar las amenazas de la movilización popular.

Del mismo modo, las demostraciones públicas contra el racismo en los Estados Unidos cuestionaban los valores de la democracia

⁴¹ Pérez-Stable: *The Cuban Revolution*, 37.

norteamericana y fomentaban el orgullo nacional, pero fueron utilizadas también para recordar a los afrocubanos que ellos ya vivían en un paraíso racial. El racismo científico noratlántico condujo a la creación de ideologías nacionalistas, como el movimiento Afrocubanismo en las décadas de 1920 y 1930; sin embargo estas ideologías reprodujeron la visión de que la raza desempeñaba un papel fundamental en la vida de la nación.

Las explicaciones polarizadas, como las descritas antes, no son adecuadas para entender las complejidades de las políticas raciales de Cuba o explicar los efectos contradictorios, y a veces inesperados, de la ideología nacionalista de fraternidad racial, creada en respuesta a esas influencias externas. Ni la integración racial absoluta ni la exclusión lineal caracterizan la historia de Cuba como una nación independiente. Las teorías acerca de la institucionalización de los aspectos raciales ofrecen importantes valoraciones analíticas, pero estas estudian precisamente lo que nunca existió en Cuba: un orden social basado en distinciones raciales rígidas y codificadas. Comparto el énfasis en las políticas estatales y los actores sociales, pero con las limitaciones impuestas por el estatus dependiente de Cuba en la arena internacional. Ambigüedad es el término que mejor define la evolución de las relaciones raciales en Cuba en el siglo xx.

El propio origen de la república es un buen ejemplo de esas ambigüedades. Los primeros años de la república son un ejemplo textual de lo que Greenberg califica como período de “intensificación” de un orden racial.⁴² La agricultura comercial estaba en plena expansión y los inversionistas formularon propuestas para expandir el papel del Estado en el mercado de fuerza de trabajo y garantizara un suministro de mano de obra estable, barata y políticamente débil. Las divisiones raciales permeaban el naciente movimiento obrero. Al menos en algunos sectores, la clase obrera blanca se benefició de un sistema que mantuvo a los negros en una posición subordinada en el mercado de trabajo. A estas condiciones se añade el control hegemónico de los Estados Unidos, que se acompañó del racismo científico, el desprecio abierto por los cubanos de piel oscura y clase baja, y el apoyo a la élite colonial tradicional. La creación de un orden racial segregado era una posibilidad.

Pero otras fuerzas influyeron en dirección contraria. La república nació después de varias décadas de movilización interracial y de fundación nacionalista. Los individuos de ascendencia africana desempeñaron

⁴² Greenberg: *Race and State in Capitalist Development*, 26.

un papel destacado en las filas y el liderazgo del Ejército Libertador, y su prestigio y visibilidad no podían ser borrados fácilmente después de la guerra. El pueblo de Cuba, fraguado durante la guerra contra España, creó “tradiciones revolucionarias” que proclamaban a todos los cubanos como iguales. La ideología nacionalista imaginaba una nueva república que sería no solo políticamente independiente, sino igualitaria e incluyente: una república “con todos, y para el bien de todos”, como la denominó José Martí. La existencia de las “razas” era considerada una realidad social, pero en la noción abarcadora de una cubanidad que tal vez subsumía, y eventualmente eliminaba, las identidades raciales. Estas visiones de la nación coexistían en un ambiente de incertidumbre política. En juego estaba, nada menos, cuán nueva sería, en verdad, la “nueva Cuba”.

La primera gran batalla entre estas nociones contrarias sobre la independencia y la nación tuvo lugar en la Convención Constituyente de 1901, donde se debatió la cuestión de los derechos ciudadanos. El concepto de sufragio masculino universal prevaleció y se convirtió en un elemento central de la política, a pesar de las objeciones de algunos miembros de la élite tradicional, de la furiosa oposición y las maniobras del gobierno de ocupación norteamericano. Esto, a su vez, sugiere que el ideal de igualdad racial era más complejo que un simple mecanismo para mantener a los negros en una posición subordinada.

El sufragio universal masculino convirtió a Cuba en un caso único entre los países con una población de ascendencia africana en las Américas a inicios del siglo xx. Mientras el sufragio universal masculino se introducía en Cuba, en Brasil, el sur de los Estados Unidos y Venezuela sus derechos se reducían significativamente. La reforma electoral de 1881 y la Constitución de 1891, que creó la Primera República de Brasil (1889-1930), concedían estos derechos solo a los hombres que supiesen leer y escribir, y excluían de la vida política del país a la mayoría de los afrobrasileños (y a muchos brasileños blancos también). En el sur de los Estados Unidos, el fracaso del proceso de reconstrucción, después de la guerra civil, permitió el surgimiento de la segregación, de la creación de una clase de trabajadores negros privados de sus derechos civiles y al control efectivo de la élite sureña. El acceso al voto se convirtió —como señala George M. Fredrickson— en “el objetivo principal de la lucha contra la dominación blanca”. El sufragio universal se estableció en la constitución venezolana de 1893, pero fue restringido a partir de 1901.⁴³

⁴³ Love: “Political Participation in Brazil”, 8-9; Andrews: *Blacks and Whites in São Paulo*, 43; Foner: *Reconstruction*, 604-609; Kousser: *The Shaping of Southern Politics*; Fredrickson: *Black Liberation*, 14; Arellano Moreno: *Breve historia de Venezuela*, 390-431; Lombardi: *Venezuela*, 217-220.

Las “tradiciones revolucionarias” impidieron que los afrocubanos fuesen excluidos de los derechos electorales. El sufragio universal masculino, por su parte, confirió un papel prominente a la raza en la política nacional y abrió oportunidades para el avance de negros y mulatos en la república. Como expresara un periódico de la época: “en un país donde existe el sufragio universal no es posible ignorar los sentimientos populares”.⁴⁴ Ningún partido político podía darse el lujo de ignorar las circunstancias y preferencias de un tercio del electorado. El sector político más conservador entendía esta realidad, de ahí sus repetidos esfuerzos en limitar el sufragio con la introducción de requisitos para el voto, similares a los utilizados en el sur de los Estados Unidos. Cuando estos esfuerzos fracasaron, acudieron a la manipulación y la corrupción de todo el proceso electoral. El voto era un recurso importante para los afrocubanos, pero su efectividad real dependía, por supuesto, de la competencia dentro y entre los partidos. De esta forma, el control de la maquinaria política por los conservadores, durante la década de 1910, socavó no solo las elecciones, sino también las oportunidades de los afrocubanos de ser representados en el gobierno. La proporción de negros y mulatos en el Congreso disminuyó después de 1912, año en el que tuvo lugar la victoria política de los conservadores y la muy debatida revuelta y represión del Partido Independiente de Color (PIC).

Aunque las actividades del PIC han recibido amplia atención por los estudiosos, esta fue solo una de las formas movilizativas y de participación política de los afrocubanos en los inicios de la república. Los esfuerzos para organizar a los negros por separado fracasaron no solo por la represión, sino también por el éxito de las campañas de los principales partidos para obtener los votos de estos, y la fuerza de la ideología nacionalista que proclamaba a todos los cubanos como iguales. La represión racista contra el PIC, en 1912, fue políticamente viable debido a que un partido político, racialmente definido, no era compatible con la interpretación de una cubanidad basada en la inclusión racial. Según esto, la organización de un partido racialmente definido era un acto “racista” y los líderes del PIC fueron acusados de poner la raza por encima de la identidad nacional.

Estas circunstancias condenaban como anticubano cualquier intento de movilización que se basara en las razas; pero tampoco permitían, en el aspecto político, la construcción de un orden racial definido legalmente. El ideal de una nación armónica, caracterizada por la integración racial, no reflejaba las realidades sociales; pero la

⁴⁴ “El programa conservador”, *La Lucha* (29 de agosto de 1907).

legitimidad de la idea era suficientemente fuerte para imponer su aceptación en todos los sectores de la sociedad cubana, incluso en los más reacios. El ideal integracionista, aunque limitaba las alternativas de los afrocubanos para la acción política, también abría oportunidades para su participación en la sociedad republicana; oportunidades de las cuales hicieron buen uso.

Expresión de esas oportunidades fue la creciente fragmentación de lo que a finales del siglo XIX e inicios del XX se conocía como la “clase de color”. Los propios intelectuales afrocubanos argumentaron que hacia 1920 no era posible hablar de una *clase* de gente de “color”. Desde los primeros años de la república, un número creciente de afrocubanos accedió al sistema escolar público, que era integrado; expandió su educación y entró al mundo de los empleos de cuello blanco y de las profesiones. El énfasis de la élite en la enseñanza educacional como un requisito para avanzar socialmente y ocupar empleos públicos sirvió, al inicio, para justificar la exclusión de los afrocubanos de los puestos gubernamentales;⁴⁵ pero esos mismos requisitos se convirtieron en una “ruta” socialmente aceptable para la movilidad. De esta manera, al igual que sus contemporáneos afroamericanos, los afrocubanos llegaron a considerar la educación como algo sagrado. Sin embargo, a diferencia de los Estados Unidos, los negros en Cuba se beneficiaron de un sistema de educación pública en el cual el acceso —según la evidencia sugiere— no estaba limitado solo a los blancos.

El resultado de esto fue la formación de un grupo considerable de profesionales negros y mulatos que, debido a la precariedad de su recién adquirido estatus social, buscó distanciarse social y culturalmente de las masas de trabajadores manuales negros.⁴⁶ Las distancias sociales y culturales se profundizaron porque muchos profesionales afrocubanos estaban peligrosamente cerca, con vínculos familiares y comunitarios, de los obreros manuales. Estos profesionales también se veían a sí mismos como los líderes y la voz de toda la “raza de color”. En cierta medida lo eran.

⁴⁵ Helg: *Our Rightful Share*, 6-7, señala acertadamente que este énfasis en los méritos pasaba por alto, de manera conveniente, la subordinación histórica de los afrocubanos.

⁴⁶ Mi análisis de la clase media se ha beneficiado enormemente de la literatura reciente sobre raza, clases y género en el sur de los Estados Unidos, particularmente Brown and Kimball: “Mapping the Terrain of Black Richmond”; Gilmore: *Gender and Jim Crow*, y Shaw: *What a Woman Ought to Be*. El estudio de Andrews: *Blacks and Whites*, 125-146, trata cuestiones similares en Brasil.

Los intelectuales negros y mulatos abordaron cuestiones que preocupaban a todos los afrocubanos, sin distinción de estatus socioeconómico; pero la mayoría de sus esfuerzos giraron en torno a las barreras que enfrentaban los negros altamente educados y “civilizados” en la sociedad cubana. Lo que frecuentemente percibimos como un discurso negro es, de hecho, el discurso de la clase media negra. Y como las barreras raciales eran más fuertes y visibles en los sectores más exclusivos del mercado de trabajo —mientras más alta y mejor pagada una posición, menor la proporción de negros—, la clase media se convirtió en el objeto más visible de la discriminación racial. En respuesta, los profesionales crearon sus propias sociedades exclusivas y lucharon contra la exclusión de los espacios sociales cerrados de la burguesía blanca.

La raza, por otra parte, era solo uno de los muchos factores que afectaban la vida de los trabajadores manuales negros y mulatos. El proceso de proletarización de la población rural estaba bastante avanzado a finales de la década de 1920 y, según estadísticas oficiales, hacia la década de 1940 la raza tenía un impacto limitado en los ingresos y las oportunidades de empleo de los trabajadores manuales en amplios sectores de la economía, como la agricultura, la manufactura y los servicios personales.

Las desigualdades en la estructura ocupacional disminuyeron hasta el período de la Gran Depresión, a pesar de los esfuerzos de los empleadores y del Estado por inundar el mercado laboral con trabajadores inmigrantes. En este sentido, la experiencia cubana no era única. Como ocurrió en el resto del continente, los empleadores en Cuba implementaron prácticas de inmigración, contratación y promoción que contribuyeron a la construcción de lo que Gay Seidman denomina: “mercados de trabajo racializados, procesos de trabajo racializados e interpretaciones racializadas de las clases y el estatus social”.⁴⁷ Sin embargo, en contraste con los Estados Unidos y Sudáfrica, los trabajadores cubanos y de Latinoamérica, por lo general, insistieron en la necesidad de crear identidades alternativas, de clase e interraciales.

Pero aun si los trabajadores blancos en Cuba hubieran intentado monopolizar el acceso a los mejores puestos de trabajo—y, por la ideología dominante de fraternidad racial, no existe evidencia de que esto ocurriera— no tenían el poder político necesario para lograrlo.

⁴⁷ Seidman: “Workers in Racially-Stratified Societies”, 1-6; Andrews: “Black Workers in the Export Years”, 7-29 y *Blacks and Whites*, 54-60; Chomski: *West Indian Workers*, 33-59.

Cuando tuvieron acceso al poder fue como parte de un movimiento obrero militante —interracial, liderado por los comunistas— que hacia finales de los años 30 emergió como un actor principal en la escena política insular. Con la guía comunista, el movimiento obrero obtuvo concesiones importantes de los empleadores y del Estado. Este proceso ayudó a reforzar la importancia de las identidades de clases en la sociedad cubana.

La ideología del *mestizaje* contribuyó también a destacar la importancia de las identidades de clase. Esta ideología la concibieron los intelectuales nacionalistas que integraban el movimiento cultural afrocubanista a final de la década del 20 y del 30. El Afrocubanismo era una reformulación del mito nacionalista de igualdad racial que modificó el concepto de cubanidad de Martí; e inventó una síntesis que proclamaba con orgullo el mestizaje como la esencia de la nación: una “raza cubana” mulata. Como muchos de sus colegas en América Latina, estos intelectuales reaccionaron frente a las ideas dominantes de la raza y exaltaron el mestizaje, pero sin abandonar el criterio de que la raza era esencial en la representación y el futuro de la nación. La nueva ideología frustró, definitivamente, los sueños de la élite sobre un paraíso caucásico en el trópico: Cuba no era blanca; pero estaba a un paso de afirmar que en la Isla no existía un problema racial, sino solo económico; la desigualdad racial se percibió entonces, de manera creciente, como un subproducto de las desigualdades de clases.

La ideología del mestizaje no era una simple representación ideológica exenta de contenido real. Al igual que en Brasil y Venezuela, esta representó un ideal que los individuos y las instituciones no podían ignorar sin arriesgarse a la condena social y, posiblemente, a la acción legal. Las violaciones de este ideal podían ser presentadas como actos antinacionales y generar la repulsa de grupos sociales. Es por eso que los casos de discriminación contra figuras públicas afroamericanas generaron una publicidad inusual y manifestaciones de condena en varios países de América Latina. Estos actos racistas eran presentados con frecuencia como una vergüenza *nacional*, pues mostraban al desnudo las inconsistencias de las fraternidades raciales latinoamericanas, tan vitales para el orgullo nacional. Así, cuando en Caracas tres hoteles se negaron a alojar al cantante afroamericano Robert Todd Duncan, en 1945, las autoridades reaccionaron y aprobaron una ley que prohibía la discriminación en todos los servicios públicos. En Brasil, la negativa de un hotel a hospedar a la bailarina afroamericana Katherine Dunham culminó con la aprobación de la Ley Afonso Farinos en 1951, que ilegalizaba todas las formas de discriminación en los trabajos y espacios públicos. En Cuba, un incidente similar en el que se involucró el repre-

sentante afroamericano Arthur Mitchell devino en una protesta pública en 1937.⁴⁸

Entre otros factores, los actos de discriminación como el perpetrado contra el representante Mitchell contribuyeron a mantener la raza en el centro de las luchas políticas en Cuba durante el segundo período de la república (1933-1958), a pesar de la creciente importancia de las identidades de clase. Después del colapso del régimen autoritario de Gerardo Machado (1925-1933), las condiciones parecían maduras nuevamente para la creación de una “nueva” Cuba —quizás incluso la verdadera república para todos soñada por Martí. Pero, al igual que en 1898, diversos grupos sociales discrepaban sobre el significado concreto de esta idea y sobre el lugar de los negros en el orden sociopolítico. Algunos actores políticos emergentes, como el Partido Comunista y el movimiento obrero radical, soñaban con una república social y racialmente igualitaria. Otros veían la posibilidad de revertir los logros alcanzados por los afrocubanos durante la primera etapa de la república, y manifestaron que los negros habían sido los principales partidarios y beneficiarios del régimen derrocado, y por tanto, merecían ser excluidos del nuevo orden. Las tensiones raciales ascendieron y condujeron a diferentes formas de violencia y movilización racial. Durante toda la década de 1930, el tema de la raza se mantuvo como un asunto político explosivo y Cuba osciló entre la esperanza de la fraternidad racial y la amenaza de una confrontación social definida en términos raciales.

Como a principios del siglo xx, las diversas visiones de la cubanidad se enfrentaron de nuevo en otra convención constituyente, la de 1939. Ya no estaba en discusión el sufragio, que había sido convertido en universal desde 1934, cuando las mujeres obtuvieron el derecho al voto. Las discusiones se centraron más bien en el papel del Estado y su combate contra la discriminación racial y otras formas de injusticia social. Los comunistas concebían un Estado activista que promovería la igualdad racial, y condenaría las conductas racistas. Otros actores políticos, sin embargo, continuaban apoyando una noción vaga de fraternidad racial en la que la intervención del gobierno no era necesaria ni conveniente. Al igual que con otros muchos asuntos discutidos en la convención, el resultado fue solo un compromiso. La Constitución incluyó un principio general antidiscriminatorio, pero delegó los puntos específicos de acción por el gobierno a la futura legislación. Al igual que la tesis de Jorge Domínguez, este libro afirma que la lucha por la

⁴⁸ Wright: *Café con leche*, 97-111; Andrews: *Blacks and Whites*, 184-185. Sobre la visita de Mitchel, ver el Capítulo 4.

igualdad racial se vinculó a los destinos del movimiento obrero radical y a la “efectividad” del sistema político.⁴⁹

Los grupos no representados por la clase obrera organizada, como los desempleados y los sirvientes domésticos, no se beneficiaron del nuevo sistema político, y los negros sí estaban bien representados en estos grupos. De la misma manera, la capacidad de negociación del movimiento obrero dependía de su autonomía, seriamente reducida después de la expulsión de los comunistas del liderazgo de la CTC en 1947. El debilitamiento del movimiento obrero y la proscripción del Partido Comunista en 1952 significaron que la causa de la igualdad racial perdió sus aliados políticos y militantes más formidables. Por otra parte, el sistema político no produjo los resultados prometidos: la ley complementaria a la Constitución contra la discriminación nunca fue aprobada, por lo que la verdadera república con todos, y para el bien de todos tendría que ser construida por otros medios.

Cuando se produjo el cambio con la Revolución, en 1959, Fidel Castro anunció que sería “real”.⁵⁰ El cambio fue real, pero lo que la Revolución significaba para los negros permanecía abierto a diferentes interpretaciones. Algunos indicios no eran prometedores. El tema de la raza apenas figuraba en la agenda política del Movimiento 26 de Julio (M-26-7), a pesar de que algunos de sus documentos programáticos semejabán un catálogo de todos los males económicos, sociales y políticos de la república. El propio movimiento estaba liderado predominantemente por blancos.

Al igual que en 1933, circulaban versiones que presentaban a los negros como los principales beneficiarios y partidarios del dictador caído: en este caso, Fulgencio Batista (1952-1958), mestizo él mismo, al menos según la élite blanca. De nuevo, estos rumores pretendían legitimar la exclusión de los negros del nuevo orden. Al mismo tiempo, los esfuerzos sin precedentes del gobierno revolucionario para beneficiar a los sectores más humildes de la sociedad cubana alcanzaron necesariamente a los negros, pues ellos formaban una parte considerable de las clases populares. Fidel Castro atacó la discriminación racial en los empleos y lugares públicos, pues reconocía que el tema racial podía ser un arma ideológica formidable contra los Estados Unidos y una fuente de apoyo doméstico e internacional. El racismo fue identificado con un pasado en vías de superación y con grupos sociales en vías de extinción. Se reforzaron posiciones ideológicas previas, pues la desigualdad racial se presentó como un subproducto de los privilegios de clase. Una vez

⁴⁹ Domínguez: *Cuba: Order and Revolution*, 4.

⁵⁰ Citado por Pérez-Stable: *The Cuban Revolution*, 3.

que estos privilegios se eliminaron, el gobierno revolucionario proclamó triunfalmente el fin de la discriminación racial.

El impacto del socialismo en las relaciones raciales en Cuba no puede ser evaluado de forma simplista. En primer lugar, el gobierno revolucionario desmanteló las estructuras tradicionales de segregación y discriminación, como clubes privados, instalaciones recreativas y escuelas privadas. La socialización de estos espacios no tuvo lugar sin resistencia y se hizo extensiva a las sociedades y clubes de los afrocubanos. No podía ser de otra manera: la existencia misma de estos clubes representaba una afrenta a la visión de una sociedad sin razas, en la que el color de la piel no desempeñaba papel alguno. El gobierno no se limitó a clausurar los clubes de negros y mulatos; algunas ceremonias religiosas afrocubanas fueron prohibidas temporalmente y el tema racial se eliminó del debate público. Tan pronto como en los años 60, las autoridades revolucionarias se referían a la discriminación racial como algo del pasado; de manera que cualquier intento de integrar el tema racial en la agenda política podía ser calificado de contrarrevolucionario, un acto divisionista. La cuestión racial se relegó a la esfera cultural y a la política internacional.

Mientras, el programa de redistribución de las riquezas y los servicios sociales, iniciado por la Revolución, tuvo un impacto significativo en los indicadores de la desigualdad racial, que incluía la esperanza de vida, los niveles educacionales, y la estructura ocupacional. Contrariamente a la creencia general, en la década de 1980, los negros y mulatos estaban bien representados en cargos administrativos de diverso tipo. Esto puede haber sido el reflejo de los avances educacionales de este sector de la población, o el resultado de la decisión consciente del Partido Comunista de incrementar la presencia afrocubana entre los cuadros de dirección. De ahí el optimismo de un académico afroamericano que visitó la isla en 1993: Cuba no era una utopía racial, pero era lo más cercano al ideal de democracia racial que él había visto en el planeta.⁵¹

Sin embargo, la construcción de una democracia racial requiere algo más que cambios estructurales; necesita transformar lo que uno de mis colaboradores en la Isla llamó “las cabezas” de la gente. Aunque los programas educacionales y culturales del gobierno contenían mensajes antirracistas, el silencio oficial alrededor de este tema contribuyó a la supervivencia y reproducción de las ideologías racistas en los residuos de los espacios privados. Como explica Holt, es en la cotidianidad, en el uso diario de etiquetas raciales y pequeños actos de exclusión, que la

⁵¹ Lawrence Glasco: “A Cuban Surprise. Racism is almost nonexistent in Cuba, *Pittsburgh Post-Gazette*, 1ro. de julio de 1991.

raza como categoría social es constantemente creada y reproducida. De hecho, el caso cubano sugiere que dicha reproducción ocurre incluso en un marco institucional dedicado a la igualdad y la integración racial. Investigaciones antropológicas recientes sugieren, además, que la escasez de viviendas contribuyó a la transmisión de los prejuicios raciales en hogares multigeneracionales.⁵² A través de sus mayores, los jóvenes cubanos permanecieron atados a un pasado que rehusaba desaparecer.

Incluso el vínculo entre Revolución y justicia racial es problemático, pues implica que dicha justicia depende de un conjunto de condiciones estructurales y de la capacidad del Estado para su creación. Como en la segunda república, la justicia racial continuaba vinculada a la “efectividad” gubernamental, pero es precisamente eso lo que más ha faltado al gobierno cubano en los 90, debido a la crisis oficialmente llamada “período especial”. La lenta pero creciente privatización de la economía erosionó las bases que alimentaban los niveles de igualdad racial alcanzados en el período posrevolucionario. Dicha erosión ha creado nuevos espacios para la acción social de las ideologías racistas; estas ideas no están confinadas a las cabezas de la gente; de hecho, no lo estuvieron nunca.

Como en los años 30, la combinación de estas ideologías racistas, con un ambiente de escasez material y de recursos, estimula prácticas discriminatorias y genera tensiones raciales. Por eso algunos analistas aseguran que la raza está en el centro mismo de la crisis cubana. A estas tensiones se añade la posibilidad de que en un futuro no lejano la comunidad cubanoamericana, que es mayoritariamente blanca, pueda recuperar alguna influencia en Cuba. No es casual que en la anécdota que inicia esta introducción, la exsirvienta afrocubana dirigiera su pregunta a una visitante blanca procedente de Miami. No solo es el Miami cubano mayoritariamente blanco, sino que es parte de una ciudad que se ha caracterizado por altísimos niveles de tensión racial —una realidad que las autoridades cubanas no han dejado de reconocer y difundir.

La existencia de una comunidad exiliada mayoritariamente blanca, añade una dimensión racial adicional a la crisis actual; pero la relación entre “raza” y “crisis” no es ciertamente nueva en la historia cubana. Como en el pasado, hay sectores sociales cuyos líderes intentarán limitar la participación afrocubana en una nueva Cuba. Que dichos sectores tengan o no éxito es algo que este libro no pretende predecir. La pregunta de la exsirvienta afrocubana, pues, continúa sin respuesta.

⁵² Fernández: “The Color of Love”; *Safa. The Mith of the Male*, Breadwinner, 132-136.

1. ¿Orden racial o democracia racial? La raza y las formulaciones de la cubanidad

“El término ‘cubano’ se refiere a las personas cubanas (no a los negros)”.
Estados Unidos, Senado, Informes de la Comisión de Inmigración, Dictionary of Races or Peoples (1911).

“Los cubanos son conocidos por ser... blancos nacidos en Cuba, descendientes principalmente de españoles”.
Rafael Montalvo: Discurso, La Habana (1884).

“Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro”.
José Martí: “Mi raza” (1893).

En 1899, cuando España tuvo que abandonar su colonia caribeña, diversas representaciones de la nación cubana y la cubanidad circulaban en la Isla. A pesar de sus diferencias, existía un elemento común a todas estas definiciones: la creencia de que la “raza” ocupaba un lugar primordial en la conformación de la nación. Las discusiones acerca de la creación de la república y de la nueva Cuba se centraban no solo en cuestiones de propiedad o arreglos institucionales, sino también —de hecho, en lo fundamental— en cuán racialmente incluyente e igualitaria debía ser la Cuba poscolonial.

Cada uno de estos enfoques era apoyado por diferentes grupos sociales y políticos, cuyo lugar en el nuevo orden estaba aún indefinido en 1898. Por un lado, el Ejército Libertador, nominalmente victorioso, tenía un enorme prestigio en la población. En un largo proceso que involucró 3 guerras y 30 años de batalla; los cubanos de todos los colores y orígenes sociales formaron una coalición interracial formidable y forjaron una ideología revolucionaria nacionalista que proclamaba a todos los cubanos como miembros iguales de la nación, sin tener en

cuenta raza o estatus social. Esta coalición fue a la guerra en 1895 para provocar cambios sociales y la independencia política. Se trataba de construir una nueva Cuba que sería independiente, socialmente igualitaria, y racialmente incluyente —una república “Con todos, y para el bien de todos”, como expresara José Martí. Aunque las tensiones sociales y raciales plagaron al Ejército Libertador y el discurso nacionalista tenía interpretaciones diferentes, incluso contradictorias, la inclusión racial era un elemento central en el ideario de Cuba Libre: la existencia de “negros” y “blancos” era reconocida, pero ellos podrían participar juntos en la nación en construcción.¹

Sin embargo, el Ejército Libertador no era el que estaba en el poder. Algunas funciones de gobierno, tales como la recaudación de impuestos, vigilancia, y la administración de justicia fueron ejecutadas al inicio por unidades del ejército; sin embargo, todas estas funciones pasaron gradualmente al control de las fuerzas invasoras de los Estados Unidos, después que el gobierno de ocupación militar se organizó. En 1899, era el ejército norteamericano el que gobernaba la Isla. Y aunque ellos se incorporaron a la guerra con el propósito declarado de ayudar a la independencia de Cuba, las autoridades norteamericanas abrigaban serias dudas acerca de la capacidad de los cubanos de autogobernarse y el tipo de gobierno para la Isla, particularmente por la composición racial de su población. El general Leonard Wood y otros oficiales no escondieron su desdén hacia los cubanos de clase baja y piel oscura y apoyaron abiertamente lo que ellos denominaron como “la clase mejor”.² La visión de Wood acerca de la cubanidad fue expresada de forma inequívoca en una carta escrita en 1901 al senador Orville H. Platt, quien dio nombre a la famosa enmienda que limitaba la independencia cubana: “Nosotros no queremos que *la población real cubana*, quiero decir los productores y comerciantes, esté contra nosotros”.³

Los hacendados, comerciantes, y otros miembros de la élite tradicional fueron afectados durante la guerra, pero no aniquilados.

¹ Para un análisis de los objetivos generales de la guerra, ver Pérez: *Cuba*, 156-178. La interacción entre la cuestión racial, el proceso de abolición de la esclavitud y la formación de una coalición nacionalista es estudiada por Scott: *Slave Emancipation*; Cepero Bonilla: *Azúcar y abolición*; y Ferrer: “Social Aspects of Cuban Nationalism”, “To Make a Free Nation”, y “Esclavitud, ciudadanía y los límites de la nacionalidad cubana”. El papel de la raza en la guerra de 1895 es también estudiado por Helg: *Our Rightful Share*.

² La intervención militar norteamericana ha sido estudiada detalladamente por Pérez: *Cuba Between Empires* y *Cuban Underthe Platt Amendment*, 3-87.

³ Wood a Platt, La Habana, 12 de enero de 1901. LC, Leonard Wood Papers, 30.

Pero no se trata solo de que los oficiales norteamericanos evitaran una confrontación con ellos, como Wood declaró en su carta a Platt, es que el gobierno de ocupación respetó las propiedades y privilegios de la élite tradicional. Las autoridades esperaban que estos cubanos “reales” desempeñaran un papel prominente, incluso principal, en la creación de la república, y les dieron apoyo y acceso a los cargos públicos. Este grupo pudo haber sido desplazado por la victoria de la coalición revolucionaria y mantuvo, gracias a la intervención, el acceso al poder. La independencia no había sido alcanzada. Los cambios sociales parecían improbables. Apoyados por las autoridades norteamericanas, algunos miembros de las “clases mejores” cuestionaron incluso si los cubanos de ascendencia africana eran miembros reales e íntegros de la nación. Ellos habían apoyado a España precisamente porque, por la composición racial del Ejército Libertador, temían que los afrocubanos pudieran crear una república negra en la Isla. Algunos de los miembros de esta élite tradicional defendieron resueltamente el carácter español de la civilización cubana y simpatizaban con las ideologías raciales de Norteamérica.

En lucha abierta por la supremacía, estas ideologías e intereses rivales vislumbraban maneras radicalmente diferentes de constituir la nación. Cada visión reclamaba sus propias fuentes de legitimidad y apoyo. El paradigma nacionalista de una nación racialmente incluyente atraía a los sectores populares y descansaba de manera sólida en el prestigio y los méritos patrióticos de los más estimados héroes de Cuba —particularmente de Martí y del general mulato Antonio Maceo— y del Ejército Libertador. Las ideas racialmente excluyentes no gozaban del mismo apoyo popular, pero encontraba legitimidad en la superioridad de la ciencia noratlántica y en el apoyo político del gobierno de ocupación militar y los propietarios.

Para complicar todo aún más, algunos grupos de la dirección blanca del Ejército Libertador se interesaban también en minimizar la participación de los negros en la nueva Cuba, en especial en un momento de escasos recursos económicos y oportunidades de empleo. Los jefes de las ramas civiles y militares del Ejército Libertador formaron una clase política poderosa, lideraron los partidos dominantes Liberal y Conservador, y compitieron ferozmente por los puestos públicos. A pesar de las diferencias en las denominaciones políticas, los líderes de estos partidos compartían criterios sobre la raza y la nación que eran casi idénticas. Ellos no discutían la legitimidad del principio nacionalista de la democracia racial, pero la trataban como un logro de la guerra de independencia, no como una meta que requería la acción social y política; una conquista, en lugar de un programa. El resultado de esto fue una interpretación del

nacionalismo cubano que negaba o minimizaba la existencia del “problema racial”, y evitaba o condenaba su discusión pública como una afrenta a la nación, y contribuía a mantener el *status quo*.

Esta interpretación conservadora de la ideología nacionalista, suscrita por los partidos políticos dominantes y sus representantes políticos, se mantuvo vigente durante toda la república. A pesar de su compromiso formal con una cubanidad racialmente fraternal, los defensores de esta interpretación respaldaron la noción que el blanqueamiento era una precondition para la estabilidad y el progreso y apoyaron los programas de inmigración racialmente definidos. En este aspecto, la nueva élite política coincidía y compartía los temores de la élite colonial tradicional y de las fuerzas norteamericanas de ocupación.

La posibilidad de apoyar el blanqueamiento y la ideología de fraternidad racial ejemplifica, al mismo tiempo, las complejidades y contradicciones de esta ideología. Más allá de su aparente coherencia, la ideología mambisa estaba abierta a interpretaciones opuestas. Los diferentes grupos sociales se podían referir al mismo discurso fundacional para explicar la relación entre la raza y la nación de formas muy diferentes. Más que un producto acabado, la ideología nacionalista fue siempre disputada y redefinida. En contraste con la versión conservadora, elitista, de la democracia racial cubana, una interpretación popular de la misma ideología se refirió a la república igualitaria de Martí como una meta en el proceso, inconcluso de la construcción nacional; se opuso a cualquier intento por silenciar el problema y llamó a la acción social. Esta interpretación radical fue defendida inicialmente solo por un grupo de afrocubanos. Después de los años 20, sin embargo, fue también refrendada por el movimiento obrero radical y el Partido Comunista.

Así, los enfrentamientos no solo ocurrieron en la democracia racial cubana, por una parte, y las ideologías racialmente excluyentes de las fuerzas de ocupación norteamericanas y la élite tradicional, por la otra. Existían contradicciones también entre los abanderados de la ideología nacionalista. Este capítulo aborda las formulaciones de raza y nación, así como sus diferencias y similitudes. Con el objetivo de facilitar el análisis, la primera sección estudia la formación de la ideología nacionalista de democracia racial y analiza sus ambigüedades y contradicciones; esto permitió a varios grupos sociales elaborar diferentes interpretaciones de la misma ideología. He agrupado estas interpretaciones en dos categorías principales: una versión conservadora, elitista de la raza y la cubanidad, y una versión radical, popular. La segunda sección analiza las diferentes ideas que, en oposición al ideal de fraternidad racial, legitimaban la exclusión de la nación de los afrocubanos y la creación de un orden racial definido legalmente. La sección final analiza el blanqueamiento, aspecto

en el cual coincidían las interpretaciones conservadoras de la democracia racial y el racismo científico manufacturado en el norte.

LA DEMOCRACIA RACIAL

La formación de una ideología nacionalista, basada en la inclusión racial, fue un largo y discutido proceso desarrollado a partir de necesidades políticas concretas. Mientras la diversidad racial de la población de la Isla preocupaba a los grupos de poder, resultaba obvio que ellos no podían lograr la independencia política de España sin la formación de una alianza multirracial, con todas las consecuencias imprevisibles que esto pudiera generar. Cautelosamente, el liderazgo blanco de la primera guerra de independencia —Guerra de los Diez Años (1868-1878)— pasó de una defensa oportunista de la esclavitud a la abolición. La primera Constitución de Cuba Libre (1869) estipuló que todos los habitantes de la república eran libres e iguales; pero no fue hasta 1871, cuando el último decreto aprobado por las autoridades revolucionarias acerca de los libertos fue anulado, que la abolición y la igualdad se convirtieron temas dominantes de la retórica nacionalista. Además, la experiencia de la guerra y la presencia y ascenso de los negros y mulatos en el ejército reforzaron la imagen de que la Cuba independiente tendría que ser igualitaria y racialmente incluyente.⁴

Se sistematizó la ideología de la fraternidad racial con el objetivo de atraer a los afrocubanos al campo de la independencia. Al frente de estos esfuerzos estaba el intelectual y activista nacionalista José Martí, cuya campaña militante por una república “cordial”, “con todos, y para el bien de todos”, se convirtió en el evangelio de la ideología nacionalista cubana. Martí y otros líderes nacionalistas comprendían que la unidad era indispensable para lanzar, con éxito, una nueva guerra por la independencia. La unidad, sin embargo, no se lograría si la raza continuaba separando a los cubanos. Las autoridades españolas usaron eficazmente el temor de la guerra racial para disuadir a los cubanos blancos de un intento de unión armada en contra del orden colonial, y enfatizaban que la diversidad racial y la nación eran dos conceptos incompatibles.⁵

⁴ Scott: *Slave Emancipation*, 45-62; Ferrer: “Social Aspects of Cuban Nationalism”, 37-56.

⁵ Para un análisis de las ideas de Martí sobre las razas, ver Ortiz: “Martí and the Race Problem”, 253-276; Stabb: “Martí and the Racists”, 434-439; Armas: “José Martí: la verdadera y única abolición”, 333-351; Castellanos y Castellanos: *Cultura afrocubana*, 2: 274-286; y Helg: *Our Rightful Share*, 45. Una compilación útil es Martí: *La cuestión racial*.

El desafío era crear una nueva noción de cubanidad que conciliara la diversidad racial con el temor de los blancos. Martí aseveró que la fraternidad racial cubana había sido forjada durante la Guerra de los Diez Años, caracterizada como una revolución que dio libertad y honor a los esclavos y en la cual los negros y blancos lucharon y murieron juntos para crear una nueva Cuba. “En los campos de batalla, muriendo por Cuba, han subido juntas por los aires, las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco hubo siempre un negro”.⁶

Unidad y “hermandad” fueron términos que se resaltaron porque eran políticamente cruciales; pero el propio Martí reconoció que la unidad racial era más una meta que una realidad. De hecho, este énfasis hubiera sido innecesario en un ambiente de verdadera fraternidad racial. “Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, *de un pueblo naturalmente dividido*, es dificultar la ventura pública, y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común [...] Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro”. Consecuentemente, Martí condenó cualquier intento por clasificar o separar a los hombres de acuerdo a las “razas” como un “pecado contra la humanidad” y una violencia contra la “naturaleza”.⁷ En “Nuestra América” (1891), Martí incluso discutió la validez del concepto mismo: “No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta [...] la identidad universal del hombre”.⁸

Para contrarrestar la propaganda española, este análisis insistió también en que la raza y la nación eran compatibles porque los negros nunca intentarían tomar el control de la república. Los negros no se rebelarían contra sus hermanos blancos, quienes durante la Guerra de los Diez Años lucharon para abolir la esclavitud en la Isla. “La revolución, hecha por los dueños de los esclavos, declaró libres a los esclavos”, afirmó Martí. Gracias a la revolución, “la raza negra” fue “rescatada” de la ignominia de su existencia anterior. En lugar de una amenaza racial —sugirió Martí—, los negros debían ser vistos como receptores agradecidos de la generosidad blanca; —en este proceso se crearía lo que Ferrer denominó la imagen del “insurrecto subordinado”. El heroísmo

⁶ Martí: “Mi raza”, en *Obras escogidas*, 3: 205-207.

⁷ *Ibidem* (el subrayado es mío).

⁸ Martí: “Nuestra América”, en *Obras escogidas*, 2: 486.

afrocubano y su contribución a la independencia no fueron ignorados, pero Martí hizo énfasis en las “virtudes”, “generosidad”, “prudencia” y amor de los negros por una libertad sensata. Los afrocubanos aspiraban a la libertad, trabajo, y justicia, pero lo hacían como cubanos, no como los miembros de un grupo racial determinado, insistió Martí.⁹

Este discurso fundacional reconocía como real la existencia de diferentes razas, pero las incluía en una noción abarcadora de cubanidad, que supuestamente reemplazaba las identidades raciales. Si ser cubano era “más que” blanco, negro, o mulato, entonces no había necesidad de referirse a estos grupos en particular, cuya existencia rivalizaba con la formación de una cubanidad sin razas. Insistir en el color de la piel se traduciría como un acto “racista” y anticubano. Como expresó Martí: “el hombre negro que proclama su raza [...] autoriza y provoca al racista blanco [...] Dos racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro”. En estas circunstancias, silenciar el problema racial era una estrategia adecuada y un acto de patriotismo. El propio Martí lo escribió en 1892: “Debiera bastar. Debiera cesar esa alusión continua al color de los hombres”.¹⁰

Reflejo de las múltiples tensiones y contradicciones que pretendía resolver, la ideología nacionalista se prestaba a diferentes interpretaciones. El único elemento aceptado por lo general era la primacía de la propia ideología *mambisa*.¹¹ El primer y más importante punto de disputa era si la república de Martí con todos, y para el bien de todos, se había logrado durante las guerras de independencia, o seguía siendo una meta deseada, pero incumplida. Las implicaciones políticas de estas interpretaciones divergentes eran, desde luego, diferentes. La primera, sostenida por la élite y la mayoría de los representantes políticos, se oponía a la articulación de cualquier agravio definido racialmente como una amenaza a la armonía de la nación. La segunda, sostenida por los intelectuales afrocubanos y, después de los años 20, por el movimiento obrero radical y el Partido Comunista, llamaba a un cambio social y era al menos potencialmente revolucionaria.

Las interpretaciones conservadoras de este discurso fueron esbozadas con frecuencia en un lenguaje deliberadamente vago que diluía

⁹ Martí: “El plato de lentejas”, en *Obras escogidas*, 3: 318-322; “Con todos, y para el bien de todos”, *Obras escogidas*, 3: 15; Ferrer: “To Make a Free Nation”, 225-241.

¹⁰ Martí: “Mi raza”, *Obras escogidas*, 3: 206; Martí: “¡Basta!”, en *La cuestión racial*, 17.

¹¹ Mi trabajo sigue aquí al cuidadoso análisis de Ferrer sobre la formación de la ideología nacionalista durante el período insurgente, desde los años 1860 a 1890. Ver: “To Make a Free Nation”.

el llamado problema racial. En 1905, por ejemplo, el Partido Moderado en el gobierno no incluyó en su programa alusión alguna a la cuestión racial porque consideraban que “los ideales” por los cuales lucharon los cubanos ya se habían “realizado” en la práctica.¹² Se daba por sentado que dichos “ideales” incluían a la fraternidad racial. Otros miembros de la élite política sostenían este punto de vista. Ellos enfatizaban que el pueblo cubano era “uno”, sin “división”, y reclamaban ser los verdaderos herederos de aquellos que le habían “otorgado” la libertad a sus esclavos en el pasado.¹³ En ningún otro país del mundo —señalaban—, era “el hombre de color” tan “estimado y tan igual” a los blancos como lo era en Cuba.¹⁴

La igualdad en sí misma fue definida vagamente en términos formales, vinculada a cuestiones de mérito, virtud, patriotismo, y educación. Pero incluso en ausencia de la igualdad, los negros debían estar agradecidos por la abolición de la esclavitud y reconocer los grandes sacrificios que los blancos, particularmente los adinerados, hicieron para “liberarlos”. Según esta interpretación, la fraternidad racial cubana no descansaba necesariamente en la igualdad, cualquiera que fuera su definición, sino en la gratitud de los negros hacia los blancos. Así, la república podía ser desigual y “para todos” al mismo tiempo. Como expuso un periódico contemporáneo: “no hay ningún país donde el blanco haya hecho tanto por el negro. Para que el negro fuese libre [...] lucharon y murieron muchos blancos eminentes [...] Los negros por sí solos no hubieran podido nunca hacerse libres”.¹⁵ Las élites políticas argumentaron que incluso, durante la esclavitud, las relaciones raciales fueron “más suaves” y más “armónicas” en Cuba que en otros países. La propia esclavitud fue abolida gracias a los esfuerzos “titánicos”, la dedicación y la generosidad de un grupo digno de cubanos blancos que levantaron sus voces en el parlamento español para imponer la abolición al gobierno colonial, o por otros, igualmente dignos, que sacrificaron su propia fortuna y familia para luchar por su libertad (véase Figura 1). “A este respecto, creo que lo hecho por los blancos de Cuba no tiene paralelo”, declaró el intelectual Enrique José Varona, prominente líder

¹² Partido Moderado, *Programa oficial*, el cual aparece también como “La candidatura presidencial del Partido Moderado”, en *La Discusión* (10 de septiembre de 1905).

¹³ “El General Menocal y ‘Labor Nueva’”, *Labor Nueva* 1:1 (20 de febrero de 1916), 1; Julio C. Gandarilla: “Personalidad”, *Aurora* 1:1 (15 de abril de 1914), 3-4.

¹⁴ “La nota del día”, *La Discusión* (3 de septiembre de 1908).

¹⁵ *Ibidem*.



Figura 1: El discurso de generosidad y agradecimiento negro, representado por La Discusión, el 10 de octubre de 1905. El dibujo presenta a Carlos Manuel de Céspedes, iniciador de la Guerra de los Diez Años, cuando daba la libertad a unos de sus esclavos (Biblioteca Nacional José Martí).

del Partido Conservador.¹⁶ El patriota blanco Manuel Sanguily, secretario de Estado y miembro del opositor Partido Liberal, coincidía. Sanguily argumentó que los blancos se “arruinaron” para liberar a los negros, que “sufrieron tanto como ellos, de hecho más que ellos” para alcanzar la libertad y abolir la esclavitud. El diario conservador *La Discusión* preguntaba retóricamente: “Los que con sus esfuerzos hicieron cesar los tormentos de la raza y la elevaron y dignificaron ¿no son acreedores a que se les tenga, por lo menos, alguna gratitud?”¹⁷

Esta versión de la democracia racial cubana tenía, al menos, dos implicaciones importantes. Primero, en Cuba no existía problema racial alguno. Segundo, las desigualdades raciales persistían debido a la esclavitud y al pasado colonial, que no habían preparado a los negros para la vida republicana. Si alguien era responsable de esta inferioridad, eran los propios negros, quienes no fueron capaces (o no habían tenido el tiempo) de hacer uso de las oportunidades creadas en la república.¹⁸ “Salida de la esclavitud hace pocos años, redimida del yugo social y político en un período menor del que constituye la vida de un hombre [la raza de color] no ha podido dar a la civilización más que un reducido número de talentos [...] la esclavitud [...] y el sistema colonial, debía dejar en el alma agitada del hombre de color, las huellas nefastas de todos sus males”, declaró en 1916 un político liberal.¹⁹ Estos “padecimientos” eran numerosos e incluía un “complejo de inferioridad”, falta de educación y hábitos de trabajo, y un “estatus moral” deficiente. La solución, estaba en los propios negros. Como escribió el intelectual blanco Jorge Mañach: no podía ser otro que el “perfeccionamiento” constante de los negros, los cuales debían volverse “atractivos” para los blancos.²⁰

¹⁶ “Lo que era la esclavitud en Cuba”, *La Discusión* (13 de noviembre de 1908); “Unidad de razas”, *La Lucha* (3 de septiembre de 1907); “Palabras del doctor Varona”, *Labor Nueva* 1:3 (5 de marzo de 1916), 3. Para un enfoque que es virtualmente idéntico al de Varona, ver Mañach: “El problema negro”, en su *Pasado Vigente*, 123-124. El ensayo de Mañach fue escrito en 1931.

¹⁷ Las palabras de Sanguily son citadas por el encargado de negocios al secretario de Estado, Habana, 23 de febrero de 1910. USNA, RG 59/837.00 /1284; “Lo que era la esclavitud”.

¹⁸ Ver el debate de esta interpretación en Helg: *Our Rightful Share*, 105-106.

¹⁹ Orestes Ferrara: “Deberes y derechos de la raza de color”, *Labor Nueva* 1:1 (20 de febrero de 1916), 5-6.

²⁰ Mañach: “El problema negro”, 129-132. Para ejemplos adicionales, ver A. Indalecio Cosío: “La opinión de un imparcial”, *La Prensa* (26 de agosto de 1915); René Lufriú: “Personalidad”, *Aurora* (30 de abril de 1914). Mañach mantuvo estos puntos de vista durante su prolífica vida intelectual. Ver su “Avispas por la ventana”, *Bohemia* (17 de marzo de 1949), 55, 96 y la crítica del autor negro Ángel C. Pinto: *El Dr. Mañach y el problema negro*.

La subordinación social de estos era presentada como un problema negro, no como un problema social; se redujo a una cuestión “cultural”, un problema de “instintos étnicos” innatos y de percepciones “estéticas”, un “mecanismo psicológico” que el tiempo corregiría a través de medios “indirectos” y “graduales”, nunca de la confrontación abierta. Quienes buscaban afrontar el problema de la discriminación racial eran descritos como instigadores de la violencia racial, profanadores de la memoria de Martí, que execraban el significado de las guerras por la independencia, en las cuales se fraguó la fraternidad racial cubana. “El problema negro existe solo cuando de él se habla, y eso es jugar con fuego sin necesidad”.²¹

Las ambigüedades del discurso nacional cubano con respecto a la raza y la conveniencia de silenciar este problema encontraron eco en una terminología racial imprecisa y en la fluidez de las etiquetas raciales. El propio Martí manifestó que clasificar a los hombres según las razas era un “pecado contra la humanidad”. Las clasificaciones raciales desafiaban la idea de una Cuba sin razas y contribuían a mantener vivo el tema. Como señaló un intelectual afrocubano: era mejor “evitar las clasificaciones”.²²

Las clasificaciones no desaparecieron, aunque a comienzos del siglo xx la negritud se diluyó frecuentemente en categorías tales como “raza de color” y “clase de color”, las cuales tenían la virtud de evitar el uso de calificativos raciales específicos como “negro”, “moreno”, “pardo” o “mulato”. “Soy blanco: pero antes que blanco [...] soy un cubano que ama la patria, que desea el bien de la patria y que [...] no habla de negros sino de la raza de color cubana”, comentó un lector de *La Prensa*.²³ Estas interpretaciones tendían a subrayar la experiencia común de la subordinación y discriminación padecida por todos los afrocubanos, pero no disfrutaban de la aceptación universal, y el uso de las categorías raciales específicas continuó. “El mulato no está de acuerdo en la confusión con el negro”, señaló en 1915 un lector de la columna de Vasconcelos.²⁴ Especialmente en Oriente, donde la población “de color” era mayor y los procesos de mestizaje habían sido tradicionalmente más intensos, la línea de color entre negros y mulatos

²¹ M. Martínez: “Carta topográfica”, *Diario de la Marina* (19 de mayo de 1929); Mañach: “Glosas. El problema negro y la palabra oscura”, *Diario de la Marina* (12 de mayo de 1929).

²² José Manuel Poveda: “Voces nuevas”, *La Prensa* (5 de septiembre de 1915).

²³ Cosío: “La opinión de un imparcial”.

²⁴ Ver la carta de M. F. Sánchez a Tristán [Ramón Vasconcelos] y sus comentarios en “Un nuevo lío”, *La Prensa* (12 de diciembre de 1915).

era más fuerte. Como era usual fuera de La Habana, los individuos percibidos como “negros” y “mulatos” asistían por separado a clubes sociales y sociedades de ayuda mutua.²⁵

Un claro ejemplo de cómo la negritud fue diluida en la terminología racial lo es la categoría de *mestizo*, la cual aparece en los censos y otras fuentes estadísticas desde aproximadamente 1899. La categoría fue usada por científicos a finales del siglo XIX para denotar la extensión del mestizaje en la Isla; sin embargo, no fue aceptada porque —según ellos— designaba muchas mezclas raciales, y esto carecía de significado científico.²⁶ En sus estudios, Israel Castellanos, antropólogo criminalista, criticó la falta de precisión de este término y se quejó de que los mestizos estaban siendo clasificados solo según el color de la piel, e ignoraban variables relevantes tales como el tipo de pelo, prognatismo y otras características craneales y faciales que, según él, definían a las razas humanas.²⁷

Era precisamente la ambigüedad del término, sin embargo, lo que lo hacía atractivo. En oposición a otras categorías raciales tales como “negro” o “mulato”, juzgadas como más precisas en el vocabulario racial cubano, la denominación “mestizo” tenía la virtud de apartar de la negritud a una porción significativa de la población cubana. “Yo uso el término mestizo como una delicadeza de mujer blanca que no quiere herir a los mulatos que la honran con su amistad”, declaró una líder feminista a principios de 1930. Alrededor de 1950, la categoría *sepia* fue ocasionalmente usada también, en lo que parece fue un esfuerzo adicional para evitar referirse a alguien como negro. Felipe Elosegui popularizó este término en su columna “1 000 noticias en sepia”, publicada por *El Tiempo*.²⁸ Además, por esta época, se decidió oficializar la eliminación en las estadísticas oficiales de las diferencias raciales, pues —según ellos— en Cuba no existía razón alguna para clasificar a las

²⁵ Tristán: “Opinión de un cienfueguense”, *La Prensa* (21 de agosto de 1915); Julio M. González Torres: “Sociedades que nos honran. Luz de Oriente”, *Adelante* 1:2 (julio de 1935), 19-20; Juan Jiménez Pastrana: “Indagaciones. Las Sociedades Cubanas y el problema negro”, *Nuevos Rumbos* (noviembre de 1947), 33; David Grillo: *El problema del negro cubano*, 144; Betancourt: *El negro*, 85-86.

²⁶ Para un ejemplo, ver el debate de los antropólogos cubanos acerca de las enfermedades oculares en la Isla, estudiado por Naranjo Orovio y García González: *Racismo e inmigración en Cuba*, 186-193.

²⁷ Castellanos: “Los menores delincuentes”, 81-111 y *La delincuencia femenina en Cuba*, 12-13.

²⁸ Mariblanca Sabas Alomá: “Sobre problemas raciales: lección a un lector que no sabe leer”, en Pinto: *Un artículo y tres cartas*, 19-23.

personas de acuerdo al color de su piel, y estas categorías comenzaron a desaparecer.²⁹

Lo que ni la interpretación conservadora del discurso nacional, ni la deliberada vaguedad de las categorías raciales podían ocultar, es que la calidad de vida de un sector significativo de la población cubana permanecía asociada a su ancestro africano. Las expectativas de la élite acerca de la gratitud de los negros nunca fueron satisfechas, si esto era jugar con fuego, entonces ellos y otros representantes populares eran verdaderos incendiarios. Usando el mismo discurso, estos actores populares discutieron, punto por punto, las interpretaciones y postulados de la visión conservadora, elitista, de la democracia racial cubana. Ante el argumento de que esta fraternidad la obtuvieron durante la lucha independentista y que la república cubana fue creada con todos, y para el bien de todos, ellos ripostaron que era por esas razones que los afrocubanos merecían participar en la vida económica, social y política del país en un plano de igualdad. Precisamente, debido a su gran participación en la guerra, a la cual contribuyeron en una proporción mayor que su porcentaje en la población total, los negros y mulatos ganaron el derecho a ser ciudadanos plenos. Ante el argumento que los negros les debían su libertad a los blancos, ellos propusieron, en medio de protestas de fraternidad racial, un argumento opuesto: la abolición de la esclavitud no era un ejemplo de generosidad de las autoridades españolas o de los amos criollos, sino una “conquista” de los insurgentes negros en la guerra de 1868. Como aseguró Lino D’Ou, “restituir no es ceder”.³⁰

Este nacionalismo popular interpretó la república cordial de Martí con todos, y para el bien de todos, como una meta, un programa inacabado en el proceso de formación nacional.³¹ Para ellos, “la patria” no era solo un territorio libre de dominación extranjera en la que persistían las mismas injusticias contra las cuales lucharon los cubanos. Como explicó en 1901 Rafael Serra, intelectual negro y colaborador de Martí, la patria tenía que incluir a “todos”, lo cual solo se podía lograr con “la justicia y la equidad”.³²

²⁹ Urrutia: “Armonías. Abolido el racismo en el registro civil” y “Armonías. Dígase hombre”, *Diario de la Marina* (4 y 21 de junio de 1950); Aracelio Azcuy: “Reparación de una injusticia”, *Atenas* 2:7 (noviembre de 1951), 10.

³⁰ D’Ou: “Restituir no es ceder”, *Labor Nueva* 1:4 (12 de marzo de 1916), 6. Para un ejemplo adicional del mismo discurso, ver Carlos Fernández Cabrera: “Elogio del negro cubano”, *Nuevos Rumbos* 1:8 (agosto de 1946), 6.

³¹ Sobre el uso del legado martiano en la lucha por la igualdad racial, particularmente por el Partido Independiente de Color, ver Fernández Robaina: *El negro en Cuba*, 104-109.

³² Serra: *Carta abierta*, 3-4. Ver también “Charla semanal”, *Labor Nueva* 1:10 (23 de abril de 1916), 3.

Los intelectuales afrocubanos ridiculizaron el discurso dominante de una Cuba con todos, y para el bien de todos, como una “cantilena” usada por los políticos para atraer votos en períodos electorales, y enfatizaron que la república había traicionado, de hecho, la visión de Martí de una nación racialmente fraternal. La república fue constituida “por todos”, pero garantizaba el bienestar de unos pocos.³³ “Hablamos y laboramos prácticamente, a fin de que resulte una realidad y no un mito el ideal del Apóstol de nuestras libertades, José Martí, que soñaba y quería una República cordial ‘con todos, y para el bien de todos’” —afirmó una mujer negra en 1929. En oposición a la versión de la élite de la democracia racial, esta interpretación popular enfatizó la necesidad de construir la república “verdadera” de Martí con todos, y para el bien de todos.³⁴

Este análisis aseveró también que el derecho de los afrocubanos a ser miembros plenos de la nación y a todos los beneficios de la república no era una concesión blanca, sino una conquista de los insurrectos negros y mulatos, quienes participaron en las guerras de independencia creadoras de “la patria”. La cuestión de su participación en la guerra se discutió vivamente. Los números y las proporciones se convirtieron en armas políticas.³⁵ “Al terminar la guerra empezó la discusión de si los negros

³³ Juan de Dios Cepeda, manifiesto impreso por el Partido Independiente de Color dirigido a todos los hombres de color, Placetatas, 20 de octubre de 1909. ANC, Fondo Especial, Leg. fuera, 9-22; Juan de Dios Duany, Manifiesto impreso “Mal presagio. El microbio moral en nuestra sociedad” (ca. 1910). ANC, Fondo Especial, Leg. 4, 128.

³⁴ Inocencia Silveira: “Lo que somos”, *Diario de la Marina* (10 de febrero de 1929). Para ejemplos adicionales, ver Pozo y Gato: “Al margen de ciertas campanitas”. Este argumento fue proclamado también por las llamadas sociedades de color después de 1930; ver Urrutia: “Opresores y oprimidos”, *Adelante* 4 (septiembre de 1935), 6; “Reiteran su firme posición democrática las Sociedades Negras”, *Noticias de Hoy* (29 de octubre de 1943); y “Editorial”, *Atenas* 3:10 (octubre de 1954), 5.

³⁵ La cuestión de la participación afrocubana en el Ejército Libertador ha sido objeto de estimados diversos, en parte, porque la participación negra varía de acuerdo con la ideología racial del observador. Diferentes autores han adelantado estimados que tienden a coincidir de un modo general. Pérez fija la participación negra en cerca del 40 % entre los oficiales en su *Cuba Between Empires*, 106; Ibarra: *Cuba, 1898-1921*, 187, menciona 60 %, incluyendo soldados y oficiales; Fermoselle: *Política y color en Cuba*, 26, sostiene que el 40 % de los generales y coroneles en el ejército eran negros. Utilizando nuevas metodologías y fuentes, Michael Zeuske intenta actualmente determinar la participación de los antiguos esclavos y los negros en el Ejército Libertador en la región de Cienfuegos. La composición social de la brigada de Cienfuegos ha sido estudiada también por Orlando García Martínez, quien ha sostenido

habían peleado o no. Yo sé que el 95 % de la raza negra hizo la guerra. Luego ellos [los americanos] empezaron a decir que el 75 %. Bueno, nadie les criticó esas palabras”, relató el veterano negro Esteban Montejo.³⁶ De hecho, “esas palabras” encontraron respuesta y la participación negra en Cuba Libre fue destacada frecuentemente por los voceros de esta interpretación radical de la cubanidad. La creación del Partido Independiente de Color en 1908 se justificó en términos de los derechos adquiridos por los negros debido a su participación en la guerra, estimada por los líderes del PIC en un 85 %.³⁷

En respuesta a la interpretación elitista que tendía a negar la existencia de un problema racial y culpaba a los afrocubanos por su continua subordinación social, este nacionalismo popular enfatizó precisamente lo contrario: existía un problema racial en la Isla que necesitaba ser debatido y que no podía reducirse a la supuesta falta de preparación de los negros para la vida republicana. Como resultado, los intentos de silenciar el tema de la raza nunca fueron exitosos. Los intelectuales y activistas negros destacaron repetidamente que la única manera de alcanzar una real fraternidad racial era reconociendo la existencia del problema y discutiéndolo de manera abierta. “¡Desdichados de nosotros si seguimos en este silencio sepulcral!”, exclamaron en 1907 los veteranos negros Ricardo Batrell y Alejandro Nenínger. “La mentira, la hipocresía, el disimulo solo traerán males peores [...] Hay que gritarlo, hay que denunciarlo [...] se practica todavía, para nuestra vergüenza, la vil discriminación de los hombres por el color de la piel”, declaró años después otro intelectual negro.³⁸ Los intentos por

que el 18 % de sus altos oficiales eran negros o mulatos. Ver Zeuske: “La participación de los exesclavos en el Ejército Libertador: El ejemplo de la región de Cruces y Lajas” y García Martínez: “La Brigada de Cienfuegos: un análisis social de su formación” (papeles presentados al “Taller de Historia”, Cienfuegos, 5-7, marzo de 1998).

³⁶ Barnet: *Biografía de un cimarrón*, 206.

³⁷ Una Comisión del PIC a William Taft, Habana, 22 de noviembre de 1912. USNA, RG 59/837/960. Ver también Helg: *Our Rightful Share*, 153.

³⁸ Ricardo Batrell Oviedo y Alejandro Nenínger: “Manifiesto al pueblo de Cuba y a la raza de color”, *La Discusión* (11 de agosto de 1907); Jorge Castellanos: “La llaga racial al desnudo”, *Noticias de Hoy* (24 de septiembre de 1952). Los ejemplos de este discurso son incontables; para una muestra, ver Víctor Muñoz: “¡Si fuésemos francos!”, *Labor Nueva* 1:5 (19 de marzo de 1916), 4-5; Julián González: “Blancos y negros”, *Labor Nueva* 1:11 (30 de abril de 1916), 6-7; Nicolás Guillén: “El camino de Harlem”, *Diario de la Marina* (21 de abril de 1929).

desracializar a Cuba con el silencio fallaron por una combinación de factores. Además del activismo afrocubano y de su notable producción literaria y periodística,³⁹ el silencio nunca fue viable porque el sistema político cubano —basado en el sufragio universal masculino— forzó a los partidos políticos dominantes a prestar al menos alguna atención a las demandas de los afrocubanos, en particular durante las elecciones.⁴⁰

Más que un “problema negro”, los voceros de la interpretación radical de la cubanidad argumentaron que el sometimiento económico y social de los afrocubanos no se podía explicar por sus supuestas deficiencias. La solución no era convertirlos a cada uno en un matemático famoso, como dijo el poeta mulato Nicolás Guillén. Este era un problema social cuya solución requería transformaciones sociales. “El blanco, he ahí el problema”, escribió Guillén. Otro intelectual radical afrocubano, Ángel Pinto, argumentó que a pesar de las proclamaciones de que Cuba era una república “con todos, y para el bien de todos”, que el negro era un “gran patriota” y que todos los cubanos eran “iguales ante la ley”, la realidad es que la república era gobernada por una “clase social” de la cual ellos estaban excluidos. Dicha clase la componían, precisamente, “los racistas más contumaces”. Esta visión radical, sin embargo, no fue compartida por todos los intelectuales negros de la clase media. Muchos aceptaron ciertos elementos de la visión elitista, según la cual las masas afrocubanas debían “ganar” su lugar en la sociedad con la educación y el progreso.⁴¹

³⁹ Para una introducción al periodismo afrocubano, ver Trelles: “Bibliografía de autores de la raza de color”; Deschamps Chapeaux: *El negro en el periodismo cubano* y Fernández Robaina: *Bibliografía de temas afrocubanos*. Este aspecto recibió atención también en la prensa dominante y algunos de los periódicos más importantes dedicaron columnas regulares a la “población de color”. En 1915-1916 *La Prensa* publicó “Palpitaciones de la raza de color”, una columna escrita por Ramón Vasconcelos bajo el seudónimo de *Tristán*; *Diario de la Marina* publicó la columna de Gustavo E. Urrutia: “Armonías” (1928-1936) y su influyente página dominical “Ideales de una raza” (1928-1930). La vida “social” de los negros, es decir, las actividades de los clubes negros y de la clase media negra fueron recogidos en columnas sociales como las “Notas Sociales” que Raúl Suárez Mendoza escribió para *Ahora* (1933) y los “Motivos Sociales” de Pedro Portuondo Calá, publicados por *El País* en las décadas de 1930 y 1940. En la década de 1950, cuando las crónicas de las sociedades negras comenzaron a desaparecer de la gran prensa, *El Tiempo* publicó las columnas de Felipe Elosegui (“1 000 noticias en sepia”) y de Manuel Cuellar Vizcaíno (“Aire libre”).

⁴⁰ Véase Capítulo 3.

⁴¹ Guillén: “La conquista del blanco” y “El blanco: he ahí el problema”, *Diario de la Marina* (5 de mayo y 9 de junio de 1929). Ver también los comentarios al primer artículo por Mañach: “Glosas: el problema negro”, y Pinto: “Ladrándole a la luna”, *Nuevos Rumbos* 1:4 (marzo de 1946), 9.

La ideología mambisa de la cubanidad tenía interpretaciones divergentes; algunas de sus demandas centrales eran algo ambivalentes y no disfrutaban de la aceptación general. En medio de estas controversias, sin embargo, existía cierto consenso. Una república con todos, y para el bien de todos, era al menos una meta deseada. Una propuesta de exclusión abierta y sistemática de los negros era casi inequívocamente anticubana. Las élites políticas podían soñar con una patria en la que los negros estuvieran simbólica o literalmente ausentes; pero su propia aceptación a la idea de una cubanidad incluyente limitaba sus opciones políticas y daba a los afrocubanos herramientas legítimas para pelear por su inclusión en una nación que nadie negaba era también suya. Por otra parte, la visión de un igualitarismo verdadero y de una nación fraternal fue sostenida no solo por los negros; también fue propugnada por los intelectuales radicales blancos y, particularmente después de los años 20, por el movimiento obrero radical. En toda esta controversia, las interpretaciones cruzaban las líneas de color y de clase. La clase media culta negra, por ejemplo, negó con frecuencia que la república fuera realmente incluyente, pero compartía la idea de que las masas de obreros manuales negros debían “desafricanizarse” y abrazar la causa del progreso blanco. Algunos veteranos blancos que entraron en la política eran renuentes a debatir cuestiones raciales, pero se oponían frecuentemente a medidas que evidenciaban la exclusión de los negros. La república con todos, y para el bien de todos, era una representación tergiversada de la realidad, pero como cualquier otra ideología dominante, afectó a la realidad misma; en el proceso creó limitaciones inesperadas, así como oportunidades para la acción social y política.

Un ejemplo extraordinario de cómo esta ideología operó en la práctica es aportado por Jesús Masdeu en su novela *La raza triste*, escrita en la década de 1910.⁴² Aunque el propósito de la novela era denunciar la persistencia del racismo en la república, varios de los caracteres blancos de Masdeu defienden la necesidad de tratar a negros y blancos como iguales y formulan esta necesidad con el lenguaje de la ideología nacionalista. Así, cuando los blancos “notables” de Bayamo se reunieron en un club local para financiar la educación de dos niños, una propuesta surgió rápidamente: “Uno blanco y el otro de color”. “Los negros son para cargar agua”, contestó un veterano de la Guerra de los

⁴² Masdeu: *La raza triste*, 28-29. Masdeu era blanco. La novela está fechada en 1920, pero en la introducción el autor afirma que fue escrita “cuando él era joven”, mientras trabajaba en los campos de caña. En la segunda edición de la novela en 1942, él afirma que fue escrita “alrededor de 30 años” antes.

Diez Años, anteriormente dueño de esclavos. “Yo creo que hay algunos negros que sirven para algo más”, sostuvo un abogado joven y millonario que fue también coronel del Ejército Libertador. Además, agregó otro participante, “eso de negros y blancos se acabó en Cuba. Hoy cuantos hemos nacido en este país somos ciudadanos de la democracia cubana [...] La República es con todos, y para el bien de todos [...] Si nosotros, que somos los obligados, no le abrimos los brazos a los negros, que nos ayudaron a hacer la independencia [...] nos pondremos a la misma altura que los malos patriotas”. Los buenos patriotas —implicaba Masdeu— no debían hablar de razas, mucho menos discriminar.

Cuán abarcadora e incluyente podía ser la cubanidad no era solo una cuestión ideológica o discursiva. A la fuerza de la ideología nacionalista se añadía la presencia de negros y mulatos en la dirección del Ejército Libertador. Individual y colectivamente, los afrocubanos terminaron la guerra con una presencia pública y un prestigio que no disfrutaban antes de 1895. Dos de los 6 ejércitos regionales estaban bajo el mando de generales negros cuando finalizó la guerra.⁴³ El hacendado Edwin Atkins observó que los negros se volvieron “protestones” y que entraban a la plaza pública, lo cual no estaba permitido antes. Inmediatamente después de la guerra, los insurrectos controlaban numerosos pueblos rurales, cobraban impuestos y realizaban otras funciones administrativas y de control, frecuentemente bajo la autoridad de “oficiales negros”. La Habana, según el veterano negro Montejo, era “una feria” donde los negros “se divertían como quiera”.⁴⁴

La confianza y determinación que los soldados afrocubanos adquirieron durante la guerra se ejemplifica bien en una anécdota concerniente a su interacción con los soldados norteamericanos. Este caso, rememorado por Montejo, tuvo lugar en Cienfuegos en 1899, cuando un grupo de mambises atacó a soldados norteamericanos por sus maneras irrespetuosas hacia las mujeres cubanas. Montejo, quien confiesa que no se podía “tragar” a los americanos, relata que ellos se dirigían a las mujeres cubanas diciéndoles *Foky, foky, Margarita* y que él nunca se había molestado tanto, ni siquiera en la guerra, como en Cienfuegos. El hecho de que estos mambises, entre los cuales había numerosos negros, impusieran lo que consideraban era el orden social apropiado, no solo sugiere que ellos consideraban a Cienfuegos como

⁴³ Ellos eran el mayor general Jesús Rabí, jefe del Segundo Ejército (Oriente) y Pedro Díaz, jefe del Sexto Ejército (Pinar del Río). Para esbozos biográficos de estos y otros oficiales afrocubanos, ver “Número-álbum consagrado a la revolución cubana”, *El Figaro* (15 de febrero de 1899).

⁴⁴ Atkins: *Sixty Years in Cuba*, 297, 306; Barnet: *Biografía de un cimarrón*, 201.

su propio territorio, sino también que tenían el derecho de regular su vida.⁴⁵

La visibilidad y resolución colectivas de los afrocubanos se sustentaban también en la prominencia de algunos líderes militares negros, cuyos nombres estaban ligados íntimamente a la causa independentista. Aunque algunos de los oficiales negros y mulatos de más alto rango, como Antonio y José Maceo, Flor Crombet y Guillermo (*Guillermón*) Moncada, habían perecido y alcanzaron el rango de héroes nacionales. En cambio, los generales Jesús Rabí, Agustín Cebreco, Quintín Bandera, Juan Eligio Ducasse, Prudencio Martínez, Pedro Díaz y otros sobrevivieron, y su contribución a la causa de Cuba Libre no podía ser disputada. Estos generales eran símbolos vivientes de la participación afrocubana en la guerra de independencia, y representaban una potencial fuente de liderazgo para resistir los esfuerzos de quienes querían minimizar el papel del negro en la construcción de la nación.

La trascendencia social de estos veteranos fue garantizada en interminables banquetes en su honor, por el interés de los partidos políticos emergentes para atraerlos, y con la creación de clubes sociales y políticos con sus nombres. Sus actividades sociales y políticas recibieron amplia cobertura de la prensa. En 1900, por ejemplo, se dio un “banquete amistoso” en Santiago de Cuba en honor al general Rabí, con la participación de “todas” las autoridades civiles, religiosas, judiciales, y representantes de varias corporaciones, periódicos y “la mayoría de los ciudadanos valiosos” de la ciudad.⁴⁶

Quintín Bandera es otro ejemplo de visibilidad y prestigio. En 1899, organizó y presidió el Partido Nacional Cubano de Oriente, con posterioridad llamada Liga Nacional Cubana. En 1900, el general recorrió la Isla, y visitó numerosos pueblos en las provincias de La Habana, Matanzas y Oriente. “El héroe”, como lo denominaba el *Diario de La Marina*, fue recibido en todas partes por autoridades locales y “personalidades”. En Arroyo Naranjo (La Habana), por ejemplo, Bandera y sus compañeros recibieron una gran bienvenida, en la que participó el alcalde de la municipalidad, también visitaron el cuartel de la Guardia Rural donde se organizó un banquete en su honor, y fueron hospedados por un prominente hacendado. Banquetes y fiestas similares se organizaron en otros pueblos por los comités locales del Partido Nacional Cubano, los clubes obreros, e incluso por organizaciones españolas como el

⁴⁵ Barnet: *Biografía de un cimarrón*, 206-209.

⁴⁶ Barnada, Pedro Varela y otros como Leonard Wood, Santiago de Cuba, 11 de enero de 1900. LC, Leonard Wood Papers, 28.

Casino Español de Colón. Le dieron su nombre a un club recreativo en La Habana.⁴⁷

Esta contribución de los afrocubanos a la independencia no podía ser ignorada, y se hizo obvia en actos patrióticos, como la inauguración de la República el 20 de mayo de 1902. Ese día, un grupo de soldados del Ejército Libertador, descrito por la prensa como una “fuerza cubana”, la mayoría con rostros “bronceados”, marcharon por las calles de La Habana bajo las órdenes del general Pedro Díaz, jefe del Sexto Ejército y amigo personal de Antonio Maceo. Los generales negros aparecían también en otros actos públicos de significado patriótico, como los conmemorativos al comienzo de la Guerra de los Diez Años.⁴⁸ Fueron otorgados pensiones y empleos a las familias de los libertadores negros fallecidos, proporcionados por las municipalidades, el Congreso cubano, e incluso por las autoridades norteamericanas; así como se celebraron ceremonias fúnebres de figuras públicas, con la asistencia de prominentes políticos blancos.⁴⁹ La enfermedad y muerte de Rabí, por ejemplo, fue seguida de cerca por la prensa nacional, con cobertura de primera plana. La procesión fúnebre del patriota negro Rafael Serra y Montalvo la encabezó Alfredo Zayas, vicepresidente de la República en 1909; la de Martín Morúa Delgado un año después, la encabezó el propio Presidente.⁵⁰ Incluso si la dirigencia blanca participaba en estos actos públicos como una manera de atraer el voto negro, también estaba dando reconocimiento público al papel desempeñado por los afrocubanos en la formación de la nación cubana.

El liderazgo y la visibilidad también las proporcionó un número de patriotas negros que carecían de credenciales militares, pero que

⁴⁷ “La prensa”, *Diario de la Marina* (1 de septiembre de 1899, ed. mañana); “El general Banderas”, *La Lucha* (6 de septiembre de 1899).

⁴⁸ “Los soldados de Maceo”, *La Lucha* (22 de mayo de 1902); “La República conmemora el 10 de Octubre”, *La Discusión* (11 de octubre de 1905).

⁴⁹ Para algunos ejemplos, ver “Asuntos varios. Pensión”, *Diario de la Marina* (15 de mayo de 1900, ed. tarde); “Prominent People”, *Diario de la Marina* (31 de enero de 1900, ed. tarde); Cuba, Cámara de Representantes, *Diario de Sesiones* 42:10 (28 de mayo de 1924). En esta sesión, la Cámara de Representantes otorgó una pensión a la familia de Pedro Díaz y una donación a la hermana de Guillermo Moncada.

⁵⁰ “El general Jesús Rabí”, *La Lucha* (5 de septiembre de 1915); “Se teme que la enfermedad del general Rabí tenga un fatal desenlace”, *La Lucha* (21 de septiembre de 1915); “¡Ha muerto el general Jesús Rabí!” *La Prensa* (5 de diciembre de 1915); “Rafael Serra Montalvo” y “Entierro de un representante”, *La Lucha* (25 y 26 de octubre de 1909); “Crespón de luto”, “Los funerales del señor Morúa” y “El sepelio del señor Morúa”, *La Lucha* (29 y 30 de abril, 1 de mayo de 1910).

contribuyeron a la causa de la independencia. Juan Gualberto Gómez era, por supuesto, el más eminente de estos líderes. Hijo de esclavos y colaborador cercano de Martí, se convirtió en el líder afrocubano más notable en la Isla por los años 1890, cuando presidió el Directorio Central de Sociedades de la Raza de Color y comenzó a publicar el periódico *La Igualdad*. La importancia del Directorio en las luchas por la independencia y contra la discriminación racial fue ampliamente reconocida. La organización abarcó, aproximadamente, 100 sociedades en toda la Isla en 1893, y emprendió una campaña exitosa para el reconocimiento de los derechos civiles y la igualdad legal de los afrocubanos.⁵¹ Otra contribución del Directorio fue que proporcionó un espacio en el cual los activistas afrocubanos adquirieron habilidades organizativas y políticas que les permitirían más tarde desempeñar un activo papel público en la república.

La vida de Manuel Delgado ejemplifica claramente esta trayectoria. En 1892, la sociedad La Luz, club negro de Yaguajay, lo nombró delegado ante el Directorio; con posterioridad se unió al Ejército Libertador, y llegó a ser comandante. Después de la independencia, sirvió como teniente de la guardia rural, miembro de la asamblea provincial en Las Villas, y representante en el Congreso Nacional. Con el gobierno de Machado, se convirtió en miembro de su gabinete, primero como secretario de Agricultura y después como secretario del Interior.⁵²

Otra figura pública negra, que se involucró con el Directorio y el periódico *La Igualdad* antes de participar en la guerra, en la cual ganó los grados de coronel y miembro de la plana mayor de José Maceo, fue el periodista y escritor Lino D'Ou, quien organizó varias sociedades negras en Santiago de Cuba y Guantánamo; se convirtió en representante de la provincia de Oriente en 1908 por el Partido Conservador. Las autoridades norteamericanas lo describieron como alguien que odiaba a los blancos, "particularmente a los americanos". D'Ou continuó siendo una figura política e intelectual prominente hasta su muerte en 1939.⁵³

⁵¹ Hevia Lanier: *El Directorio Central*, 24. Acerca del Directorio, ver también Horrego Estuch: *Juan Gualberto Gómez*, 11; Helg: *Our Rightful Share*, 35-43; Montejo Arrechea: *Sociedades de Instrucción*, 80-110.

⁵² D'Ou: "Rasgos i [sic] perfiles. Manuel Delgado", *Diario de la Marina* (6 de enero de 1929); "Ese negro no: ese general", *El Político* (7 de septiembre de 1930).

⁵³ Juan Jérez Villarreal: "Lino Dou, el hijo de Bárbara", *Diario de la Marina* (24 de febrero de 1929); D'Ou: "Sobre dos puntos" y "El dilema" *La Prensa* (19 y 25 de agosto de 1915); Longan al Chief of Military Information Division, Guantánamo, julio 1907. USNA, RG 395/1008/53/ Ítem 71; Gerardo Castellanos: "Murió Lino D'Ou", *Estudios Afrocubanos* 4:1-4 (1940), 39-46.

También se vincularon al Directorio Laudelino García, Juan Travieso y Ramón Canals. García terminó la guerra como capitán del Ejército Libertador, y fue con posterioridad miembro de la asamblea provincial de Las Villas, donde poseía una casa de empeños. Travieso se convirtió en representante y fue conocido, después como el “patriarca” de su pueblo nativo, Bejucal, cerca de La Habana. Canals era propietario de una tienda, y se fue al exilio durante la guerra; sirvió como concejal de La Habana, en 1908-1910 y 1912-1916.⁵⁴

Incluso, después de muertos, los héroes negros de la independencia proporcionaron también visibilidad y prestigio a los afrocubanos. Además de Martí, Antonio Maceo era el más venerado, citado, y disputado símbolo de la fraternidad racial cubana; su muerte en combate se conmemoraba cada año con procesiones masivas a su tumba que, incluían, invariablemente, a los políticos más prominentes y a representantes de las sociedades y clubes negros. El Congreso celebraba sesiones especiales en honor a su memoria; se construyeron parques, se erigieron monumentos y se nombraron calles en honor al general mulato. Como parte de sus esfuerzos por atraer el apoyo afrocubano, el presidente Gerardo Machado declaró la fecha como día feriado nacional en 1930.⁵⁵

La disputa acerca de la memoria y el legado de Maceo alcanzó un punto en el cual su propia “raza” se convirtió en objeto de controversia. Cuando los restos del general se exhumaron en septiembre de 1899, se declaró que su cráneo presentaba una “anomalía interesante [...] frecuente en la raza indígena, particularmente de América del Sur conocido como ‘el hueso del Inca.’” Un estudio antropológico subsiguiente concluyó que, aunque mulato, Maceo estaba más cerca al tipo racial blanco que al negro.⁵⁶ Los retratos y dibujos lo reflejaban a él

⁵⁴ D’Ou: “Rasgos i [sic] Perfiles. Pancho Antúnez, Laudelino García y Lino D’Ou” y “Rasgos i [sic] Perfiles. Juan Travieso”, *Diario de la Marina* (3 de febrero y 7 de abril de 1929); Nicolás Guillén: “Ramón Canals”, *Diario de la Marina* (3 de noviembre de 1929).

⁵⁵ “Maceo”, *La Lucha* (7 de diciembre de 1906); “El pueblo de Cuba”, *La Prensa* (20 de mayo de 1916) sobre la inauguración, por el Presidente, de una estatua de Maceo; “La conmemoración del 7 de diciembre”, *La Lucha* (8 de diciembre de 1925). Para ejemplos de actos oficiales en el Congreso, ver “Oración fúnebre”, *Diario de la Marina* (8 de diciembre de 1928); “Sesión solemne en honor del mayor general Antonio Maceo”, en Cuba, Cámara de Representantes, *Diario de Sesiones* 53:12 (9 de diciembre de 1929). La ley declarando el 7 de diciembre como día feriado es reproducida en “Héroes y maestros”, *Boletín Oficial del “Club Atenas”* 1:11 (20 de noviembre de 1930), 5.

⁵⁶ “Los restos de Maceo y Panchito Gómez”, *La Lucha* (19 de septiembre de 1899); Helg: *Our Rightful Share*, 105.

y a otros prominentes patriotas afrocubanos como “casi blanco”.⁵⁷ Se hicieron intentos también para minimizar el talento de Maceo como jefe militar o disminuir o negar los obstáculos racistas que él encontró durante sus años de servicio a la causa de Cuba Libre.⁵⁸

A pesar de los esfuerzos por privar a los afrocubanos de su símbolo máspreciado, Maceo continuó siendo usado en la batalla por la igualdad racial en toda la república. La manipulación de los políticos al legado del general fue criticada frecuentemente en la prensa negra —y después en la de los comunistas y el movimiento obrero radical.⁵⁹ Mientras que la élite política utilizaba estas ocasiones para resaltar la fraternidad de la nación cubana o disertar acerca de las supuestas deficiencias de los negros, los intelectuales negros lo usaron para denunciar su subordinación en la sociedad cubana. En una “conversación” con la estatua de bronce del general, inaugurada en La Habana en 1916, por ejemplo, un activista afrocubano explicó al héroe: “Sí, general, dice la Constitución [...] que [...] todos los cubanos son iguales ante la ley [...] pero [...] en la república que con el esfuerzo de tu brazo se ha fundado, no todos los cubanos son tratados por igual”.⁶⁰ Sin embargo, las interpretaciones populares de Maceo no se limitaron a denunciar las injusticias de la república, sino que llamaron a la acción social para construir “la patria” igualitaria e incluyente soñada por Martí y el general afrocubano. Como señaló otro activista negro: “ha de tocarnos a nosotros, a la juventud cubana, realizar pasivamente lo que la muerte de Maceo impidió realizar bélicamente”.⁶¹ Por eso un comentarista norteamericano enfatizaba la necesidad de “rescatar” la memoria del patriota de las masas, para “que la exaltación a los más altos picos

⁵⁷ Nilo Zuaznábar: “Lo que queremos”, *Fragua de la Libertad* 1:7 (4 de julio de 1942), 1, 11.

⁵⁸ Incluso un escritor racista como Mustelier tenía que reconocer las virtudes patrióticas de Maceo, a pesar de que afirmó que el general no era un estratega militar brillante en su obra *La extinción del negro*, 26-29. Acerca de la minimización del racismo en la vida de Maceo, ver Antonio Iraizoz: “Reparos a un libro sobre Maceo”, *Cúspide* 2:12 (15 de diciembre de 1938), 2-3.

⁵⁹ Lorenzo Díaz Valencia: “La sonrisa del extinto”, *Aurora* 1:9 (1 de diciembre de 1914), 3; D’Ou: “Maceo”, *Labor Nueva* 1:15 (21-28 de mayo de 1916), 8-9. Para un ejemplo de la visión elitista del legado de Maceo, ver Enrique José Varona: “Maceo”, *Labor Nueva* 1:15 (21-28 de mayo de 1916), 6.

⁶⁰ George Duroy: “Lo que me dijo la estatua”, *Labor Nueva* 1:15 (21-28 de mayo de 1916), 16-17.

⁶¹ José Enrique Morúa: “Antonio Maceo y la revolución cubana”, *Labor Nueva* 1:15 (21-28 de mayo de 1916), 13-14.

de la gloria del campeón mulato de la independencia” no fuera, “una fuente de preocupación para las autoridades”.⁶²

La popularidad y prestigio de los héroes y veteranos afrocubanos eran indicativos de una realidad inevitable. Incluso aquellos que despreciaban a los negros —como decía Montejo al referirse a los americanos— tenían que reconocer su existencia y afrontar el delicado problema de su participación en el orden político emergente. Como un observador contemporáneo declaró: “La existencia de los negros tiene que ser tenida en cuenta en cada fase de la reconstrucción de la Isla”.⁶³ Esta tarea, sin embargo, fue llevada a cabo bajo el control de las fuerzas de ocupación norteamericanas.

EL ORDEN RACIAL SEGREGADO

Al mismo tiempo que Martí concebía una cubanidad racialmente incluyente y fraterna, los científicos norteamericanos se ocupaban en probar la inferioridad innata de los negros. Numerosos estudios antropométricos concluyeron que estos eran naturalmente inferiores, incapaces de participar en sociedades civilizadas y condenados a la desaparición eventual en el inevitable proceso de competencia con la superior raza blanca. En la cima de su gloria, los darwinistas sociales utilizaron estas conclusiones para argumentar que la batalla por “la supervivencia del más apto” no solo explicaba la subordinación del negro, sino el ascenso de ciertas naciones y razas en un mundo que no tenía lugar para los llamados pueblos primitivos.⁶⁴

Las fuerzas norteamericanas de ocupación trajeron con ellos esta ideología y las prácticas segregacionistas que la racionalizaba y justificaba.⁶⁵ En Cuba encontraron una población que, según su ideología racial, la componían mayoritariamente negros necesitados de guía y supervisión. Si existía alguna duda acerca de la capacidad cubana para el mejoramiento y el gobierno propio, no existía duda alguna de su inferioridad colectiva. Como expresa Kathy Duke, los militares

⁶² “Memorandum: Racial Problem of Cuba”, enviado por Sumner Welles al secretario de Estado, Habana, 29 de septiembre de 1933. USNA, RG 84/800/143.

⁶³ Barnett: *Biografía de un cimarrón*, 194; Pepper: *To-Morrow in Cuba*, 141.

⁶⁴ Para un buen estudio crítico del racismo científico noratlántico, ver Tucker: *Racial Research*.

⁶⁵ Acerca del impacto de la intervención de los Estados Unidos en las relaciones raciales en la Isla, ver Duke: “The Idea of Race”, 87-109; Helg: *Our Rightful Share*, 91-98; Orum: “The Politics of Color”, 47-64; Epstein: “Social Structure”, 192-203. Ver también Pérez: *Cuba Between Empires*.

norteamericanos creían en la superioridad cultural y racial de los anglosajones sobre el pueblo cubano, a quienes consideraban una “raza de salvajes ignorantes”. Incluso algunos con buena intención —admitió un observador contemporáneo— arribaban a la Isla sintiéndose como misioneros “entre bárbaros”.⁶⁶

La inferioridad de los cubanos era por supuesto racial. “Estamos tratando con una raza —escribió Wood a McKinley— que ha ido decayendo por cientos de años y en la cual tenemos que inculcar nueva vida, nuevos principios y nuevos métodos de hacer las cosas”.⁶⁷ Esto no podía ser de otra manera —explicó— porque después de ser sumergida durante siglos con los detritus de la sociedad española, la Isla tenía demasiada “sangre mezclada” para entrar con éxito en el concierto de las naciones civilizadas. “Decididamente, hay elementos negros en muchos de los blancos de Cuba”, expuso un profesor de Oxford. La negritud prevaleció tanto en Cuba, señaló otro observador, que la mayoría de la población de hecho no era blanca. “Basado en nuestras normas, resulta dudoso si el 5 % de la población pueda mostrar un linaje blanco limpio”.⁶⁸

Semejante nivel de mestizaje era considerado como un legado del cual no podía escapar la Isla. La mezcla de razas, concluyeron los científicos norteamericanos después de numerosas investigaciones, resultaba en degeneración. “La antropometría del mulato está decididamente en su contra”, afirmaba el profesor William Smith de la Universidad de Tulane. El mestizaje, a su vez, violaba la armonía de la naturaleza y conducía a la “decadencia racial”.⁶⁹ Según el influyente genetista Charles Davenport, los mulatos combinaban “la ambición” con “la insuficiencia intelectual”, haciendo de ellos “híbridos infelices” propensos a romper el orden social armónico.⁷⁰ Las consecuencias para Cuba eran funestas, como explicó un periodista norteamericano: “Cuba es políticamente imposible, socialmente imposible, económicamente imposible, porque

⁶⁶ Duke: “The Idea of Race”, 87; “The Questions of the Day”, *La Lucha* (7 de septiembre de 1899); Pepper: *To-Morrow in Cuba*, 315; Orum: “The Politics of Color”, 48-49.

⁶⁷ Wood a McKinley, Habana, 12 de abril de 1900. LC, Papeles de Leonard Wood, 28.

⁶⁸ John A. Gardner al secretario de Estado, Habana, 18 de octubre de 1910. USNA, RG 59/ 837.4061; Bryce: “The Relations of the Advanced y the Backward Races”, 18-19; Paul Beck, Office Memo, Habana, 15 de abril de 1920. USNA, RG 165/2056-196.

⁶⁹ Smith: “The Color Line”, 49, 122-123.

⁷⁰ Citado por Tucker: *Racial Research*, 65.

moralmente está podrida [...] Estos cubanos son [...] los deshechos de una raza [...] No pueden elevarse por sí mismos. La culpa es racial. Cuba [...] produce una sangre mixta difícil, indócil que desemboca en la depravación”.⁷¹

Incluso quienes no compartían los puntos de vista negativos sobre la población de la Isla, estaban de acuerdo en que los cubanos eran perezosos, infantiles, incoherentes, y afectados por un agudo “sentido de inferioridad”. Los maestros cubanos que visitaron Harvard en 1901 para ser adiestrados en los valores norteamericanos, por ejemplo, fueron descritos como “niños crecidos [...] que no podían entender la importancia de lo que veían”.⁷²

Esta visión, basada en la noción de superioridad racial anglosajona, duró más que la ocupación norteamericana. Una visión similar, basada en las mismas premisas raciales, emanó de la embajada en La Habana tan tarde como 1946: “Muchos de ellos [los políticos cubanos] poseen el encanto superficial de niños astutos, mimados por la naturaleza y la geografía, pero bajo la superficie combinan las peores características de la mezcla desafortunada de las culturas española y negra: la pereza, crueldad, inconstancia, irresponsabilidad y deshonestidad innata”.⁷³

Los americanos sintieron la necesidad de explicar a los cubanos sus grandes deficiencias, así como supervisar el establecimiento del gobierno propio en la Isla, posibilidad que en sí misma se cuestionaba. “Lo que ustedes los cubanos necesitan”—explicó William Taft en la ceremonia de apertura del año académico en la Universidad de La Habana en 1906—, es sentir la necesidad de ganar dinero, establecer grandes empresas, y promover la prosperidad de esta bonita Isla”.⁷⁴ Además de estos valores anglosajones básicos, los norteamericanos podían enseñar también a los cubanos cómo resolver eficazmente el llamado “problema

⁷¹ John A. Gardner: “Havana is World’s Wickedest City”, *Cleveland Press* (27 de enero de 1911).

⁷² “La nota del día”, *Diario de la Marina* (18 de enero de 1901, ed. tarde); Paul Beck al director de la Inteligencia Militar, Habana, 14 de abril de 1919. USNA, RG 59/ 837.504/147; Rabbi Jacob Goldstein: “Our ‘Little Sister’ Cuba” (1921). USNA, RG 59/ 837.00 P81/13; Lindsay y Winter: *Cuba and Her People*, 85.

⁷³ Henry Norweb al Secretario de Estado, Habana, 14 de enero de 1946. USNA, RG 59/837.00/1-1446. Declaraciones como esta no eran excepcionales, a pesar de la disminución del racismo científico después de la década de 1930. Para ejemplos adicionales, ver Thompson a Freeman Matthews, Matanzas, 7 de agosto de 1935. USNA, RG 84/800, en la cual elabora sobre los rasgos de la “mente latina”; la nota del embajador, Habana, 15 de agosto de 1939. USNA, RG 84/800, sobre la “ausencia de honor e integridad” de los cubanos.

⁷⁴ Citado por Dolz y Arango: “Discurso inaugural”, 163.

negro”. “En algunos aspectos nosotros hemos hecho con el negro lo mejor que se podía hacer” —afirmó un periodista estadounidense en un periódico local en 1899—. Le hemos hecho trabajar libremente; le hemos infundido ambición para poseer su propia casa y tierra, y vivir como un hombre blanco”.⁷⁵ Los negros —enfataron varios periodistas norteamericanos— tenían que someterse al poder del blanco en la futura república. El mismo ejemplo de la guerra hispanoamericana mostró que era solo bajo la “influencia blanca” que los negros actuaban de forma civilizada. La conducta de regimientos negros, bajo la dirección de sus propios oficiales durante la guerra, era concluyente: se caracterizaron por un “salvajismo desenfrenado”. Los cubanos, pues, debían aprender esta lección: “Cuando los negros son estimulados, parecen un galgo feroz que ya ha matado y ha sentido el deseo furioso de exterminar cualquier cosa que aparece en su camino”.⁷⁶

Los afrocubanos fueron presentados como lo más bajo dentro de lo bajo, salvajes entre incivilizados. No importa cuánto hubieran progresado, la “naturaleza africana” todavía era “fuerte” en ellos. Su “naturaleza” los convertía en “bestias”, y esto no era siquiera cuestionado. “En la mente del africano, el derecho de comer es incondicional. No depende del trabajo. Esto lo convierte en un ladrón”, explicaba un coronel del ejército norteamericano. Eran naturalmente criminales, y se convertían en una constante “fuente de posibles problemas” para las autoridades y el orden establecido. De hecho, un observador, Charles Pepper acotó que cualquier discusión acerca del crimen era superflua cuando se refería a “la raza africana”. Su única ventaja” era su resistencia a las condiciones climáticas y a las malas condiciones de trabajo; otra evidente muestra de su inferioridad y salvajismo. Eran obreros perezosos, ineficaces, e irresponsables, tenían habilidades limitadas y un intelecto inferior que solo congeniaban con el corte de caña: “Ninguna raza puede mostrar menos por lo que hace”.⁷⁷

Las visiones norteamericanas de la inferioridad innata e inevitable de los afrocubanos se basaban en un extenso cuerpo de investigación científica que encontró resonancia en la Isla, y permeó los círculos inte-

⁷⁵ “Our ‘Failures’ Withthe Inferior Races”, *La Lucha* (edición en inglés) (7 de septiembre de 1899).

⁷⁶ Barringer: “The American Negro”, 446; “Los miguelistas contra el tío Sam”, *La Discusión* (27 de agosto de 1907), citando el *Havana Daily Telegraph*.

⁷⁷ Pepper: *To-Morrow in Cuba*, 150-153; Lindsay y Winter: *Cuba y Her People*, 104-105, 135; Bullard: “The Cuban Negro”, 623-630; mayor Albert Gallatin al director de la Inteligencia Militar, Habana, 3 de febrero de 1919. USNA, RG 165/2056-133.

lectuales, así como las ideologías raciales locales. Aunque los médicos y practicantes de salud cubanos estaban, como muchos de sus colegas latinoamericanos, influenciados por las ideas científicas españolas y francesas, la ocupación norteamericana y su influencia en los asuntos cubanos facilitó la transmisión de sus ideas científicas acerca de las razas.⁷⁸

Los trabajos de los eugenistas fueron frecuentemente referidos en las publicaciones cubanas; las teorías acerca de la herencia que estaban en boga en los centros académicos de Europa y Estados Unidos eran conocidas. En una conferencia impartida en 1918 por el profesor Aristides Mestre sobre las leyes de la herencia y la biología aplicada en la Universidad de La Habana, analizó las teorías de Lamarck, Darwin, De Vries, Galton, Mendel y Weismann y sus contribuciones a lo que él denominó “el problema central” de la biología: la herencia. Miembro de la Asociación Genética Americana y suscriptor de su revista *Journal of Heredity*, estaba al corriente de los principales resultados y publicaciones de los eugenistas norteamericanos más conocidos de la época, que incluían a William Bateson, Charles Davenport y Thomas Morgan.⁷⁹ Mestre participó en la creación de la Liga de Higiene Mental de Cuba en 1929, creada a partir del modelo de una institución similar fundada en Nueva York por su amigo, el genetista Clifford Beers.⁸⁰

Los intelectuales cubanos reprodujeron las prácticas científicas norteamericanas; estudiaron y debatieron la conveniencia de esterilizar a los delincuentes incorregibles, a los degenerados y a los idiotas. Un delegado cubano al Congreso de la Asociación Nacional de Prisiones celebrado en Richmond, Virginia, en 1908, planteó que apoyaba el programa de la esterilización como la única solución viable a la creciente criminalidad. Los estudios norteamericanos también mostraban —señalaron los científicos cubanos— que este método no producía daño físico o pérdida de capacidad sexual al individuo, cuya “fuerza mental” efectivamente se incrementaba después del procedimiento. En 1910, el doctor Francisco Fernández, con posterioridad secretario de Sanidad y miembro fundador de la Liga Cubana de Higiene Mental, defendió la

⁷⁸ Sobre la influencia francesa en la medicina y eugenesia en América Latina y Cuba, ver Stepan: “*The Hour of Eugenics*”, 72-79.

⁷⁹ Mestre: “Las leyes de la herencia”, 163-193.

⁸⁰ Beers había fundado el National Committee for Mental Hygiene, el cual defendía la segregación y esterilización eugenésica de los débiles mentales. Ver Larson: *Sex, Race, and Science*, 59-62. Sobre la Liga Cubana, ver Mestre: “La higiene mental”, 203-218.

introducción de la esterilización en la Isla como una manera de “preservar la raza”. A ese efecto presentó incluso una ley en el Congreso.⁸¹

El doctor Fernández fue también presidente de la Primera Conferencia Panamericana de Eugenesia y Homicultura celebrada en La Habana en 1927, a la que asistió el mismo Davenport.⁸² La Conferencia demostró hasta qué punto los intelectuales cubanos fueron influenciados por estas ideas norteamericanas. “Es afortunado”, el secretario de Estado declaró en la inauguración, que el hemisferio hubiera sido poblado por dos “razas superiores”: el latín y el sajón. Conceptos similares se expresaron por el doctor Domingo Ramos, secretario de la Conferencia y admirador de Davenport, a quien había conocido en Nueva York durante el Segundo Congreso Internacional de Eugenesia en 1921. Ramos declaró que aunque “todas las razas —indios, negros, y blancos— contribuyeron al desarrollo de las Américas, el continente era la prueba histórica más grande del poder y espíritu de progreso de la raza blanca”. Los factores ambientales podrían mejorar a un individuo, pero era “completamente erróneo” considerar a todos los hombres como iguales, pues era necesario “considerar primero el factor de la herencia”.⁸³

La influencia de estas ideas la garantizaba no solo la respetabilidad y la supuesta neutralidad de una ciencia de vanguardia, o incluso la presencia económica, política y cultural de los Estados Unidos en la vida de Cuba. Estas ideologías raciales encontraron un oído receptivo en los hacendados, comerciantes, y otros miembros de las élites cubanas que estaban convencidos de la inferioridad racial de las personas de ascendencia africana. En lo que se refiere a la élite blanca tradicional cubana, los funcionarios, periodistas y científicos norteamericanos predicaban a quienes no era necesario convertir. Fue precisamente por su aprehensión a que los afrocubanos pudieran desempeñar un papel significativo en el orden político futuro de Cuba, que algunos miembros de la élite compartieron la visión colonial del peligro negro y se opusieron a la independencia. “No más negros, chinos, o hindúes”, exigieron desde antes de la guerra. Para hacer de Cuba un país verdaderamente “civilizado”, Rafael Montalvo expuso en una conferencia en 1888, que era

⁸¹ Francisco M. Fernández: “La esterilización de los criminales reincidentes para evitar el aumento de la criminalidad”, Cuba, Sanidad y Beneficencia, *Boletín Oficial* 3 (enero-junio de 1910), 412-416; “Revista de revistas: La esterilización de los imbéciles”, *Revista Bimestre Cubana* 22 (1927), 625-627; Simeón Poveda Ferrer: “Mi criterio”, *La Prensa* (28 de septiembre de 1915).

⁸² Stepan: “*The Hour of Eugenics*”, 174-182.

⁸³ *Transactions of the First Pan American Conference*, 208, 219-221.

indispensable sustentar la superioridad de sus “elementos caucásicos”. Él agregó que el problema más importante de Cuba era su población multirracial y llamó a “los descendientes de arios” a mantener el control económico y político de la Isla.⁸⁴

Este grupo también compartió con las fuerzas de ocupación sus prejuicios acerca de la capacidad de los cubanos para establecer una exitosa república independiente, libre del tutelaje norteamericano. En un conocido análisis etnográfico y sociológico sobre la historia de la Isla, el político y escritor Francisco Figueras argumentó que solo con la adopción de los valores anglosajones era posible contrarrestar los efectos destructivos de la composición racial de Cuba. Su escepticismo era compartido por otras figuras públicas, quienes mantenían que la inclinación de los cubanos al desgobierno solo podía ser explicada por el “atavismo o la ley de herencia de la raza”.⁸⁵ La cultura y el colonialismo español no solo hicieron a los cubanos incapaces de gobernarse por sí mismos, sino que también generó la presencia en la población de los “tipos inferiores, magistralmente descritos por Herbert Spencer”, caracterizado por “la agudeza, frivolidad y propensión a las bromas”.⁸⁶

Los negros encabezaban la lista de estos “tipos inferiores”, cuyo control requería un protectorado norteamericano o la anexión de la Isla; sus promotores alegaban la necesidad basados en la “heterogeneidad” de la población insular, en la que “las razas” se mezclaban “infinitamente”.⁸⁷ La anexión, sin embargo, no era posible. La oposición era sólida en la Isla; mientras, en los Estados Unidos numerosas voces cuestionaban la conveniencia de adquirir una Isla “habitada por una raza degenerada” e incapaz de autogobernarse. El estatus de protectorado era viable y necesario, ya que el llamado peligro negro estaría bajo control.⁸⁸

⁸⁴ Montalvo: “El problema de la inmigración en Cuba”, 524-538. Ver también Naranjo y García: *Racismo e inmigración*, 152-164; Pruna y García: *Darwinismo y sociedad*, 131-138.

⁸⁵ Figueras: *Cuba y su evolución colonial*, 236-238; S. Giraudy y Betancourt: “Lo que debe ser nuestra república”, *La Discusión* (22 de septiembre de 1903); Orestes Ferrara: “La lucha presidencial en Cuba”, *La Reforma Social* 17:4 (agosto de 1920), 346-350. El libro de Figueras ha sido analizado por Helg: “Race in Argentina y Cuba”, 48-52.

⁸⁶ “La nota del día”, *Diario de la Marina* (enero 18 de 1901, ed. tarde).

⁸⁷ Breve resumen de la carta de César Madrid a Mr. Caffery, Habana, 1934. USNA, RG 84/800/535; “La prensa”, *Diario de la Marina* (17 de octubre de 1901, ed. mañana).

⁸⁸ Wisan: *The Cuban Crisis*, 452-453; “La raza de color”, *Diario de la Marina* (12 de abril de 1901, ed. mañana).

La importancia y magnitud de este peligro se hicieron obvias en abril de 1900, cuando se presentaron los resultados del censo de 1899. Un editorial en el conservador *Diario de la Marina* resumió la aprehensión de los grupos de poder; el editorialista reconocía su asombro al saber que los negros y mulatos constituían un tercio de la población nativa y expresaba alarma ante el hecho de que la población afro-cubana creció a un ritmo superior” a la blanca, a pesar de la constante inmigración de españoles”. “Puede advertirse el peligro que existe para la raza blanca si se interrumpe la corriente inmigratoria y la necesidad de impulsar esta [...] a fin de descartar definitivamente dicho peligro”. El diario advertía, sin embargo, que los beneficios al programa de inmigración solo se sentirían en un futuro remoto; los planes acerca de la situación del país tendrían que considerar el hecho de que un tercio de su población pertenecía a la “raza etiópica”.⁸⁹

Las posibles soluciones a este “peligro” fluctuaban desde la represión abierta y la confrontación hasta diferentes formas de coexistencia y la integración racial eventual, desde la subordinación y exclusión hasta la igualdad e inclusión. Un punto en el que existía consenso entre los intelectuales blancos y los empleadores en la primera república, era la necesidad de blanquear la población —condición indispensable para lograr la civilización y el progreso. Como en otras partes de las Américas, en Cuba los hacendados, comerciantes, y muchos intelectuales no cuestionaban la concepción de que los elementos culturales y raciales africanos eran la definición misma del salvajismo y el atraso. Incluso quienes suscribían el ideal de una nación racialmente fraterna estaban de acuerdo en que la cubanidad debía ser, en lo fundamental, blanca y culturalmente europea. Para lograr esto, el país necesitaba atraer a tantos inmigrantes blancos como fuera posible y “desafricanizar” así su propia población negra. Blanquear era una necesidad cultural y racial.

EL BLANQUEAMIENTO

La transformación de la composición racial de la población cubana solo se podía lograr con la inmigración selectiva. Al mismo tiempo, se esperaba que el bajo crecimiento natural de la población negra propiciaría su eventual desaparición. Algunos intelectuales cubanos compartieron con los darwinistas sociales de otras latitudes una verdadera “obsesión” con las estadísticas poblacionales y de salud para

⁸⁹ “El censo”, *Diario de la Marina* (22 de abril de 1900, ed. mañana).

monitorear esas expectativas.⁹⁰ El censo de 1899, sin embargo, desilusionó a muchos al mostrar que la proporción de personas negras o mestizas no disminuyó, especialmente porque la expectativa era que la guerra la diezmará.⁹¹ A pesar de esta evidencia, los autores del informe del censo concluyeron que la disminución de los negros con relación a la población de blancos, desde mediados del siglo XIX, demostraba su inferioridad racial: “otra ilustración de la incapacidad de una raza inferior para competir con una superior”.⁹² Los estudios demográficos en Norteamérica demostraron supuestamente que si se permitía a la biología y a la herencia funcionar libres de la intervención gubernamental, la raza negra degeneraría progresivamente hasta su extinción total.⁹³

En Cuba, la misma creencia era compartida extensamente, aunque con frecuencia se interpretaba en términos menos categóricos. Utilizando estadísticas demográficas, Jorge Le-Roy y Cassá, jefe de la Sección de Estadísticas de la Secretaría de Sanidad, comentó en 1915 que la mortalidad de la mujer negra era más alta que la de las blancas; hecho que el profesor Walter Heape, de Cambridge, había establecido con anterioridad. Basado en estos datos, la prensa alegó que la raza de color desaparecería del territorio nacional, lenta pero ininterrumpidamente.⁹⁴ En su libelo racista, Gustavo Mustelie describió este proceso como “optimista”, y agregó que la población negra disminuía por su bajo crecimiento natural, la inmigración, la incidencia alta de prostitución entre las mujeres afrocubanas, y el elevado número de hombres en prisión.⁹⁵

Este proceso, sin embargo, era demasiado lento y tenía que ser acelerado por la inmigración de personas racialmente “deseables”. Aunque

⁹⁰ Sobre esta obsesión, ver Tucker: *Racial Research*, 33-36.

⁹¹ Un comisionado del presidente McKinley estimaba en 1899, por ejemplo, que la mitad de la población negra había sido “destruida” durante la guerra. Ver Porter: *Industrial Cuba*, 104-105.

⁹² U.S. War Department, *Report on the Census*, 97; para opiniones similares, ver Pepper: *To-Morrow in Cuba*, 147-149; Figueras: *Cuba y su evolución colonial*, 238. Para un punto de vista contrario, ver Lindsay y Winter: *Cuba and Her People*, 106-107.

⁹³ Para un ejemplo de explicaciones científicas de la alta mortalidad de los negros como consecuencia de la inferioridad racial, ver Smith: “The Color Line”, 223-227.

⁹⁴ “La raza de color, lenta, pero segura, va desapareciendo del territorio nacional”, *La Lucha* (8 de septiembre de 1915); Heape: “The Proportion of the Sexes”, 305-311. Otro estudio que analiza los ritmos de crecimiento poblacional según la raza es el de Juan Guiteras: “Estudios demográficos”.

⁹⁵ Mustelie: *La extinción del negro*, 35-39.

la cuestión de la inmigración era de hecho un intento de los hacendados azucareros para incrementar el suministro de mano de obra e inundar el mercado de trabajo con trabajadores baratos, el programa operó con el criterio racista de que solo los obreros blancos, en particular los españoles, eran afines con la civilización cubana.⁹⁶ Como explicó un periódico de Cárdenas en 1900, el español era “el mejor aliado” de la “personalidad cubana” debido a su raza, idioma, religión y costumbres.⁹⁷ En el primer proyecto de inmigración presentado al gobernador Wood por la Asociación de Hacendados, se declaraba inequívocamente que los blancos eran “la única inmigración conveniente” y que en este tema la opinión del país era “unánime”. Estos inmigrantes —agregaba la propuesta— debían venir del sur de España o de las Islas Canarias, pues ellos ya habían demostrado su capacidad para soportar los “rigores” del clima tropical. De hecho, para hacer aceptables estas propuestas, era necesario cuestionar el criterio de que la raza blanca se degeneraba en un ambiente tropical.⁹⁸

Las políticas migratorias cubanas sancionaron explícitamente las ventajas raciales y culturales atribuidas al blanco y favorecieron los programas de colonización —es decir, la inmigración de familias blancas— por encima de la importación de fuerza de trabajo estacional. Estos —los llamados *braceros*— eran una solución ideal para las compañías azucareras que solo los empleaban durante la zafra; pero estos inmigrantes no se establecían en el país y no contribuían al llamado mejoramiento de la población. Así, del millón de dólares destinados por la ley de inmigración de 1906 para subvencionar la inmigración, el 80 % sería usado para pagar los costos del movimiento de familias de Europa y las Islas Canarias, y el resto se utilizaría en subvencionar la introducción de braceros de Noruega, Suecia, Dinamarca y el norte de Italia.⁹⁹ Varios años después, el gobierno cubano designó un delegado especial de Inmigración y Colonización con residencia en Europa,

⁹⁶ Los efectos de la inmigración en el mercado laboral son analizados en el Capítulo 3.

⁹⁷ *El Popular*, citado en “La prensa”, *Diario de la Marina* (3 de octubre de 1900, ed. mañana).

⁹⁸ Para ejemplos de como el argumento de la decadencia tropical tuvo eco en la prensa cubana, ver “The Questions of the Day”, *La Lucha* [edición en inglés] (29 y 30 de septiembre de 1899). Para un ejemplo de los trabajos científicos cubanos en contra, ver Guiteras: “Estudios demográficos”. Para trabajos similares en América Latina, ver Stepan: “*The Hour of Eugenics*”, 89-90.

⁹⁹ Ley de Inmigración y Colonización, 11 de julio de 1906; en Pichardo: *Documentos*, 4: 273-276.

cuyo deber principal era difundir las ventajas de Cuba como destino migratorio;¹⁰⁰ también decidió subvencionar la importación de 5 000 o 6 000 obreros del Canal de Panamá, pero solo de “la clase correcta de hombres [...] portugueses o españoles u otras manos de obra blanca”.¹⁰¹

Fue solo de mala gana, y bajo la firme presión de las poderosas compañías azucareras, que los gobernantes cubanos autorizaron la inmigración estacional de obreros negros. En 1904, el presidente Estrada Palma se negó a conceder un permiso para introducir obreros jamaicanos en las plantaciones de la United Fruit Company en Oriente, y adujo que él consideraba la importación de estos obreros un “serio problema”. Tampoco autorizó importar 2 000 obreros para la Ponupo Manganese Company; una compañía minera norteamericana establecida en Oriente desde 1895, fue cancelada pues no había especificado que los obreros “debían ser blancos”. En un segundo intento, el presidente José Miguel Gómez autorizó a la compañía para importar 500 obreros, pero el decreto especificó que solo podrían traerse de España.¹⁰²

A partir de la década de 1910, sin embargo, el gobierno cubano autorizó la importación de obreros antillanos y levantó las barreras legales que impedían su introducción masiva. Varios cientos de miles de braceros antillanos entraron en la Isla y contribuyeron a la expansión espectacular de la producción azucarera durante y después de la Primera Guerra Mundial. Aunque se suponía que después regresarían a sus países de origen cuando culminara la zafra, muchos se establecieron en la Isla. El discurso dominante atacó su presencia como un golpe mortal al ideal de blanqueamiento y un paso hacia la “africanización” de Cuba. Los detractores usaron argumentos sanitarios, económicos, culturales y políticos contra la importación de antillanos. Aunque los argumentos raciales explícitos no fueron utilizados frecuentemente, el carácter racista de esta campaña era evidente. La definición misma de “indeseables”, aplicada a los antillanos, se fundamentaba en presupuestos raciales.

La inmigración antillana fue presentada como un peligro a la salud pública del país y se comparó con una invasión de gérmenes

¹⁰⁰ Jackson al secretario de Estado, Habana, 14 y 26 de agosto de 1910. USNA, RG 59/837.55/21155/9 y 10.

¹⁰¹ Anónimo a William W. Craib, sin lugar, 26 de septiembre de 1913, y Luis V. Abad, secretario de Fomento de la Inmigración a la Compañía Cubana, Habana, 27 de agosto de 1913. Cuba Company Papers, Series I, Box 9, 142.

¹⁰² Zanetti y García: *United Fruit Company*, 208-210. Anónimo a Craib, sin lugar, 26 de septiembre de 1913. Cuba Company Papers, Series I, Box 9, 142; Hugh Gibson al secretario de Estado, Habana, 18 de septiembre de 1912. USNA, RG 59/837.55/19.

mortales. Mientras otros inmigrantes entraban al país “con solo las precauciones usuales”, en el caso de los antillanos se aplicaron medidas sanitarias especiales, que incluían cuarentenas y pruebas de sangre para la detección de enfermedades infecciosas.¹⁰³ La malaria y fiebre tifoidea eran las enfermedades que más preocupaban a las autoridades médicas. La introducción de braceros procedentes de “países infectados” también se vinculó a brotes ocasionales de viruela, pero como esta enfermedad “raramente atacaba a las personas blancas” no se le prestó atención prioritaria. En 1920, el 97 % de los casos de viruela registrados en la Isla se localizaron en las provincias de Camagüey y Oriente, donde residía la mayoría de los inmigrantes caribeños. En 1919, el 75 % de las muertes causadas por la malaria ocurrió en las provincias orientales.¹⁰⁴

Esta regionalización de la morbilidad y mortalidad fue rápidamente usada para demostrar con datos consistentes y científicos el carácter indeseable de los inmigrantes antillanos. Higienistas, médicos y políticos concluyeron que los braceros antillanos eran culpables por la ola de epidemias que azotaba al país. El presidente Alfredo Zayas los describió como “desprovistos de las nociones más elementales de higiene” y describió a la Isla como un territorio sitiado, rodeado por intensos focos de epidemias y enfermedades contagiosas. Los antillanos fueron caracterizados como miembros de una raza con “defectos patológicos hereditarios” y con una “organización cerebral” inadecuada para la civilización. Los congresos médicos nacionales exigieron una prohibición rígida contra todas “las inmigraciones indeseables”. Otro tanto pidieron los funcionarios de la Secretaría de Sanidad.¹⁰⁵

¹⁰³ Merrill Griffith al secretario de Estado, Santiago de Cuba, 31 de mayo de 1916. USNA, RG 59/837.55/33; “El problema de la inmigración haitiana y jamaíquina”, *La Lucha* (6 de febrero de 1917); “El problema de inmigración clandestina”, Cuba, Sanidad y Beneficiencia, *Boletín Oficial* 17 (enero-junio de 1917), 140-141; H. D. Clum: “Sanitary Conditions”, Santiago de Cuba, 7 de junio de 1923. USNA, RG 59/837.124/59.

¹⁰⁴ H. J. Dickinson a Enoch Crowder, Antilla, 23 de junio de 1923. USNA, RG 59/837.124/58; Alfredo Zayas: “Mensaje al Congreso”, Cuba, *Gaceta Oficial* (8 de noviembre de 1921), 8847-8848; Juan Guiteras al secretario de Higiene y Bienestar, Habana, 7 de noviembre de 1919. USNA, RG 59/837.124/19; “3 000 Cases of Malaria Reported in Santiago”, *Havana Evening News* (2 de diciembre de 1926).

¹⁰⁵ Zayas: “Mensaje”, 8849-8850; *Transactions of the First Pan American Conference*, 205-209, 323; Fernando Méndez Capote: “Discurso de apertura del IV Congreso Médico Nacional”, Cuba, Sanidad y Beneficiencia, *Boletín Oficial* 19 (enero-junio de 1918), 254-258; “VI Congreso Médico y de la Prensa Médica”, *Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana* 51:1-6 (enero-junio de 1925), 19.

A pesar del tono científico de estas especulaciones, los funcionarios cubanos y las autoridades médicas hicieron una lectura equivocada de los datos que demostraban supuestamente el carácter indeseable, desde el punto de vista biológico y médico, de los inmigrantes antillanos. Es verdad que algunas de estas enfermedades eran comunes en Haití y en otros territorios caribeños, como lo es que la malaria y otras enfermedades contagiosas eran más comunes en las provincias orientales, donde la mayoría de los antillanos trabajaban y vivían. Pero al menos dos hechos fueron ignorados convenientemente. Primero, el número de casos de malaria siempre había sido proporcionalmente más alto en las provincias de Camagüey y Oriente. Los índices de morbilidad de esta enfermedad eran superiores en la región oriental de la Isla antes de que los antillanos empezaran a entrar masivamente. Segundo, la tendencia hacia una concentración creciente de la enfermedad en esta área también precedió a la inmigración masiva de antillanos. La proporción de las provincias de Camagüey y Oriente en el total nacional de muertes por malaria aumentó sostenidamente de 1900 a 1915: 32 % en 1900, 42 % en 1905, 68 % en 1910, y 89 % en 1915.¹⁰⁶ Es notable que años después, en 1940-1944, cuando la inmigración antillana fue interrumpida durante casi una década, la malaria aún era una enfermedad en la zona oriental de Cuba, donde se localizaban el 84 % de los casos registrados.¹⁰⁷

Si las autoridades sanitarias y políticas tergiversaban los datos y propagaban la imagen de que los inmigrantes antillanos actuaban como vectores epidémicos, era porque necesitaban alguna base científica, objetiva, para justificar sus prejuicios. La medicina —como ciencia supuestamente alejada de cualquier influencia ideológica— proporcionó la evidencia y los argumentos necesarios para elaborar una visión que legitimó la condición de indeseables, con argumentos que no eran claramente raciales.

La oposición a la inmigración antillana se hizo en nombre de un cuerpo social saludable y limpio. Los argumentos sanitarios, sin

¹⁰⁶ V. Harvard: "Report on the Malarial Situation in the Provinces of Camagüey y Oriente", Havana, 23 de mayo de 1918. USNA, RG 59/837.124/6; Bailey K. Ashford al Ministro Americano, Habana, 1 de enero de 1920. USNA, RG 59/837.124/29.

¹⁰⁷ Esta cifra fue calculada usando los reportes del Instituto Finlay, *Boletín Semanal*, 1940-1944. Una muestra de los reportes semanales fue utilizada cada año, uno correspondiente a finales de junio, y el otro a finales de diciembre (alrededor de un 4 % del total registrado). Evité expresamente utilizar los reportes del período de zafra (enero-junio), cuando la población laboral estacional era mayor en Camagüey y Oriente.

embargo, apenas ocultaban la verdadera razón por la cual estos inmigrantes eran rechazados: su raza. El cónsul norteamericano en Santiago de Cuba comentó acerca de este asunto en una carta confidencial en 1916: “Ni las autoridades de salud aquí ni en La Habana ni en otra parte tienen con respecto a la introducción de la malaria, filaria o gérmenes miasmáticos de cualquier carácter, una apreciación que pueda ser considerada seria [...] a esta idea se le ha dado publicidad general [...] con el propósito expreso de prevenir si es posible, o al menos reducir, la entrada creciente de estos isleños vecinos [...] no hay prácticamente ninguna objeción [...] solo desde el punto de vista físico, principalmente a causa de su color. En su mayoría son tan negros como el carbón y las autoridades aquí ven con alarma el aumento constante del ya alto porcentaje de negros en esta región”.¹⁰⁸

De hecho, según los informes de la prensa, muchos cubanos blancos temían que con el aumento de inmigrantes de las Antillas, los negros predominarían en la Isla e intentarían “dominar a los blancos”. Se revivió el viejo “peligro negro”. Un artículo extenso, publicado en *Gráfico* en 1916, declaraba que la población de la Isla debía aumentarse con “elementos étnicos” similares al del grupo “más numeroso” de sus habitantes “de raza blanca” y recordó a los lectores lo que el ideólogo racista José Antonio Saco expuso en el siglo XIX: “el futuro y la prosperidad” de Cuba dependían del aumento de la población blanca. El progresivo aumento de negros en Cuba se identificó con su “lenta decadencia”, su “segura ruina intelectual” y se culpó a los hacendados azucareros extranjeros por convertir al país en una gigantesca plantación negra. Un editorial de *Avance* afirmó, sin ambages, que cuando la prosperidad de una industria dependía del empleo “de obreros de una raza inferior”, la misma no era “saludable”. Lo que estaba en juego, advirtieron algunos cubanos blancos, era nada menos que el “futuro racial y cultural” del país. Esa era “la gran tragedia racial de Cuba: su creciente africanización”.¹⁰⁹

El carácter indeseable del antillano también fue justificado por su supuesta propensión a cometer crímenes y practicar creencias reli-

¹⁰⁸ Merrill Griffith al secretario de Estado, Santiago de Cuba, 1 de junio de 1916. USNA, RG 59/837.55/34.

¹⁰⁹ Billiken: “El peligro negro”; Tristán: “El artículo del Gráfico”, *La Prensa* (23 de marzo de 1916); “Cuba. Caso antillano”, *Revista de Avance* 3:39 (15 de octubre de 1929), 287-288; Edward I. Nathan: “Cuba's Population Problems”, Santiago de Cuba, 24 de abril de 1928. USNA, RG 59/837.55/83; Carlos Manuel Cruz: “Inmigración útil y necesaria”, *Diario de Cuba* (21 de abril de 1928); “Tierra y población en las Antillas”, *Revista de Avance* 1:16 (30 de noviembre de 1927), 87-88.

giosas primitivas, dos atributos que las ideologías raciales identificaban con la negritud. También en este caso la evidencia estadística fue mal interpretada. En los 1 303 casos de homicidio oficialmente registrados entre 1908 y 1918, solo 8 (es decir, menos del 1 %) fue cometido por los antillanos. Por el contrario, los deseados inmigrantes blancos (principalmente españoles) eran responsables del 16 % de los casos reportados. La situación no era muy diferente entre las mujeres. Las españolas convictas representaron el 9 % del total de mujeres sentenciadas a cárcel entre 1903 y 1928, proporción muy por encima de su porcentaje en la población total. Cuando en 1928 el secretario del Interior recomendó la expulsión de todos los convictos antillanos, estos representaban solo el 2 % de la población penal total.¹¹⁰

La cuestión religiosa fue considerada una amenaza aún mayor; el gobierno cubano realizó esfuerzos considerables para erradicar la santería y otras manifestaciones religiosas y culturales afrocubanas. En este caso, el argumento utilizado fue que los contactos entre los salvajes ritos religiosos antillanos y afrocubanos generarían formas agravadas de criminalidad y fetichismo, que obstruirían el programa cultural para desafricanizar a esa población.¹¹¹

La represión contra las prácticas culturales de origen africano no era nueva, pero el gobierno norteamericano de ocupación acometió esta tarea con gran celo. Durante la ocupación se prohibieron las procesiones y demostraciones públicas de estas sociedades religiosas. Las autoridades percibían estas religiones como ritos absurdos en los que se mezclaban groseramente el catolicismo y los cultos diabólicos africanos. El gobierno de ocupación también prohibió los bailes públicos, pues los consideraba obscenos y conducentes a la indulgencia sexual y a la degradación.¹¹²

¹¹⁰ Castellanos: "El homicidio en Cuba". He calculado las cifras de delincuencia femenina a partir de los datos contenidos en el álbum fotográfico reproducido por Castellanos: *La delincuencia femenina en Cuba*. Los datos de población penal corresponden a 1927, según aparecen en Cuba, Comisión Nacional de Estadísticas y Reformas Económicas, *Cuadros estadísticos de los penados*.

¹¹¹ Castellanos: *La brujería y el ñaiguismo en Cuba*, 107; "Gente no deseable", *Diario de la Marina* (23 de noviembre de 1922); "Abajo con las autoridades corruptas", *La Noche* (21 de marzo de 1924). Para casos de brujería involucrando a antillanos, ver: "Un linchamiento en Regla", *La Lucha* (29 de junio de 1919); "Savage Instincts of Negro Must be Extirpated", *The Havana Post* (29 de junio de 1919); "Haitiano come-niños", *La Política Cómica* (6 de noviembre de 1921).

¹¹² Bullard: "The Cuban Negro", 625-627; Pepper: *To-Morrow in Cuba*, 155; Lindsay y Winter: *Cuba y Her People*, 107-108.

Una visión esencialmente idéntica permeó la respuesta institucional del gobierno cubano y de los círculos intelectuales a las prácticas culturales afrocubanas, en particular a la religión. La misma denominación de estas creencias como “brujería” evocaba imágenes de ritos primitivos ancestrales en los que se mezclaban sacrificios humanos e incluso actos de canibalismo. A los ojos de las élites, y de la clase media negra, la brujería simbolizaba lo “africano”, la antítesis del progreso y la modernidad. La prensa reportaba constantemente casos en que los practicantes —los “brujos”— secuestraban, mataban y comían niños, en especial niñas rubias cuya sangre y órganos se usaban para realizar ceremonias religiosas curativas.¹¹³ Aunque con frecuencia estos casos se basaban en evidencias escasas y contradictorias, los rumores populares y la prensa culpaban a la brujería de casi cualquier muerte inexplicada.

En un caso típico en 1906, la enfermedad y muerte “misteriosa” de una joven blanca en Candelaria, Pinar Río, se atribuyó rápidamente a la brujería. Supuestamente, el novio de la difunta visitó algunos brujos que podían haber inducido a la víctima a tomar “sustancias dañinas”, que le provocaron la muerte. Aunque el periodista afirmó que él solo repetía lo que había oído, la historia sirvió para reforzar los estereotipos sobre la naturaleza sangrienta de la brujería. En 1910, un artículo titulado “Los crímenes de la brujería” se refería al homicidio de una mujer por disparos de armas de fuego. Los informes sobre el incidente —reconoció el periodista— eran contradictorios y vagos, “pero me dicen que la brujería [...] es la causa principal de este evento horrendo”, reportó. En 1907, un brujo fue detenido y su domicilio investigado por la muerte de un niño, aunque un médico certificó que esta fue causada por la meningitis. La autopsia confirmó el diagnóstico, pero el hecho se publicó como “Brujería en La Habana”.¹¹⁴

Estos estereotipos raciales y culturales facilitaron y animaron la represión de cualquier práctica cultural afrocubana. La santería y

¹¹³ Mi análisis de la brujería sigue el trabajo de Helg sobre la materia. Para un análisis detallado de alguno de los más notables casos en los inicios de la república, ver su obra: *Our Rightful Share*, 107-116, 238-239. Ver también Reinaldo Román: “An Indignant Public Opinion: The Cuban Press and the Negros Brujos Scares (1904-1943)”, artículo presentado en la Segunda Conferencia del CRI sobre Cuba y Estudios Cubanos Americanos, Miami, marzo 18-20 de 1999.

¹¹⁴ “¿Crimen por brujería?”, “Brujería en La Habana” y “Los crímenes de la brujería”, todos en *La Lucha* (26 de julio de 1906, 14 de junio de 1907 y 20 de marzo de 1910).

otras creencias religiosas fueron calificadas como brujería. La simple posesión de objetos rituales o la participación en ceremonias religiosas fueron perseguidas.¹¹⁵ Las comparsas del carnaval se prohibieron y una ley especial propuso reprimir la práctica de la “brujería”, así como los “curanderos”. En 1922, una resolución de la Secretaría del Interior prohibió todas las ceremonias religiosas afrocubanas pues las consideraba ofensivas, opuestas a la cultura y a la civilización, y porque la experiencia mostraba que conducían con frecuencia a robos, secuestros, o el sacrificio de “niños de la raza blanca”.¹¹⁶ De hecho, si la víctima era un niño negro, entonces el crimen no se conceptuaba como brujería.¹¹⁷ Esto contribuyó a su ulterior racialización, aunque existen abundantes evidencias que demuestran que estas creencias populares eran practicadas no solo por negros y mulatos.

El carácter racista de los esfuerzos de “desafricanización” incluía la oposición a la inmigración de antillanos y ejemplifica hasta qué punto el blanqueamiento fue aceptado como parte intrínseca de la cubanidad. Solo unas pocas voces afrocubanas, apoyadas desde los años 20 por el movimiento obrero radical y después por los comunistas, protestaron contra la campaña emprendida contra estos inmigrantes. Al argumento de que los braceros antillanos eran primitivos y responsables por la africanización del país, los intelectuales negros respondieron que Cuba no era blanca, y lo que los partidarios de semejante argumento buscaban en realidad era blanquear la Isla con la eliminación de su población negra. Además, calificaron como hipócrita cualquier análisis que se opusiera a la inmigración antillana en nombre de los obreros nativos, mientras estimulaban al mismo tiempo la entrada masiva de obreros blancos de España.

El intelectual negro Rafael Serra lideró estos esfuerzos, y argumentó a principios de 1901 que la política migratoria era un intento para “destruir” a los negros. La Ley de Inmigración de 1906 fue criticada desde las páginas de *El Nuevo Criollo* por el representante negro Antonio

¹¹⁵ Para diversos ejemplos durante el período de 1910 a 1930, ver Castellanos: “La lucha policiaca contra el fetichismo”, *Revista de Técnica Policial y Penitenciaria* 4:2-3 (agosto-septiembre de 1936), 231-272; ver también Roche y Monteagudo: *La policía y sus misterios*, 186-208.

¹¹⁶ “La Cámara botará una ley contra los brujos” y “En sesión extraordinaria la Cámara”, ambos en *La Lucha* (28 de junio y 4 de julio de 1919); Cuba, Cámara de Representantes, *Diario de Sesiones* 31:30 (4 de julio de 1919), 18-20 y 31:36 (13 de julio de 1919), 11-13; “Prohibidos por gobernación los ritos de brujería”, *Diario de la Marina* (22 de noviembre de 1922).

¹¹⁷ Ver la discusión de Castellanos en “Un diagnóstico criminológico”, 200-204.

Poveda Ferrer, quien sustentó que cada año gran número de inmigrantes venía a la Isla procedente de España. En su notable “Manifiesto” a las personas de la raza de color (1907), Batrell y Nenínger recordaron que todos los partidos políticos apoyaban la ley que estimulaba la inmigración de familias, pero solo de países donde no había negros. Los autores acusaron a los políticos blancos de intentar reducir la población afrocubana.¹¹⁸

Los intelectuales negros también cuestionaron el argumento de que los inmigrantes del Caribe privaban a los nativos de trabajo y deprimían los salarios; argumentaron que eran los españoles quienes inundaban las ciudades y hacían una competencia ruinosa a los trabajadores nacionales. También debatieron la concepción de que los inmigrantes blancos eran intelectualmente, o de cualquier otra forma, superiores a los antillanos. Como declaró Lino D'Ou, ni Ramón y Cajal, Pablo Iglesias, Blasco Ibáñez ni Pío Baroja vinieron a Cuba como inmigrantes.¹¹⁹

Los afrocubanos también se opusieron a la idea de que la entrada masiva de inmigrantes negros representaba un peligro para el futuro de la república. Aunque estaban de acuerdo en que no era beneficioso alentar la introducción de braceros antillanos, criticaron las opiniones racistas de la gran prensa.¹²⁰ Los inmigrantes haitianos y jamaíquinos podían ser rechazados por “razones sociológicas u otras”, no por ser negros. En contraste con los medios de comunicación que enfatizaban el carácter blanco de la civilización cubana, la revista afrocubana *Labor Nueva* destacó que la Isla podría proclamar cualquier cosa, excepto ser una “tierra de blancos”. Por consiguiente, los intelectuales afrocubanos se opusieron a la importación de braceros de cualquier

¹¹⁸ Serra: *Carta abierta*, 9; El Negro Falucho: “Carta abierta al Sr. Director del Nuevo Criollo”, *El Nuevo Criollo* (8 de octubre de 1904); “Continúa el Sr. Antonio Poveda”, *El Nuevo Criollo* (11 de noviembre de 1905); Batrell Oviedo y Nenínger: “Manifiesto”.

¹¹⁹ Marcel Levargie: “Haití y la emigración cubana”, *La Prensa* (7 de febrero de 1916); Ramiro Neyra y Lanza: “La prensa y la inmigración antillana”, *Labor Nueva* 1:9 (16 de abril de 1916), 6-7; Juan de Bravo: “El negro y la política”, *La Prensa* (22 de enero de 1916); D'Ou: “Suaviter in modo”, *Labor Nueva* 1:5 (19 de marzo de 1916), 5-6.

¹²⁰ Los antillanos fueron presentados en ocasiones como personas honestas y trabajadores infatigables; así, Haití no fue presentado como el país salvaje y primitivo descrito en la prensa, sino como la primera tierra libre de América. Ver Levargie: “Haití y la emigración cubana”; D'Ou: “Suaviter in modo”. Para un temprano ensayo, ver Risquet: *Rectificaciones*, 187.

origen y argumentaron que si se necesitaban nuevos colonos, su raza y origen nacional no eran importantes.¹²¹

Tanto el debate sobre la inmigración como los esfuerzos por blanquear la Isla, racial y culturalmente, reflejaban las diferentes maneras en que Cuba y la cubanidad fueron conceptualizadas.¹²² La inmigración de trabajadores considerados negros fue criticada porque se consideraba —opinión compartida por las autoridades y la mayoría de los miembros de las élites económica y cultural— que la Isla “ya tenía suficientes negros” o, como expresó el presidente Machado: “la población negra de Cuba era ya tan grande como era deseable”.¹²³ Un intelectual blanco le dijo al periodista afrocubano Gustavo Urrutia: “Cuba será blanca, o no será”,¹²⁴ que estas ideas pudieran coexistir con la retórica de la república con todos, y para el bien de todos, era una evidencia clara de que el racismo podía operar fácilmente bajo el manto de la ideología cubana de democracia racial. En los años 30, las leyes de inmigración mantuvieron la preferencia concedida a los españoles, mientras excluían a los antillanos y otras “razas perjudiciales al mejoramiento eugenésico”.¹²⁵ Incluso en medio de la ola de sentimientos antinmigrantes que siguieron a la revolución de 1933, las autoridades insistieron en que los inmigrantes españoles eran superiores porque eran “hermanos de raza, idioma, religión, e ideas”.¹²⁶

Las ideologías raciales en pugna, a inicios de la república, crearon de este modo diversas posibilidades para la organización social y la acción política. Bajo la democracia racial cubana, la negritud fue denigrada frecuentemente como atávica y salvaje; no obstante, esta ideología también llamó a todos los cubanos a ser miembros iguales

¹²¹ “Charla semanal”, *Labor Nueva* 1:5 (19 de marzo de 1916), 3 y 1:7 (2 de abril de 1916), 3-4; “Vitam impendere vero”, *La Prensa* (5 de abril de 1916); D’Ou: “Un postulado”, *Labor Nueva* 1:13 (14 de mayo de 1916), 3; Urrutia: “Haitianos y jamaíquinos”, *Diario de la Marina* (30 de junio de 1928).

¹²² Para las reacciones de la clase obrera organizada véase el Capítulo 3.

¹²³ John Russell al secretario de Estado, Habana, 2 de noviembre de 1928. USNA, RG 59/837.5538/ 17; Noble Judah al secretario de Estado, Habana, 31 de mayo de 1929. USNA, RG 59/8375552.

¹²⁴ Urrutia: “Ideales de una raza. Cuba será blanca... o no será”, *Diario de la Marina* (28 de junio de 1928).

¹²⁵ Frederick Todd, Special Report: “Trend in Immigration into Cuba”, Habana, 2 de marzo de 1929. USNA, RG 59/837.55/85; Harry F. Guggenheim, General Conditions Report, Habana, 7 de febrero de 1931. USNA, RG 84/800/556; C. R. Cameron, Proposed Cuban Migration Law, Habana, 12 de junio de 1936. USNA, RG 84/855.

¹²⁶ “La ley del 50 por 100 no quita trabajo”, *Alma Máter* (9 de diciembre de 1933).

de una república ideal con todos y para el bien de todos. Las mismas figuras públicas que desacreditaron a los inmigrantes negros cortejaron el apoyo electoral afrocubano y convocaron repetidamente a la fraternidad racial. A este ambiente complejo se sumaban las ideas racistas norteamericanas, las cuales refrendaban sin tapujo la consolidación de las barreras de color y la exclusión de los negros. Estas concepciones, además, disfrutaban de algún apoyo institucional: eran compartidas por sectores de la élite tradicional local y favorecidas por el gobierno militar de ocupación. Las tropas norteamericanas introdujeron prácticas segregacionistas en el ejército y los servicios públicos. Cuando el gobierno de ocupación se retiró en 1902, dejó la Enmienda Platt, que garantizó la influencia continua de los Estados Unidos en los asuntos cubanos. Dejaron también un creciente número de inversionistas que tenían una posición privilegiada para implementar sus ideas racistas en las prácticas discriminatorias en el mercado de trabajo y otras relaciones sociales.

La construcción de un orden racial legalmente definido hubiera requerido la exclusión de los afrocubanos de la política. La experiencia del sur de los Estados Unidos demostró que era indispensable privar a la población negra del poder político para lograr su subordinación y exclusión sistemáticas —realidad que las autoridades norteamericanas y las élites locales entendían demasiado bien. Que esto fuera posible en una república que se suponía fuera racialmente fraterna e incluyente era, por supuesto, una cuestión bien distinta. Abierta a la interrogante estaba también la posibilidad de borrar el prestigio, visibilidad y popularidad de los veteranos afrocubanos. A pesar de sus contradicciones, la ideología de la democracia racial representaba al menos un obstáculo, un valladar contra las formas más crudas de racismo, importado o doméstico. La república ideal soñada por Martí no reflejaba las realidades sociales ni los planes políticos de la élite, pero era suficientemente popular como para representar un freno en las luchas por la definición del nuevo orden político. Las autoridades norteamericanas y las élites locales aprendieron esta lección de primera mano cuando intentaron definir los derechos ciudadanos y el orden político, según sus propias visiones en los debates constitucionales que inauguraron la república.

2. La política electoral

“Sin la política no es posible hablar del problema negro en Cuba”.

David Grillo: El problema del negro cubano, 1953.

La definición del orden político era el primer paso en la creación de una república cubana independiente. La naturaleza y el carácter de ese orden delinearían cuán “nueva” sería la república emergente en comparación con el pasado colonial. Para la república reclamar, como soñó Martí, “Con todos, y para el bien de todos”, tenía que estar basada en un orden político abierto a la participación popular. Fue en el terreno político donde se puso a prueba la fuerza de la ideología nacionalista de la igualdad racial, y las diversas visiones de la cubanidad y la ciudadanía rivalizaron por el reconocimiento y la aprobación legal.

El gobierno militar de ocupación comprendió la importancia de este proceso y ejerció una gran presión para asegurar que la república no fuera con todos, y mucho menos para el bien de todos. Las autoridades de los Estados Unidos y sus aliados domésticos consideraban la ciudadanía, en particular los derechos de los electores, un privilegio cuyo acceso dependía de la educación y de cierto nivel de ingresos; un monopolio de las “clases mejores”, los productores y los comerciantes que, según Wood, constituían el pueblo cubano “real”. Aunque esta noción no hacía alusión explícita a la raza, era obvio que excluía a la mayoría de los afrocubanos. Si la visión norteamericana se hubiera convertido en ley, Cuba podría haber transitado hacia la creación de un orden racial rígido, legalmente definido.

Pero esto no se logró. A pesar de las fuertes objeciones de las autoridades norteamericanas, quienes temían que el derecho al voto

popular convertiría a Cuba en un segundo Haití, la Convención Constituyente de 1901 aprobó el sufragio masculino universal, e hizo un llamado a las “tradiciones” revolucionarias del “pueblo” cubano. La Convención estaba constituida casi únicamente por blancos, y concedió derechos electorales a todos los varones, sin distinciones de raza, educación o ingresos. La fuerza y legitimidad del ideal nacionalista de fraternidad racial eran suficientemente fuertes para prevenir la exclusión de los afrocubanos de la política.

Como afirma Carnoy: “La política se refiere a normas que regulan como *deben ser* las cosas, no como son”.¹ El derecho al voto representaba una vía crucial para la participación, pero no garantizaba el acceso al sector público y al gobierno. Entre otros aspectos, la efectividad del sufragio dependía de la competencia política y de la integridad del proceso electoral. Lo que el sufragio universal masculino garantizó fue la importancia del tema racial en la política cubana. Desde la primera campaña presidencial, las elecciones giraron en torno a quién era el verdadero representante de la fraternidad racial martiana. En el proceso, los partidos políticos dominantes fueron obligados a incorporar a negros y mulatos, y así abrieron oportunidades para que los afrocubanos participaran en las principales corrientes políticas. Algunos partidos reservaron posiciones para los candidatos negros —un tipo de programa de acción afirmativa. La retórica política —y en cierto grado la práctica— contribuyeron a legitimar el ideal de una república racialmente incluyente. Si las tradiciones revolucionarias de Cuba impidieron que los afrocubanos fueran privados del derecho al voto, el sufragio universal evitó la exclusión de estos de la política republicana.

El sufragio masculino universal resultó en niveles inusualmente altos de participación política. Varias décadas de movilización y construcción nacional prepararon a los cubanos, negros y blancos, a ejercer el derecho al voto. Mientras que solo el 30 % de los varones adultos votó en el sur de los Estados Unidos en 1910, el 71 % votó en las elecciones presidenciales de 1908 en Cuba. Los votantes representaron menos del 2 % del total de la población de Brasil en 1906, comparado con el 21 % en Cuba.² En este contexto, y como los blancos estaban divididos entre los liberales y los conservadores, los partidos dominantes no tenían otra opción que apelar a

¹ Carnoy: *Faded Dreams*, 11.

² Love: “Political Participation in Brazil”, 9; Kousser: *The Shaping of Southern Politics*, 224-251. Las cifras cubanas están basadas en Cuba en el *Censo 1907*, 357 y “Official Vote”, *La Lucha* (16 de noviembre de 1908). Los estimados correspondientes a las elecciones de 1908 coinciden con los de Domínguez: *Cuba: Order and Revolution*, 26.

amplios sectores de la población, incluidos los afrocubanos. Ningún partido podía agraviar a un tercio del electorado sin arriesgar su derrota electoral.

A pesar de estos niveles de participación política interracial, la historiografía cubana ha dedicado una limitada atención a la participación de los negros y mulatos en las principales corrientes políticas en la república. Con pocas, aunque notables excepciones, los historiadores se han centrado casi exclusivamente en las movilizaciones autónomas de los negros durante el período de 1900 al 1912, cuando un grupo de afrocubanos organizó el Partido Independiente de Color (PIC).³ El período posterior a 1912 ha sido virtualmente abandonado en la literatura. Aunque entre los pocos autores que han escrito acerca del tema existen pocos puntos en común,⁴ ellos tienden a coincidir en un elemento importante: 1912 marcó el final de las movilizaciones negras en la Isla.⁵

La represión del PIC señaló, sin embargo, el fin de una posibilidad de movilización afrocubana y de su participación en la política —y aun esto es debatible. Los efectos de los acontecimientos de 1912 fueron múltiples e inesperados. El racismo blanco se consolidó pero, como en los primeros años de la república, otras fuerzas trabajaron en dirección opuesta. En contraste con el fracaso de la reconstrucción en el sur de los Estados Unidos, 1912 no resultó que privaran del derecho al voto a los afrocubanos. Los candidatos políticos aun necesitaban su voto para ganar las elecciones —y esta necesidad creó oportunidades para que participaran. Además, los líderes negros entendieron que la acción gubernamental, o la falta de esta, podía acelerar, retardar, o incluso detener por completo la creación de la república de Martí, “Con todos, y para el bien de todos”; de ahí su lucha para mantener el control de los votantes afrocubanos y

³ La literatura acerca de este período y de la llamada “guerra racial” de 1912 es amplia. Algunos autores han enfatizado el racismo blanco en sus análisis. El estudio más reciente y mejor documentado en esta línea es el de Helg: *Our Rightful Share*; ver también Fernández Robaina: *El negro en Cuba* y Portuondo Linares: *Los Independientes de Color*. Otras interpretaciones hacen énfasis en el levantamiento, el limitado apoyo popular del PIC y, en el caso de Pérez: “Politics, Peasants, and People of Color”, las condiciones estructurales que hicieron posible el levantamiento. Ver también Orum: “The Politics of Color”, y Femoselle: *Política y color en Cuba*.

⁴ Algunos autores, como Helg: *Our Rightful Share*, 228, y Aguilar: “Cuba”, 44, caracterizan el período posterior a 1912 como uno de creciente racismo. Otros consideran que 1912 no tuvo efectos duraderos en la sociedad y política cubanas. Por ejemplo, ver Portell-Vilá: *Nueva historia*, 144-152; Castellanos y Castellanos: *Cultura afrocubana*, 2: 327.

⁵ Helg: *Our Rightful Share*, 228; Casal: “Race Relations”, 14; Booth: “Cuba, Color, and the Revolution”, 148; Evenson: *Revolution in the Balance*, 109.

ganar la participación por igual en la política. En un sistema político caracterizado por su “pluralización”, en el cual la autoridad y la influencia emanaban de una variedad de fuentes, quienes controlaban grupos de votantes estaban en posición de exigir algunas concesiones del Estado.⁶

Sin embargo, los políticos afrocubanos operaban en un espacio limitado: cualquier esfuerzo para dar forma institucional a su apoyo electoral se podía interpretar como anticubana y “racista”. En última instancia, el centro de poder en la política cubana era externo —localizado en Washington, DC— y evidentemente no simpatizaba con ascendencia negra alguna en la política nacional. A pesar de estos obstáculos, los negros y los mulatos lograron ejercer un mínimo de poder y mantuvieron y defendieron su presencia en el Estado y la burocracia gubernamental. En el proceso se establecieron dos precedentes importantes: la política electoral en la Isla sería por definición interracial, y la lucha por la igualdad racial estaba estrechamente vinculada a la política nacional y a la acción gubernamental. La segunda república convirtió ambos precedentes en una tendencia fundamental. Por ese motivo, el escritor y político afrocubano David Grillo afirmaba que sin la política: “no era posible hablar del problema negro en Cuba”.⁷ Se podría sostener, en cambio, que también es difícil entender la política republicana sin hacer referencia al “problema negro”.

LOS DERECHOS CIUDADANOS: LAS CONTROVERSIAS SOBRE EL SUFRAGIO

Las discusiones acerca de los derechos políticos empezaron inmediatamente después de que el gobierno de ocupación se posesionara de la Isla. El propio censo era visto como un primer paso en la creación del nuevo orden político. La enumeración era crucial para determinar la cantidad de potenciales votantes y su composición racial. Como *La Lucha* publicó en 1899: “Entienden en Washington que para formular una constitución política y una ley electoral para Cuba, se requiere, como condición inexcusable, el conocimiento exacto de los diversos elementos étnicos que entran a formar su población”.⁸

⁶ Esta caracterización está basada en Domínguez: *Cuba: Order and Revolution*, 11-12.

⁷ Grillo: *El problema del negro*, 67.

⁸ “La población de Cuba”, *La Lucha* (21 de septiembre de 1899). La valoración de *La Lucha* era correcta. Ver Elihu Root a Wood, Washington, 28 de febrero de 1900. LC, Leonard Wood Papers, 28; “Datos”, *Diario de la Marina* (19 de febrero de 1901, ed. mañana); “The Questions of the Day”, *La Lucha* (31 de octubre de 1899).

Debido a sus percepciones en general de los cubanos y su desdén por “la masa analfabeta” en particular, las autoridades norteamericanas decidieron restringir los derechos políticos, incluso antes de que los resultados del censo se conocieran. En una reunión en enero de 1900 con “las personas más importantes en la política cubana”, el gobernador Wood defendió la necesidad de privar a los analfabetos de los derechos políticos. Los mismos cubanos discrepaban en este tema. Los miembros de la élite tradicional apoyaban al gobernador militar, mientras que los veteranos, como el general y expresidente de Cuba Libre, Bartolomé Masó, sostuvieron que cualquier limitación al sufragio universal era inaceptable para los revolucionarios. Existía un consenso “firme” de que los miembros del Ejército Libertador debían disfrutar de todos los derechos electorales; concesión esta que Wood consideraba era un mal inevitable.⁹

Con el apoyo del gobierno de ocupación, la visión restrictiva prevaleció al inicio. Las primeras elecciones municipales (1900), y las de la Convención Constituyente (1901), tuvieron lugar bajo la ley electoral aprobada por las autoridades de los Estados Unidos en marzo de 1900. La ley estipuló que solo los hombres que poseyeran los siguientes requisitos podían votar: 21 años de edad o más; nativos o españoles que no hubieran declarado su obediencia explícitamente a la corona de España, y residentes en las municipalidades durante, al menos, 30 días. Además de estos requisitos generales, los votantes tenían que poseer uno de los siguientes: saber leer y escribir; propiedad por valor de \$250 (oro americano), o haber servido en el Ejército Libertador con prioridad al 18 de julio de 1898.¹⁰ Seguían el precedente establecido en los estados del sur americano, donde los afroamericanos fueron privados del derecho al voto; estas restricciones se diseñaron con el objetivo de aparentar neutralidad en lo racial. Pero lo que los oficiales no proclamaron públicamente, lo reconocieron en privado. Wood admitió que la ley tenía la virtud de excluir a “los hijos e hijas de africanos importados a la Isla como esclavos” del proceso político, lo cual prevendría a su vez una “segunda edición de Haití o Santo Domingo en el futuro”.¹¹

⁹ “En palacio”, *La Unión Española* (3 de enero de 1900, ed. tarde); Martínez Ortiz: *Cuba*, 1:113-114; Wood a Root, Habana, 23 de febrero de 1900. LC, Leonard Wood Papers, 28. Para un análisis general de este proceso, ver Pérez: *Cuba Between Empires*, 303-314; Orum: “The Politics of Color”, 67-69.

¹⁰ Wood a Elihu Root, Habana, 8 de febrero de 1900. LC, Leonard Wood Papers, 28; Martínez Ortiz: *Cuba*, 1:130. La ley electoral fue publicada como *Ley electoral*.

¹¹ Wood a Root, Habana, 23 de febrero de 1900 y 8 de febrero de 1901. LC, Leonard Wood Papers, 28 y 29.

Esta exclusión era poco compatible con lo que la prensa nacionalista llamaba “principios democráticos” y “tradiciones” del pueblo cubano. Los ayuntamientos de la Isla, del Centro de Veteranos, y algunos de los partidos políticos emergentes se opusieron al sufragio restrictivo.¹² El gobierno de ocupación reaccionó y crearon una comisión para estudiar el problema, pero sus miembros comprendieron pronto que no tenían poder para cambiar los principios establecidos por los norteamericanos. Una vez que esto se hizo evidente, Martín Morúa Delgado, el único afrocubano designado en la comisión, dimitió.¹³ Dependía entonces de la Convención Constituyente —formada en su inmensa mayoría por blancos— que restaurara el principio del sufragio universal, a pesar de la clara oposición de las autoridades norteamericanas.¹⁴ Mientras que una declaración de igualdad —“todos los cubanos serán iguales ante la ley”— fue aceptada unánimemente, en el problema del sufragio, existía división entre los mismos cubanos.¹⁵

Debe destacarse, sin embargo, que todas las propuestas que circularon en la Convención se adhirieron al principio del sufragio universal y discreparon solo en cuestiones secundarias. El general José B. Alemán, autor de una de las propuestas, estructuró la posición revolucionaria dominante, argumentando que esto era un “derecho adquirido”, una “conquista” popular que no podía ser ignorada por un grupo electo que se suponía representaba al pueblo cubano. De hecho, ningún delegado se atrevió a oponerse abiertamente al principio del sufragio universal. Más bien, los oponentes discutieron si era conveniente o apropiado incluir semejante cláusula en el texto constitucional. Uno de los oponentes más elocuentes del principio, por ejemplo, se sintió obligado a asegurar a la convención —y al público— que él “no temía” al sufragio universal, ni “al ejercicio de ese derecho por el pueblo cubano”.

¹² “Asuntos varios. El sufragio universal”, y “Asuntos varios. Manifestación”, *Diario de la Marina* (21, 23 y 26 de marzo de 1900).

¹³ “La Prensa” y “Asuntos varios. La comisión electoral”, *Diario de la Marina* (17 y 20 de febrero de 1900, ed. mañana).

¹⁴ Solo dos afrocubanos fueron electos a la Convención: Juan Gualberto Gómez y Morúa Delgado. Entre los “suplentes” elegidos al menos otra persona era considerada como negra, el general Agustín Cebreco de Oriente. Ver “Asuntos varios. La convención”, *Diario de la Marina* (15 de agosto de 1900); Martínez Ortiz: *Cuba*, 1:179.

¹⁵ Cuba, Convención Constituyente, *Diario de Sesiones*, 18 (27 de enero de 1901), 206. La discusión sobre el sufragio es reproducida en *Diario de Sesiones* 20 (30 de enero de 1901), 272-286. Para el punto de vista de un contemporáneo opuesto al sufragio universal, ver Martínez Ortiz: *Cuba*, 1:204-206.

“Si aquí nadie combate el sufragio universal, ¿de qué se trata entonces?”, preguntó el veterano blanco Manuel Sanguily, quien argumentó que el debate real giraba en torno a si los analfabetos debían votar. Aquellos que están en contra del sufragio universal —declaró— temían que esto abriera las puertas del gobierno al “número” y “la ignorancia”. Pero Sanguily argumentó que con la excepción de unos pocos individuos “ilustres”, ni la clase media ni la aristocracia restante eran más dignas que el “pueblo” cubano, y apoyó el argumento del general Alemán que semejante derecho había sido reconocido antes por las autoridades revolucionarias e incluso por el gobierno colonial español. Restringir los derechos electorales —concluyó Sanguily— era introducir un “privilegio repugnante”. Al final, la convención aprobó, con solo 3 votos en contra, la inclusión del sufragio universal masculino en el texto constitucional.

La adopción del sufragio universal masculino tenía consecuencias importantes, que no pasaron inadvertidas para los contemporáneos. Comparada con la primera ley electoral, el número de electores potenciales aumentó solo un 12 %, pero la proporción de negros en la población electoral, una vez eliminado el requisito de la educación, casi se duplicó: de un 20 % a un 36 %. Los afrocubanos representaban el 32 % de la población electoral en 1907.¹⁶ Los negros —advirtió la prensa— desempeñarían un papel prominente en la política, porque eran “demasiados” para ser ignorados por los candidatos. Cualquiera que fueran sus sentimientos personales y prejuicios, el sufragio universal obligó a las figuras políticas a defender el ideal de una república incluyente y fraterna, al menos a nivel retórico. Como declaró el autor de un libelo antinegro publicado en 1912: solo aquellos que no solicitaban votos podían decir ciertas “verdades innegables”. En otras palabras: los políticos cubanos no podían permitirse el lujo de ser abiertamente racistas.¹⁷

Además, los candidatos necesitaban el apoyo electoral afrocubano para ganar. En los períodos de elecciones, los candidatos de todos los partidos declaraban su compromiso con la fraternidad racial de Cuba y hacían vagas promesas para incluirlos en su gobierno. Como D’Ou declaró durante las elecciones presidenciales de 1916: “esta es la época en que nos

¹⁶ Estas cifras están calculadas con los estimados del gobierno de ocupación y las estadísticas del censo de 1899. Ver Orum: “The Politics of Color”, 70-71; U.S. War Department, *Report on the Census*, 206. Las cifras de 1907 están tomadas de Cuba, *Censo 1907*, 357.

¹⁷ Mustelier: *La extinción del negro*, 30. Para un ejemplo de las inquietudes de la prensa acerca de la proporción de afrocubanos en la población electoral, ver “Datos”, *Diario de la Marina* (19 de febrero de 1901, ed. mañana).

toca recibir halagos y ofrendas, esta es la época electoral”. Otro escritor afro cubano especuló que si un ruso o un sueco decidieran postularse para concejal en Cuba, se erigiría en representante de “la raza de color”.¹⁸

A pesar de sus burlas acerca del proceso electoral, los afro cubanos reconocieron que la política electoral les creaba oportunidades. Durante las elecciones, “precisamente en esta hora de zalamerías políticas”, como lo llamó el periodista negro Pedro Portuondo Calás, los negros podían cuestionar públicamente la actuación de cualquier político o partido.¹⁹ La competencia electoral también dio oportunidades a los profesionales y figuras públicas afro cubanos para que avanzaran social y políticamente, y esto a su vez permitió entraran en el gobierno, en la guardia rural y en el ejército (véase el Capítulo 3). Incluso los detractores y críticos del sistema político cubano tuvieron que admitir que la competencia por el voto afro cubano obligó a los partidos dominantes a hacer concesiones a sus electores e incluir a líderes negros y mulatos entre sus candidatos.²⁰ Como dijo un oficial norteamericano: “los negros ven en la forma republicana de gobierno una oportunidad para avanzar y están haciendo uso de ella”.²¹

Debido a que el sufragio universal creaba oportunidades, se hicieron varios esfuerzos para restringir los derechos electorales. El debate acerca de la ciudadanía resurgió inmediatamente después de la Convención de 1901, y varios líderes políticos conservadores defendieron la necesidad de restringir el derecho al voto. En lugar de privar a los analfabetos de su derecho a votar, ellos pretendían otorgar votos múltiples según la educación y la propiedad —el llamado “voto plural”.²²

¹⁸ D’Ou: “A iguales esfuerzos iguales consecuencias”, *Labor Nueva* 1: 26 (20 de agosto de 1916), 4; Caamaño de Cárdenas: “Con sello rápido”, *La Prensa* (2 de agosto de 1915). Una demoledora crítica del tipo de retórica populista desarrollada por los candidatos en los períodos electorales es hecha por Gerardo del Valle en su “Para Concejal”, en *1/4 Fambá y 19 cuentos*, 94-99.

¹⁹ Pedro Portuondo Calás: “Palabras”, *Renovación* (20 de marzo de 1932).

²⁰ Pérez-Medina: “The Situation of the Negro”, 296. Betancourt: *Doctrina negra*, 15-16; Cuéllar Vizcaíno: “Aire libre”, *Tiempo* (4 de septiembre de 1952). El asunto aparece también en la literatura, por ejemplo, Hernández Catá: “La piel”, y Masdeu: *La raza triste*, 173-175.

²¹ Paul Beck: Memoranda, Habana, 20 de abril de 1920. USNA, RG 165/2056-196. Un testimonio similar acerca del incremento de las demandas de los negros “antes de cada elección” es el de Henry Watterson: “The Illogical Cuban”, *The Cuba News* 4:4 (27 de febrero de 1915), 1, 4-5.

²² “¡No hubo quórum!”, *La Discusión* (8 de julio de 1901); “Los enemigos de la independencia”, *El Mundo* (27 de abril de 1901). Un ataque similar al sufragio universal y el “barbarismo del número” fue realizado en los Estados Unidos por eugenistas. Para un excelente análisis, ver Tucker: *Racial Research*, 70, 91, 102-106.

Este sistema prometía obediencia formal a la noción de una ciudadanía inclusiva, mientras minimizaba en la práctica el poder electoral de los calificados en la Convención como el “pueblo” de Cuba.

El intelectual blanco Enrique José Varona, quien fuera posteriormente presidente del Partido Conservador (PC), se opuso al sufragio universal sobre la base de que una sociedad surgida de una “colonia de plantaciones” no podía transformarse, de la noche a la mañana, en una democracia real. En un debate patrocinado por el círculo cultural más prominente de La Habana, el Ateneo, en 1905, Varona preguntó si el pueblo cubano: “compuesto de elementos absolutamente heterogéneos”, podía de repente ejercer sus derechos electorales para proporcionar un gobierno apropiado a la república. Desde su punto de vista, el sufragio no era un “derecho” sino una “responsabilidad” que debía ser ejercida solo por quienes tenían “las condiciones morales e intelectuales” requeridas.

Rafael Montoro defendió una posición similar ante la Comisión Consultiva que elaboró una nueva ley electoral durante el segundo gobierno norteamericano de intervención (1906-1909); él consideraba que el voto plural era un “modo de compensar los inconvenientes del sufragio universal” y mencionó que en el sur de los Estados Unidos, sobre todo en los estados más cercanos a Cuba en términos de “estructura social” y “condiciones históricas”, el sufragio había sido limitado efectivamente por distintas vías. Desde su punto de vista, los ciudadanos con educación superior, poseedores de propiedad y los que vivían en uniones matrimoniales legales debían tener más de un voto.²³

Pero la idea no prosperó. En su respuesta a Varona en el debate del Ateneo, Alfredo Zayas, líder del Partido Liberal (PL), destacó el vínculo entre la ideología nacionalista y la idea de participación popular en la vida política del país; él argumentó que la revolución tenía que transformarlo todo, principalmente la política, y que el sufragio era un “derecho” no una “función”, como afirmaba Varona. Reconocía que varias décadas de movilización popular interracial no podían ser revertidas con facilidad y declaró: “En nuestra patria no es posible, sin graves y trascendentales consecuencias, la restricción del sufragio”. La revolución no había sido hecha solo por quienes tenían títulos de nobleza o bienes raíces, sino por una “masa enorme” que no tenía recursos y

²³ “La prensa”, *Diario de la Marina* (17 de marzo de 1900, ed. mañana); “Los debates del Ateneo”, *La Discusión* (19 de noviembre de 1905). El debate en la Comisión Consultiva puede ser seguido en Cuba, Comisión Consultiva, *Diario de Sesiones* 1:14-16 (5-8 de marzo de 1907).

no sabía leer y escribir. El sufragio, concluyó Zayas, era un “derecho de cada ciudadano”.²⁴

Esta posición también la apoyaron los intelectuales negros. Aunque ninguno de los que se opusieron al sufragio universal se refirió explícitamente a la raza, esta era de hecho un factor principal en sus temores. El planteamiento de Varona de que el sufragio universal masculino no era viable en Cuba por sus “elementos heterogéneos”, y la referencia de Montoro al sur de los Estados Unidos eran claras alusiones al tema racial. Desde las páginas de *El Nuevo Criollo*, Varona fue atacado por pretender establecer “el feudalismo” y “una república aristocrática” en Cuba.²⁵ En la Comisión Consultiva, Juan Gualberto Gómez contestó a Montoro que, a diferencia del sur de los Estados Unidos, en Cuba los negros y los blancos lucharon juntos por la abolición y la independencia. Aunque los debates y esfuerzos para restringir los derechos electorales continuaron, el sufragio universal siguió siendo un principio central del sistema político. Los afrocubanos desempeñarían un papel importante en la política electoral republicana.

LA POLÍTICA ELECTORAL, 1900-1908

Los partidos dominantes siguieron varias estrategias para ganar el apoyo político de los electores negros y mulatos. Los liberales y los conservadores agasajaron a los negros, e incluyeron a líderes afrocubanos entre los nominados para cargos públicos, y exaltaron retóricamente la validez del mito cubano de la fraternidad racial. En dependencia del nivel de competencia electoral, los candidatos se atacaron mutuamente por no prestar la debida atención a los problemas de los afrocubanos. Como declaró un periódico, a pesar del acuerdo de que no debía existir “ninguna distinción” en la política “entre las dos razas”, las campañas presidenciales estaban de hecho basadas en “una apelación especial a las personas de color”.²⁶

²⁴ “Los debates del Ateneo. Discurso pronunciado por el doctor Alfredo Zayas”, *La Discusión* (20 de noviembre de 1905).

²⁵ Estas citas han sido tomadas de los siguientes artículos, todos publicados en *El Nuevo Criollo* (11 y 25 de noviembre de 1905): Enrique Ponce Herrera: “El señor Varona”; “Será derrotada”; “Aunque se vista de seda”; Serra: “Sobra de información” y “La Sociedad Jurídica y ‘La Doctrina de Martí’”. Ver también Serra: “La brasa a su sardina”, *La Discusión* (13 de mayo de 1904).

²⁶ “Politics in Cuba”, *Havana Post* (14 de noviembre de 1901). En este aspecto mi trabajo sigue el estudio pionero de Orum sobre la raza en la política electoral a principios de la república; ver su “The Politics of Color”.

Todas las campañas presidenciales durante la primera década de la república (1901, 1905, y 1908) giraron en torno a qué candidato era el representante verdadero de una cubanidad incluyente y fraternal. Durante la primera campaña, el candidato Masó subrayó la necesidad de atraer, con “consideración y respeto”, a la “clase de color”, la cual él denominó como una “familia de héroes”, un “factor esencial” de la sociedad que merecía participar en la vida política del país. Masó declaró oponerse a cualquier privilegio que negara el legado de Martí y Antonio Maceo y llamó a todos los cubanos a unirse tanto en tiempos de paz como de guerra. Llegó a La Habana a final de octubre de 1901, y el primer lugar que visitó fue la sociedad afro cubana Centro de Cocineros, donde estableció su propio comité de campaña.²⁷ También apoyaron a Masó algunas de las figuras públicas negras más prominentes del período, como Juan Gualberto Gómez y los veteranos Quintín Bandera, Silverio Sánchez Figueras y Generoso Campos Marquetti. Como miembros del Comité de Campaña de Masó, Gómez y Sánchez Figueras hablaron en numerosas concentraciones, visitaron las sociedades negras y llamaron a los afro cubanos a votar por su candidato, en el espíritu de la república con todos, y para el bien de todos, que Martí había soñado.²⁸ Además, recordaron a los votantes negros que el candidato contrario, Tomás Estrada Palma, vivió en los Estados Unidos por un período largo y que bajo su gobierno los negros serían tratados igual que “el negro americano”.²⁹ Varios periódicos anticiparon de este modo que el voto “de color” sería a favor de Masó.³⁰

Debe subrayarse que Estrada Palma y sus seguidores reaccionaron a esta campaña y defendieran su posición apelando al mismo

²⁷ “Asuntos varios. Por Masó”, *Diario de la Marina* (29 de octubre de 1901, ed. mañana); “La llegada del general Masó”, *La Discusión* (28 de octubre de 1901); Bartolomé Masó: “Al país”, *Diario de la Marina* (31 de octubre de 1901, edición vespertina); “El programa de Masó”, *La Discusión* (30 de julio de 1901). Según *Havana Post*, el manifiesto de Masó pudo haber sido escrito por el patriota afro cubano Juan Gualberto Gómez; ver “Masó Throws Down the Gauntlet” (2 de noviembre de 1901).

²⁸ “Asuntos varios. El general Bandera”, “Llegada del general Masó”, “Asuntos varios. Por Masó” y “Asuntos varios. Los partidarios de Masó en Cárdenas”, *Diario de la Marina* (24 y 28 de octubre de 1901, ed. tarde; 29 de octubre y 12 de diciembre de 1901, ed. mañana).

²⁹ “Mitin en Guanabacoa”, *Diario de la Marina* (28 de noviembre de 1901, ed. mañana); “Americans are Attacked at Maso Meeting”, *Havana Post* (19 de noviembre de 1901); “La prensa”, *Diario de la Marina* (24 de noviembre de 1901, ed. mañana).

³⁰ “Game of Politics Becoming Mixed”, *Havana Post* (2 de noviembre de 1901); “La Prensa”, *Diario de la Marina* (7 de noviembre de 1901, ed. mañana).

discurso nacionalista que utilizaban en su contra. En lugar de cuestionar los términos del debate, los partidarios de Estrada Palma argumentaron que su candidato no hacía distinción entre negros y blancos, que todos los cubanos pertenecían a “la misma familia”, y que Estrada Palma sería el primero en construir “la república cordial con todos” prevista por Martí. Estrada Palma y no Masó —afirmaron— era el legítimo heredero de Martí.³¹

Este debate político se reprodujo en las elecciones posteriores, siempre en los parámetros definidos por una idea de nación sin restricciones raciales. En la campaña de 1905, el Partido Liberal acusó a Estrada Palma y a su Partido Moderado de ser antinegros. En mítines electorales en toda la isla, Juan Gualberto Gómez comentó que Estrada Palma “despreciaba” a los negros; mientras varios liberales afrocubanos publicaron una carta en la que se afirmaba que el presidente no quería a los negros “ni para limpiar sus zapatos”.³² En aras de obtener el voto negro, los liberales usaron ritmos y danzas afrocubanos durante la campaña y asistieron a funciones sociales y fúnebres de los Congos Libres, asociación de ayuda cultural y mutua de antiguos esclavos procedentes del Congo y sus descendientes.³³

En 1908, los liberales acusaron de nuevo al Partido Conservador —sucesor de los moderados de Estrada Palma— de intentar introducir “divisiones de casta” en la sociedad cubana con su oposición al sufragio universal. Los liberales también recordaron a los votantes negros que el candidato a la vicepresidencia Rafael Montoro, miembro de la dirección del antiguo Partido Liberal Autonomista, se negó a trabajar para el beneficio de los afrocubanos cuando fue representante al parlamento español en la década de 1880. Los liberales negros también denunciaron que Montoro felicitó públicamente al gobernador militar

³¹ “La presidencia de la república. El programa de Estrada Palma”, *La Discusión* (23 de septiembre de 1901); “Las elecciones”, *La Unión Española* (18 de junio de 1900, edición vespertina); “Los partidarios de Estrada Palma” y “La nota del día”, *Diario de la Marina* (25 y 27 de noviembre de 1901, edición vespertina); “Algo más sobre razas”, *La Discusión* (23 de noviembre de 1901).

³² “El mitin de Remedios” y “En tierra camagüeyana”, *La Lucha* (31 de julio y 7 de agosto de 1905); “Lo de Guantánamo” y “La propaganda del insulto, en Baracoa”, *El Cubano Libre* (4 y 15 de septiembre de 1905). Castillo, Roja, Failde, Vázquez y Sánchez a Jorge Valera, sin lugar, 18 de mayo de 1906. ANC, Fondo Especial, Leg. 7, no. 114.

³³ “La Concha me dio licencia”, “Las claves” y “Apunta pueblo”, *El Nuevo Criollo* (11 de marzo y 27 de mayo de 1905).

español Valeriano Weyler por la muerte del general Antonio Maceo en 1897.³⁴

Como de costumbre, tanto los moderados como los conservadores acudieron al argumento de que eran ellos quienes de verdad representaban el ideal de una república racialmente integrada, mientras acusaban a los liberales de fomentar el odio racial entre la población: “Deben saber los que intentan explotar la raza de color con fines criminales, que ante todo son cubanos; que negros y blancos, juntos levantaron esta Patria, formaron esta República”, fue uno de los argumentos utilizados para oponerse a la propaganda liberal.³⁵ En 1908, el Partido Conservador ripostó que ellos no reconocían raza, color, o jerarquía alguna y negaron la acusación de que estaban intentando introducir “privilegios” en la política republicana en las limitaciones del sufragio.³⁶ En la ceremonia de apertura de la campaña presidencial en el Teatro Nacional, con la asistencia de 6 generales negros, Montoro abrazó en público al general afrocubano Jesús Rabí. El abrazo, aclamado por la prensa conservadora como la consumación del sueño de Martí de una república con todos, y para el bien de todos, también intentó mostrar que los veteranos negros de más alto rango militar estaban al lado del Partido Conservador.³⁷

Si en un nivel retórico esta feroz competencia política por el voto negro reforzó la idea de una nación sin restricciones raciales, en

³⁴ “El porque [sic] de la necesidad”, *La Lucha* (16 de octubre de 1908); “Waror Free Nation' Intervention Must End”, *Havana Post* (19 de noviembre de 1906); Julián Betancourt: “Réplica a mis adversarios” y “Los veteranos y Montoro”, *El Mundo* (11 y 25 de septiembre de 1908); “¡Alerta raza de color!”, *El Triunfo* (20 de septiembre de 1908); “De Colón”, *La Lucha* (9 de septiembre de 1908).

³⁵ La cita está tomada de “Ecos de Banes”, *La Discusión* (15 de septiembre de 1905). Para ejemplos similares, ver Eligio Hernández: “A la raza de color” y “Movimiento político en la isla”, *La Discusión* (12 y 16 de septiembre de 1905); “La obra del engaño”, *El Nuevo Criollo* (30 de septiembre de 1905).

³⁶ “Movimiento conservador” y “Digamos la verdad”, *El Cubano Libre* (20 de julio de 1907 y 9 de septiembre de 1908); Mario García Menocal: “Manifiesto al país”, *La Lucha* (23 de octubre de 1908).

³⁷ Para una idea de la campaña de prensa alrededor del abrazo Montoro-Rabí, ver los siguientes artículos publicados el 11 de septiembre de 1908: “Los reconquistadores de la república”, *La Discusión*; “La campaña presidencial conservadora”, *El Cubano Libre*; “Los conservadores en el Nacional”, *El Mundo*; “La semana”, *Avisador Comercial* (12 de septiembre de 1908). Acerca de la presencia de los generales afrocubanos en el PC, ver también “Los veteranos de la independencia con el Partido Conservador”, *El Cubano Libre* (9 de septiembre de 1908).

la práctica abrió oportunidades concretas para la participación de los afrocubanos en la política nacional. La administración de Estrada Palma mostró que, a menos que un candidato tuviera el control total de la maquinaria electoral, las demostraciones públicas de racismo podían ser utilizadas por la oposición y tener un costo político alto. Un incidente conocido ilustra este punto. En 1905, el senador Martín Morúa Delgado, así como los representantes Antonio Poveda Ferrer y Generoso Campos Marquetti fueron invitados a asistir a una recepción oficial en el Palacio Presidencial, pero sin sus esposas y familias. Ambos representantes se negaron a participar, y denunciaron en una carta pública lo que ellos consideraron como un “insulto” contra su raza.³⁸ Rafael Serra, defensor político de Estrada Palma, criticó la exclusión, pero dijo que no era culpa del presidente, pues ningún candidato hubiera invitado a las familias de los afrocubanos al Palacio. Para demostrar que Estrada Palma no era racista, Serra señaló que el presidente había cenado con los generales negros Rabí y Cebreco en su propia casa. Serra se dio cuenta de la importancia política del incidente, de ahí que pidiera a los liberales de la oposición que no lo usaran para propósitos electorales.³⁹

Pero la oposición no complació a Serra. Por el contrario, el incidente fue invocado en numerosas reuniones durante la campaña liberal en toda la Isla. Un líder negro local de Perico (Matanzas), alegó que el presidente violó la Constitución, e introdujo “preferencias” ilegales entre los cubanos. Un orador afrocubano de Colón destacó que si el presidente se había atrevido a humillar a las familias de los diputados negros, no dudaría en hacer lo mismo con individuos negros menos prominentes. Este orador declaró que los negros no tenían nada que agradecer “a don Tomás” o a su gobierno, porque él no había hecho nada por ellos.⁴⁰

La competencia política por el voto negro también posibilitó que los candidatos negros ejercieran presión en los partidos. Cuando el Partido Moderado eliminó a Juan Felipe Risquet, representante mulato por Matanzas, de su boleta en las elecciones de 1905, los liberales atacaron de inmediato. En un manifiesto público dirigido a los electores afrocubanos, caracterizaron como “perverso” el hecho de privar al “elemento de

³⁸ “Dos cartas decorosas”, *El Nuevo Criollo* (21 de enero de 1905). Sobre este incidente ver Fernández Robaina: *El negro en Cuba*, 51 y Portuondo Linares: *Los Independientes de Color*, 15.

³⁹ [Serra]: “Aclaraciones”, e “Invitación”, *El Nuevo Criollo* (11 de febrero y 27 de mayo de 1905).

⁴⁰ “A través de la Isla. Del Perico” y “A través de la Isla. De Colón”, *La Lucha* (13 y 20 de septiembre de 1905).

color” de la escasa representación que tenían en el gobierno nacional, y aprovecharon la ocasión para apoyar la incorporación de candidatos negros en el gobierno de “la República soñada por Martí: con todos y para todos” (para una representación gráfica de la propaganda liberal, véase la Figura 2). Los afiliados negros del Partido Moderado, a su vez, aprovecharon este ambiente para presionar a su propio partido. En un telegrama enviado al jefe del partido en Matanzas, los electores negros de Cárdenas afirmaron: “la necesidad de que los hombres de su raza en la provincia tengan la debida representación en el parlamento, como demostración plena de que el partido no los posterga, desmintiendo prácticamente las constantes afirmaciones” hechas por los liberales en sentido contrario. Ellos también amenazaron con lanzar la candidatura de Risquet como un independiente. El Partido Conservador —heredero de los moderados— aprendió la lección e incorporaron a Risquet al



Figura 2: Este dibujo presenta a los candidatos del Partido Liberal, José Miguel Gómez y Alfredo Zayas, apoyando el proyecto martiano de una nación “Con todos, y para bien de todos”. Publicado en *La Lucha*, el 23 de noviembre de 1906 (Library of Congress).

Congreso en 1908.⁴¹ También en Oriente, los negros pedían una representación proporcional en las posiciones y nominaciones del partido. En un incidente similar, cuando Juan Gualberto Gómez se retiró de la carrera senatorial por el Partido Liberal en 1908, el Partido Conservador le ofreció de inmediato una senaduría, la cual rechazó.⁴²

Como resultado de esta competencia por el voto negro, la participación afrocubana en el gobierno nacional aumentó durante la primera década de la república, aunque en una proporción muy por debajo de su porcentaje en la población total. En 1905, solo 4 de los 63 representantes al parlamento eran negros o mulatos,⁴³ pero al menos se eligieron 14 negros y mulatos al Congreso en 1908. Así, la proporción de representantes negros y mulatos (en el Senado y la Cámara de Representantes) osciló entre el 13 % y el 15 %. La representación de los negros en el cuerpo legislativo era bastante baja, pero esta proporción duplicaba el 6 % que obtuvo después de las elecciones parciales de 1904.

Ambos partidos eran igualmente responsables por la presencia de afrocubanos en el nuevo Congreso. Entre 11 representantes negros y mulatos bien identificados, 6 eran liberales y 5 conservadores.⁴⁴ Las proporciones más altas de negros se eligieron en Matanzas y Oriente, las dos provincias con un porcentaje más alto de afrocubanos. De 10 representantes elegidos en Matanzas, al menos 3 eran negros o mulatos: Ramiro Cuesta Rendón y Silverio Sánchez Figueras de la coalición liberal y Juan Felipe Risquet de los conservadores. En Oriente, 7 de los 18 representantes elegidos eran negros, incluyendo a políticos bien conocidos como Lino D'Ou, Rafael Serra, Francisco Audivert y el general

⁴¹ Ulises de Croacia: "A los electores de la raza de color", "Es natural y lógico", y "El Sr. Risquet", *El Nuevo Criollo* (7 y 28 de octubre de 1905); "La reelección de Risquet", *La Discusión* (6 de octubre de 1905).

⁴² "Desde Santiago" y "Todo con los Nacionales", *El Nuevo Criollo* (2 de septiembre y 22 de octubre de 1905); "La fusión de los liberales", *El Mundo* (3 de septiembre de 1908); "Juan Gualberto Gómez", *La Discusión* (5 de septiembre de 1908); "Después de la coalición", *El Cubano Libre* (12 de septiembre de 1908); "Juan Gualberto siempre liberal", *La Lucha* (30 de octubre de 1908).

⁴³ Riera: *Cuba política*, 57-66, 78-81; Simeón Poveda: "Sobre la raza de color", *El Nuevo Criollo* (18 de noviembre de 1905).

⁴⁴ "Palpitaciones de la raza de color. Duro y a la cabeza", *La Prensa* (12 de noviembre de 1915); "Iniciativa plausible", *La Lucha* (19 de abril de 1910); D'Ou: "La evolución de la raza de color", 333-337. La lista de los funcionarios elegidos está basada en Riera: *Cuba política*, 142-149 y "Los representantes elegidos", *La Lucha* (24 de noviembre de 1908). Muchas de las fotografías de los candidatos liberales negros fueron publicadas en *La Lucha* en septiembre y octubre.

Agustín Cebreco en la boleta de los conservadores, y Alberto Castellanos, José Pagliery y Manuel Lores Llorens en la liberal. El número de candidatos afrocubanos en cada partido era aún mayor, pero todos no fueron elegidos. Por ejemplo, entre los liberales, ni el general Miguel Lores de Pinar Río, ni Venancio Milián o Juan Travieso de La Habana, lograron entrar al Congreso. Según D'Ou, también eran negros el 46 % de los consejeros provinciales, 9 % de los alcaldes municipales, y el 40 % de todos los concejales en la Isla.⁴⁵

Para garantizar su representación en el Congreso, a veces los partidos políticos reservaban puestos en sus listas para los candidatos negros. En Oriente, la asamblea provincial del Partido Conservador discutió solo 14 de 18 posibles nominaciones en 1908: las 4 restantes fueron previamente fijadas para candidatos negros y mulatos. Aunque este sistema garantizaba un mínimo de participación afrocubana, no los beneficiaba necesariamente pues no se basaba en el principio de igualdad racial preconizado por todos los partidos. Sus candidatos competían entre ellos por estos puestos limitados, de manera que el número total entre los elegidos nunca excediera los márgenes antes definidos por los líderes del partido. Por eso, D'Ou denunció que esta práctica no era congruente con los ideales de "justicia" y "cordialidad" en los cuales se basaba, supuestamente, la república cubana.⁴⁶

La creciente presencia afrocubana en el Congreso de 1908 era también reflejo de la destacada participación de los negros en la revuelta liberal de agosto de 1906, la cual derrocó al gobierno de Estrada Palma y provocó la segunda intervención norteamericana. Un observador contemporáneo estimó que el 80 % de los rebeldes eran negros. Los oficiales norteamericanos coincidieron en que el movimiento contó con un amplio apoyo entre las clases "más pobres" e "incultas".⁴⁷ Al calor de la campaña electoral de 1905 contra los moderados, el Partido Liberal prometió construir la república con todos, y para el bien de todos, criticó fuertemente a Estrada Palma y al Partido Moderado por no otorgar a los negros lo que se merecían, e incluso utilizó bailes y ritmos afrocubanos con fines políticos. Por consiguiente, las expectativas de los afrocubanos de participar en una república nueva, liberal y

⁴⁵ D'Ou: "La evolución de la raza de color", 333-337.

⁴⁶ D'Ou: "Sobre dos puntos" y "No más denominaciones", *La Prensa* (15 de agosto de 1915 y 11 de enero de 1916). Para una excelente descripción de esta práctica, ver Masdeu: *La raza triste*, 173-175.

⁴⁷ Bullard: "The Cuban Negro", 623-630. La participación negra en la revuelta liberal ha sido estudiado por Orum: "The Politics of Color", 113-124 y Helg: *Our Rightful Share*, 137-138.

populista, creció considerablemente. Algunos políticos negros también estuvieron de parte del partido moderado, que contó con el apoyo de la mayoría de los veteranos afrocubanos de más alto rango militar.⁴⁸ Durante la revuelta, los oficiales negros comandaron tanto las tropas rebeldes como las del gobierno. El coronel José Galvez encabezó las tropas fieles que defendieron Guanajay contra las fuerzas lideradas por otro veterano afrocubano, el liberal Generoso Campos Marquetti.⁴⁹ Los negros estaban bien representados entre ganadores y perdedores.

Debido a que la participación y compensación serían medidas, en lo fundamental, en términos del número de posiciones burocráticas y empleos públicos distribuidos entre las diferentes facciones, este ambiente incrementó la competencia por los recursos públicos. “Aquí la política se reduce solo al problema de los puestos públicos”, afirmó *La Discusión* en 1906. Y los puestos públicos no eran abundantes para la gran cantidad de candidatos potenciales. Como comentó desde Santiago de Cuba un funcionario norteamericano: “No es posible crear suficientes puestos para satisfacer la demanda [...] Habrá tantos esperando conseguir algo por su apoyo político que algunos se sentirán defraudados”.⁵⁰ Los negros estaban a la vanguardia de aquellos “que esperaban obtener algo”. En gran medida, eran ellos los que derrocaron el gobierno de Estrada Palma y apoyado la revuelta liberal. Un residente norteamericano en Cuba escribió, a finales de 1906, que después de la revuelta, los negros demandaban una “consideración mayor” y que esto podría conducir a divisiones raciales “más agudas” en la Isla.⁵¹ Sus palabras fueron proféticas: en los años siguientes, las tensiones raciales se incrementaron hasta el punto de una ruptura.

LA MOVILIZACIÓN RACIAL AUTÓNOMA: EL PIC

La organización de un grupo político racialmente definido fue una sensata estrategia en un sistema en el cual quienes controlaban

⁴⁸ “En defensa de la paz. El ejemplo de Rabí”, “Adhesiones patrióticas” y “La convulsión radical”, *El Cubano Libre* (17, 20, 22 y 25 de agosto de 1906); “La perturbación del orden público”, *La Discusión* (18 de agosto de 1906); “El general Pedro Díaz”, *La Lucha* (23 de agosto de 1906).

⁴⁹ “Movimientos armados” y “Ataque y toma de Guanajay”, *La Lucha* (1 y 17 de septiembre de 1906).

⁵⁰ “¿Partido negro?”, *La Discusión* (17 de diciembre de 1906); Longan al jefe de la División de Información Militar, Santiago de Cuba, 30 de noviembre de 1908. USNA, RG 395/1008/53/283.

⁵¹ Bullard: “The Cuban Negro”, 630.

bloques de votos podían obtener importantes concesiones del Estado. Si tenía éxito, un partido político de negros y mulatos se convertiría en un mediador clave en las elecciones cubanas. Aunque fuera incapaz de ganar por sí mismo el apoyo de ese partido resultaría indispensable, tanto para los liberales como los conservadores.

Lo que era políticamente sensato, sin embargo, era ideológicamente inaceptable. La ideología nacionalista de fraternidad racial dificultó la exclusión de los afrocubanos de la política, pero también condenó cualquier intento de movilización política racialmente definida. Aunque era posible justificar la necesidad de una organización negra, sobre las bases de que la república martiana continuaba siendo un sueño, la interpretación dominante de la cubanidad proscribiría semejante intento como un acto anticubano y de “racismo”. Según esta interpretación, los organizadores y miembros de un partido racialmente definido estarían situando la raza por encima de la identidad nacional, donde negro sería “más que” cubano y no al revés, como Martí había deseado.

Crear un partido afrocubano era una estrategia para ganar el acceso al sector público. Aunque la proporción de estos en el Congreso y en el gobierno se incrementó durante los primeros años de la república, su representación era escasa aún en las estructuras de poder. Además, la experiencia demostraba que, cuando se organizaban, los afrocubanos podían obtener al menos algunas concesiones ventajosas del Estado. Hacia finales del siglo XIX, el Directorio Central de Sociedades logró imponer a España el reconocimiento de los derechos civiles de los afrocubanos. En 1902, un Comité de Acción de Veteranos y Sociedades de la Raza de Color ejerció presiones con algún éxito sobre el presidente Estrada Palma y el gobernador provincial de La Habana para aumentar la representación negra en la policía, la guardia rural, y otros cargos públicos.⁵²

La propia experiencia del Comité mostró, por una parte, las oportunidades que creaba la movilización afrocubana, así como también sus limitaciones y dificultades. Bajo la dirección de Generoso Campos Marquetti y con el apoyo de Juan Gualberto Gómez, el Comité agrupó a los veteranos negros, así como a delegados de los clubes y sociedades afrocubanos de La Habana, de los cuales al menos 11 estaban representadas.⁵³ Sus miembros se reunieron con el presidente Estrada

⁵² Para puntos de vista públicos de las actividades del Comité, ver Serra: “A los liberales de color”, en *A blancos y negros*, 82-83; Fernández Robaina: *El negro en Cuba*, 37-45; Horrego Estuch: *Juan Gualberto Gómez*, 176-178; Helg: *Our Rightful Share*, 125-127.

⁵³ “Justicia para todos”, y “Los veteranos de color. El Comité de acción”, *La Lucha* (28 y 30 de mayo de 1902).

Palma, e introdujeron una moción en el Congreso para anular las medidas racistas aprobadas por el gobierno de ocupación norteamericano y obtuvieron una asignación de 80 plazas para los negros en la policía de La Habana y 12 en el servicio postal.⁵⁴

Pero tan pronto como el Comité se organizó, los acusaron de instigar una guerra racial en la Isla. Ni siquiera el apoyo de Juan Gualberto Gómez, un integracionista radical, los protegió de esos rumores. Campos Marquetti denunció tales acusaciones en una carta pública, y alegó que no fue hasta que finalizó la intervención norteamericana que los negros intentaron redimir “parte de sus derechos violados”, por lo que ellos no podían ser acusados de poner en peligro la república que ellos mismos ayudaron a crear.⁵⁵

Las actividades del Comité proporcionaron también otras lecciones. Ante todo, las disputas sobre la distribución de empleos podían destruir con facilidad los esfuerzos organizativos. Justo un mes después de su creación, una comisión del Comité se quejó de que algunas de las plazas asignadas en la policía se estaban cubriendo con candidatos no recomendados por ellos —un intento evidente de socavar la autoridad y efectividad de la organización. En noviembre de 1902 apareció una facción disidente dentro del Comité que ya estaba virtualmente muerto.⁵⁶ Además, sus líderes principales y de organizaciones similares fueron incorporados frecuentemente a los partidos dominantes. En 1904, Campos Marquetti fue elegido por los liberales al Congreso. La mayoría de la dirección del Directorio de la Raza de Color, creado en La Habana en 1907, también terminó en el Congreso. Esto incluyó a Rafael Serra y Lino D’Ou, ambos elegidos al Congreso por los conservadores en 1908. En el mismo año, Tiburcio Aguirre, subsecretario del Directorio, organizó actos públicos en honor al candidato presidencial conservador. En 1912, el secretario de la organización, Miguel A. Céspedes, se convirtió en representante, y con posterioridad fue presidente del exclusivo Club Atenas.

Este Directorio fue solo uno de los esfuerzos emprendidos por los líderes afrocubanos para asegurar su lugar en la política cubana después de la revuelta liberal. En el verano de 1907, tuvieron lugar

⁵⁴ “Current Topics. Committee of Colored Men Call on President”, “Por la raza de color. Su ingreso en la policía” y “La asamblea de la raza de color”, todos en *La Lucha* (9 y 23 de junio de 1902).

⁵⁵ “La verdad ante todo” y “Los veteranos de color. El Comité de acción”, *La Lucha* (30 de mayo de 1902).

⁵⁶ “El alcalde y la raza de color” y “A la raza de color”, *La Lucha* (21 de junio y 1 de noviembre de 1902).

numerosas reuniones en toda la Isla. En San Juan y Martínez (Pinar del Río), un Comité de Protesta demandó la participación justa de los negros en la distribución de los puestos públicos.⁵⁷ En Camagüey, otro Directorio de la Raza de Color emitió un manifiesto llamando a los negros a organizarse en una “convención común” para el mejoramiento moral, económico y político de su raza. Ellos se oponían a la formación de un partido político independiente. Más bien, lo que propuso fue la creación de una organización que ejerciera una presión eficaz en los partidos políticos, que los forzara a dar una representación proporcional a los afrocubanos en todos los cargos públicos. El Directorio pidió a sus seguidores que negaran su apoyo a los partidos que no cumplieran cabalmente con tales aspiraciones.⁵⁸

Esta iniciativa fue seguida por la creación de una junta directiva en La Habana, en una reunión en la sociedad Arpa de Oro, a la que asistieron más de 200 personas. Algunos de los participantes, como Campos Marquetti, se manifestaron en contra de crear una organización negra autónoma, planteando que muchas de las metas mencionadas en el manifiesto de Camagüey ya se habían cumplido. Lino D'Ou, a su vez, pidió a Campos Marquetti que reconsiderara su posición y enfatizó que la igualdad legal por sí sola no impidió la exclusión de los afrocubanos de sectores importantes de la vida nacional. A pesar de la oposición de Campos Marquetti, se creó una junta directiva provisional, con Juan Bravo como presidente y Miguel A. Céspedes como secretario.⁵⁹

La discusión en la junta directiva de La Habana ilustra que los afrocubanos no compartían un punto de vista común en relación con el activismo político. Por una parte, algunos sentían la necesidad de crear un tipo de organización que incrementara su capacidad de presionar a los partidos políticos. Estos líderes buscaban aumentar su participación en el proceso político, de la misma forma que lo hacían las figuras públicas blancas. Aunque ellos no se propusieron establecer un movimiento político negro autónomo y defendieron el integracionis-

⁵⁷ “La nota del día”, “Lógica pura” y “La agitación de los elementos de color”, *La Discusión* (6, 7 y 11 de agosto de 1907).

⁵⁸ Manifiesto al pueblo cubano y a los ciudadanos de color. Camagüey, agosto de 1907. ANC. Fondo Especial, Leg. fuera de caja, no. 6-4; versiones de estos documentos fueron publicados en “La nota del día”, *La Discusión* (31 de agosto de 1907) y “La raza de color”, *Diario de la Marina* (3 de septiembre de 1907, ed. mañana); ver también Fermoselle: *Política y color*, 109-111 y Helg: *Our Rightful Share*, 145.

⁵⁹ “El movimiento de la raza de color” y D'Ou: “Obstrucción”, *La Discusión* (17 de septiembre y 1 de octubre de 1907).

mo de la ideología nacionalista, sí resaltaron la necesidad de llevar a la práctica los derechos ciudadanos. De hecho, esta posición estaba a un paso de crear un partido político conformado solo por negros y mulatos.⁶⁰

Por otro lado, líderes afrocubanos como Campos Marquetti, Juan Gualberto Gómez y Morúa Delgado defendieron la necesidad de trabajar dentro de los partidos políticos que ya existían y se opusieron a cualquier intento de movilización racial. Con frecuencia las fidelidades políticas eran más fuertes que los sentimientos de solidaridad racial. Un grupo grande de liberales negros de la misma provincia respondió el manifiesto de Camagüey, y manifestaron que estaban de acuerdo en que los negros tenían el legítimo derecho a participar en los asuntos públicos del país, pero también argumentaron que ese derecho “no ha sido discutido nunca ni negado por el Partido Liberal, en el cual estamos afiliados la mayoría de los hombres de color de Cuba”. Lo que el Directorio lograría —afirmaron— era debilitar el Partido Liberal y perturbar la coexistencia armoniosa de los grupos raciales en la Isla.⁶¹

La tercera posición llamó a la movilización política autónoma afrocubana como la única vía para obtener su participación como ciudadanos de una república que ellos habían luchado por crear. Un manifiesto publicado por un grupo de veteranos en Lajas refrendó esta posición; sostuvieron que los negros no volverían a ser engañados por políticos cuyas promesas electorales eran siempre incumplidas. Los firmantes propusieron formar “un gran partido independiente [...] para que cuando el momento de las elecciones llegue podamos seleccionar nuestros candidatos locales y nacionales, porque nosotros estamos cansados de promesas y ofertas”.⁶²

El 7 de agosto de 1908, por fin se organizó en La Habana un partido político independiente integrado por negros y mulatos, bajo la dirección de Evaristo Estenoz. El nuevo grupo, llamado Agrupación Independiente de Color (con posterioridad Partido Independiente de Color), se formó después de la derrota de numerosos candidatos negros en las elecciones provinciales y municipales del 1.º de agosto. En sus documentos programáticos, ellos dejaron claro que se organizaron para

⁶⁰ Esta idea fue también avalada por Batrelly Neningen en su famoso: “Manifiesto al pueblo de Cuba”. El manifiesto original está ubicado en ANC. Fondo Especial, Leg. fuera, no. 8-21.

⁶¹ Manifiesto a los ciudadanos de color del pueblo cubano. Camagüey, 6 de septiembre de 1907. ANC, Fondo Especial, Leg. fuera, no. 8-35.

⁶² Fermoselle: *Política y color*, 111.

obtener una participación adecuada en los gobiernos de la república.⁶³ Entre otras metas no definidas en términos raciales —la jornada laboral de 8 horas, la inmigración libre independiente de las razas, distribución de tierras entre los veteranos— exigieron la representación negra en el servicio diplomático, el ejército, y en las diferentes ramas del gobierno. Aunque su programa no defendió el separatismo racial, prometió obediencia al ideal de una nación cubana integrada racialmente, y contenía metas de amplio clamor popular; su propio nombre sugería que la organización era solo para las personas “de color”, quienes estaban organizadas “independientemente”, es decir, separadas de los blancos.

El PIC agrupó principalmente a antiguos miembros del Partido Liberal, en particular la facción liderada por José Miguel Gómez (los llamados Liberales Históricos). Los vínculos de Estenoz con este grupo fueron estrechos hasta unos meses antes de la creación del PIC. Tan tarde como agosto de 1907, Gómez y Estenoz asistían juntos a reuniones de los liberales. En una demostración pública en el parque Trillo, en La Habana, Gómez aplaudió lo que un periódico norteamericano llamó “los comentarios bárbaros del general Estenoz y otros héroes de la raza de color”.⁶⁴ Por eso la prensa conservadora se refirió a la creación del PIC como una simple discordia “dentro de la familia liberal”.⁶⁵

Se hizo evidente que se trataba de algo más que una simple discordia en las elecciones nacionales de 1908, donde el PIC participó con una lista completa de candidatos para el Congreso en las provincias de La Habana y de Las Villas. Sus resultados, sin embargo, solo pueden ser descritos como catastróficos. En La Habana, el candidato independiente con mayor número de votos fue Agapito Rodríguez, quien consiguió solo 116. Por el contrario, cada candidato liberal recibió más de 47 000 votos, y ningún aspirante conservador consiguió menos de 23 000. Estenoz, líder del PIC, atrajo solo 95 votos, el sexto entre los candidatos de su propio partido.⁶⁶

⁶³ El programa del PIC es analizado por Portuondo Linares: *Los Independientes de Color*, 19-21; Fernández Robaina: *El negro en Cuba*, 64-66, y Helg: *Our Rightful Share*, 147-149.

⁶⁴ The *Havana Daily Telegraph* citado en “Los miguelistas contra el tío Sam”, *La Discusión* (27 de agosto de 1907); “El mitin miguelista”, *La Discusión* (26 de agosto de 1907). Para ejemplos adicionales de la relación entre Gómez y Estenoz, ver “Carta canta” y “Más humanidad”, *La Lucha* (27 y 28 de agosto de 1907).

⁶⁵ “La nota del día”, “Estenoz contra José Miguel” y “La actitud de Estenoz”, *La Discusión* (23 de septiembre, 9 y 10 de noviembre de 1908).

⁶⁶ “Provincia de la Habana. Votación total”, *La Lucha* (19 de noviembre de 1908).

Para Estenoz este era un nuevo fracaso en lo que había sido una variada y en gran medida infructuosa carrera, incluyendo actividades como líder obrero, militante en varios de los partidos políticos principales, rebelde en por lo menos dos levantamientos, e incluso algunos intentos empresariales. Después de la guerra por la independencia, en que terminó con el rango de capitán, se unió al Partido Unión Democrática que agrupó a varios veteranos y exautonomistas.⁶⁷ Estenoz era un maestro albañil y, como presidente del gremio de los albañiles, organizó una huelga por la jornada de 8 horas en 1899. La huelga falló, y él fue detenido junto a otros líderes obreros.⁶⁸

En 1902, Estenoz se unió al comité de los veteranos afrocubanos que ejercieron presión por el acceso a los cargos públicos. Dos años después, intentó establecer una tienda de moda exclusiva en La Habana, al parecer sin éxito, aunque su esposa era una modista conocida.⁶⁹ Por esta época se incorporó al Partido Liberal, pero protestó porque los negros ocupaban posiciones bajas en el partido y nunca los consideraban para los cargos importantes, políticos o administrativos. En un documento público que circuló a finales de 1905, él manifestó que no estaba interesado en nominación alguna y que no aceptaría ninguna candidatura. “Yo aspiro a figurar entre los que se han hecho ricos con su trabajo personal”, declaró.⁷⁰ Meses después se unió a un pequeño levantamiento contra los moderados el 1.º de diciembre, día de las elecciones, y regresó a su casa unos días después. Al año siguiente se unió a la revuelta de agosto que acabó con el gobierno de Estrada Palma y provocó la segunda intervención norteamericana. Con posterioridad, Estenoz dirigió una comisión que representó los agravios y las aspiraciones de los participantes negros. Al parecer, también intentó, sin éxito, ser nominado por el Partido Liberal en 1908 para el gobierno de Matanzas.⁷¹

Aunque el partido se organizó poco tiempo antes de las elecciones, esto por sí solo no explica su fracaso electoral. La plataforma

⁶⁷ “Asuntos varios. Círculo de la Unión Democrática”, *Diario de la Marina* (20 de junio de 1900, ed. tarde).

⁶⁸ “La huelga general” y “Sobre la huelga”, *La Unión Española* (26 y 27 de septiembre de 1899, ed. mañana).

⁶⁹ “Nuestros industriales”, *El Nuevo Criollo* (31 de diciembre de 1904); Cuéllar Vizcaíno: *Doce muertes famosas*, 78

⁷⁰ Evaristo Estenoz: “A mis amigos”, *El Nuevo Criollo* (30 de septiembre de 1905).

⁷¹ “Borrando los últimos vestigios”, *La Discusión* (5 de diciembre de 1905); “La incorporación de Estenoz”, *La Lucha* (20 de agosto de 1906); Cuéllar Vizcaíno: *Doce muertes famosas*, 74-78.

del PIC apelaba en lo fundamental a las necesidades de los veteranos urbanos y los liberales negros que no habían sido incluidos en la distribución de cargos y empleos. Su capacidad de atraer apoyo fue socavada seriamente en las oportunidades para el ascenso social que los partidos políticos principales ofrecían, así como por los esfuerzos activos de esos partidos por atraer a los afrocubanos a sus filas. Además, las elecciones presidenciales de 1908 elevaron a un número relativamente grande de negros y mulatos a posiciones de poder y prestigio en el Estado, bajo los auspicios de los principales partidos, contraponiendo así el criterio de que los afrocubanos no estaban bien representados en la vida política cubana.

No es casual que no se iniciara la acción legal contra los independientes hasta 1910, un año de elecciones parciales al Congreso. De hecho, la cronología completa del PIC está marcada por acontecimientos políticos. El partido fue creado antes de las elecciones nacionales de 1908; fue censurado antes de las elecciones congresionales de 1910, y se rebeló y fue aniquilado justo unos meses antes de las elecciones presidenciales de 1912. El PIC por sí mismo no representaba un desafío serio a los liberales, pero en alianza con el Partido Conservador podía amenazar seriamente el control liberal sobre el electorado negro. Numerosos elementos indicaban que semejante alianza era posible, incluso probable.

La prensa conservadora estuvo a favor de las actividades de Estenoz desde el final de la revuelta liberal en 1906. Algunos de los líderes del PIC, como Gregorio Surín y Pedro Ivonnet, fueron activos miembros de las filas conservadoras.⁷² Como presidente del Consejo de Veteranos en La Maya (provincia de Oriente) en 1903, Ivonnet mantuvo buenas relaciones con Estrada Palma, quien lo nombró veterinario en la guardia rural.⁷³ Un miembro prominente del Partido Conservador, Freyre de Andrade, asumió la defensa de Estenoz y otros independientes cuando fueron detenidos en 1910.⁷⁴ Según el embajador norteamericano, los conservadores hicieron “todo lo posible por ayudar a los negros. Su interés en ellos creció notablemente durante el desarrollo del período

⁷² “La prensa”, *Diario de la Marina* (25 de septiembre de 1908, ed. mañana); Helg: *Our Rightful Share*, 157

⁷³ “La partida del Caney”, “La visita presidencial a Oriente” y “El general Ivonnet”, todo en *El Cubano Libre* (16 y 23 de septiembre y 3 de octubre de 1903); “Los sublevados del Caney”, *La Lucha* (16 de septiembre de 1903).

⁷⁴ Jackson al secretario de Estado, Habana, 26 de abril de 1910. USNA, RG 59/837.00/1943/377; Jackson al secretario de Estado, Habana, 31 de agosto de 1910. USNA, RG 59/837.00/426.

electoral". El embajador destacó también que las fianzas de varios de sus líderes fueron pagadas por "miembros blancos destacados del Partido Conservador".⁷⁵ Para hacer las cosas aun peor para el presidente Gómez y sus seguidores, la facción liberal zayista mantuvo una actitud cautelosa y a la vez amistosa hacia Estenoz, en una clara maniobra de atraerlos a sus filas.⁷⁶ Como expresó un caricaturista de la época, el "fuego racial" fue alimentado por la lucha de las fuerzas políticas, sus promesas electorales, y su adulación por las "pasiones racistas".

En esa coyuntura, Martín Morúa Delgado, principal figura afrocubana entre los seguidores del presidente Gómez, introdujo un proyecto de ley en el Senado la cual establecía que cualquier grupo compuesto de individuos de una sola raza o color no sería considerado un partido político. Morúa argumentó que él se oponía a "cualquier" grupo político racialmente exclusivo, pues los cubanos no debían separarse según su raza. Además, vaticinó que una organización política integrada por negros podría automáticamente generar su opuesto: una organización compuesta solo por blancos, y que este era precisamente "el conflicto" que el proyecto de ley intentaba prevenir. También señaló que si no encontraban obstáculos, estas tendencias podrían terminar "ahogándonos a todos" y destacó que todos los partidos habían intentado atraer el mayor número posible de electores negros.⁷⁷

Aunque el PIC fue censurado por este proyecto de ley, los liberales también intentaron mantener su imagen como los representantes legítimos de la raza de color. En marzo de 1910, justo antes de la detención de Estenoz y otros de sus líderes, Gómez recorrió la Isla. En Cienfuegos, una de las ciudades donde los independientes establecieron una filial en 1908, el presidente visitó la Sociedad "de color" Minerva, mientras Morúa Delgado y el vicepresidente Zayas brindaron por la unidad de todos los cubanos en un banquete ofrecido por la aduana local. En Santiago de Cuba, representantes de las sociedades afrocubanas se encontraron con Gómez; un día después, él y sus compañeros fueron agasajados en la

⁷⁵ Jackson al secretario de Estado, Habana, 20 de octubre de 1910. USNA, RG 59/837.00/431. La relación entre el PC y el PIC es estudiada por Portuondo Linares: *Los Independientes de Color*, 187-193 y Helg: *Our Rightful Share*, 178-179.

⁷⁶ "Aquellos vientos..." y "Las cosas en su punto", *La Lucha* (14 de febrero y 25 de abril de 1910).

⁷⁷ "El congreso" y "El Señor Morúa Delgado y el Partido Independiente de Color", *La Lucha* (12, 13 y 15 de febrero de 1910); Morúa Delgado: *Integración cubana*, 239-245. La versión final de la enmienda puede ser vista en la *Gaceta Oficial* (14 de mayo de 1910).



Martín Morúa Delgado con su esposa Elvira Granados y sus hijas Vestalina y Aravella. Publicado en El Figaro, el 12 de septiembre de 1909 (Colección del autor).

sociedad la Luz de Oriente. Y en Pinar del Río, Gómez incluso se reunió en privado con los representantes locales del PIC, mientras Zayas visitó los clubes negros de Artemisa y llamó, junto a un grupo de oradores negros, a terminar las divisiones raciales. También, en un gesto político dirigido a “los elementos que él representa”, Morúa Delgado —cuyo plazo en el Senado estaba a punto de expirar— fue nombrado secretario de Agricultura, el primer miembro negro en un gabinete cubano.⁷⁸

Estas maniobras no tuvieron éxito. En mayo de 1912, el PIC se sublevó en protesta contra la ley Morúa y fue reprimido con crueldad. La represión racista se hizo posible políticamente debido a una combinación de factores. Ante todo, la revuelta de los independientes fue presentada como un intento de romper los frágiles límites de la democracia racial cubana y como una amenaza a la propia existencia de la república. Como señaló un editorial de la prensa: “los que siguen a Estenoz son unos desalmados porque prefieren ser negros a ser cubanos”.⁷⁹ El PIC y sus líderes fueron catalogados de “racistas” —esto es, un grupo que situaba “la raza” por encima de la identidad nacional. El hecho de que los independientes clamaran constantemente por el reconocimiento del gobierno de los Estados Unidos ayudó a reforzar la imagen de que no eran buenos patriotas.⁸⁰ Además, entre 1910 y 1912, la retórica antiblanca de sus líderes —según informes de la prensa dominante— se incrementó dramáticamente. Es probable que la prensa exageró las declaraciones de los independientes, pero los propios documentos oficiales del partido muestran que se volvieron más elocuentes y francos. En una carta a un juez local, un miembro del PIC en Oriente advirtió que los abusos contra su organización tendrían que acabar, por los medios pacíficos o por la fuerza.⁸¹

⁷⁸ “Viaje del Presidente”, *La Lucha* (11 y 15 de marzo de 1910); “El Presidente en Vuelta Abajo” y “El doctor Zayas en Artemisa”, *La Lucha* (30 de marzo y 24 de abril de 1910); Jackson al secretario de Estado, Habana, 31 de marzo de 1910. USNA, RG 59/837.00/21; “Los nuevos secretarios”, *La Lucha* (16 de abril de 1910).

⁷⁹ “La raza de color y los racistas”, *La Lucha* (7 de junio de 1912).

⁸⁰ Fermoselle: *Política y color en Cuba*, 182-187. Portuondo Linares: *Los Independientes de Color*, 173-176, destaca el “antimperialismo” del PIC, pero desde 1910 trataron de obtener ayuda y reconocimiento oficial de los Estados Unidos, basados en la Enmienda Platt. Helg: *Our Rightful Share*, 190, pone de relieve que la búsqueda del reconocimiento norteamericano no era inconsecuente con la Enmienda Platt.

⁸¹ Proclama impresa del Partido Independiente de Color, Cárdenas, 24 de abril de 1910. ANC, Fondo Especial, Leg. 4, no. 132; Manuel Pardo Galindo Azuaga al licenciado Alberto Ponce, 24 de abril de 1910. ANC, Audiencia de Santiago de Cuba, Leg. 28, no. 16.

En 1912 también era obvio que, a pesar de los esfuerzos por reincorporar a Estenoz y sus seguidores en el Partido Liberal, Gómez no tendría el apoyo de los independientes en las elecciones venideras. En un último intento, en febrero de 1912, el presidente propuso derogar la ley Morúa si estos eliminaban el término “de color” del nombre de su partido; demanda que ellos rechazaron. Fue solo en este momento que Gómez amenazó abiertamente con poner “cada obstáculo posible” en el camino del partido.⁸²

Sin embargo, la reacción gubernamental fue al inicio lenta y ambivalente. Un representante norteamericano en La Habana informó que aunque el gobierno tenía fuerzas suficientes en Oriente para aplastar la rebelión, no había ocurrido un solo enfrentamiento de importancia. Este representante especuló que el movimiento tenía alguna autorización oficial, o que el gobierno estaba intentando negociar algún tipo de acuerdo con los rebeldes: “Yo no veo ninguna razón por la que el gobierno cubano no pueda apaciguar esta revuelta si se adoptan medidas enérgicas e inmediatas para suprimirla”, afirmó. Al mismo tiempo, Manuel Rionda, dueño de un central azucarero, describió el evento como “una ‘rumba’ cubana ordinaria” que creaba “mucho ruido pero poco o ningún daño”.⁸³

Esta “rumba” degeneró rápidamente en lo que muchos percibieron como una guerra racial. La prensa exageró y tergiversó las acciones de los independientes, y alimentó el miedo de los blancos, por lo que ayudó a consolidar su sentido de solidaridad racial, y legitimó la matanza de personas inocentes.⁸⁴ Presiones desde dentro y fuera de la Isla instaron al gobierno liberal a tomar acciones decisivas contra estos, por causar daños a propiedades e interrumpir la producción en el sur de Oriente. Los propietarios se quejaron de su incapacidad para controlar la fuerza de trabajo y demandaron la protección armada del gobierno. El candidato presidencial del Partido Conservador, Mario García Menocal, ofreció aplastar la revuelta con 3 000 voluntarios a sus órdenes, con lo que humilló a la administración liberal en este proceso.⁸⁵ Los inver-

⁸² Beaupré al secretario de Estado, Habana, 19 de febrero de 1912. USNA, RG 59/837.00/571.

⁸³ Telegramas, Beaupré al secretario de Estado, Habana, 27 de mayo de 1912. USNA, RG 59/837.00/ 622 y 626; Manuel Rionda a W. E. Ogilvie, 29 de mayo de 1912. BBC, RG 2, Series 2, Vol. 31.

⁸⁴ La campaña de prensa es cuidadosamente estudiada por Helg: *Our Rightful Share*, 173-177, 194-197.

⁸⁵ Beaupré al secretario de Estado, Habana, 14 de junio de 1912. USNA, RG 59/837.00/793; Portuondo Linares: *Los Independientes de Color*, 252-253.

sionistas extranjeros, alarmados, apelaron al gobierno norteamericano: “Hemos estado prácticamente abandonados a la bondadosa merced de las bandas de negros” —informó el vicepresidente de la Cuba Railroad Company— y presionaron al Departamento de Estado para provocar la intervención.⁸⁶

El gobierno norteamericano reaccionó y envió tropas a la base de Guantánamo, con el supuesto propósito de proteger a sus ciudadanos. En Key West se congregó una fuerza naval de gran poder y se enviaron fuerzas de apoyo a la Bahía de Nipe y a La Habana. El gobierno americano advirtió a las autoridades cubanas que si fallaban en “proteger las vidas y las propiedades de los ciudadanos americanos”, Estados Unidos “desembarcaría fuerzas para brindar la protección necesaria”. Aunque la nota oficial declaró que “no era una intervención”, esto no hizo las cosas más fáciles para Gómez, quien se opuso a estas medidas pues ponían a su gobierno en una posición “humillante”, causando su descrédito dentro y fuera del país. Gómez afirmó que su gobierno tuvo gran éxito aplastando la revuelta y que solo en Oriente persistía esta actividad *rebelde*. Para un presidente que, como señaló un periodista norteamericano, hizo su carrera política a partir de su actitud patriótica y antiamericana, la intervención era desastrosa, especialmente en un año electoral.⁸⁷

Como resultado, el presidente Gómez encaró lo que resultó ser una situación muy difícil. Cualquier medida que no fuera la confrontación violenta con los independientes podía interpretarse como una señal de debilidad y pondría en tela de juicio la credibilidad de un gobierno que ya era notorio por su corrupción e ineficiencia. Por lo tanto, hizo todo lo posible para tranquilizar a las autoridades norteamericanas con el mensaje de que tenía la situación bajo control y que no era necesaria otra intervención. Incluso le informó al embajador en La Habana que “tenía a los negros completamente aterrorizados”. De hecho, el terror racista fue percibido cada vez más como la única solución a la crisis.

⁸⁶ D. A. Galdós a Van Horne, Camagüey, 2 de junio de 1912. Cuba Company Papers, Series 1, Box 15, 180; A. H. Scales, comandante del USS. Prairie al secretario de la Marina, Manzanillo, 8 de junio de 1912. USNA, RG 59/837.00/767; George Bayliss a Beaupré, Antilla, 1 de junio de 1912. USNA, RG 59/837.00/763; “Relations Strained. Black Rebellion Unabated”, *The Cuba News* (1 de junio de 1912); “Los Estados Unidos y la rebelión”, *La Última Hora* (11 de junio de 1912).

⁸⁷ William Taft a José Miguel Gómez, 27 de mayo de 1912. USNA, RG 59/837.00/614; “Relations Strained. The Week's Developments”, *The Cuba News* (1 de junio de 1912).

Como declaró el gerente de una compañía ferroviaria, solo “un reino de terror” podría acabar con la revuelta en Oriente.⁸⁸

Se implantó el terror en dos niveles diferentes. Primero, Gómez envió a Oriente al general José de Jesús, *Chucho*, Monteagudo, antiguo colaborador, para aplastar la rebelión. Su trabajo se facilitó por la suspensión de las garantías constitucionales en la provincia, aprobada por el Congreso a principios de junio. Esto, advirtió un observador contemporáneo, permitiría al ejército “matar a los negros sin que las cortes se mezclen en el asunto, por lo que muchos, buenos y malos, morirán”. De hecho, solo unos días después, empezaron a circular informes de que “muchos negros inocentes e indefensos” estaban siendo asesinados. A mediados de junio, existía consenso de que las fuerzas gubernamentales mataban a todos los prisioneros y “cortaban las cabezas” a todos los negros que las tropas encontraban fuera de los límites del pueblo. El propio Monteagudo reconoció que las operaciones degeneraron en una “carnicería”.⁸⁹

El terror racista se implementó también con la formación de unidades de milicia civil blanca en toda la Isla. La campaña de prensa, presentó a los independientes como una horda de salvajes que había iniciado una guerra racial, alimentando el pánico en la población blanca, que empezaba a armarse contra un ataque potencial de “los negros”. El propio gobierno estimuló la formación de unidades de voluntarios que compensara su propia incapacidad de proporcionar una protección eficaz a todas las propiedades y los centros urbanos. Como muestra de su determinación de aplastar la revuelta por cualquier medio, Gómez informó al presidente Taft que había distribuidos más de 9 000 rifles para la defensa de las propiedades rurales y de los pueblos.⁹⁰

De este modo, a los blancos se les dio el poder para controlar y patrullar los centros urbanos, así como los enclaves productivos más importante en las áreas rurales, en las minas y en los centrales azucareros. Por primera vez desde la instauración de la república, el control social se definió explícitamente en términos raciales. Una vez que se rompieron las barreras representadas por una cubanidad incluyente, el racismo

⁸⁸ Beaupré al secretario de Estado, Habana, 1 de junio de 1912. USNA, RG 59/837.00/655; Galdós a Van Horne, Camagüey, 7 de junio de 1912. Cuba Company Papers, Series 1, Box 15, 180.

⁸⁹ George Bayliss a Beaupré, Antilla, 15 de junio de 1912. USNA, RG 59/837.00/827; Chas Ham a Holaday, Palma Soriano, 25 de junio de 1912. USNA, RG 59/837.00/877; G. C. Peterson a M. H. Lewis, Guantánamo, 20 de julio de 1912. USNA, RG 59/837.00/912. Para un relato detallado de la represión, ver Helg: *Our Rightful Share*, 221-225.

⁹⁰ Gómez a Taft, Habana, 26 de mayo de 1912. USNA, RG 84/801/388.

blanco pudo operar casi en total libertad. La represión racista no solo era políticamente posible, sino que se presentó como un acto de patriotismo. En este aspecto, la advertencia de Morúa acerca de una reacción blanca demostró ser correcta. Inundados con los reportes de la prensa sensacionalista, es probable que muchos cubanos aceptaran la idea de que “los negros” habían iniciado un movimiento “racista” para destruir la independencia nacional. La visión que se tenía era que los afrocubanos violaron ellos mismos los frágiles límites de la democracia racial cubana.

El gobierno dominó la revuelta con la represión, pero también hizo algunos esfuerzos para restaurar el mito de la fraternidad racial cubana; comprendió que era necesario políticamente aplastar la revuelta a cualquier costo, pero ni aun en medio de la histeria racista que barrió el país, la importancia del voto afrocubano fue olvidada por completo. De hecho, a finales de mayo se consideraba que el gobierno no usaría la fuerza contra los rebeldes “por el miedo” a perder el apoyo electoral de sus seguidores afrocubanos.

En algunas ciudades, sus autoridades apoyaron la participación de los negros en la policía y en el ejército regular, a pesar de la oposición de los ciudadanos blancos.⁹¹ Según Monteagudo, los negros y mulatos también estuvieron bien representados en el ejército que persiguió a los independientes en Oriente, y al menos uno de los oficiales en el mando, Arsenio Ortiz, se percibía como no blanco.⁹² Aunque con pequeños resultados prácticos, el presidente Gómez advirtió que no toleraría abusos contra la población pacífica y algunos alcaldes y cargos públicos hicieron declaraciones similares en varias ciudades. La Secretaría de Justicia instruyó a todos los jueces locales que garantizaran “los derechos de las personas pacíficas de color” y se opusieran a las persecuciones injustificadas contra los afrocubanos.⁹³ En ocasiones, la prensa también criticó los intentos de los blancos de usar la revuelta como una excusa para privar a los negros

⁹¹ Beaupré al secretario de Estado, Habana, 28 de mayo de 1912. USNA, RG 59/837.00/633; B. Anderson a Beaupré, Caibarién, 8 y 11 de junio de 1912. USNA, RG 59/837.00/794 y 813; Max Baehr a Beaupré, Cienfuegos, 8 de junio de 1912. USNA, RG 59/837.00/794.

⁹² “Monteagudo”, *La Lucha* (17 de julio de 1912). La carrera militar de Ortiz es abordada en el Capítulo 3.

⁹³ “El movimiento racista. Consejos oportunos” y “Alocución al elemento tranquilo de color del barrio del Pilar”, *Diario de la Marina* (11 de junio de 1912, ed. mañana); “El movimiento racista. Alocución del alcalde de Matanzas”, *Diario de la Marina* (12 de junio de 1912, ed. tarde); Vidaurreta a Menocal, Santa Clara, 11 de junio de 1912 y fiscal de la Audiencia de Oriente al secretario de Justicia, Santiago de Cuba, 30 de mayo de 1912. ANC. Secretaría de la Presidencia, Leg. 110, no. 2.

de los “derechos” que tenían “en la democracia cubana”. Por último, la amnistía de los independientes —a mediados de junio— fue también un esfuerzo para restaurar la paz racial con propósitos políticos.⁹⁴ Para entonces ya se había aplastado la revuelta. Estenoz e Ivonnet fueron capturados y ejecutados en las siguientes semanas.

Aunque la derrota brutal de los independientes fue ante todo el resultado de la represión blanca, la destrucción del PIC se facilitó por el limitado apoyo que tuvo entre los afrocubanos. Como señala Orum, el partido: “fue solo marginalmente admitido por la comunidad negra de Cuba”.⁹⁵ El testimonio de Lázaro Benedí Rodríguez, residente afrocubano del barrio indigente de Las Yaguas, en La Habana, entrevistado en 1969 por Oscar Lewis, confirma esta valoración. Rememorando el año 1912, afirmó: “Yo combatí mucho el movimiento de los Independientes de Color. ¿Por qué razón? Porque yo entendía que de acuerdo con la Constitución, dónde decía que todos los cubanos éramos iguales ante la ley, no debíamos nunca, nosotros, los negros, venir a la formación de un partido político representado por una sola raza”.⁹⁶

La oposición al PIC empezó desde el momento mismo de su creación. En 1908, grupos de liberales afrocubanos de Regla, La Habana, Sancti Spíritus, San Juan de las Yeras y Manzanillo publicaron manifiestos públicos que condenaban la creación de un partido político integrado solo por negros.⁹⁷ Con posterioridad, los liberales negros de Cárdenas, Güines, y otros pueblos hicieron declaraciones públicas similares. Los de Güines sostuvieron que en el consejo local del pueblo “la mitad de los empleados [eran] hombres de [su] raza”, una prueba clara de la “buena fe” del Partido Liberal. Estos documentos enfatizaban que los negros eran, ante todo, cubanos. Como afirmó un manifiesto de Cárdenas: “pertenecemos a una raza que se denomina cubanos”.⁹⁸

⁹⁴ “Las ligerezas... o lo que sea”, *La Última Hora* (11 de junio de 1912); Beaupré al secretario de Estado, 12 de junio de 1912. USNA, RG 59/837.00/745; Bayliss a Beaupré, Antilla, 15 de junio de 1912. USNA, RG 59/837.00/827.

⁹⁵ Orum: “The Politics of Color”, 212-213. Para una explicación de la respuesta de los afrocubanos centrada en el temor a represalias, ver Helg: *Our Rightful Share*, 170-171, 207.

⁹⁶ Lewis, Lewis, y Rigdon: *Cuatro hombres*, 20.

⁹⁷ Comandante Tomás Aguilar: “Al Gral. Evaristo Estenoz” y Tirso Calderón Barrera: “A la raza de color”, ambos en *El Triunfo* (27 y 30 de septiembre de 1908); “De Manzanillo”, *La Lucha* (26 de septiembre de 1908); “Tribuna libre”, *Diario de la Marina* (20 de septiembre de 1908, ed. mañana).

⁹⁸ “La agitación en Güines. Manifiesto al país”, *La Lucha* (26 de abril de 1910); Julio Franco, réplica a la raza de color de Cárdenas, enero de 1910. ANC, Fondo Especial, Leg. 4, no. 135. Este manifiesto fue rebatido por uno de

Las actividades del PIC fueron combatidas también por los veteranos afrocubanos más prestigiosos,⁹⁹ las llamadas sociedades de color,¹⁰⁰ y los políticos negros y mulatos más destacados. En 1910, los miembros negros de la legislatura criticaron el PIC y lo describieron como una “campaña racista”. En 1912 emitieron un manifiesto público, firmado también por Juan Gualberto Gómez (que no era miembro del Congreso), en el que se afirmaba que no existía problema racial alguno en Cuba y que los rebeldes eran antiguos miembros de los principales partidos políticos, que no lograron triunfar en la política nacional. Los congresistas insistieron en que los independientes representaban una facción pequeña de la población afrocubana y que su revuelta no debía crear un “problema de raza” en el país, pues la mayoría de los negros no apoyaba el movimiento. Al mismo tiempo, también llamaron a los blancos a respetar la doctrina de la fraternidad racial y evitar provocaciones contra la llamada población de color.¹⁰¹

Las provocaciones racistas, fueron comunes durante la ola represiva que siguió a la revuelta de los independientes. Después de 1912, era la viabilidad de la fraternidad racial cubana lo que se ponía en dudas. Nunca antes la doctrina integracionista de Martí fue cuestionada tan abiertamente. Como el PIC era un partido político racialmente definido, la percepción popular era que “los negros” se sublevaron y que solo era solo una cuestión de tiempo antes de que lo volvieran a hacer. Los racistas blancos interpretaron 1912 como la oportunidad dorada de excluir a los afrocubanos, de una vez por todas, de la vida nacional.

En los años siguientes, los símbolos culturales negros fueron reprimidos y perseguidos. Se hicieron esfuerzos, en varios espacios

Francisco Real, Manifiesto impreso del Partido Independiente de Color, Cárdenas, 20 de enero de 1910. ANC, Fondo Especial, Leg. fuera, no. 10-15.

⁹⁹ “Un almuerzo a Rabí”, “Contra el racismo. Manifiesto patriótico” y “El Consejo Nacional de Veteranos”, *La Lucha* (13 de septiembre de 1908, 15 de mayo de 1910 y 22 de mayo de 1912); “El general Pedro Díaz”, *La Última Hora* (11 de junio de 1912).

¹⁰⁰ “La cuestión racista. Manifiesto de las sociedades de color” y “Contra el racismo. Dos manifiestos”, *La Lucha* (3 y 5 de mayo de 1910); “Telegramas oficiales. Protesta”, “Manifiesto” y “Protesta”, *Diario de la Marina* (2 de junio de 1912); Recortes de prensa, 1910. ANC, Fondo Especial, Leg. fuera, no. 9-29; A la raza de color de Cárdenas, 1912. ANC, Fondo Especial, Leg. fuera, no. 4-22; “Los actuales sucesos. Importante asamblea de la raza de color”, *La Lucha* (10 de junio de 1912).

¹⁰¹ “Iniciativa plausible”, *La Lucha* (19 de abril de 1910); “El movimiento racista. Un manifiesto”, *Diario de la Marina* (4 de junio de 1912, ed. mañana).

públicos de introducir o consolidar las prácticas segregacionistas. La inmigración de obreros antillanos fue utilizada para revitalizar un discurso nacional que proclamaba desvergonzadamente el blanqueamiento como la esencia de la cubanidad. En 1928, en la Isla se creó una sucursal del Ku Klux Klan. El año 1912 parecía abrir, de nuevo, la posibilidad de construir el orden racial que algunos miembros de la élite cubana y sus patrocinadores norteamericanos previeron para la Isla desde los días del gobierno militar de ocupación.

El poder electoral de los afrocubanos, sin embargo, no se destruyó, pues representaban aún más de un tercio de los votantes potenciales. Es más, la ley Morúa, a la que los independientes se opusieron tan vigorosamente, permanecía vigente. La ley prohibía la creación de otro partido integrado por negros, pero también impedía que los blancos organizaran su propio partido político exclusivista y racialmente definido. En la práctica, la ley promovió el ideal de que la vida pública nacional tenía que estar integrada por todas las razas y condenó la movilización racialmente definida como “racista”.

LAS SECUelas DE 1912

Los efectos de 1912 en la sociedad cubana fueron diversos, frecuentemente inesperados y difíciles de evaluar. Las tensiones raciales permanecieron altas. Un racismo blanco más intrépido, agresivo y abierto condujo a varios incidentes de confrontación y de violencia. Todos estos incidentes tenían, a pesar de su diverso carácter, un origen común: el intento de algunos blancos de imponer sus propias ideas acerca del “lugar apropiado” de los negros en la sociedad y la resistencia de los afrocubanos. Varios autores negros mencionaron la profundización de las divisiones raciales como un rasgo central de la sociedad cubana después de 1912.¹⁰²

Estas tensiones se manifestaron, sobre todo, en los conflictos sobre el acceso y el uso de los espacios públicos. El acceso sin restricción de los negros a los parques, las calles, y otros espacios públicos representaba un indicador visible de su “lugar” en la sociedad y una prueba concreta de la validez y veracidad de la fraternidad racial cubana. Por eso, durante la revuelta del PIC se realizaron esfuerzos para “expulsar a los negros”. Violentos incidentes provocados por la oposición blanca a la presencia de ellos en parques, ciertas calles, y bares tuvieron lugar

¹⁰² Basilio Valle: “El problema actual”, *Labor Nueva* 1:22 (23 de julio de 1916), 5-6; Felix Fernández: “Gracias”, *La Prensa* (13 de noviembre de 1915); Ruiz Suárez: *The Color Question*, 47.

en La Habana y otras ciudades. El parque de la ciudad de Sagua la Grande (Las Villas) fue casi convertido en un “campo de batalla” de blancos y negros, con varios heridos.¹⁰³

El novelista Jesús Masdeu captó este ambiente al escribir poco después de la matanza de 1912, cuando el protagonista mulato de una de sus novelas caminó del brazo de una mujer blanca en el parque de Bayamo, y provocó el enojo de los blancos quienes, en asamblea pública, acordaron por aclamación “prohibir a los negros atravesar el parque”.¹⁰⁴ Los espacios públicos se estaban segregando o las viejas prácticas segregacionistas recibían un renovado apoyo. De hecho, es difícil de evaluar si estas prácticas desaparecieron por completo en los primeros años de la república. Durante la primera ocupación norteamericana, la segregación racial abierta encontró resistencia frecuentemente; pero parece que prevaleció alguna forma en los años siguientes. De acuerdo con un reporte de la prensa, en 1899, un café de propiedad norteamericana lo cerraron por orden del gobernador provincial de La Habana porque el propietario se negó a prestar servicio al general afrocubano Juan Eligio Ducasse. En 1910, sin embargo, la negativa de los hoteles norteamericanos “de servir a los negros” encontró cierto apoyo oficial. El presidente Gómez pidió “a todos los patriotas cubanos de color a no insistir en imponer sus derechos”, pues afirmaba que sus esfuerzos solo aumentarían “el resentimiento de los norteamericanos” y paralizarían el turismo.¹⁰⁵

La información disponible indica que las élites blancas locales intentaron, después de 1912, al menos formalizar —como en la novela de Masdeu— lo que antes pudo haber sido una costumbre. A mediados de la década de 1910, la violencia racial estalló dos veces en las ciudades de Camagüey y Cienfuegos, cuando transeúntes negros se atrevieron a caminar en las secciones del parque ocupadas tradicionalmente por las familias blancas. Ambos casos tuvieron el saldo de varias personas heridas y el desalojo de los negros de dichas áreas, con el pretexto de que “las tradiciones” locales habían sido violadas.¹⁰⁶ Tradiciones simila-

¹⁰³ Beaupré al secretario de Estado, Habana, 11 de junio de 1912. USNA, RG 59/837.00/765; Beaupré al secretario de Estado, Habana, 10 de junio de 1912. USNA, RG 59/837.00/735.

¹⁰⁴ Masdeu: *La raza triste*, 228.

¹⁰⁵ “Expansion Introduces Race Prejudice”, *Illinois Record* (18 de febrero de 1899), citado en Marks: *The Black Press*, 98; Pepper: *To-Morrow in Cuba*, 143; “Out of Cuban Racial Troubles May Grow Political Party”, *Tampa Tribune* (31 de enero de 1910). Agradezco a Gary Mormino por compartir esta referencia conmigo.

¹⁰⁶ “Tómense medidas”, *La Prensa* (30 de noviembre de 1915); “Grave incidente en el parque de Cienfuegos”, *El Mundo* (26 de marzo de 1916); “Incidentes enojosos” y “Problema cubano”, *La Prensa* (29 de marzo y 20 de junio de 1916).

res se invocaron en 1925 con motivo de enfrentamientos raciales en el Parque Vidal de Santa Clara. Como en ocasiones anteriores, la prensa culpó a los negros por la violencia. “El hombre de color que vive en las sociedades civilizadas —declaró *La Discusión*— no debe perder nunca de vista la noción exacta de la posición social que ocupa, plegándose sin enojo a las fórmulas que la sociedad ha sancionado”.¹⁰⁷

Estos eventos demuestran que los afrocubanos no se sometieron fácilmente a las costumbres racistas. La definición de secciones para blancos, en parques del centro de los pueblos, era tanto un acto de control blanco sobre los espacios, como sobre los símbolos del Estado. Lo “céntrico” de estas plazas no era solo una cuestión de trazado físico: eran espacios cívicos rodeados por los edificios institucionales más importantes de la localidad. La creación de secciones solo para blancos en los parques era tanto un acto de resistencia contra las incursiones de los afrocubanos en la política, como un evidente recordatorio de que la verdadera integración racial continuaba siendo un escurridizo sueño. Estos parques reflejaban y reproducían la difícil coexistencia de fuerzas para la exclusión e inclusión racial de la sociedad en general.¹⁰⁸

La reacción de los líderes negros en Santa Clara demuestra que algunas de estas prácticas segregacionistas estaban arraigadas —llamadas “tradiciones”— y no podían ser transformadas sin la confrontación racial. Gracias a la iniciativa del afrocubano Isaac Pérez, presidente del Ayuntamiento de la ciudad, representantes de las sociedades Bella Unión y Gran Maceo, se reunieron con miembros de la clase media negra local, que incluía a hombres de negocios y profesionales, para definir la situación. Lo que propusieron estos “elementos representativos de la clase de color” fue “mantener a todo trance la confraternidad [racial]... manteniendo al mismo tiempo la tradición existente sobre el parque Vidal”.¹⁰⁹ El orden sería mantenido consagrando una tradición racista; decisión que las autoridades locales blancas calificaron como un acto de “patriotismo”.

Aunque esta tradición no representaba las “tradiciones revolucionarias” invocadas con anterioridad para crear un orden político incluyente,

¹⁰⁷ “Report Fighting in City of Santa Clara”, *Havana Post* (19 de enero de 1925); “El problema racial en Santa Clara” y “El conflicto racial se ha agravado en la capital de las Villas”, *La Lucha* (12 y 19 de enero de 1925); “Más cordura”, *La Discusión* (19 de enero de 1925).

¹⁰⁸ Sobre la compleja naturaleza de las áreas urbanas como lugares de disputas cívicas, ver Brown and Kimball: “Mapping the Terrain”, 296-346.

¹⁰⁹ “La sociedad villaclareña en un gesto hidalgo”, *La Discusión* (22 de enero de 1925); “El cisma racial de Santa Clara va a tener patriótica solución”, *La Lucha* (22 de enero de 1925).

el ideal de una república igualitaria no estaba muerto por completo. Los negros que entraron en las áreas para blancos eran símbolos vivos de esto. La legitimidad de este ideal también fue demostrada por el movimiento interracial de protesta generado por el acuerdo local. Las protestas provenían de los residentes negros en Santa Clara, de funcionarios negros y figuras públicas en otros sitios, de los estudiantes afrocubanos de la Universidad Nacional, del club Atenas y otras organizaciones. En una carta pública al gobernador de Las Villas, el representante negro Marcelino Garriga se refirió al acuerdo como “insultante” y a sus participantes como “cobardes”. Los estudiantes universitarios negros lo llamaron “degradante”, mientras el club Atenas denominó la tradición “humillante”.¹¹⁰ Algunos veteranos blancos se unieron a la campaña y, con el lenguaje de la fraternidad racial, llamaron a “la igualdad absoluta, sin límites, para todos los cubanos”. El movimiento estudiantil radical emergente también condenó estos sucesos. El líder comunista blanco Julio Antonio Mella llamó a los negros a tomar la justicia por sus propias manos y afirmó que la fraternidad racial no era posible sin la igualdad. “La justicia” —expresó— tenía que ser “conquistada”.¹¹¹

El gobierno nacional reaccionó ante estos sucesos y a la ola de protestas contra el acuerdo “cordial” creado por las autoridades locales de dos maneras diferentes. Primero, para prevenir la violencia, el gobierno envió a un supervisor militar a la ciudad. Un mes después de los sucesos, el Parque Vidal continuaba ocupado por el ejército, y las tensiones entre negros y blancos eran reportadas como altas. Segundo, la respuesta de la Secretaría del Interior a las autoridades locales de Santa Clara fue inequívoca: el acuerdo no podía ser implementado, pues la Constitución declaraba con claridad que todos los cubanos eran iguales ante la ley. Cualquiera, sin tener en cuenta la raza, podía usar los espacios “públicos”.¹¹² Bajo presión, el Estado cubano no tenía otra opción que apoyar públicamente la validez del mito nacional de la democracia racial, sancionado por la Constitución.

¹¹⁰ “Protestan diversos elementos”, “Patrióticas declaraciones del comandante Sandó” y “Repercuten en Pinar del Río los sucesos de Santa Clara”, *La Lucha* (24 de enero, 2 y 3 de febrero de 1925); “La agitación racial en la República” y “El representante Garriga”, *La Discusión* (24 de enero y 8 de febrero de 1925); “Regret Race Clash”, *Havana Post* (22 de enero de 1925).

¹¹¹ “Los sucesos en el parque de Santa Clara” y “Carta del coronel Carvison”, *La Lucha* (28 de enero y 3 de febrero de 1925); Mella: “Los cazadores de negros resucitan en Santa Clara”, *Juventud* 2:11 (marzo de 1925), 5-6, reproducido en Mella: *Documentos y artículos*, 165-167.

¹¹² “Se teme un nuevo choque racista”, *La Discusión* (7 de febrero de 1925); “No pueden negarse a unos elementos derechos que se reconocen a otros”, *La Lucha* (23 de enero de 1925).

Pero como demuestran los ejemplos anteriores, la Constitución por sí sola no garantizaba la participación plena de los negros en la vida nacional. Esto sí se lograba con la movilización y las presiones políticas. Los afrocubanos comprendieron que la influencia política era crucial para ser miembros efectivos de la nación; pero cualquier intento real o imaginario de organización creaba rápidamente imputaciones de que los negros se preparaban para vengar la matanza de 1912, e iniciar una nueva guerra racial. Estos rumores de conspiraciones negras buscaban minimizar los beneficios que los negros podían recibir de su participación en la política y mantener viva la represión racial. De hecho, estas supuestas conspiraciones eran reportadas siempre durante los períodos electorales.

El primero de estos rumores circuló en 1913, después de la derrota electoral de los liberales. En Cienfuegos, el Partido Liberal estaba cooperando supuestamente con los anteriores líderes del PIC e “incitaban a los negros” a sublevarse. En Santiago se dijo que Mauricio Monier, autotitulado “General de Brigada del Ejército de Reivindicación”, envió un telegrama a las autoridades norteamericanas anunciando que una nueva revuelta negra estaba a punto de comenzar. Al mismo tiempo, otro rumor afirmaba que el representante liberal negro Hermenegildo Ponvert conducía un grupo de 30 hombres armados hacia el pueblo de Ariza, en Las Villas, donde tendría lugar una nueva elección parcial que involucraba su propio nombramiento. Con posterioridad se conoció que Ponvert solo había dejado Santa Clara para ir a La Habana.¹¹³

En 1915 surgieron de nuevo sospechas de conspiraciones negras, antes de las elecciones generales de 1916, cuando el club político Amigos del Pueblo se organizó en Oriente, bajo la dirección de antiguos miembros del PIC. Según informes de prensa, en una reunión del club celebrada en la casa de Eugenio Lacoste, diferentes oradores afirmaron que una nueva revuelta estaba en camino y que los negros ahora estaban mejor preparados que en 1912.¹¹⁴ Rumores de que los afrocubanos preparaban un movimiento armado fueron reportados también en Las Villas, Guantánamo, Jatibonico e incluso en La Habana, donde la supuesta conspiración fue vinculada a las aspiraciones políticas de Juan Gualberto Gómez. En el suburbio de Regla,

¹¹³ Beaupré al secretario de Estado, Habana, 15 y 17 de enero de 1913. USNA, RG 59/837.00/ 969, 971.

¹¹⁴ “Se aproxima una nueva revolución racista” y “El racismo en Oriente”, *La Lucha* (11 y 14 de septiembre de 1915); “¿Se conspira o no se conspira?” *La Prensa* (28 de septiembre de 1915).

en La Habana, un negro apenas escapó del linchamiento después de haber declarado que en esta ocasión los muertos serían blancos.¹¹⁵

La creación del Club Amigos del Pueblo parece fue un movimiento político para agradecer al presidente Menocal por la amnistía y la liberación final de los independientes ese mismo año. A Menocal lo nombraron presidente honorario de la organización, y uno de los líderes del club, Isidoro Santos Carrero, declaró públicamente que “aparte del general Menocal”, ellos no tenían “compromiso” político con ningún candidato.¹¹⁶ Lacoste y los Amigos se presentaban como “ni liberales, ni conservadores”, y así trataban de garantizar su participación en el proceso de nominaciones y distribución de empleos en Oriente. En otras palabras, ellos esperaban usar su supuesto o real control del voto afrocubano para negociar con los candidatos contendientes. El propio Lacoste recibía un salario mensual como “agente electoral”, gracias a su influencia sobre los votantes negros en la región de Guantánamo. De ahí la apreciación del periodista mulato Vasconcelos: “En todo esto no hay más que política, no hay más que negocio por parte de señalados personajes que explotan al negro como factor electoral”. Vasconcelos se refirió al “racismo” —es decir, a la propaganda racial— como “un gancho político”, un “banderín de enganche como cualquiera otro” que garantizaba a un candidato cierta cuota del voto negro.¹¹⁷

Circularon de nuevo rumores de una “revolución negra o insurrección”, en 1919, antes de las elecciones generales de 1920. Estas inquietudes fueron expresadas por los dueños de propiedades en Oriente, temerosos que con el repliegue de las tropas norteamericanas de la región, las nuevas elecciones degenerarían en violencia. Solo en La Habana estos rumores se vincularon a la posible creación de un grupo político negro —un nuevo “partido llamado El Buen Camino”— que según fuentes policíacas se organizaba en la barriada de El Cerro.

¹¹⁵ “Manejos misteriosos de los racistas” y “Los racistas siguen despertando sospechas”, *La Prensa* (29 de septiembre y 2 de octubre de 1915); “¿El centro de la conspiración racista está en la capital de la República?” y “Frasas hirientes del negro *Totó*”, *La Lucha* (12 y 14 de septiembre de 1915); “Regla Mayoer Fears Negroes”, *Havana Post* (16 de septiembre de 1915).

¹¹⁶ “La opinión del gobierno sobre el racismo”, *La Prensa* (30 de septiembre de 1915); “El parálítico Lacoste”, *La Lucha* (16 de septiembre de 1915); “Negroes Loyal To Government”, *Havana Post* (17 de septiembre de 1915); “De Guantánamo”, *La Prensa* (12 de noviembre de 1915).

¹¹⁷ Tristán: “Lo de Oriente”, *La Prensa* (14 de septiembre de 1915); “Nuestro criterio. Juegos peligrosos”, *La Prensa* (10 de noviembre de 1915). Ver también Helg: *Our Rightful Share*, 240.

No existe otra evidencia que indique que fuera realmente creado este partido.¹¹⁸

Estos rumores de conspiraciones fueron concebidos precisamente porque los afrocubanos seguían siendo un factor importante en la política republicana, pues en 1912 no privaron a los negros de los derechos electorales, y su voto no podía ser ignorado. La revuelta apenas finalizó cuando los liberales y los conservadores comenzaron a maniobrar de nuevo para atraer a los votantes negros a sus filas. Incluso algunos de los protagonistas más notables de la represión adoptaron un tono conciliatorio hacia estos. Por ejemplo, tan pronto como en julio de 1912, el general Monteagudo declaró que no tenía duda alguna sobre la lealtad y el patriotismo de los soldados negros quienes —afirmó— representaban el 40 % del ejército. Al mismo tiempo, el club elitista San Carlos, de Santiago de Cuba, canceló un baile para honrar a Monteagudo y a su personal porque la noche anterior habían participado en una función social organizada por Luz de Oriente, una de las principales sociedades “de color” en la ciudad.¹¹⁹

Algunas voces protestaron contra la represión y defendieron la anulación de la Ley Morúa, considerada frecuentemente como la causa fundamental de la revuelta de los independientes. El presidente del Consejo de Veteranos declaró a finales de junio de 1912, que las tropas gubernamentales lo que hacían en Oriente era “cazar” a personas que, aunque equivocadas en sus acciones, eran cubanos. Otro veterano blanco declaró que la situación era peligrosa porque los blancos estaban fuera de control, no los negros, pues la mayoría de estos estaban escondidos por miedo a la represión. Juan Gualberto Gómez denunció públicamente la “crueldad innecesaria y excesiva” con que la revuelta de los independientes fue reprimida; mientras el representante conservador blanco Bartolomé Sagaró, de Oriente, condenó ante el Congreso lo que calificó de “acciones sangrientas” del ejército, y culpó a los partidos políticos por su “silencio censurable” durante la represión.¹²⁰

¹¹⁸ Andrew de Graux: Report on Trip Through the Island, Havana, 30 de agosto de 1919. USNA, RG 59/837.00/1573; “Llamamiento a los hombres de color”, *La Lucha* (5 de julio de 1919).

¹¹⁹ “Monteagudo” y “Hablando con Monteagudo”, *La Lucha* (17 y 21 de julio de 1912).

¹²⁰ “Habla el general Rego”, “Entrevista con Núñez” y Antonio Escobar: “Los culpables liberales”, *La Lucha* (26 y 30 de junio, 20 de julio de 1912); Gómez: “A nuestro pueblo”, *Diario de la Marina* (2 de diciembre de 1928); Cuba, Cámara, *Diario de Sesiones* 19 (30 de abril de 1913), 21-22.

El silencio, sin embargo, no duró mucho tiempo. Tanto los liberales como los conservadores buscaron desvincularse de la represión y reconstruir su imagen como partidarios y amigos de la “raza de color”, y apoyaron la amnistía de los miembros del PIC. El propio presidente Gómez recomendó, en septiembre de 1912, la amnistía de aproximadamente 1 000 detenidos. La avidez de ambos partidos por exonerar a los independientes —refirió una fuente diplomática americana— era solo “un movimiento para conciliar el voto del negro”.¹²¹

Los sucesos de 1912 se utilizaron como un tema de propaganda política para buscar el voto negro. Al igual que la oposición atacó a Estrada Palma por excluir a los políticos afrocubanos de las ceremonias oficiales en 1905, la represión racista fue utilizada como una herramienta política contra Gómez. En la campaña electoral de 1912 —pocos meses después de la sublevación del PIC— los conservadores presentaron a su candidato como el único que podía “restaurar la patria de todos, y para todos”, una alusión apenas disimulada a la contienda racial que tuvo lugar bajo el gobierno liberal.¹²² También se publicaron ataques más explícitos. De hecho, José Miguel Gómez fue culpado por “la guerra racial sangrienta” que dividió a negros y blancos y puso en juego “la independencia nacional”. La prensa opositora representó al Partido Liberal como un buitres que devoraba el alma cubana, el asesino de la república. Esta imagen se refería a su corrupto manejo del tesoro público, por una parte, y a su incapacidad de prevenir los problemas raciales y la intervención americana en los asuntos cubanos, por otra.¹²³

La represión de 1912 fue denunciada de forma contundente en las campañas electorales de 1916 y 1920 (véase figuras 4, 5 y 6). La competencia política aumentó en 1920 porque el Partido Liberal se fraccionó una vez más, según las aspiraciones presidenciales de sus dos líderes principales: Zayas y Gómez. Cuando el último obtuvo la nominación oficial del partido, Zayas —con el apoyo acostumbrado de Juan Gualberto Gómez— creó el Partido Popular (PP) y, en alianza con sus anteriores adversarios, los conservadores, formó la Liga Nacional. Como vicepresidente de la primera administración liberal, Zayas necesitaba distanciarse de la represión de 1912, tanto como le fuera posible. Para

¹²¹ Gibson al secretario de Estado, Habana, 21 de septiembre de 1912. USNA, RG 59/837.00/924.

¹²² “Campaña presidencial”, “El Club Morúa Delgado” y “El recorrido triunfal de Menocal y Asbert”, *La Lucha* (10 de mayo, 24 de julio y 23 de septiembre de 1912).

¹²³ “¡Pobre Cuba!”, “Descomposición” y “¡Ah, José Miguel!”, *La Lucha* (23 y 24 de septiembre y 19 de octubre de 1912).



Figura 4. Estenoz sale de su tumba para acusar a Gómez. Publicado en La Política Cómica, el 10 de octubre de 1916 (Biblioteca Nacional José Martí).



Figura 5. El presidente Gómez es representado como un ave de rapiña, en la cima de un Pico Turquino formado por cráneos de las víctima de 1912. Publicado en La Política Cómica, el 15 de octubre de 1916 (Biblioteca Nacional José Martí).

LA POLÍTICA CÓMICA

SEMANARIO SATIRICO ILUSTRADO.—ORGANO OFICIAL DE LIBORIO

Director Propietario: TORRIENTE

REGISTRADO EN CORREOS COMO CORRESPONDENCIA DE SEGUNDA CLASE Y ACCOIDO A LA FRANQUICIA POSTAL

Oficinas, Amistad 75,
Teléfono A-2228.

Año XI.—Núm. 566.
Havana, domingo 15 de Octubre de 1916.

Cinco centavos.

RECUERDO DE UNA "CACERIA" 1912

MATANDO "TOTIS"

Este ilustre cazador
que veis aquí retratado,
su escopeta ha disparado
a la raza de color.
Y tal estrago causó
en la oriental sitieria,
que más de seis mil tumbó
con su mortal puntería.



Figura 6. Primera página de La Política Cómica, en la que el presidente Gómez aparece como un cazador, con las cabezas de Estenoz e Ivonnet. Publicado el 15 de octubre de 1916 (Biblioteca Nacional José Martí).

conseguir esto, la responsabilidad completa por los sucesos tenía que recaer en José Miguel Gómez.

La prensa zayista presentó a Gómez como el enemigo más grande de los afrocubanos —el “carnicero” y “el asesino de una raza noble”.¹²⁴ Los zayistas afirmaron que, en 1912, el presidente Gómez ordenó al general Chucho Monteagudo “barrer a todos los negros sin compasión”. En Santiago se distribuyeron hojas impresas con la fotografía del cuerpo de Estenoz bajo el siguiente título: “Por qué los negros no pueden ser Miguelistas”. En Las Villas circuló un tabloide con una caricatura de Gómez rodeado por las tumbas de los independientes.¹²⁵

Sintomáticamente, el 1.º de noviembre —día de las elecciones—, el periódico zayista *La Opinión* incluyó en su primera página los titulares siguientes: “Raza de color, acuérdate de la gran matanza de mayo” y “El eterno demagogo, el que ametralló a la raza de color en Oriente recibirá el tremendo castigo a que se hizo acreedor por sus crímenes”.

Se publicaron por electores negros manifiestos que convocaban a la raza de color a oponerse al candidato liberal en Matanzas, Guantánamo, Santa Clara, y otras ciudades. En Guantánamo, el club afrocubano Moncada cerró sus puertas cuando Gómez recorrió la ciudad. Similares acciones se llevaron a cabo, según la prensa zayista, por las sociedades “de color” en Camagüey, Santa Clara y Sagua la Grande.¹²⁶ En La Habana, un grupo organizó la Vanguardia Nacional Popular con el propósito de agrupar a todos los opositores de Gómez, sin tomar

¹²⁴ Ver los siguientes artículos, todos publicados en *La Opinión*: “Por qué José Miguel no puede ser presidente” (3 de febrero de 1920), “José Miguel por el campo de sus hazañas racistas” (7 de agosto de 1920), “La bárbara carnicería de mayo y la raza de color” (27 de octubre de 1920). El tema también figura en *La Lucha*: “Editorial. Frente al desorden” (26 de noviembre de 1919), “La cordialidad de José Miguel” (1 de febrero de 1920), “El general José Miguel Gómez encarna, a pesar de negarlo, una política de exclusivismos y rencores” (6 de septiembre de 1920).

¹²⁵ “La mancha negra”, “Chucho, barre con todos los negros” y “Los negros de Cuba son unos salvajes”, todos en *La Opinión* (13 de febrero y 25 de octubre de 1920, 5 de febrero de 1921); Harold D. Clumto Boaz Long, Santiago de Cuba, 1 de octubre de 1920 y Long al secretario de Estado, Habana, 8 de octubre de 1920. USNA, RG 59/ 837.00/1808, 1802; “Una hoja suelta”, *La Opinión* (17 de febrero de 1920).

¹²⁶ Ver lo siguiente, publicado en *La Opinión*: José A. Beltrán: “Viene Tiburón” (13 de agosto de 1920); “Manifiesto cívico a los hombres de color de Matanzas” (26 de octubre de 1920); “La raza de color de las Villas” (17 de febrero de 1921); “El gesto hermoso, digno y patriótico del Club Moncada” (9 de agosto de 1920).

en cuenta su afiliación política. Aunque esta organización era llamada Directorio Popular de la Raza de Color, sus líderes negaron cualquier denominación racial y declararon que ellos se oponían a Gómez porque su presidencia sería peligrosa para la nación como un todo. Sin embargo, los líderes principales de la Vanguardia eran todos negros: el exindependiente Pantaleón Julián Valdés, el notario público Oscar Edreira, Francisco Barada y Jacinto Poey, un delegado a la convención municipal del Partido Popular en La Habana.¹²⁷

La utilización de 1912 con fines electorales permitió que emergiera una nueva interpretación de estos acontecimientos. Al calor de las campañas, la nueva visión encontró un espacio privilegiado en la prensa y en el análisis político nacional. En 1912, el PIC y sus líderes fueron presentados como una amenaza a la nación y a la armonía racial de Cuba. En 1920, el énfasis cambió hacia la represión. En lugar de ser el salvador de la república, a Gómez se le culpó por la masacre despiadada de miles de afrocubanos. En el proceso, el que había sido “patriota” se convirtió en “carnicero”, y la defensa de la integridad nacional, en una matanza. El supuesto heroísmo y eficiencia de los generales de Gómez, alabada al inicio por los políticos y la prensa casi unánimemente, se transformó en “asesinatos” y “crueldad”.

En esta reconstrucción de los hechos de 1912, hasta el significado mismo del término “racismo” fue cuestionado. Los intentos de los independientes de formar una organización separada fueron catalogados como “racistas”, pero 8 años después dicha caracterización fue cuestionada abiertamente. Un colaborador negro de *La Opinión* lo expuso con claridad: aquellos que llamaban “racistas” a los independientes estaban intentando cubrir sus propios “asesinatos” y “cobardía”. El “racista” verdadero era Gómez, que deseaba blanquear a Cuba con la aniquilación de la raza de color. “Sí, *Tiburón* [apodo de Gómez] es un racista”, decía el titular de uno de los artículos publicado durante la campaña de 1920. Otro artículo se refirió a 1912 como “la mal llamada guerra racista”. Al mismo tiempo, la imagen de algunos de los líderes independientes, inicialmente considerados como “racistas”, fue reevaluada. Cuando en agosto de 1920 Gómez visitó Oriente, la prensa opositora aseguró que la memoria del “asesinado” general Pedro Ivonnet seguía viva en la provincia. En 1912, Ivonnet fue caracterizado como un salvaje africano que intentaba establecer una

¹²⁷ “Los elementos de color” y “Ha quedado constituido el Directorio”, *La Opinión* (27 de febrero y 3 de marzo de 1920); “Una organización” y “Extiende su organización política en la República la agrupación anti-Miguelista”, *La Lucha* (3 y 15 de marzo de 1920).

república negra en Cuba. En 1920, se le describía como un “soldado valiente por la independencia”.¹²⁸

Los liberales, acosados, respondieron a estas acusaciones con sus propias imputaciones. La prensa liberal alegó que los conservadores eran, de hecho, los que habían demandado “el exterminio de los negros”, con la represión a los ciudadanos inocentes. También acusaron a Freyre de Andrade —quien asumió la defensa de los líderes del PIC en 1910— de instigar la “guerra racista” y recordaron a los votantes afrocubanos que Menocal se ofreció para “ahogar en sangre” la revuelta del PIC. Mientras, el candidato Gómez prometió fomentar la paz y un “olvido patriótico” sobre “los sucesos del pasado, los cuales no deben repetirse”.¹²⁹

Es difícil determinar la importancia de esta campaña y del recuerdo de 1912 en las derrotas electorales de los liberales en 1912, 1916 y 1920. Años después, un observador norteamericano aseguraba que Gómez jamás ganaría de nuevo una elección debido a la “pérdida” del voto negro después de la represión del PIC. Esta afirmación parece ser real, aunque el hecho de que sus opositores utilizaran constantemente el problema racial para desacreditarlo, sugiere que Gómez continuó teniendo algún respaldo entre los afrocubanos.¹³⁰

Los liberales perdieron en Oriente, la provincia de mayor población afrocubana; esto es un índice de que la represión tuvo un alto costo político. En las elecciones generales de 1912, el Partido Conservador ganó la provincia, revirtiendo el triunfo liberal de 1908.¹³¹ En 1920, los liberales perdieron en todas las municipalidades de la provincia en las cuales los afrocubanos representaban más del 50 % de la población, con la sola excepción de Palma Soriano. Zayas y su Partido Popular —descritos en un informe contemporáneo como “especialmente po-

¹²⁸ “¡Sí, Tiburón es un racista!”, *La Opinión* (15 de febrero de 1921); “La raza de color”, Francisco Duany Méndez: “A un Miguelista que escribe insolencia de ‘Macua’” y “El asombro de Tiburón”, *La Opinión* (17 de febrero, 4 de marzo y 7 de agosto de 1920).

¹²⁹ “Innoble campaña conservadora”, *El Reconcentrado* (28 de agosto de 1912); “Los liberales en Matanzas”, *La Lucha* (21 de septiembre de 1912); “La voz de los racistas”, *El Herald de Cuba* (15 de septiembre de 1916); “General Gómez”, *Havana Post* (11 de septiembre de 1920).

¹³⁰ “Memorandum re: Racial Problem of Cuba”. Para opiniones sobre el apoyo afrocubano de Gómez, ver Mayor N. W. Campanole al Director de Inteligencia Militar, Habana, 28 de septiembre de 1920. USNA, RG 165/2657-Q; Beck, Office Memo, Havana, 15 de abril de 1920. USNA, RG 165/2056/196.

¹³¹ Holaday a Hugh Gibson, Santiago de Cuba, 17 de agosto de 1912. USNA, RG 59/837.00/920; “Las elecciones”, *La Lucha* (6 de noviembre de 1912).

pulares entre el elemento negro inculto en Oriente”— obtuvieron un quinto del voto total en las municipalidades con una mayoría negra. Cuando los liberales objetaron ante las autoridades norteamericanas la exactitud de los resultados, la provincia de Oriente fue excluida. En otras palabras, los liberales aceptaron la derrota en dicha provincia.¹³²

Los afrocubanos podrían haber ejercido presión en los partidos políticos con este ambiente, con el objetivo de aumentar su representación en los cargos públicos, pero la violencia armada y la manipulación abierta de las elecciones tendieron a minar la efectividad de su arma más importante: el sufragio. El triunfo de los conservadores en 1912 no era favorable: la dirección del partido expresó dudas acerca de la capacidad de los cubanos de clase baja para ejercer los derechos políticos de una manera responsable. En 1920, un delegado negro a la convención nacional del Partido Conservador protestó contra la renuencia del partido para nominar a los negros, e introdujo una moción formal a ese efecto.¹³³ Los incentivos para incorporar a los afrocubanos fueron particularmente bajos en 1916, cuando Menocal buscó ganar la reelección a través del fraude con el respaldo del ejército. Al mismo tiempo, el intento de los liberales por reconstruir su imagen como una fuerza política “responsable”, que podía proteger los intereses de las clases adineradas, también conspiró contra el ascenso de los negros a las posiciones de poder. Como expresó un periódico de la época: el liberalismo estaba intentando “aristocratizarse” y había perdido su fuerza original, la cual se basaba en los “humildes”.¹³⁴

En 1912, algunos políticos afrocubanos ingresaron al Congreso por primera vez, como los periodistas Primitivo Ramírez Ross (conservador) de Matanzas y Saturnino Escoto Carrión, un liberal zayista de La Habana; el abogado Miguel A. Céspedes, y Luis Valdés Carrero, nominados por el Partido Conservador en la capital. Otros políticos afrocubanos conocidos fueron reelectos o su término no había expirado. En este caso se encontraban Campos Marquetti, Manuel Delgado,

¹³² Williamson to Sumner Welles, Washington, 15 de noviembre de 1920. USNA, RG 59/837.00/ 1979. Los cálculos acerca de los resultados electorales en Oriente están basados en N. W. Campanole: “Report on Observations in 1920 Cuban Elections in Oriente Province”, Habana, 22 de noviembre de 1920. USNA, RG 165/2657-Q-54 y Cuba, *Censo 1919*, 410-411.

¹³³ White al secretario de Estado, Habana, 27 de agosto de 1920. USNA, RG 59/837.00/1747; “El día 23 postularán los conservadores”, *El Mundo* (12 de mayo de 1920).

¹³⁴ “El general Menocal y Labor Nueva”, *Labor Nueva* 1:1 (20 de febrero de 1916), 3; “La boleta liberal”, *La Prensa* (16 de septiembre de 1916).

Hermenegildo Ponvert y el general Agustín Cebreco, quien comenzaba su tercer período en el Congreso. Dos años después, Juan Gualberto Gómez fue elegido representante. Alrededor de 1915, aproximadamente 10 miembros del Congreso eran individuos clasificados como negros o mulatos. Su proporción declinó con relación a 1908, pero era aún superior a 1905.

La representación afrocubana en el Congreso bajó aún más después de 1916, cuando solo un puñado de candidatos negros fueron elegidos. En La Habana, Juan Gualberto Gómez se convirtió en miembro del Senado por la boleta liberal, pero Céspedes y Valdés Carrero fracasaron en su reelección a la Cámara. El otro candidato negro de la provincia, Juan Bell, también fue derrotado. La situación no era diferente en Matanzas. El periodista y escritor Ramírez Ross, uno de los editores de *Labor Nueva*, fue nominado, pero no obtuvo los votos necesarios para permanecer en el Congreso. Ramírez Ross fue el cuarto candidato conservador con más votos en la provincia, pero solo los 3 primeros (todos blancos) entraron en el Congreso. Tampoco tuvieron éxito los abogados Ramiro Cuesta, seguidor de José Miguel Gómez, y Juan Verdugo. Entre los 4 candidatos negros al consejo provincial solo uno, Aquilino Lombard Thondique, liberal, fue elegido. Dos años después, en las elecciones parciales de 1918, se convirtió en miembro de la Cámara de Representantes. También fracasaron los doctores José María Beltrán, de Pinar del Río, y Emilio Céspedes, de Camagüey, así como Hermenegildo Ponvert y el general Manuel Delgado de Las Villas.¹³⁵

Así, en 1916, el Congreso era una institución considerablemente más blanca. Esta situación no cambió mucho en 1920, cuando varias figuras públicas afrocubanas conocidas, como Campos Marquetti, Félix Ayón, o el general Delgado fueron de nuevo nominados, pero no obtuvieron los votos necesarios. En Oriente, varios políticos liberales negros protestaron porque fueron excluidos del proceso de nominación del partido. Blas Masó publicó una carta que demandaba una representación equilibrada de afrocubanos en cargos electorales; y Américo Portuondo creó un Directorio Popular dentro del partido “para defender los intereses de los liberales de color”. De nuevo la manipulación del proceso de nominación dentro del partido explica la relativa falta de éxito de los aspirantes afrocubanos. Un comentarista de Santiago explicaba que los negros no tenían los recursos financieros para “comprar” delegados

¹³⁵ “Charla semanal” *Labor Nueva* 1:33 y 34 (15 y 22 de octubre de 1916), 3; Alejandro E. Sorís: “En broma” y Tristán: “El sacrificio de Cataneo y Cuesta”, *La Prensa* (3 de abril y 29 de julio de 1916); Riera: *Cuba política*, 233-245.



Figura 7. El fantasma de Estenoz, que es comparado con Antonio Maceo, lleva a los votantes negros a las urnas durante las elecciones de 1916, para que voten por Menocal. En la pared cuelga un retrato de Ivonnet. Publicado en *La Política Cómica*, el 19 de noviembre de 1916 (Biblioteca Nacional José Martí).

a las asambleas municipales, y por eso no recibían el apoyo necesario a nivel provincial o nacional. La atención de los partidos políticos tradicionales a la composición racial de sus candidatos fue reemplazada por la corrupción y mercantilización de los procesos de nominación y de las elecciones.¹³⁶

Tanto los liberales como los conservadores intentaron ubicar al menos a los afrocubanos más prominentes en la administración pública o en las municipalidades y en los concejos provinciales. En 1916, por lo menos 5 de los candidatos para el consejo de La Habana eran negros. Los liberales llevaron a Idelfonso Morúa Contreras y Prisciliano Piedra a los concejos provinciales de La Habana y Matanzas en 1920. Los que

¹³⁶ Junta Provincial Electoral de Santa Clara: "Resultado del escrutinio provincial", en Long al secretario de Estado, 12 de noviembre de 1920. USNA, RG 59/837.00/1888; "El gobierno del general Gómez", *La Opinión* (18 de febrero de 1920).

fracasaron en las elecciones o incluso en el proceso de nominación, obtuvieron posiciones en la administración pública. Miguel Ángel Céspedes recibió un nombramiento como notario público después de perder en las elecciones de 1916; José Galvez, quien no fue nominado por el Partido Conservador, a pesar de su amistad con Menocal, obtuvo una posición como jefe de Departamento en el Ministerio de Obras Públicas. En Oriente, después de no ser nominado, Jonás Galán fue nombrado médico municipal de Alto Songo.¹³⁷ El historiador norteamericano Charles Chapman señaló en 1926 que los puestos públicos “para los negros” se concedieron “pródigamente” después de 1912, y el deber principal que tenían era “recibir su paga y obtener y garantizar un número de votos al jefe del partido”. Incluso algunos miembros prominentes del PIC se reincorporaron a la maquinaria política. Pantaleón Julián Valdés, quien había sido arrestado con otros miembros del PIC en 1910 y 1912, fue elegido al Buró de Educación de La Habana, con el apoyo del Partido Liberal. Rufino Pérez Landa se convirtió en miembro del Consejo Provincial de La Habana y fue nominado posteriormente al Congreso por los conservadores.¹³⁸

La corrupción del proceso electoral era solo uno de los numerosos síntomas que indicaban la quiebra de las instituciones republicanas. Durante la administración de Zayas, la corrupción y la malversación alcanzaron niveles sin precedentes. La industria azucarera se recuperó de la crisis de 1920, pero al precio de caer bajo el control casi total de los intereses financieros norteamericanos. Los bancos nacionales desaparecieron virtualmente. En la política, la interferencia mostrada por el embajador norteamericano Enoch H. Crowder en los asuntos gubernamentales era una humillación nacional. El descrédito de la clase política y de la generación de veteranos que controlaron los destinos de la república desde su creación era casi completo. Según Fernando Ortiz, el 20 % de los candidatos para cargos públicos en las elecciones de 1924 tenían antecedentes delictivos.¹³⁹

En este ambiente, la candidatura del general Gerardo Machado representó una esperanza de restaurar la credibilidad de las instituciones republicanas. La campaña del candidato liberal incluía una agenda populista que prometía extender la educación, mejorar la salud pública,

¹³⁷ “Gracias”, *Labor Nueva* 1:33 (15 de octubre de 1916), 4; Sorís: “En broma”; “Funcionario competente”, *La Opinión* (24 de septiembre de 1920).

¹³⁸ Chapman: *A History of the Cuban Republic*, 313; Orum: “The Politics of Color”, 259-260.

¹³⁹ Ortiz: *La decadencia*, 16. Acerca del período de Zayas, ver Pérez: *Cuba*, 229-248; Aguilar: “Cuba”, 48-50.

crear un código laboral y sanear la administración. Machado también prometió apoyar la mejoría económica, social y política de “la raza de color”, así como sus aspiraciones para ascender a posiciones gubernamentales que antes habían estado cerradas para ellos.¹⁴⁰ La credibilidad de la república no podía ser restaurada sin reconstruir el ideal de la fraternidad racial cubana.

“RECONQUISTANDO AL ELECTOR NEGRO”: MACHADO, 1925-1933

En mayor medida que la mayoría de sus predecesores, Machado cumplió sus promesas electorales. Varios políticos negros y mulatos alcanzaron poder y visibilidad con su administración. El general Manuel Delgado ocupó 3 importantes secretarías: Agricultura, Interior, y Comunicaciones. Manuel Capestany —abogado de Las Villas— fue nombrado subsecretario de Justicia. El periodista Ramón Vasconcelos y el doctor Raúl Navarrete fueron designados para el servicio exterior, que hasta ese momento era una rama de gobierno que estaba completamente cerrada a los afrocubanos, algo que los independientes habían denunciado en 1908. Otros recibieron posiciones prominentes en la administración pública, como Benjamín Muñoz Ginarte, nombrado jefe de Sección en la Secretaría de Agricultura y secretario de la delegación cubana a la Conferencia Panamericana de Agricultura e Industria Animal que tuvo lugar en Washington en 1929.¹⁴¹

Machado mencionó con frecuencia la fraternidad racial cubana en sus discursos; firmó una ley que declaró duelo nacional el 7 de diciembre, fecha de la muerte de Maceo, y le confirió a Juan Gualberto Gómez la condecoración más alta de Cuba: la Orden Carlos Manuel de Céspedes.¹⁴² En 1928, su gobierno se opuso a la creación del Ku Klux Klan en Camagüey

¹⁴⁰ Abelardo Pacheco y Vicente Ferrer Ortega: “La situación del elemento de color”, *Unión Nacionalista* (11 de septiembre de 1928); Benjamin: *The United States and Cuba*, 51.

¹⁴¹ Resúmenes de los esbozos biográficos de la mayoría de estas figuras aparecen en *Renovación* (20 de marzo de 1932). Ver también: “El Dr. Miguel Ángel Céspedes”, *Diario de la Marina* (6 de septiembre de 1928); Harry F. Guggenheim, General Conditions Report, Habana, 3 de enero de 1931. USNA, RG 84/800/494; Muñoz Ginarte: “Comentarios sin comentarios”, *Diario de la Marina* (15 de diciembre de 1929).

¹⁴² Machado: “Cuba os recibe con los brazos abiertos”, *El País* (13 de marzo de 1930); “Héroes y maestros. El siete de diciembre”, *Boletín Oficial del Club Atenas* 1:11 (20 de noviembre de 1930), 5; D’Ou: “Juan Gualberto Gómez”, *Diario de la Marina* (5 de mayo de 1929).

y ordenó su disolución.¹⁴³ Al mismo tiempo, la cantidad de afrocubanos en la legislatura aumentó. Los liberales llevaron al Congreso a Félix Ayón (La Habana), Lombard y Prisciliano Piedra (Matanzas), Capestany (Las Villas) y Américo Portuondo (Oriente). Carmelo Urquiaga y Eladio González fueron elegidos en la boleta de los populares, Garriga en la de los conservadores. Los candidatos sin éxitos incluían a Campos Marquetti, Vasconcelos y Justo Salas por los liberales, Escoto Carrión por los populares, y Pío Arturo Frías, Francisco Audivert y Jonás Galán por los conservadores.¹⁴⁴ Los negros permanecieron subrepresentados en las estructuras de poder, pero recobraron visibilidad política en el gobierno nacional; un analista político norteamericano afirmó que “el proceso de reconquistar al elector negro [...] no se logró hasta el régimen de Machado”.¹⁴⁵ (véase Figura 8).

La imagen de Machado como un presidente que simpatizaba con los afrocubanos se reforzó considerablemente gracias a un homenaje público masivo organizado por las llamadas sociedades de color en 1928. Fue agasajado como una demostración de agradecimiento de toda la “raza de color” por la designación de varios afrocubanos en cargos del gobierno. El acto fue organizado por los mismos beneficiarios de esas políticas: los políticos y la clase media negra. La idea de ofrecer una cena pública a Machado se propuso originalmente por Portuondo y Capestany, dos diputados liberales que también eran miembros del club Atenas. El comité organizador del evento lo encabezó Lombard, también representante a la Cámara y presidente de este club; Céspedes, su vicepresidente, hablaría durante la ceremonia. La organización completa del evento fue dirigida por el club Atenas, donde se manejaron las invitaciones y solicitudes para participar.¹⁴⁶

¹⁴³ “Investigating Ku Klux Klan”, “Ku Klux Klan Will Be Dissolved” y “Camagüey Klan Warning” *Havana Post* (2, 9, y 30 de septiembre de 1928); “La Ku Klux Klan de Camagüey”, *Unión Nacionalista* (10 de septiembre de 1928).

¹⁴⁴ H. Clark: “Membership of the Twelve Cuban Congress”, Habana, 17 de abril de 1925. USNA, RG 165/2657-Q-255; Riera: *Cuba política*, 323-328, 333-347; “Boleta muestra provincial, elecciones parciales 1926” (Habana, Camagüey y Oriente). USNA, RG 59/837.00/2616. Ver también: *Renovación* (20 de marzo de 1932) y la lista de candidatos publicada en *El Político* (13 de julio de 1930). Dado que no es posible identificar satisfactoriamente todos los miembros del Congreso, el número de afrocubanos en la legislatura era probablemente superior al que yo he indicado.

¹⁴⁵ “Memorandum re: Racial Problem of Cuba”. Ver también, Masdeu: “Cómo nos ven”, *Diario de la Marina* (14 de abril de 1929).

¹⁴⁶ “Política al día” y “Homenaje al presidente G. Machado”, *La Lucha* (19, 23 y 31 de agosto de 1928); “Hablaban la raza de color”, *Diario de la Marina* (6 de septiembre de 1928).

EN EL CIRCULO POLITICO



Figura 8: Participación de blancos y negros en la política, bajo el gobierno de Machado. Publicado en La Política Cómica el 2 de noviembre de 1930 (Biblioteca Nacional José Martí).

En cualquier caso, el homenaje fue un gran éxito. El 5 de septiembre de 1928, los representantes de 186 “sociedades de color” de toda la Isla se reunieron en el Teatro Nacional para rendir tributo al presidente, quien asistió con todo su gabinete, varios gobernadores provinciales y el jefe del ejército. En la mesa presidencial estaban Lombard y Delgado, el vicepresidente de la república, el alcalde de La Habana, el presidente del ayuntamiento y otros funcionarios del gobierno. Una ópera clásica ejecutada por músicos negros, con la estrella vocalista afro cubana Zoila Gálvez como solista, fue ejecutada para mostrar el éxito de los afro cubanos en “la conquista de la civilización”—como Céspedes declaró en su discurso—. Reclamando que la república “podía ser cordial, con todos, y para todos”, pidió al presidente que borrara “completamente” cualquier diferencia que pudiera “subsistir” en Cuba entre los negros y los blancos. “Ahora aspiramos —declaró Céspedes— a que nuestra igualdad ante la ley y en la política, la administración y el gobierno, no sea solo una fórmula legal”.¹⁴⁷

Al mismo tiempo que las llamadas sociedades de color honraban a Machado, sin embargo, la oposición a su gobierno crecía. Para extender su mandato sin acudir a la reelección, Machado ideó un cambio constitucional que establecía un término presidencial más largo. Esto lo hizo en el Congreso con el apoyo de la oposición conservadora tradicional. Sobre la base de que su programa de reforma nacional debía ser aceptado, Machado impuso la alianza de todos los partidos, en lo que se llamó “cooperativismo”, lo que permitió consolidar un régimen crecientemente autoritario. Pero su éxito era también el fracaso de la república. El cooperativismo era el indicador más visible de la incapacidad de los partidos tradicionales de modernizar las estructuras políticas del país y de dar un contenido concreto a la democracia republicana. El nacimiento del cooperativismo era la muerte de uno de los principios fundacionales de la república: el sufragio universal y su consecuencia más inmediata: la competencia política. Tal como afirma Pérez-Estable: “el nuevo orden señaló una ruptura en los patrones de la política cubana”.¹⁴⁸

La ruptura sucedió en diferentes niveles. En contraste con conflictos políticos anteriores, la oposición surgía ahora desde todos los

¹⁴⁷ “El homenaje de las sociedades de color”, *Diario de la Marina* (6 de septiembre de 1928); “Machado y las sociedades de color” y “Brillante homenaje”, *La Lucha* (5 y 6 de septiembre de 1928); Antonio Pardo Suárez: “Palpitaciones del momento”, *La Lucha* (7 de septiembre de 1928).

¹⁴⁸ Pérez-Estable: *The Cuban Revolution*, 39. La literatura acerca del machadato es muy amplia. Para estudios generales útiles, ver Soto: *La revolución del 33*; Aguilar: *Cuba 1933*; Tabares del Real: *La revolución del 33*.

rincones de la sociedad cubana, y amenazaba con convertir una trifulca política entre los grupos contendientes en una crisis social generalizada. Nuevos actores surgían en el escenario político nacional: los estudiantes universitarios demandaban la autonomía y organizaron el Directorio Estudiantil Universitario. Los profesionales urbanos y empleados de cuello blanco se agruparon en el ABC, sociedad basada en células clandestinas que respondía a la represión machadista con su propia violencia. Con el deterioro de las condiciones de vida, debido a la crisis azucarera de mediados de los años 20 y a la depresión de 1929, la clase obrera organizada en la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO), se hizo más radical y militante. El naciente Partido Comunista Cubano (PCC) ganaba en fuerza, organización y apoyo. En la clase política tradicional, una facción disidente se opuso al cooperativismo y creó, en 1928, el partido Unión Nacionalista. Como era costumbre en las luchas políticas, la Unión Nacionalista utilizó argumentos raciales contra Machado y sus seguidores. Los voceros del nuevo partido atacaron la idea de que los afrocubanos se habían beneficiado con Machado, criticaron al alcalde de La Habana, Miguel Mariano Gómez (hijo de José Miguel Gómez) y alegaron que en 1912, junto a su padre, pretendió el “exterminio” de todos los negros. El periódico oficial de Unión Nacionalista consagró una sección permanente a los afrocubanos, bajo el título “Los Problemas del Elemento de Color”. Una de esas columnas resumía sus críticas contra Machado: “Colectivamente, la raza de color cubana no tiene ningún motivo de gratitud especial hacia el actual presidente [...] Con una participación irrisoria en los cargos de la administración pública, cerradas las puertas de las oficinas de las empresas privadas a los elementos cultos, eliminados casi en absoluto los trabajadores de ambos sexos de las industrias en las grandes ciudades, ¿qué ha hecho el actual gobierno para amparar [...] y aliviar la situación de miseria de la raza de color?”¹⁴⁹

La política al uso, sin embargo, no resolvería la crisis republicana. Además, la propaganda de Unión Nacionalista hacia “la raza de color” ignoraba el hecho de que a finales de los años 20 la población afrocubana estaba dividida según su estatus económico y social. Mientras los intelectuales, profesionales y empleados afrocubanos —agrupados en el exclusivo club Atenas— honraban a Machado por ofrecer algunas oportunidades en la burocracia gubernamental, la mayoría de los obreros negros luchaban por sobrevivir en una economía cada vez más precaria,

¹⁴⁹ Abelardo Pacheco: “La situación del elemento de color”, *Unión Nacionalista* (7 y 10 de septiembre de 1928); “Miguel Mariano Gómez”, *El Político* (5 de diciembre de 1930).

que pronto entraría en depresión. Los obreros negros enfrentaban una situación de miseria, como decía la oposición, pero la miseria era de hecho compartida y afectaba a todos los obreros sin tener en cuenta su color.

La depresión, además, amenazaba con revertir las ventajas que los afrocubanos habían logrado en la estructura ocupacional. Aunque la raza desempeñó un papel significativo en el mercado de trabajo durante la primera república, los negros y mulatos realizaron avances significativos en el acceso a puestos de trabajo y sectores económicos que antes habían estado cerrados para ellos. Este “progreso” era expresión, en parte, de un punto de partida extraordinariamente bajo, pero era también reflejo de las oportunidades creadas en una república que pretendía ser racialmente fraterna y políticamente incluyente. Tales oportunidades, y la estratificación social generada por ellas, ayudan a explicar, en cambio, los limitados éxitos de la movilización autónoma afrocubana. La experiencia de vida de los afrocubanos estaba fuertemente afectada por la raza y la discriminación, pero el carácter y naturaleza de estas barreras diferían grandemente en relación con el estatus social del individuo. Para los obreros manuales negros, la raza era solo uno de los muchos factores que determinaban su posición subordinada en la sociedad.

3. El mercado de trabajo

“A los negros se les niega incluso el más elemental de todos los derechos ciudadanos, que es el trabajo”.

Pascual M. Vegueri: El negro en Cuba, 1955.

Aunque el paradigma nacionalista de una cubanidad incluyente y racialmente igualitaria se expresaba en lo fundamental en la arena política, para la mayoría de los afrocubanos, el significado de semejante paradigma era mucho más concreto. La república sería en realidad para todos solo si proporcionaba a negros y mulatos iguales oportunidades de empleo y ascenso en la economía cubana en expansión.

El ejercicio de los derechos políticos no garantizaba el poder económico, pero los dos estaban relacionados. Una práctica política incluyente proscibía de manera implícita las formas más extremas de segregación racial y reducía las barreras que de otra manera podían existir para que los negros obtuvieran trabajo, en particular en el creciente sector público. Al mismo tiempo, la intervención limitada del Estado en la economía durante la primera república, abrió espacios significativos para que la discriminación operara libre de obstáculos en el mercado laboral. Como en el caso del Parque Vidal de Santa Clara —citado antes—, el gobierno cubano a veces reaccionó contra la segregación y la exclusión, pero solo bajo gran presión y en lugares públicos. Los espacios privados, desde las fábricas hasta los clubes sociales, permanecían fuera de las regulaciones de un Estado, caracterizado por su mínima interferencia en la economía y en la sociedad. Cuando intervino, fue para consolidar y expandir las divisiones raciales y étnicas en el mercado laboral. Esto fue bien ejemplificado por las políticas de migración gubernamentales, inspiradas por los intereses

azucareros, interesados en obtener una gran fuerza de trabajo, barata y políticamente débil para la economía de exportación.¹

La inmigración buscaba abaratar los salarios no solo en el incremento de la mano de obra, sino también —quizás principalmente— en la creación de una fuerza laboral multiétnica y multinacional dividida por barreras lingüísticas, culturales y nacionales.² La presencia de inmigrantes en el mercado laboral era tan prominente que opacó las diferencias raciales entre los obreros nativos. De hecho, en los primeros años del siglo XX, “la raza” fue entendida con frecuencia como una línea que separaba a los obreros cubanos y extranjeros, más que a los obreros nativos según el color de su piel.³

INMIGRACIÓN

Como se explicó en el Capítulo 1, la política migratoria del Estado cubano se basaba en un presupuesto central: la proporción de negros en la población total era demasiada alta para que Cuba transitara con éxito a la modernidad. El censo de 1899 mostró esta realidad social. Pero el censo reveló otro hecho también desagradable: por primera vez durante todo el siglo XIX, la población total de la Isla decreció. Mientras los miembros de las élites culturales, y no azucarera, enfatizaban que había demasiados negros, la preocupación fundamental de los plantadores azucareros era que faltaban brazos para la zafra.

Los plantadores y otros empleadores se lamentaban de la situación del mercado laboral y de la “escasez” de mano de obra. Los intereses azucareros manifestaron que, debido a la situación, las zafras de 1900 y 1901 podían ser seriamente comprometidas, entre otras cosas, porque los obreros, “conscientes de las ventajas de su posición”, estaban resueltos a obtener salarios más altos. Al operar en un mercado con limitada oferta laboral, los patrones no podían imponer sus condicio-

¹ Para estudios sobre la inmigración a Cuba, ver Maluquer de Motes: *Nación e inmigración*; Naranjo Orovio: “Trabajo libre e inmigración española en Cuba: 1880-1930”, 749-794; Iglesias: “Características de la inmigración española en Cuba”, 270-295; Álvarez Estévez: *Azúcar e inmigración*; Pérez de la Riva: “Cuba y la migración antillana, 1900-1931”, 3-75.

² Para una introducción al tema en América Latina ver Andrews: “Black Workers in the Export Years”, 7-29; Godio: *Historia del movimiento obrero latinoamericano*, 47-50.

³ La historiografía cubana ha reconocido estas divisiones, pero ha prestado poca atención a sus efectos concretos. Para algunos ejemplos, ver Cabrera: *El movimiento obrero*, 37; Instituto de Historia: *Historia del movimiento obrero*, 1:179-180; Córdova: *Clase trabajadora*, 91-100.

nes y estaban obligados a negociar con los obreros. Los patrones se refirieron a la “desmoralización” de los trabajadores, a sus “exageradas pretensiones” acerca del pago y, en la mejor tradición esclavista, sugirieron que el establecimiento del trabajo forzado era la única solución viable.⁴

La inmigración blanca fue considerada como la solución a dos “peligros” diferentes, pero íntimamente vinculados: el peligro negro y el obrero. Como declaró el gobernador militar Wood: “La solución de los problemas *sociales* y *económicos* de la Isla de Cuba dependen principalmente de dotarla con una población de 8 o 10 millones de habitantes blancos”. Como lo reconocía él, esto podía lograrse solo si se estimulaba la inmigración blanca.⁵

Las soluciones a estos dos “peligros”, sin embargo, eran compatibles parcialmente. Aunque un flujo fijo permanente de inmigrantes blancos aumentaba el suministro de mano de obra y tenía el apoyo de los intereses azucareros y otros patrones, estos no estaban interesados en pagar los costos de traslado de los potenciales inmigrantes. Tampoco existían garantías alguna que ellos aceptarían empleos en los términos que los empleadores les ofrecerían. En especial en el sector azucarero, donde la demanda de fuerza de trabajo era estacional; el asentamiento de colonos con sus familias no era, en términos puramente económicos, la solución más deseable. Las compañías tendrían que proporcionar parcelas de tierra a sus obreros, y así disminuían sus propias reservas de tierra, además de ofrecer albergue y algunos servicios sanitarios a las familias de los obreros. Aun así, nada garantizaba que en época de zafra los colonos abandonarían sus parcelas para trabajar en el central, en especial por los salarios que las compañías pagaban. Era más barato disponer de un suministro ilimitado de obreros temporales durante la zafra cuyo mantenimiento durante el resto del año no fuera responsabilidad de la compañía.

En consecuencia, dos políticas alternativas migratorias surgieron como posibilidades. Con el “peligro” negro en mente, el Estado cubano favoreció la inmigración de “colonos”, solución que promovía la inmigración de familias europeas que “mejorarían” —es decir, “blanquearían”— la composición de la población nativa. Las compañías azucareras, en cambio, favorecieron la inmigración de obreros temporales —los

⁴ Atkins: *Sixty Years in Cuba*, 306; “Escasez de trabajadores”, *Diario de la Marina* (19 de junio de 1900, ed. tarde); “Invitación”, *La Unión Española* (8 de febrero de 1900, ed. tarde).

⁵ “Escasez de braceros”, *Diario de la Marina* (1 de enero de 1901, ed. mañana); Cuba, Gobernador Militar: *Civil Report...1901*, 5:75.

llamados braceros— y vieron en el Caribe una fuente inagotable de obreros ideales. En contraste con las autoridades cubanas, su principal preocupación era la relativa escasez de fuerza de trabajo.

Los esfuerzos de colonización del gobierno tuvieron poco éxito. Aunque las fuentes del gobierno cubano reportaron cerca de 800 000 entradas de España, entre 1902 y 1931, esta no era la inmigración familiar que las autoridades alentaban, pues era un movimiento de jóvenes varones solteros que venían durante varios meses a trabajar en la zafra. Las proporciones eran por lo general superiores a 4 hombres por cada mujer, y más del 80 % de todos los inmigrantes tenían entre los 14 y 45 años de edad.⁶ En 1911, el secretario de Agricultura reconoció el fracaso de la iniciativa colonizadora y lamentó que “mientras gran número de hombres españoles venían a Cuba durante el invierno [...] cada año [durante la zafra], era muy difícil inducir a las familias españolas a inmigrar”. El funcionario propuso que para garantizar la producción azucarera, tendría que permitirse la introducción de braceros antillanos.⁷

Esto era lo que los inversionistas azucareros habían demandado desde el gobierno de ocupación (1899-1902), por medio de varias organizaciones, como el Círculo de Hacendados, la Liga Agraria y Fomento de la Inmigración.

Los intereses azucareros ejercieron enormes presiones sobre el Estado cubano para que liberalizara y alentara la introducción de obreros extranjeros, y derogara todos los obstáculos legales que —basados en las leyes de inmigración de los Estados Unidos— impedían la importación de mano de obra contratada.

A mediados de la década de 1910, la expansión de la producción azucarera creó una demanda de fuerza laboral que ni los intentos de colonización emprendidos por el gobierno cubano, ni la inmigración anual de obreros estacionales de España e Islas Canarias cubrirían. La población cubana aumentó más del 30 % durante la primera década de la república; la producción de azúcar se multiplicó 6 veces durante el mismo período: de unas 300 000 toneladas en 1900 a más de 1 800 000 toneladas en 1910. Además, la expansión tuvo lugar, principalmente, en las provincias orientales donde la densidad de la población era más baja. Entre 1901 y 1913, la proporción de azúcar nacional producida en Camagüey y Oriente se duplicó del 15 % al 30 %. En términos de

⁶ Estas y otras estadísticas de inmigración están basadas en Cuba, Secretaría de Hacienda: *Inmigración y movimiento de pasajeros*, 1902-1931.

⁷ Jackson al secretario de Estado, Habana, 16 de enero y 27 de junio de 1911. USNA, RG 59/837.55/ 15 y 18.

trabajadores, esto implicaba que mientras la zafra de 1902 se realizó con 4 500 macheteros, ya en 1913 eran necesarios 21 000.⁸

Debido a la presión de las compañías azucareras, se permitió la importación de jornaleros. En 1913, un decreto presidencial autorizó a la United Fruit Company a introducir 1 000 antillanos. Cuatro años después, cuando Cuba participó en la Primera Guerra Mundial y la producción de azúcar se estimó como un asunto de seguridad nacional, el tráfico de antillanos se legalizó. Según fuentes fiscales cubanas, entre 1917 y 1931 entraron a la isla unos 300 000 haitianos, jamaicanos y otros obreros de la región caribeña para trabajar en las plantaciones de azúcar. Aunque se suponía que las compañías repatriarían a los obreros al terminar la zafra, muchos se quedaron. El gobierno cubano sacrificó el blanqueamiento por la producción de azúcar pues, como decía un refrán popular “sin azúcar no hay país”. A su vez, la aristocracia azucarera alegó que sin antillanos no había azúcar.

Esta inmigración solo se permitiría mientras durara la guerra; pero las compañías azucareras movilizaron sus inmensos recursos políticos cuando el suministro barato de obreros negros fue puesto en peligro por las autoridades extranjeras, el gobierno cubano, o ambos. Dos incidentes ejemplifican la capacidad de los intereses azucareros por garantizar, a pesar de las objeciones de amplios sectores de la población cubana y la resistencia del Estado, la importación de obreros haitianos. En el primer caso, a finales de 1918, el gobierno haitiano paralizó la emigración a Cuba y alegó que las condiciones sanitarias eran malas. Las autoridades cubanas reconocieron que había una epidemia de influenza, pero afirmaron que era “muy moderada”.

Las compañías azucareras y los diplomáticos norteamericanos en La Habana pidieron la intervención del Departamento de Estado de los Estados Unidos, pues alegaban que la prohibición podía “afectar seriamente” la zafra y que existía una “necesidad urgente” de macheteros. Sus esfuerzos se vieron pronto coronados por el éxito. El Departamento de Estado instruyó rápidamente a su embajada en Port-au-Prince “discutir de inmediato este asunto con el gobierno haitiano”, el cual levantó la prohibición el 15 de enero de 1919, cuando la zafra azucarera estaba a punto de empezar en Cuba.⁹

⁸ Para datos de la producción azucarera y la participación de las provincias orientales en el total nacional, ver Guerra: *Azúcar y población*, 227-230; Ayala: “Social and Economic Aspects of Sugar Production”, 95-124; Pérez de la Riva: “Cuba y la migración antillana”, 3-75, esp. 23-27.

⁹ González al secretario de Estado, Habana, 15 y 27 de noviembre de 1918. USNA, RG 59/838.5637/1; Morgan al secretario de Estado, Habana, 29 de

Una segunda prohibición ocurrió en 1928, en medio de una economía que declinaba y de una creciente oposición a la inmigración de antillanos. Según el embajador haitiano en La Habana, el presidente Louis Borno decretó la suspensión de la emigración a Cuba en respuesta a la “ofensiva” campaña emprendida por la prensa contra los haitianos y a una circular del servicio de inmigración que se refería a ellos como “razas inferiores”.¹⁰

Con su tradicional renuencia a autorizar la inmigración de obreros negros, la reacción del gobierno cubano fue tímida y lenta. El subsecretario de Estado informó a su embajada en La Habana que ellos estaban “satisfechos” con la prohibición, porque “Cuba sentía que ya tenía más que suficientes negros y no deseaba inmigrantes haitianos”. El presidente Machado había reiterado frecuentemente su oposición a esta inmigración “indeseable” y se sentía complacido de que esto se lograra por una acción adoptada por las autoridades haitianas, y no por las cubanas.¹¹

La posición de Machado fue apoyada por los intereses no azucareros, representados en la recién creada Comisión Nacional de Defensa Económica; pero las compañías azucareras no se sentían complacidas.¹² Tan pronto se anunció la prohibición, representantes de la poderosa Asociación de Hacendados visitaron al secretario de Agricultura, y le manifestaron que esta medida arruinaría la industria, no solo porque era imposible obtener suficiente mano de obra cubana, sino también porque los cortadores de caña nativos “no aceptarían el sueldo” que se pagaba a los haitianos. El gobierno no adoptó acción alguna para revertir esta política, aunque se refirió a la circular ofensiva del embajador haitiano en La Habana. Mientras, quienes montaron su propia ofensiva diplomática fueron las compañías azucareras, que al-

noviembre de 1918. USNA, RG 59/838.5637/2; Departamento de Estado a la Misión Americana, Washington, 14 de diciembre de 1918. USNA, RG 59/838.5637/2a.; Blanchard al secretario de Estado, Port-au-Prince, 31 de diciembre de 1918. USNA, RG 59/838.5637/3.

¹⁰ Russell al secretario de Estado, Port-au-Prince, 28 de octubre de 1927. USNA, RG 59/837.504/312; C. B. Curtis al secretario de Estado, Habana, 26 de julio de 1928. USNA, RG 59/837.5538/11; Gross al secretario de Estado, Port-au-Prince, 19 de julio de 1928. USNA, RG 59/838.5637/7.

¹¹ “Haitian Decree Reaches Cuban Dept. of State”, *Havana Post* (18 de agosto de 1928); Curtis al secretario de Estado, Habana, 11 de octubre y 2 de noviembre de 1928. USNA, RG 59/837.5538/15 y 17.

¹² “Zafra libre sin braceros antillanos”, *Heraldo de Cuba* (18 de agosto de 1928); Judah al secretario de Estado, Habana, 14 de abril de 1928 y 31 de mayo de 1929. USNA, RG 59/837.50/42 y 52.

canzaron acuerdos con el gobierno de Haití. La United Fruit Company, por ejemplo, obtuvo la autorización del presidente Borneo e importó 9 600 obreros haitianos para sus plantaciones en Oriente. Obviarían por completo a las autoridades cubanas de inmigración y entrarían al país por el puerto de Antilla, controlado por la United Fruit Company, y no por el de Santiago de Cuba, como era usual.¹³

Las compañías azucareras siguieron presionando al gobierno cubano para que autorizara la importación de braceros, pero el colapso de la economía azucarera por la gran depresión y el aumento del desempleo, detuvo la inmigración a principios de la década de 1930. Entre 1929 y 1933, los precios del azúcar bajaron un 60 %, la producción se derrumbó, y el período de zafra se redujo de 150 días a 70. Mientras en 1928, 14 353 haitianos llegaron a la Isla para trabajar en la zafra, en 1930 su número decreció a 5 126. Este fue el último año en que un contingente de obreros agrícolas antillanos entró legalmente a Cuba.

No solo eran innecesarios los nuevos inmigrantes, sino que resultaban demasiados los que vivían en Cuba. Debido al enorme peso del sector azucarero, su colapso significó también un colapso de la economía en general. En medio del creciente desempleo y la agitación social, los inmigrantes fueron considerados por el Estado, y por algunos sectores sociales, como un blanco visible para aliviar la situación de los obreros nativos. En 1934, se estimó que de 514 000 obreros agrícolas, solo 280 000 encontrarían empleo durante la zafra.¹⁴ De esta manera, incluso en el breve período de la zafra, el 45 % de la fuerza laboral agrícola se consideraba sobrante. Dado que la proporción significativa de la población económicamente activa era extranjera, su expulsión o repatriación fue defendida cada vez más como la única solución patriótica a la crisis laboral.

Los antillanos se convirtieron en el blanco preferido de semejante campaña. Aunque el proceso de “repatriación” comenzó en 1931, el fugaz gobierno populista de Ramón Grau San Martín (1933-1934) —nacido de la llamada revolución de 1933— fue el que adoptó las medidas más severas contra los inmigrantes e impulsó su repatriación. Un decreto presidencial del 18 de octubre de 1933 ordenó la repatriación forzosa de todos los extranjeros residentes, que no tuvieran empleos y carecieran de recursos. La orden abarcaba a todos los inmigrantes, sin tener en cuenta color o nacionalidad; pero fue aplicada casi exclusivamente a los

¹³ “Haitian Decree”; Horace J. Dickinson: “Importation of Haitian Labor Into the Antilla District”, Antilla, 24 de septiembre de 1928. USNA, RG 59/837.5538/14.

¹⁴ Foreign Policy Association: *Problems of the New Cuba*, 285.

antillanos, en especial a los haitianos.¹⁵ Los jamaicanos disfrutaban de una protección muy superior de las autoridades consulares británicas, que ocasionalmente se quejaban a los funcionarios sobre la manera en que los súbditos de la Corona eran tratados en la Isla.¹⁶

Los antillanos fueron los mayores afectados por este decreto, pero los inmigrantes españoles fueron el blanco principal del Decreto 2583 —“Ley Provisional de Nacionalización del Trabajo”—, aprobado por el presidente Grau el 8 de noviembre de 1933. Esta ley estableció que el 50 % de todas las ocupaciones tenía que ser desempeñado por obreros nativos, a quienes se les daba preferencia para la contratación. También, los extranjeros serían cesanteados antes que los nacionales. De esta manera, el mercado laboral se amplió para los trabajadores cubanos, con una acción política, “verdaderamente nacionalista”, que tendía a dividir el movimiento obrero a partir de criterios étnicos y a obtener el apoyo político de los desempleados nativos. A pesar de este nacionalismo destemplado, Grau declaró que la emigración española sería preferida nuevamente en tiempos mejores, pues estos eran “hermanos de raza, idioma, religión e ideas”. Para los obreros españoles esta “hermandad” significaba poco: la Ley del 50 % les arrebatava sus trabajos y muchos fueron obligados a emigrar o a naturalizarse para sobrevivir.¹⁷

Los efectos de estas políticas de migración y empleo se hicieron evidentes en 1943, cuando se realizó un nuevo censo. Comparado con 1931, había 100 069 menos españoles viviendo en el país, o sea, un decrecimiento del 40 %. Aunque esta cifra también incluía los fallecidos, no cabe dudas que varias decenas de miles de inmigrantes españoles abandonaron la Isla durante los años 30. Además, las cifras del censo de 1943 incluían a varios miles de españoles que entraron a Cuba como refugiados de guerra a principios de la década de 1940, de modo que la emigración real era, de hecho, superior.

¹⁵ Decreto no. 2232, 18 de octubre de 1933, en Pichardo: *Documentos*, 4:1, 78-82.

¹⁶ En 1924 esas demandas provocaron un escándalo internacional. Ver Cuba, Secretaría de Estado: *Documentos diplomáticos*. Ver también M. a Manuel Rionda, Habana, 25 de enero de 1924. BBC, RG 2, Series 10c, Box 58; “El gobierno está preocupado con la reclamación inglesa”, *La Discusión* (15 de enero de 1925).

¹⁷ Ley Provisional de Nacionalización del Trabajo, 8 de noviembre de 1933, en Pichardo: *Documentos*, 4:1, 98-100; “La Ley del 50 por 100 no quita trabajo”, *Alma Máter* (9 de diciembre de 1933). Para un análisis más detallado de los conflictos sociales relacionados a esta ley, ver el Capítulo 5.

La disminución antillana era aún mayor. Los 102 307 negros no nacidos en Cuba en 1931 se redujo a 40 091 en 1943; bajó más del 60 %. Evidencias escasas sugieren que algunos de los obreros deportados pudieron regresar antes de 1943, con la ayuda de los consorcios azucareros y de autoridades locales corruptas; tal vez el volumen real de repatriaciones fue mayor. Es muy probable que esta inmigración ilegal continuara en los años 40, pues en 1953, el número de haitianos y jamaicanos que vivían en la Isla no disminuyó en comparación con 1943. Una alternativa, por supuesto, es especular que en 1943 el número de antillanos fue subestimado masivamente. El embajador de Haití en La Habana aseguraba que aproximadamente 80 000 haitianos vivían en Cuba a inicios de la década del 40.¹⁸

La “cubanización” del mercado laboral también afectó la composición de la población en términos de la ciudadanía. En 1931, el 14 % de todo los blancos que vivían en la Isla nacidos en Cuba, eran considerados ciudadanos extranjeros. Estos eran principalmente los descendientes cubanos de inmigrantes españoles que mantuvieron la ciudadanía de sus padres. En 1943, su porcentaje disminuyó a un despreciable 0.1 %. Como el acceso al trabajo era cada vez más difícil para los ciudadanos extranjeros, muchos de estos “españoles” nacidos en Cuba se convirtieron en ciudadanos cubanos durante esa década. Además, la Constitución de 1940 ratificó el principio de *iussolis* y consideró cubano a cualquier persona nacida en la Isla. Hacia 1943, la proporción de extranjeros con relación a la población total resultó ser la más baja desde el inicio de la república; decrecerla aún más en el futuro. Cuba nunca abriría de nuevo sus puertas y podía ser considerada —como declaró un analista en 1955— cerrada a cualquier “inmigración importante”. Más bien, después de los años 40, siempre que las puertas se abrieron fue para permitir la emigración cubana, principalmente a los Estados Unidos.¹⁹

LAS “PRIMERAS VÍCTIMAS” DEL LATIFUNDIO

Los intereses azucareros extranjeros no solo tuvieron éxito en abrir las puertas del país a la inmigración de braceros, sino que tam-

¹⁸ El Agregado Naval, Memorandum para el embajador, Habana, 25 de febrero de 1941. USNA, RG 84/832; Pérez de la Riva: “La migración antillana”, 53; Ortiz: “En el solar de la prieta”, *Bohemia* (15 de mayo de 1949), 20-22, 88; Antoine Bervin: *Mission a la Havane*, 22.

¹⁹ Juan de Zengotita: “Cuba’s Manpower Resources”, Habana, 15 de junio de 1955. USNA, RG 59/837.06/6-1555.

bién consiguieron controlar una gran parte de las tierras productivas, así como otros recursos. En 1910, aproximadamente el 60 % de las propiedades rurales estaban bajo el control de compañías extranjeras. A mediados de la década del 20 llegaron a poseer del 15 % al 20 % del territorio nacional.²⁰

Los inversionistas norteamericanos fueron los principales beneficiarios de este proceso, que fue particularmente intenso en la provincia de Oriente, donde el número total de granjas decreció un 50 % entre 1899 y 1905. En algunas municipalidades, como San Luis y Alto Songo, el proceso de concentración de la tierra fue aún mayor, afectando del 70 % al 90 % de las granjas independientes.²¹

Este proceso afectó a todos los cubanos, pero fue particularmente dañino para los afrocubanos. Al menos en Oriente, existía una alta probabilidad de que cada acre adquirido por los inversionistas extranjeros o nacionales, y consagrado a la producción azucarera, representara un acre perdido para la agricultura de subsistencia de los afrocubanos. En 1899, los negros y mulatos controlaban, como dueños o arrendatarios, el 25 % del número total de granjas en la Isla; pero en Oriente la proporción era mucho más alta: el 43 %. Ellos controlaban el 48 % de la tierra consagrada a la producción de arroz en la provincia; 59 % de café; 61 % de cacao y 61 % de malanga. Un observador norteamericano comentó en 1899 que el negro cubano daba gran importancia a la posesión de la tierra. Algunas de las municipalidades del sudeste oriental, donde el proceso de desposesión de la tierra fue más intenso, tenían las proporciones más altas de afrocubanos en el total poblacional. La expansión azucarera también tuvo lugar en el norte de la provincia, pero la densidad de su población era significativamente más baja.²²

Los efectos a largo plazo de este proceso pueden resumirse en solo unas palabras: la proletarización del campesinado afrocubano, en particular en la región oriental del país. Entre 1899 y 1931 el control de estos disminuyó un 50 % en lo que se refiere al número de granjas y al total de tierras agrícolas (véase Tabla 1). En 1931, representaban aproximadamente el 28 % de la población total, pero controlaban solo el 8.5 % de las tierras agrícolas. Por eso, Ramiro Guerra declaró en 1929 que

²⁰ Pérez: *Cuba Under the Platt Amendment*, 71-72; Trelles: "La hacienda", 323-342.

²¹ Pérez: "Politics, Peasants, and the People of Color", 523 y *Cuba*, 195-199.

²² Departamento de Guerra de los EE. UU: *Report on the Census of Cuba, 1899*, 555-559; Pepper: *To-Morrow in Cuba*, 151; Hinton: "Cuban Reconstruction", 92-102. Sobre la expansión azucarera en el norte de Oriente ver también Zanetti y García: *United Fruit Company*, 53-79.

los negros fueron “las primeras víctimas” del latifundio azucarero. La proporción de propietarios negros y mulatos, sin embargo, permaneció estacionaria: los que perdieron sus tierras eran los llamados “arrendatarios”, quienes en muchos casos vivían y cultivaban en tierras públicas o de dudosa propiedad. Cuando el sociólogo Lowry Nelson realizó su estudio rural en Cuba en 1946, estimó que el 51 % de los obreros rurales negros eran trabajadores a sueldo, comparados con un 22 % de blancos. Nacionalmente, según el Censo de Agricultura Nacional (1946), los obreros asalariados representaban el 57 % de la fuerza obrera rural. En la región azucarera de Camagüey representaban un asombroso 77 %.²³

Tabla 1. *Distribución porcentual, propiedad de la tierra, según raza, 1899-1931*

	Número de fincas		Total tierra agrícola	
	1899	1931	1899	1931
BLANCOS				
Propietarios	75.3	88.4	84.0	91.5
Arrendatarios	24.0	37.1	33.3	45.6
	51.3	51.4	50.7	45.9
NEGROS				
Propietarios	24.7	11.6	16.0	8.5
Arrendatarios	5.3	5.1	3.7	4.4
	19.4	6.5	12.3	4.1

Nota: negros incluye a los mulatos.

Fuente: U. S., *War Department, Report 1899*, p. 555; Cuba, Censo 1931, *Tabla 37*.

También las oportunidades de empleo estaban restringidas en el campo para los obreros asalariados. En 1899, se estimaba que los negros representaban, aproximadamente, el 50 % de la fuerza de trabajo en las plantaciones de caña. Sin embargo, los patrones con frecuencia planteaban que ellos eran prácticamente inútiles en cualquier actividad productiva que no fuera el corte de caña. “Solo en el corte de caña puede destacarse el cubano, en especial el cubano negro. Este es un trabajo que él entiende y encuentra afín”. Otro observador coincidía con esta apreciación: “Es conocido que el negro no realiza adecuada-

²³ Ramiro Guerra: “Como nos ven”, *Diario de la Marina* (13 de enero de 1929); Nelson: *Rural Cuba*, 171; Cuba, Ministerio de Agricultura: *Memoria del Censo Agrícola*, 466-471.

mente el cultivo de frutales y la complejidad del cultivo del tabaco no le permite convertirse en un veguero exitoso, o granjero del tabaco. En los campos de caña es donde se destaca como trabajador”.²⁴

Debido a sus prejuicios raciales, los patrones contrataban a los afrocubanos principalmente como macheteros; pero restringieron su acceso al sector industrial. El número de cortadores de caña negros era muy alto en las provincias de Matanzas y Las Villas, donde la proporción de obreros nativos en la cosecha era mucho más alta que en la región oriental. Después de 1910, cuando los modernos centrales azucareros de Camagüey y Oriente lograron inundar el mercado de trabajo con la importación masiva de obreros baratos de las Antillas, las oportunidades de empleo para los nativos disminuyeron. Los inmigrantes estacionales de España también fueron empleados durante la zafra en las provincias de las Villas y Matanzas, pero su proporción con relación a la fuerza obrera total parece haber sido más baja.²⁵ No obstante, los definidos en los censos como extranjeros blancos aumentaron su representación en los sectores agrícola y minero (véase en la página 149 la Tabla 3), y un número creciente fue empleado en esas actividades.

En 1899, el 27 % de los extranjeros blancos (la mayoría españoles), con una ocupación provechosa, eran empleados en la agricultura y las minas, y la proporción aumentó a 37 % en 1931. En este sentido, el mundo de la agricultura azucarera era —como había sido desde los tiempos coloniales— un mundo multirracial y multiétnico, donde los nativos blancos y afrocubanos, españoles, antillanos, chinos y otros trabajaban juntos. Luis Felipe Rodríguez recrea este mundo multirracial de los cañeros en su cuento *La guardarraya*, en la cual la fuerza obrera la ponían haitianos, jamaicanos, españoles, puertorriqueños, dominicanos y cubanos.²⁶ A partir de los años 30, con la política de nacionalización del trabajo, la participación de los afrocubanos en el corte de caña aumentó, sobre todo en la parte occidental de la isla donde la cosecha era “casi completamente realizada por los nativos”. En 1938, alrededor del 60 % de la fuerza obrera dedicada al corte de caña en la provincia de Matanzas la componían negros y mulatos nativos.²⁷

²⁴ Kindsay y Winter: *Cuba and Her People*, 135; Pepper: *To-Morrow in Cuba*, 150.

²⁵ Foreign Policy Association: *Problems of the New Cuba*, 41.

²⁶ Atkins: *Sixty Years in Cuba*, 295; Luis Felipe Rodríguez: “La guardarraya”, en su *Ciénaga y otros relatos*, 289-294.

²⁷ Hartwell Johnson: “General Survey of Political and Economic Conditions”, Matanzas, 22 de diciembre de 1933. USNA, RG 84/800/145; Edward S. Benet a Butler J. Wright, Matanzas, 1 de junio de 1938. USNA, RG 84/800.

Los sectores industriales y administrativos del azúcar tenían más blancos, en parte porque los extranjeros estaban mejor representados en estas posiciones bien pagadas. En los niveles más altos de la administración, el 62 % de los miembros de las juntas de dirección de los centrales azucareros eran extranjeros, en 1925. Esta proporción disminuía algo entre los empleados de cuello blanco de más bajo nivel, pero el 37 % de estos no eran cubanos. En el mismo período, los 30 gerentes y “empleados superiores” de los centrales azucareros Morón, Senado y Adelaida, en la provincia de Camagüey, eran todos blancos. Como denunció la CNOC en 1934, miles de afrocubanos trabajaban como cortadores de caña, pero sus porcentos disminuían significativamente en las ocupaciones más calificadas y mejor pagadas. Mientras más altos los salarios, menor la presencia de los negros, concluyó la CNOC.²⁸

Los datos son escasos, pero se puede afirmar con seguridad que una elevada proporción de la fuerza de trabajo empleada en el sector industrial del azúcar era blanca, y que las oportunidades para los afrocubanos de incorporarse a estas posiciones eran limitadas. El administrador de un central azucarero comentó en 1901: “Nosotros empleamos solo a españoles. Ellos igualan en laboriosidad y fortaleza al obrero americano [...] Yo tengo más de 20 años de experiencia en Cuba como gerente de fábrica y de plantación, y raramente he encontrado a cubanos capaces en ocupaciones que requieren esfuerzo físico o habilidad personal”.²⁹ En el central Soledad, los negros parecen haber sido excluidos regularmente del trabajo en el ingenio.³⁰

Un informe consular en 1934 también describe las divisiones étnicas y raciales introducidas por los patrones en los trabajos relacionados con el azúcar en Camagüey: “Los cortadores de caña han sido haitianos y otros negros de las Antillas [...] Los transportistas, pesadores y capataces normalmente son cubanos, y los empleados del central, la sección de ferrocarril, etc., son principalmente españoles”.³¹ Según datos censales, “los blancos extranjeros” estaban sobrerrepresentados en las ocupaciones relacionadas con la manufactura del azúcar. En 1907, el 20 % de los “mecánicos” eran extranjeros; en 1919, el 22 %.

²⁸ Cuba, Comisión Nacional de Estadística y Reformas Económicas: *Cuadros estadísticos en relación con los ingenios*; Ferrocarriles del Norte de Cuba: *Boletín Quincenal, edición extraordinaria* (Ciego de Ávila, 1923), 42-49; CNOC, *IV Congreso*, 71.

²⁹ Clark: “Labor Conditions in Cuba”, 778.

³⁰ Scott: “Race, Labor, and Citizenship,” 12.

³¹ Edwin Schoenrich a Samuel Dickinson, Santiago de Cuba, 2 de enero de 1934. USNA, RG 84/800.

Los afrocubanos, en cambio, estaban significativamente subrepresentados en estos empleos.

Las barreras raciales para acceder a las ocupaciones más calificadas en la industria persistieron hasta el final de la república. Según Conrado Bécquer —un líder sindical que llegó a ser secretario general de la Federación Nacional de Trabajadores Azucareros—, tan tarde como en las décadas de 1940 y 1950, los negros eran excluidos de las plazas más calificadas en la industria, sin tener en cuenta su experiencia o habilidad: “Yo recuerdo el caso de un mulato que estaba a cargo de la molienda y conocía el central de punta a cabo. No lo designaron maquinista hasta después del triunfo de la Revolución, los americanos no aceptaban tener negros en las posiciones directivas. Cosas como estas pasaban en la industria en general”. Además, los centrales de propietarios norteamericanos mantenían servicios racialmente segregados (barberías, viviendas), al estilo del sur americano.³²

La mano de obra extranjera era aun más importante en el sector minero. Según el censo de 1907, el 94 % de todos los mineros eran extranjeros blancos. Aunque esta proporción disminuyó sustancialmente en 1919 (54 %) se mantenía aún bastante por encima de su porcentaje en la población en edad laboral (15 %). La Spanish American Iron Company usó mano de obra inmigrante desde finales del siglo XIX, y en 1900 importó 400 obreros de España para trabajar en sus minas. De hecho, la compañía mantenía a un agente de trabajo en España. Si la nacionalidad de los obreros atendidos en el hospital de la compañía es aceptada como un indicador válido de su composición nacional, entonces la presencia de mineros españoles era aplastante: el 82 % de los 4 811 obreros registrados en el hospital (1901-1903) eran españoles, el 15 % puertorriqueños, mientras los cubanos representaban menos del 2 % de la fuerza laboral. El analista industrial Víctor Clark confirma que, en Oriente, las compañías mineras importaban “gran cantidad de su mano de obra de España”. Las preferencias de los patrones por los obreros inmigrantes también se evidenciaban en las minas de cobre de Matahambre, en Pinar Río: “El trabajo bajo tierra es realizado por los españoles. La cocina, lavandería, etc., por los chinos. No se puede depender de los cubanos [...] para trabajar establemente”.³³

³² Entrevista del autor con Conrado Bécquer, La Habana, 18 de marzo de 1998; Zanetti y García: *United Fruit Company*, 244-245; Morales y Patiño: “La higiene”, 367-378; Pérez Pérez: *Huelga del 55*, 8-9.

³³ Percival Farquhar a Sir William C. Van Horne [sin lugar], 1 de noviembre de 1900. Cuba Company Papers, Series I, Box A, 263-65; Iglesias: “La explotación del hierro”, 100-101; Clark: “Labor Conditions in Cuba”, 685; “Economic Conditions in the Interior Portion of the Havana Consular District”, La Habana, 26 de mayo de 1927. USNA, RG 59/837.00/2663.

En la década del 20, las oportunidades de trabajo y la disponibilidad de tierra en el campo decrecieron. El proceso de la expansión azucarera alcanzó su límite, ningún central se construyó después de 1925, cuando la producción azucarera de Cuba superó por primera vez los 5 millones de toneladas. Los latifundios azucareros propiedades de extranjeros se consolidaron en las provincias orientales, en detrimento de los agricultores nativos.

Los precios del azúcar tendieron a decrecer a lo largo de la década del 20, de ahí que los centrales importaran mano de obra barata en un esfuerzo por disminuir los costos, reduciendo aún más las oportunidades de empleo para los obreros nativos. “Si hay pocos negros nativos entre los campesinos —denunció el activista comunista afro cubano Pérez Medina a principios de la década del 30— es debido a que los han obligado a refugiarse en las ciudades debido a la competencia de mano de obra barata y a las pobres condiciones de vida”. Además, en un esfuerzo por controlar la baja de los precios, se implementó una política de cosechas restringidas, y el número de centrales en funcionamiento decreció. De los 176 centrales productores de azúcar en 1926, solo 135 funcionaban en 1933.³⁴

No solo eran pocas las oportunidades de empleo generadas por la industria azucarera, sino que los trabajos disponibles eran por un período cada vez menor. Durante los años 20 se acortó la duración de la zafra, y esto provocó el crecimiento del llamado “tiempo muerto”. Según estadísticas del Central Boston de la United Fruit Company, entre 1920 y 1924, la zafra se redujo de 249 a 151 días. En 1928 fue de solo 125 días. El tiempo muerto, durante el cual un gran porcentaje de macheteros se convertía en desempleados, se duplicó. En 1928, los trabajadores azucareros no tenían empleo, aproximadamente, dos tercios del año.

Los mismos administradores de los centrales afirmaban que, en años malos, solo el 20 % del trabajo usual de reparación industrial y preparación del campo era realizado antes de la cosecha. Un funcionario del Central Hormiguero, en Las Villas, declaró que el central empleaba 600 obreros agrícolas durante la zafra y solo 50 durante el tiempo muerto. En el sector industrial, que incluía el ingenio, ferrocarril, tiendas, y otros servicios, cerca de dos tercios de la fuerza laboral quedaba desempleada una vez finalizada la zafra. El central Soledad empleaba a 350 hombres en estos departamentos durante la cosecha,

³⁴ M. A. Pérez-Medina: “The Situation of the Negro in Cuba”, 294-298; Le Rive-
rend: *Historia económica de Cuba*, 234.

pero retenía solo 120 por el resto del año: “Solo aquellos empleados de carácter oficial o semioficial permanecen”. En general, fuentes bien informadas estimaban que, aproximadamente, el 90 % de la fuerza laboral quedaba ociosa durante el tiempo muerto.³⁵

Las oportunidades de los afrocubanos en el campo estaban, limitadas. Por una parte, la agresiva política de adquirir tierras de los inversionistas norteamericanos, combinada con la bancarrota de los dueños nacionales, logró la proletarización de los nativos. La prominente presencia de los afrocubanos en la agricultura de subsistencia, en la parte oriental de la Isla, significaba que fueron ellos —como decía Guerra— las principales víctimas de la expropiación de la tierra en Oriente, donde este proceso fue muy intenso. Pero perder la tierra era solo el comienzo. Al mismo tiempo, la importación masiva de obreros de España y, después de la década del 10, del Caribe, limitó severamente las oportunidades de empleo en las áreas rurales. Los nuevos proletarios sin tierras tenían que competir con los antillanos, considerados por muchos patrones como trabajadores “ideales” para el corte de caña, y con los europeos en ocupaciones mejor pagadas y más calificadas.³⁶ Los afrocubanos tenían que buscar mejores oportunidades laborales en otra parte.

URBANIZACIÓN

El otro lugar con más posibilidades era la ciudad. En 1899, las tasas de urbanización de blancos y negros eran casi idénticas en Cuba. Cuarenta años después, el 44 % de los afrocubanos vivía en centros urbanos con una población de al menos 5 000 habitantes, comparado con el 37 % entre los blancos, para una proporción de negros/blancos de 1.18 (véase Tabla 2).³⁷

El proceso de urbanización ocurrió por etapas. Entre 1899 y 1907 el porcentaje de residentes urbanos descendió del 47 % al 44 %. Aunque

³⁵ Zanetti y García: *The United Fruit Company*, 435-436; Hartwell Johnson: “General Survey of Political and Economic Conditions”; Vogenitz a Wright, Cienfuegos, 28 de mayo de 1938. USNA, RG 84/800/5; Arthur J. Dukes a Wright, Nuevitas, 2 de junio de 1938. USNA, RG 84/800.

³⁶ Clark: “Labor Conditions in Cuba”, 779.

³⁷ Los censos de 1899-1919 definen como urbana cualquier población de 1 000 o más. Dado que esta definición fue alterada después, he usado asentamiento de 5 000 o más para estudiar los índices diferenciales de urbanización por razas. Para un análisis general de urbanización en Cuba ver Dyer: “Urbanism in Cuba”, 224-233; CEDEM: *La población de Cuba*.

esta disminución fue básicamente un fenómeno blanco (la proporción de afrocubanos que vivía en centros urbanos aumentó poco); resulta evidente que el campo cubano atrajo un número grande de colonos en el período inmediato a la posguerra. Esta tendencia la produjo la recuperación inicial del azúcar y la agricultura.

Tabla 2. *Proporción, porcentajes de negros/blancos residentes en centros urbanos (5 000 o más), según provincia, 1899-1943*

	1899	1907	1919	1931	1943
Cuba	1.02	1.04	1.04	1.09	1.18
P. Río	1.34	1.50	1.45	1.40	1.21
Habana	1.19	1.19	1.21	1.23	1.23
Matanzas	0.78	0.85	1.19	1.36	1.43
Las Villas	1.36	1.42	1.73	1.89	1.74
Camagüey	1.68	1.61	1.33	0.87	1.11
Oriente	1.32	1.18	1.13	1.18	1.38

Nota: negros incluye a los mulatos.

Fuente: U. S., War Department, Report 1899, pp. 194-199; Cuba, Censo 1907, pp. 314-319; Cuba, Censo 1919; Cuba, Censo 1931, Tabla 6; Cuba, Censo 1943.

En las provincias de Camagüey y Oriente, la relación de negros/blancos en centros urbanos disminuyó, aunque es importante señalar que, después de 1907, este resultado fue muy influenciado por la introducción masiva de antillanos a la región. En cambio, en las antiguas áreas productoras de azúcar de Matanzas y Las Villas, donde la presencia antillana era despreciable, una proporción creciente de negros, en comparación con los blancos, se desplazó hacia los centros urbanos. En 1899, La Habana ya era un destino preferido de los afrocubanos; el 67 % que se estableció en la provincia vivía en la ciudad y sus alrededores (Marianao, Guanabacoa), en comparación con un 56 % de blancos. Cuando Esteban Montejo visitó la ciudad en 1898, se sorprendió al encontrar una población negra tan grande en La Habana: Dondequiera que uno miraba veía un negro³⁸.

Sin embargo, en los años 20 fue cuando el proceso de urbanización, en general, y el diferencial racial en la tasa de urbanización en

³⁸ Barnet: *Biografía de un cimarrón*, 201.

particular, se aceleraron. Entre 1919 y 1931, el porcentaje de residentes en los centros urbanos de 5 000 o más se elevó del 30 % al 37 %. La proporción de blancos aumentó 6 % (desde 30 % al 36 %), mientras la de afrocubanos aumentó un 8 % (del 31 % al 39 %). Un observador contemporáneo especuló que estas cifras eran una indicación evidente de lo que él llamó una tendencia interesante: “Aquella de la población de color de concentrarse donde las oportunidades económicas son menos abundantes y más sencillas. Esta concentración en las ciudades es realmente un indicio de su pobreza y dependencia del trabajo manual y eventual”.³⁹ La urbanización era, sin duda, un indicador de la “pobreza” de los afrocubanos, pero resulta difícil argumentar que las oportunidades de empleo eran “más sencillas” en los centros urbanos.

Por el contrario, la aceleración en la urbanización y la migración creciente de los afrocubanos a las ciudades se explica no solo por el despojo de la tierra, sino también por el poder de atracción de las ciudades. Como en los Estados Unidos, la migración urbana abrió oportunidades de mejores empleos y la posibilidad de acceder a servicios sociales —principalmente la educación— que no estaban disponibles en el campo.⁴⁰ Estimulados por el auge de la exportación azucarera, la industria, el comercio, la transportación y el sector público experimentaron una expansión significativa en las décadas de 1910 y 1920. Entre 1907 y 1919, el sector manufacturero generó 62 923 nuevos empleos, todos localizados en los centros urbanos. Esto representó un aumento del 51 %, comparado a un 28 % de aumento de la población con edad laboral en la Isla.

La industria ligera, como la del cemento, papel, zapatos, jabón, perfumes, licores y ropa se desarrolló en los alrededores de La Habana y otras ciudades. Aunque a un ritmo menor que la población, el comercio y el sector de transporte crecieron un 25 % en la década del 20, mientras que la industria creció un 14 %, debido en parte a los aranceles proteccionistas del gobierno cubano (Reforma Arancelaria de 1927). A mediados de los años 20, se estimaba que cerca de 70 nuevas industrias se establecieron en todo el territorio nacional. El sector público, por otra parte, creció aceleradamente; entre 1899 y 1931 aumentó 8.5 veces, generando 44 315 nuevas ocupaciones (incluye el ejército y la policía). Durante el mismo período, el único sector que creció a una

³⁹ L. L. y Bernard: “The Negro in Relation to Other Races”, 310.

⁴⁰ Wilson: *The Declining Significance of Race*, 62-87; Jaynes y Williams: *A Common Destiny*, 271-274. Para un análisis historiográfico ver Trotter: “African Americans in the City”, 438-457.

tasa mayor fue el de los servicios profesionales, también relacionados con el mundo urbano.⁴¹

La gran depresión impulsó aún más el desplazamiento a las ciudades. El fin de la importación de obreros antillanos y su expulsión gradual del país abrió nuevas oportunidades para los obreros nativos, pero a inicios de la década del 30, las zafras se hicieron aún más cortas. La de 1933 duró solo 50 días. Algunos observadores, alarmados, reportaron el desplazamiento de trabajadores agrícolas desempleados a los centros urbanos: “Informes no confirmados en la prensa anuncian la aparición de bandas de campesinos hambrientos que marchan hacia las ciudades en busca de comida y empleo”, notificó un funcionario norteamericano en La Habana. “Los trabajadores desempleados de los centrales y los campos se encaminan hacia las ciudades”, comentó el embajador Guggenheim.⁴²

La situación en los centros urbanos no era mejor. El colapso de las exportaciones de azúcar afectó a la economía en su conjunto. El ingreso nacional per cápita descendió cerca de un 60 % entre 1920 y 1933.⁴³ La industria y otras actividades urbanas crecieron durante la década, pero la población creció a un ritmo mayor. En un esfuerzo por asegurar un estable suministro obrero, y también para aliviar las tensiones sociales generadas por esta situación, muchos centrales autorizaron a su fuerza laboral a producir artículos de primera necesidad durante el largo “tiempo muerto”. Esta medida fue promovida por la Secretaría de Agricultura para evitar que la mano de obra rural “invadiera” las ciudades. El gobierno también asignó una pequeña suma para distribuir semillas entre los obreros rurales.⁴⁴

El desplazamiento hacia las ciudades continuó durante la década del 30, aunque a un ritmo más lento que en la década anterior. Lo que

⁴¹ Crowder al secretario de Estado, Habana, 25 de agosto de 1925. USNA, RG 59/837.00/2597; “Economic Crisis”, *Havana Post* (29 de marzo de 1927); Guggenheim, Reporte de las Condiciones Generales, Habana, 11 de abril de 1930. USNA, RG 84/170-G; Trelles: “La hacienda”, 323-342. Todas las cifras acerca del crecimiento sectorial han sido calculadas a partir de los censos.

⁴² Edward L. Reed, Despacho Confidencial, Habana, 5 de agosto de 1930. USNA, RG 84/326; Guggenheim, Reporte de las Condiciones Generales, Habana, 9 de junio de 1931. USNA, RG 84/800/729.

⁴³ Las cifras del ingreso nacional están basadas en *Alienes: Características fundamentales*, 52.

⁴⁴ Benet a Wright, Matanzas, 1 de junio de 1938. USNA, RG 84/800; Zanetti y García: *United Fruit Company*, 227; Guggenheim, Reporte de las Condiciones Generales, Habana, 10 de abril de 1931. USNA, RG 84/800/644.

no cambió fue la tendencia hacia una diferenciación racial creciente en los índices de urbanización. Entre 1931 y 1943, la proporción de blancos que vivía en los centros urbanos aumentó de 36 % a 37 %, pero la de los afrocubanos creció un 5 %: del 39 % en 1931 al 44 % en 1943. Por consiguiente, la proporción de negros/blancos que vivía en los centros urbanos aumentó significativamente por 1943 (véase Tabla 2). Debido a las zafras azucareras cortas, el desempleo y el “excedente” de mano de obra fueron los rasgos estructurales de la economía cubana, sobre todo durante el tiempo muerto. En cambio, las oportunidades en las ciudades eran más prometedoras: el sector industrial se recuperó lenta pero continuamente después de 1934, y generó más o menos 60 000 nuevos empleos durante la década. Fue también significativo el crecimiento del comercio, el transporte, los servicios profesionales, y el sector público.⁴⁵

La Segunda Guerra Mundial creó un nuevo ciclo de prosperidad. La intervención del Estado ayudó en la sustitución de importaciones, la diversificación industrial en la economía y otras áreas de la vida nacional. La industria se expandió con aranceles proteccionistas, y más de 100 000 nuevos empleos se crearon en este sector durante la década de 1940 e inicios de la siguiente. En 1945, la ley de “promoción industrial” autorizó la importación libre de maquinaria, y en 1950, el gobierno creó el Banco de Desarrollo Agrícola e Industrial para estimular las inversiones en los sectores no azucareros. El economista Jorge Pérez-López estima que la producción industrial se duplicó entre 1940 y 1950, y aumentó un 40 % adicional en 1957. La mayoría de esta capacidad industrial se produjo en La Habana, donde vivía la quinta parte de la población total en 1953. Otros sectores, tales como los servicios profesionales y domésticos, comercio y transportación también aumentaron a un ritmo superior al de la población con edad laboral. Además, el creciente sector turístico, duplicó la cantidad de visitantes entre 1946 y 1954, generó también nuevos empleos. El crecimiento del sector público fue nuevamente el mayor en términos relativos: en 1953, cerca del 9 % de la población activa cubana tenía un empleo estatal.⁴⁶

La migración a los centros urbanos creó problemas agudos de vivienda, sobre todo en el caso de La Habana. Desde inicios del

⁴⁵ Para un estimado del desempleo, ver Mesa-Lago: *The Labor Force*. El crecimiento industrial es estudiado por Pérez-López: “An Index of Cuban Industrial Output”.

⁴⁶ Pérez-López: “An Index of Cuban Industrial Output”; Alienes: *Características fundamentales*, 47-48; Dyer: “Urbanism in Cuba”, 228.

período republicano, la insuficiencia de viviendas para los obreros y la existencia de los llamados solares, ciudadelas y casas de vecindad (antiguas mansiones coloniales habitadas ahora por numerosas familias de bajos ingresos) fueron temas abordados en discursos públicos y en la propaganda política. En 1904 se estimaba que existían 2 839 casas de vecindad en La Habana, en las que habitaba, aproximadamente, un tercio de la población de la ciudad, incluyendo a “personas de todas las clases, condiciones, edades y razas”.⁴⁷

A finales de la década del 20 e inicios del 30, la situación de la vivienda empeoró por el colapso azucarero, pues gran cantidad de campesinos se desplazó hacia las ciudades. Además de los viejos solares y ciudadelas, dispersos por toda la ciudad, aparecieron los barrios de indigentes en las afueras de la capital. Estos barrios crecieron notablemente durante el período posterior a la depresión. En 1951, existían 21 de estos barrios en La Habana, con una población que oscilaba entre 40 000 y 50 000. Se estima que 200 000 personas vivían en solares y casas de vecindad, de manera que cerca de un tercio de la población de la ciudad vivía en condiciones de pobreza extrema.⁴⁸

Los barrios indigentes y los solares estaban habitados con frecuencia por individuos de todos los colores, pero los negros y los mulatos parecen haber estado mejor representados. Aunque la concentración de los afrocubanos en los barrios pobres puede explicarse en parte por sus índices de urbanización más altos; la identificación de los solares como espacios “para negros” y excluía a los más pobres de la geografía de la ciudad y de la sociedad; o sea, una ratificación cultural de las jerarquías sociales. En la llamada prensa grande los barrios indigentes eran siempre vinculados a la marginalidad, el crimen y la promiscuidad, atributos usados con frecuencia para caracterizar la negritud. Sin tener en cuenta la pigmentación de la piel, los residentes de barrios indigentes y solares eran identificados socialmente como negros.

En su magistral cuento *La luna de los ñáñigos* (1932), Lino Novás Calvo describe la transformación de Garrida, una sirvienta blanca que vive en un solar, en una negra; ella se vuelve no solo “negra por dentro”, sino que logra el milagro de bailar entre “negros” sin ser notada. “Solo el diablo pudo haberla pintado de negro durante la danza”, explicó una vieja residente del solar. Al compartir los espacios sociales y culturales

⁴⁷ Tamayo: “La vivienda en procomún”, 23-31.

⁴⁸ Chailloux Cardona: *Síntesis histórica*, 111, 135; “Los barrios de indigentes”, *El Mundo* (28 de noviembre de 1951); Herminio Portell Vilá: “De cómo viven los habaneros pobres”, *Bohemia* (9 de diciembre de 1951), 66-67, 83.

del solar, Garrida, cualquiera que fuera el color de su piel, se convirtió en una mujer negra.

En 1948, David W. Ames, un estudioso norteamericano que realizó investigaciones de campo en Cuba, definió los solares como “el término [...] que se usa ahora en La Habana para denotar las casas de vecindad de los negros”. Ames estudió un solar localizado en la periferia del distrito residencial de El Vedado, y encontró que un 69 % de los residentes eran “negros”.⁴⁹ Otras fuentes se refieren a una proporción afro cubana aún más grande. Juan Chailloux inspeccionó 50 solares en La Habana a mediados de la década del 40 y encontró que un asombroso 95.7 % de los inquilinos eran negros o mulatos, y que frecuentemente los solares estaban habitados solo por negros. Sus resultados coincidían con el estimado realizado por la Convención Nacional de Sociedades Cubanas de la Raza de Color en 1936, que era de un 97 %.⁵⁰ No por gusto los intelectuales afro cubanos dedicaron atención sistemática al problema de la vivienda desde los primeros años de la república.⁵¹

La solución al problema de los barrios indigentes y al desplazamiento de la población a las ciudades estaba en el campo, donde una estructura rural altamente concentrada impedía la formación de un campesinado estable. Como declaró en 1929 el periodista afro cubano Benjamín Muñoz Ginarte: la única alternativa real a la urbanización acelerada era la tierra: “¡Tierra! ¡Tierras baratas para los campesinos cubanos!”⁵² Las tierras nunca estuvieron disponibles, de modo que fue en las ciudades donde una creciente proporción de los afro cubanos tuvo que vivir y trabajar.

ENTRE DOS GRANDES MALES

La falta de viviendas adecuadas estaba lejos de ser el único problema de los afro cubanos en las ciudades. Aunque las oportunidades de empleo eran más diversas y en muchos casos más lucrativa en los centros urbanos, su acceso no era fácil. Ellos tenían que competir por los

⁴⁹ Calvo: “La luna de los ñáñigos”, 83-105. Ames: “Negro Family Types”, 159-163. La cifra de Ames probablemente incluía lo que de acuerdo a las clasificaciones raciales cubanas serían “mulatos”, pues él consideraba como “negro” cualquier persona con “características negroides”.

⁵⁰ Chailloux Cardona: *Síntesis histórica*, 149; Convención Nacional: *Programa*, 4.

⁵¹ Serra: *Para blancos y negros*, 46; George Duroy: “Machacando en hierro frío”, *Labor Nueva* 1:13 (14 de mayo de 1916), 6; Urrutia: “La vivienda del pobre”, *Diario de la Marina* (21 de noviembre de 1929).

⁵² Benjamín Muñoz Ginarte: “Comentarios sin comentarios. ¡Tierras! ¡Tierras propias!”, *Diario de la Marina* (16 de junio de 1929).

empleos disponibles no solo con los cubanos blancos, sino también con un amplio contingente de inmigrantes europeos (principalmente españoles), muchos de los cuales, muy a pesar de los hacendados azucareros, se quedaban en La Habana y en otras ciudades importantes. Los afrocubanos estaban entonces, como decía Muñoz Ginarte: “entre dos grandes males: extranjeros en las ciudades, y extranjeros en los campos”.⁵³

Los inmigrantes europeos estaban bien representados en la estructura ocupacional urbana, tanto por su concentración en edades productivas como por la gran proporción de hombres. Entre 1899 y 1919, las tasas de actividad económica de este segmento de la población eran casi el doble de las de la población general. En el período de 1907-1919 constituían el 15 % de la población en edad laboral, pero controlaban el 21 % de los trabajos, y su participación era aún más alta en las ocupaciones urbanas.

La Tabla 3 resume la evolución de la participación de cada grupo (blancos nativos, blancos extranjeros, y negros) en la estructura ocupacional en el período 1899-1943. Como se expresó antes, los obreros inmigrantes blancos estaban poco representados en la agricultura, pero su participación en el sector se incrementó continuamente de 1899 a 1919. El índice de negros, en cambio, disminuyó al inicio (entre 1899 y 1907) y aumentó después por el crecimiento de la población antillana. A partir de 1930, cuando el tráfico de antillanos cesó y muchos fueron expulsados de la Isla, la participación de los negros en la agricultura volvió a disminuir de nuevo.

El comercio y la transportación no solo eran sectores económicos de propiedad extranjera, sino que su acceso a los obreros cubanos estaba bastante limitado, sobre todo para los afrocubanos. Los índices de los españoles en este grupo eran los más altos en toda la estructura ocupacional. En 1899, el 54 % de todos los comerciantes eran extranjeros (principalmente españoles). Esta proporción disminuyó en 1931 (43 %), pero aún estaba muy por encima de su porcentaje en la población económicamente activa. Los españoles controlaban, por ejemplo, el 59 % del comercio al por mayor en la provincia de Las Villas a finales de los años 30 y un 60 % de todos los establecimientos mercantiles en la ciudad de Matanzas.⁵⁴ En cambio,

⁵³ Muñoz Ginarte: “Comentarios sin comentarios. Al doctor Ramiro Guerra”, *Diario de la Marina* (10 de febrero de 1929).

⁵⁴ Vogenitz a Wright, Cienfuegos, 18 de octubre de 1939. USNA, RG 84/800/34; Milton Patterson Thompson: “Cuban Immigration Problems”, Matanzas, 9 de octubre de 1936. USNA, RG 84/855. El control español del sector comercial ha sido estudiado por García Álvarez: *La gran burguesía comercial*, 91-104 y Naranjo Orovio: “Análisis histórico de la emigración”, 503-526.

Tabla 3. Índice de participación, sectores económicos y ocupaciones, según raza y naturalidad, Cuba, 1899-1943

	1899			1907			1919			1931			1943		
	BN	BE	N												
Agricultura, pesca, minería	105	76	101	104	93	96	100	97	102	103	75	110	103	101	92
Comercio y transporte	70	389	29	80	314	32	83	268	45	84	208	62	103	234	68
Comerciantes	74	393	22	73	350	28	73	319	37	78	241	53	84	450	82
Ferrocarriles y Tranvías	91	324	22	58	380	39	121	104	57	90	170	75	97	0	125
Teléfonos, telégrafos	135	207	1	159	78	4	151	50	27	141	100	23	127	36	34
Manufacturas	81	115	124	75	118	137	71	131	140	75	115	138	83	110	147
Carpinteros	68	142	133	65	144	142	65	137	149	63	101	169	67	121	188
Albañiles	34	100	205	39	147	187	45	134	188	50	105	191	59	125	212
Mecánicos	127	137	42	111	133	64	92	145	92	92	104	122	-	-	-
Zapateros	55	121	163	55	121	170	53	102	191	58	129	160	67	127	187
Sastres	35	185	168	33	155	194	36	156	196	-	-	-	48	204	228
Tabaqueros	102	84	104	99	51	125	94	46	140	94	60	136	85	27	155
Servicios profesionales	129	186	19	129	144	26	131	97	40	128	100	48	110	186	58
Abogados	166	89	1	161	79	1	160	52	8	165	14	32	123	35	48
Contadores	120	263	2	110	253	8	148	59	28	159	38	28	116	103	55
Dentistas	148	99	25	137	100	34	148	59	28	159	38	28	119	36	58
Enfermeros	53	395	54	93	260	36	99	171	64	125	131	33	122	192	21
Farmacéuticos	157	66	7	163	38	19	128	62	28	-	-	-	-	-	-
Ingenieros civiles	97	308	20	105	275	6	119	196	12	130	139	18	117	309	17
Maestros	142	156	11	144	94	24	133	95	39	140	60	49	106	99	82
Médicos	154	130	2	160	80	2	146	87	17	164	23	27	125	50	38
Servicios personales	63	119	151	53	125	173	69	149	135	85	145	101	66	155	187
Gobierno	115	178	45	115	121	63	132	43	67	138	25	76	114	13	77
Funcionarios, empleados	132	194	11	112	224	18	150	37	37	138	29	74	114	21	76
Ejército, policía	113	176	48	115	118	64	121	48	88	138	19	80	114	0	78
Sin ocupación	120	40	93	118	38	98	115	51	96	104	94	96	94	113	115

Nota: BN: blanco nativo; BE: blanco extranjero; N: negros y mulatos (incluye nativos y extranjeros). Índice: porcentaje en cada categoría dividido por el porcentaje del grupo en la población económicamente activa (1899, 1907, y 1919: 15 años y más; 1931 y 1943: 14 años y más).

Fuentes: U. S., War Department, Report 1899, pp. 438-439, 462-62; Cuba, Censo 1907, pp. 514-515, 545-546; Cuba, Censo 1919, pp. 632-633, 666-667; Cuba, Censo 1931, tablas 16, 21, 24; Cuba, Censo 1943, pp. 1042, 1056, 1112.

los afrocubanos estaban poco representados en este sector privilegiado del mercado de trabajo, aunque su participación proporcional más que se duplicó entre 1899 y 1931. De hecho, el primer tema tratado por Gustavo Urrutia en su columna *Ideales de una raza* fue “la participación de los negros en el comercio”.⁵⁵ En 1943, su índice de participación se acercaba al ideal, y era casi idéntico al de los blancos nativos, cuya participación en esta actividad aumentó lentamente en todo el período republicano.⁵⁶

Las condiciones para las mujeres afrocubanas eran aún peores. En 1919, las mujeres de todos los colores representaban un escaso 2 % de la fuerza laboral en el “comercio y transportación”, y las mujeres afrocubanas ocupaban solo un 11 % de esos trabajos. El resultado es que menos de 400 mujeres negras y mulatas estaban empleadas en tiendas y otros establecimientos comerciales en toda la Isla. Esta “dolorosa realidad”, como la llamó Urrutia, no mejoró en 1931. La proporción de mujeres empleadas en el sector comercial se mantenía igual y la participación afrocubana era virtualmente la misma: 12 %. La Federación Democrática de Mujeres Cubanas (FDMC), de orientación comunista, denunció con regularidad la exclusión de las mujeres negras de las ocupaciones relacionadas con el comercio, y advirtió que aunque los comercios minoristas generaban miles de trabajos, los negros en general, y las mujeres negras en particular, nunca eran contratados. Las tiendas por departamentos más elegantes no empleaban mujeres negras. Cuando lo hacían, era en plazas en las que estas tenían poco o ningún contacto con el público. No fue hasta 1951 que mujeres mulatas fueron contratadas por primera vez para trabajar en algunas de las tiendas elegantes de La Habana, como El Encanto, Fin de Siglo y La Filosofía.⁵⁷

La manera en que estas mujeres tuvieron acceso a algunas de las tiendas por departamentos de La Habana es un excelente ejemplo de las barreras que enfrentaban en este sector. Fue solo después que

⁵⁵ Urrutia: “La defensa”, *Diario de la Marina* (22 de abril de 1928). Urrutia volvió sobre este asunto en “La cuestión económica del negro”, *Diario de la Marina* (17 de julio de 1929).

⁵⁶ El súbito incremento del índice de participación de extranjeros blancos entre los comerciantes en el período 1931-1943 sugiere que la mayor parte de los comerciantes españoles no adoptó la ciudadanía cubana durante la década de 1930. La nacionalización laboral afectaba a los “trabajadores” extranjeros, no a los pequeños o medios propietarios. Como la proporción de españoles en la población trabajadora decreció, el índice de representación de los comerciantes extranjeros se incrementó artificialmente.

⁵⁷ Urrutia: “Dicen de París...”, *Diario de la Marina* (7 de mayo de 1928); Betancourt: *Doctrina negra*, 62-63; García Buchaca *et al*: *El II Congreso*, 20; FDMC: *Informes y resoluciones*, 29.

Carlos Prío, presidente de la República, intervino personalmente, que estas mujeres fueron contratadas. Bajo la presión del Frente Cívico Cubano —organización de la clase media negra que trataba de aumentar la representación afrocubana en las ocupaciones mejor pagadas—, él aprobó un decreto que condenaba la discriminación racial, que también era una respuesta a los repetidos esfuerzos de los comunistas de aprobar una ley antidiscriminatoria en el Congreso. El presidente y su ministro de Trabajo se reunieron en privado con representantes de las casas comerciales de La Habana, incitándolos a que contrataran varias mujeres “negras” en sus tiendas.⁵⁸

Al final, 4 mujeres comenzaron a trabajar en El Encanto el 1ro. de diciembre de 1951, y 3 más fueron contratadas en Fin de Siglo y La Filosofía. Cuatro mujeres más se añadirían durante el mes, cuando se necesitaran más empleadas por las ventas de navidad. Todas eran de piel clara (“mulatas”, en la terminología racial cubana) y habían sido recomendadas por figuras públicas o instituciones, incluyendo periodistas, jugadores de pelota y el propio Presidente. Todas tenían escolaridad secundaria, una era graduada de una escuela secundaria norteamericana, otra de una academia de secretariado, y 3 asistían a la universidad donde estudiaban farmacia, pedagogía y medicina. Y estas mujeres altamente educadas, aun consideraban un privilegio y un triunfo que se les ofreciera un puesto como dependientas de tienda.

Este acontecimiento fue alabado por la gran prensa como una muestra clara de la fraternidad racial cubana, y el ministro de Trabajo Buttari incluso comentó que no existía discriminación racial en Cuba. El político blanco y periodista Sergio Carbó comentó que el secreto del “éxito” consistía en haber escogido a muchachas “refinadas” y “cultas” lo cual, a su juicio, demostraba que no existía prejuicio racial, sino “prejuicio de educación”. Un mes después, sin embargo, el diario comunista *Noticias de Hoy* fue de los pocos en anunciar que después de la navidad estas mujeres fueron removidas de sus puestos.⁵⁹

El comercio no era la única área en la que los negros tenían oportunidades limitadas de empleo. Los afrocubanos también estaban

⁵⁸ “Promete Prío combatir la discriminación racial” y “Destacadas figuras del comercio”, *Prensa Libre* (15 y 28 de noviembre de 1951).

⁵⁹ Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (1 y 2 de diciembre de 1951); Sergio Carbó: “Bellas y dulces muchachas de color”, *Prensa Libre* (12 de diciembre de 1951); “Afirma Buttari que no existe la discriminación”, *Prensa Libre* (15 de diciembre de 1951); José Luis Massó: “Reportaje de actualidad. Ha caído una gran barrera racial”, *Bohemia* (9 de diciembre de 1951), 48-49, 111; “Lanzadas a la calle”, *Noticias de Hoy* (11 de enero de 1952).

pobrementemente representados en el transporte y las comunicaciones. El transporte, que incluía los tranvías urbanos y la extensa red ferroviaria que cubría la Isla, compartía con el comercio un rasgo fundamental: la masiva presencia extranjera. Arredondo estimaba que más de un 80 % de las vías férreas eran controladas por capital extranjero y los obreros inmigrantes tenían un acceso privilegiado al sector (véase Tabla 3). A los negros les resultaba difícil acceder a algunas de las posiciones mejor pagadas, como maquinistas de locomotora, cuyo gremio ejercía un control estricto en el acceso.

De hecho, los primeros maquinistas negros obtuvieron este trabajo en 1901, gracias a un conflicto entre la compañía y el gremio de maquinistas.⁶⁰ “Aquellos familiarizados con el movimiento obrero en Cuba conocen que un miembro de la raza de color no puede ser conductor en las líneas ferroviarias”, afirmó el líder comunista César Vilar en 1940. El acceso a los empleos de cuello blanco en el sector era aún más difícil: todo el trabajo de oficina era realizado por trabajadores blancos. Nicolás Guillén, el gran poeta y escritor mulato, relató que en 1920, él había intentado obtener una “posición modesta” en las oficinas del ferrocarril en Camagüey sin éxito: “Esa compañía tiene muchos empleados negros, pero solo en los talleres de mecánica”.⁶¹

En las ciudades, las compañías norteamericanas propietarias de tranvías controlaban el 98 % del mercado en la cantidad de pasajeros transportados, y generaban el 97 % de los empleos en el sector. Estas compañías discriminaban a los obreros nativos y esto se demuestra en el hecho de que a mediados de los años 20, solo el 44 % de su fuerza laboral total era nativa, comparado con un 89 % en las pequeñas compañías propiedad de cubanos. Esta subrepresentación se daba no solo en los escalones más altos de la compañía, donde solo el 32 % de los empleados eran cubanos, sino también al nivel más bajo: los trabajadores nativos representaban un magro 34 % de los y obreros y empleados por la Havana Electric y otras compañías norteamericanas.⁶²

⁶⁰ Arredondo: *El negro en Cuba*, 57; Foreign Policy Association: *Problems of the New Cuba*, 475-476; Clark: “Labor Conditions in Cuba”, 771.

⁶¹ Lazcano: *Constitución de Cuba*, 2: 516; Guillén: “El camino de Harlem”, *Diario de la Marina* (21 de abril de 1929). En los Ferrocarriles del Norte de Cuba, una compañía de propiedad americana, no solamente los 12 empleados superiores de la administración general eran blancos, sino que entre los 101 empleados de los departamentos de contabilidad, tarifas, compras y otros, no había un solo empleado afrocubano. Ver Ferrocarriles del Norte de Cuba: *Boletín Quincenal, edición extraordinaria* (Ciego de Ávila, 1923).

⁶² “Datos cubanos. Movimiento de las empresas de tranvías eléctricos durante 1924-1925”, *Revista Bimestre Cubana* 22 (1927), 274.

Los afrocubanos aumentaron su representación de manera sostenida en los trabajos relacionados con el transporte, en el período de 1899-1931 (véase Tabla 3), pero algunas ocupaciones específicas estaban cerradas del todo para ellos. No fue hasta 1947, por ejemplo, que el primer conductor de tranvía negro fue visto en las calles de La Habana. El ascenso de Marino Peña, un obrero negro de la Havana Electric, fue posible por los esfuerzos combinados del sindicato comunista y el Comité del Tranvía Contra la Discriminación que promovía a los negros a trabajos más lucrativos en dicha compañía. La importancia simbólica de romper el monopolio tradicional de los blancos en este y otros trabajos no era trivial: una comunicación anónima recibida por la embajada de los Estados Unidos en La Habana advertía que incidentes de este tipo causarían nada menos que una guerra racial inspirada por los comunistas en el país. El movimiento obrero comunista de hecho aclamó la medida, no solo porque representaba un paso concreto contra la discriminación racial, sino también porque fue impuesta a una compañía “imperialista”, la cual era bien conocida por su conducta discriminatoria.⁶³

Las organizaciones negras también aplaudieron el logro, pero advirtieron que un solo caso era simplemente una excepción y que debían darse pasos similares en otras compañías de servicios públicos, como la Cuban Telephone Company, donde a menudo se discriminaban a los afrocubanos.⁶⁴ Su crítica era válida. La participación de estos en los servicios telefónicos fue mínima en todo el período republicano y en 1943 era aún muy baja, a pesar de que los obreros extranjeros también estaban poco representados (véase Tabla 3). En 1943, la compañía telefónica contrataba afrocubanos en una proporción que era dos tercios inferior a su participación en la población trabajadora. Aunque en números absolutos, esta no era una fuente significativa de empleo (el sector por lo general empleó a menos de 2 000 personas), las mujeres representaban un 40 % de la fuerza de trabajo, de modo que las mujeres negras educadas eran las víctimas principales de estas prácticas discriminatorias. Una simple mirada a *Unidad* —órgano oficial de la Federación de Trabajadores Telefónicos de Cuba— muestra que

⁶³ “La lucha contra los discriminadores”, *El Organizador* (marzo de 1947), 2; Carlos Rafael Rodríguez: “Un paso importante en la lucha contra la discriminación racial”, *Fundamentos* 7:65 (marzo de 1947), 2325-29; Carta anónima a la embajada americana, Habana, 7 de enero de 1947. USNA, RG 59/837.00B/1-747.

⁶⁴ “Saludan ingreso de un negro”, *Noticias de Hoy* (7 de enero de 1947); “La discriminación nacional y racial en la industria cubana”, *Nuevos Rumbos* 2 (enero-febrero de 1947), 25.

la situación no había cambiado a finales de los años 40 e inicios de los 50: el sector todavía era predominantemente blanco.⁶⁵

En los sectores más masivos y menos atractivos del mercado de trabajo urbano también hubo competencia por las oportunidades de empleo. Como muestra la Tabla 3, entre 1899 y 1919, los trabajadores inmigrantes blancos aumentaron su participación en las actividades industriales y servicios personales, espacios que tradicionalmente ocuparon los afrocubanos. Al referirse a la participación negra en la producción, Charles Pepper comentó en 1899 que los negros y mulatos constituían del 20 % al 25 % de los torcedores de tabacos, trabajaban “en el mismo banquillo con los blancos”, con igual paga, y que similares condiciones existían en las peleterías, tenerías y negocios de construcción.⁶⁶

A pesar de la competencia de los inmigrantes, los índices de participación de los afrocubanos en el sector industrial aumentaron casi sin interrupción hasta los años 40. Detrás de esta tendencia estaba la proletarianización, tanto de los campesinos como de los artesanos urbanos negros, que no podían competir con la importación masiva de productos de fabricación barata, sobre todo de los Estados Unidos.⁶⁷ Al mismo tiempo, la expansión del sector industrial permitió a un número creciente de inmigrantes, así como de afrocubanos, encontrar empleo en las fábricas. Los nativos blancos fueron el único grupo cuyo índice de participación disminuyó en el período de 1899-1919.

La industria proporcionó oportunidades de empleo, pero el acceso a posiciones mejor pagadas estaba nuevamente restringido. Si se utilizan indicadores diferentes a la participación en el sector industrial, los patrones de desigualdad racial empiezan a aparecer. Los negros representaban, por ejemplo, una proporción considerable y creciente de la fuerza laboral empleada en la industria del tabaco, pero eran perju-

⁶⁵ Los trabajadores extranjeros representaban solo el 23 % de la fuerza laboral empleada por la compañía de teléfonos en 1924. Ver “Datos cubanos. Los teléfonos de servicio público en 1924”, *Revista Bimestre Cubana* 21 (1926), 759. Para ejemplos gráficos que muestran la composición racial de los sindicatos telefónicos, ver los siguientes artículos, todos publicados en *Unidad*: “IV Consejo Provincial del Sindicato de las Villas” (marzo de 1947), 22, 31; “De nuestro baluarte oriental” (mayo de 1947), 9; “Delegaciones provinciales asistentes al IV Congreso” (noviembre de 1952), 33-35. Para las denuncias de los afrocubanos, ver “Editorial”, *Atenas* 2:7 (noviembre de 1951), 5, 22.

⁶⁶ Pepper: *To-Morrow in Cuba*, 152.

⁶⁷ La proletarianización de los artesanos urbanos es analizada en dos artículos publicados en la sección “Ideales de una raza” en *Diario de la Marina*, Guerra: “Nuevas y fecundas orientaciones” (13 de enero de 1929) y Muñoz Ginarte: “Comentarios sin comentarios” (27 de enero de 1929).

dicados en al menos dos aspectos. Primero, su presencia era mucho más notable en las fábricas de tabacos que en las de cigarrillos, donde los sueldos eran, como promedio, un 30 % superiores. Segundo, incluso en la industria del tabaco, ellos se concentraban en posiciones peor pagadas y menos atractivas. A mediados de los años 20, constituían el 30 % de la fuerza laboral empleada en las fábricas de tabaco, donde el salario medio anual era de 714 pesos, pero eran solo el 4 % entre los productores de cigarrillos, cuyo salario medio era de 935 pesos.

No por casualidad la distribución de los obreros inmigrantes españoles era exactamente contraria: el 10 % de los obreros en la primera industria y el 19 % en la última. En la producción de puros, los afrocubanos constituían un tercio de los torcedores, pero estaban muy poco representados entre los dependientes, vendedores, choferes, y otros empleados. A la inversa, los extranjeros ocupaban el 52 % de estos puestos. Según Vilar, esta situación no cambió significativamente en 1940, aunque en ese momento los obreros españoles se habían naturalizado y eran considerados cubanos para todos los propósitos legales y prácticos. La industria del tabaco, entonces, reprodujo el modelo analizado en la industria azucarera: los negros eran empleados en el sector, pero en las actividades menos atractivas y peor remuneradas.⁶⁸

Esto también ocurrió en otras esferas de la producción donde la presencia extranjera era notable. Los obreros inmigrantes representaban un alto 30 % de la fuerza laboral empleada en las destilerías de alcohol, pero su participación en las posiciones mejor pagadas era muy superior: el 50 % de los técnicos, 40 % de los directores de fábricas, 39 % de los gerentes, 43 % de los químicos y 42 % de los trabajadores de oficina eran extranjeros en 1927. Por el contrario, su proporción en actividades tales como empaque (23 %) o la fuerza laboral no calificada (25 %) era mucho más baja. Incluso en la provincia de Oriente, donde los inmigrantes representaban solo un 11 % de la fuerza laboral total en las destilerías, el 60 % de los técnicos, 50 % de los químicos, 42 % de los directores y 27 % de los gerentes eran extranjeros.⁶⁹

No es de extrañar que los afrocubanos identificaran a los españoles como una de las causas principales de su desplazamiento de

⁶⁸ “Datos cubanos. Movimiento de las fábricas de tabaco en el año de 1924”, *Revista Bimestre Cubana* 22 (1927), 108; Cuba, Comisión Nacional de Estadística y Reformas Económicas: *Estadística ... de cigarros y tabacos en el año 1926*; Arredondo: *El negro en Cuba*, 63; Lazcano: *Constitución de Cuba*, 2:516; CNOC, *IV Congreso*, 71.

⁶⁹ “Datos cubanos. Resumen de la estadística de destilerías y su producción”, *Revista Bimestre Cubana* 22 (1927), 757-759.

atractivos trabajos. Un joven negro que fue a La Habana para estudiar, en 1916, comentó que era sumamente difícil encontrar un trabajo en cualquier comercio porque los talleres estaban llenos de obreros blancos, “la mayoría de otras tierras”. Un periodista afrocubano se refería al mismo problema: “Antiguamente, albañil y tabaquero parecían sinónimo de cubano. Hoy no: la mayor parte de las fabricaciones que en La Habana se realizan son hechas por albañiles catalanes, y en todas las fábricas de tabaco se ganan la vida —como torcedores— gran número de españoles”. La revista afrocubana *Labor Nueva* era categórica: la inmigración española no solo era dañina para ellos, sino para todos los obreros nativos.⁷⁰

La situación no era mejor en el sector de los “servicios domésticos”, donde muchas mujeres afrocubanas encontraban empleo. El índice de participación de obreros inmigrantes en esas actividades aumentó sostenidamente durante el período 1899-1943, sobre todo durante la segunda década del siglo (1907-1919), cuando la inmigración anual de españoles alcanzó su punto más alto. “¿Cuánto no han sufrido muchas mujeres cubanas que antiguamente se dedicaban a servicios domésticos en casas acomodadas, desde que comenzaron a venir a Cuba mujeres españolas para dedicarse a esas tareas?”, preguntó un periodista negro en 1916. Las inmigrantes blancas constituyeron el 18 % de todas las sirvientas femeninas en 1919, pero representaban solo un 8 % de la población de mujeres en edad laboral (15 años y más), de manera que su índice de participación fue de 226, superior al 186 que tenían las mujeres negras. Y la última cifra incluye un número no especificado de inmigrantes femeninas de las Antillas, pues los censos agrupaban a los nativos y negros nacidos en el extranjero en una sola categoría. Las familias norteamericanas, en particular, preferían a las jamaíquinas y otros sirvientes anglo parlantes. Los anuncios en la prensa norteamericana local a menudo declaraban que solo serían contratadas las domésticas de Jamaica. En otros casos, eran las mujeres afrocubanas las que eran excluidas.⁷¹

Las inmigrantes españolas accedieron a otros sectores y actividades en que las mujeres afrocubanas habían encontrado tradicionalmente

⁷⁰ “Cuartillas traspapeladas”, *La Prensa* (11 de enero de 1916); Neyra y Lanza: “La prensa y la inmigración antillana”, *Labor Nueva* 1:9 (16 de abril de 1916), 6-7.

⁷¹ Neyra y Lanza: “La prensa y la inmigración antillana”; Daniel Braddock: “Living conditions in Cuba”, Habana, 26 de agosto de 1958. USNA, RG 59/837.01/8-2658; “Classified Advertisements”, *Havana Post* (28 de julio de 1922); “Editorial. La ley y los hábitos mentales”, *Carga* 1:13 (febrero de 1944), 2-3.

oportunidades de empleo, como la industria. En 1899, las mujeres afro-cubanas representaban el 55 % de la fuerza laboral femenina empleada en la industria. Treinta años después su proporción, aunque todavía superior a su porcentaje en la población en edad laboral, disminuyó a un 40 %. La participación relativa de las nativas blancas permaneció básicamente estacionaria (de 42 % a 44 %): las que habían aumentado su participación en la industria eran las mujeres “extranjeras blancas” cuyo porcentaje saltó de un 3 % en 1899 a un 16 % en 1931.⁷²

La participación creciente de las inmigrantes en el mercado laboral, combinado con el estancamiento económico a finales de los años 20 e inicios de los 30, tuvo un impacto desastroso en las tasas de actividad de las mujeres negras, que en 1931 eran solo una fracción (6.5 %) de lo que habían sido en 1899 (23 %). Indudablemente, mucho más que un 6 % de mujeres negras trabajaban en 1931, pero lo hacían en ocupaciones que escapaban a las estadísticas del Estado cubano. Es fácil imaginar cómo el censo consideraría “sin ocupación lucrativa” a alguien como *La Larga*, un personaje en la novela *La raza triste* de Jesús Masdeu. *La Larga* estaba formalmente desempleada, pero en realidad distribuía su tiempo en dos actividades diferentes: lavandería y prostitución. El hogar recibía recursos adicionales a través de sus dos hijas (también formalmente desempleadas): una fue “contratada” como niñera de un niño blanco; la otra era prostituta.⁷³

La presencia de obreros inmigrantes no explica por sí sola la concentración de los afrocubanos en las actividades y sectores menos atractivos de la economía cubana. Además de la falta de instrucción, sus oportunidades estaban limitadas porque los patrones tenían ideas raciales de eficiencia y aptitud que daban ventajas en el salario y promociones a los obreros inmigrantes blancos. La discusión acerca de cuán beneficiosa fue esta inmigración para Cuba es de algún modo inútil. Los españoles y otros inmigrantes contribuyeron y se beneficiaron de la expansión económica del país durante el *boom* exportador anterior a la depresión; pero los afrocubanos y los obreros nativos en general tenían poco que ganar con su presencia. Como de costumbre, lo que

⁷² Para una descripción breve de las actividades de las mujeres afrocubanas en los inicios del siglo ver Clark: “Labor Conditions in Cuba”, 718. Para una denuncia del desplazamiento de las mujeres negras y mulatas del mercado laboral debido a la inmigración, ver “Un poco de etnología”, *La Prensa* (13 de octubre de 1915).

⁷³ Los índices de actividad femenina son estudiados por De la Fuente: “Race and Inequality in Cuba”, 158; Masdeu: *La raza triste*; Arredondo: *El negro en Cuba*, 63.

fue beneficioso para algunos no lo fue para otros. Los afrocubanos no estaban entre los primeros.⁷⁴

El impacto de la masiva introducción de obreros blancos no debe subestimarse. De hecho, los índices de desigualdad entre negros, blancos nativos y blancos extranjeros en la estructura ocupacional fueron *siempre* inferiores entre los trabajadores nativos blancos y negros que en los nativos (de cualquier color) y los obreros extranjeros.⁷⁵ En otras palabras, las diferencias entre los nativos y los obreros extranjeros eran consistentemente mayores que entre los cubanos blancos y negros (véase Tabla 4). La única excepción sucedió en 1943, pero fue una excepción falsa. Los índices de desigualdad entre los negros y blancos nativos aumentaron en el período 1931-1943 porque en 1940 se naturalizaron como cubanos muchos obreros que antes eran españoles, trasladándose a la columna de los “nativos” parte de las diferencias incluidas en la categoría de “extranjeros blancos”. Entre los nativos, de hecho, el índice disminuyó significativamente desde 1907, y era menor de 10 en 1931.

Tabla 4. *Índices de desigualdad en el trabajo, según raza y naturalidad, Cuba, 1899-1943*

	1899	1907	1919	1931	1943
Blancos nativos/blancos extranjeros	31.1	27.4	22.8	25.5	16.9
Negros/blancos extranjeros	35.4	34.8	24.8	23.5	18.3
Negros/blancos nativos	20.2	25.2	17.6	9.8	17.5

Fuentes: U. S., War Department, Report 1899, pp. 438-439, 462-62; Cuba, Censo 1907, pp. 514-515, 545-546; Cuba, Censo 1919, pp. 632-633, 666-667; Cuba, Censo 1931, Tablas 16, 21, 24; Cuba, Censo 1943, pp. 1042, 1056, 1112.

Estas diferencias fueron, en gran medida, el resultado de una política consciente que pretendió dividir a los obreros según su nacionalidad. Las diferencias eran tan grandes que en las primeras décadas del siglo, “la raza” se erigió como una línea de separación entre obreros nativos y extranjeros. El hacendado Edward Atkins, por ejemplo, se refería a los trabajadores del muelle de Cienfuegos utilizando dos

⁷⁴ Para una valoración “favorable” de esta inmigración y un resumen de este debate, ver Maluquer de Motes: “La inmigración española en Cuba”, 137-147.

⁷⁵ El índice de desigualdad mide diferencias entre dos o más grupos poblacionales. En la Tabla 4 mide las diferencias en la distribución ocupacional de los nativos, inmigrantes blancos y negros (nativos e inmigrantes).

categorías diferentes: los españoles en un lado y “los negros y cubanos” en el otro.⁷⁶ También un analista reportó en 1902 que los obreros del tabaco estaban divididos en dos gremios, uno para españoles y otro para cubanos; se refirió a esta división como “un elemento de *antagonismo de raza* entre los operarios del tabaco”.⁷⁷

Los patrones manipularon estas divisiones en su beneficio. Los extranjeros fueron utilizados como rompe huelgas. Se contrataron fuerzas de trabajo étnicamente diversas para minimizar su capacidad de organización. La conveniencia de esta estrategia fue planteada por un administrador del central Jatibonico: “Debido al problema del año pasado con los trabajadores de las centrífugas, hemos decidido contratar este trabajo con chinos, y al mismo tiempo alojarlos en el batey separados de todos los otros obreros. Los chinos [...] deben poner fin a las huelgas en este departamento [...] que han tenido lugar durante los últimos tres años”. Un gerente del central Francisco informó en 1917 que mientras los obreros nativos usaron la revuelta liberal para “marcharse de los campos de caña”, la molienda no se había detenido gracias a los antillanos: “Nuestra salvación en el asunto de suministro de caña han sido los haitianos y los jamaicanos, que están asustados”.⁷⁸

Los obreros extranjeros también fueron usados como rompe huelgas, en particular en los sectores relacionados con la importante industria azucarera: actividades portuarias, el transporte ferroviario y, desde luego, la producción misma de azúcar. En el caso de las huelgas portuarias, las líneas de navegación norteamericanas y británicas importaban sus propios obreros, a veces enmascarados como miembros de la tripulación, o contrataban antillanos u otros inmigrantes desempleados recién llegados.⁷⁹ Si no encontraban obreros calificados para reemplazar a los huelguistas, estos eran importados. En 1916, la Cuba Railroad Company respondió a una huelga que paralizó todo el tráfico en la región azucarera del este de Camagüey con una solicitud a su oficina de Nueva York: “Los maquinistas se unieron a la huelga.

⁷⁶ Atkins: *Sixty Years in Cuba*, 315.

⁷⁷ Clark: “Labor Conditions”, 768-769. La cursiva es mía.

⁷⁸ Frank Garrett a Whigham, Jatibonico, 22 de octubre de 1913. Cuba Company Papers, Series 1, Box 9, 135; F. Gerard Smith a Leandro Rionda, Central Francisco, 15 de febrero de 1917. BBC, RG 10, Series 10a, Box 8.

⁷⁹ “La huelga de bahía”, *La Lucha* (9 y 19 de julio de 1904); “Movimiento obrero. Los estibadores”, *La Lucha* (16 y 17 de julio de 1906); Beaupré al secretario de Estado, Habana, 8 de mayo de 1912. USNA, RG 59/837.5401/23; “Noticias del puerto. Jamaíquinos”, *Diario de la Marina* (11 de marzo de 1921); “Estibadores cesanteados injustamente”, *La Lucha* (15 de agosto de 1928).

Por favor consiga una de las organizaciones en los Estados Unidos que hacen negocio rompiendo huelgas, para que envíe 30 maquinistas con sus fogoneros”.⁸⁰

Estas tácticas divisionistas estimularon la hostilidad entre obreros de diferentes orígenes y condujeron a veces a una violencia abierta. En 1916, los cortadores de caña cubanos y haitianos del central Jatibonico, propiedad de la Cuba Company, se enfrentaron porque los haitianos aceptaban jornales un 20 % inferiores a los exigidos por los nativos. “Los cubanos intentaron impedir por la fuerza que los haitianos trabajaran”, informó un gerente del central. Un conflicto similar fue “apenas evitado” en 1922 en un central de la Atlantic Fruit Company. Dos años después, un motín callejero dejó a un haitiano muerto en el pueblo de Sagua de Tánamo (Oriente), cuando obreros españoles y haitianos lucharon por las pocas oportunidades de empleos y salarios. Se desarrollaron también problemas entre los obreros cubanos y los españoles en el muelle de La Habana en 1917; y los estibadores nativos en Antilla se declararon en huelga en 1921, bajo la dirección del líder local negro Antonio Fernández, con el lema “Cuba para los cubanos”.⁸¹

Las divisiones entre trabajadores cubanos y españoles permearon el movimiento obrero durante las primeras décadas de la república. La conocida “huelga de los aprendices”, de 1902, es un buen ejemplo. Los obreros nativos convocados por la Liga General de Trabajadores Cubanos exigieron igual acceso a los oficios del tabaco “sin distinciones de raza”, y condenaron “los privilegios odiosos” que daban preferencia a los españoles. La propia Liga se creó en 1899 para darle a los obreros cubanos “las mismas ventajas y garantías” que los extranjeros disfrutaban.⁸² En 1909, el activista socialista Carlos Baliño se retiró del Partido Socialista

⁸⁰ De un desconocido a Galham, Camagüey, 30 de noviembre de 1916 y M. K. a Whigham, Richmond, 29 de noviembre de 1916. Cuba Company Papers, Series 1, Box 23, 913 y 204.

⁸¹ Craib a George Whigham, Jatibonico, 20 de diciembre de 1916. Cuba Company Papers, Series 1, Box 20, 264; Horace Dickinson a C. B. Hurst, Antilla, 13 de junio de 1922. USNA, RG 59/837.00/2232; “El antagonismo”, *La Lucha* (4 de julio de 1924); “Strike Conspiracy”, *Havana Post* (13 de octubre de 1917); Jos Wells al secretario de Estado, Antilla, 17 de junio de 1921. USNA, RG 59/837.504/211.

⁸² “Huelga general”, *La Lucha* (2 de noviembre de 1902); “La huelga de los aprendices”, en Instituto de Historia: *El movimiento obrero*, 1:193-195; “La huelga general. La Liga General de Trabajadores Cubanos”, *La Lucha* (14 de noviembre de 1902). Acerca de los propósitos de la Liga, ver “Los obreros”, *La Lucha* (29 de septiembre de 1899); “Otra huelga”, *La Unión Española* (22 de enero de 1900, ed. tarde).

de Cuba —dirigido por socialistas españoles— debido a su falta de atención a las demandas de los obreros nativos por oportunidades de empleo. Baliño denunció la existencia de gremios en los que el trabajo estaba monopolizado por los obreros españoles, de manera que pocos cubanos blancos podían trabajar en el oficio y *ningún negro*.⁸³

Las divisiones también fueron evidentes en 1911, en una huelga de los obreros empleados en la construcción del sistema de alcantarillado de La Habana, donde aproximadamente un 75 % de la fuerza laboral era extranjera. Los socialistas, que organizaron y dirigieron la huelga, lamentaron la falta de apoyo entre los obreros cubanos; reclamaban que su partido se oponía a cualquier privilegio que favoreciera a los españoles, y que uno de sus principales líderes rechazó incluso el trato con contratistas que no admitían el empleo de albañiles negros.⁸⁴ Algunos gremios, como la Asociación de Maquinistas Navales de Cuba —afiliado a la reformista Federación Cubana del Trabajo—, permanecían segregados a partir de criterios étnico-nacionales hasta fecha tan tardía como 1931.⁸⁵

También se profundizaron las divisiones por los intentos de los obreros cubanos de regular el acceso de los extranjeros a las fuentes de empleo; estrategia que pretendía contrarrestar las prácticas discriminatorias de los patronos con la intervención gubernamental en el mercado laboral. La legislación proteccionista para los nativos fue promovida por un grupo obrero de Cienfuegos, tan temprano como en 1900, y por el Círculo de Trabajadores de Santiago de Cuba, en 1905. Después del cese de la segunda ocupación norteamericana, la organización Obreros de la Patria, Asociación de Cubanos Nativos, pidió al presidente Gómez que aprobara una ley que reservara el 75 % de todos los empleos para los nativos, así como una prohibición general de la inmigración. Esto fue respaldado por el Congreso Obrero de 1914, que exigió una proporción similar de plazas de aprendices y empleos de contratos públicos para los cubanos.⁸⁶

⁸³ Instituto de Historia: *Historia del movimiento obrero*, 1:150 (cursivas en el original).

⁸⁴ “La huelga del alcantarillado de la Habana”, en Instituto de Historia: *El movimiento obrero*, 1:289-92; [Partido Socialista]: “Manifiesto to All Workers”, incluido en Víctor Berger al secretario de Estado, Washington DC, 19 de febrero de 1912. USNA, RG 59/837.0132/1.

⁸⁵ Flaxer: “Memorandum on Labor Unions” en Guggenheim al secretario de Estado, Habana, 18 de junio de 1931. USNA, RG 84/850.4/747.

⁸⁶ “La prensa”, *Diario de la Marina* (25 de octubre de 1901, ed. mañana); “A la Cámara”, *El Nuevo Criollo* (18 de febrero de 1905); “Información obrera”, *El Mundo* (11 de septiembre de 1908); “Obreros de la Patria”, *La Lucha* (7 y 9 de octubre de 1909); Congreso Nacional Obrero: *Memoria*, 277, 299, 321.

No por casualidad, los afrocubanos estaban bien representados entre quienes apoyaban estas medidas: eran ellos los que llevaban la peor parte en la competencia por el empleo con los obreros extranjeros.⁸⁷

La batalla legal más importante para aprobar un proyecto de ley que protegiera a los obreros nativos tuvo lugar en 1925, cuando el representante negro Aquilino Lombard introdujo un proyecto de ley que reservaba el 50 % de todos los puestos, con la excepción de la agricultura, para los trabajadores cubanos.⁸⁸ La movilización popular en apoyo a esta medida demostró ser crucial para su aprobación por la Cámara de Representantes. Los representantes trabajaron bajo la fuerte presión de una multitud de obreros nativos que invadieron las galerías del Congreso y rodearon cada día el edificio. El presidente de la Cámara fue obligado a dirigirse al público en varias ocasiones, asegurándoles que el proyecto sería aprobado y que todos los representantes tenían presente el bienestar de los obreros. Descrito en la prensa como el “defensor de los obreros cubanos”, Lombard aprovechó el momento y consiguió que la Cámara aprobara el proyecto de ley.⁸⁹

Pero la oposición también se movilizó. Las cámaras locales de comercio en la Isla implementaron una campaña bien orquestada; argumentaban que la ley convertiría en desempleados a “valiosos elementos” que habían creado familias cubanas —esto es, los españoles inmigrantes—, que el personal capacitado para el comercio minorista no podía improvisarse —otra referencia a los españoles— y que la ley impediría toda la inmigración “deseable” a Cuba, de nuevo los españoles. También la Asociación Nacional de Corporaciones Económicas se oponía

⁸⁷ Entre los que demandaban la aprobación de estas leyes estaban los afrocubanos Juan Bravo y Gustavo Vargas Soler, líder de los trabajadores ferroviarios de Camagüey. Ver Bravo: “Sensaciones”, *Juvenil* (19 de enero de 1913); acerca de Soler, ver Congreso Nacional Obrero: *Memoria*, 172.

⁸⁸ La proporción fue posteriormente incrementada al 75 %. Al menos en dos ocasiones anteriores se intentó presentar una ley similar al Congreso durante los años 20, uno por el ayuntamiento de Regla (1922) y la otra por el Movimiento de Veteranos y Patriotas en 1923. Ver Crowder al secretario de Estado, Habana, 7 de marzo de 1922 y “Memorial to Congress Presented by the National Assembly of Veterans and Patriots”, Habana, 30 de agosto de 1923. USNA, RG 59/ 837.032/53 and 837.00/2345.

⁸⁹ “Pintoresca sesión en la Cámara” y “Continúan los debates”, *La Lucha* (5 y 10 de noviembre de 1925); “House Adopts Native Labor Legislation” y “Remainder of Native Labor Law Approved”, *Havana Post* (5 y 11 de noviembre de 1925); “Project of Law Introduced in the House of Representatives by Representative Lombard.” USNA, RG 59/837.504/278.

a la ley.⁹⁰ La Cámara Americana de Comercio convocó a una sesión especial para discutir el proyecto de ley, y concluyó que era “lesivo a los intereses norteamericanos y en algunos aspectos confiscatoria”. Y por último, pero no menos importante, el gobierno de los Estados Unidos instruyó a su embajada en La Habana para que “influyera fuertemente” con las autoridades cubanas con el objetivo de que la legislación no se promulgara.⁹¹

Como de costumbre, las autoridades cubanas se retractaron en lugar de hacer frente a estas presiones. Machado declaró su apoyo “en principio” a un proyecto de ley que beneficiara a los obreros nativos, pero aseguró a las autoridades norteamericanas que los inversionistas del norte no serían afectados y que él vetaría el proyecto de ley, a menos que fuese modificado. El veto presidencial no fue necesario: un comité senatorial rechazó la propuesta sobre bases constitucionales, mientras planteó su “identificación absoluta con el principio nacionalista y la protección de los cubanos”.⁹²

La discusión del proyecto de ley de Lombard era sobre la raza y el trabajo. No solo fue el proyecto de ley propuesto por un congresista negro, sino que el apoyo inicial en la Cámara fue adoptado por los representantes afrocubanos Garriga, Urquiaga y Portuondo. Por otra parte, toda la discusión acerca del impacto de la ley giró en torno al tema racial. “La industria azucarera y los campesinos están eximidos del proyecto de ley. Así que nuestras puertas continuarán abiertas a la indeseable inmigración jamaicana y haitiana, pero por otro lado las cerramos a la deseable inmigración de España”, comentó el *Heraldo de Cuba*. Un editorial en *La Lucha* era más explícito: “Pensemos en las bandas deplorables de jamaquinos y de haitianos, que convirtiéndose en cubanos [...] harían un lamentable perjuicio a nuestra raza en su

⁹⁰ “La Cámara de Comercio de Santiago de Cuba” y “Las Cámaras de Comercio de Rodas y de San Antonio de los Baños protestan”, *La Lucha* (27 y 29 de noviembre de 1925); “Nuevitas Chamber of Commerce Protests” y “Guantánamo Chamber of Commerce Opposed”, *Havana Post* (20 de noviembre y 19 de diciembre de 1925); “Economic Corporations Oppose Passage of Lombard Labor Bill”, *The Evening News* (21 de noviembre de 1925).

⁹¹ “American Chamber of Commerce Calls Special Session” y “American Chamber of Commerce Protests”, *Havana Post* (13 y 24 de noviembre de 1925); Crowder al secretario de Estado, Habana, 30 de noviembre de 1925 y el Departamento de Estado a la embajada en La Habana, Washington DC, 14 de noviembre de 1925. USNA, RG 59/837.00/2602 y 837.504/275; Pérez: “Aspects of Hegemony”, 62-63.

⁹² Crowder al secretario de Estado, Habana, 13 de noviembre de 1925 y 29 de enero de 1926. USNA, RG 59/837.504/275 y 292.

más amplio sentido y a nuestra nacionalidad”. Incluso quienes apoyaron el proyecto de ley usaron argumentos raciales en favor de su aplicación. “Es tonto afirmar que esta medida sería dañina a los españoles en Cuba” —afirmó *El Día*— y protectora para los cubanos negros o los elementos de color, porque al menos el 90 % de los españoles en Cuba pueden adoptar nuestra ciudadanía [...] Esto es precisamente [...] lo que nos agrada más”.⁹³

Como se mencionó antes, hasta 1933 no se aprobó una ley que protegiera a los obreros nativos. Un proyecto de ley que proporcionara un acceso privilegiado a los trabajadores cubanos al mercado de trabajo contradecía las políticas migratorias que el Estado cubano había implementado y que los intereses económicos promovieron. Tenía poco sentido inundar el mercado con obreros inmigrantes baratos solo para restringir su acceso a las fuentes de empleo. Con un régimen de protección legal para los nativos, los inmigrantes perdían su razón de ser: deprimir los salarios, tanto mediante el aumento del suministro de trabajadores, como por la fragmentación del movimiento obrero. Pero aun, si el gobierno cubano favorecía la protección a los trabajadores nativos, los intereses azucareros podían siempre acudir a Washington —el árbitro final en la política cubana— en busca de apoyo. De hecho, lo hicieron frecuentemente. El fracaso de la ley también era un indicador de la incapacidad del movimiento obrero de ejercer una presión política eficaz.

Aunque los patrones y el Estado tuvieron éxito al fragmentar el movimiento obrero a partir de líneas étnicas-nacionales, su objetivo principal —la creación de una masa laboral conforme y sumisa— nunca se logró. La construcción de la “raza” como una línea divisoria entre los obreros de diferentes nacionalidades tendía a disimular las diferencias raciales entre los obreros nativos y a facilitar su cooperación. “Los cubanos y los negros”—como Atkins los describió— se unieron con frecuencia en los mismos gremios y compartieron su liderazgo. Por otra parte, ni los españoles ni los antillanos fueron los obreros sumisos que los patrones deseaban que fueran. Al final de la década del 20, la inmigración la combatían no solo por el deterioro de las condiciones económicas, sino también porque los trabajadores extranjeros eran vistos como una fuente constante de problemas laborales.

De hecho, las políticas gubernamentales de deportación asumían que los conflictos laborales eran un mal importado y tendían a reforzar

⁹³ Las selecciones del *Heraldo* y *El Día* están tomadas de “Cuban Presson the Events of the Day” y “Lombard Measure May Affect Cuban Politics”, *Havana Post* (8 de noviembre de 1925 y 26 de enero de 1926); “La ley del setenta y cinco por ciento”, *La Lucha* (14 de noviembre de 1925).

la línea divisoria entre los trabajadores nativos y extranjeros. Mucho más alarmante para las élites fue la tendencia de estos trabajadores a colaborar con los nativos de todos los colores en gremios y huelgas.⁹⁴ Los inmigrantes tenían un acceso privilegiado al empleo, pero como carecían de los recursos políticos necesarios para monopolizar dichas posiciones, su situación era precaria. Eran blancos fáciles de la represión y podían ser reemplazados en cualquier momento. En esas condiciones, la doctrina anarquista de que los trabajadores no tenían nacionalidad sirvió de puente a las diferencias que de otra forma separaban a los trabajadores de distinto origen.

Como escribió en 1919 un líder español del sector panadero: “La patria real es la unión perfecta de todos los trabajadores, sin distinciones de raza y nacionalidades”. Los trabajadores, afirmó un periódico anarquista en 1909, “no podían ser extranjeros” en ningún lugar.⁹⁵ Después de la década de 1920, el movimiento obrero radical convirtió la igualdad obrera en uno de sus principios programáticos y elaboró un planteamiento de nacionalismo obrero: “Cuba debe ser para los cubanos. Esto no quiere decir odio al *extranjero*; quiere decir odio al *capital extranjero*”.⁹⁶ Cuando la presencia de los inmigrantes en la fuerza laboral disminuyó en los años 30, los obreros nativos desarrollaron una larga tradición de cooperación interracial.

A pesar de estas tradiciones, la eliminación de la inmigración y la cambiante composición de la fuerza laboral contribuyeron a elevar la competencia entre los obreros nativos, después de los años 30. Mientras que a inicios de la república, el término “la raza” a menudo se refería al origen nacional y étnico de los obreros, después de la gran depresión, las percepciones raciales sirvieron solo para identificar a los cubanos de ascendencia europea y africana, o sea, para separar a negros y blancos. Los afrocubanos siempre encontraron mayores obstáculos para conseguir empleo que los blancos. Pero las barreras “raciales” en el mercado laboral de la primera república contribuyeron a poner a los cubanos de todos los colores en una posición desventajosa con respecto

⁹⁴ Para el estudio de la movilización interracial en el movimiento obrero cubano ver Scott: “Relaciones de clase e ideologías raciales”, 127-50; y Dumoulin: “El primer desarrollo”, 3-66.

⁹⁵ Lino Castelló: “Francisco Lamuño”, *El Hombre Nuevo* (13 de octubre de 1919); “Argentina, Cuba, España” y “El mitin de Martí”, *¡Tierra!* (20 y 27 de noviembre de 1909). Ver también Dumoulin: “El primer desarrollo”, 34-35.

⁹⁶ “Nueva protesta de la Federación Obrera de la Habana”, “La viril protesta obrera” y “Manifiesto protesta de la Liga Antimperialista”, todos en Rosell: *Luchas obreras contra Machado*, 83-84, 95-98, 108-110 (cursiva en el original).

a los inmigrantes españoles. Después de 1930, las barreras continuaron siendo raciales, pero se aplicaron principalmente a los afrocubanos.

Además, aunque la inmigración tendió a diluir diferencias raciales entre los nativos, estimuló la competencia entre los cubanos en aquellos sectores en los cuales los obreros extranjeros encontraron más dificultades para entrar: el creciente sector público y los servicios profesionales. En esos sectores, que representaron un escaso 2 % del empleo total en 1899, pero que se expandieron aproximadamente un 10 % en 1931, los afrocubanos tenían que competir con los cubanos blancos por las oportunidades de empleo.

LA “ÚNICA INDUSTRIA” DE LOS CUBANOS

Los nativos tenían pocas vías para ascender económica o socialmente. Los inversionistas extranjeros controlaban las tierras dedicadas a la producción de azúcar, las industrias, bancos, servicios públicos, comercio nacional y exterior, así como el sistema de transporte. El único sector al cual los nativos tenían acceso privilegiado era el sector público, que generó varios miles (después de 1907, decenas de miles) de empleos manuales y de cuello-blanco a nivel nacional, provincial y municipal. Para los cubanos de origen humilde, y con pocas opciones para mejorar su posición social, la política, los cargos públicos y el acceso al presupuesto nacional abrieron nuevas oportunidades. En 1929, un periodista declaró: “¿Qué es el presupuesto nacional, sino el único gran negocio abierto a los cubanos en general?”

Era frecuente que a través de la corrupción y el fraude, un puesto público podía significar la diferencia entre la pobreza y la riqueza. “Los salarios en los puestos públicos como regla general son bajos, pero las oportunidades para extras son muchas”, explicaba un observador norteamericano.⁹⁷ Al menos los empleos públicos proporcionaban temporalmente alguna seguridad financiera. Es por eso que Miguel de Carrión escribió en 1921 que la política era la única industria de los cubanos y el fraude administrativo el camino hacia la fortuna. Como señaló un escritor negro, si la mayoría no poseía ni tierras ni capital, tenían que buscar el avance por alguna otra vía.⁹⁸

⁹⁷ J. M. Cruz Tolosa: “Como nos ven. A Domingo Mesa”, *Diario de la Marina* (17 de febrero de 1929); Lindsay y Winter: *Cuba and Her People*, 155. Las oportunidades para el soborno en los puestos públicos son tratados por Jesús Masdeu en su novela *Ambición* (1931).

⁹⁸ Carrión: “El desenvolvimiento social”, 6-27; Gabriel Sánchez: “La protección del Estado”, *Labor Nueva* 1:27 (27 de agosto de 1916), 8-9.

El acceso a los empleos públicos dependía de las relaciones políticas; los partidos triunfadores y sus candidatos distribuían empleos y posiciones por medio de una compleja red que comenzaba en el barrio y terminaba en el palacio presidencial. Aunque el funcionamiento del sistema no ha sido analizado por estudio específico alguno, las numerosas denuncias de favoritismo y parcialidad en la distribución de cargos permiten al menos intentar una caracterización general de este proceso. Estas quejas se expresaron con el gobierno de ocupación, en fecha tan temprana como 1899, cuando los secretarios designados fueron acusados de llenar sus departamentos con amigos, primos, hermanos y otros parientes. Cuando Estrada Palma asumió la presidencia (en mayo de 1902), tuvo que encarar una larga e interminable fila de visitantes que trataban de entrar en la nómina gubernamental, o que recomendaban a parientes o amigos para puestos públicos. El presidente aprendió rápido: su reelección en 1905 fue garantizada, fundamentalmente, con el nombramiento de sus seguidores políticos en empleos públicos; práctica que condujo a “la guerrita” de agosto de 1906.⁹⁹

Las administraciones siguientes reforzaron el sistema; incrementaron el presupuesto y crearon un número cada vez mayor de trabajos burocráticos imaginarios (las llamadas “botellas”). Las relaciones políticas y las recomendaciones eran indispensables para conseguir cualquier trabajo en la administración pública. Rafael Serra, intelectual afrocubano y político, afirmaba que los maestros, médicos y otros empleados, con independencia del color, necesitaban “influencias poderosas” para conseguir un empleo en las escuelas públicas, los hospitales y la burocracia.¹⁰⁰ Esto también era válido para trabajos menos calificados. Un joven cienfueguero comentó que para obtener un trabajo manual en La Habana necesitó la “recomendación” de una figura pública destacada. De igual forma, el jefe político del comité del Partido Liberal del barrio Atarés pidió 4 puestos en el ayuntamiento para sus seguidores en el barrio: 1 para una mecanógrafa y los otros para 1 portero y 2 para barrenderos de calles. Después de la década del 30, las influencias eran necesarias incluso para trabajar como estibador, pues los burócratas

⁹⁹ “Arbitrariedad”, *La Lucha* (6 de septiembre de 1899); “Patriotismo con jaba”, *La Lucha* (27 de mayo de 1902); El Negro Falucho: “Quia nominor leo”, *El Nuevo Criollo* (24 de diciembre de 1904); “Víctima de libertad”, *La Lucha* (5 de septiembre de 1905); “El cacique Antonio Bravo”, *El Nuevo Criollo* (7 de octubre de 1905).

¹⁰⁰ Sierra: *Para blancos y negros*, 205-206.

en el Ministerio del Trabajo vendían o distribuían esas posiciones de acuerdo con sus intereses.¹⁰¹

Conseguir trabajo en el sector público era difícil; perderlo era muy fácil. A pesar de los esfuerzos legislativos para impedir esta práctica, un cambio presidencial implicaba la renovación de la fuerza laboral. Para favorecer a sus seguidores y cumplir sus compromisos políticos, las facciones ganadoras tenían que cesantear a los empleados anteriores. Por ejemplo, el triunfo de los auténticos en 1933 motivó el despido de todos los empleados del ayuntamiento habanero, que fueron reemplazados rápidamente por los seguidores políticos de los triunfadores. En el gobierno central, todo el personal del Departamento de Obras Públicas fue despedido en 1936, cuando una nueva administración asumió el poder. Así como Estrada Palma hizo en 1905, miles de empleados no afiliados al partido en el poder eran también despedidos antes de las elecciones y reemplazados con seguidores y simpatizantes. Como expresó un periodista habanero en los años 40: el sistema se convirtió en una “desgracia perpetua” para Cuba.¹⁰² *Atenas*, la publicación mensual del famoso club negro, calificaba a los partidos como “sociedades cooperativas de colocación y seguro contra la miseria”.¹⁰³

Bajo fuertes presiones políticas, el sector público creció a un ritmo asombroso; de hecho, este fue el sector que tuvo un crecimiento relativo más rápido en el período 1899-1953. En 1899, solo un 1 % de la población activa era empleada en actividades gubernamentales (civil y militar), pero la proporción se multiplicó 9 veces en 1953. Los trabajos civiles representaban, aproximadamente, el 62 % de este aumento. La cantidad de empleados públicos (incluyendo al ejército y la policía) se duplicó en los años 20, de 26 000 en 1919 a 47 000 en 1925, y a 51 000 a finales de la década. Y estas cifras incluían solo los trabajadores “permanentes”.¹⁰⁴ Además, el gobierno cubano pagaba grandes sumas por las “botellas”. El secretario de

¹⁰¹ “Cuartillas traspapeladas”, *La Prensa* (11 de enero de 1916); “Tribuna libre”, *El Globo* (12 de mayo de 1927); Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (16 de noviembre de 1951).

¹⁰² “Los auténticos revolucionarios”, *Ahora* (12 de diciembre de 1933); Owen W. Games, Reporte Político, Santiago de Cuba, 2 de diciembre de 1936. USNA, RG 84/800; “Del ambiente político”, *Acción Socialista* 24:657 (marzo de 1945), 9.

¹⁰³ Lindsay y Winter: *Cuba and Her People*, 155-156; Juan Jiménez Pastrana: “El estilo maceico de la república”, *Atenas* 2:8 (diciembre de 1951), 14-17, 23.

¹⁰⁴ “Datos cubanos. Empleados del Estado cubano”, *Revista Bimestre Cubana* 22 (1927), 763; “El incremento de la burocracia”, *Diario de la Marina* (8 de febrero de 1931).

Hacienda estimaba en 1921 que se pagaban, más o menos 15 millones de pesos anualmente por estos trabajos; cantidad que representaba más del 40 % de lo que el Estado pagaba a sus trabajadores “reales”. Expresado de otra forma, las “botellas” eran equivalentes al sueldo promedio anual de 19 000 empleados adicionales.¹⁰⁵

Los afrocubanos accedieron al sector público gradualmente, pero permanecieron poco representados en todo el período republicano y su participación se estancó después de 1931. Los intelectuales negros y mulatos denunciaron la falta de oportunidades para entrar en la burocracia estatal y el ejército, sobre todo porque ellos habían concebido una república donde los negros ocuparían posiciones en “todas las esferas públicas”.¹⁰⁶ La realidad, sin embargo, distaba mucho del sueño martiano de una Cuba “Con todos, y para el bien de todos”.

En 1901, una sociedad afrocubana denunció que de 7 000 puestos públicos distribuidos durante la ocupación norteamericana, fueron otorgados menos de 100 a cubanos negros. Los veteranos blancos culparon al gobierno de ocupación, pero los aspirantes afrocubanos fueron postergados en la distribución de empleos aun después del establecimiento de la república en 1902. En ese año, el Comité de Veteranos afrocubanos denunció que de unos 50 carteros, solo 7 u 8 eran negros; ni uno solo era inspector de aduanas. La Secretaría de Estado empleaba 2 negros y la de Interior solo 1; tampoco estaban representados en el gobierno local de La Habana, y su presencia entre los oficiales de la policía era mínima.¹⁰⁷

Por su prominente participación en la “guerrita” de agosto de 1906 contra Estrada Palma, los afrocubanos esperaban una creciente participación en la distribución de empleos después que los liberales tomaran el poder. Estas expectativas no se concretarían fácilmente por la creciente competencia para obtener cargos públicos entre las facciones contendientes en el mismo Partido Liberal. Como reconoció

¹⁰⁵ Trelles: “La hacienda”, 325. Sobre la presencia de este problema en la literatura, ver la novela *Ambición* de Masdeu, donde el protagonista obtiene dos trabajos gubernamentales imaginarios, cada uno con un salario mensual de \$250.00. El salario mensual por su trabajo “real” era, sin embargo, de \$75.00.

¹⁰⁶ Serra: “De actualidad”, *El Nuevo Criollo* (11 de febrero de 1905); Helg: *Our Rightful Share*, 87.

¹⁰⁷ “Asuntos varios. Mitin en Guanabacoa”, *Diario de la Marina* (28 de noviembre de 1901, ed. mañana); “A la Antorcha de Trinidad”, *El Nuevo Criollo* (5 de noviembre de 1904); Simeón Poveda Ferrer: “Sobre la raza de color II”, *El Nuevo Criollo* (25 de noviembre de 1905). Ver también Orum: “The Politics of Color”, 113-129; Helg: *Our Rightful Share*, 100-103; Fernández Robaina: *El negro en Cuba*, 46-67; Castellanos y Castellanos: *Cultura Afrocubana*, 2:288-308.

Charles Magoon: la competencia para obtener empleos públicos y la falta de oportunidades para el avance en otras áreas de la economía cubana fomentaban tensiones raciales en la isla.¹⁰⁸

De cualquier modo, la participación de los negros en el sector público aumentó durante la primera década de la república, y esta tendencia no se interrumpió por la represión racista de 1912 contra el Partido Independiente de Color. Más bien, durante las décadas de 1910 y 1920, una cantidad creciente logró puestos civiles y militares. En 1931, su índice de representación en el sector se acercaba al ideal (véase Tabla 3). Esto fue posible, en parte, por el desplazamiento de los españoles, cuya participación en el sector público disminuyó entre 1899 y 1931 en un 80 %. La campaña de los veteranos de 1911 para expulsar a los llamados “guerrilleros” (cubanos que apoyaron con las armas a la causa española) de las oficinas públicas y “cubanizar” el sector, era de hecho un esfuerzo por abrir nuevas oportunidades de empleo a expensas de los españoles. Aun si este proceso era fundamentalmente —como expresó Arredondo— un asunto de los blancos, los negros se beneficiaron de la expansión del sector público.¹⁰⁹

Sin embargo, este sector no era diferente en la distribución de trabajos entre los grupos raciales. El modelo era similar al del sector privado: como tendencia, para los afrocubanos se preservaban los escalones más bajos de la administración pública, y algunas actividades y ramas del gobierno cubano estaban virtualmente cerradas para ellos. Los afrocubanos estaban bien representados entre los carteros, empleados de limpiezas de calles, otros trabajos manuales, y la burocracia baja, pero su cantidad disminuía en el sistema de justicia, la alta burocracia y el servicio diplomático; a pesar de que protestaron, por ejemplo, cuando después de la caída de Machado ellos no recibieron un número proporcional de puestos en el sistema judicial.¹¹⁰

De igual forma, exigieron con frecuencia representación en el servicio diplomático. De hecho, este era uno de los problemas

¹⁰⁸ Ricardo Batrell Oviedo y Alejandro Nenínger: “Manifiesto al pueblo de Cuba”, ANC. Fondo Especial, Leg. fuera, no. 8-21; “¿Partido negro?”, *La Discusión* (17 de diciembre de 1906); Evaristo Estenoz: “A mis amigos”, *El Nuevo Criollo* (30 de septiembre de 1905); Magoon: *Report of Provisional Administration*, 326.

¹⁰⁹ Hugh Gibson al secretario de Estado, Habana, 10 de noviembre de 1911. USNA, RG 59/837.00/502; “Como se cubaniza”, *Cuba* (17 de enero de 1912); “Aviso del gobierno de Washington”, *La Opinión* (17 de enero de 1912); Arredondo: *El negro en Cuba*, 65.

¹¹⁰ Comunicación mecanografiada del secretario de la presidencia al secretario de Justicia, Habana, 23 de octubre de 1933. ANC, Secretaría de la Presidencia, leg. 87, no. 91.

mencionados en el programa del Partido Independiente de Color, que subrayaba “la urgente necesidad” de nombrar “ciudadanos de la raza de color” en el cuerpo diplomático, “para que la república esté representada cual ella es”. Estaban conscientes que representar a la nación ante los gobiernos extranjeros tenía un tremendo valor simbólico: una manera de reconocer que eran cubanos plenos y que Cuba no era un país exclusivamente de blancos. Como trató de explicar el jefe local blanco del Partido Liberal a Miguel Valdés, el protagonista mulato de *La raza triste* de Masdeu: “ciertas personas” no podían ser consideradas como los representantes “genuinos” de Cuba ante el mundo.¹¹¹ Machado ubicó algunos en el servicio diplomático, pero esta rama del gobierno continuó siendo abrumadoramente blanca.

El sector militar no era una excepción a este modelo. Los negros aumentaron su representación en el ejército y la policía, pero su ascenso a la alta oficialidad era poco menos que imposible. Como han señalado otros autores, cuando el gobierno de ocupación organizó el ejército y la guardia rural, estableció varios requisitos que restringían la participación de negros y mulatos.¹¹² Alistarse implicaba que el soldado tenía que “avituallarse” a sí mismo, incluyendo el caballo, equipo y uniforme. Los aspirantes tenían que saber leer y escribir, tener “buen carácter” y reputación, y proporcionar dos cartas de recomendación de ciudadanos conocidos, preferiblemente propietarios. Según una nota de prensa reproducida en el *Diario de la Marina* —pero no confirmada por otras fuentes— el jefe de la guardia rural, mayor general Alejandro Rodríguez, ordenó la “expulsión progresiva” de los afrocubanos de este cuerpo. Aunque la guardia rural se reorganizó después bajo la república, Batrell y Nenínger afirmaron en su manifiesto que los negros fueron excluidos nuevamente.¹¹³

La presencia de negros en el cuerpo de artillería fue aún más polémica. El gobernador militar Leonard Wood intentó crear en la Isla un cuerpo de artillería formado totalmente por blancos. De hecho, fue solo bajo la presión de los veteranos del Ejército Libertador que se le dio a los negros la oportunidad de alistarse. En nombre del Consejo de Veteranos, el general Alemán y el coronel Estrampes —ambos blan-

¹¹¹ Alfredo Martín Morales: “Claroscuro”, *Labor Nueva* 1:4 (12 de marzo de 1916); Fernández Robaina: *El negro en Cuba*, 193; Masdeu: *La raza triste*, 177.

¹¹² Pérez: *Cuba Between Empires*, 338-344; Helg: *Our Rightful Share*, 96-97.

¹¹³ “Asuntos varios. La guardia rural”, *Diario de la Marina* (12 de enero de 1901, ed. tarde); “La prensa”, *Diario de la Marina* (11 de octubre de 1901, ed. mañana); “Report of Captain H. J. Slocum”, en Cuba, Military Governor, *Civil Report... 1902*, 3:68; Batrell Oviedo y Nenínger: “Manifiesto.”

cos— pidieron a Wood “que no se excluya del Cuerpo de Artillería a los hombres de color”. Los oficiales le recordaron a Wood que negros y blancos lucharon juntos por la libertad de Cuba, muchas veces bajo el mando de “jefes de color”, y que su exclusión era “injusta” y contraria a las “tradiciones democráticas y revolucionarias” del Ejército Libertador.

En otras palabras, los veteranos blancos expusieron que existía una contradicción flagrante entre el discurso integracionista del nacionalismo cubano y la política segregacionista del gobierno de ocupación. La solución de Wood fue típica: contestó que nunca había pensado herir “los sentimientos de los cubanos” y prometió que el cuerpo de artillería se compondría de igual número de negros que de blancos “sin distingos ni privilegios”. Lo que no dijo fue que se agruparían en dos compañías racialmente segregadas. Peor aún, unos meses después, Wood ordenó el incremento del cuerpo pero solo con miembros de la “raza blanca”, de manera que al final existían dos compañías de blancos y una de negros y mulatos.¹¹⁴

Así, mientras la fuerza de la ideología nacionalista de fraternidad racial impedía la formación de un cuerpo de artillería solo de blancos, el poder del racismo norteamericano logró introducir la segregación efectiva en el ejército. Para crear un ejército en que quedaran representados por igual negros y blancos y disfrutaran de oportunidades más o menos similares para la promoción —como en el Ejército Libertador que forjó “las tradiciones democráticas y revolucionarias” invocadas por los veteranos blancos en su entrevista con Wood— los gobiernos republicanos tendrían que revertir las políticas del gobierno de ocupación. Esto es lo que el Comité de Veteranos intentaba lograr en 1902 cuando obtuvieron 80 puestos para afrocubanos en la policía de La Habana.

Por el compromiso formal de los partidos dominantes con el ideal de una república integrada y el nivel de competencia electoral, la creación de un ejército solo de blancos era políticamente imposible. No existen dudas de que los negros entraron en el sector militar. De hecho, alrededor de 1919, su representación en el sector era casi idéntica a su proporción en la población económicamente activa (véase Tabla 3).

El ejército y la guardia rural se ampliaron significativamente en la década de 1910, y crearon grandes oportunidades para el alistamiento. En 1906, las fuerzas armadas tenían unos 6 000 miembros; y ascendieron alrededor de 13 000 en 1919. La proporción del presupuesto asignada a

¹¹⁴ “La Prensa”, *Diario de la Marina* (11 y 17 de octubre de 1901, ed. mañana); “El Centro de Veteranos y Wood”, *El Mundo* (16 de octubre de 1901); “Asuntos varios. La artillería cubana”, *Diario de la Marina* (19 de enero de 1902, ed. mañana); Cuba, Military Governor: *Civil Report... 1902*, 1: 191.

gastos militares subió del 11 % en 1907 al 23 % en 1919.¹¹⁵ El requisito de alfabetización y otros que tendían a excluir del ejército y la marina a los sectores más pobres de la sociedad cubana fueron mantenidos en las leyes militares, pero ignorados con frecuencia en la práctica.¹¹⁶

Lo que era verdaderamente difícil a los negros y mulatos era ascender en el ejército, la guardia rural o la policía. A inicios del siglo xx, algunos intelectuales afrocubanos y figuras públicas denunciaron que no había ningún oficial negro en la artillería, y que la compañía de estos nunca participaba en actos de honor; en especial los que honraban a dignatarios extranjeros. Rara vez eran nombrados, en la policía, como guardias de “primera clase”, y algunos oficiales fueron removidos de sus puestos. Solo 2 oficiales negros estaban en la policía de La Habana: un teniente y un capitán. En la guardia rural, con la excepción de 2 o 3 tenientes, todos los oficiales eran blancos. Máximo Gómez, líder máximo del Ejército Libertador, exhortó a Wood en 1900 para que designara al general Pedro Díaz como jefe de la guardia rural, pero el cargo le fue denegado al general afrocubano. En cambio, se rumoraba que se le ofrecería una posición menos prestigiosa, como inspector de policía en Pinar del Río.¹¹⁷

El cuerpo militar reprodujo el modelo de otros sectores de la sociedad cubana, en los que la desigualdad racial se incrementaba en los escalones más altos, posiciones que conferían prestigio, poder y mejores salarios. Un comandante ganaba 3 veces más que un sargento primero, y 5 veces más que un simple alistado. Muchos oficiales se graduaron en las escuelas del ejército norteamericano, que incluía la academia de West Point, en la que no se admitían negros. Los oficiales de más alto rango, sin excepción, eran blancos. En 1922 el jefe de personal, el ayudante general, el intendente general y todos los comandantes de distrito eran blancos. Algunos oficiales trataron de sacar a los negros del ejército y limitar su acceso a ciertos cuerpos de élite. Cuando el ejército cubano decidió, en 1918, entrenar a 40 hombres para un escuadrón de aviación, todos eran blancos. No fue hasta 1942 que se concedió

¹¹⁵ “Armed Forces of Cuba, 1906-1934”. USNA, RG 165/2012-153; Trelles: “El progreso y el retroceso”, 348-349.

¹¹⁶ Decretos 539 y 541, Habana, 8 de mayo de 1924. USNA, RG 165/2657-Q143; De Graux, Memo al Departamento de Guerra, Habana, 21 de enero de 1919. USNA, RG 165/2012-55.

¹¹⁷ Serra: “A los liberales de color” (octubre de 1906), en su *Para blancos y negros*, 80-84; “A la Antorcha de Trinidad”, *El Nuevo Criollo* (5 de noviembre de 1904); Batrell y Neninger: “Manifiesto”; Máximo Gómez a Leonard Wood, Habana, 6 de enero de 1900. LC, Leonard Wood Papers, 28; “Notas sueltas. El general Díaz”, *La Lucha* (9 de septiembre de 1899).

la primera licencia a un piloto negro en Cuba, pero no podía pilotar aviones militares debido a “ciertos obstáculos legales”.¹¹⁸

Al igual que en las ramas civiles del gobierno, acceder a posiciones de liderazgo era difícil, pero no imposible, para los afrocubanos, y algunos oficiales del Ejército Libertador ocuparon posiciones de importancia después de la guerra. El general José González Planas, por ejemplo, era el jefe del cuarto distrito de la guardia rural en la provincia de Las Villas cuando falleció en 1901. Al parecer era significativamente más fácil llegar a oficial en los poblados rurales que en La Habana u otras grandes ciudades. Para mencionar solo un ejemplo, en 1907, 9 de los 18 miembros del escuadrón de policía de Camajuaní eran negros, incluyendo al jefe de la municipalidad, Serafín Rodríguez.¹¹⁹

Algunos oficiales, como Arsenio Ortiz, el veterano Bernardo Sandó y Ramón Cabrales, adquirieron prestigio y proyección nacional. Ortiz, descrito como “de raza no blanca” y “casi negro”, se rebeló contra Estrada Palma en 1903 y 1906, y entró entonces en el ejército como teniente; tuvo un papel destacado en la represión contra los Independientes en 1912. En 1917, permaneció fiel al gobierno conservador contra la revuelta liberal y fue promovido a mayor; tres años después lo nombraron supervisor militar en Holguín durante las elecciones, y se hizo notorio por sus intimidaciones contra los electores liberales; reputación que el mayor Sandó, también supervisor militar en la provincia, compartía con él. A finales de la década de 1920 Ortiz, ya comandante, fue designado supervisor militar de Santiago de Cuba, y se convirtió en uno de los oficiales más odiados del régimen de Machado. La oposición lo llamaba “el chacal” y lo consideraba “el más feroz” de todos los asesinos del período. En 1931, fue reemplazado como supervisor militar por Cabrales, descrito por los oficiales norteamericanos como “bastante oscuro”. Según fuentes norteamericanas, tanto Ortiz como Sandó tenían gran apoyo entre los negros.¹²⁰

¹¹⁸ “G-2 Report: Prominent Officers in the Cuban Army,” Habana, 6 de enero de 1922. USNA, RG 165/2012-90; “Una injusta preterición”, *La Discusión* (24 de enero de 1925); Van Natta al jefe de la Inteligencia Militar, Habana, 30 de julio de 1918. USNA, RG 165/2012-16; Romilio Portuondo Calá: “El primer piloto negro con licencia”, *Magazine de Hoy* (1 de octubre de 1944).

¹¹⁹ Lino D’Ou: “El Brigadier González”, *Cúspide* 2:10 (15 de octubre de 1938); “El alcalde y policía de Camajuaní”, *La Lucha* (21 de agosto de 1907).

¹²⁰ “Comandante Arsenio Ortiz”, sin fecha. USNA, RG 165/2657-Q-126; Long al secretario de Estado, Habana, 27 de septiembre de 1920. USNA, RG 59/837.00/1778; “El Cmte. Arsénico Ortiz”, *La Política Cómica* (3 de mayo de 1931); “La agresión al chacal Ortiz”, *Bohemia* (26 de noviembre de 1933), 14, 59; J. Hobson al director de la Inteligencia Militar, Habana, 24 de octubre de 1920. USNA, RG 165/2657-Q-46; Schoenrich a Guggenheim, Santiago, 27 de abril de 1931. USNA, RG 84/800.

La cantidad de oficiales negros en el ejército aumentó después de la caída del régimen de Machado y de la “sublevación de los sargentos” del 4 de septiembre de 1933, dirigida por Fulgencio Batista. El despido de un elevado número de altos oficiales abrió oportunidades a la promoción de los oficiales sublevados de más bajo rango. Tan pronto como el 16 de septiembre de 1933, una orden ejecutiva despidió un total de 518 oficiales, que incluía a 7 coroneles, 16 teniente-coroneles, 41 mayores y 125 capitanes. El 70 % de todos los oficiales superiores a segundo teniente fueron reemplazados.¹²¹ De los 17 oficiales destacados en la ciudad de Matanzas en diciembre de 1933, solo 3 fueron oficiales bajo Machado. El cónsul norteamericano en la ciudad comentaba que algunos de los nuevos oficiales “apenas podían leer y escribir” y agregaba que de los 17, 8 eran “negros”. El nuevo jefe de la guardia rural en la provincia también lo era.

El propio Batista, cuya “raza” era objeto de especulación, tenía varios soldados negros en su escolta personal; esto proporcionaba a los afrocubanos una creciente visibilidad en el ejército. Fuentes de inteligencia militar de los Estados Unidos afirmaban que después de la revuelta del 4 de septiembre, la proporción de ellos aumentó considerablemente en el ejército. Según estas fuentes, el 30 % de los soldados eran “negros puros”, el 35 % mulatos y el 35 % blancos, que incluía “muchos llamados blancos que tienen una pequeña mezcla de sangre negra”. Entre los oficiales se estimaba que el 20 % eran “negros”.¹²² Estas proporciones eran aun más altas en Oriente: del 40 % al 75 % de los soldados, así como el 40 % de todos los oficiales. Además, en la recién creada reserva femenina, “predominan las mulatas”.¹²³

¹²¹ H. Freeman Matthews al secretario de Estado, Habana, 16 de septiembre de 1933. USNA, RG 84/820/259. He estimado este porcentaje utilizando las cifras incluidas en el “Resume of Cuban ArmyStrength”, 28 de febrero de 1933. USNA, RG 165/2012-100.

¹²² Hartwell Johnson: Encuesta general de las condiciones políticas y económicas, Matanzas, 22 de diciembre de 1933. USNA, RG 84/800/145; “The Crusher of Revolutions”, *Havana Post* (12 de noviembre de 1933); T. N. Gimperling: “G-2 Report: Alleged Dissension and Communism in the Cuban Army”, Habana, 30 de octubre de 1933. USNA, RG 165/2012-133; Gimperling: “Commissioned officers”, Habana, 4 de enero de 1934. USNA, RG 165/2012-119; Richard S. Hooker, Jr.: “Squadron Intelligence Report”, Habana, 5 de enero de 1934. USNA, RG 84/820/322.

¹²³ William Blocker: Reporte político quincenal, Santiago, 13 de diciembre de 1935. USNA, RG 84/800; agregado militar, Memo, Habana, 12 de marzo de 1935. USNA, RG 84/800/2880; Milton Thompson a Elis O. Briggs, Matanzas, 4 de septiembre de 1935. USNA, RG 84/800.

El número de oficiales afrocubanos en el nuevo ejército creció, pero no sin resistencia. En los años posteriores a la depresión, el ejército representaba uno de los pocos caminos para obtener el ascenso social. El cónsul norteamericano en Santiago de Cuba se refería al ejército como “el poder supremo” en la Isla. Los jefes militares no solo controlaban sus propios recursos, sino también la distribución local de empleos públicos. “Los tentáculos del ejército han crecido hasta controlar los trabajos municipales menos importantes, como los puestos de barrenderos y otros trabajos”. Estos empleos eran concedidos a “los allegados y los amigos” de los oficiales y soldados. La cohesión del ejército se garantizó en sí misma a través de la distribución de beneficios entre los oficiales y soldados, como alojamiento, alimentación, facilidades para la recreación y oportunidades para el soborno.¹²⁴

La competencia por los ascensos y promociones intensificaron las tensiones raciales. Algunos soldados blancos percibían con “hostilidad” el mando de oficiales negros y estallaron casos de violencia racial en varias guarniciones a lo largo de la Isla. Matanzas fue testigo de luchas callejeras entre blancos y negros pues un soldado blanco hizo un llamado para eliminar a “todos los soldados y oficiales negros” del ejército. En la guarnición de Cabañas se produjo un incidente cuando un soldado blanco se negó a obedecer a un oficial negro. En los cuarteles aparecieron proclamas que llamaban a la violencia racial y circulaban rumores de supuestas conspiraciones negras contra los blancos. Mientras tanto, las clases pudientes dejaron claro que tenían poco en común con la dirección del nuevo ejército. En un intento de atraer a los miembros de la élite a los eventos sociales del ejército, los oficiales negros o sus familias fueron excluidos. El jefe mulato del distrito naval de Nuevitás, por ejemplo, fue forzado a asistir a los bailes y otros eventos sin su esposa, descrita como una persona de “sangre negra pura”.¹²⁵

¹²⁴ Blocker: Reporte político quincenal, Santiago de Cuba, 13 de diciembre de 1935. USNA, RG 84/800; Willard L. Beaulac: Reporte de las condiciones generales, Habana, 22 de septiembre de 1938. USNA, RG 84/800/1130; Ellis O. Briggs al secretario de Estado, Habana, 4 de diciembre de 1943. USNA, RG 84/800/5329.

¹²⁵ Edwin Schoenrich a Samuel S. Dickson, Nuevitás, 26 de diciembre de 1933. USNA, RG 84/800; Johnson a Dickson, Matanzas, 4 de enero de 1934. USNA, RG 84/800/309; Caffery al Departamento de Estado, Habana, 21 de febrero de 1934. USNA, RG 84/800/173; “Al pueblo de Cuba”, *Adelante* 6 (noviembre de 1935), 20; “Al País. ¡El Partido Comunista ante los últimos atentados a los negros!”, Habana, 6 de abril de 1936. ANC, Fondo Especial, leg. 5, no. 193; Thompson a H. Freeman Matthews, Matanzas, 18 de mayo de 1936. USNA, RG 84/800; Thompson a Briggs, Nuevitás, 16 de septiembre de 1941. USNA, RG 84/800.

La resistencia blanca logró al menos dos resultados concretos: la dirección del ejército continuó siendo blanca —aunque la “raza” de Batista siempre fue discutida— y la representación de los afrocubanos en las fuerzas armadas y la policía realmente disminuyó algo durante la década del 30 (véase Tabla 3). El periodista negro Manuel Cuéllar Vizcaíno tenía razón cuando declaró que bajo Batista el ejército se había “blanqueado” y que los oficiales negros eran en muchos casos excluidos de los eventos sociales en los clubes del ejército. Cuéllar también señaló que ellos estaban subrepresentados en la marina y que no eran admitidos en la Escuela de Oficiales del Mariel. De hecho, la “cuestión racial” fue descrita tradicionalmente como “más aguda” en la marina que en el ejército.¹²⁶

Algunos oficiales negros, como los generales Hernández Nardo y Gregorio Querejeta, alcanzaron puestos de mando a nivel nacional, pero el control del ejército y la policía permaneció en manos de blancos. En 1945, los 30 oficiales de más alto rango en la Policía Nacional eran blancos. Ese mismo año, el club afrocubano Unión Fraternal se sintió obligado a rendir homenaje al jefe de policía por promover a un descendiente de Maceo de sargento a segundo teniente. En el ejército, todos los comandantes de regimientos y distritos militares eran blancos en 1938.¹²⁷ Querejeta llegó a ser jefe de un regimiento, inspector general del ejército, y jefe de la fortaleza de la Cabaña en 1946, solo para ser retirado 2 años después; él era capitán en la época de la revuelta de los sargentos, y fue promovido a comandante, pero de inmediato fue transferido a la comisaría general donde no tenía mando directo de tropas. Aunque fungía como comisario general efectivo, Batista nunca lo nombró de forma oficial, “probablemente porque no quería tener un oficial negro entre sus tres coroneles auxiliares”, según especulaban fuentes de la inteligencia militar norteamericana. Su retiro en 1948 se interpretó como una política “dirigida a eliminar a los negros de las posiciones de alto rango en el ejército cubano”.¹²⁸

¹²⁶ Cuéllar Vizcaíno: *Unas cuantas verdades*, 7-12; Thompson a Briggs, Nuevitas, 16 de septiembre de 1941. USNA, RG 84/800.

¹²⁷ “Almuerzo del presidente con los jefes policíacos”, *Revista de la Policía* 1:8 (agosto de 1945), 13; John Speakes a James Wright, Habana, 1 de agosto de 1945. USNA, RG 84/843; E. W. Timberlake: Distribución de tropas, Habana, 19 de mayo de 1938. USNA, RG 84/822/5576. Para opiniones de los afrocubanos sobre su participación en la policía después de la Revolución de 1933, ver “De Calimete”, *Adelante* 1:2 (julio de 1935), 20; Cuéllar Vizcaíno: *Unas cuantas verdades*, 5, 10; Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (7 de diciembre de 1951).

¹²⁸ Barber, Jr., División de Inteligencia Militar: Quién es quién sobre Tte. Coronel. Gregoria [sic] Querejeta, Habana, 7 de mayo de 1941. USNA, RG 165/2012/168;

Las dificultades para ascender entre los militares, la burocracia, e incluso para obtener algunos trabajos manuales calificados, conformaban un modelo general: mientras más prestigiosa y mejor pagada era una posición, más difícil se hacía el acceso a los negros y mulatos. En términos de participación, a inicios de los años 30, ellos hicieron progresos notables en todos los sectores de la economía cubana, con una excepción parcial pero notable: los servicios profesionales.

En Cuba, como en otros países de América Latina, la desigualdad racial se trasladó gradualmente desde los sectores más masivos de la economía hacia los más deseables; pero incluso en esos sectores masivos algunas ocupaciones permanecían cerradas, o casi, a los negros, incluyendo algunos trabajos industriales calificados, o puestos que incluían el contacto directo con el público, desde empleados de tiendas hasta conductores de tranvía. El movimiento obrero organizado procuró romper algunas de las barreras, pero sus luchas demuestran que las barreras eran reales. La raza, sin embargo, era un obstáculo aun mayor para acceder a las profesiones. Las diferencias salariales asociadas al color de la piel no eran grandes entre los trabajadores manuales, pero aumentaban significativamente entre los profesionales. Además, fue en este sector donde los índices de representación de los negros eran los más bajos.

“Ascendido el capitán Querejeta”, *Diario de la Marina* (14 de noviembre de 1933); Norweb al secretario de Estado, Habana, 3 de diciembre de 1946. USNA, RG 59/837.00/2526; “Decretados ascensos”, *El Crisol* (4 de febrero de 1942); Mallory al secretario de Estado, Habana, 15 de diciembre de 1948. USNA, RG 59/837.20/12-1448.

4. Educación y movilidad social

“El negro cubano tiene planteado y sin resolver, un problema que bien puede considerarse [...] como el problema de los problemas: pues es el de su educación”.

Rafael Serra: El Nuevo Criollo, 1905.

“El mismo desnivel que existe entre las clases sociales blancas se encuentra [...] entre las de color”.

Ramón Vasconcelos: La Prensa, 1915.

“Cuando un hombre negro llega a la cima en cualquier [...] actividad, sufre aun más discriminación racial y mayor humillación”.

Juan R. Betancourt: Doctrina negra, 1954.

El acceso a las profesiones y al trabajo intelectual dependía de varios factores; la educación, entendida como instrucción formal, era desde luego crucial. El Estado republicano se basaba en una noción de modernidad en la cual los méritos académicos y el entrenamiento formal eran claves; en este aspecto, tanto los miembros del Ejército Libertador como el gobierno de ocupación estaban de acuerdo. El analfabetismo generalizado no era compatible con la edificación de una nación moderna. La naturaleza, carácter, y objetivos de los programas educacionales e instituciones eran objeto de discusión. Además, mientras algunos intelectuales, políticos, y empleadores blancos percibían la falta de educación de los afrocubanos como una manifestación del “problema negro”, estos lo explicaban como un resultado de la esclavitud y el colonialismo.

La meritocracia sobre la que descansaba supuestamente la sociedad republicana funcionó de forma compleja y contradictoria. Por una parte, los méritos y la preparación fueron invocados para minimizar la participación de los afrocubanos y los blancos pobres en la administración o en las oficinas en el sector privado. Como anticipó Wood en enero de 1899, los cargos importantes requerían “hombres de

educación”, que no eran, precisamente, los hombres negros.¹ Por otro lado, los méritos y la educación sirvieron para trazar “una ruta” para el ascenso y la movilidad social. Además, la alfabetización y alguna educación elemental se consideraron indispensables para “cumplir a cabalidad con los deberes ciudadanos y el sufragio universal”, por los cuales los cubanos habían luchado arduamente.² Los afrocubanos trataron la enseñanza de esta manera, como algo sagrado e hicieron campañas para mejorar su educación.

Junto a otros sectores populares, también reclamaron que el gobierno creara suficientes escuelas. Se requería la educación para ser un miembro efectivo de la república “Con todos, y para el bien de todos”, y el Estado cubano, que pretendía representar ese ideal, tenía que proporcionar oportunidades para la enseñanza.³ De hecho, el mejoramiento de la educación siempre figuró en las plataformas de los partidos y algunos candidatos, como Machado, lo hicieron centro de su campaña electoral.⁴

Alcanzar la educación, sin embargo, no era suficiente para acceder a las profesiones liberales y a los cargos públicos. También se necesitaban contactos sociales y políticos. Los empleos en el sector público eran distribuidos a través de redes controladas por los principales partidos políticos y las figuras públicas. Como expresó un matemático negro en 1929: él no podía encontrar un empleo porque no estaba vinculado a la política.⁵ En el sector privado, en cambio, posiciones similares se distribuían informalmente a través de vínculos sociales y familiares, que estaban fuera del alcance de la mayoría de los afrocubanos. Los exclusivos clubes sociales de la burguesía blanca fungían como espacios que facilitaban esos contactos y daban acceso a clientes y candidatos potenciales.

A pesar de estos y otros obstáculos, un creciente número de afrocubanos asistió a la escuela, elevó su educación, y accedió eventual-

¹ Citado por Epstein: “Social Structure”, 200.

² Esta cita está tomada de la novela de Masdeu: *Ambición*, 12.

³ Para un ejemplo concreto en el cual el derecho a la educación está ligado al mito de la república martiana “Con todos, y para el bien de todos”, ver el cuento del autor afrocubano Tomás Savignon: “Mi amigo blanco”, *Diario de la Marina* (10 de agosto de 1930).

⁴ Para algunos ejemplos ver “Apunta pueblo”, *El Nuevo Criollo* (27 de mayo de 1905); Francis White al secretario de Estado, Habana, 13 de agosto de 1920. USNA, RG 59/837/1734; “Machado Announces Platform”, *Evening News* (11 de septiembre de 1924).

⁵ Nicolás Guillén: “Proyecto de entrevista con el Sr. Gómez Estévez”, *Diario de la Marina* (6 de octubre de 1929).

mente a las profesiones. Sin embargo, traducir los logros educacionales en oportunidades de ascenso profesional resultó ser más difícil. En la década del 40, los negros y mulatos permanecían muy subrepresentados en las ocupaciones profesionales y era en estas actividades donde las diferencias salariales, según la raza, eran mayores. En respuesta a las prácticas segregacionistas de los clubes sociales blancos, estos profesionales e intelectuales crearon sus propias sociedades exclusivas y las utilizaron como una plataforma para ejercer presión política y así extender su representación en la administración pública. Hablaron en nombre de toda “la raza de color”, y denunciaron las formas más abiertas de discriminación racial. Pero mientras que la raza, la discriminación, y su recién adquirido estatus de clase media, los vinculaba con las masas de obreros manuales negros, la necesidad de consolidar una posición social definida condujo a los profesionales negros a enfatizar la distancia social que los separaba de los elementos “bajos” que ellos pretendían representar. La educación y la “cultura” fueron los elementos principales de ese discurso. Manipularon las mismas convenciones sociales que al inicio sirvieron para minimizar su participación en el gobierno; los negros y mulatos instruidos exigieron igual acceso y representación en los cargos y empleos públicos.

EDUCACIÓN

En un artículo publicado en 1899, un autor norteamericano afirmaba que los afrocubanos querían “educación para sus niños”.⁶ De hecho, Rafael Serra consideró la falta de educación como el más importante de todos los problemas que afectaban a los negros y vio la enseñanza como la única vía de lograr la verdadera igualdad racial. Solo con la educación —explicó Serra— podrían “salir del estado de inferioridad” en que estaban “forzados a vivir en plena república cubana”. Serra y otros intelectuales afrocubanos consideraban que la educación no era solo una vía para la movilidad social individual, sino una estrategia social y política para participar, en un plano de verdadera igualdad, en la república que ellos ayudaron a crear. “La moderna democracia —escribió Serra— es progreso, luz [...] elevación de la inteligencia”.

El veterano afrocubano Ricardo Batrell, quien tenía 18 años y era analfabeto cuando acabó la guerra, comprendió lo necesaria que era la educación. Después de la guerra se retiró de las actividades públicas durante 6 meses para aprender a leer y escribir, lo cual, en sus propias

⁶ Hinton: “Cuban Reconstruction”, 96.

palabras, era indispensable para obtener una “posición decorosa” en Cuba libre.⁷ De esta manera, la educación se concibió como un paso en la lucha de los afrocubanos por la igualdad; era en cierto sentido, una prolongación de su participación en el Ejército Libertador.

Como sus contemporáneos afroamericanos, cuyos progresos educacionales los intelectuales afrocubanos siguieron de cerca, los negros y mulatos en la Isla consideraron la educación como un derecho y deber sagrados. “Hagamos [...] de la enseñanza la verdadera religión”, propuso en 1905 *El Nuevo Criollo*.⁸ Estas sociedades incluyeron con frecuencia la instrucción entre sus metas más importantes. Desde su creación en 1887, por ejemplo, el Directorio Central de Sociedades de la Raza de Color se propuso crear escuelas primarias para los niños de los dos sexos.⁹ Algunas sociedades mantuvieron sus propias escuelas y academias, que incluían escuelas nocturnas para adultos. La Unión Fraternal tenía una academia muy conocida con una biblioteca en La Habana, y desde su creación en 1890, hizo de “la difusión de la instrucción” su principal objetivo. El club Benéfico (La Habana) mantuvo una escuela primaria, mientras la Nueva Aurora en Colón (Matanzas), y el club Unión Fraternal (Nueva Paz, La Habana) tenían bibliotecas y brindaban clases a los miembros y a sus familias. En 1905, un grupo de asociaciones de ayuda mutua acordaron crear una nueva institución llamada “Enseñar al que no sabe” para promover la educación secundaria entre los negros.¹⁰

Sin embargo, estas escuelas solo para negros, no proliferaron. Un sistema escolar público integrado las hizo, en gran medida, innecesarias. Aunque con objetivos diferentes, la necesidad de crear escuelas

⁷ El Negro Falucho [Serra]: “Se triunfará esta vez?” y “A un ‘negro oriental’”, *El Nuevo Criollo* (2 de septiembre de 1905 y 12 de noviembre de 1904); Batrell: *Para la historia*, 172.

⁸ “La política”, *El Nuevo Criollo* (22 de abril de 1905). Para ejemplos de las percepciones de los afrocubanos sobre la educación de los negros en los Estados Unidos, ver Juan Antiga: “El negro en los Estados Unidos”, *Labor Nueva* (2 de abril de 1916), 4-5; “La instrucción de los negros en los Estados Unidos”, *Diario de la Marina* (2 de diciembre de 1928).

⁹ Directorio Central, 1887. ANC. Registro de Asociaciones, leg. 428, no. 13454. Para un análisis de los esfuerzos educacionales del Directorio, ver Helg: *Our Rightful Share*, 36-37.

¹⁰ Tristán: “Una cuantas verdades”, *La Prensa* (14 de agosto de 1915); Unión Fraternal. ANC. Registro de Asociaciones, leg. 427, no. 13447; Club Unión Fraternal, 1910. ANC. Registro de Asociaciones, leg. 1200, no. 25047; Asociación Centro de Cocheros, 1900. ANC. Registro de Asociaciones, leg. 1331, no. 27279; “El primer paso”, *El Nuevo Criollo* (5 de agosto de 1905).

y extender la educación fue reconocida, tanto por los nacionales como por el gobierno de ocupación. Los primeros la consideraron una forma de superar el legado del colonialismo español y de la esclavitud; los segundos, como un instrumento para socializar a los cubanos en valores anglosajones, que según el criterio de las autoridades norteamericanas, eran indispensables para lograr el progreso y la estabilidad.¹¹

El resultado de todo esto fue la ampliación de las oportunidades educacionales. Comparado con 1895, la cantidad de estudiantes que asistió a las escuelas primarias públicas aumentó 7 veces en 1900. La cantidad de escuelas se multiplicó de unos pocos centenares —a finales del siglo XIX— a 3 660 en 1929. A pesar de este impresionante crecimiento, el sistema escolar público nunca satisfizo las necesidades de toda la población; en particular después de la década de 1910. La explosión demográfica de la posguerra generó una demanda que el gobierno no era capaz de satisfacer.

Según datos censales, las tasas de asistencia escolar eran más bajas en 1919 que en 1907. El porcentaje de estudiantes registrados en la población en edad escolar estaba cerca del 50 % durante la primera década del siglo XX, pero descendió a 39 % en 1920, cuando el país fue afectado por la caída de los precios de azúcar.¹² La educación se volvió un asunto político, que se discutía apasionadamente, y los intelectuales invocaban que la cubanidad y el analfabetismo eran incompatibles. “En Cuba —declaró Fernando Ortiz— defender la cultura es salvar la libertad”.¹³ La campaña tuvo un efecto favorable. Bajo la presidencia de Machado, cuya agenda populista incluía la construcción de escuelas como uno de sus aspectos centrales, los índices de asistencia escolar se recuperaron. En 1926 ya había alcanzado del 63 % a 71 %, según diferentes fuentes.¹⁴

La evidencia sugiere de manera consistente que las escuelas primarias públicas estuvieron abiertas para todos, sin tener en cuenta

¹¹ Para las visiones norteamericanas sobre la educación, ver Pérez: “The Imperial Design”, 35-52 y “North American Protestant Missionaries,” 53-72; Crahan: “Religious Penetration”,

¹² Sobre la matrícula y asistencia escolar durante el período 1900-1920, ver “Sección de estadística”, *La Instrucción Primaria* 10:1-2 (septiembre-octubre de 1911), 67; “El gobierno del Dr. Zayas”, *La Lucha* (17 de octubre de 1924); Cuba, Secretaría de Educación, *Estadística general, 1931-1936*, 36.

¹³ Ortiz: *La decadencia cubana*, 6. También Ortiz: “El Doctor de la Torre”, 8-14; Trelles: “El progreso y el retroceso”, 347; “Cifras pavorosas”, *La Prensa* (14 de mayo de 1916); “El analfabetismo”, *La Discusión* (11 de enero de 1925).

¹⁴ Carlton Bailey: “Report: Education in Cuba”, Habana, 10 de diciembre de 1926. USNA, RG 59/ 837.42/21; CEPAL, *Cuba*, 87.

la raza. Desde los años de la ocupación norteamericana, los anuncios de las escuelas públicas proclamaban que recibirían estudiantes “sin distinciones nacionales o raciales”.¹⁵ No cabe duda de que los afro-cubanos aprovecharon estas oportunidades. De hecho, sus índices de escolaridad en la década del 20 fueron ligeramente superiores a los de los blancos. Según datos censales, en 1907 y 1919, las proporciones de asistencia escolar de negros/blancos fueron de 1.04 y 1.03, respectivamente. Su representación descendió después de esta fecha, pero aún era congruente con su porcentaje en la población total (véase Tabla 5).

Tabla 5. *Tasas de alfabetización por raza, población 10-19 años, Cuba, 1899-1943*

	Total	Blancos	Negros	Proporción Negros/Blancos
1899	36.6	39.7	30.0	0.75
1907	68.7	69.5	66.9	0.96
1919	61.3	63.0	56.6	0.90
1931	73.6	74.3	71.5	0.96
1943	73.0	74.3	69.2	0.93
1953	70.8	–	–	–

Fuente: U. S., War Department, Report 1899, pp. 361-362; Cuba, Censo 1907, pp. 465-466; Cuba, Censo 1919, pp. 568-570; Memorias 1931, p. 233; Cuba, Censo 1943, p. 926; Cuba, Oficina Nacional, Censo 1953, pp. 119-124.

El ímpetu de los afrocubanos para adquirir educación, más las oportunidades creadas por un sistema escolar, en el cual el acceso no estaba definido racialmente, tuvieron un fuerte impacto en los índices de alfabetización. En 1899, solo un 30 % de los negros, entre 10-19 años de edad, tenían instrucción, comparado a un 40 % entre los blancos, para una relación de negros/blancos de 0.75 (véase Tabla 5).¹⁶ El índice

¹⁵ “Asuntos varios. Apertura de un colegio”, y “Asuntos varios. Comité del barrio del Príncipe”, *Diario de la Marina* (7 de marzo y 5 de octubre de 1900, ed. mañana). Ver también Magoon: *Report of the Provisional Administration*, 325-328.

¹⁶ He utilizado el grupo de 10-19 años de edad para medir la alfabetización por dos razones. La primera es metodológica: el uso de un grupo de edades fijo y limitado permite medir la evolución de la instrucción durante los años precedentes al censo, cuando la mayoría de los miembros de ese debían haber asistido a las escuelas. La segunda es una razón práctica: este grupo de edades está representado consistentemente en todos los censos.

de alfabetización de los negros, 30 años después, se duplicó comparado con 1899, y era algo más alto que el 70 %. Más aún, la brecha racial de 1899 casi desapareció en 1931. El diferencial racial en la alfabetización era inferior a 3 %, descendió tres cuartas partes desde la época de la ocupación norteamericana.

La depresión interrumpió este progreso educacional. En 1942, la tasa de escolaridad descendió a un 31 %, la más baja de todo el período republicano. La proporción de niños matriculados aumentó durante la década de 1940, pero se mantenía, aproximadamente, en un 50 % a inicios de la década de 1950. Las cifras de alfabetización confirman estas tendencias (véase Tabla 5). Después de 1931, la proporción de personas de 10 a 19 años de edad alfabetizados tendió a estancarse y era más baja en 1953. Esto era en especial cierto entre los negros, cuyos índices de alfabetización descendieron un 2 % entre 1931 y 1943, mientras el de los blancos permaneció igual. Para los negros, en el grupo de edad entre 15-19 años, el índice de alfabetización descendió un 4 %, comparado con un 1 % de descenso entre los blancos nativos. Las personas en este grupo de edad asistieron a la escuela a inicios de la década de 1930, cuando el sistema escolar público se desplomó por la crisis económica y el caos político. El descenso en la educación pública afectó a los grupos sociales más pobres, donde los negros estaban muy representados. Como afirmó en 1936 la Convención Nacional de las Sociedades Cubanas de la Raza de Color, el número relativo de negros que asistía a las escuelas sufrió un descenso considerable. Además, estas sociedades también fueron afectadas por la crisis y algunas tuvieron que cancelar sus actividades, incluyendo la instrucción.¹⁷

El sociólogo Lowry Nelson comentaba a mediados de los 40 que el retroceso cubano en materia educacional durante la década anterior era “algo sorprendente”. La mejoría de la educación era uno de los ideales de la revolución de 1933; la Constitución de 1940 establecía la educación obligatoria universal, la necesidad de extender la instrucción para los adultos, y prescribió que el presupuesto del Ministerio de Educación no fuera inferior al de cualquier otro ministerio. El hecho que el índice de alfabetización declinara aún más en 1953 demuestra que esos ideales no se cumplían en la práctica. Una proporción grande del presupuesto del Ministerio de Educación paraba a manos de los “botelleros”, de los cuales había unos 9 000 en 1946. La misión Truslow, que visitó Cuba

¹⁷ Convención Nacional, *Programa*, 4. Para un reporte de los problemas del sistema escolar público, ver C. R. Cameron: “Regulation of Private Schools in Cuba”, Habana, 28 de febrero de 1936. USNA, RG 84/ 842.

en 1950, describió la “tendencia general en el sistema escolar” como de “retroceso”.¹⁸

Pero hay más. Mientras que el “retroceso” caracterizó el sector público educacional, la cantidad de escuelas privadas aumentó. Aproximadamente, el 13 % del total de escuelas primarias, en el período 1900-1930, eran privadas; pero esta proporción disminuyó en la década del 30 por la incapacidad de los padres de pagar la matrícula durante la crisis. En 1936, solo el 6 % de todas las escuelas primarias eran privadas. Entre 1940 y 1945, sin embargo, el número de alumnos en la educación primaria privada se duplicó, de 31 000 a 72 000, y casi se duplicó nuevamente a finales de los años 50. El 10 % de todos los estudiantes primarios iban a escuelas privadas en 1945; el 16 % lo hizo en 1958. La Misión Truslow comentó: “Una falta general de confianza en las escuelas públicas se refleja en un aumento desproporcionado de la matrícula en las escuelas privadas, con una tendencia a intensificar las divisiones entre las clases sociales”.¹⁹

La enseñanza privada desempeñaba un papel más importante aún en la educación secundaria. En la década de 1920 había solo 6 escuelas secundarias públicas en la Isla, comparado con 40 escuelas privadas que controlaban, aproximadamente, el 75 % de la matrícula total. En 1936, el 86 % de todas las escuelas secundarias eran privadas. Aunque la cantidad de escuelas secundarias públicas se amplió más tarde; en 1942, el ministro de Educación informó que las escuelas privadas continuaban siendo la mayoría. De hecho, en 1958, un 60 % de todas las escuelas secundarias que funcionaban en el país eran privadas.²⁰

En contraste con las escuelas públicas, las instituciones privadas practicaban segregación. Los datos para evaluar la composición racial de los estudiantes en estas escuelas son considerablemente más esca-

¹⁸ Nelson: “Literacy of the Cuban Population” [1946]. USNA, RG 59/837.42/3-146; John E. Hoover a Frederick B. Lyon, Washington, DC, 5 de junio de 1946. USNA, RG 59/837.002/60546; Rodolfo Rodríguez: “Presupuestos fastuosos y escuelas miserables”, *Bohemia* (2 de diciembre de 1951), 40-42, 103; Truslow, *Report on Cuba*, 404.

¹⁹ Sumario del mensaje presidencial, Habana, 7 de noviembre de 1932. USNA, RG 84/800/1430; *Inter-American Statistical Yearbook 1942*, 911; The Cuban Economic Research Project: *A Study on Cuba*, 427; “Statistics on the Cuban Educational System”, Habana, 10 de septiembre de 1959. USNA, RG 59/837.43/9-1059; Truslow: *Report on Cuba*, 404.

²⁰ Massip: “La crisis de los institutos”, 183-215; *Inter-American Statistical Yearbook 1942*, 914. “Anuncia el ministro de Educación”, *El Mundo* (18 de julio de 1942); Edward Bash al Departamento de Estado, Habana, 10 de septiembre de 1959. USNA, RG 59/837.43/9-1059.

sos que en las instituciones gubernamentales, pero proporcionan un cuadro consistente: los estudiantes negros estaban poco representados en estas escuelas y su proporción descendió, de manera sostenida, a partir de 1900 hasta la década de 1920 (véase Tabla 6). Los maestros afrocubanos raramente encontraban empleo en estas instituciones; era otra diferencia importante con las escuelas públicas, donde su proporción se incrementó de forma gradual. La baja representación de estos maestros en las escuelas privadas se relacionaba estrechamente con dos aspectos fundamentales: además de su carácter elitista, la mayoría de estas escuelas eran religiosas y estaban controladas por extranjeros. En la propia década del 20, un 38 % de los maestros eran extranjeros y con filiación religiosa; un reporte de 1933 estimó que un 70 % eran extranjeros.

Algunas de las mejores escuelas en el país, como Ruston Academy, Candler College (metodista), La Progresiva (presbiteriano) y Cathedral School (episcopal), eran norteamericanas y abiertas solo para blancos. Como afirma Pérez, la segregación se convirtió en uno de “los rasgos distintivos” de las escuelas protestantes durante las primeras décadas de la república.²¹ Otras escuelas religiosas, como el Colegio Champagnat (maristas) y el Colegio de Belén (jesuita) eran de españoles e igualmente discriminatorios. En el Colegio jesuita de Belén no había, a mediados de la década de 1910, un solo afrocubano entre más de 400 estudiantes. A finales de la década del 20, los estudiantes y el cuerpo de profesores del Colegio Champagnat también lo constituían únicamente blancos. Escuelas católicas para muchachas como La Domiciliaria y El Sagrado Corazón en La Habana también segregaban.²²

Aunque limitada, la evidencia que tenemos sugiere que el carácter racialmente exclusivo de estas instituciones no se alteró en la segunda república; todo lo contrario. Las instituciones privadas florecieron no solo debido a la incapacidad del sector público de satisfacer la demanda, sino también porque estas escuelas permitían a los cubanos blancos, adinerados y de clase media, recluir a sus hijos en un mundo exclusivo y racialmente homogéneo. Buenavista, la prestigiosa escuela para niñas, “era conocida por su exclusión de negras hasta mediados de la década

²¹ J. Butler Wright: “Cultural and Propaganda Activities”, Habana, 19 de abril de 1938. USNA, RG 84/842/702; Memorando, Habana, 21 de marzo de 1933. USNA, RG 84/800/1550; Pérez: “North American Protestant Missionaries”, 67.

²² Colegio de Belén: *Álbum*; Colegio Champagnat: *Memoria*; Riolai: “Obras benéficas: ‘La Domiciliaria’”, y Esperanza de Zubizarreta: “Obras benéficas: Sagrado Corazón”, ambos en *Labora* 1:4 (15 de octubre de 1920), 15-20 y 2:1 (15 de enero de 1921), 15-20.

del 50". En la Havana Military Academy, escuela creada en 1947 que brindaba educación primaria y secundaria, no había un solo estudiante negro entre más de 500 estudiantes. Unos pocos "mulatos claros" fueron aceptados en la escuela, pero su proporción era despreciable, por debajo del 3 %. Sus 29 profesores también eran blancos. La situación era idéntica en La Progresiva, prestigiosa escuela fundada por los presbiterianos en Cárdenas. Según el testimonio de varios exestudiantes, a finales de la década del 40 e inicio de los 50, unos pocos "mulaticos" asistían a la escuela, pero el cuerpo estudiantil era predominantemente blanco. En el Instituto Edison, cuya escuela de comercio estaba afiliada al Fairleigh Dickinson College (Rutherford, New Jersey), solo 2 de los 122 graduados en 1955 podrían ser considerados mulatos claros. Ni un solo afro cubano encontró empleo en la escuela; sus 43 maestros eran blancos.²³

No es sorprendente que cuando una creciente campaña nacionalista reclamó, en 1941, la "cubanización" de las escuelas privadas y su supervisión por el Estado, el problema de la discriminación racial figuró de forma prominente. La influencia extranjera (norteamericana y española), las religiones dominantes (protestantes y católica), el elitismo clasista, y la discriminación racial se habían identificado con la enseñanza privada. Los esfuerzos para "cubanizar" el sector estaban llenos de implicaciones. Los espacios socialmente exclusivos y segregados fueron definidos como antidemocráticos y anticubanos. "La verdadera escuela cubana" —afirmó un intelectual afro cubano— es igualitaria y, por tanto, contraria a toda discriminación".

La campaña para abolir la segregación de estas escuelas fue justificada en el nombre de una cubanidad racialmente incluyente, vinculada a la lucha por la independencia, bajo la consigna "por la escuela cubana en Cuba libre". Cuando el Partido Comunista lanzó una campaña política para aprobar una ley que regulara la educación privada en la Isla, lo hizo desde el visible club Atenas, el más exclusivo de las sociedades afrocubanas. El doctor Miguel Ángel Céspedes, su presidente, explicó que Atenas apoyaba el proyecto de los comunistas porque se oponía a un sistema escolar que excluía a los pobres y discriminaba a

²³ Crahan: "Religious Penetration", 220; Academia Militar de La Habana: *Memoria*. Los testimonios acerca de La Progresiva han sido obtenidos con entrevistas personales con la Dra. María D. Maicas (Ciudad México, 21 de diciembre de 1994), ingeniero Víctor Ezpeleta (Ciudad México, 4 de enero de 1995), Dra. Yolanda Maicas (Habana, 30 de julio de 1996) y Dr. Noel González (Habana, 4 de agosto de 1996). Para un panegírico de la escuela, ver a Tony Delahoz: "La Progresiva", *Bohemia* (12 de noviembre de 1950), 52-54. Acerca de Edison, ver Instituto Edison: *Anuario*.

los negros.²⁴ La ley nunca fue aprobada por el Congreso, pero la campaña atrajo considerable apoyo y resaltó la naturaleza discriminatoria de estas instituciones.²⁵

El acceso a las escuelas privadas era particularmente importante porque eran vías para el ascenso social. Sus instalaciones, planes de estudios, contactos extranjeros, y exclusividad sociorracial eran todos símbolos de una educación de alta calidad. La educación, a su vez, era un “indicador” importante en las definiciones de clase. En un esfuerzo por evaluar las diferencias con las escuelas públicas, la Tabla 6 incluye una proporción de estudiantes por aula y maestro. La cantidad de estudiantes por aula en el sector público era 4 veces superior al de las escuelas privadas; el de estudiantes por maestro, 2 veces. Las escuelas públicas estaban, como aseguraba la prensa, “abarrotadas”.²⁶ Además, el control privado sobre la educación secundaria funcionó en la práctica como una barrera que impedía a los negros entrar en la universidad y en las profesiones liberales.

Los afrocubanos estaban conscientes de que su exclusión de las escuelas privadas significaba algo más que una forma aislada de discriminación racial: representaba un obstáculo formidable en sus aspiraciones para la movilidad social. Como explicó el presidente del Atenas: “Los cubanos que se educan en las instituciones privadas entran a la vida social y pública imbuidos de un concepto pernicioso de superioridad [...] al paso que los que se educan en la escuela pública pueden sentirse colocados en un nivel desdeñoso de inferioridad y este resultado da un predominio a las instituciones privadas [...] depresivo para el prestigio y el auge de la escuela pública, que es la verdaderamente nacionalista y democrática”.²⁷

Las percepciones sociales sobre la educación privada pavimentaron el camino a la movilidad social y reprodujeron las faltas de equidad social y racial que caracterizaron a la sociedad republicana. Como afirmó

²⁴ La campaña completa está reproducida en *Por la escuela cubana*. Para una defensa de la educación privada, ver “Un triunfo de la cultura y la cubanidad bien entendida”, *Diario de la Marina* (24 de julio de 1941).

²⁵ El Partido Comunista introdujo de nuevo la ley en 1945. Ver Juan Marinello: “La Constitución cubana y la enseñanza privada”, *CTC* 6:65 (julio de 1945), 26-29, 6:67 (agosto de 1945), 30-31, 44-45. Ver también “Proyecto patriótico”, *Voz Gráfica* (mayo de 1945), 12-13.

²⁶ “Cuban Pressonthe Events of the Day. Urges Limited Classes”, *Havana Post* (13 de octubre de 1925); Daniel Braddock: “Report: Living Conditions in Cuba”, Habana, 26 de agosto de 1958. USNA, RG 59/837.01/8-2658.

²⁷ *Por la escuela cubana*, 86.

Tabla 6. Educación pública y privada, indicadores de desigualdad, 1901-1934

	Escuelas	Alumnos/ Aula	Alumnos/ Maestro	Porcentaje de Negros	
				Alumnos	Maestros
A. Escuelas públicas					
1901-1902	-	-	61	35.6	3.4
1908-1909	2139	92	49	33.7	7.3
1910-1914	2271	109	59	31.5	9.8
1915-1919	3450	91	59	27.8	13.1
1920-1924	3415	108	60	26.4	15.8
1925-1929	3660	93	48	24.9	16.3
1930-1934	-	-	-	24.2	-
B. Escuelas privadas					
1909	316	22	-	14.7	-
1910	305	-	-	15.2	-
1911	443	-	-	12.2	-
1916	340	24	-	8.8	-
1920	297	-	-	-	3.0
1921	416	27	24	8.0	2.8
1923	551	24	19	7.9	3.2
1924	596	21	19	8.1	5.1
1925	606	21	19	7.9	3.4
1926	484	-	21	7.3	-
1929	563	23	19	6.9	3.6

Fuentes: "Report of the Secretary of Public Instruction" and "Annual Report of the Commissioner of Public Schools", in Cuba, Military Governor, Civil Report 1901, 9: 84-85, 169-185; "Report of Matthew E. Hanna", in Cuba, Military Governor, Civil Report 1902, 1:49-75; "El censo escolar", La Lucha (8 de junio de 1902); Magoon, Report of the Provisional Administration, 304; Cuba, Presidencia, Memoria de la administración del presidente: "Estadística escolar", Revista de Instrucción Pública 1:1 (enero-febrero de 1918), 3:3 (marzo-junio de 1920); "Mensaje [presidencial] al Congreso", Gaceta Oficial (22 de noviembre de 1918; 8 de noviembre de 1921; 25 de noviembre de 1924; 15 de noviembre de 1928; 6 de noviembre de 1929; 4 de noviembre de 1931); Carlton Bailey, Report: education in Cuba, La Habana, 10 de diciembre de 1926. USNA, RG 59/837.42/21; Cuba, Secretaría de Educación, Estadística general, 1931-1936.

en 1940 el líder comunista Juan Marinello: toda la educación secundaria y técnica “de cualquier valor” era impartida en escuelas para niños y adolescentes blancos.²⁸ La asistencia a las escuelas secundarias públicas compensó la exclusión del sector privado, pero su limitado número hizo más difícil a los afrocubanos y a los estudiantes blancos pobres continuar su educación más allá del nivel primario. La representación negra en la educación secundaria pública siempre estuvo por debajo de su cuota en la población. En el Instituto de La Habana (1906-1908) representaban alrededor del 14 % del colectivo de estudiantes.

En algunas escuelas profesionales, como las de comercio, su participación era, según diversos testimonios, más baja. Incluso en las escuelas normales el porcentaje de estudiantes negros estaba muy por debajo de su proporción en la población en edad escolar. Solo el 10 % de las estudiantes que se matricularon durante el año de apertura de la Escuela Normal de La Habana para maestras (1915) no eran blancas. La proporción de mujeres negras en la escuela aumentó, pero era aún de solo un 17 % después de 10 años, a pesar de que las oportunidades de matrícula se ampliaron significativamente con la creación de instituciones similares en la mayoría de las provincias. En la Escuela Normal para maestros, el 18 % de los graduados, durante los años 1918-1928, eran negros o mulatos.²⁹

En el nivel de educación superior; las oportunidades no eran mayores. La matrícula en la Universidad de La Habana aumentó sostenidamente, pero podía acoger solo un número limitado de estudiantes: creció aproximadamente de 600, en 1904, a 3 000 en 1921, 5 000 en 1930 y a 15 000 a finales de la década del 40.³⁰ Los negros y mulatos constituían un 11 % de los estudiantes y un 16 % de los graduados en 1925-1926. Su proporción entre los estudiantes era similar a finales de la década del 20 y si los estimados de Betancourt son correctos, no era mucho más alta a inicios de la década del 50 (del 15 % a 20 %). En la Universidad Católica privada de Santo Tomás de Villanueva, la represen-

²⁸ Marinello: *La cuestión racial*, 18.

²⁹ Urrutia: “Armonías”, *Diario de la Marina* (24 de febrero de 1929); Instituto de Segunda Enseñanza: *Memoria anual*, 1901-1908; Cuba, Escuela Normal para Maestras: *Memoria anual*, 1915-1916, 1924-1925; González y Venegas: “Origen y desarrollo”, 300-353; Cuba, Escuela Normal para Maestros: *Memoria*.

³⁰ Dolz y Arango: “Discurso inaugural”, 161-189; Wright: “Institutions of Higher Learning in Cuba”, Habana, 13 de noviembre de 1939. USNA, RG 84/842/2552; Herminio Portell Vilá: “Memorandum About Education in Cuba”, Habana, 20 de junio de 1945. USNA, RG 59/837.42/6-2245; Universidad de La Habana: *Datos estadísticos*.

tación negra era desde luego despreciable.³¹ Los afrocubanos entraron en la universidad desde inicios de la república, pero en una proporción por debajo de su porcentaje en la población.

Los patrones de participación y avance en el sistema educacional son similares a las tendencias en el mercado laboral. La representación negra disminuía en la educación secundaria y superior, y era nula en las escuelas más prestigiosas, que eran invariablemente privadas y segregadas. Pero pocos obstáculos existieron para que los afrocubanos entraran en las escuelas públicas, como estudiantes o maestros. Sin embargo, esto no debe tomarse como prueba de que estaban libres de discriminación racial.

Aunque raros, los ejemplos de discriminación en las escuelas públicas existen. Por ejemplo, en 1919 un hacendado francés, establecido en Oriente, recordó que en su niñez había aproximadamente 500 estudiantes en el Instituto de Santiago de Cuba, de los cuales más de 400 eran blancos. Por 1919, manifestó, esta situación fue “invertida” y un número creciente de negros entró en la institución. “La mayoría de los abogados de Santiago que se están incorporando al ejercicio de la profesión son negros”, afirmó. Sin embargo, esta “inversión” no tuvo lugar sin resistencia. “El director del Instituto no quiere dar títulos a los negros, pero dice que a pesar de todos los obstáculos que les pone en su camino, se ve obligado a darles sus títulos, y no a los blancos, porque son degenerados y poco ambiciosos”. En las escuelas normales públicas —según Marinello— había una “conspiración real” para mantener el número de estudiantes afrocubanos en un mínimo. Si se admitían, eran excluidos de actividades que implicaban la representación de la escuela en eventos sociales, como la banda de música. En el nivel universitario, los estudiantes negros se quejaban, en 1929, que a ellos les concedían más calificaciones inferiores que a los blancos.³²

Aunque los maestros afrocubanos encontraban empleo en el sector público, conseguirlo era más difícil de lo que sugieren las cifras estadísticas. En los primeros años de la república, los esfuerzos norteamericanos para entrenar maestros cubanos excluían, desde luego,

³¹ Cuba, Comisión Nacional de Estadística: *Estadística de los matriculados*, 1927, 1930; “Datos cubanos. Alumnos de la Universidad Nacional, 1925-1926”, *Revista Bimestre Cubana* 22 (1927), 924; Betancourt: *El negro*, 87; Universidad Católica: *Yearbook*.

³² Andrew de Graux al Agregado Militar, Habana, 30 de agosto de 1919. USNA, RG 59/837.00/ 1573; Marinello: *La cuestión racial*, 18; Pinto: “Una soberana idiotéz”, *Nuevos Rumbos* 1:3 (enero-febrero de 1946), 5; J. Milla Chapelli: “Perfiles”, *Diario de la Marina* (16 de junio de 1929).

a los afrocubanos. Como parte de su esfuerzo por conquistar su voto, los liberales planteaban que con Estrada Palma, los maestros negros fueron desplazados de las aulas de las escuelas públicas y que se hacían esfuerzos para blanquear la profesión.

Además, como en cualquier otro empleo del gobierno, las plazas de maestro se distribuían a través de las relaciones de redes, a las cuales ellos no tenían igual acceso. Tranquilino Maza Cobián, un afrocubano de Santiago que obtuvo una licencia de instrucción en 1906, recordó que había sido “un desafío” obtener un nombramiento. A otro profesor se le negó una plaza en la escuela técnica de Bayamo en 1951 porque, según se alegó, una candidata blanca —menos calificada— era la hija de un jefe político local. En un ejemplo típico de las prácticas que parecen haber dominado las relaciones raciales en la sociedad republicana: la reclamación se declaró nula formalmente y la maestra blanca continuó siendo contratada “temporalmente”.³³

A pesar de estos obstáculos y por las restricciones financieras en los estratos más bajos de la sociedad, un número creciente de afrocubanos logró ampliar su educación más allá de la escuela primaria: adquirió grados superiores universitarios, y enseñó en instituciones públicas. Urrutia tenía razón cuando afirmó que los negros se educaron masivamente después de la independencia.³⁴ Además del carácter interracial de las escuelas públicas, este proceso se facilitó por la concentración de estos en las ciudades, donde estaban la mayoría de las escuelas. La educación rural era sumamente deficiente. En 1931, el índice de alfabetización para las 10 ciudades más grandes en el país era de 91 %, comparado con 64 % para el resto de la población. Solo el 22 % de la población rural, entre 5-24 años de edad, asistía a las escuelas públicas en 1953, comparado con un 45 % en las áreas urbanas.³⁵

El avance educacional de los afrocubanos fue reconocido por todos. Los intelectuales afrocubanos lo interpretaron como una demostración de la capacidad intelectual de los negros; algunos racistas blancos lo percibieron como una amenaza al orden social y a las je-

³³ Serra: *Para blancos y negros*, 83; “Dr. Tranquilino Maza Cobián”, *Labor Nueva* 1:21 (16 de julio de 1916), 7; Raúl C. Urrutia: “Vanity-Case. Dr. T. Maza Cobián”, *Diario de la Marina* (13 de enero de 1929); Elosegui: “1 000 noticias en sepiá”, *Tiempo* (27 de noviembre de 1951).

³⁴ Urrutia: “Ideales de una raza. ¡Cállense... y esperen!”, *Diario de la Marina* (8 de julio de 1928).

³⁵ Nelson: “Literacy of the Cuban Population”; Cuba, Secretaría de Educación: *Estadística general 1931-1936*, 38; The Cuban Economic Research Project: *A Study on Cuba*, 427.

rarquías raciales; otros pretendieron que esto ejemplificaba el milagro de la fraternidad racial cubana.

Existían elementos verdaderos en cada una de estas interpretaciones. El avance educacional de los negros y mulatos era, en primer lugar, un reflejo de sus propios esfuerzos y de su capacidad de aprovechar las oportunidades de la educación pública; pero las oportunidades existían. De esta forma, mientras que el *Heraldo de Cuba* —periódico editado por el congresista liberal blanco Orestes Ferrara— se refirió al progreso negro en la educación como “reconfortante” y aseveró que los cubanos blancos debían enorgullecerse por no haber establecido barreras raciales en la educación, *Labor Nueva* objetó que los afrocubanos avanzaron “sin ayuda de nadie”.³⁶ Lo que el *Heraldo* interpretó como una concesión blanca, *Labor Nueva* lo consideró una conquista afrocubana en realidad. Era una conquista, pues solo a través de la movilización y la presión política, los negros obtuvieron del gobierno colonial un acceso igual a las instituciones educacionales a finales del siglo XIX. Eliminar ese logro era inconcebible en una república que alegaba ser racialmente incluyente, basada en el sufragio universal masculino.

Los racistas blancos entendieron las implicaciones de esta conquista y la percibieron como una amenaza contra el orden social y la estabilidad política. Dos cubanos blancos lo dijeron claramente en una carta privada en 1922: “No hay un solo negro que no esté estudiando para ser doctor”. La tendencia de ellos “a competir e incluso superar” a los blancos —expresaron— desembocaría, inevitablemente, en una guerra racial.³⁷ Un militar norteamericano estacionado en la Isla señaló: “Los negros están logrando gradualmente la superioridad mental sobre los blancos [...] La presencia relativa de blancos y negros en las instituciones educacionales [...] manifiesta el hecho de la ascendencia de los negros”. La ambición personal y la movilidad social eran cualidades individuales supuestamente positivas, pero en el caso de los negros representaban un motivo de “alarma”. Por ser “ambiciosos y estudiosos”, los afrocubanos estaban “adquiriendo conciencia” de su fuerza y “exigían su cuota proporcional de sobornos y cargos públicos”.³⁸ De hecho, lo que intentaban era traducir los avances educacionales en

³⁶ “Charla semanal”, *Labor Nueva* 1:8 (9 de abril de 1916), 3-4.

³⁷ José Jucayo y Frank Guáimaro al presidente de los Estados Unidos, Habana, 14 de febrero de 1922. USNA, RG 59/837.00/2205.

³⁸ Paul Beck: “Office Memoranda”, Habana, 15 de abril de 1920. USNA, RG 165/2056-196; de Graux al agregado militar, Habana, 30 de agosto de 1919. USNA, RG 59/837.00/1573.

movilidad ocupacional. En el proceso, ingresaron en espacios sociales y actividades que habían sido tradicionalmente de dominio blanco.

LOS PROFESIONALES AFROCUBANOS

La cantidad de profesionales negros era despreciable al principio de la república, aunque varios habían sobresalido desde los tiempos de la colonia, en campos como la literatura, el periodismo, la medicina, la odontología, la educación, y la música.³⁹ En 1899 había solo 1 abogado, 10 médicos, 2 contadores, 4 clérigos y 102 maestros afrocubanos. Solo unos pocos cientos trabajaban en ocupaciones relacionadas con lo que el censo consideró “servicios profesionales”: menos del 1 % de la población laboral.

Tres décadas después, se observaba que existían profesionales negros. En 1931, la cantidad de abogados aumentó a 174, incluía 3 mujeres, también 158 médicos, 5 de ellos mujeres, 49 dentistas, 71 farmacéuticos y 1375 maestros. Aproximadamente, un 4 % de la población laboral negra se vinculaba a los “servicios profesionales” y esta proporción continuó creciendo, y alcanzó en 1943 un estimado de un 5.3 %. Los intelectuales afrocubanos tenían razón cuando afirmaban que contaban con “profesionales competentes en todas las disciplinas”, que constituían “una amplia clase de nuestra sociedad”.⁴⁰

Pero la relativa “abundancia” de profesionales afrocubanos era, precisamente, el problema. Su crecimiento numérico representaba, o se percibió, como una amenaza a la capacidad de los blancos de controlar el acceso a los trabajos lucrativos. Dos estudiosos de las relaciones raciales en la Isla describieron este proceso en 1928: “Otros factores en la división racial, la cual es en gran medida económica y cultural, son indudablemente el nivel creciente de la educación de las personas de color y su familiarización con los métodos y procedimientos políticos”.⁴¹ La educación por sí misma era un indicador de la posición social, pero solo se traducía en seguridad económica si daba nuevas oportunidades de empleo. Por eso los afrocubanos denunciaron lo que percibieron

³⁹ Para un listado de afrocubanos prominentes a fines del siglo XIX, ver Risquet: *Rectificaciones*, 147-184.

⁴⁰ Urrutia: “El único arquitecto”, *Diario de la Marina* (1 de julio de 1928); E. R. Agüero: “Tocando la realidad”, *La Prensa* (23 de mayo de 1916). Un argumento similar, concerniente a las mujeres afrocubanas, es sostenido por Catalina Pozo y Gato: “Con su permiso, amigo”, *La Mujer* (15 de noviembre de 1930), 4, 20.

⁴¹ L. L. y Bernard: “The Negro in Relation to Other Races”, 311.

como una brecha creciente entre la preparación y el empleo. Como expresó el escritor afrocubano Ruiz Suárez: realizar un trabajo indigno no era aceptable después “de estar calificado por [...] un título de las instituciones de enseñanza”.⁴²

La frustración creció en relación directa con los logros educacionales. Alberto Arredondo afirmó que era posible “escribir una novela” sobre los obstáculos enfrentados por individuos negros y mulatos con un alto grado de preparación. En efecto, dichas novelas fueron escritas. Eulogio Valdés, el personaje central del cuento *La piel* de Hernández Catá (escrito en la década de 1910), ejemplifica las dificultades y obstáculos enfrentados por una persona negra altamente educada para superar las barreras representadas, en una sociedad racista, por el color de la piel, de ahí el título del cuento.

Otro Valdés, el Miguel de *La raza triste* de Masdeu, también recrea la profunda frustración y desesperanza de los negros educados, en respuesta a su exclusión de los trabajos mejor pagados y de los exclusivos (a veces, no tan exclusivos) espacios públicos. La única esperanza de Miguel Valdés para establecerse como médico en Bayamo era ser designado jefe del hospital municipal, pero semejante posición había sido ocupada tradicionalmente por un doctor blanco: “Yo creo que soy un buen médico. Pero desciendo de negros, soy mulato, y la profesión de médico no solo ha sido un privilegio de los blancos, sino de los blancos más distinguidos, de las familias ilustres”. El pesimismo de la emergente clase media negra, tanto para Hernández Catá como Masdeu, se reflejó en que dejaron morir a sus protagonistas negros.⁴³

Las barreras enfrentadas por Miguel Valdés no eran una invención literaria, ni eran únicas. Como él, algunos afrocubanos ascendieron a la clase media desde orígenes sociales muy modestos. Un buen ejemplo es el de Florencio Baró. Nacido en el campo matancero, donde trabajó como aguador en el central azucarero Santa Rita; primero se mudó a la ciudad de Matanzas, luego a la capital. Como residente urbano realizó gran variedad de trabajos: aprendiz de panadero, vendedor callejero, guardia rural, policía y periodista. Fue uno de los fundadores de la revista *Labor Nueva* (1916) y en 1929 se convirtió en el dueño y director de una academia profesional de inglés, teneduría de libros y taquigrafía en La Habana. La historia de Tranquilino Maza Cobián no era muy diferente. Nacido en Santiago de Cuba en una familia pobre,

⁴² Ruiz Suárez: *The Color Question*, 23.

⁴³ Arredondo: *El negro en Cuba*, 61; Hernández Catá: “La piel”, en *Los frutos ácidos*, 115-184; Masdeu: *La raza triste*, 128.

se hizo sastre cuando terminó su educación elemental. Durante varios años combinó su trabajo con estudios adicionales y en 1906 obtuvo una licencia como maestro. Con el objetivo de buscar oportunidades educacionales, se mudó a La Habana y asistió a la universidad, obtuvo un título en cirugía dental en 1913 y otro en medicina en 1916.⁴⁴

Algunas mujeres afrocubanas también lograron, a pesar de las dificultades, títulos universitarios. María E. Matehu, inmigrante que llegó a La Habana procedente de Jovellanos, asistió a la facultad de Medicina con el apoyo de su madre que vino a la ciudad a trabajar como costurera. En otro caso, una estudiante de la Escuela Normal de La Habana para mujeres escribió una carta pública en 1929 en la cual pedía ayuda para conseguir un trabajo en el verano que le permitiera comprar uniformes y libros para el año académico siguiente. Su padre, explicó, no tenía “relaciones” en la ciudad y no le podía conseguir una recomendación de trabajo. Como en el caso de María Matehu, el apoyo familiar era crucial en el progreso educacional. De hecho, a pesar de estos obstáculos financieros —o quizás debido a ellos— fue el propio padre quien la alentó a obtener un título profesional. Consuelo Serra, maestra en la Escuela Normal, que completó grados universitarios en pedagogía y filosofía, recordaba que su madre tenía un propósito en la vida: demostrar que los negros podían “triunfar”. El éxito, a su vez, dependía de la educación, la cual su madre entendía no solo como instrucción.⁴⁵

Debido a estas dificultades no es sorprendente que, aunque el número de afrocubanos con títulos profesionales aumentó en 1943, permanecían fuertemente subrepresentados en las profesiones. Su proporción entre los abogados, enfermeras, farmacéuticos, ingenieros y médicos estaba por debajo de la mitad de lo que debía haber sido en condiciones de igualdad (véase Tabla 3). La única profesión en la cual estaban cerca de su representación proporcional era la de maestro, que era la profesión peor remunerada.

Más aún, en algunas profesiones, como enfermería, la proporción de blancos era superior a la registrada a principios de la república. En

⁴⁴ Guillén: “Baró: un autosuperado”, *Diario de la Marina* (20 de octubre de 1929); Tristán: “La escala de Joe”, *La Prensa* (24 de agosto de 1916); “Dr. Tranquilino Maza Cobián”, *Labor Nueva* 1:21 (16 de julio de 1916), 7; Raúl C. Urrutia: “Vanity-Case”, *Diario de la Marina* (13 de enero de 1929).

⁴⁵ Guillén: “La Dra. Matehu”, *Diario de la Marina* (5 de enero de 1930); “¡Salve....oh salve!”, *Diario de la Marina* (1 de septiembre de 1929); Consuelo Serra: “Intimidades”, *Diario de la Marina* (1 de junio de 1930). Estos casos se asemejan a los estudiados por Shaw en los Estados Unidos en *What a Woman Ought to Be*.

ningún otro sector del mercado laboral la desigualdad racial era tan aguda. Los afrocubanos aprendieron que la barrera más difícil de superar era la que abría las puertas a la clase media. Betancourt, un graduado de la escuela de Derecho de la Universidad de La Habana, expuso en los años 50 que la falta de relaciones sociales impedía el acceso de los negros a estas posiciones. Ellos no podían entrar en los clubes sociales y asociaciones de la élite blanca, donde muchos trabajos atractivos eran distribuidos informalmente a través de recomendaciones y conexiones familiares. Pero la discriminación racial también desempeñaba un papel destacado y Betancourt subrayó que quienes se encontraban en las ocupaciones más altas eran los más discriminados.⁴⁶

Evidencias sólidas apoyan su afirmación. Aunque la desigualdad en los ingresos, según la raza, caracterizaba toda la estructura ocupacional en la década de 1940, era significativamente más baja en los sectores más masivos de la economía. En la agricultura e industria, que incluían aproximadamente el 65 % de todos los empleos, las diferencias salariales por raza eran bajas (véase Tabla 7). En cambio, las desigualdades eran mayores en las actividades y ocupaciones más selectivas y mejor pagadas; en especial entre los profesionales, empleados de oficina y vendedores. En términos generales, es posible coincidir con Betancourt que cuanto más alta es la categoría profesional, mayor es la desigualdad salarial.⁴⁷ En las ocupaciones peor pagadas, aquellas donde más de un 80 % de la fuerza laboral total recibía hasta 59 pesos por mes (por ejemplo, campesinos, trabajadores agrícolas, personal de servicios y trabajadores industriales no calificados), las diferencias salariales de acuerdo a la raza no eran significativas.

La raza tenía un impacto más limitado en las oportunidades de vida de los pobres. En los profesionales las diferencias eran mayores; solo el 2.5 % de los profesionales negros y mulatos integraron el grupo de ingresos más altos, mientras la proporción de blancos era 3 veces y media mayor (8.4 %). Lo contrario también era cierto. En la categoría de ingresos bajos, los negros representaban el 52 % de los profesionales que percibían hasta 59 pesos por mes, comparado con un 35 % de blancos. Y la brecha era aún mayor en algunas de las profesiones más exclusivas, como la abogacía.

La situación de este grupo social era de hecho precaria. Aunque la educación y la “cultura” permitían que los profesionales afrocubanos

⁴⁶ Betancourt: *Doctrina negra*, 13, 78.

⁴⁷ Para un argumento similar relativo a Brasil, ver Andrews: *Blacks and Whites*, 163-165.

Tabla 7. *Distribución porcentual, ocupaciones, profesiones y sectores económicos, según ingresos y raza. Cuba, 1943*

Categoría	Bajos Ingresos			Altos Ingresos		
	Blancos (1)	Negros (2)	Proporción (2/1)	Blancos (3)	Negros (4)	Proporción (4/3)
Sectores económicos (total)	80.2	88.0	1.1	1.8	0.9	0.5
Agricultura, pesca	95.5	97.1	1.0	0.5	2.5	5.0
Minería	55.6	84.4	1.5	2.7	1.1	0.4
Construcción	60.7	66.2	1.1	1.9	1.1	0.6
Manufactura	74.8	82.9	1.1	1.7	1.1	0.6
Transporte, comunicaciones	50.0	58.3	1.2	3.3	1.7	0.5
Banca	34.8	61.2	1.8	10.5	11.6	1.1
Servicios domésticos	91.2	96.0	1.0	0.8	0.4	0.5
Servicios recreativos	69.9	82.8	1.2	3.2	0.6	0.2
Servicios profesionales	45.2	63.3	1.4	11.1	3.5	0.3
Gobierno	55.5	67.0	1.2	2.3	0.8	0.3
Ocupaciones						
Agricultores	96.0	97.6	1.0	0.6	0.6	1.0
Propietarios, gerentes	66.2	82.3	1.2	4.3	2.9	0.7
Oficinistas, vendedores	62.0	79.1	1.3	2.6	1.0	0.4
Obreros industriales calificados	69.9	78.2	1.1	1.7	1.0	0.6
Obreros industriales no calificados	85.4	89.5	1.0	0.8	0.6	0.7
Servicios de seguridad	83.4	85.0	1.0	1.5	0.8	0.5
Servicios personales	86.0	91.2	1.1	1.4	1.1	0.8
Obreros agrícolas	96.3	97.4	1.0	0.2	0.4	2.0
Profesionales:	35.4	52.1	1.5	8.4	2.5	0.1
Abogados	20.2	40.2	2.0	23.0	5.7	0.2
Contadores	29.1	50.0	1.7	23.6	18.2	0.8
Dentistas	20.2	23.2	1.1	12.0	10.2	0.8
Enfermeros	46.7	77.8	1.7	2.1	0.0	0.0
Farmacéuticos	44.3	43.8	1.0	6.1	12.5	2.0
Ingenieros civiles	8.2	18.8	2.3	43.2	0.0	0.0
Maestros	23.1	24.5	1.1	1.4	0.6	0.4
Médicos	10.3	15.2	1.5	27.8	15.2	0.6

Fuente: Cuba, Censo 1943, pp. 1098, 1203-1205. *Nota:* bajos ingresos, hasta 59 pesos al mes; altos ingresos, más de 200 pesos al mes.

fueran elegibles para el estatus de clase media, el color de su piel, el origen social, la situación financiera, y el racismo blanco, los mantenían peligrosamente cerca del mundo de la pobreza y del trabajo manual, del cual ellos intentaban escapar. Como fue mencionado antes, la mitad de estos profesionales percibía ingresos mensuales similares a los de los trabajadores en los sectores más masivos de la economía: apenas un símbolo de clase media. Fue en respuesta a esta situación, y como reacción a las prácticas sociales de los grupos blancos dominantes, los cuales consideraban y trataban a los negros como un grupo social homogéneo, que los afrocanos educados y socialmente en ascenso acentuaron el abismo cultural que los separaba de las masas de trabajadores manuales negros.

Como en los Estados Unidos, este discurso se dirigía al gobierno y a los políticos, intelectuales y empresarios blancos, que eran a fin de cuentas quienes definían los espacios disponibles para que la clase media negra existiera y se extendiera. Al enfatizar su superioridad cultural, estos profesionales pretendían abrir esos espacios, crear nuevas oportunidades para ellos, y eliminar las barreras que impedían su avance social. Como declaró Urrutia, una vez que lograron el “progreso cultural”, los “negros cultos” debían tener la oportunidad de demostrar su capacidad para contribuir a “la vida cívica” de Cuba, es decir, a obtener puestos en el sector público.⁴⁸

Los intelectuales afrocanos desafiaron así la concepción blanca de que todos los negros eran iguales —es decir, igualmente inferiores— o pertenecían a la misma “clase”. Lino D’Ou discutió este tema en 1916: “A gritos está pidiendo nuestro intento de progreso [...] el establecimiento claro, diáfano, de una escala social bien definida [...] Ni todos los blancos son iguales, ni todos los negros somos iguales. Hay una muy posible igualdad que nadie tiene el derecho de negarnos: la de los buenos, los conscientes, los responsables, los de hogar honorable, los de arte o profesión libre”. Ramón Vasconcelos también fue terminante acerca de esto: “El mismo desnivel que existe entre las clases sociales blancas, se encuentra, relativamente, entre las de color”. En respuesta a un médico blanco que se refirió a los negros como una “clase” en 1929, Urrutia respondió: “¿De modo que [...] toda la raza negra constituye una sola clase? Esto nos parece el colmo de la improvisación”.⁴⁹

⁴⁸ Gilmore: *Gender and Jim Crow*, xix; Urrutia: “Ideales de una raza. ¡Cállense... y esperen!”,

⁴⁹ D’Ou: “Otro rasero”, *Labor Nueva* 1:27 (27 de agosto de 1916), 3-4; Tristán: “Variaciones sobre un mismo tema”, *La Prensa* (8 de octubre de 1915); y los comentarios de Urrutia a Aldereguía: “La tuberculosis en la raza negra”, *Diario de la Marina* (15 de septiembre de 1929).

Como parte de sus esfuerzos para construir una posición social bien definida en un ambiente hostil, los intelectuales afrocubanos se refirieron con frecuencia a los trabajadores manuales negros en términos peyorativos. Urrutia los llamó los “otros” negros; Vasconcelos, “la negrada”, que definió como la “masa imbécil, que del progreso no ha tomado más que lo superficial y que confunde la democracia con la demagogia, que pone en ridículo a la minoría acreedora a todo género de miramientos”. Un lector de sus columnas se refirió a los negros de origen humilde como “la chusma ignorante”. El poeta afrocubano José Manuel Poveda los calificó de “masas ciegas”.⁵⁰

Estos negros “bajos” no solo eran ignorantes. Más importante para la clase media negra era que exhibían su falta de educación y modales en “público”. Los profesionales temían que las demostraciones públicas de lo que ellos consideraban formas culturales primitivas, sirvieran para reforzar el vínculo entre la inferioridad social y la negritud. Por eso los convocaron a “desafricanizarse” ellos mismos, condenando al mismo tiempo la santería y otras expresiones culturales afrocubanas, en particular cuando alcanzaban la esfera pública. Como declaró Vasconcelos al referirse a las comparsas afrocubanas durante el carnaval de 1916: “Váyanse al despoblado, donde puedan dar rienda suelta a sus arrebatos y torpezas sin ofender la vista ni la delicadeza de los que desean vivir en una sociedad civilizada y no en una aldea de hotentotes [...] Mientras haya un tambor, habrá barbarie”. Otro afrocubano, lector de *La Prensa*, condenó las comparsas como un legado colonial de “escándalo y de desenfrenos sexuales en plena calle”. Las implicaciones de estos actos públicos para la clase media negra eran obvias para Lino D’Ou, quien manifestó el temor de que “el racismo blanco” creyera que todos los negros participaban en tales espectáculos —argumento que podría usarse para justificar su exclusión de los “altos” círculos sociales.⁵¹

Por razones similares, los roles sexuales, la estabilidad familiar y la decencia figuraron de manera destacada entre las preocupaciones de estos profesionales. La supuesta falta de núcleos familiares fue tradicionalmente considerada un rasgo intrínseco de la negritud, y era otro indicio de la inferioridad congénita de los descendientes de africanos. Un observador

⁵⁰ Urrutia: “El negro que tenía que cambiar de domicilio”, *Diario de la Marina* (2 de mayo de 1928); Tristán: “No es la sufrida” y “De una jovencita”, *La Prensa* (16 de noviembre y 13 de diciembre de 1915); José Manuel Poveda: “Voces nuevas”, *La Prensa* (5 de septiembre de 1915).

⁵¹ Tristán: “Comparsas”, *La Prensa* (2 de marzo de 1916); Francisco Mendoza Marrero: “El carnaval pasa”, *La Prensa* (12 de marzo de 1916); D’Ou: “Otro raseró”.

norteamericano lo dijo claramente en 1907: “La moralidad no entra en las religiones africanas originales. Desde entonces [la esclavitud] hasta hoy, el negro cubano [...] se ha propagado y lo continua haciendo sin respeto a la familia o el matrimonio [...] la familia es creada en función de la pasión y deshecha a capricho, es poco considerada”.⁵² Las estadísticas demográficas parecían corroborar esta impresión. Los negros estaban subrepresentados en los matrimonios y sobrerrepresentados en los nacimientos ilegítimos. El censo de 1907 estimó que dos tercios de todos los hijos ilegítimos eran negros o mulatos. En 1931, este porcentaje no había cambiado. Urrutia reportó con espanto que, en 1928, la proporción de matrimonios entre blancos casi duplicaba la de los negros, mientras que las tasas de ilegitimidad eran tres veces superiores entre los afrocubanos.⁵³

Los intelectuales temían que estas estadísticas pudieran usarse para confirmar los estereotipos blancos sobre la ausencia de vida familiar entre los negros. “Necesitamos arraigar entre nosotros el concepto moral de familia”, exhortó D’Ou. “Tenemos que elevar nuestra moral social”, coincidió Urrutia. Para lograrlo, resultaba indispensable que las mujeres cumplieran lo que se definió como su principal papel social: sus deberes familiares.

En un artículo de 1916, Vasconcelos afirmó que las mujeres eran “la mayor dificultad con que tropieza la regeneración del negro”. Las mujeres afrocubanas —explicó el periodista— eran intelectual y moralmente deficientes. Especialmente las “mulatas”, cuya belleza física las convertía en presa fácil del apetito sexual de los hombres; ellas preferían la prostitución por encima de una vida honrada llena de escasez y trabajo duro. De hecho, Vasconcelos afirmó que la mitad de las mulatas vivía en concubinato, un tercio se convertía en prostitutas, y solo un 10 % se casaba. El desafío era “reintegrar a las mujeres a su entorno familiar”, pues —como indicó el intelectual afro cubano Ramiro Neyra— cuando las mujeres negras “caían”, ellas “arrastraban consigo el honor de todas las demás [mujeres] y una gran parte del respeto que como hombres, merecemos los varones”.⁵⁴ Ambos aspectos, la falta de

⁵² Bullard: “The Cuban Negro”, 624-625.

⁵³ Cuba: *Censo 1907*, 458; Cuba: *Censo 1931*, tabla 17; Urrutia: “Armonías. Deberes sociales”, *Diario de la Marina* (18 de agosto de 1929). Para un sumario de los índices de nupcialidad entre blancos y negros, ver De la Fuente: “Race and Inequality”, 147-148.

⁵⁴ D’Ou: “Surge et ambula”, *Labor Nueva* 1:23 (30 de julio de 1916), 4; Urrutia: “Armonías. Deberes”; Tristán: “Tres puntos” y “Opinión de un cienfueguense”, *La Prensa* (16 y 21 de agosto de 1915); Neyra Lanza: “Ya era tiempo”, *La Prensa* (4 de octubre de 1915).

honor y virtud de las negras, y la falta de respeto social de los varones, eran igualmente inquietantes. El primero, confirmaba el estereotipo racista respecto a la promiscuidad y a la disponibilidad sexual de estas mujeres. El segundo, amenazaba la masculinidad y respetabilidad de un grupo que intentaba establecer y mantener su lugar en la sociedad.

La virtud, el matrimonio y la familia fueron también importantes para algunas mujeres afrocubanas y algunas coincidieron con Vasconcelos en que las negras y mulatas no les importaba el matrimonio, vivían en concubinatos y carecían de cultura y moralidad. Pero otras mujeres atacaron a Vasconcelos y preguntaron qué habían hecho los hombres negros por el progreso moral e intelectual de las mujeres. En una carta a su sección, una mujer que firmó como “Indiana” replicó que aunque era un deber femenino guiar su casa, los varones debían proteger y cuidar a sus familias en lugar de tener amantes y abusar de sus esposas.⁵⁵ Algunos intelectuales masculinos también se enfrentaron a los comentarios sexistas de Vasconcelos, y argumentaron que era la falta de oportunidades lo que explicaba la conducta social de las mujeres negras.⁵⁶

Esta retórica de la clase media acerca del honor, la virtud y la moralidad fue una estrategia defensiva contra el discurso dominante que negaba la posibilidad de tales cualidades entre los negros, a pesar de sus ingresos y educación. Como en cualquier otra parte, “las desigualdades hicieron que muchas actividades de la clase obrera fueran más visibles, pues carecían de instalaciones privadas, y su trabajo y actividades de ocio eran más públicos”.⁵⁷ Como algunos miembros blancos de la élite no reconocían una esfera privada entre los negros, los profesionales afrocubanos tenían que construirla. En el proceso, enfatizaron la distinción entre los elementos “bajos” y los “cultos”, sin tener en cuenta la raza. Como manifestó Urrutia: “Cuando consideramos a nuestro pueblo por clases sociales, prescindiendo del color, vemos que la gente culta de las dos razas tienen caracteres, ideales e intereses comunes”.⁵⁸

⁵⁵ Caridad Chacón de Guillén: “Mi opinión”, *La Prensa* (29 de septiembre de 1915); “Reflexiones femeninas”, *La Prensa* (31 de agosto de 1915).

⁵⁶ Gerónimo Guerra: “A cuharetear”, *La Prensa* (1 de septiembre de 1915); “Cuartillas traspapeladas”, *La Prensa* (11 de enero de 1915). Después de los años 30, los intelectuales afrocubanos frecuentemente atribuyeron los bajos índices de matrimonios negros a su situación económica. Para ejemplos, ver Betancourt: *Doctrina negra*, 8-9; Pinto: *El Dr. Mañach y el problema negro*, 31-45.

⁵⁷ Brown y Kimball: “Mapping the Terrain”, 329.

⁵⁸ Urrutia: “Incidencia y reflexión”, *Diario de la Marina* (20 de abril de 1930).

Además, este análisis acerca de la cultura y la moralidad se hacía necesario, pues en las relaciones sociales cotidianas, la discriminación racial afectaba de forma prominente a los profesionales afrocubanos. Aunque el racismo y el prejuicio penetraron en todos los grupos sociales, la discriminación contra estos era particularmente inmoral y visible. Ellos intentaban penetrar en lo que la burguesía blanca percibía como sus propios espacios sociales, ocupacionales y físicos. La línea de color era considerablemente más fluida entre los más pobres de la sociedad; esta realidad condujo frecuentemente a los observadores extranjeros a subrayar que la raza no afectaba las relaciones sociales en la Isla.

La línea que separaba a los blancos “humildes” de los negros se rompía con frecuencia en la vida cotidiana por la adopción de símbolos culturales “negros”, como la religión, los bailes y la música o en las relaciones sexuales interraciales. Las descripciones de Castellanos (1914) de los elementos más “bajos” en la sociedad ejemplifican este aspecto. Él se refirió al bajo mundo como un lugar donde “la promiscuidad de negros y blancos” era común y “el baile lascivo del negro” atraía a los blancos “degradados y lujuriantes”. Esta intensa mezcla racial entre los sectores populares también fue apreciada por los visitantes extranjeros: “La escoria de todas las razas bailaba junta, con una desverguenza y vulgaridad que no había visto en ninguna otra parte”.⁵⁹

La raza era una barrera mucho más obvia en las áreas sociales definidas como exclusivas o elegantes. De hecho, la raza afectaba cada aspecto importante de las vidas de los negros con elevada educación, desde las oportunidades de vivienda hasta los empleos. Aunque las prácticas sociales que eran inequívocamente racistas no eran comunes —pues podían generar mala publicidad e incluso provocar diversas formas de movilización y protesta— estas sucedían. Uno de estos casos tuvo lugar en 1952 en el central azucarero Soledad, cuando el gerente norteamericano negó el derecho a trabajar en el pabellón médico de la compañía al único dentista en el batey, que era negro. Otro caso tuvo lugar en La Habana en 1947, donde un anuncio aparecido en el periódico *Información* se refería al alquiler de 3 casas “solo para blancos”. Ambos incidentes generaron protestas y se presentaron como violaciones de la fraternidad racial en Cuba. En el caso del central Soledad, los obreros protestaron contra la administración, afirmando que Cuba era “la tierra de Martí y de Maceo... no del KKK y el linchamiento”. En el ejemplo de

⁵⁹ Castellanos: “La briba hampona”, 95; Ann Nevins: “As Others See Us,” *Cuban Topics* (6 de abril de 1929), 4. Para observaciones similares, ver Pepper: *Tomorrow in Cuba*, 153 y Hinton: “Cuban Reconstruction”, 98-99.

los apartamentos, el club Atenas presentó el caso al fiscal general, en el cual denunciaba el anuncio pues violaba los derechos constitucionales de todos los ciudadanos negros. La Federación Nacional de Sociedades de la Raza de Color también intervino y demandó del presidente de la República una declaración “clara y concisa” contra la discriminación racial. El Partido Comunista apoyó los esfuerzos del club Atenas y los de la Federación.⁶⁰

Con frecuencia, sin embargo, la discriminación se ocultó bajo prácticas socialmente aceptables y era más difícil de percibir y documentar. Los racistas blancos idearon estrategias que, bajo la apariencia de ser neutras, producían de hecho la exclusión de los afrocubanos. Por ejemplo, en la década del 50, cuando se convirtió en ilegal solicitar la raza de los candidatos para un puesto de trabajo, instituciones como El Banco de Desarrollo Agrícola e Industrial o el Consejo Económico de Guerra exigían que sus empleados tuvieran una buena “apariencia personal”, requisito que solo los blancos podían cumplir en la práctica. Además, estas instituciones pedían a los candidatos que informaran su afiliación a los clubes sociales o recreativos, y con esto deducían la raza.⁶¹

La estrategia más común fue enmascarar tanto los espacios públicos como privados y presentarlos como clubes abiertos solo para miembros. Esta estrategia fue aplicada en bares, restaurantes, cabarets, playas y otras instalaciones de recreo que se volvieron racialmente segregadas. Esto era algo común en lugares distinguidos por su lujo o elegancia, o que atendían al creciente público de turistas norteamericanos. Como señaló Urrutia, cuando un lugar público se ponía “de moda”, lo primero que sus gerentes hacían era excluir a los negros. Los blancos adinerados convirtieron estos lugares en su propio coto privado. Y los espacios privados eran intocables. Ni el principio constitucional de igualdad, ni el mito de una cubanidad sin razas, se aplicaba allí. Por el contrario: el lujo se convirtió en un ícono racial en la sociedad cubana, un símbolo de exclusión, privativo de los blancos adinerados. En un artículo publicado en 1952, Felipe Elosegui afirmó que para encontrar evidencias sobre la discriminación racial uno solo tenía que pasear por los cabarets de lujo de La Habana.⁶²

⁶⁰ Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (23 de febrero de 1952); “Denúnciase ante el Tribunal Supremo” y “Llamamiento al presidente”, *Noticias de Hoy* (22 y 23 de marzo de 1947); “Editorial” y Elosegui: “Benito Martí”, *Nuevos Rumbos* 2:3 (marzo-abril de 1947), 3-4, 6-7.

⁶¹ Cuéllar Vizcaíno: “Aire libre”, *Tiempo* (19 de septiembre de 1952).

⁶² Urrutia: “Armonías. Rayos ultra-violetas”, *Diario de la Marina* (16 de marzo de 1930); Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (10 de abril de 1952).

Así, la lucha sobre los espacios sociales se centró en su carácter público o privado. Un incidente ocurrido durante los Segundos Juegos Deportivos Centroamericanos (La Habana, 1930) ejemplifica este tema. Mientras el presidente Machado daba la bienvenida a los atletas visitantes “con los brazos abiertos”, al equipo de natación de Panamá y a los espectadores negros se les negó el acceso al Havana Yacht Club, donde tendría lugar una competencia. Lo que es interesante, sin embargo, es que cuando el club Atenas denunció el hecho, destacó que el evento fue anunciado en la prensa diaria como “público”. El secretario de Obras Públicas, quien era miembro del Yacht Club, estuvo de acuerdo: si los miembros del club se oponían a que los negros visitaran sus instalaciones, entonces no debían haber aceptado ser sede de una competencia pública. Desde su columna dominical, Urrutia subrayó que los juegos eran públicos y que cualquiera que deseara hacerlo podía asistir.⁶³ La mayoría de la prensa coincidió con este criterio, aunque también describieron la decisión del club como un acto de incivilidad y barbarie; un “linchamiento moral”, según *Avance*.⁶⁴ Solo Juan Gualberto Gómez desafió la validez de la dicotomía privado-público, y resaltó que, como cualquier otra institución en que la discriminación racial era practicada, el Havana Yacht Club debía desaparecer.⁶⁵

Pero la dicotomía persistió. Los dueños racistas frecuentemente invocaban la ley de asociaciones para justificar la exclusión de los afrocubanos de los establecimientos públicos, sobre la base de que eran clubes privados. En 1951, al hijo de Felipe Ayón, un jefe político afrocubano en el barrio de Dragones y amigo personal del entonces senador Batista, se le negó el servicio en el cabaret Maxim, aun cuando —la prensa denunció— el cabaret no estaba “cubierto” por la ley que regulaba el funcionamiento de las sociedades privadas. En 1939, la misma ley fue invocada por los dueños de El Casino Deportivo cuando se negaron a permitir la entrada a un grupo de médicos negros que

⁶³ Machado: “Cuba os recibe”, *El País* (13 de marzo de 1930); “Informaciones: (incidentes del Havana Yacht Club)” y “Adhesiones valiosas”, *Boletín Oficial del club Atenas* 1:4 (20 de abril de 1930), 5, 7; Urrutia: “Un bochorno para Cuba”, *Diario de la Marina* (30 de marzo de 1930).

⁶⁴ “Directrices”, *Revista de Avance* 4:45 (15 de abril de 1930), 98, 126. La reacción de la prensa principal es reproducida en *Boletín Oficial del club Atenas* 1:4 (20 de abril de 1930), 6-10. Para una defensa del Havana Yacht Club, ver “Impresiones”, *Diario de la Marina* (31 de marzo de 1930).

⁶⁵ “Manifestaciones del ilustre patricio Juan Gualberto Gómez”, *Boletín Oficial del club Atenas* 1:4 (20 de abril de 1930), 6. Su declaración es reproducida en *Diario de la Marina* (30 de marzo 1930).

asistían a un banquete organizado por el Congreso Médico Nacional. El administrador del restaurante argumentó que, según los estatutos del club, no podían dar servicio a “las personas de color”.⁶⁶

Incidentes similares sucedieron en otras partes del país. En Matanzas, a un grupo de estudiantes negros que participaban en un picnic, organizado por la Escuela de Educación de la Universidad de La Habana, se les negó el servicio en el club Monserrat, el cual, a pesar de su denominación, era de hecho un restaurante. En Santiago de Cuba, el portero del bar restaurante San Pedro del Mar negó la entrada a un grupo de “distinguidas personalidades” negras de Santiago que intentaba visitar el lugar. Y en Guantánamo, el bar Pan American Club le negó el servicio nada menos que a Antonio Maceo y Font, nieto del héroe nacional Antonio Maceo. El portero explicó que tenía órdenes de no permitir “personas de color” en el bar.⁶⁷

Aquellos que no podían enmascarar sus establecimientos como clubes privados adoptaron estrategias diferentes. Los gerentes de hoteles, por ejemplo, declaraban no tener cuartos disponibles cuando los clientes negros buscaban alojamiento. Por ejemplo, a una maestra negra que hizo una reservación en el hotel Andino, en La Habana en 1940, se le negó el cuarto una vez que se presentó en la carpeta. Incluso las figuras públicas afrocubanas estaban sujetas a semejantes humillaciones. En 1929, al campeón más grande del boxeo cubano, Eligio Sardiñas y Montalvo —más conocido como *Kid Chocolate*— se le negó alojamiento en dos hoteles de lujo de Santiago de Cuba, donde estaba siendo atendido por las autoridades locales como invitado de honor. Como los hoteles eran, por definición, establecimientos abiertos al “público”, los dueños explicaron que por no tener habitaciones vacías no lo habían hospedado.⁶⁸ Algo similar le pasó al congresista afroamericano Arthur Mitchell cuando visitó La Habana en 1937, pues se le negó el servicio en el hotel Saratoga; el dueño alegó que estaba “lleno”. El gerente del

⁶⁶ Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (22 de noviembre de 1951); “Niegan servicio” y “Fobia discriminadora”, *Noticias de Hoy* (21 y 22 de diciembre de 1939).

⁶⁷ Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (5 de diciembre de 1951); “Clasurados cuatro bares” y Jorge Castellanos: “La llaga racial”, *Noticias de Hoy* (13 y 24 de septiembre de 1952); Salvador García Agüero: “Desagravio a Maceo”, *Noticias de Hoy* (23 de mayo de 1953).

⁶⁸ Elosegui: “El caso del hotel Andino”, *Noticias de Hoy* (22 de septiembre de 1940); Francisco Ichaso: “Deporte. Kid Chocolate o el negrito”, *Revista de Avance* 3:35 (15 de junio de 1929), 182; Urrutia: “La primera derrota de Chocolate”, *Diario de la Marina* (6 de octubre de 1929).

Hotel Sevilla, William Hogan, de Tennessee, también negaba alojamiento a los clientes negros.⁶⁹

La discriminación racial imperaba también en otras áreas; a menudo, cuando una persona intentaba alquilar un apartamento en alguna de las zonas elegantes de La Habana, le decían que ya había sido alquilado. Urrutia relata el caso de un amigo que, después de enviar a su sirviente blanco a que alquilara un apartamento, fue personalmente a firmar los papeles. Una vez que los dueños vieron que el arrendatario era negro hicieron lo imposible para revocar el acuerdo. Según Urrutia, las familias negras “decentes” tenían grandes dificultades para conseguir acceso a los “rascacielos” y edificios modernos de apartamentos. Las barberías elegantes también negaban su servicio, y aludían que ellos no sabían cortar el “pelo de los negros”. Incluso el cinódromo de La Habana, operado por una empresa norteamericana, pretendía ser un club privado y designó un área separada para los clientes afrocanos.⁷⁰

Tal vez estos ejemplos sean solo una muestra de lo que probablemente fuera una realidad cotidiana para los negros de clase media. Conocemos los casos de discriminación solo cuando se denunciaban públicamente, pues recibían cobertura de la prensa, o generaban algún tipo de respuesta institucional. De hecho, todos los casos antes mencionados terminaron en protestas, movilización, e incluso acción legal. La Federación Médica Nacional canceló el banquete y condenó públicamente las prácticas discriminatorias del Casino Deportivo. Los estudiantes universitarios que fueron discriminados en Matanzas llevaron su caso a los tribunales. El restaurante San Pedro del Mar de Santiago de Cuba fue cerrado por el ayuntamiento de la ciudad en respuesta a una ola de protestas de varias organizaciones políticas y clubes afrocanos. El caso de Guantánamo también terminó en los tribunales y el gobierno nacional fue literalmente inundado con telegramas y cartas que exigían acción contra la dirección del hotel Saratoga por discriminar al representante Mitchell.

El hecho de que estas prácticas racistas hayan sido condenadas no significaba, sin embargo, que la discriminación fuera siempre denun-

⁶⁹ Para el caso Mitchell, ver Expediente compuesto por escritos dirigidos al presidente, 1937. ANC. Secretaría de la Presidencia, leg. 39, no. 14. Acerca del hotel Sevilla, ver Cuéllar Vizcaíno: “Aire libre”, *Tiempo* (11 de septiembre de 1951).

⁷⁰ Urrutia: “El negro que tenía que cambiar”; “Vivienda y discriminación”, *Nuevos Rumbos* 1:9 (septiembre-octubre de 1946), 3; “Interesan del Congreso”, *Noticias de Hoy* (6 de octubre de 1944); Guillén: “El camino de Harlem”; Aracelio Azcuy: “Negros en el cinódromo”, *Atenas* 2:4 (agosto de 1951), 10.

ciada o protestada. En las relaciones sociales cotidianas, la adaptación y no el conflicto era, probablemente, la solución más común. Como señaló Nicolás Guillén en 1929, los negros se habían *retirado* lentamente de los cafés de lujo, de los actos oficiales suntuosos y de los bulevares elegantes, de manera que los “cultos”, de los cuales él mismo era un excelente ejemplo, no tenían acceso.

Urrutia coincidía: “con solo ver el lujo del lugar [el negro] se abstiene de visitarlo”.⁷¹ Cuando las protestas tenían lugar, se centraban en el carácter “público” de estos establecimientos recreativos, como en el caso del Havana Yacht Club antes mencionado. Implícito en estos argumentos, por supuesto, estaba que la discriminación y exclusión era legales, quizás inevitables, en lugares que eran “verdaderamente” privados. En cierto sentido, el “negros limpio, decente y con billetes en su cartera”, como Urrutia se describía a sí mismo y a sus iguales, abandonó la batalla por estos espacios.⁷² En cambio, y en respuesta a la discriminación y falta de oportunidades para avanzar, los profesionales y empleados afrocubanos crearon sus propios espacios privados y sociedades exclusivas.

LAS SOCIEDADES AFROCUBANAS

Estos esfuerzos descansaban en su larga tradición de organización; los negros se reunieron en sociedades religiosas, culturales, y de ayuda mutua desde los tiempos coloniales; primero en los *cabildos de nación* que congregaron a grupos de esclavos de origen común, después en “las sociedades de la raza de color” que proliferaron en la Isla después de la abolición. Como han señalado estudiosos, estas sociedades desempeñaron un papel decisivo en la supervivencia, adaptación, y transmisión de las prácticas culturales y sociales de los africanos, así como contribuyeron al surgimiento de una nueva identidad afrocubana.⁷³

Muchas de estas organizaciones continuaron sus actividades en la república. Aunque sus propósitos eran varios, la mayoría incluía actividades recreativas, de ayuda mutua y la celebración de otros “eventos sociales”. También las sociedades se organizaron por ramas ocupacionales, para que los trabajadores de un mismo oficio pudieran

⁷¹ Guillén: “La conquista del blanco”, *Diario de la Marina* (5 de mayo de 1929); Urrutia: “Armonías. Rayos”.

⁷² Urrutia: “La primera derrota”.

⁷³ Para introducciones útiles al estudio de los cabildos y sociedades antes de la independencia, ver Montejo Arrechea: *Sociedades de Instrucción* y Hevia: *El Directorio*.

socializar y compartir sus problemas y preocupaciones comunes.⁷⁴ Otras se consagraron con propósitos específicos, como la promoción del teatro y otras actividades culturales.

Con frecuencia, las asociaciones registradas ante el gobierno como sociedades de ayuda mutua eran, de hecho, centros donde las religiones africanas se practicaban con mucho disimulo. Los esclavos aprendieron a esconder sus dioses y rituales detrás de la fachada de los santos católicos y las asociaciones legales. Después de la década de 1880, cuando el gobierno español ordenó el cierre de los cabildos de nación, este proceso de camuflaje se intensificó, y se presentaron a los cabildos como sociedades de ayuda mutua.

En algunos casos, como los de la Sociedad de Socorros Mutuos Nación Congo Real o la Sociedad de Socorros Mutuos Las Cinco Naciones, el cambio en la denominación apenas escondía el carácter y propósito de las sociedades. Como sus prácticas culturales continuaron reprimidas en la república, dichas prácticas se enmascararon. La Sociedad Santa Rita de Casia y San Lázaro, por ejemplo, creada en 1902, se autopresentaba como una sociedad de “canto, danza y de ayuda mutua”, pero en realidad agrupaba, según sus propios miembros, a “aquellos que profesan la religión lucumí”. Los afiliados proclamaron, sin embargo, que al proporcionar ayuda a sus miembros también cumplían con la prédica de amor universal de Jesús. Un propósito similar tenía la Sociedad de Instrucción y Recreo Nación Congo-Portugués y sus Hijos Santa Teresa de Jesús Meditando, creada en Cienfuegos en 1922. El inspector de policía Rafael Roche y Monteagudo que participó activamente en la represión de la llamada “brujería” a inicios de la república, se quejó de que los antiguos cabildos se refugiaron en los nuevos clubes sociales, donde aún practicaban su “repugnante fetichismo”.⁷⁵

Un rasgo principal de la mayoría de estas sociedades era su declarado carácter apolítico; se prohibía discutir cuestiones políticas o religiosas en el club. Como expresaban los estatutos de la Unión Fraternal —una de las asociaciones principales en La Habana—, la sociedad se mantendría

⁷⁴ Entre estas estaban el Centro de Cocheros y la sociedad Redención (1912), la cual agrupaba a trabajadores de la construcción. Ver ANC. Registro de Asociaciones, legs. 1134, no. 23761-62; leg. 446, no. 14799. Ver también Montejo Arrechea: *Sociedades de Instrucción*, 54.

⁷⁵ “Manifiesto de los hijos de Papá Silvestre” (1915) en Castellanos: *La brujería y el ñañiguismo*, 56-60; Sociedad Nación Congo-Portugués, 1922. AHPC. Registro de Asociaciones, leg. 22, no. 418; Roche y Moteagudo: *La policía y sus misterios*, 181. Ver también el testimonio de Ortiz acerca de un cabildo Congo en “Preludios étnicos”, 158-159.

“alejada de toda tendencia política” y “de todo contacto... [con] problemas religiosos o sociológicos”.⁷⁶ Pero como demostraron las actividades del Directorio Central de Sociedades de la Raza de Color y su participación en la lucha por la independencia, las sociedades culturales de ayuda mutua podían desempeñar un papel crucial en la movilización política de los afrocubanos. La independencia no cambió esto; por el contrario, las sociedades se convirtieron en centros de propaganda electoral y en objetivo de los políticos. El hecho de que los candidatos a la presidencia y al Congreso visitaran, invariablemente, las sociedades de color en sus giras, confirma que su importancia electoral no pasó inadvertida.

Esto era cierto incluso para asociaciones que, debido a su carácter africano, fueron generalmente conceptuadas como criminales. Para conseguir los votos, los políticos no dudaron en tratar de buscar el apoyo de los ñáñigos, sociedad fraternal secreta que fue presentada a menudo como una unión criminal de salvajes. En 1920, por ejemplo, una fuente norteamericana informó que las “organizaciones secretas de origen africano” estaban mostrando señales de vida debido a la contienda electoral. Gracias a su influencia política, un líder ñáñigo nombrado Marcos Berrios, alias *Cayuco* —sentenciado a 20 años de prisión—, fue indultado para que pudiera participar en la campaña. Como Gerardo del Valle reflejó en uno de sus cuentos magistrales, el apoyo de los ñáñigos podía ser crucial para que un político triunfara en algunos barrios populares. En “Para concejal”, Del Valle narra cómo *Mano Abierta*, un jefe blanco del “partido Palotista” en el barrio de Colón, obtuvo la nominación para representante con el apoyo de *Candela*, jefe de una potencia ñáñiga en el área. *Candela*, a cambio, fue nominado para concejal municipal; este es un ejemplo de las relaciones recíprocas, típicas, del clientelismo político en la república.⁷⁷

Las sociedades de color y los políticos se vinculaban de otras maneras. Varios clubes designaron como sus presidentes honorarios a figuras públicas conocidas, que incluían a prominentes afrocubanos, como Juan Gualberto Gómez y Campos Marquetti. En 1919, los presidentes honorarios del club Moncada, en Cruces (Las Villas), incluían a Gómez, al político liberal y periodista Saturnino Escoto, a Pablo Herrera (posteriormente presidente de Atenas) y a otras figuras públicas.⁷⁸ Se crearon otras sociedades con los nombres de esos líderes, como la

⁷⁶ ANC. Registro de Asociaciones, leg. 713, no. 18314-18318.

⁷⁷ Long al secretario de Estado, Habana, 8 de octubre de 1920. USNA, RG 59/837.00/1802; del Valle: “Para concejal”, in *1/4 Fambá*, 94-99.

⁷⁸ Sociedad de Instrucción y Recreo club Moncada. AHPC. Registro de Asociaciones, leg. 33, no. 706.

Sociedad de Recreo Juan Gualberto Gómez, de Regla, y otra con un nombre similar en Quiebra Hacha, Pinar del Río.⁷⁹

Estas prácticas facilitaban el acceso de los asociados a miembros de la clase política dirigente y a la distribución de empleos públicos y otros beneficios. El sistema funcionaba. Cuando los miembros del club Hermanos Unidos fueron acusados de brujería, su defensa legal la hizo nada menos que el representante Campos Marquetti. El Centro Juan Gualberto Gómez le pedía constantemente toda clase de favores, que incluía trabajos públicos y becas para los miembros y sus familiares. También se pidieron favores a las figuras públicas blancas. Cuando un miembro prominente de la Unión Fraternal fue eliminado de la nómina de la Secretaría de Obras Públicas, el club le solicitó al ministro que lo contratara nuevamente. El Movimiento de Opinión Progresista Integral (MOPI), solicitó, en 1952, al presidente Batista una beca para la soprano afrocubana Olimpia Cabrera.⁸⁰

Algunas sociedades también se las ingeniaron para obtener préstamos, contribuciones financieras, y otros subsidios del Estado. A mediados de la década de 1910, Unión Fraternal recibía un subsidio anual del ayuntamiento de La Habana. Atenas obtuvo tierras públicas y una contribución de \$50 000 en 1925. Después de los años 30, era costumbre que los clubes afrocubanos recibieran subsidios gubernamentales extraídos de los fondos de la lotería. En 1944, 86 sociedades pidieron subsidios al presidente Batista; Unión Fraternal y Atenas estaban entre las 44 instituciones que se beneficiaron en 1943. Tanto Grau como Batista dieron también miles de pesos a la Federación Nacional en los años 40 y 50.⁸¹ Si las figuras

⁷⁹ La sociedad de Regla fue posteriormente llamada “Centro Juan Gualberto Gómez” y en 1929 se convirtió, después de una fusión con otro grupo local, en la Sociedad Progresista Juan Gualberto Gómez. Ver “Nueva directiva”, *Diario de la Marina* (12 de enero de 1901, ed. tarde); Urrutia: “Armonías”, *Diario de la Marina* (26 de enero de 1930). La sociedad Quiebra Hacha es mencionada por D’Ou: “La evolución de la raza de color”, 335.

⁸⁰ “Los brujos ante la corte”, *La Lucha* (28 de junio de 1912); Cartas dirigidas a Juan G. Gómez por el Centro Juan Gualberto Gómez de Regla, 1898-1928. ANC. Adquisiciones, leg. 53, no. 4076; leg. 54, no. 4089; Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (17 de octubre de 1951); “Pide a Batista una beca”, *Tiempo* (29 de abril de 1952).

⁸¹ Tristán: “Tempestad en un vaso de agua”, *La Prensa* (14 de octubre de 1915). El caso de Atenas es discutido después. Para ejemplos de los fondos de la lotería utilizados para subsidiar a las sociedades afrocubanas, ver Expediente referente a las solicitudes de las Sociedades e Instituciones de color, 1943-1944. ANC. Secretaría de la Presidencia, leg. 4, no. 93; “Notes about ‘La renta de la lotería’” en J.N.C., Memorandum, Habana, 22 de junio de 1944. USNA, RG 84/891; Cuéllar Vizcaino: “Aire Libre”, *Tiempo* (9 de septiembre de 1952) y *Unas cuantas verdades*, 10; Urrutia: “Armonías: las ‘sociedades de color’ y discriminación en el trabajo”, *Diario de la Marina* (12 de agosto de 1952).

políticas negaban su apoyo a las sociedades negras, esto podía conducir a su condena pública en la prensa negra, y perjudicaría sus posibilidades electorales en el futuro.⁸²

Las “sociedades de color” representaron una vía importante para que los afrocubanos ascendieran social y políticamente; eran un vehículo para desarrollar valiosos contactos sociales. Tal como decían los estatutos de La Unión de Morón, en Camagüey: “El objeto de esta sociedad es proporcionarse los de la raza de color un centro común de fraternidad y unión inquebrantables donde resplandezca la lealtad”.⁸³ Por medio de las sociedades, los abogados, farmacéuticos y contadores obtuvieron clientes; los médicos, dentistas y parteras, pacientes; los músicos y artistas, espectadores.

Algunas de las asociaciones más grandes, como Unión Fraternal, brindaban estos servicios a sus socios. Los profesionales y políticos negros encontraron un espacio para consolidar su lugar social y profesional y eran con frecuencia los líderes de estas sociedades. Por ejemplo, el presidente del club Unión Fraternal, de Nueva Paz (provincia de La Habana), creado en 1910, era Sixto Ayón, que después fue candidato al consejo provincial en la boleta del Partido Popular. El secretario de Divina Caridad, en 1902, era Tiburcio Aguirre, miembro activo de los partidos moderado y conservador durante los primeros años de la república. En la década del 20, el Antilla Sport Club era dirigido por Pedro Portuondo Calás, renombrado periodista afrocubano; Unión Fraternal, por Ramón Hugues, empleado de la Secretaría de Comunicaciones.⁸⁴ La mayoría de los presidentes de Unión Sagüera, en Sagua la Grande (Las Villas), fueron concejales municipales en algún momento. Ricardo Valdés Morales, presidente fundador de Bella Unión (Martí, Matanzas), también había sido concejal municipal. La dirección de El Fénix (Trinidad, Las Villas), incluía un periodista y al presidente del ayuntamiento municipal; el del club Unión, en Lajas (Las Villas), al hijo de un notorio patriota de la independencia y a un teniente de la policía municipal. El vicepresidente del club Moncada, en Cruces (Las Villas), era el doctor

⁸² Para un concreto ejemplo que involucraba al senador Joaquín Pedraza y a la sociedad Luz de Occidente (San Cristóbal, Pinar del Río), ver “Una cuestión”, *Cuatro Páginas* (29 de noviembre de 1941).

⁸³ *Reglamento*, artículo 1.

⁸⁴ Club “Unión Fraternal”, Vegas, Nueva Paz. ANC. Registro de Asociaciones, leg. 1200, no. 25047-25049; “Asuntos varios. Divina Caridad”, *Diario de la Marina* (12 de febrero de 1902, ed. mañana); Raúl Urrutia: “Vanity-case”, *Diario de la Marina* (11 de agosto de 1929); Alberto Coffigny Ortiz: “Crónica social”, *Diario de la Marina* (6 de abril de 1933).

Agustín Iznaga Mora, abogado. En Pinar del Río, Atenas Occidental estaba encabezado por Rufino Hernández, notable “industrial” de la región.⁸⁵

Estas sociedades también crearon oportunidades en áreas con poco acceso para los afrocubanos, como los deportes. Los clubes sociales blancos patrocinaban sus propios equipos de aficionados, a los que ellos no tenían acceso. De hecho, con cierta excepción en el béisbol profesional, la segregación racial prevaleció en la mayoría de los deportes y las ligas aficionadas hacia la década de 1920 y posteriormente. Los clubes de color y las sociedades participaron en competencias nacionales con sus propios equipos, integrados solo por negros, que formaban parte de una asociación diferente. Aunque en la Isla no existía formalmente una “liga de negros”, sus deportistas no eran aceptados en la Unión Atlética de Amateurs de Cuba, creada en la década del 20 por algunos de los clubes sociales más aristocráticos de La Habana: el Havana Yacht Club y el Vedado Tennis Club, entre estos, para promover el deporte.

Más bien, los deportistas afrocubanos se agruparon en una organización independiente llamada Liga Intersocial, con la participación de notorios clubes, como Atenas, Magnetic Sport Club, Unión Fraternal, y Antilla Sport Club. En la década de 1940, la mayoría de estos atletas pertenecían a una organización llamada Organización Deportiva Amateur de Cuba. Los atletas de la Universidad Nacional participaban en la Unión Atlética (de los clubes blancos), pero en los Juegos Atléticos patrocinados por la Universidad en 1929, los equipos negros fueron reunidos en un grupo separado, llamado “grupo independiente”. Los equipos universitarios soslayaron a los jugadores negros para no ofender a los equipos de las elegantes sociedades blancas.⁸⁶

Debido a la importancia de estos clubes, no es sorprendente que su control fuese disputado con frecuencia. En la década de 1910, una nueva generación de profesionales comenzó a presionar para modificar lo que describieron como sociedades “anticuadas” y “tradicionales”. Sobre todo después de 1912, cuando el camino hacia la movilización política racial autónoma parecía estar cerrada, estos jóvenes lanzaron

⁸⁵ “Unión Sagüera, breve reseña histórica” y “¡Adelante Trinidad!”, *Renovación* (20 de marzo de 1932); “Desde Lajas” y “De Peña Blanca. Atenas Occidental”, *La Discusión* (17 y 27 de enero de 1925); Julio M. González Torres: “Societarias”, *Adelante* 1:2 (julio de 1935), 18; Bonifacio Romero Pérez: “Nuestro discurso”, *Atenas* 2:7 (noviembre de 1951), 18-20.

⁸⁶ Juan Domingo Roche: “Acuarelas. Los deportes en Cuba”, “El senador Alberto Barreras” y Roche: “Píldora deportiva”, *Diario de la Marina* (3 de febrero, 24 de marzo y 5 de mayo de 1929); “La ODAC”, *Fragua de la Libertad* 1:6 (18 de junio de 1942), 12.

una fuerte campaña contra los clubes, ridiculizando sus propósitos y composición. Estos intelectuales jóvenes atacaron a las sociedades como entes coloniales y atávicos que no respondían a las necesidades de los hombres negros “modernos” y “civilizados”. Las sociedades fueron descritas como “cabildos africanos” y “antros” cuya única función era organizar bailes. “En La Habana no hay una sola sociedad de color que tenga biblioteca; pero todas tienen cantinas”, lamentaba Vasconcelos.⁸⁷

Una de las asociaciones más criticadas fue el Centro de Cocheros; creado en 1880, cuando los cocheros representaban un sector privilegiado de la fuerza laboral urbana negra, fue organizado como una sociedad de ayuda mutua bajo el patrocinio de Nuestra Señora de la Caridad. En la década de 1910 lo consideraron “la más próspera” de todas las sociedades de color en La Habana, con una membresía de 200 hombres y 400 mujeres.⁸⁸ De todas formas, los intelectuales afrocubanos jóvenes lo criticaron por considerarlo un cabildo africano que no se había desarrollado desde los tiempos coloniales. “El Centro de Cocheros —explicó Vasconcelos— simboliza el ideal vetusto: socorro mutuo, adoración de estampas sagradas [...], veladas al celebrarse el aniversario [...], bailes en carnaval y dominó el resto del año”. Vasconcelos los animó a “desafricanizarse” para que pudieran convertir sus “cabildo” en una “sociedad modesta, pero decente” que pudiera satisfacer las necesidades de un hombre moderno: libros, baños y deportes.⁸⁹

De hecho, la “decencia” siempre figuró de forma prominente en los estatutos de las sociedades de color y la mayoría incluía como requisitos para sus miembros la “honestidad” y “buena moralidad”. Además, no era verdad que todo lo que las sociedades hacían era patrocinar bailes y recreación, o que ninguna de ellas tuviera biblioteca —como decía Vasconcelos. Por el contrario, estas sociedades desempeñaron un papel decisivo en la expansión de oportunidades educacionales entre

⁸⁷ Apolo: “Epístola”, *Juvenil* 1:19 (1 de marzo de 1913); Enrique Andreu: “Postulados y corolarios” y Tristán: “Un ejemplo edificante”, *La Prensa* (21 de octubre y 8 de noviembre de 1915); Tristán: “La Asociación de Jóvenes Cristianos”, *La Prensa* (16 de septiembre de 1916).

⁸⁸ Sociedad de Socorros Mutuos del Gremio de Cocheros de Color “Nuestra Señora de la Caridad”, 1881. ANC. Gobierno General, leg. 97, no. 4441. Asociación “Centro de Cocheros”. ANC. Registro de Asociaciones, leg. 446, no. 14799; Tristán: “Tempestad en un vaso de agua”, *La Prensa* (14 de octubre de 1915).

⁸⁹ Ver los siguientes artículos, todos publicados en la columna “Palpitaciones” de *La Prensa* en 1915: Andreu: “Un grito de alarma” (19 de diciembre); Tristán: “Unas cuantas verdades” (14 de agosto), “Suicidio social” (22 de septiembre) y “Paso inicial” (10 de noviembre).

ellos. La crítica de los intelectuales jóvenes era más bien una función de su autoidentificación como “modernos”, “cultos” y “limpios”, que de las supuestas deficiencias de las propias sociedades. Era un conflicto que nació del reconocimiento que existía de “una discordancia de intereses y aspiraciones enorme” entre los afrocubanos por su “desnivel” mental y moral. Como siempre, Vasconcelos lo dijo claramente: “esto que se llama raza de color es un conglomerado étnico formado por extractos [sic] sociales superpuestos: unos pertenecen al siglo XVIII, y otros al actual”. Su visión elitista de los sectores populares de esta población fue resumida en una frase gráfica: “Araña ligeramente al negro y darás con el congo”.⁹⁰

Para estos intelectuales jóvenes, “la decencia” era una cuestión de selectividad y representación. Para lograr ambas, los jóvenes crearon sus propias sociedades “nuevas”. Por ejemplo, “un grupo de jóvenes” que lamentaba la “tremenda mezcolanza” de los centros sociales de color creó Jóvenes de LPrintemps en 1908, que agrupaba lo “mejorcito” del “mundo social” afrocubano. Similar era la Agrupación de Jóvenes del Vals, creada en 1916 como un lugar para mantener “fiestas íntimas” y donde se admitirían solo 50 miembros de “moralidad y conducta irreprochable”.⁹¹ Los bailes públicos se consideraban por los nuevos profesionales como inmorales y primitivos; sin embargo, los encuentros sociales en ámbitos privados, donde todos los participantes eran de conocida reputación y moralidad, eran considerados como respetables y civilizados. En este, como en otros aspectos, la nueva élite afrocubana mostraba un comportamiento similar al observado en los Estados Unidos o Brasil.⁹²

Algunas de las sociedades nuevas tenían objetivos puramente intelectuales. La Booker T. Washington, creada en 1915, organizó ciclos anuales de conferencias y se negó a admitir “viejos corruptos” o “traficantes en votos”. La sociedad atrajo a la juventud educada y se presentó como su “mayor monumento moral e intelectual”. Un esfuerzo similar lo constituyó el de la Sociedad de Estudios Científicos y Literarios, creada en 1914 para mostrar “la capacidad de la juventud de la raza de color”. Organizada para erradicar el analfabetismo y propagar la cultura entre ellos, la Sociedad se proclamó como “el movimiento

⁹⁰ Tristán: “Paquete postal”, *La Prensa* (6 de agosto de 1915).

⁹¹ “Jóvenes de LPrintemps” y “Crónica”, *Labor Nueva* 1:2 (27 de febrero de 1916), 11; 1:7 (2 de abril de 1916), 10; club Jóvenes del Vals. ANC. Registro de Asociaciones, leg. 1158, no. 24248-59.

⁹² Brown y Kimball: “Mapping the Terrain”, 329-331; Gilmore: *Gender and Jim Crow*, 75-77; Andrews: *Blacks and Whites*, 140-141.

intelectual más grande” de los cubanos y publicó su propia revista, *Aurora*.⁹³

Debido a su supuesto carácter cultural, estos esfuerzos organizativos fueron bien recibidos por muchos intelectuales y políticos blancos, quienes saludaron como patriótico cualquier intento de “elevar” a la población negra.⁹⁴ Pero la literatura y la música no eran los únicos aspectos discutidos por los miembros de estas sociedades. Como parte de la juventud cubana, exigieron reconocimiento y criticaron los “prejuicios” del gobierno cubano contra ellos. Asimismo, expresaron sus “clamores de reparación social, de justicia colectiva, de buen gobierno”, mientras manifestaban que una democracia solo era real cuando representaba a “toda” la sociedad. Como declaró el presidente de la Sociedad de Estudios: “la nueva generación [se erigía en voz] para pedir reparación, para pedir igualdad, para pedir justicia, para reclamar derechos conculcados, para obtener representación legítima” en los asuntos del país.⁹⁵

Los profesionales jóvenes fueron incluso más lejos. Como ninguna de sus sociedades logró alcanzar una presencia verdaderamente nacional, al mismo tiempo que el número de negros en los niveles superiores del Estado cubano tendía a estancarse o disminuir, ellos comenzaron a proclamar la necesidad de “unir” a los afrocubanos.⁹⁶ Sin embargo, esta unidad no se alcanzaría fácilmente debido a las mismas razones que impulsaron a los profesionales jóvenes a crear sus propios clubes. Además, estaba el factor político: los afrocubanos estaban también dividi-

⁹³ César Bascaro: “Booker T. Washington” y Abelardo Vasconcelos: “Clarinada”, *Labor Nueva* 1:6 (26 de marzo de 1916), 10; 1:34 (22 de octubre de 1916), 7; Fabián Gotario: “Los arreboles de una idea”, Manuel González Jiménez: “Hierros y bronces”, y González Jiménez: “Un año...”, todos en *Aurora* 1:1 (15 de abril de 1914), 5-6; 1:4 (1 de junio de 1914), 1-3; 2:14 (15 de abril de 1915), 4.

⁹⁴ Ver la sección “Personalidad” de *Aurora*, donde intelectuales blancos tales como Julio César Gandarilla, René Lufriú y Francisco González, publicaron sus opiniones acerca de la nueva sociedad.

⁹⁵ González: “Hierros y bronces”; “Nuevas rutas” y “Verbo de juventud”, *Aurora* 1:4 (1 de julio de 1914), 1; 1:10 (15 de diciembre de 1914), 1; “Menos palabras”, *Juvenil* 1:17 (19 de enero de 1913), 1.

⁹⁶ Juan de Bravo: “Sensaciones” y Apolo: “Epístola”, *Juvenil* 1:17 (19 de enero de 1913), 8-9; 1:19 (1 de marzo de 1913); José del C. Velasco: “Nuestro elemento representativo”, *Aurora* 1:7 (10 de agosto de 1914), 9-10; S. Beyris: “Lo que debemos hacer”, *Labor Nueva* 1:24 (6 de agosto de 1916), 9 [reproducido en *La Prensa* (10 de agosto de 1916)]. Un excelente análisis de las opciones organizativas de los afrocubanos es realizada por D’Ou: “El dilema”, *La Prensa* (25 de agosto de 1915).

dos en su lealtad a los principales partidos políticos. El único punto real de acuerdo era que los negros, es decir, la clase media negra merecía una participación mayor en la administración pública a cambio de su fuerza electoral y progreso intelectual.

Dos alternativas surgieron rápidamente en respuesta a esta necesidad. La primera, promovida por el sector afrocubano de la clase política, e inspirada en el ejemplo del viejo Directorio Central de Sociedades, consistía en crear un nuevo directorio que unificara a todos estos clubes en una organización central. Esta idea ganó fuerza a finales de 1915, justo antes de que comenzara el proceso de nominación para las elecciones generales de 1916. Sus principales promotores fueron el abogado Miguel A. Céspedes, cuyo período en el Congreso estaba a punto de expirar, y Juan Gualberto Gómez, aspirante parlamentario y uno de los organizadores del viejo Directorio.⁹⁷ Gómez intentó organizar antes, sin éxito, una Asociación Cubana Fraternal cuyo objetivo principal era restaurar la armonía racial en la Isla después de la matanza de 1912.⁹⁸

No hay duda que el nuevo directorio se inspiraba en intereses políticos. Todos los miembros de su comité organizador eran políticos negros. Además de Céspedes y Gómez, el comité incluía a los representantes Escoto Carrión, Ramírez Ross, y Ponvert, a los concejales de la ciudad de La Habana Canals y Madan, y a los consejeros provinciales Mamerto González y Pérez Landa. También estaban presentes varios aspirantes, como Gálvez, Risquet, D'Ou y Venancio Milián.⁹⁹ Al margen de las lealtades partidistas, todos tenían algo en común: la necesidad de demostrar su apoyo electoral para asegurar una nominación. El directorio se concebía para proporcionarles ambas cosas y mostrar que ellos eran aún los líderes incuestionables de “la raza de color”.

Sin embargo, el año 1915 no era 1887 (la fecha en que se organizó el viejo directorio) y el nuevo esfuerzo por unificar a las sociedades de color no prosperó; varios factores contribuyeron a este fracaso. En primer lugar, los intelectuales jóvenes se sintieron excluidos de la iniciativa y la criticaron como otro esfuerzo de los líderes “viejos” para controlar el voto negro. El poeta José Manuel Poveda declaró sin rodeos que la unificación representaba un “peligro para la juventud” y que la nueva “clase” de profesionales no necesitaba de una organización que correspondiera a “las antiguas masas ciegas y densas que esperaban por el reconocimiento

⁹⁷ “Y dice el Dr. Céspedes”, *La Prensa* (18 de agosto de 1915).

⁹⁸ “Habla Juan Gualberto” y “La Asociación”, *Diario de la Marina* (2 de diciembre de 1928).

⁹⁹ Tristán: “A un señor de Melena”, *La Prensa* (5 de octubre de 1915).

de sus derechos". El escritor y político José Enrique Morúa lamentó que los jóvenes fueran excluidos por su rechazo a las sociedades "obsoletas". Además, la dirección de algunos de estos clubes se opusieron a perder su control y autonomía. Por último, algunos políticos blancos, como Enrique José Varona, se opusieron al proyecto argumentando que representaba un peligro para la armonía racial cubana.¹⁰⁰

La segunda alternativa era crear una sociedad "nueva" y "moderna" que, a través de la "selección escrupulosa", garantizara que los miembros de la clase media se percibieran como la representación genuina de la raza de color ante la sociedad y las autoridades cubanas. La idea era reproducir el modelo de los poderosos centros regionales españoles y tener un club en correspondencia con el "estado floreciente de civilización" de la clase media.¹⁰¹ En oposición al directorio, que buscaba agruparlos sin tener en cuenta las diferencias de clase, la nueva sociedad se concibió como una organización élite que reconocía explícitamente la profunda brecha que separaba a la emergente clase media de lo que Poveda había llamado las "masas ciegas". Aun cuando reclamaban hablar a nombre de toda la raza, al crear una asociación exclusiva y separada estaban renunciando, de hecho, al liderazgo de la mayoría de los afrocubanos; los obreros tendrían que buscar representación y dirección en otra parte.¹⁰²

Debido al proceso objetivo de fragmentación social experimentado por los afrocubanos, su limitada pero creciente participación en diferentes ramas de la vida económica y política del país, y la capacidad de los partidos tradicionales, la alternativa de la nueva sociedad triunfó donde el directorio fracasó. De hecho, entre los miembros fundadores de la nueva sociedad estaban casi todos los partidarios originales del directorio. En 1917 crearon lo que sería la asociación negra más famosa en la república: el club Atenas.

La exclusividad y selección definían a la nueva sociedad. El club fue creado para demostrar el grado de "preparación" logrado por un sector de la población negra, y para obtener la "consideración" política y social para la cual estaban facultados. "Somos una institución" —afirmaron sus organizadores— que refleja el grado de cultura, de elevación espiritual, de inteligencia, de los elementos que representamos, así como sus aspi-

¹⁰⁰ Ver lo siguiente, todo en *La Prensa* en 1915: Poveda: "Voces nuevas" (5 de septiembre); José Enrique Morúa: "Plato fuerte" (7 de septiembre) y Varona: "Mi carta" (7 de noviembre).

¹⁰¹ Tristán: "Paquete"; Caamaño de Cárdenas: "Con sello rápido", *La Prensa* (2 de agosto de 1915).

¹⁰² Este punto fue enfatizado más tarde por Cuéllar Vizcaíno: *Unas cuantas verdades*, 18-19.

raciones, en constante y progresivo avance”. Así, solo lo “más exclusivo” de los círculos sociales afrocubanos podía asociarse. La composición de los 68 miembros fundadores era elocuente. El grupo mejor representado era el de los profesionales (32 %), que incluía a 2 abogados, 3 ingenieros, 6 periodistas, 1 médico, 2 arquitectos y 6 profesores; 18 eran empleados públicos (26 %); 7 estudiantes (10 %); y 13 comerciantes, “industriales” y “propietarios” (19 %). Solo 4 de los miembros fundadores podían considerarse a duras penas como trabajadores manuales: 1 sastre y 3 tabaqueros.¹⁰³ Esta composición social caracterizaría al club durante toda su vida. Entre los que solicitaron asociarse en 1930, por ejemplo, había 2 estudiantes, 3 abogados, 2 comerciantes, 1 profesor y 1 empleado público.¹⁰⁴

La selección y exclusividad también se basaban en el género. Aunque las mujeres podían participar en las actividades en los “comités de damas”, la membresía plena estaba restringida a los varones. Reprodujeron los valores morales dominantes: la clase media negra ratificó la noción de que la primera responsabilidad y función social de las mujeres era la de crear familias estables. Los intelectuales criticaron airadamente lo que percibían como falta de moralidad y decencia de las mujeres afrocubanas. Vasconcelos llegó a dudar que fuera posible encontrar a 200 mujeres negras cuya “conducta pública y privada, y nivel cultural” les permitiera incorporarse a la nueva sociedad. Algunas mujeres se autodefinieron como “una minoría que lee y estudia”, y lo que debía caracterizar a la “nueva” mujer era su respeto y consideración por el matrimonio, la familia y el hogar.¹⁰⁵ También las mujeres de la clase media reconocieron su desventajosa posición en la sociedad; con derechos limitados, tanto en los clubes de color como en el movimiento feminista, el cual tendía a pasar por alto la especificidad de su situación; no eran representadas adecuadamente sus necesidades particulares.

A finales de la década de 1920, las mujeres afrocubanas no solo hablaban acerca de los problemas femeninos generales, como el

¹⁰³ Club Atenas. ANC. Registro de Asociaciones, leg. 1112, no. 23267-70; Belisario Heureaux: “Del tiempo pasado”, *Boletín Oficial del club Atenas* 1:10 (20 de octubre de 1930), 2; “Nuestros socios fundadores”, *Atenas* 2:5 (septiembre de 1951), 8; Marino Barreto: “Rápidas”, *La Lucha* (23 de noviembre de 1919). Ver también Ruiz Suárez: *The Color Question*, 86-89; Helg: *Our Rightful Share*, 244; Fernández Robaina: *El negro en Cuba*, 120.

¹⁰⁴ Ver las secciones “Movimiento de socios” y “Solicitudes de ingreso” en *Boletín Oficial del club Atenas* 1:4 (20 de abril de 1930), 4; 1:10 (20 de octubre de 1930), 6-7.

¹⁰⁵ Tristán: “Paquete”; N. Lesnar: “Palabras de mujer”, *La Prensa* (10 de agosto de 1915); Calixta M. Hernández: “La influencia” y “El hogar”, *Diario de la Marina* (5 de mayo y 7 de julio de 1929).

derecho al sufragio, sino que ejercían presión para conseguir el reconocimiento, tanto en las asociaciones feministas como en las de color.¹⁰⁶ Sin embargo, tan tarde como a mediados de la década del 40, Atenas solo concedía los privilegios de membresía a los hombres.

Muchos de los miembros fundadores del club habían desempeñado un papel prominente en la política. La mayoría de los políticos afrocubanos a nivel nacional se asociaron al club; entre ellos estaban Gálvez, Cuesta, Céspedes, Ramírez Ross, Pantaleón J. Valdés —el primer presidente del club—, Policarpo Madrigal, aspirante al Congreso por Las Villas, en 1916, Pérez Landa, D'Ou, Ponvert e Idelfonso Morúa Contreras, quien fue elegido por los liberales al consejo provincial de La Habana en 1920. Otras figuras políticas se unieron en los años 20, como los representantes Lombard, Garriga, Prisciliano Piedra, y Manuel Capestany.

Algunos de los presidentes de Atenas, desde la creación del club en 1917 hasta el final de la república, fueron miembros del Congreso, y ocuparon importantes cargos gubernamentales a nivel nacional, o ambos. Entre ellos estaban Céspedes, Lombard, Capestany y Piedra. Céspedes fue elegido representante en el período de 1912-1916, y designado secretario de Justicia por Batista en 1952. La vida pública activa de Lombard incluyó varios períodos congresionales, como representante en 1922, 1926, 1932 y 1940, y como senador en 1954. Capestany fue subsecretario de Justicia con Machado, elegido representante en 1932, y senador en 1944. Piedra inició su larga carrera política como consejero provincial liberal en 1922 y pasó su vida adulta en el Congreso, al que fue elegido en 1924, 1930, 1938, 1942, 1946 y 1948. Otros presidentes del club, como Benjamín Muñoz Ginarte y Pío Arturo Frías, ocuparon importantes puestos gubernamentales.

Con semejante número de prominentes afiliados, la capacidad del club de obtener acceso a las autoridades e influir en las políticas gubernamentales estaba casi garantizada. Como otras asociaciones negras, Atenas se identificó como un club “cultural” aislado de cualquier tendencia política o religiosa; prometió luchar por la integración de todos los cubanos, sin tener en cuenta su raza, y por el cumplimiento del principio de igualdad establecido en la Constitución. Esas promesas tenían implicaciones políticas claras. De esta manera, el club usó su prestigio para denunciar y criticar incidentes de discriminación racial, como la expulsión de los negros del Parque Vidal de Santa Clara en 1925, o la exclusión de espectadores negros y el equipo panameño de

¹⁰⁶ Hernández: “Divagaciones”, *Diario de la Marina* (16 de junio de 1929); Pozo y Gato: “Con su permiso”. El mejor estudio del feminismo cubano es el de Stoner: *From the House to the Streets*, el cual dedica poca atención a la cuestión racial.

natación por el Havana Yacht Club en 1930. En ambos casos, su campaña recibió una reacción oficial favorable.

Atenas trabajó estrechamente con miembros del Congreso y cultivó su apoyo y amistad de una manera sistemática, a través de invitaciones a festividades públicas, almuerzos en la sociedad, y otros actos sociales. Junto a Unión Fraternal, por ejemplo, apoyó la campaña del senador Alberto Barreras para construir una estatua a Quintín Bandera en 1930.¹⁰⁷ Dos años antes, el club fue el protagonista principal en un homenaje público ofrecido por las sociedades de color al presidente Gerardo Machado (véase el Capítulo 2).

Estos contactos políticos probaron ser sumamente beneficiosos. En 1925, el Congreso aprobó una ley que concedía a Atenas unos terrenos del Estado y una donación de \$50 000 para construir su nueva sede. Aunque unos pocos representantes blancos se opusieron a esta medida, por desconfiar de los propósitos reales de la institución, esta fue fuertemente defendida por los representantes negros Lombard, Garriga y Carmelo Urquiaga, todos los cuales eran, por cierto, miembros del club. Es decir, Atenas tenía su propia voz en el Congreso. Como parte de su campaña activa para obtener el apoyo afrocubano, Machado firmó la ley en junio de 1925.¹⁰⁸

Así, hacia finales de los años 20, esta élite afrocubana había desarrollado los mecanismos institucionales necesarios para hacer valer su presencia en la sociedad y la política cubanas. Este grupo de profesionales y políticos negros comprendía bien que la acción del gobierno era indispensable para la lucha contra la discriminación racial y romper las barreras que impedían su pleno acceso a los espacios sociales y profesionales más exclusivos del país. Ellos reconocieron, además, que esa acción estatal solo era posible si eran capaces de ejercer presión política, lo cual dependía en gran medida de su habilidad para movilizar a las masas de electores afrocubanos y coordinar los esfuerzos de las sociedades negras. A lograr estos objetivos dedicaron sus esfuerzos en el competitivo juego político de la segunda república.

¹⁰⁷ "Obelisco al general Quintín Bandera", *Boletín Oficial del club Atenas* 1:4 (20 de abril de 1930), 2. Para ejemplos de contactos con políticos blancos, ver la sección "Junta Directiva. Acuerdos."

¹⁰⁸ Para las discusiones en la Cámara, ver Cuba, Cámara de Representantes, *Diario de Sesiones* 44:9 (1 de mayo de 1925), 97-108. Para un intento anterior de pasar a ley similar ver *Diario de Sesiones* 40:34 (5 de julio de 1923), 16; Escritura #243 de cesión, 3 de julio de 1926. ANC. Registro de Asociaciones, leg. 1112, no. 23268. La oficina principal fue inaugurada el 11 de mayo de 1929. Ver Muñoz Ginarte: "Comentarios" y Ramírez Ross: "Atenas", ambos en *Diario de la Marina* (19 de mayo y 2 de junio de 1929).

5. ¿Una Cuba nueva?

*“Nación y negro, en la sociedad cubana,
no pueden desvincularse”.*

Alberto Arredondo: El negro en Cuba, 1939.

*“El primer paso en firme de la Revolución [...] es
la dignificación de la clase de color cubana”.*

Directorio Social Revolucionario Renacimiento, 1934.

*“El tópico del peligro negro no es sino el pretexto
más expedito para hacer fracasar la Revolución”.*

Gustavo Urrutia: “Armonías”, 1934.

La primera república colapsó en medio del conflicto social, la depresión económica y el caos político. El machadato generó una intensa oposición a su gobierno, organizada desde dentro y fuera del sistema político. La crisis económica redujo drásticamente el presupuesto nacional, limitó la capacidad del presidente para distribuir recursos y hacer política como de costumbre, paralizó sus grandiosos planes de obras públicas y originó desempleo y conflictos laborales crecientes. Desplazados por el hambre y el desempleo, los trabajadores agrícolas marcharon a las ciudades en busca de ayuda o se establecieron en tierras que eran consideradas particulares.

La decisión de Machado de extender su período presidencial por un cambio constitucional ilegítimo, a su vez, le ganó la oposición de un sector de la clase política, la cual procedió en 1928 a formar el partido Unión Nacionalista. También los estudiantes y profesionales se opusieron y respondieron a la represión gubernamental con su propia violencia. En 1933, Cuba estaba inmersa en el caos y los Estados Unidos vacilaban en continuar apoyando a Machado.¹

¹ La historiografía acerca de la llamada Revolución de 1933 es profusa. Para introducciones al tema, ver Pérez: *Cuba*, 251-266; Domínguez: *Cuba: Order and Revolution*, 54-109; Tabares del Real: *La Revolución del 33*.

A diferencia de episodios anteriores de violencia política en la república, en esta ocasión la oposición no tenía nada que ver con las aspiraciones de un sector de la clase política. La situación en 1933 era diferente a 1906 o 1917, cuando liberales y conservadores lucharon fuertemente por las elecciones y el acceso al presupuesto nacional. En esta ocasión la oposición, en lo fundamental, estaba organizada al margen del sistema: desafiaba el control de los partidos tradicionales, la dependencia de Cuba *vis-à-vis* los Estados Unidos, y cuestionaba el orden republicano en su conjunto. A pesar de sus diferencias sustanciales, muchos de los opositores de Machado compartían el criterio de que era imperativo construir una Cuba “nueva”. Como a finales del siglo XIX, el conflicto político podía desencadenar una revolución social.

El impulso reformista ganó fuerza desde inicios de la década del 20. El colapso azucarero y la crisis financiera de 1920 evidenciaron la vulnerabilidad de la dependiente economía cubana; el sistema bancario doméstico quebró y se evidenció la incapacidad de la clase política de proporcionar una prosperidad económica sostenida. Unido a la corrupción desenfrenada y el fraude electoral, creció la desconfianza en las instituciones republicanas. Los profesionales jóvenes y los representantes de la nueva burguesía empresarial comenzaron a exigir participación en los asuntos públicos; utilizaron organizaciones como la Asociación de Buen Gobierno (1922), la Junta Cubana de Renovación Nacional (1923) y el Movimiento de Veteranos y Patriotas (1923), criticaron la corrupción, condenaron la subordinación de Cuba a los Estados Unidos, e hicieron un llamado a la renovación cultural.² La cooperación con Machado —la alianza de los liberales, conservadores y populares en el Congreso— destruyó incluso la ilusión de la competencia política y la posibilidad de una oposición legal.

Dada la expansión de la penetración cultural y económica norteamericana en la Isla, los reformistas se expresaron frecuentemente con un lenguaje nacionalista. En los primeros años de la administración de Zayas, los funcionarios de los Estados Unidos interfirieron casi a diario en los asuntos cubanos; su penetración creaba resentimiento en amplios sectores de la sociedad cubana: en los empresarios nacionales que buscaban protección gubernamental para sus intereses económicos; en los trabajadores de empresas propiedad de extranjeros que luchaban por mejorar sus condiciones de trabajo y vida; y en los intelectuales nacionalistas que denunciaban la americanización creciente de la cultura nacional.

Como esta penetración se justificaba por la supuesta inferioridad racial hacia los cubanos, que eran incapaces de dirigir su propio

² Para un análisis de estas organizaciones, su composición, y programas, ver Pérez: *Cuba*, 231-248.

gobierno y el progreso, se hizo imperativo repensar la relación entre la raza y la nación. Si Cuba era condenada al atraso y a la dependencia por ser negra, entonces “lo negro” tenía que ser rescatado para salvar a Cuba. Como en 1890, forjar una nueva Cuba implicaba no solo el enfrentamiento con una potencia extranjera: para recrear la cubanidad era necesario, de nuevo, minimizar las diferencias sociales y raciales internas con el objetivo de desafiar los estereotipos racistas norteamericanos que describían a todos los cubanos como biológicamente inferiores y políticamente incompetentes.

LA “RAZA CUBANA”

La reinterpretación de la cubanidad elaborada en los años 20 y 30 pretendía reconciliar la pluralidad racial, según era percibida en la época, con la necesidad de forjar una nación moderna, homogénea en lo cultural, estable en lo político y económicamente próspera. En la medida en que la primera república se hundió en el desorden económico y el caos político, estas necesidades se hicieron más apremiantes, en particular ante la americanización creciente de la Isla y la intromisión manifiesta de los Estados Unidos en los asuntos cubanos.

La cubanidad no podía ser reinterpretada sin aludir al tema racial. La incapacidad de la primera república para lograr el progreso y la estabilidad fue explicada con frecuencia por los observadores norteamericanos como un defecto racial, biológicamente determinado. La combinación de las categorizaciones raciales norteamericanas —según las cuales una gota de “sangre negra” hacía a alguien “negro”— y la creencia de que estos eran inferiores, y que los mestizos eran personas degradadas por esta mezcla racial, ponía a la mayoría (si no a todos) de los cubanos en una situación de inferioridad inevitable y condenaba a la Isla al atraso perpetuo. Como declaró Fernando Ortiz en 1937: “Los cubanos sabemos de sobra cuan frecuentemente somos denigrados todos, negros, blancos y mestizos, sin distinción y en conjunto, por ciertos extranjeros”.³ Algunos norteamericanos cuestionaban incluso el que figuras tan prominentes como los presidentes José Miguel Gómez y Alfredo Zayas fueran “realmente” blancos.⁴

La composición racial, concluyeron los observadores norteamericanos, explicaba la inviabilidad de la nación cubana y la incapacidad

³ Ortiz: “Informe”, en Municipio de la Habana, *Las comparsas populares*, 15.

⁴ Esta visión fue sustentada por el historiador norteamericano Charles Chapman. Ver Fernando Ortiz a Charles E. Chapman, La Habana, 3 de junio de 1926. USNA, RG 59/837.41/1.

de los cubanos para autogobernarse. “La mayoría de los electores en Cuba son de raza negra (hispanoamericanos) —afirmó un inversionista—, quienes nunca serán capaces de gobernarse por sí mismos”. Un abogado de Pennsylvania, con propiedades en Isla de Pinos, coincidía: “Tanto la vida como la propiedad americanas [...] están sujetas a las leyes, antojos y caprichos de una clase ignorante de negros que son absolutamente incapaces de gobernarse a sí mismos y quienes exterminarían a los americanos si no tuvieran miedo a los Estados Unidos”.⁵ Como lo negro y lo cubano eran tratados con conceptos equivalentes, todos los cubanos eran objeto de prácticas segregacionistas en los Estados Unidos: “No se admiten cubanos”, declaraba en 1915 un cartel en una playa de Tampa; “Ni... negros, ni chinos, ni cubanos en las instituciones oficiales”, instruyó el gobernador de Virginia alrededor de 1920.⁶

Reconstruir la cubanidad implicaba una revalorización de la contribución negra a la formación de la nación cubana, ya que a finales de la década del 20 estaba claro que Cuba no era, ni podía ser, un país blanco. A pesar de los esfuerzos gubernamentales de atraer a los “deseables” inmigrantes europeos, los negros y mulatos seguían representando una proporción considerable de la población total. El blanqueamiento había fallado. Los intelectuales nacionalistas cubanos tendrían que reconciliar la modernidad con la diversidad racial, dos conceptos que las ideologías raciales noratlánticas presentaron sistemáticamente como incompatibles. Como en otras partes de América Latina, los intelectuales nacionalistas resolvieron este conflicto ideológico con la exaltación de elementos culturales autóctonos. Pero mientras que a principios del siglo xx la americanización fue contrarrestada por la celebración de la “raza latina”, en la década del 20, la cultura autóctona se entendía cada vez más como la fusión de elementos blancos y negros que habían producido una síntesis peculiar, típicamente cubana.⁷

⁵ R.D. Coulter al secretario de Estado, Miami, 29 de enero de 1911. USNA, RG 59/837.00/458; E. L. Hallman al presidente, Norristown, 9 de septiembre de 1910. USNA, RG 59/837.00/428.

⁶ Billiken: “Arreglando el mundo: No se admiten cubanos”, *La Prensa*, 30 de agosto de 1915; Un Guajiro Cubano a Enoch Crowder, La Habana, febrero de 1921. USNA, RG 59/837.00/81.

⁷ El concepto de “raza latina” fue utilizado frecuentemente por la prensa en los inicios de la república para oponerse a la influencia anglosajona sobre la Isla. Para ejemplos, ver “La prensa”, *Diario de la Marina* (22 de diciembre de 1901; 8 de enero de 1902, y 18 de marzo de 1902, todos ed. mañana). La raza latina fue también celebrada en los llamados “Festivales de la Raza” o “Día de la Raza” (12 de octubre) el cual devino en fiesta nacional en 1922. Ver Ortiz: “La sinrazón de los racismos”, 161-183.

En más de un sentido, esta ideología reproducía, a la vez que cuestionaba, las nociones tradicionales de la raza y la nacionalidad. Con la exaltación retórica del mestizaje cultural y racial, este discurso de cubanidad, que encontró en el movimiento cultural afrocubanista su expresión más visible, rebatió algunas de las concepciones dominantes acerca de la inferioridad de los negros y los efectos negativos de la mezcla racial. Los científicos norteamericanos explicaron esto como rígidos procesos biológicos, y los nacionalistas cubanos lo entendieron en términos de cultura y de factores históricos. Donde los norteamericanos vieron degeneración racial gracias al mestizaje, los cubanos vieron mejoramiento racial. A las teorías que clasificaban las razas según su supuesta capacidad y civilización, los intelectuales nacionalistas respondieron que la ciencia demostró concluyentemente que todas las razas eran iguales.⁸

No obstante, este discurso de cubanidad también estaba atado al pasado. A pesar de su creatividad, el nuevo discurso nacionalista se enmarcaba aún en el lenguaje de la “raza”. Los intelectuales cubanos negaban que algunas fueran inferiores y trasladaron sus explicaciones desde la biología y la herencia a la cultura, el clima y la historia, pero en general no discutieron la validez del concepto de raza. Con los últimos hallazgos científicos y antropológicos, Ortiz comenzó a abrigar dudas acerca del significado y validez del concepto, al menos desde finales de la década de 1920, pero no fue hasta la Segunda Guerra Mundial que la noción de raza se analizó sistemáticamente y fue discutida por la *intelligentsia* cubana.⁹ Por el contrario, a principios de la década del 30, los intelectuales nacionalistas se refirieron a la nueva cubanidad como una “raza cubana”.¹⁰

Los científicos desempeñaron un papel destacado en la formulación de la nueva ideología. Las caracterizaciones racistas norteamericanas de los cubanos se apoyaban en un cuerpo científico que fue cuestionado para articular un contradiscurso en el cual la negritud y el mestizaje no

⁸ Algunos intelectuales afrocubanos desafiaron los postulados científicos del racismo. Ver, por ejemplo, J. M. Asanza: “Sinopsis” y Juan Finot: “Concepciones”, *La Prensa* (29 de mayo y 9 de julio de 1916). Para un análisis de la validez de los estudios antropométricos para medir la inteligencia, ver Rafael Gómez: “Las razas humanas”, *Labor Nueva* 1:21 (16 de julio de 1916), 4-5.

⁹ Ortiz: “Ni racismos ni xenofobias”, 6-19, *El engaño de las razas*, y “La sinrazón de los racismos”, 161-183. Ver también “Aprobada una moción cubana”, *Diario de la Marina* (1 de mayo de 1956).

¹⁰ Para ejemplos del uso de este concepto, ver Urrutia: “La raza cubana”, *Diario de la Marina* (26 de junio de 1928); Arce: *La raza cubana*; Beci: *El igualitarismo*, 65-67.

representaban obstáculos insuperables en el camino hacia el progreso. A pesar de la fuerte influencia de la ciencia norteamericana en la Isla, algunos científicos cubanos no aceptaban acríticamente las ideologías raciales del norte. Además, incluso en los Estados Unidos y Gran Bretaña, la respetabilidad científica de las clasificaciones raciales y biológicas como predictores del desarrollo social comenzaban a declinar.¹¹

De acuerdo con lo que Nancy Stepan llama la “tradición latina” dentro de la eugenesia, algunos médicos cubanos enfatizaron el papel de los factores sociales para explicar fenómenos como la pobreza, la mortalidad y la degeneración.¹² Esta fue la posición del doctor Enrique Lluria Despau, médico nacido en Matanzas que pasó parte de su vida en Francia y España. En su libro más conocido, *Evolución superorgánica* (1905), argumentó que la decadencia social, las desigualdades sociales y la pobreza eran causados por el descuido de las leyes naturales y que los hombres degeneraban porque no vivían en un “ambiente propicio”. Aunque sus ideas sobre la sociedad estaban influenciadas fuertemente por el evolucionismo, el ambiente tenía un papel crucial en su concepción. De hecho, él descartó como “arbitrarias” las teorías de la herencia que negaban la importancia de los factores ambientales y la transmisión de caracteres.¹³

Como era de esperar, este libro fue bien recibido en los círculos culturales cubanos. Sus criterios creaban una vía de escape ante el determinismo de las teorías racistas que defendían la supervivencia del más apto. En una reseña publicada en la prensa habanera —titulada “Un gran libro cubano”— el autor afirmó que Lluria había hecho “un favor inmenso” a todos los cubanos al oponerse a “la errónea [...] concepción que teníamos acerca del más apto, diciéndonos que la lucha por la vida no consiste en una fatal contienda eterna, en la que vence y se perpetúa el más fuerte, sino que estriba en la serie de perfeccionamientos progresivos de la materia y la humanidad”. Usando el lenguaje supuestamente neutral de la ciencia, él anunciaba la posibilidad del progreso gradual en un momento en el que la república parecía destinada a desaparecer bajo la dominación anglosajona. “¡Qué alivio, qué bálsamo espiritual!”, concluyó el crítico.¹⁴

La concepción de Lluria acerca de la medicina social y la importancia del ambiente era compartida por otros médicos, higienistas e

¹¹ Acerca de este proceso, ver Barkan: *The Retreat of Scientific Racism*.

¹² Stepan: *The “Hour of Eugenics”*.

¹³ Cuba, MINSAP: *Dr. Enrique Lluria Despau*, 39-43.

¹⁴ Mario Luque: “Un gran libro cubano”, *Cuba y América* (22 de agosto de 1905), citado en *ibídem*, 95-97.

intelectuales en la Isla.¹⁵ Algunos, como el doctor Juan Guiteras, usaban la medicina y la ciencia para adelantar una agenda claramente nacionalista. En un estudio de 1913 sobre la mortalidad en Cuba, Guiteras cuestionó la afirmación de que la raza blanca degeneraba en los trópicos y defendió la noción de que el “clima tropical [era] compatible con las más elevadas manifestaciones de la actividad humana”. La morbilidad y mortalidad en los trópicos —explicó Guiteras— no eran debido a la inferioridad racial o degeneración, sino a las pobres condiciones sociales. Él aplicó el mismo principio para analizar los índices de mortalidad de blancos y negros en la Isla, y afirmó que las diferencias en la mortalidad entre ambos grupos obedecían “más a influencias de la posición social que a las de carácter étnico”. Y añadió: “La raza negra, en los países americanos donde existe, representa, en gran parte, el pueblo pobre que vive generalmente en malas condiciones higiénicas, y su mortalidad es, naturalmente, más alta que la del blanco, que representa una gran mayoría de las clases acomodadas”.¹⁶

Aunque con argumentos diferentes, las conclusiones de Guiteras eran similares a las de Lluria: el progreso era posible; el clima tropical no era un impedimento insuperable. La mortalidad en Cuba podía ser alta, pero esto se debía a la pobreza y a la desigualdad social, no a la degradación racial. Los factores sociales, no la inferioridad congénita, explicaban también la alta tasa de mortalidad de los afrocubanos. Guiteras comprendió que para justificar científicamente la viabilidad de la nación cubana era necesario desafiar la noción de la inferioridad biológica de los negros. Era indispensable hacer una reevaluación de los negros y de la negritud para reinventar la nación cubana.

Argumentos similares fueron utilizados en los debates a finales de la década de 1920 sobre la etiología y la naturaleza de la tuberculosis. Los índices de morbilidad y mortalidad asociados con esta enfermedad eran mucho mayores entre los afrocubanos que entre los blancos. Los negros y mulatos representaron, aproximadamente, un 40 % de todas las muertes causadas por la tuberculosis en el período 1904-1928. En 1937-1938, el Tuberculosis Survey de Cuba descubrió que el 42 % de los individuos infectados eran afrocubanos.¹⁷ Con estas estadísticas en

¹⁵ Para ejemplos, ver Cepeda: *Eusebio Hernández*, y Rodríguez Expósito: *Dr. Enrique Núñez y Palomino*.

¹⁶ Guiteras: “Estudios demográficos”, 405-421.

¹⁷ Los porcentajes han sido calculados a partir de Cuba, Junta Superior de Sanidad: *Informe mensual* (1904-1907) y Cuba, Sanidad y Beneficiencia: *Boletín Oficial* (1910-1934). Para la década de 1930, ver Cuba: Consejo Nacional de la Tuberculosis: *Resumen*. Para un resumen general de la enfermedad en Cuba, ver el excelente estudio de Díaz-Briquetas: *The Health Revolution*, 67-72.

la mano, los ideólogos racistas concluyeron que la tuberculosis era una enfermedad de las “razas mixtas”, otra demostración de su inferioridad congénita.¹⁸ Algunos médicos cubanos se opusieron con el argumento usual: era un problema social que podía ser resuelto —una “enfermedad social”—, según el doctor Gustavo Aldereguía. Como expresó el doctor José A. Taboadela: “Para prevenir la tuberculosis y evitar su difusión es preciso prevenir y evitar la miseria”. Por consiguiente, la solución a la tuberculosis se centró en problemas como mejoras salariales, mejores viviendas para los obreros y mejoras nutricionales.¹⁹

Los médicos, higienistas y científicos afirmaron que una Cuba mestiza y diversa en lo racial era una entidad viable, no condenada fatalmente a la subordinación y el atraso perpetuos. Lo que los científicos explicaron en los círculos y revistas académicas, los escritores y artistas lo divulgaron utilizando el lenguaje literario, la pintura, la escultura, el baile y la música. Este movimiento artístico, conocido como Afrocubanismo, utilizó los llamados “motivos negros” —como fueron designadas en el período las expresiones culturales de los afrocubanos— para crear un nuevo discurso cultural que se presentó a sí mismo y fue percibido, por lo general, como auténticamente cubano.

Vera Kutzinski acierta al afirmar que las diversas nociones de la cubanidad y la exaltación de los símbolos culturales autóctonos no pueden ser estudiadas sin hacer referencia a las conflictivas relaciones entre Cuba y los Estados Unidos.²⁰ La defensa de la cultura nacional era vista como una manera de detener la creciente americanización. La eliminación del inglés del plan de enseñanza de las escuelas públicas en 1915 fue un paso en ese sentido. En un artículo de 1921, Ramón Vasconcelos denunció la crisis de los símbolos culturales cubanos. Solo dos cosas, aseguró, quedaban de lo que había sido una cultura nacional vibrante: el danzón y la forma de vestir representada por el “dril número cien”. Ambos estaban en vías de desaparecer con la influencia cultural de los Estados Unidos, que había penetrado la música, el baile, la poesía y las costumbres sociales.

¹⁸ Barnet: “Concepto real”, 19-36; Cuba, Gobernador Militar: *Civil Report, 1902*, 1:164.

¹⁹ Ramírez Ros: “Cultura utilitaria”, *Labor Nueva* 1:1 (20 de febrero de 1916), 9-10. Ver lo siguiente, todo publicado en *Diario de la Marina* en 1929: “Ideas del Dr. J. A. Taboadela sobre la tuberculosis”, 29 de septiembre; Taboadela: “Nuevas consideraciones sobre la tuberculosis” 6 de octubre; Armando Leyva: “Como nos ven”, 1 de septiembre; Gustavo Aldereguía: “La tuberculosis en la raza negra”, 15 de septiembre.

²⁰ Kutzinski: *Sugar's Secrets*, 13.

Vasconcelos criticó a los compositores cubanos por su falta de creatividad: “¡Oh, Miguelito Faílde, oh [Arturo] Valenzuela y [Jorge] Anckerman! [el danzón] también ha degenerado, también se ha hecho anexionista, y en vez del viejo ritmo, se adapta a los gustos de Yanquilandia y a ratos se disfraza indignamente de fox-trot, de one-step y aun de cosas peores [...] Esta infame traición a Cuba se la debemos a nuestros infecundos compositores [...] incapaces de buscar motivos de inspiración en el ambiente cubano [...] Es el envilecimiento llevado al pentagrama, es la definitiva claudicación indígena, es la desoladora descubanización de Cuba”.²¹

El danzón era una buena opción para representar la cultura nacional que Vasconcelos buscaba proteger de la influencia norteamericana (véase Figura 9). Durante el siglo XIX, la percepción de que este tenía influencias africanas creó controversias y oposición al género —incluso fue prohibido en algunas municipalidades por las autoridades coloniales. Fue solo después de la Guerra de Independencia, cuando la música y bailes norteamericanos inundaron la Isla, que el danzón fue aceptado como un símbolo musical cubano.²² Con la amenaza de la penetración extranjera y en un momento de transición política y crisis social, un género que había sido rechazado por su supuesto origen africano fue aceptado por las élites cubanas. Un proceso similar tendría lugar a finales de la década del 20 y por razones similares. Formas culturales con influencias africanas, que en los primeros años de la república fueron consideradas como primitivas y salvajes, se incorporaron gradualmente a la cultura nacional.

Este proceso tuvo lugar en todas las áreas de la creación artística, pero fue particularmente intenso en la poesía y la música. A finales de los años 20 y en los 30, un verdadero torrente de poesía mulata se apoderó de la Isla. Escrito tanto por blancos como por afrocubanos, esta poesía utilizó los “motivos negros” —lenguaje, música, bailes y creencias— para exaltar la cubanidad y la independencia nacional. El escritor y activista Juan Marinello describió esta producción como “cubanísima”.²³

Aunque algunos de los escritores que siguieron este “furor negro” describieron la negritud en términos altamente estereotipados,

²¹ N. M. Choleatt al secretario de Estado, La Habana, 15 de septiembre de 1915. USNA, RG 59/ 837.42/7; Vasconcelos: “Desde la celda número ocho”, *Heraldo de Cuba* (7 de abril de 1921).

²² Moore: *Nationalizing Blackness*, 23-26.

²³ Marinello: “25 años de poesía cubana”, 366-388. Para una introducción a la vasta literatura sobre este movimiento poético, ver “Literatura afrocubana” en Instituto de Literatura: *Diccionario*, 24-26.

Los bailes americanos



LA AGONIA DEL DANZON

Figura 9: Denuncia socialista de las influencias norteamericanas en la cultura cubana, representado aquí por un danzón mestizo. Publicado en *La Política Cómica* el 18 de junio de 1922 (Biblioteca Nacional José Martí).

otros usaron las expresiones culturales de origen africano para destacar la contribución esencial de estos a la cubanidad y a la cultura cubana, enfatizando en el proceso el carácter mestizo de la nación cubana. Entre los primeros, *La rumba* (1928) de José Zacarías Tallet es quizás el mejor ejemplo. Fernando Ortiz lo describió como “arte blanco con temas negros”. La composición de Tallet retrataba la rumba —término que abarcaba una variedad de composiciones de inspiración afrocubana— como un espectáculo exótico y lujurioso, de cuerpos sudorosos que establecen un diálogo abiertamente sexual.²⁴ Los poemas *Motivos de son* (1930) y *Sóngoro cosongo* (1931) de Nicolás Guillén representan el otro extremo del espectro. Guillén exaltó lo negro como un ingre-

²⁴ Ortiz: “Más acerca de la poesía mulata”, 26-28; Marinello: “25 años de poesía cubana”, 386.

diente central de “lo cubano”, denunció la opresión y violencia raciales y representó la cubanidad como una síntesis cultural y racial que creó una nación mulata todavía en formación. Como expresó en 1931: “Por lo pronto, el espíritu de Cuba es mestizo. Y del espíritu hacia la piel nos vendrá el color definitivo. Algún día se dirá: ‘color cubano’”.²⁵

Un proceso similar tuvo lugar en otras áreas de la expresión cultural. A través de lo que Moore describe como un proceso de “estilización”, la música popular afrocubana se incorporó a la cultura musical dominante y se elevó a la categoría de símbolo nacional. Géneros populares que solo una década antes habían sido rechazados por su influencia africana fueron depurados para distanciarlos de los barrios bajos en que habían nacido. Músicos de la clase media los asumieron y se convirtieron en expresiones respetables de la cubanidad y la cultura nacional. En la década del 30, por ejemplo, la rumba comercial era considerada por muchos como la expresión más genuina de la música cubana. En 1932, el intelectual nacionalista Emilio Roig de Leuchsenring declaró que las influencias afrocubanas eran las más “esenciales y características” de la música cubana.²⁶

Los llamados motivos negros también irrumpieron en la pintura. Algunos de los miembros más representativos de la vanguardia artística, surgida en La Habana a finales de la década de 1920, usaron temas afrocubanos para crear lo que ellos describieron como un arte cubano “nuevo” y auténtico. Eduardo Abela, Carlos Enríquez, Víctor Manuel y después Wifredo Lam, exploraron la cultura popular afrocubana como parte de sus esfuerzos para representar la cubanidad usando el lenguaje del arte. Como en el caso de la literatura, sus representaciones brindaban una visión de los negros como personas sensuales y rítmicas (*El triunfo de la rumba* de Abela, 1928, por ejemplo). Pero, como argumentó Juan Martínez, las artes plásticas también ayudaron a crear una “imagen nueva y positiva de los afrocubanos y de su ignorada contribución a la cultura cubana”.²⁷ Al mismo tiempo, algunas figuras secundarias en el movimiento, como el pintor afrocubano Alberto Peña (conocido como Peñita), y los escultores negros Teodoro Ramos Blanco y Andrés Álvarez Naranjo usaron su trabajo para ofrecer una caracterización crítica de las condiciones económicas y sociales en que vivían los afrocubanos.

²⁵ Guillén: “Sóngoro Cosongo”, en *Obra poética*, 1:114. Sobre el impacto contemporáneo de los poemas de Guillén, ver Boti: “La poesía cubana”, 343-353.

²⁶ Moore: *Nationalizing Blackness*, 134-135.

²⁷ Martínez: *Cuban Art*, 74-81 y 105-109 para una discusión específica de Abela. Un comentario contemporáneo sobre el tema negro en la pintura de Abela, se aprecia en Adolfo Zamora: “Eduardo Abela, pintor cubano”, *Revista de Avance* 3:30 (15 de enero de 1929), 18-19.

A pesar de sus ambigüedades y contradicciones, este proceso representaba una verdadera revolución cultural e ideológica. En contraste con los inicios de la república, cuando el futuro de Cuba era identificado frecuentemente con la expansión de su población blanca y de sus raíces culturales españolas, a finales de la década de 1920, el movimiento afrocubanista proclamaba que estas influencias eran igualmente importantes en la definición del carácter de la nación cubana. Como ocurrió a finales del siglo XIX, una crisis de legitimidad y la necesidad de destacar la singularidad de la experiencia cubana llevaron a una estrategia discursiva que tendía a minimizar las diferencias internas en la noción de una nacionalidad racialmente incluyente. La inclusión seguía siendo un aspecto central en la representación de la nación.

Mientras en la década de 1890, la cubanidad fue descrita como una identidad que subsumía y en cierto modo reemplazaba las etiquetas raciales singulares, el discurso nacionalista de los años 30 proclamaba una síntesis racial y cultural —el mestizaje— como la esencia de lo que era típicamente cubano. El discurso dominante transitó del “cubano es *más que* blanco, *más que* mulato, *más que* negro” de Martí al “color cubano” de Guillén. Esta nueva visión se hizo dominante en los años 30 y 40: “Cuba no es blanca ni negra, sino mulata, mestiza”, proclamó el intelectual blanco José A. Ramos en un exclusivo club habanero en 1937; “Sin el negro, Cuba no sería Cuba”, expresó Ortiz en 1943.²⁸

Algunos autores han sostenido —correctamente, a mi juicio— que esta incorporación de la negritud en la cultura nacional fue lograda por la mercantilización y la folklorización de la cultura afrocubana. La rumba, por ejemplo, se convirtió en un símbolo nacional después que fue despojada de algunas de las influencias africanas más evidentes y fue “reconciliada en un sentido musical con tradiciones derivadas de Europa, de Estados Unidos y de otros lugares”.²⁹

También, cuando las comparsas —procesiones afrocubanas del carnaval— se autorizaron nuevamente en 1937 después de 20 años de prohibición, las autoridades las consideraron como una expresión del folklore popular que era una atracción pintoresca para los turistas.³⁰ La descripción ofrecida por una revista turística es elocuente: “[La comparsa] no es un espectáculo típico cubano: es un producto de los días

²⁸ Ramos: “Cubanidad y mestizaje”, 107; Ortiz: “Por la integración cubana”, 258.

²⁹ Moore: *Nationalizing Blackness*, 189.

³⁰ El pedido para reanudar las comparsas fue hecho por la Comisión Asesora del Turismo Municipal de La Habana. Ver “Comunicación del Alcalde de la Habana” en Municipio de la Habana, *Las comparsas populares*, 7-8, 29-32.

de la esclavitud [...] Sin embargo, han sido aceptadas como uno de los aspectos interesantes del carnaval habanero”.³¹ En 1937, las autoridades prohibieron nuevamente, de forma temporal, las comparsas aduciendo que los disfraces no eran “adecuados” y que no cumplían con “las regulaciones” vigentes.³²

Los estudios críticos del Afrocubanismo enfatizan que la cultura popular de los negros fue aceptada por la clase media blanca en sus propios términos, o que el movimiento sirvió para ocultar y reproducir la subordinación social de los afrocubanos. Estos autores ven el movimiento como un intento de las élites de reconstruir su poder hegemónico en lo que Winant llama “la incorporación de corrientes opuestas en el sistema de dominación” y “la reinterpretación del discurso opositor en el marco imperante de expresión social”.³³ Como explica Kutzinski: “el Afrocubanismo tenía todos los elementos de un espectáculo folklórico, cuyo efecto político era desplazar y disipar los conflictos y problemas sociales reales, especialmente los raciales”. Kutzinski caracteriza la poesía mulata como “el sitio donde los hombres de origen europeo y africano reconcilian retóricamente sus diferencias y dan lugar, en el proceso, al nacimiento de la ficción política paternalista de una multiculturalidad nacional ante un sistema social que se resistía ante la realidad de cualquier pluralismo estructural”. Desde su punto de vista, el discurso del mestizaje contribuyó a “reforzar” las jerarquías raciales en la sociedad cubana.³⁴

A pesar de sus méritos, estas caracterizaciones del Afrocubanismo y de la ideología nacionalista que ayudó a crear son problemáticas. Se asume que esta ideología sirvió, en lo fundamental —si no exclusivamente— para ampliar y consolidar el poder de las élites gobernantes sin hacer ninguna concesión importante y sin proporcionar oportunidades a quienes estaban representando. Pero los afrocubanos

³¹ “The Carnival of Havana” y “Cuba’s Coming Carnival”, *Havana Chronicle* 2:20 (febrero de 1940), 1-2 y 3:1 (enero de 1941), 1. Para una descripción de las comparsas como un espectáculo primitivo, ver Norweb al secretario de Estado, La Habana, 17 de marzo de 1944. USNA, RG 59/ 837.00/3-2746.

³² “Carnival”, *Havana Telegram* (8 de febrero de 1937); “Second Paseo of Carnival” y “Third Carnival Parade”, *Havana Post* (9 y 10 de febrero de 1937). Para un detallado análisis de las controversias sobre las comparsas, ver Moore: *Nationalizing Blackness*, 62-86.

³³ Winant: *Racial Conditions*, 29.

³⁴ Kutzinski: *Sugar’s Secrets*, 145, 12-13, 9. Para un análisis balanceado de este proceso en la esfera musical, ver Moore: *Nationalizing Blackness*, 132-146, 219-221.

no eran simplemente objetos pasivos de representación. Eran activos participantes en la conflictiva formulación de un producto ideológico y cultural que no era estable, ni coherente. Así, si por una parte Tallet describe la rumba como un espectáculo sensual y estereotipado; por otro lado, los poemas mulatos de Guillén celebran la cultura popular negra, y otros autores, como Regino Pedroso y Marcelino Arozarena, cantan a los obreros y a los desposeídos y critican lo que después llamarían la concepción “burguesa” de la cultura afrocubana.³⁵

Mientras algunos de los pintores de la vanguardia representaban a los negros en términos similares a los de Tallet, otros usaron el arte para destacar tanto la contribución de estos a la nación, como su posición social subordinada. El trabajo de Peñita, por ejemplo, no puede reducirse a un retrato folklórico de los llamados motivos negros. Los sujetos de Peña son obreros manuales negros que luchan por ganarse la vida en una sociedad injusta. Las preocupaciones sociales dominan algunas de sus pinturas más importantes, como “Obreros”, “Sin Trabajo”, “Preparando el Camino” (en la cual un obrero negro construye un camino, probablemente hacia el futuro), o su extraordinaria “Mater Dolorosa”, una representación de la cubanidad como una mujer negra y vieja que, llena de dolor, sobrevive en las calles de la ciudad. Esta no es una imagen ridícula y sexualizada de la mujer mulata. Es una representación alternativa y contestataria en la que la nación se identifica con los más humildes entre los humildes: obreros manuales, desempleados, campesinos, negros y mulatos. Como declaró el intelectual afrocubano Enrique Andreu, Peñita pintaba “ideas”. Su obra fue caracterizada como una “enérgica protesta contra la opresión y las injusticias sociales”.³⁶

Uno de los exponentes más interesantes del nuevo arte nacionalista fue el del escultor negro Teodoro Ramos Blanco; este insistió en la necesidad de crear una cultura nacional genuina en la que la negritud no se redujera a un elemento meramente decorativo y exótico. Para Ramos, la negritud era no solo belleza, sino “grito, sinceridad, rebeldía y dolor”. Como parte de sus esfuerzos para destacar los componentes negros en la cubanidad, el arte de Ramos honró con frecuencia a héroes afrocubanos como Juan Gualberto Gómez y Mariana Grajales, madre de Antonio Maceo. Como expresó un contemporáneo, lo que

³⁵ Ortiz: “Más acerca de la poesía mulata”, 25-33, 439-441.

³⁶ Andreu: “El pintor Alberto Peña”, 114-125; García Agüero: “Un comentario final”, 129-132; Andreu: “La muerte de Peñita”, 115-117; Martínez: *Cuban Art*, 82-85, 160-161.

verdaderamente distinguía a Ramos Blanco era el despliego orgulloso de su negritud como un símbolo de dignidad y rebeldía.³⁷

Dentro del Afrocubanismo existían visiones diferentes, conflictivas, de la raza y de su relación con la nación. El movimiento y el discurso del mestizaje crearon espacios en los que algunos autores expresaron una visión radical de la cubanidad que hubiera sido difícil propagar en condiciones diferentes. Esta visión identificaba la cubanidad con los olvidados de la república “con todos, y para el bien de todos”: obreros manuales, desempleados, negros. Era posible interpretar este discurso como una denuncia de los representantes del poder que, aliados con los Estados Unidos y consumidores de su cultura, no solo destruyeron la república, sino que eran la antítesis de la verdadera cubanidad.

Debido a que el Afrocubanismo contenía elementos potencialmente conflictivos, la aceptación de la negritud como pilar de la cubanidad no fue ni mucho menos universal. Algunos intelectuales blancos se opusieron al criterio de que los elementos africanos jugaron un papel significativo en la formación de la cultura cubana. El compositor y musicólogo blanco Eduardo Sánchez de Fuentes, por ejemplo, afirmó que la música cubana estaba “totalmente exenta” de influencias africanas y que, si había alguna, solo era evidente en el ritmo y la cadencia de algunas canciones folklóricas, era una cuestión de forma, no de fondo.³⁸ Otros críticos reprodujeron esta visión de una cultura blanca, y argumentaban que los elementos africanos eran menos importantes que las influencias europeas e indígenas en la formación de la música cubana. “La rumba” —destacó uno de estos críticos— aunque no es representativa de la música cubana real, ha cautivado al público con su ritmo exótico y ha hecho que Cuba se conozca por todo el mundo, al igual que el jazz [...] El poder que ambos poseen encuentra su origen en la misma raza negra. Es una música que gusta porque no necesita ser entendida, no asciende a los niveles más altos del arte verdadero, sino que habla a los sentidos, a los sentidos primitivos del hombre”.³⁹

³⁷ García Agüero: “Un comentario final”, 126-128; Domingo Argudín Lombillo: “Pro-arte: el escultor Teodoro Ramos”, *Diario de la Marina* (8 de septiembre de 1929); Walter H. Pearl: “History of the Plastic Arts in Cuba”, *Havana Post* (9 de junio de 1940); Ramos Blanco: “Por un arte nacional”, *Grafos* 35 (febrero de 1936); Ramos Blanco: “Contribución de la forma negra en las artes plásticas”, *Atenas* 2:8 (diciembre de 1951), 8-9, 18-19.

³⁸ Citado por García Agüero: “Presencia africana”, 119; Moore: *Nationalizing Blackness*, 134.

³⁹ Clotilde Pujol: “What is Cuban Music”, *Havana Post* (9 de junio de 1940).

La importancia política de estos esfuerzos por minimizar la influencia de los elementos negros en la formación de una cultura nacional fue advertida por los contemporáneos. Como declaró el intelectual negro Salvador García Agüero: “la fobia negra en la música” era una manifestación de un fenómeno más general: la persistencia del racismo en la sociedad cubana. “No es apuñaleando el tambor y estrangulando el canto negro —explicó García Agüero— como se eleva el nivel del arte y de la sociedad cubana, sino levantando el yugo [...] que tratan de mantener al hombre negro en las sombras de una preterición injusta”.⁴⁰

Lo que García Agüero sugería era que el reconocimiento de las expresiones culturales afrocubanas, como parte intrínseca de la cubanidad, *podía* contribuir a exponer algunas de las barreras que mantuvieron a la mayoría de los negros en una posición social subordinada en la república. Guillén también habló de su “color cubano” como un evento futuro, una posibilidad de que sus poemas mulatos pudieran llegar a realizarse en la práctica más temprano que tarde: “Algún día se dirá color cubano”, enunció Guillén, expresando con claridad que dicho día no había llegado aún.

El reconocimiento formal y la valorización de la negritud y de la cultura afrocubana podían conducir a la aceptación de que, a pesar del mestizaje, la sociedad cubana era racialmente desigual. Un miembro fundador del movimiento, el poeta Ramón Guirao, reconoció en 1938 que a pesar de que “las incursiones” literarias en estos temas no habían “alterado el destino social del hombre negro”, ayudaron a crear conciencia del problema. Su búsqueda, explicó, los había hecho meditar “sobre la posibilidad” de que los negros obtuvieran “igualdad de oportunidades”. Guirao comprendía al menos que dicha igualdad no existía.⁴¹

El Afrocubanismo y la ideología del mestizaje estaban así abiertas —como la república ideal de Martí “con todos, y para el bien de todos”— a interpretaciones diversas. La invención de una “raza cubana” y la representación del país como una tierra mestiza, en la cual todos tenían alguna ascendencia africana generó efectos contradictorios y no siempre predecibles. Esas nociones podían ser usadas para minimizar la importancia de la raza y para “encubrir” —como expresa Kutzinski— los conflictos raciales en la sociedad cubana. En este sentido, la nueva ideología podía servir para “consolidar” las jerarquías raciales tradicionales. En la década de 1940, el presidente Ramón Grau San Martín personificó esta visión conservadora de la cubanidad con su famoso lema

⁴⁰ García Agüero: “Presencia africana”, 114-127.

⁴¹ Guirao: *Órbita de la poesía afrocubana*, xv.

político: “La cubanidad es amor”.⁴² Además, como se advirtió antes, la aceptación e incorporación de la cultura laica y religiosa negra en la cultura dominante fue ambigua y repleta de conflictos. Algunas prácticas populares afrocubanas —sobre todo la santería— fueron denigradas y perseguidas como símbolos de atraso y barbarismo.⁴³

Pero el Afrocubanismo y el mestizaje también subrayaban que lo blanco y la cultura europea no definían a Cuba. De hecho, la negritud y sus prácticas culturales fueron presentadas como el impedimento más eficaz contra las influencias extranjeras —“antídotos de Wall Street”, como decía el novelista Alejo Carpentier.⁴⁴ Después de todo, los afrocubanos defendieron, con singular elocuencia y tenacidad, la necesidad de conservar la independencia nacional como la única manera de impedir la introducción del grosero racismo norteamericano en la sociedad cubana. “El cubano negro debe odiar cualquier cosa que huelga a yanqui”, escribió Serra en 1901. “Para nosotros los cubanos negros”, declaró D’Ou 30 años después: “el vecino del norte... ¡es la raza que lincha!”⁴⁵

Los afrocubanos y algunos activistas radicales utilizaron el discurso del mestizaje para subrayar que la república ideal de Martí seguía siendo una meta no alcanzada y que, precisamente debido a la contribución de los negros a la formación de la nación, estos merecían una participación completa e igual en su vida económica, social y política. Las manifestaciones de racismo abierto podían presentarse como anticubanas, legitimando así la lucha contra la discriminación racial. Como manifestó Urrutia en 1935, los racistas blancos eran la antítesis de Cuba.⁴⁶

⁴² Efraín Hidalgo: “Cubanidad hipotética”, *Nuevos Rumbos* 2:2 (enero-febrero de 1947), 22.

⁴³ Para algunos ejemplos de la represión de la santería en la década de 1930, ver Castellanos: “La lucha policíaca”, 231-278. A finales de la década del 40, la santería fue aún frecuentemente retratada como un ritual africano sangriento; los siguientes artículos, publicados en *Bohemia* (semanario con una amplia circulación nacional), son ejemplos de esta tendencia: José Quilez Vicente: “¡La sombra repulsiva del feroz santero!” y “¡Entre danzas diabólicas!”, (8 de abril y 8 de julio de 1945); José A. Maestri: “Los ritos africanos: el bembé” (12 de noviembre de 1950). Para una protesta de las sociedades negras en contra de esta campaña, ver G. A.: “Comentarios de actualidad”, *Nuevos Rumbos* 1:2 (diciembre de 1945), 4.

⁴⁴ Citado por Kutzinski: *Sugar’s Secrets*, 141.

⁴⁵ Serra: *Carta abierta*, 11; D’Ou: “El autóctono subrogado”, *Boletín Oficial del Club Atenas* (20 de noviembre de 1930), 2-3.

⁴⁶ Urrutia: “Opresores y oprimidos”, *Adelante* 4 (septiembre de 1935), 6-7.

De hecho, los racistas fueron presentados frecuentemente como los símbolos de la subordinación cultural e ideológica a los Estados Unidos. En el proceso, el racismo se identificó con la influencia de los Estados Unidos en los asuntos cubanos y con sus aliados en la Isla; una asociación de consecuencias políticas potencialmente explosivas, pues implicaba que el racismo solo podía ser eliminado por una transformación fundamental del orden republicano. Esta asociación también podía usarse para destacar que la eliminación del racismo era una condición indispensable para acometer con éxito la lucha contra la dominación imperialista.⁴⁷ En ambos escenarios, el Afrocubanismo y el discurso del mestizaje servían para resaltar las injusticias raciales y contribuían a denunciar las jerarquías raciales establecidas.

Además, aun si algunos pretendían usar el discurso del mestizaje para minimizar el pluralismo y los conflictos raciales, los efectos de esta ideología nacional fueron tal vez imprevistos e indeseables para los grupos dominantes. Al minimizar los conflictos raciales, la ideología del mestizaje ayudó a potenciar otras identidades y otras formas de conflicto social.

En la década de 1930, un número creciente de intelectuales y activistas sociales se referían a la importancia cada vez mayor de la conciencia de “clase”, como una identidad fundamental en la sociedad cubana. Un activista comunista afrocubano afirmaba en 1932, por ejemplo, que “la lucha no [era] de razas, sino de clases”. También, un periodista blanco señaló: “En Cuba, el asunto racial se subordina a la cuestión intelectual y económica”. Incluso Ramón Vasconcelos, que había consagrado una buena parte de su carrera intelectual a discutir los problemas afrocubanos afirmó, en 1937, que la “conciencia de clase” era “más fuerte que la de raza” entre muchos negros.⁴⁸ Estas concepciones tendían a reducir el “problema negro” a una cuestión de distribución desigual de recursos (es decir, un problema netamente económico), pero facilitaron otras formas de acción social interracial que podían transformar la sociedad cubana. Tal transformación parecía posible, incluso inminente, en el verano de 1933, cuando una huelga general derrocó al gobierno de Machado y el dictador abandonó la Isla.

⁴⁷ Esta es la interpretación del activista radical afrocubano Manuel Machado: “Coronel Jaumá”, *Alma Máter* (17 de diciembre de 1933).

⁴⁸ Pérez-Medina: “The Situation of the Negro in Cuba”, 298; Matilde S. Menéndez: “Racismo o política?”, *La Correspondencia* (28 de febrero de 1936); Gastón Mora y Varona: “La cuestión social”, *Diario de la Marina* (24 de febrero de 1929); Vasconcelos: “Al margen de los días. Complejos”, en Municipio de la Habana, *Las comparsas populares*, 33-37.

RAZA Y CONFLICTO SOCIAL

La clase obrera fue la que le dio el golpe de gracia al gobierno de Machado; esto demuestra algunas de las transformaciones que tuvieron lugar en la sociedad y la política cubanas. Aunque la movilización obrera no era nada nuevo, nunca antes los obreros habían ejercido tal influencia en los asuntos nacionales. Con la caída de Machado, el movimiento obrero radical e independiente, dirigido por la CNOC —controlada por los comunistas—, emergió como un actor clave en la política nacional. Después de 1933, ningún político cubano se atrevería a decir lo que José Miguel Gómez declaró en 1916: “no llamo a los obreros, ni los necesito”.⁴⁹

La desintegración de las federaciones obreras reformistas, que Machado apoyó en un esfuerzo fallido por incorporar al movimiento obrero a la maquinaria gubernamental, contribuyó al crecimiento de la CNOC.⁵⁰ Las dos organizaciones reformistas principales —la Federación Cubana del Trabajo y la Unión Federativa Obrera— estaban tan íntimamente vinculadas a Machado que no lograron sobrevivir al régimen. Los gremios que buscaban coordinación y apoyo se unieron a la confederación “roja”, cuya importancia y fortaleza crecieron de manera considerable.⁵¹

La importancia creciente de la CNOC y el PCC se explica también por su capacidad de organizar a los obreros, sin tomar en cuenta las barreras étnicas y raciales. Además, por primera vez estas organizaciones tuvieron al menos un éxito parcial en la movilización de los obreros azucareros en el sector agrícola, en el que trabajaba gran cantidad de antillanos. Mientras los gremios reformistas respondieron al deterioro de la economía a finales de la década de 1920 e inicios de la de 1930, con demandas para detener toda inmigración y con solicitudes para repatriar a los antillanos y a otros obreros extranjeros desempleados, el movimiento obrero radical enfatizó la necesidad de unir a todos los obreros sin distinciones étnicas o raciales.⁵² Los comunistas y sus aliados entendieron que para crear una organización obrera verdaderamente nacional era indispensable organizar a los obreros cañeros, muchos de los cuales eran haitianos y jamaicanos.

⁴⁹ Citado por Ibarra: *Cuba: 1898-1921*, 354.

⁵⁰ “Incorporación” es usado aquí en el sentido discutido por Collier y Collier: *Shaping the Political Arena*, 3-23.

⁵¹ H. Freeman Matthews: “Affiliation Tendencies of Cuban Labor Unions”, La Habana, 18 de abril de 1934. USNA, RG 84/850.4/323; Beals: *The Crime of Cuba*, 248-249.

⁵² Sobre los esfuerzos organizativos de los comunistas que incluye trabajadores de diverso origen étnico y racial, ver Carr: “Mill Occupations and Soviets” y De la Fuente: “Two Dangers, One Solution”.

Forjar semejante alianza en medio de una depresión económica era un desafío formidable. Los comunistas no solo tenían que trascender el estrecho nacionalismo que culpaba a los inmigrantes por el desempleo y otros problemas económicos, sino que necesitaban desafiar, también, el discurso que predominaba, el cual describía a todos los cubanos como miembros iguales de una nación racialmente armoniosa. Es decir, el problema de la discriminación racial en el trabajo y en las organizaciones obreras tenía que confrontarse. Su visión del nacionalismo se articuló en un manifiesto de la Liga Antimperialista: “Cuba debe ser para los cubanos. Esto no quiere decir odio al *extranjero*; quiere decir odio al *capital extranjero*”.⁵³ En 1929, el “programa de reivindicaciones” de la CNOOC incluyó en sus metas la igualdad de todos los obreros, sin tener en cuenta raza y nacionalidad, y la plataforma política del PCC (1932) dedicó una sección completa al tema. Los comunistas denunciaron la explotación y el maltrato a los antillanos, la deportación de españoles, la discriminación contra los chinos y las persecuciones contra los llamados polacos —judíos y otros inmigrantes del este de Europa— en la Isla.⁵⁴

Hasta cierto punto, los esfuerzos de los comunistas por crear un movimiento nacional con unidad racial basado en las identidades de clase fue exitoso. Los obreros españoles participaron, junto a los nativos, en las demostraciones organizadas por los sindicatos comunistas y en las llamadas marchas de hambre. En un incidente en Santiago de Cuba, “un negro cubano no identificado” ondeando una “bandera roja” movilizó a “un grupo de desempleados españoles” hasta que intervino la policía, e hirió a algunos.⁵⁵ Los antillanos también se sintieron atraídos por la propaganda del partido y algunos de los primeros marxistas jamaicanos se acercaron a esta ideología mientras trabajaban en Cuba.

El sindicato de los obreros portuarios de Nuevitas incluía a cubanos, así como a haitianos y jamaicanos, algunos de los cuales se hicieron ciudadanos cubanos. El cónsul de los Estados Unidos en la región reportó, en 1931, que entre estos trabajadores prevalecía “un espíritu de inquietud”, a pesar de que anteriormente habían sido “apáticos” con las movilizaciones obreras; los portuarios antillanos también se unieron

⁵³ “Manifiesto”, en Rosell: *Luchas obreras*, 108-110 (cursiva en el original).

⁵⁴ Instituto de Historia: *Historia del movimiento obrero*, 1:256-257; “Plataforma electoral del Partido Comunista de Cuba”, en Rosell: *Luchas obreras*, 188-211. Acerca del programa de la CNOOC, ver Policía Judicial: “Memorandum”, La Habana, 17 de julio de 1930. USNA, RG 84/800B.

⁵⁵ Edwin Schoenrich a Guggenheim, Santiago de Cuba, 13 de julio de 1931 y Guggenheim: “General Conditions Report”, La Habana, 8 de agosto de 1931. USNA, RG 84/800/4 y 809.

a los nativos en una huelga en el puerto de Alto Cedro, Ciego de Ávila (Camagüey), según el testimonio de uno de los participantes.⁵⁶

En el sector azucarero, los esfuerzos movilizativos de los comunistas resultaron más fructíferos; en 1932, organizaron el Sindicato Nacional de Obreros de la Industria Azucarera (SNOIA), que dirigió con éxito algunas de las huelgas más importantes, después de la caída de Machado, con la cooperación de obreros nativos y antillanos. Como destacó un observador norteamericano, los comunistas lograron movilizar a los obreros de los ingenios azucareros, sin considerar su nacionalidad. “El negro cubano entró en estrecho contacto con el negro haitiano, convertido en un esclavo empleado por 10 o 12 centavos al día [...] En algunos casos, el negro haitiano secundó al negro cubano, formando parte de los sindicatos rojos”. En septiembre de 1933, un grupo de norteamericanos que viajaba en tren hacia el central Miranda, en Oriente, fue obligado a obtener un “pase” de un obrero jamaicano que se identificó como “sargento de la guardia roja”. De ahí que el líder comunista Rubén Martínez Villena afirmara con satisfacción que se había logrado “una unión perfecta entre los obreros blancos y negros” durante las huelgas y que las teorías que culpaban a los antillanos por la situación de los obreros azucareros fueron “desmentidas una vez más con la participación activa de estos obreros extranjeros en la lucha común”.⁵⁷

Aunque los comunistas y la CNOOC subrayaron la necesidad que los obreros se unieran a partir de las identidades de clase —independientemente de la raza o nacionalidad—, a principios de la década del 30 comprendieron que esta unión no era posible, a menos que se enfrentara el problema de la discriminación racial en el puesto de trabajo y en los sindicatos. En una declaración de 1934, la CNOOC reconoció que una de sus “fallas fundamentales” fue no considerar “las demandas específicas de los negros en cada lugar de trabajo y de la cuestión negra en general”. El Ala Izquierda Estudiantil hizo un pronunciamiento similar. La Confederación, por lo tanto, llamó a sus sindicatos afiliados a exigir una participación proporcional de los negros en las ocupaciones en que no estaban representados, así como asegurar igual

⁵⁶ Wakefield: “Political Situation in the Nuevitas Consular District”, 17 de marzo de 1931. USNA, RG 84/800; González Echevarría: *Origen y desarrollo*, 87; Lewis: *Marcus Garvey*, 106-107.

⁵⁷ “Memo: Racial Problem of Cuba”, en Benjamín Sumner Welles al secretario de Estado, La Habana, 29 de septiembre de 1933. USNA, RG 84/800/143; Welles al secretario de Estado, La Habana, 30 de septiembre de 1933. USNA, RG 84/800/324; Rubén Martínez Villena: “Las contradicciones internas del imperialismo yanqui”, en Cuba, MINED: *Documentos*, 176-193.

pago por trabajo similar, y lanzó una campaña contra todas las formas de discriminación social, política o cultural contra los afrocubanos.⁵⁸

Estas preocupaciones no existían en la agenda del partido a finales de la década del 20, y no se incorporaron hasta después del Sexto Congreso Mundial de la Internacional Comunista (Comintern) en 1928. La estructura inicial del partido solo incluía comisiones sindicales, de juventud, propaganda, mujeres y otros asuntos, pero no el tema racial. A inicios de la década del 30, sin embargo, sus células incluían una “secretaría negra”.⁵⁹ Entre los primeros militantes negros estuvo Sandalio Junco, expulsado del partido en 1932 bajo cargos de “trotskismo”, el líder de los obreros portuarios Margarito Iglesias, Julián Rivero Bango, miembro fundador del partido en Matanzas y líder del sector de la construcción y Antolín Dickinson Abréu, líder del sindicato azucarero SNOIA y editor de su periódico. Aun así, en 1931, un líder comunista afirmó que prácticamente no había “ningún negro en el partido”.⁶⁰

Para entonces, sin embargo, los comunistas habían priorizado la llamada “cuestión negra”. De acuerdo a las tesis y resoluciones del Congreso de la Internacional Comunista que abogaban por “la emancipación completa de la raza negra oprimida” y declaraban el “derecho de los negros a la autodeterminación nacional”, el PCC siguió una doble estrategia.⁶¹ Por una parte, lanzaron una intensa campaña por la igualdad racial y contra todas las formas de su discriminación; denunciaron la “discriminación económica” que impedía el acceso de estos al empleo; la “discriminación política” simbolizada por la Ley Morúa les impedía organizarse autónomamente y la “discriminación social” practicada en parques, teatros y otros lugares públicos.⁶²

⁵⁸ CNOC: *IV Congreso*, 73-74; “Proyecto de Resolución del II Pleno del Comité Central del Ala Izquierda Estudiantil”, La Habana, febrero de 1934. ANC, Fondo Especial, leg. 3, no. 117.

⁵⁹ Para los documentos iniciales del PCC, ver “Convocatoria y actas del congreso de fundación”, en el Instituto de Historia: *El movimiento obrero*, 1:443-457; “Acta número dos del Comité Central del Partido Comunista de Cuba”, en Rosell: *Luchas obreras*, 73-74; “Juvenil Communist League of Cuba, Morón Sectional Committee”, 14 de septiembre de 1933. USNA, RG 84/800B/141.

⁶⁰ Torres Molina: *Apuntes*, 19-24, 63-68; Carr: “Identity, Class and Nation”, 24.

⁶¹ Las tesis y discusiones del Comintern están reproducidas en Foner y Allen: *Communism and Black Americans*, 163-200.

⁶² Para ejemplos de esta campaña, ver Unión de Torcedores de Santiago de Cuba al cónsul de los Estados Unidos, Santiago de Cuba, 6 de julio de 1931 y H. Freeman Matthews: “Communism in Cuba”, La Habana, 23 de marzo de 1934, ambos en USNA, RG 84/800/4 y 800B/127; “Memo: Racial Problem of Cuba”; “Plataforma electoral del Partido Comunista” y “CNOC: Manifiesto de agosto de 1933”, en Rosell: *Luchas obreras*, 188-211, 277-280.

Por otra parte, el partido intentó aplicar la tesis de la autodeterminación negra a las condiciones cubanas. Cumpliendo con la instrucción del Comintern para promover “la lucha revolucionaria de la raza y la liberación nacional de los negros contra la dominación imperialista”, el PCC caracterizó a los negros como una “minoría nacional” con territorio, economía, idioma y cultura propios. La opresión de ellos no fue interpretada como una cuestión de clase o raza: “La cuestión negra en Cuba es una cuestión nacional con un fuerte contenido de clase”, declararon en 1934. En su Primera Conferencia Nacional, proclamó que apoyaría la creación de un estado negro independiente dentro de la Isla, en la llamada faja o franja negra en Oriente, donde los afrocubanos constituían más de la mitad de la población total.⁶³ Incluso el término “faja negra” era importado, una traducción casi literal del *blackbelt* norteamericano.⁶⁴

Los comunistas cubanos también denunciaron el racismo en los Estados Unidos y usaron el tema racial para fomentar los sentimientos antimperialistas en los afrocubanos. En 1931 emprendieron una campaña que denunciaba la pena de muerte impuesta a 9 negros en Scottsboro, Alabama, como “un asesinato en masa”. En una circular impresa, la CNOG protestó vigorosamente contra “los asesinos imperialistas” por la “matanza” que estaban a punto de cometer y lo explicó en términos de la “opresión feroz ejercida por los magnates capitalistas yanquis contra los negros”. En 1933, cuando el comité regional de la Liga Juvenil Comunista en Cienfuegos denunció la injerencia de “los imperialistas yanquis” en la Isla, apelaron específicamente a los afrocubanos: “Ustedes serán más oprimidos y discriminados por la bota militar de la burguesía norteamericana que intenta asesinar a los jóvenes negros de

⁶³ CNOG: *IV Congreso*, 69-75; “Manifiesto del Primer Congreso Regional de Unidad Sindical”, Santiago de Cuba, 22 de agosto de 1934, en Instituto de Historia: *El movimiento obrero*, 2:786; Comité del PCC del distrito de Oriente, “Tothe Workers”, septiembre de 1933. USNA, RG 84/800/132. Acerca de la “faja negra”, ver también Grobart: “Preguntas y respuestas sobre los años treinta”, en sus *Trabajos escogidos*, 94-98; Serviat: *El problema negro*, 116-122.

⁶⁴ Algunos activistas afroamericanos visitaron la Isla durante este período y apoyaron la campaña para la autodeterminación del negro. Un ejemplo notorio es el de William Patterson, secretario nacional de la Defensa Obrera Internacional en los Estados Unidos, quien vino a Cuba en mayo de 1934. Un abogado educado en California, Patterson, ingresó en el Partido Comunista en la década de 1920 y se distinguió en la defensa del caso de Scottsboro. Acerca de las actividades de Patterson en Cuba, ver “Un distinguido abogado”, *Ahora* (25 de mayo de 1934). Acerca de su carrera, ver Naison: *Communists in Harlem*, 14-16; Johnpoll y Klehr: *Biographical Dictionary*, 311-312.

Scottsboro. Luchen junto con los obreros nativos blancos por su libertad nacional".⁶⁵

Aunque la campaña por la autodeterminación generó oposición entre algunos intelectuales afrocubanos, las directivas del Comintern tuvieron, al menos, un efecto positivo: convirtieron la lucha por la igualdad racial en uno de los temas centrales del trabajo de los comunistas.⁶⁶ Los militantes afrocubanos fueron promovidos a cargos de dirección y elegidos con posterioridad a varios puestos en el gobierno nacional. En 1934, el secretario general de la organización era un mulato, Blas Roca Calderío, quien siguió siendo el líder del partido durante muchos años; otro afrocubano, Lázaro Peña, encabezaba la CNOC. A pesar de su estrechez dogmática, las directivas del Comintern contenían otro elemento valioso: resaltaban la especificidad de la opresión racial. De esa forma, el PCC se alió con frecuencia a los clubes afrocubanos en la lucha por la igualdad racial, y vio la raza como una forma peculiar de explotación que merecía atención en el contexto de la lucha general de los obreros contra el capitalismo.⁶⁷

El antirracismo militante del partido tuvo varias consecuencias a largo plazo, y la más inmediata fue un aumento significativo en la cantidad de simpatizantes afrocubanos. En 1934, un líder comunista afirmó que un tercio de los militantes eran negros; 10 años después un estimado —indudablemente exagerado— situaba su proporción en un asombroso 75 %.⁶⁸ La consecuencia más importante, sin embargo, fue la asociación entre el comunismo y la igualdad racial. Después de la caída de Machado, estas dos categorías llegaron a estar tan íntimamente relacionadas que fueron identificadas a veces como una misma cosa. Como manifestó años después un observador norteamericano: el comunismo en Cuba tomó “en gran medida la forma de lucha racial”. El partido era considerado como un “partido negro” y sus campañas por la igualdad eran descritas por sus enemigos como una amenaza a la unidad nacional y a la estabilidad social. De esta forma, el viejo

⁶⁵ Schoenrich a Guggenheim, Santiago de Cuba, 13 de julio de 1931. USNA, RG 84/800/4; “Communist Party of Cuba, Dist. of Sta. Clara, Regional Com. of Cienfuegos”, septiembre de 1933. USNA, RG 84/800.

⁶⁶ Un proceso similar tuvo lugar en los Estados Unidos, según Naison: *Communists in Harlem*, 18-19.

⁶⁷ Para ejemplos de estas alianzas, ver el Capítulo 6.

⁶⁸ “Cuba será pronto una república comunista”, *Diario de la Marina* (13 de noviembre de 1934); “Report Concerning the Development of the Communist Party in Cuba”, 1946. USNA, RG 59/837.00B/8-746.

fantasma de la guerra de razas fue identificado con el miedo a un cataclismo social y racial de inspiración comunista.⁶⁹

A pesar de su éxito en la movilización de los obreros y en la lucha por la igualdad racial, la capacidad de los comunistas para liderar el movimiento revolucionario, después de la caída de Machado, estaba seriamente limitada por al menos dos factores: el primero, eran los propios errores del partido; el segundo, se relacionaba con las actividades de otros grupos que buscaban, al igual que el PCC, consolidar su propio espacio político en el confuso ambiente de los años 30. El partido condenó la discriminación racial con el lenguaje y los símbolos tradicionales de la ideología nacionalista cubana (particularmente Martí y Maceo) en sus campañas, pero su apoyo inicial por la autodeterminación negra y la tesis de que estos constituían una nacionalidad separada, era una evidente contradicción con la misma ideología que el partido decía representar y defender. Otros grupos e intelectuales afrocubanos progresistas condenaron este aspecto de la propaganda comunista;⁷⁰ en 1935, la tesis de autodeterminación fue abandonada como un error, y llamaron a la unidad de clase al mismo tiempo que predicaban la separación racial.

Entre los que rivalizaban por ganar el apoyo de los obreros y en particular de los obreros afrocubanos, estaban los estudiantes universitarios, profesionales y nacionalistas que apoyaban el gobierno de Ramón Grau San Martín, el cual llegó al poder en septiembre de 1933, como resultado de una revuelta militar dirigida por el entonces sargento Fulgencio Batista. El gobierno provisional, el primero establecido sin el beneplácito de los Estados Unidos desde la creación de la república, defendía un nacionalismo radicalmente diferente al de los comunistas. Su visión se resumía en el lema “Cuba para los cubanos”. Este gobierno se autoproclamaba y era percibido como “revolucionario”. Su meta principal era “la creación de una nueva Cuba”.⁷¹

El gobierno de Grau acometió esa tarea durante los 100 días que permaneció en el poder. En su primer acto público, abolió la Enmienda

⁶⁹ “Communist Activities in Cuba”, La Habana, 10 de febrero de 1940. USNA, RG 84/820.02/2824. Sobre las acusaciones contra el PCC por incitar los problemas raciales, ver Alfonso Fors, jefe de la Policía Judicial al secretario de la Presidencia, La Habana, 31 de enero de 1931. USNA, RG 84/800.1/562; “Memo: Racial Problem of Cuba”; “Report Concerning the Development of the Communist Party”, 12-14.

⁷⁰ Arredondo: *El negro en Cuba*, 80-98; Agustín Alarcón: “¿Nación negra? ¡No!”, *Adelante* 18 (noviembre de 1936), 12.

⁷¹ “Revolucionarios, ¡alerta!” (7 de septiembre de 1933). ANC, Fondo Especial, leg. 1, no. 160; Pérez: *Cuba Under the Platt Amendment*, 321.

Platt, el símbolo más visible y odiado del control norteamericano sobre Cuba; promulgó numerosas leyes obreras, las mujeres obtuvieron el derecho al voto y los viejos partidos políticos, asociados con Machado, fueron disueltos. El embajador Welles reportó con alarma que existía una “revolución social” en marcha en la Isla.⁷²

Así parecía ser. Los obreros percibieron el establecimiento del gobierno revolucionario provisional como una oportunidad para lograr sus demandas y consolidar su posición frente a los patrones. Las estructuras tradicionales del poder habían colapsado. Por primera vez, el gobierno tenía una posición parcial favorable a los trabajadores. De hecho, los inversionistas extranjeros afirmaban que uno de los factores que alentaba la militancia obrera era la intervención de la recién creada Secretaría de Trabajo, la cual, decían, era “sí no de tendencia soviética, de evidente inclinación a favor de las clases proletarias”.⁷³

A finales de septiembre, los trabajadores habían ocupado 36 centrales azucareros, establecido “soviets” en algunos de ellos, creado las milicias rojas, y tomado el control del poder local. En algunos casos, el personal de administración, por lo general norteamericanos, fueron capturados como rehenes o expulsados de las propiedades. En Matanzas, el cónsul norteamericano reportó sus temores: “un alto por ciento de trabajadores, sobre todo la clase negra, creen firmemente que es solo cuestión de unos pocos días o semanas antes de que todas las propiedades, incluyendo los centrales azucareros, pasen a sus manos”.

A finales del año, un ejecutivo de la Cuban Trading Company resumió la situación: “Esta es una Cuba cambiada. Los trabajadores están en todas partes perfectamente organizados y unidos con marcada tendencia al comunismo. El gobierno, que es débil y que solo puede dar muy pocas garantías al capital y al respeto de la propiedad, se ha puesto al lado de los trabajadores para conseguir el apoyo de estos y de ahí que se sientan fuertes [...] No es el caso de que vengan a pedir, sino que nosotros tenemos que hacer lo que ellos nos dicten”.⁷⁴

La valoración anterior era correcta. El gobierno provisional, necesitado de apoyo popular, dedicó gran atención a los asuntos laborales y concedió beneficios importantes a los obreros. Las regulaciones

⁷² Pérez: *Cuba Under the Platt Amendment*, 323-324.

⁷³ Ramón de la Cruz a Leandro Rionda, La Habana, 1 de diciembre de 1933. BBC, RG 2, Series 10c, caja 97.

⁷⁴ Hartwell Johnson: “General Survey of Political and Economic Conditions”, Matanzas, 22 de diciembre de 1933. USNA, RG 84/800/145; José Rionda a Manuel Rionda, La Habana, 30 de septiembre de 1933. BBC, RG 2, Series 10c, Caja 129.

incluían la jornada laboral de 8 horas, establecimiento de un salario mínimo, pago de vacaciones anuales, seguro contra accidentes, y otros. Transformando su campaña “Cuba para los cubanos” en actos políticos concretos, Grau, estipuló la repatriación forzosa de los trabajadores agrícolas extranjeros (es decir, de los antillanos), decretó que el 50 % de todos los empleados en cualquier negocio tenían que ser cubanos, y dispuso que solo los nativos podían fungir como líderes de los sindicatos y organizaciones obreras.⁷⁵ Estas medidas hicieron al régimen provisional extraordinariamente popular, en particular entre los desempleados, que eran una legión. Muchos obreros nativos, incluyendo los afrocubanos, se identificaron más con esta visión nacionalista que con la abstracta campaña comunista por la autodeterminación racial pues redundaba en la creación de oportunidades de empleo, en actividades que antes estaban tradicionalmente bajo el control de los inmigrantes.

A estas medidas se opusieron los sectores más radicales del movimiento obrero, controlados por la CNOB y los comunistas, quienes afirmaron que las políticas del gobierno eran una maniobra “fascista” para dividir a los obreros.⁷⁶ Las luchas que rodearon la aprobación e implementación de la llamada ley de nacionalización del trabajo ejemplifican las formas radicalmente diferentes en que la nueva Cuba se concebía en el volátil ambiente político a inicios de la década de 1930. Las luchas con relación a esta ley y su aplicación tuvieron lugar a cada nivel de la sociedad cubana, desde los sindicatos de base y los puestos de trabajo hasta el gobierno nacional.

Algunos estudiosos, de acuerdo con la posición oficial del PCC, han caracterizado la ley del 50 % como una táctica divisionista “burguesa”.⁷⁷ La ley, sin embargo, fue aprobada en respuesta a las presiones populares y fue también combatida por los propietarios. En octubre de 1933, inmediatamente después de la caída de Machado, un “Comité pro 80 %” fue organizado en La Habana para promover la aprobación de un decreto presidencial que limitara la participación de los inmigrantes en el mercado laboral. Una delegación de este comité se entrevistó con el presidente Grau algunas semanas después, para demandar que el 80 % de todos los empleos se reservaran para los cubanos nativos y que los obreros extranjeros desempleados e “inde-

⁷⁵ Para un resumen de la legislación, ver Dumoulin: “La regulación estatal”, 12-22; Domínguez: *Cuba: Order and Revolution*, 87-88.

⁷⁶ El PCC reconoció más tarde que su oposición a la administración provisional había sido un error; ver “Summary of Speech of Marin (Cuba)”, 30 de julio de 1935. USNA, RG 84/800B/120A.

⁷⁷ Álvarez Estévez: *Azúcar e inmigración*, 205.

seables” se repatriaran.⁷⁸ El presidente reaccionó favorablemente a estas demandas, aunque como un acto de deferencia al gobierno español —el cual, en contraste con el de los Estados Unidos, reconoció oficialmente a la administración provisional— el decreto determinó que solo el 50 % de los empleos serían reservados para los nativos. “Ya tienen Patria libre los cubanos”, proclamó triunfalmente Grau ante una muchedumbre en la que, según el cónsul norteamericano en La Habana, “la gran mayoría [...] parecía tener sangre africana en diversos grados”.⁷⁹

Este y otros informes similares es probable exageraran la participación afrocubana en las demostraciones públicas de apoyo a la administración. Los funcionarios norteamericanos estaban ansiosos por demostrar que la base social del gobierno eran “los obreros de las clases más bajas, con un predominio de negros”. Esto se utilizó para transmitir la imagen de que la Isla estaba en un estado de virtual anarquía y que el gobierno era incapaz de proporcionar protección adecuada al capital; definieron a “las muchedumbres, mayormente negras, de cubanos desempleados, muchos de los cuales están armados”. Como resultado, los conflictos sociales que rodeaban la “nacionalización” del trabajo fueron descritos frecuentemente como de naturaleza “racial”.⁸⁰

Pero no se trataba solo de una manipulación. La Isla estaba en una total anarquía; el gobierno era incapaz de controlar la movilización popular, dado que los afrocubanos eran los que más habían sufrido los privilegios de los obreros españoles, eran los principales beneficiarios de esta medida. De hecho, la participación negra en las diferentes organizaciones y comités que promovieron las políticas de “nacionalización” parece haber sido grande. Por ejemplo, el presidente de la Asociación de Reconquista Nacional que promovía la ley del 80 %, era negro. En su primera convención nacional en 1936, los clubes y sociedades afrocubanos exigieron la inclusión de la ley del 50 % en la constitución cubana y que la proporción de nativos en todos los trabajos aumentara un 10 % cada 4 años.

El escritor Alberto Arredondo afirmó que los negros apoyaban la ley como “un indiscutible paso de avance hacia la eliminación del

⁷⁸ “Constituido un comité”, *Alma Máter* (11 de octubre de 1933); “La ARN contra la aprobación”, *Ahora* (8 de noviembre de 1933).

⁷⁹ Edward Reed: “Summary of Legislative Decrees”, La Habana, 21 de noviembre de 1933. USNA, RG 84 / 804.4/234; “El pueblo en masa”, *Alma Máter* (16 de diciembre de 1933); Samuel Dickson al secretario de Estado, La Habana, 28 de diciembre de 1933. USNA, RG 84/800/278.

⁸⁰ Dickson al secretario de Estado, La Habana, 23 de diciembre de 1933 y Welles al secretario de Estado, La Habana, 6 de diciembre de 1933. USNA, RG 84/800/276 y 478.

prejuicio y la discriminación”. Según él y otros observadores, ellos constituían la columna vertebral del proceso de “cubanización” con el que la revolución era identificada frecuentemente.⁸¹ Además, las organizaciones que apoyaban la “nacionalización” del trabajo también reconocieron que las oportunidades de empleo estaban más limitadas para los negros nativos que para los cubanos blancos, y eso daba más visibilidad a la dimensión racial de esta campaña. “La raza de color —declaró el presidente del Consejo Supremo pro 80 %— está preterida de todas las empresas para beneficiar a los extranjeros; y si no es por la ley del 50 %, dentro de 5 años, la raza heroica [se convertiría] en una multitud de indigentes, mientras los trabajadores extranjeros, preferidos [...] seguirían mandando dinero a sus tierras”.⁸²

El apoyo afrocubano a estas políticas, sin embargo, no fue unánime. Los líderes negros asociados con la CNOc y el PCC secundaron la posición crítica de sus organizaciones, caracterizando al gobierno provisional como “fascista” e interpretaban la nacionalización del trabajo como una táctica divisionista que buscaba debilitar el movimiento obrero y dividir a los trabajadores, a partir de identidades raciales y étnicas. Según los líderes de la Confederación, los obreros afrocubanos estaban siendo utilizados como instrumentos contra los sindicatos.⁸³

La oposición de los comunistas reflejaba su convicción de que la “clase” era más importante que otras variables sociales, como la raza o la nacionalidad, pero también se inspiraba en consideraciones más mundanas. Algunos de los sindicatos más importantes afiliados a la CNOc estaban controlados por obreros inmigrantes que no entregarían sus trabajos pacíficamente en medio de una depresión económica. Entre ellos estaban los obreros ferroviarios, los empleados de establecimientos comerciales de varios tipos y, por supuesto, los cortadores de caña de azúcar afiliados con el SNOIA, muchos de los cuales eran antillanos. En diciembre de 1933, la Federación Obrera de La Habana, afiliada a la CNOc, creó un Comité Central Contra las Leyes Fascistas y llamó a todos sus miembros a declararse en huelga

⁸¹ “La A.R.N.”, *Alma Máter* (28 de noviembre de 1933); Convención Nacional: *Programa*, 11; Arredondo: *El negro en Cuba*, 145-159; Arce: *La raza cubana*, 27.

⁸² Enrique Bringuier: “Es necesario que se cumpla la ley”, *Alma Máter* (2 de diciembre de 1933).

⁸³ Ver, por ejemplo, las declaraciones del líder afrocubano Sandalio Junco en “Expone Sandalio Junco su criterio”, *Alma Máter* (5 de diciembre de 1933); también CNOc: *IV Congreso*, 69.

en protesta de la ley del 50 %; posición que la confederación nacional apoyó.⁸⁴

Las tensiones se incrementaron, y condujeron a variadas formas de violencia. La Federación Gastronómica, que incluía a numerosos dependientes de restaurantes y cafés de origen hispano, se negó a cubrir los empleos creados por el despido de obreros extranjeros; fueron “agredidos” posteriormente por los simpatizantes de la ley del 50 %.⁸⁵ El Sindicato General de Empleados de Cuba se declaró en huelga el 19 de diciembre y paralizó el comercio minorista en La Habana. Unas horas después, grupos de “soldados y marineros, seguidos en muchos casos por [...] civiles, principalmente negros, forzaron a los propietarios a abrir”.⁸⁶ Las demostraciones comunistas contra la ley generaron demostraciones de apoyo y embargos “revolucionarios” de los establecimientos que se negaban a obedecer la ley. Una famosa tienda por departamentos de La Habana, Fin de Siglo, fue inspeccionada por una comisión “para ver si estaban cumpliendo con la ley del 50 %”. Cuando el gerente declaró que españoles y cubanos trabajaban en la tienda, un miembro del grupo lo amenazó: “tendrá que haber muchos cubanos más. Si no cerramos la tienda con humo”. Encabezando una manifestación descrita por un hombre de negocios como “sumamente alarmante”, el presidente del Consejo Supremo pro 80 % también amenazó con quemar los establecimientos que no contrataran obreros nativos.⁸⁷

Como pronosticaron los comunistas, las divisiones debilitaron el movimiento obrero y la movilización popular, y lo hicieron en un momento en que las presiones populares podían aprovechar la debilidad de las estructuras tradicionales de poder para iniciar una revolución social. La propaganda de las *campañas* comunistas por la unidad tuvieron un éxito limitado, pues la campaña de nacionalización respondía a las necesidades inmediatas de miles de cubanos desempleados —y sobre todo de afrocubanos— que habían sido relegados sistemáticamente a los trabajos menos deseables en el mercado laboral. La defensa de los

⁸⁴ Dickson: “Summary of Legislative Decrees”, La Habana, 15 de enero de 1934. USNA, RG 84/804.4/360; “La Federación Obrera de la Habana” y “Obreros”, *Alma Máter* (1 y 7 de diciembre de 1933); “Conferencia de emergencia de la CNO”, *Ahora* (11 de diciembre de 1933).

⁸⁵ “Los sindicatos hacen firme... oposición”, *Alma Máter* (10 de diciembre de 1933); H. Freeman Matthews: “General Conditions Report”, La Habana, 21 de noviembre de 1934. USNA, RG 84/800/1948.

⁸⁶ Alberto Nufer al embajador, La Habana, 19 de diciembre de 1933. USNA, RG 84/850.4.

⁸⁷ Nufer al embajador, La Habana, 5 de diciembre de 1933. USNA, RG 84/850.4/506.

obreros extranjeros situó al PCC y a la CNOC en la incómoda compañía de sus enemigos principales: las corporaciones extranjeras que, por razones totalmente diferentes, también se oponían a la ley del 50 %.⁸⁸ En la feroz rivalidad desarrollada entre los “revolucionarios auténticos” de Grau San Martín y los comunistas por el control del movimiento obrero en las décadas siguientes, los primeros frecuentemente destacaron la subordinación de los comunistas “a Moscú” y su supuesta traición a los intereses “nacionales”.⁸⁹

El tema racial estaba en el centro mismo de estos conflictos. Debido a que la nacionalización del trabajo fue percibida como una política en beneficio de los afrocubanos, la inclusión de la igualdad racial en la agenda política de los comunistas también fue forzada por las condiciones locales. Es decir, el partido no podía competir por las simpatías de los trabajadores afrocubanos sin abordar el tema negro. Como se expresó antes, a principios de 1934 la CNOC y otras organizaciones comunistas reconocieron públicamente que no consagraron la debida atención a este asunto. La implementación de la ley del 50 % fomentó la competencia por el apoyo afrocubano y situó el problema en el centro de los conflictos sociales de la época posmachadista.

El origen social y la composición racial de los participantes en la revuelta de los sargentos, en septiembre de 1933, propiciadora del gobierno “revolucionario” de Grau, también contribuyó a incrementar las tensiones raciales. La revuelta expresó el malestar que existía entre los oficiales con baja graduación y los soldados contra sus jefes (en su mayoría blancos), fue liderada por alguien descrito por el embajador Welles como “un mulato con mezcla de sangre china”: Fulgencio Batista. Como se trató en el Capítulo 3, la revuelta demovió a un gran número de oficiales y, al menos al inicio, abrió grandes oportunidades para que los negros y mulatos pudieran ascender en el ejército. Según fuentes de la inteligencia militar de los Estados Unidos, después del golpe, “los negros” representaban casi una quinta parte de los oficiales y su proporción era mucho más alta en algunas guarniciones militares, como las de Matanzas y Oriente.

Los oficiales desplazados, muchos de los cuales procedían de grupos sociales privilegiados y estaban asociados al régimen de Machado, se congregaron en el Hotel Nacional en protesta. La lucha que se produjo entre los miembros del viejo y el nuevo ejército fue interpretada

⁸⁸ “La cubanización”, *Ahora* (3 de diciembre de 1933); Arredondo: *El negro en Cuba*, 146.

⁸⁹ “Report: Communism in Cuba”, La Habana (4 de agosto de 1933).USNA, RG 84/800B.

como otro posible indicador del conflicto racial que amenazaba con hundir la república. Con la dirección de Batista y de oficiales negros como Gregorio Querejeta, la resistencia de los oficiales machadistas fue aplastada cruelmente. Algunas estaciones de radio propagaron también el rumor de que una turba de mujeres negras de “la peor clase” insultaron y atacaron a las esposas —caracterizadas como “damas”— y a otros familiares de los oficiales atrincherados en el hotel.⁹⁰

Además, las clases pudientes no ocultaron su aversión por el nuevo ejército y no aceptaron a Batista como a uno de los suyos. “No pueden aceptar —explicaba el cónsul norteamericano en Santiago de Cuba— que los antiguos oficiales, que eran de su propio estrato social, hayan sido desplazados por aquellos a quienes ellos consideran inferiores”. En Cienfuegos, los miembros de la élite se refirieron a Batista como “ese mulato”.⁹¹ El club más exclusivo de Matanzas, El Liceo, se negó a honrar “al sargento mulato” en una función social organizada por los oficiales locales. Reflejando los sentimientos de la élite local, una fuente del lugar informó: “hay demasiados oficiales negros en el ejército [...] mientras permanezcan los oficiales negros, tendrá que haber descontento [...] Los oficiales no pueden esperar lograr la admisión en la sociedad civil mientras que estas condiciones continúen”.⁹²

La oposición de las clases altas a lo que ellos percibían como un asalto a los espacios sociales y económicos tradicionalmente blancos, no se limitó a negar la entrada a los oficiales negros a sus clubes y círculos exclusivos. Los miembros de la élite, los oficiales machadistas y, en general, los opositores al gobierno nacionalista de Grau San Martín, propagaron fantásticos rumores de conspiraciones negras y utilizaron el tema racial para sembrar el caos y la confusión. Estos sectores temían que la nueva Cuba fuera mestiza no solo a nivel retórico, como proclamaba el movimiento Afrocubanista, sino también en términos de la distribución del poder y el empleo —como parecían confirmar los cambios en la composición racial del ejército. Algunos contemporáneos proclamaron que, después de la revolución, los negros tomaron el control de Cuba. Una caricatura publicada por *El Crisol*, por ejemplo, mostraba a los negros recibiendo

⁹⁰ “Revolucionarios, ¡Alerta!”, La Habana, septiembre de 1933. ANC, Fondo Especial, leg. 1, 160.

⁹¹ Sheridan Talbot a Jefferson Caffery, Santiago de Cuba, 19 de julio de 1935. USNA, RG 84/822; Hernan Vogenitz a Caffery, Cienfuegos, 2 de julio de 1935. USNA, RG 84/800.

⁹² Milton Patterson Thompson a H. Freeman Matthews, Matanzas, 12 de marzo de 1936. USNA, RG 84/800; Edward S. Benet: “Military Affairs”, Matanzas, 14 de junio de 1938. USNA, RG 84/800.

empleos burocráticos del gobierno sin la preparación adecuada. El mensaje de la caricatura era inequívoco: eran los afrocubanos sin educación los que se beneficiaron de la crisis social y política del país.⁹³

Estos rumores racistas, diseminados en la prensa, las estaciones de radio, de hojas sueltas y volantes impresos, apelaban al miedo ancestral al negro para crear divisiones y confrontación. Apelaron al estereotipo del violador negro; por ejemplo, una hoja suelta en La Habana invitaba a estos a violar mujeres blancas y a forzarlas a procrear niños negros. El cartel estaba escrito de forma tal que sugería había sido confeccionado por negros; pero los partidarios de Grau denunciaron que sus autores reales eran “blancos reaccionarios” que querían destruir la revolución. Para apoyar sus imputaciones, los seguidores de Grau mencionaron el caso de Emilio Soto, jefe de la policía en Santiago de Cuba bajo el régimen de Machado, quien había distribuido volantes en la ciudad con el siguiente titular: “Los blancos tienen 24 horas para dejar Santiago”. Fueron distribuidos carteles que incitaban a la violencia racial también en los cuarteles del ejército: se invitaba a los negros a amotinarse para reparar injusticias anteriores.⁹⁴

Se usaron llamados a la violencia racial y la resurrección del viejo peligro negro para detener un movimiento revolucionario que amenazaba con transformar a Cuba. El populismo radical de la administración provisional de Grau se envolvía en un lenguaje de igualdad social y racial que atrajo el apoyo de los estratos sociales más humildes, de ahí la acusación de que Grau incitaba a una revuelta negra. La retórica política presentaba a la revolución como un nuevo episodio en las largas luchas por la independencia y la justicia social —la “nueva” Cuba sería la república “Con todos, y para el bien de todos” que Martí soñó. Como declaró Urrutia, el racismo persistió en Cuba precisamente porque la revolución por la independencia fue “frustrada” por la intervención extranjera y la traición de los líderes nacionales. La justicia racial se asociaba así al éxito de la revolución, y la contrarrevolución fue definida como la obra de “traidores, intervencionistas, y racistas”.⁹⁵

⁹³ La caricatura fue correctamente censurada por los intelectuales afrocubanos. Ver “¿Insidia?”, *Adelante* 12 (mayo de 1936), 10; Urrutia: “Armonías: serenidad”, *Diario de la Marina* (19 de abril de 1936).

⁹⁴ “Revolucionarios, ¡Alerta!”; “Cubanos, ¡Alerta!”; *Adelante* 4 (septiembre de 1935), 4; “Impresiones”, *Diario de la Marina* (27 de agosto de 1935).

⁹⁵ Urrutia: “Opresores”, 6-7; “Revolucionarios, ¡Alerta!”; José A. Plá: Carta a Urrutia en “Armonías”, *Diario de la Marina* (12 de febrero de 1934); ver también Directorio Social Revolucionario ‘Renacimiento’, “Manifiesto”, La Habana, 1934. ANC. Fondo Especial, leg. 10, no. 26.

El vínculo entre la revolución y la justicia racial era potencialmente explosivo. La participación afrocubana en la guerra por la independencia impidió su exclusión de la política republicana. Si el futuro social de los negros se basaba de algún modo en sus credenciales revolucionarias, entonces era necesario representar la revolución como un logro “blanco” para así minimizar el papel de estos en la nueva Cuba.

En estas condiciones se creó el mito de que “los negros” eran machadistas.⁹⁶ Como declaró el político conservador Enrique José Varona: “la raza negra ha sido indiferente al viacrucis sufrido por nuestra desdichada república durante la cruenta lucha para derrocar la tiranía machadista”.⁹⁷ En apoyo de esta invención fueron mencionados selectivamente varios hechos: los clubes afrocubanos ofrecieron un banquete majestuoso a Machado en 1928; varios políticos negros y mulatos fueron promovidos a posiciones de poder y visibilidad en la administración; el número de estos en el Congreso aumentó.

Se citó al mismo Machado cuando expuso que él permanecería en el poder con el apoyo de los negros y el ejército, y que el representante negro Aquilino Lombard estaba listo, supuestamente, para movilizar a más de 20 000 afrocubanos en defensa del régimen. Al resumir este punto de vista, un periodista explicó en un informe a la embajada norteamericana: “Naturalmente, con la caída de Machado, la persecución contra el negro era incuestionable. Era consecuencia del colapso del gobierno tiránico. En la provincia de Oriente, donde hay grandes masas de negros, la lucha fue más tenaz y encarnizada, entre el negro que deseaba mantener la posición que había ganado, y el blanco que venía a despojarlo de la misma. Es de notar también que aunque Arsenio Ortiz era mestizo, encontró cómplices en su propia raza para cometer 150 asesinatos [...] La oposición no encontró apoyo en las masas negras [...] Por otra parte, la policía tenía en las masas de negros a sus mejores soplones y a los defensores más resueltos del régimen”.⁹⁸

Esta explicación ignoraba que los líderes de los partidos políticos principales, que colaboraron con Machado hasta el final de su régimen, eran blancos mayoritariamente. También ignoraba que el ejército, acusado por la comisión de numerosas atrocidades, estaba bajo el mando de oficiales blancos. La prensa destacó el caso de Arsenio Ortiz, *El*

⁹⁶ Lumen: *La revolución cubana*, 238-239; Ricardo Riana Jaumá: “Sargento Vasconcelos” y Manuel Machado: “Coronel Jaumá”, ambos en *Alma Máter* (10 y 17 de diciembre de 1933).

⁹⁷ Citado por Ernesto Pinto Interián: “El torno a la convención de sociedades”, *Adelante*12 (mayo de 1936), 11.

⁹⁸ “Memo: Racial Problem of Cuba”.

Chacal, como el prototipo de la represión y la barbarie; pero en una “galería de asesinos”, publicada por *Bohemia* el 20 de agosto de 1933, 15 de los 16 de la lista eran blancos.

La creación de esta leyenda era necesaria también por otra razón. La raza no solo estuvo en el centro de la crisis social debido a grupos políticos, como los comunistas o los nacionalistas de Grau; los afrocubanos de diferentes estratos sociales vieron la revolución como una oportunidad para revertir su subordinación tradicional y se movilizaron. Mientras, los obreros negros participaron en las luchas sociales fundamentalmente en los sindicatos, la *intelligentsia* afrocubana intentó, una vez más, articular una voz autónoma.

A la cabeza de estos esfuerzos se encontraban varios jóvenes intelectuales negros que criticaron la dirección tradicional de las sociedades afrocubanas por su subordinación a Machado. En algunas regiones, como Santa Clara, se crearon “comités revolucionarios” para la reorganización de las sociedades negras. Estos comités, que se autodefinieron como “juventud revolucionaria”, incriminaron a la dirección de esos clubes por contribuir a la creencia de que Machado disfrutaba del apoyo de las masas negras, a pesar de que “la juventud” luchó contra el tirano.

Por eso procedieron a “arrasar [...] con los elementos directrices” de las sociedades, cuya asociación con el régimen había sido demasiado estrecha. Para llevar a cabo la “limpieza” —declaró el comité de Santa Clara—, los jóvenes tomaron el control de las instituciones “revolucionariamente”.⁹⁹ El club Atenas de La Habana también fue criticado fuertemente por sus pretensiones “aristocráticas” y por sus vínculos con la dictadura.¹⁰⁰

El impulso renovador no se detuvo en la reorganización o censura de los clubes. Se establecieron nuevas sociedades, identificadas con el programa nacionalista de la revolución, y se hicieron esfuerzos para coordinar las actividades de todos los clubes y constituir una federación nacional. El Directorio Social Revolucionario Renacimiento y el club Adelante ejemplifican el tipo de organizaciones afrocubanas que surgieron después de la caída de Machado. Creado en 1933, Re-

⁹⁹ Comité Revolucionario Pro-Reorganización de Sociedades Negras: “A las autoridades y pueblo en general”, Santa Clara 1933. ANC, Fondo Especial, leg. 4, no. 129; Directorio, “Manifiesto”. Acerca del papel de la juventud afrocubana en “la revolución”, ver Serapio Páez Zamora: “La misión revolucionaria de la juventud negra”, *Adelante* 16 (septiembre de 1936), 8.

¹⁰⁰ Directorio: “Manifiesto”; Arredondo: “Un ihurra! por Adelante”, *Adelante* 24 (mayo de 1937), 7-8.

nacimiento se autodescribía como un “sector revolucionario desligado de toda maquinaria política” y cuyo principal objetivo era lograr “el respeto y consideración que merece en nuestro país el hombre de color cubano”. Ambos, Renacimiento y Adelante, advirtieron que no promovían “campañas raciales”, pero declararon que representaban las aspiraciones legítimas de los afrocubanos. Para que la revolución fuera real, las nuevas sociedades, subrayaron, era preciso “dignificar” a la población cubana de color. A un nivel más concreto, Renacimiento exigió que todos los partidos políticos incluyeran una representación proporcional de hombres y mujeres negros en todos los cargos.¹⁰¹

La situación de las mujeres afrocubanas era otra preocupación de estas sociedades. Los líderes de los clubes afrocubanos habían buscado, tradicionalmente, circunscribir el papel de las mujeres al trabajo benéfico y a la organización de los “comités de damas”. A finales de 1933, sin embargo, las condiciones cambiaron: después de años de luchas, las mujeres tenían el derecho a votar y a ser elegidas para cargos. De esta manera, Renacimiento llamó a los clubes a incorporar a las mujeres en todas sus actividades. Adelante condenó la discriminación sexual y advirtió que la subordinación basada en el sexo y la raza estaban relacionadas y eran bastante similares. Las mujeres afrocubanas se movilizaron ellas mismas; en el otoño de 1933 organizaron varios comités “para la defensa de las mujeres” y presionaron a sus propias instituciones para su participación y aceptación.¹⁰²

Renacimiento y Adelante tenían una visión común sobre la necesidad de unificarse y coordinar los esfuerzos de las sociedades en un movimiento nacional. En 1916, la tarea de crear una federación nacional no resultó, tal como ocurrió también en 1928, cuando la Sociedad Benéfica Santa Eugenia, de La Habana, organizó un congreso provincial con poco éxito.¹⁰³ Pero en 1933 la idea ganó algún apoyo. En el complejo ambiente creado por la caída de Machado, la unión de las sociedades afrocubanas dentro de algún tipo de federación, representaba una clara estrategia para consolidar la posición de los negros en la nueva Cuba en construcción. Algunos intelectuales negros, como los periodistas Pedro Portuondo Calás, Ramiro Cuesta y Pastor de Albear hablaron de nuevo en nombre de “la juventud”, y celebraron en el otoño de 1933 una convención “interprovincial” de sociedades de La Habana

¹⁰¹ Directorio: “Manifiesto”; “La Asociación Adelante”, *Adelante* 1 (junio de 1935), 3.

¹⁰² Calixta Hernández de Cervantes: “Feminismo” *Adelante* 2 (julio de 1935), 14; Raúl Suárez Mendoza: “A la mujer cubana” y “La mujer pinareña”, *Ahora* (20 y 21 de octubre de 1933).

¹⁰³ “Ocho sociedades... representadas”, *Diario de la Marina* (7 de mayo de 1928).

y Santa Clara. Esta convención designó una comisión preparatoria para la reunión nacional. Renacimiento apoyó estos esfuerzos, y argumentó que las demandas de los negros no serían atendidas si ellos no creaban un “frente social” único. Adelante envió a un delegado a la reunión y usó su revista para llamar a la unidad.¹⁰⁴

Debido a la situación política caótica del país, no fue hasta finales de 1935 y principios de 1936 que se celebraron algunas de las convenciones provinciales. La unidad, sin embargo, no se lograría fácilmente. Algunas de estas convenciones fueron criticadas por ser un simple proceso de inscripción de delegados, sin la discusión seria de los problemas que afectaban a la población negra. La representatividad de las federaciones provinciales —afirmó *Adelante*— también fue cuestionada por la mayoría de los afrocubanos que no estaban asociados a ningún club. Además, algunas sociedades interpretaron este movimiento como otra maniobra política oportunista y se negaron a participar.¹⁰⁵

El programa de la Convención Nacional de Sociedades Cubanas de la Raza de Color (1936) reflejaba estas tensiones. Era suficientemente amplio para atraer a diversos sectores de la población, pero era tan general que su implementación requeriría una revisión profunda de la política republicana. El programa proponía varias reformas constitucionales, la reorganización de la economía, en particular en el campo, la protección de los obreros nativos, una reforma del sistema escolar público, así como recomendaciones en el área de la salud pública que incluía la persecución de “todas las formas de curanderismo”, aun cuando muchos de estos curanderos eran afrocubanos. Solo dos de los acuerdos de la Convención se referían específicamente a la raza: el primero solicitaba que la futura constitución estableciera que todos los empleos en la administración pública fueran distribuidos “atendiendo a la formación etnográfica de la población cubana en cada provincia, región o ciudad;” el otro pedía sanciones concretas contra cualquier privilegio de “clase, sexo o de raza”.¹⁰⁶

El asunto de la representación proporcional de los negros en la administración pública, del cual Renacimiento también se hizo eco,

¹⁰⁴ Raúl Suárez Mendoza: “La convención de sociedades”, *Ahora* (20 de octubre de 1933); “La convención”, *Adelante* 10 (marzo de 1936), 3; Pinto Interián: “En torno a la convención”, 11.

¹⁰⁵ “Iniciativas plausibles”, *Adelante* 17 (octubre de 1936), 3; Dictinio Polanco Bidart: “Réplica al Dr. Pinto”, *Adelante* (mayo de 1937), 20.

¹⁰⁶ Convención Nacional: *Programa*, 3-15. Sobre las discusiones alrededor de este programa, ver Pastor de Albear: “La convención” y las respuestas de Urrutia: “Orientación”, “Aclaraciones” y “Complemento jurídico”, todos en *Diario de la Marina* (febrero 14, 16, 18 y 19 de 1936).

era una de las preocupaciones centrales de un partido político poco conocido, creado en La Habana en 1933: la Asociación Nacional Revolucionaria y Partido Asteria. En contraste con Adelante, Renacimiento y asociaciones similares, Asteria aparece en los registros oficiales como un partido político que buscaba “apoyar al gobierno que resultó del golpe revolucionario del 4 de septiembre”.

El grupo no se definía en términos raciales, pero sus líderes principales eran negros —su primer vicepresidente fue Pastor de Albear, uno de los organizadores de la convención nacional de sociedades afrocubanas— y el partido apoyó la distribución proporcional de todos los trabajos y puestos “entre las dos grandes porciones étnicas que conforman la sociedad cubana”. Estos dos elementos hicieron que el grupo fuera descrito como un partido negro. Urrutia se refirió a este como “una sociedad secreta de negros”, organizada en respuesta a grupos similares entre los blancos.¹⁰⁷ Si Asteria no generó las mismas controversias que envolvió al Partido Independiente de Color 20 años antes, es porque el partido nunca logró establecerse nacionalmente y tuvo una vida política muy breve. En los comicios de 1935 se registró como un partido municipal en La Habana y apoyó la candidatura de Antonio Beruff Mendieta para alcalde, pero no consiguió los 3 700 votos requeridos.¹⁰⁸ Algunos de sus líderes, como Albear, ingresaron en otros grupos, fundamentalmente en el recién creado Partido Revolucionario Cubano Auténtico (PRCA) de Grau San Martín.

El ejemplo de Asteria también demuestra que cualquier intento de movilización de forma autónoma sería impugnado por muchos blancos e incluso por negros, sin importar demasiado la importancia del intento. En diciembre de 1933, una bomba estalló en la sede de la asociación.¹⁰⁹ Este no era un hecho aislado. En respuesta a la participación afrocubana en las diversas formas de movilización popular, que caracterizaron la situación revolucionaria después de la caída de Machado, se lanzó una campaña sistemática de violencia racial contra los negros y sus organizaciones. Junto a Asteria, que desde luego no tenía vínculo alguno con el régimen anterior, los clubes más importan-

¹⁰⁷ Asteria Nacional Revolucionaria, La Habana, 1933. ANC, Registro de Asociaciones, leg. 289, no. 8239; “Asteria pide una cooperación” y “Los dirigentes de Asteria”, *Alma Máter* (5 y 10 de diciembre de 1933); Urrutia: “Armonías”, *Diario de la Marina* (13 de mayo de 1933).

¹⁰⁸ H. Freeman Matthews al secretario de Estado, La Habana, 24 de julio de 1935. USNA, RG 84/800/3689; “Los concejales electos”, *Diario de la Marina* (25 de febrero de 1936).

¹⁰⁹ “Una bomba en Asteria”, *Alma Máter* (28 de diciembre de 1933).

tes de La Habana sufrieron atentados similares: el club Atenas, Unión Fraternal, Jóvenes del Vals y Sol de Occidente. También fueron atacados Minerva, la sociedad afrocubana más importante de Cienfuegos y Bella Unión en Santa Clara.¹¹⁰

Estos sabotajes estaban probablemente relacionados con la formación, en septiembre de 1933, de un nuevo Ku Klux Klan Kubano. Organizado como una sociedad secreta basada en el modelo norteamericano, los miembros del KKKK defendieron abiertamente las doctrinas racistas de la supremacía blanca y promovieron el odio racial contra los afrocubanos. Los voceros de la organización rechazaron rotundamente la noción de que Cuba fuera una nación mestiza y abogaron por la segregación racial en la Isla.

Su primer manifiesto público describió la Revolución de 1933 como un asalto negro a la sociedad blanca y llamó a la formación de un “gran ejército de defensa racial” contra ellos: “El negro ahora con insolencia inaudita [...] se ha ido extendiendo como una plaga maligna, reclamando derechos que lo han llevado a la exageración, *Como la posesión de la mujer blanca*. Nuestros hermanos de Santiago de Cuba han sido las primeras víctimas de este atropello. La enorme proporción de negros en aquella provincia los ha incitado a exigir [...] su entrada en los balnearios, llegando su osadía a conminar a los blancos para que en el plazo de setenta y dos horas abandonaran la ciudad. Ante este difícil problema [...] la población blanca se ha visto obligada a alzar su protesta respaldándola, si preciso fuera, con la fuerza y a ese fin se agrupa, no solo para defender sus derechos únicos, sino para conservar el principio *moral* que siempre fue la base y orgullo de la Sociedad Cubana [blanca]”. Para enfatizar que los negros no merecían lugar especial alguno en la nueva Cuba, el manifiesto se refirió también al supuesto apoyo a Machado, afirmando que los negros constituyeron “una de las columnas más fuertes” de ese régimen.¹¹¹

Como expresaba el manifiesto del KKKK, la cuestión del “lugar” de los afrocubanos en la sociedad cubana a veces adquirió la forma de conflictos en el acceso a los espacios sociales segregados, como

¹¹⁰ “Una bomba... en el Club Atenas”, “Al pueblo de Cuba” y “Cuatro bombas”, todos en *Ahora* (14 y 16 de noviembre, 5 de diciembre de 1933); Comité Central del PCC: “Al país”, La Habana, 6 de abril de 1936. ACN, Fondo Especial, leg. 5, no. 193.

¹¹¹ “El Ku Klux Klan Kubano”, *Diario de la Marina* (30 de octubre de 1933), citado por Fernández Robaina: *El negro en Cuba*, 135; K.K.K.K., “Boletín No. Uno: Cubanos blancos a defendernos”, 30 de septiembre de 1933. USNA, RG 84/800/176. Ver también Lumen: *La revolución cubana*, 238-239.

las playas privadas de Santiago de Cuba. El incidente más conocido ocurrió en enero de 1934 en Trinidad, cuando un grupo de transeúntes blancos y negros se enfrentaron por haber traspasado estos últimos “la sección blanca” del parque Céspedes. En este aspecto, Trinidad no era una excepción: muchos parques en las provincias de Las Villas y Camagüey estuvieron segregados tradicionalmente.

Para algunos afrocubanos, la revolución significó una oportunidad de desafiar estas y otras tradiciones racistas pues —como declaró Urrutia— la esencia de la revolución era la erradicación de todos “los vicios” republicanos.¹¹² Sin embargo, ni los vicios ni las tradiciones serían erradicados con facilidad. Cuando alguien descrito como “mestizo” entró en la sección blanca del parque en Trinidad fue atacado por un ciudadano blanco. El incidente degeneró rápidamente en lucha callejera. Según testigos y reportes de prensa diversos, la policía —que había anticipado el problema y pedido a las sociedades afrocubanas que respetaran la costumbre local— abrió fuego, e hirió a varias personas blancas. Esto, a su vez, generó una reacción violenta entre algunos residentes blancos, los cuales procedieron a saquear y destruir varios negocios propiedad de afrocubanos y uno de ellos, Justo Proveyer, fue “linchado”.¹¹³

Como en ocasiones anteriores durante la república, los parques ubicados en el centro de los pueblos, se convirtieron en sitios de confrontación entre distintos grupos sociales por el acceso y control de los espacios públicos. Estos conflictos se agudizaron —explicaba un observador norteamericano— después de la caída de Machado: pues “los negros de la calle” desarrollaron “una actitud impertinente e irrespetuosa”.¹¹⁴ Según los comunistas, episodios de violencia racial similares a los de Trinidad tuvieron lugar en otras localidades, como Alquizar, Placetas y Güines. En Cienfuegos, donde las tensiones raciales se calificaron de muy altas, la violencia en vísperas de año nuevo se evitó solo después que la policía emplazó una ametralladora en el parque Martí y prohibió a los negros pasear por este.¹¹⁵

¹¹² Urrutia: “Armonías”, *Diario de la Marina* (1 de febrero de 1934).

¹¹³ “Cómo se desarrollaron los lamentables sucesos” y “Trinidad”, *Heraldo de las Villas* (6 y 13 de febrero de 1934); “Los sucesos de Trinidad” y “En Trinidad no hay problemas de raza”, *La Correspondencia* (13 y 21 de febrero de 1934); Hernández Llórens: “Notas”, 364-365.

¹¹⁴ Hernan Vogenitz: “Cienfuegos Political Report”, 2 de julio de 1935. USNA, RG 84/800.

¹¹⁵ Jesús Plasencia: “Hitler en Trinidad?”, *Aurora* 13:3 (marzo de 1934), 5; Comité por los Derechos del Negro, “Manifiesto”, La Habana, 16 de febrero de 1934. ANC, Fondo Especial, leg. fuera, 7-37; Knox Alexander a Samuel S. Dickson, Cienfuegos, 2 de enero de 1934. USNA, RG 84/800.

Esta prohibición significaba para los afrocubanos no solo que el racismo estaba vivo en la Isla, sino también que, a pesar de toda la retórica revolucionaria, las autoridades locales estaban dispuestas a sacrificar el ideal de la igualdad en aras de mantener el orden social de la vieja Cuba. A partir de enero de 1934, cuando el ejército derrocó al gobierno de Grau, el momento revolucionario comenzó a perder intensidad. La nueva administración, encabezada por Carlos Mendieta, líder del Partido Unión Nacionalista, secundada por Batista y bendecida por la embajada de los Estados Unidos en La Habana, representaba el principio de una reacción contrarrevolucionaria.

De acuerdo con las prácticas establecidas en el quehacer político republicano, Mendieta nombró a algunos afrocubanos destacados en posiciones gubernamentales, e hizo caso omiso a sus demandas de justicia.¹¹⁶ La respuesta del gobierno a la violencia racial en Trinidad es un buen ejemplo. El alcalde de la ciudad, Herman Patterson, fue sustituido, pero no recibió sanción alguna. Igualmente, al supervisor militar de Trinidad lo transfirieron a otra posición y permaneció impune. Por si fuera poco, en octubre de 1934, Patterson fue nombrado alcalde nuevamente. Fue solo después de una ola de protestas —liderada por el Comité por los Derechos del Negro, de inspiración comunista, y del Frente Unido de Sociedades Negras— que lo obligaron a renunciar.¹¹⁷

Pero este era un éxito menor. El nuevo ambiente no era favorable a la movilización afrocubana, pues después de 1934, el Estado cubano se opuso a cualquier forma de movilización popular. Las luchas de clases continuaron con el cambio gubernamental —las profundas contradicciones que tenía la sociedad cubana no habían sido resueltas—, pero el ejército estaba ahora del lado de la represión y el “orden”. Un decreto presidencial —Decreto-ley 51 “Para la defensa de la república”— simbolizó este cambio político: declaró ilegal cualquier organización que amenazara el orden establecido por “razones sociales, proletarias, raciales o políticas” y creó los Tribunales de Defensa Nacional, encargados

¹¹⁶ Al menos 2 de los 15 miembros del Consejo de Estado, un cuerpo con funciones legislativas, eran negros: el Dr. Oscar Edreira, entonces presidente de Atenas, y el Dr. Nicasio Silverio. Ver H. Freeman Matthews al secretario de Estado, La Habana, 24 de enero de 1935. USNA, RG 84/803/2498.

¹¹⁷ Comité por los Derechos del Negro: “Manifiesto”; “Detenida el hacha”, *Bandera Roja* (26 de noviembre de 1934); Matthews al secretario de Estado, La Habana, 31 de octubre de 1934. USNA, RG 84/800/1757; “En Trinidad”, *Diario de la Marina* (8 de noviembre de 1934); “Mayor Protested by Negroes Quits”, *Havana Post* (8 de noviembre de 1934).

de sancionar estas actividades en un proceso sumario.¹¹⁸ En marzo de 1935, cuando la CNOC lanzó su última ofensiva revolucionaria en una huelga general masiva, se hizo evidente que la correlación de fuerzas había cambiado. Aunque la huelga involucró a casi 200 000 obreros, el movimiento fue reprimido violentamente. Las organizaciones que la secundaron fueron disueltas, sus líderes encarcelados, asesinados, u obligados a buscar refugio en el exilio.¹¹⁹ Las fuerzas sociales que tenían una visión radical de la nueva Cuba habían sido derrotadas a mediados de 1935.

Este ambiente no fue favorable para los intelectuales afrocubanos que intentaban organizar una voz autónoma. El éxito de dichos intentos estaba íntimamente vinculado a la suerte de la revolución nacionalista, y en 1935, la revolución había sido derrotada. Así, cuando los clubes afrocubanos se reunieron para celebrar sus convenciones provinciales en el otoño de 1935 e inicios de 1936, inmediatamente fueron calificados de “racistas” y considerados una amenaza a la estabilidad política y el orden social. La celebración de estas reuniones, en Las Villas, coincidió con el descubrimiento de una inmensa “conspiración racial”, que supuestamente involucraba a los líderes de los clubes más importantes de Cienfuegos, como Minerva y Antonio Maceo. Según informes policíacos locales, algunos de sus miembros pertenecían a un movimiento revolucionario negro con centros en La Habana, Santa Clara e incluso en los Estados Unidos; esta acusación fue refutada en Cienfuegos públicamente.¹²⁰ Como en ocasiones anteriores, los rumores se basaban en evidencias de dudosa credibilidad; pero en esta ocasión, arrestaron a varios ciudadanos negros prominentes en Cienfuegos y despidieron a 3 afrocubanos del cuerpo de la policía local.¹²¹

¹¹⁸ Caffery al secretario de Estado, La Habana, 7 de marzo de 1934. USNA, RG 84/800/210. Urrutia, sin embargo, observó que el decreto podía ser utilizado para también combatir “la negrofobia”. Ver su “Armonías”, *Diario de la Marina* (14 de marzo de 1934).

¹¹⁹ Solo en La Habana, 18 sindicatos secundaron la huelga. El secretario general de la CNOC, César Vilar, fue al exilio; el nuevo líder de la organización, Lázaro Peña, fue encarcelado en 1936. Ver “Sindicatos” y “14 gremios”, *Diario de la Marina* (19 y 21 de marzo de 1935); “Ocupan documentación roja”, *El Avance* (13 de mayo de 1936).

¹²⁰ “Varias detenciones”, “Oportunas declaraciones... de Minerva”, “Albores Club” y “Los elementos de color”, todos en *La Correspondencia* (13-17 de febrero de 1936).

¹²¹ Partido Comunista de Cuba: “Al país”, La Habana, 6 de abril de 1936. CNC, Fondo Especial, leg. 5, no. 193; “La nota del día”, *La Discusión* (20 de febrero de 1936).

El nuevo ambiente era desfavorable, además, porque en la administración de Mendieta estaba representado el ABC, organización antimachadista secreta, que había sido denunciada frecuentemente por sus posiciones racistas. La base social principal del ABC incluía a hombres de negocios, comerciantes y empleados —“elementos sustanciales”, como los describió un contemporáneo—, entre los cuales los negros estaban por supuesto mal representados. Los comentaristas de la política cubana coincidían también en que la proporción de negros en las reuniones del ABC era muy baja.¹²²

La percepción de que esta era una organización racista fue reforzada además porque uno de sus líderes principales, el intelectual Jorge Mañach, defendió públicamente la necesidad de que los negros se perfeccionaran como una condición previa para su participación plena en la vida nacional; posición que varios intelectuales afrocubanos criticaron fuertemente. Además, aunque el partido profesaba no “hacer distinciones entre los cubanos con manos blancas y cubanos con manos negras”, su programa no incluía una sola alusión a los negros o a la llamada cuestión racial.¹²³

Este silencio, observaron algunos de sus críticos, indicaba su desprecio hacia ellos. Lo que el programa sí propugnaba era la limitación del sufragio según la escolaridad; posición que sus críticos caracterizaron como “aristocrática” y “fascista”.¹²⁴ El periodista afrocubano Vasconcelos describió al ABC no como un partido, sino como una “fobia”. Los comunistas lo acusaron de instigar el odio racial y la violencia contra los negros; acusación que el novelista Jesús Masdeu apoyó públicamente. Y un escritor contemporáneo fue aun más lejos cuando señaló que la columna vertebral del Ku Klux Klan Kubano estaba formada por miembros de ABC.¹²⁵

¹²² Vogenitz: “Fortnightly Political Report”, Cienfuegos, 9 de agosto de 1935. USNA, RG 84/800; Arthur Dukes a J. Butler Wright, Nuevitas, 3 de octubre de 1937. USNA, RG 84/800; Matthews al secretario de Estado, La Habana, 18 de junio de 1934. USNA, RG 84/800/678.

¹²³ “El A.B.C. y los cubanos de color” y “El ABC”, *Diario de la Marina* (2 de agosto de 1933 y 6 de julio de 1934). Ver también el manifiesto del ABC incluido en Matthews al secretario de Estado, La Habana, 30 de junio de 1934. USNA, RG 84/800/776.

¹²⁴ ABC: *El ABC*, 35. Para un análisis del ABC que es evidentemente favorable al partido, ver Aguilar: *Cuba 1933*, 118-121.

¹²⁵ Matthews al secretario de Estado, La Habana, 22 de noviembre de 1934. USNA, RG 84/800/1964; “La CNOG”, *Ahora* (18 de junio de 1934); “The Anaesthesia of Imperialism” [traducción de un artículo de Mella, septiembre de 1933] en USNA, RG 84/800B/132; Lumen: *La revolución cubana*, 239.

Sin embargo, ni Mendieta y su partido Unión Nacionalista, ni el ABC estaban en posición de determinar el futuro de Cuba y el destino de la agenda nacionalista de 1933. El ejército era quien tenía el control. La embajada norteamericana, que Batista visitó el 5 de septiembre (solo un día después del golpe), comprendió que el ejército era la única institución que podía evitar el peligro de la revolución social y ofreció su reconocimiento y legitimidad a las nuevas autoridades militares, a cambio de un gobierno más dócil a los intereses de los Estados Unidos, como el de Mendieta. Batista, no obstante el carácter ilegítimo de su poder y su origen racial, fue identificado como la única fuente de autoridad real en la Isla. Aunque muchos blancos adinerados nunca lo aceptaron por completo como uno de los suyos, a mediados de la década de 1930, la élite doméstica comprendió que él era el menor de dos males y saludaron sus esfuerzos de ahogar la movilización popular.¹²⁶

El ascenso de Batista al estatus de hombre fuerte de Cuba tenía implicaciones raciales importantes, pues —como decía el embajador Welles— la dirección de las fuerzas armadas y el poder gubernamental real estaban ahora en manos de un mulato con mezcla de chino. Para legitimar a Batista era necesario destacar no solo sus cuestionables habilidades militares y políticas, sino también modificar su origen racial. Como ocurrió antes con los héroes afrocubanos Antonio Maceo y Jesús Rabí a inicios de la república, la transformación racial de Batista se logró descubriendo su raíz “indígena”; de hecho, sus amigos íntimos después lo llamaban “el indio”.¹²⁷

La necesidad de reinventar la raza de Batista fue resumida con un candor insuperable por el agregado militar de los Estados Unidos en La Habana: “Ha sido imposible determinar definitivamente los antecedentes de Batista [...] Ahora estoy muy inclinado a creer que Batista es de extracción chileno-india o chileno-mexicana, y no como se creyó inicialmente, medio negro y con un cuarto de chino. Yo considero esto importante porque el chileno-indio o el chileno-mexicano es más valeroso, sagaz y astuto que el mestizo de negro-chino-cubano”.¹²⁸

Batista resultó estar bien dotado de valor, sagacidad y astucia. Aunque en 1935 se celebraron elecciones generales, después del fracaso de la huelga general de marzo, Batista y el ejército mantuvieron

¹²⁶ Caffery al secretario de Estado, La Habana, 25 de junio de 1934. USNA, RG 84/800/732.

¹²⁷ Felipe Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (22 de noviembre de 1951)

¹²⁸ T. N. Gimperling: “Batista’s Control of Troops” y “Who’s Whoon Commissioned Personnel”, La Habana, 24 de octubre y 15 de noviembre de 1933. USNA, RG 165/2012/132-133.

el poder real en Cuba. Cuando en 1936, el presidente electo Miguel Mariano Gómez —hijo del caudillo liberal José Miguel Gómez— se opuso a la intromisión del ejército en los asuntos civiles, fue recusado por el Congreso. Como afirma Pérez-Stable: “después de 1936, la vieja clase política nunca intentó conquistar el poder de nuevo”.¹²⁹ Una vez consolidada su autoridad, Batista comenzó a hacerse de una base social que no se limitó al ejército. A los inversionistas les ofreció orden y estabilidad. A los dirigentes políticos tradicionales y recientes, la oportunidad de participar pacíficamente en la política electoral. A los sectores populares que él mismo reprimió, les ofreció amnistía política y reformas sociales. Él mismo era un producto de la llamada revolución, y en 1937 se apropió de la agenda reformista de inicios de la década del 30 y se proclamó como un populista radical, que se preocupaba por el destino de los obreros, los campesinos y los desposeídos.

Su Plan Trienal incluía una buena parte de las demandas que definían la agenda revolucionaria de la década del 30: protección a los obreros, distribución de tierras, esfuerzos educacionales masivos en las áreas rurales, y la expansión de un sistema de salud patrocinado por el Estado.¹³⁰ Con este ambicioso plan hizo suyo el programa reformista de los revolucionarios auténticos de Grau —su adversario político más temido— para proclamarse como la encarnación de la Revolución de 1933. Esta metamorfosis, de coronel de ejército a demócrata, se complementó con una amnistía general en 1937, la legalización del Partido Comunista y la CNOC, y los preparativos para una convención constituyente y elecciones presidenciales en 1940.

Aunque a finales de la década del 30, la promesa de una nueva Cuba no se había realizado, esta era aún popular y políticamente atractiva. La vieja Cuba, con sus dos partidos dominantes y su Enmienda Platt había perecido, aunque ni los liberales y conservadores, ni la influencia de los Estados Unidos en los asuntos cubanos desaparecieron. Múltiples grupos políticos, desde el radical Partido Comunista, hasta el populista Partido Revolucionario Auténtico y el conservador ABC, se prepararon para competir por el apoyo popular y el control del movimiento obrero organizado en un sistema político ferozmente competitivo.¹³¹

¹²⁹ Pérez-Stable: *The Cuban Revolution*, 42.

¹³⁰ Cuba: *Plan Trienal*. Para un balance favorable del trabajo de Batista ver Cabús: *Batista*. Para un resumen crítico del período, ver Pérez: *Cuba*, 277-279.

¹³¹ Un buen indicador de la importancia del movimiento obrero es la proporción de leyes y decretos laborales en el número total de regulaciones. Dicha proporción creció sostenidamente después de 1933. Para un excelente análisis, ver Domínguez: *Cuba: Order and Revolution*, 87-89.

Por su parte, la creciente importancia política del movimiento sindical fue un indicador de la importancia de las “clases” en las luchas sociales y políticas de la segunda república. La revolución social fue derrotada, pero sus ideales permanecían vivos. Las demandas populares a principio de los 30 y la retórica de una nueva Cuba habían sido incorporadas a los programas de todos los partidos, cualquiera que fuera su afiliación. Si la nueva Cuba finalmente nacía dependía, en no pequeña medida, de la naturaleza y composición de la convención constituyente. Como a inicios del siglo, la batalla culminante de una revolución nacida en medio de la violencia política y el conflicto social, tendría lugar en los corredores del Congreso.

6. El Estado y la igualdad racial

“La verdadera revolución, si por fin la hay, debe producirse en la Constituyente”.

José Armando Plá: Carta a Gustavo Urrutia, 1934.

“Los hombres negros aspiramos a que la democracia vaciada en la Constitución, no sea una mera fórmula, sino imperiosa realidad [...] Hasta tanto esa Ley [contra la discriminación] no se apruebe, no estará cabalmente garantizada la igualdad de que trata la Constitución”.

Evelio Chen: Discurso en el Club Atenas, 1951.

“La primera entidad racista cubana es el Estado”.

Aquilino Lombard Thorndike: Propuesta al Senado, 1955.

La necesidad de convocar a una nueva convención constituyente había sido un tema destacado en el debate político desde la caída del machadato. La Constitución de 1901 fue burlada por las modificaciones espurias llevadas a cabo por Machado en 1928 para extender su período de gobierno y estaba “permanentemente estigmatizada”, como señala Louis A. Pérez, por la Enmienda Platt y por la ineficacia y corrupción de las instituciones republicanas.¹ Una nueva Cuba requería una nueva constitución.

Varios factores facilitaron la realización de la convención constituyente a finales de los años 30. La movilización obrera y la violencia revolucionaria disminuyeron después de 1935 y las prácticas electorales se restablecieron parcialmente, pero la intromisión del ejército en los asuntos civiles no era aceptada por los miembros de la clase política, quienes exigían un retorno a la normalidad constitucional. Agotados después de largos años de confrontación clasista y represión, incluso los grupos más radicales, como los comunistas y los revolucionarios auténticos de Grau San Martín veían la posibilidad, en una nueva constitución, de reinsertarse en la política cubana y salvar algunas de las medidas

¹ Pérez: *Cuba*, 281.

populares que, bajo presión, varios gobiernos aprobaron en la década del 30. Además, solo una constitución daría un sentido de permanencia y seguridad a la fecunda legislación social de la década, la cual había sido aprobada por gobiernos inestables de dudosa legitimidad. Para los sectores más progresistas, la convención constituyente proporcionaba una oportunidad de legislar la nueva Cuba, que la movilización popular no logró llevar a cabo. Para las fuerzas de la vieja Cuba, la convención representaba una oportunidad de limitar las conquistas populares, haciéndolas tan abstractas como fuera posible.

El ascenso y expansión del fascismo en Europa reforzaron más aún la percepción de que las instituciones democráticas tenían que ser consolidadas en la Isla. La polarización que el fascismo generó entre la democracia liberal y el totalitarismo halló eco en Cuba, donde varios grupos profascistas se organizaron a finales de la década de 1930, incluyendo un partido nazi.² Contrarrestar la propaganda fascista y el peligro nazi se convirtió en la máxima prioridad de los movimientos políticos progresistas y liberales, que incluía a los comunistas. En 1935, el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista (Comintern) identificó la lucha contra el fascismo como la meta principal del movimiento e instruyó a los partidos comunistas que se asociaran con otros grupos, y crearan los llamados “frentes populares”. Al igual que en los Estados Unidos, los comunistas cubanos ya aplicaban esta estrategia antes de la realización de este congreso y continuaron haciéndolo durante la década del 30 y después.³ Junto a otros grupos, los miembros del Partido Comunista demandaron una amnistía general, apoyaron la lucha de los republicanos españoles y condenaron la invasión italiana de Abisinia (Etiopía). A finales de la década, el partido desarrolló habilidades considerables en la creación

² Willard Beaulac: “Weekly Summary”, Habana, 15 de octubre de 1938. USNA, RG 84/800/1219. Otras organizaciones fascistas eran las siguientes: Afirmación Nacional, creada en 1934 por hombres de negocios españoles, dirigido por José Rivero, editor del *Diario de la Marina*; Falange Española, organizada en 1938 también por propietarios españoles; y la Legión Nacional Revolucionaria Sindicalista, la cual hacía propaganda fascista en los círculos laborales. Departamento de Estado: “Anti-American Domestic Groups in the Other American Republics”, Washington, DC, 26 de febrero de 1943. USNA, RG 84//820.02. Sobre el fascismo en Cuba, ver Naranjo Orovio: *Cuba: otro escenario*.

³ Un concreto ejemplo de alianzas tempranas con otros grupos es el del Comité por los Derechos del Negro, creado por los comunistas después del linchamiento de Proveyer en Trinidad (ver Capítulo 5). Para los Estados Unidos, Ver Ottanelli: *The Communist Party*, 49-80.

y manejo de coaliciones con otros grupos, y estaba preparado para participar de lleno en el sistema político electoral. Como manifestó Eric Hobsbawm: el fascismo creó una situación histórica excepcional en la que alianzas improbables se hicieron posibles.⁴

El fascismo también reforzó la importancia de la raza en la configuración de una nueva Cuba, pues la Alemania nazi representaba los horrores del racismo y la represión obrera, así como la eliminación de las libertades democráticas. Los intelectuales afrocubanos comprendieron que la lucha contra este también era una lucha contra el racismo. De ahí la afirmación de Urrutia: “Es bueno y necesario que el negro cubano se haya manifestado, se manifieste y siga manifestándose como tal negro [...] en pro de la democracia [...] y contra el nazi-fascismo y el falangismo”.⁵ Los activistas afrocubanos llamaron a la “unidad nacional” contra el “archirracismo” de Hitler y advirtieron que, con el fascismo “a las puertas”, una constitución democrática era indispensable para que Cuba sobreviviera como nación.⁶

El tema racial también era un aspecto central en la elaboración de un nuevo orden constitucional porque, como era el caso con otras demandas populares, el proyecto de una nueva Cuba, racialmente igualitaria, seguía siendo una promesa incumplida de la revolución. A las quejas generales contra la Constitución de 1901, los afrocubanos añadían otra: el principio abstracto de la igualdad legal había sido con frecuencia letra muerta en la práctica. La convención constituyente era considerada como una oportunidad —quizás, la oportunidad— para legislar con efectividad la igualdad de derechos para los negros, tipificar su discriminación como un crimen, y eliminar efectivamente el racismo de la Isla. “Porque no basta —afirmó Nilo Zuásnabar, secretario general de la Federación de Sociedades de la Raza de Color de La Habana— decir ‘todos los cubanos son iguales ante la ley’, sino que es preciso señalar expresamente el grado de responsabilidad en que se incurre cuando cualquier persona natural o jurídica [...] ose actuar de manera distinta”.⁷ Algunos afrocubanos, como el periodista

⁴ Hobsbawm: *The Age of Extremes*, 142-156.

⁵ “El discurso de Urrutia en la Unión Fraternal”, *Cuatro Páginas* (22 de noviembre de 1941).

⁶ “Las sociedades de color”, *El Crisol* (7 de enero de 1942); Urrutia: “Armonías”, *Cuatro páginas* (24 de enero de 1942); Urrutia: “Armonías”, *Diario de la Marina* (14 de febrero de 1934).

⁷ Nilo Zuásnabar Suárez: “El negro en la Constituyente”, *Rumbos* (14 de junio de 1939). Ver también Ernesto Pinto Interián: “En torno a la convención de sociedades negras”, *Adelante*, 12 (mayo de 1936), 11.

camagüeyano José Armando Plá, incluso equipararon la convención con la revolución “verdadera”.⁸

La vinculación entre la justicia racial y el nuevo orden constitucional significaba que la lucha contra el racismo se encausaría a través de las instituciones estatales, como los tribunales, el poder legislativo —en caso de que una legislación adicional fuera requerida— y el ejecutivo, encargado de aplicar las leyes. El racismo y la desigualdad siempre habían estado vinculados a la política, pero en el nuevo orden, el logro de la igualdad racial pasó a convertirse en una responsabilidad del Estado. Los gobiernos en la segunda república, su credibilidad y respetabilidad, serían juzgados según su capacidad de alcanzar este y otros logros sociales incluidos en el texto constitucional. De manera que, si por una parte la convención simbolizaba la batalla culminante de la Revolución de 1933, por otro lado representaba el punto de partida de un nuevo período en las luchas por la igualdad racial.

REDEFINIENDO LOS DERECHOS CIUDADANOS

La batalla constitucional sería reñida. Los numerosos grupos que compitieron por participar en la convención mantenían visiones diferentes acerca de la organización del Estado, el significado y magnitud de los derechos civiles, y el papel del gobierno en su protección. La intensidad de esta batalla, sin embargo, era también expresión de la fragmentación de la estructura partidista y de la cantidad de partidos que participaron en las elecciones para la convención constituyente. Once partidos nominaron candidatos nacionalmente; 9 enviaron delegados a la asamblea. Huelga decir que la mayoría de estos partidos no estaban organizados a partir de fundamentos ideológicos, ni representaban los intereses y aspiraciones de un sector social bien definido. Con las excepciones parciales de los comunistas, de base obrera, y de los grupos más conservadores como el ABC —cuya base social de clase media urbana era conocida— todos estos partidos eran a la vez multiclassistas e interracialistas en su composición.⁹

Las definiciones ideológicas eran menos claras aún porque la mayoría de estos grupos adoptaron como propio parte de la retórica y de la esencia del programa revolucionario de los años 30. Esto era cierto incluso en el caso del Partido Liberal, que estaba en el poder

⁸ Plá a Urrutia, Camagüey, 1 de febrero de 1934, en “Armonías”, *Diario de la Marina* (12 de febrero de 1934).

⁹ Domínguez: Cuba: *Order and Revolution*, 57.

cuando fue derrocada la dictadura de Machado. Los líderes del liberalismo afirmaron que el Partido Liberal de 1939 “no era el de 1933” y declararon que el “programa de la Revolución del 4 de Septiembre” (la revuelta de los sargentos dirigida por Batista en 1933) incluía todas las aspiraciones democráticas que los liberales siempre apoyaron. Los comunistas, en cambio, abandonaron su anterior oposición a la “nacionalización” del trabajo (una de las conquistas principales de la llamada revolución) y junto a los demás partidos apoyaron la necesidad de reducir la inmigración en la Isla.¹⁰ El ABC, el Partido Unión Nacionalista y los Revolucionarios Auténticos de Grau San Martín, tenían todos credenciales revolucionarias basadas en su oposición a Machado.

A pesar de sus ambigüedades, el apoyo a la “revolución” y a sus demandas implicaba que algunos problemas generales tenían suficiente apoyo popular como para ser reconocidos por todos los grupos políticos, sin tener en cuenta su afiliación. El incremento del control nacional sobre los recursos económicos era uno de esos problemas. Otro era la necesidad de ratificar y sistematizar la profusa legislación obrera generada como consecuencia de la revolución.

Todos los partidos coincidían, compitiendo por el apoyo y control del movimiento obrero, en que la protección de los intereses laborales era uno de los elementos centrales del orden político emergente.¹¹ Incluso, los grupos menos progresistas estaban de acuerdo en que el Estado debía desempeñar un papel activo en la promoción del bienestar obrero ya que —como afirmó un líder del Partido Unión Nacionalista— “repartir es, a veces, una forma de conservar”. La noción de que el Estado debía garantizar el empleo a cada cubano y mediar en los conflictos entre el capital y el trabajo, confirma lo extendida que era la creencia de que regular “la lucha de clases” se había convertido en la “preocupación” principal de cualquier gobierno.¹²

¹⁰ Ramón Vasconcelos: “Punto largo”, *El País* (24 de octubre de 1939); Marinello: *La cuestión racial*, 13-14.

¹¹ Las leyes laborales figuraban de forma destacada en el programa legislativo de todos los partidos representados en el Congreso antes de la convención constituyente. Aproximadamente, el 20 % de todas las propuestas legislativas se relacionaban con asuntos laborales. Para ejemplos, ver “Treinta y tres leyes seleccionó el Comité Liberal”, *El País* (2 de agosto de 1936); “Treinta y cuatro leyes acordó el Partido Acción Republicana”, *Diario de la Marina* (4 de agosto de 1936); “Programa mínimo aprobado por el Comité Nacionalista”, *Diario de la Marina* (12 de agosto de 1936). Ver también Domínguez: *Cuba: Order and Revolution*, 87-89.

¹² El líder de Unión Nacionalista citado aquí es Carlos Mendieta, según Agustín Acosta: “Conferencia”, en Atenas: *Los partidos políticos*, 60.

No existía un consenso acerca de la discriminación racial y la necesidad de la intervención estatal en esta área. Todos los partidos condenaron la discriminación y ratificaron el principio de que la nueva Cuba tendría que ser igualitaria e incluyente; pero existían diferencias notables en sus visiones acerca de la naturaleza de la discriminación y los remedios para luchar contra la misma. No era un tema abierto a la discusión que el racismo no era compatible con el nacionalismo cubano. Incluso el Partido Nazi ignoró este tema cuando aseguró que en la Isla no existían “cuestiones raciales o religiosas” que resolver.¹³ Las implicaciones económicas, sociales y políticas de tal incompatibilidad fueron, en cambio, debatidas acaloradamente.

El primer punto de discusión fue si la discriminación racial era un problema real que requería algún tipo de acción gubernamental. Varios partidos conservadores negaron la existencia de la discriminación o se refirieron al problema en términos muy vagos. Un representante del Conjunto Nacional Democrático, uno de los sucesores del antiguo Partido Conservador, declaró, por ejemplo, que la discriminación no tenía “relevancia en el orden superior del derecho” porque las diferencias raciales se habían eliminado en Cuba desde las guerras de independencia.¹⁴ La posición del ABC era casi idéntica a esta. El programa del partido no hacía referencia a la raza, y sus líderes compartían la opinión del Conjunto que “desde el momento en que negros y blancos se dispusieron a luchar juntos por un mismo ideal [...] toda diferencia [...] entre el blanco y el negro quedaba abolida para siempre”. También, un portavoz del Partido Unión Nacionalista dudó de la existencia de la discriminación y declaró que las diferencias que pudieran existir en las instituciones republicanas no constituían una verdadera “realidad discriminatoria”.¹⁵

En el otro extremo del espectro, los comunistas y otros grupos políticos radicales, afirmaron que la discriminación racial era tan común, que el principio constitucional de igualdad era en la práctica nulo. Juan Marinello, presidente del Partido Unión Revolucionaria —un grupo político que se asoció con el Partido Comunista antes de las elecciones a la convención— declaró que la discriminación racial era “evidente” en el empleo y las instituciones educacionales, en particular

¹³ Beaulac al secretario de Estado, Habana, 13 de octubre de 1938. USNA, RG 84/800/1205.

¹⁴ Carlos Saladrigas: “Conjunto Nacional Democrático: exposición del programa”, en Atenas: *Los partidos políticos*, 273.

¹⁵ ABC: *El ABC*; Francisco Ichaso: “Algunos aspectos del ideario del ABC”, en Atenas: *Los partidos políticos*, 104-105; Acosta: “Conferencia”, 62-63.

en las escuelas privadas. Un líder del pequeño Partido Socialista Independiente fue también categórico: desde la creación de la república, la “raza negra” sufrió “humillaciones imperdonables” y fue discriminada en cada área de la vida social y política de Cuba. El populista Partido Popular Cubano —partido minoritario organizado por Alfredo Zayas y Juan Gualberto Gómez alrededor de 1920— también coincidió en que la discriminación estaba extendida, en particular, en el acceso a los trabajos y a la educación privada.¹⁶

El segundo tema a discusión, derivado del anterior, se refería al tipo de acción legislativa para enfrentar la discriminación. Aquellos que negaban la existencia del racismo en la sociedad cubana apoyaban la inclusión de un principio general de igualdad en el texto constitucional, similar al contenido en la Constitución de 1901.¹⁷ En cambio, quienes mantenían una visión crítica de las realidades raciales cubanas defendieron la necesidad de incluir no solo declaraciones explícitas y claras contra la discriminación, sino sanciones concretas contra los actos racistas.

Algunos defendieron incluso la introducción de algún sistema de cuotas que garantizara una participación proporcional de los negros en todas las fuentes de empleo, las candidaturas políticas y los nombramientos.¹⁸ “La desigualdad en el trato social no se mejora con declaraciones abstractas sobre la igualdad y la fraternidad —explicó Blas Roca, secretario general del Partido Comunista— sino mediante preceptos que superen desigualdades visibles y que castiguen a los que [...] [mantienen] esas desigualdades [...] Aquí, para corregir la desigualdad, no hay otro remedio que tomar una medida desigual, ‘forzando’ a emplear una determinada cantidad mínima de negros en tales comercios”.¹⁹

Los partidos políticos principales, como el Partido Liberal y el Partido Revolucionario Auténtico, se ubicaron en un punto intermedio

¹⁶ Marinello: “La cuestión racial en el trabajo, la inmigración y la cultura”; Claudio E. Miranda del Pozo: “Conferencia”; y Rafael Iturralde: “Partido Popular Cubano: su intervención en los destinos públicos”, todos en Atenas: *Los partidos políticos*, 124, 136, 330-331.

¹⁷ Acosta: “Conferencia”, 62-64; Saladrigas: “Conjunto”, 273; Ichaso: “Algunos aspectos”, 105-106. Esta posición fue respaldada también por el Partido Demócrata Republicano, dirigido por el expresidente conservador Mario García Menocal y por el Partido Nacional Revolucionario. Ver Alberto Boada Miquel: “Problemas Constituyentes” y Pablo Lavín: “Ensayo de valorización política”, ambos en Atenas: *Los partidos políticos*, 231, 401-402.

¹⁸ Marinello: “La cuestión racial”, 137; Miranda del Pozo: “Conferencia”, 123-125; Iturralde: “Partido Popular”, 331.

¹⁹ Roca: “Por la igualdad de todos los cubanos”, en Atenas: *Los partidos políticos*, 265.

con relación a sus percepciones del mal llamado problema negro. Los líderes de estos partidos reconocieron la existencia de la discriminación, pero tendieron a verla como una expresión de la falta de oportunidades económicas y también de lo que un diputado liberal llamó “complejo de inferioridad” de los negros. Su diferencia más importante con los grupos radicales, sin embargo, se refería a la solución del problema. Los auténticos lo enfocaron como un aspecto de su propia “nacionalización” del trabajo —“ley igualitaria si las hay”—, pero apoyaron el principio de que la constitución debía castigar la discriminación racial. Los liberales apoyaban una declaración general de igualdad, mientras defendían la aprobación de una ley separada para regular y castigar la discriminación. Fue en su oposición activa a las cuotas raciales que los liberales coincidieron plenamente con los grupos más conservadores, al señalar que la solución era peor que el problema y que el uso de la raza con objetivos políticos debía evitarse, porque tendía a generar “racismo negro, que es tan perjudicial como el racismo blanco”.²⁰

La posición que prevalecería en la convención dependía, por supuesto, del éxito de cada partido en lograr que sus candidatos fueran elegidos, de los delegados mismos, y de la presión popular que pudiera existir alrededor de este tema. Como partido de masas, los comunistas comprendían la importancia de movilizar a los electores alrededor del objetivo de la igualdad racial como una vía de reducir las opciones políticas de la oposición conservadora. Como habían manifestado de forma consistente en el pasado, la batalla contra la discriminación se convirtió —junto a cuestiones como los derechos de los trabajadores y la reforma agraria— en uno de los pilares principales de su campaña electoral. Pero mientras que los derechos de los obreros y la distribución de la tierra eran apoyados por muchos otros partidos políticos, la vigorosa campaña antirracista de los comunistas contribuyó a destacarlos como los verdaderos defensores de los derechos de los afrocanos.

Los observadores y comentaristas de la política cubana coincidieron en que esta campaña fue recibida favorablemente por los afrocanos no afiliados al partido. Los esfuerzos comunistas “para incitar el odio racial y de clases en las mentes de la población negra [...] está teniendo cierto efecto”, admitió el cónsul norteamericano en Santiago.

²⁰ Sobre el PRC(A), ver Partido Revolucionario Cubano: “Al pueblo de Cuba”, Habana, 1 de mayo de 1935. USNA, RG 84/800/3414; “Es preciso llegar al gobierno”, *Luz* (5 de agosto de 1937); Guillermo Martínez Márquez: “El autenticismo revolucionario”, en Atenas: *Los partidos políticos*, 312-313. Sobre los liberales, ver Gustavo Gutiérrez: “La discriminación racial ante la Convención Constituyente”, en Atenas: *Los partidos políticos*, 189-201.

“Ellos [los comunistas] están teniendo considerable éxito en incrementar sus seguidores, sobre todo entre los desempleados y los negros”, coincidió su colega en Matanzas. En Sancti Spíritus, otro funcionario de los Estados Unidos afirmó que existía “un movimiento considerable entre el elemento negro hacia la organización y el fortalecimiento de su posición social y económica”.²¹ Los resultados de las elecciones tendían a confirmar estas impresiones. El Partido Unión Revolucionaria Comunista terminó en quinto lugar en las elecciones a nivel nacional, con un 9 % de los votos. En algunas áreas con una población afrocubana grande, como Santiago de Cuba, atrajeron un número mayor de votos.²²

La asociación entre los comunistas y la causa de la igualdad racial se reforzó aún más por la composición racial de sus delegados: de 76, solo 5 no eran blancos: 3 de ellos —Blas Roca, Salvador García Agüero y Esperanza Sánchez Mastrapa— estaban afiliados al Partido Unión Revolucionaria Comunista.²³ La mitad de los delegados comunistas eran negros o mulatos, y un porcentaje grande de sus candidatos no eran blancos.²⁴ Otro miembro de la delegación, Romárico Cordero, de Oriente, fue catalogado también como “negro o posiblemente mulato” por los funcionarios norteamericanos, pero era considerado blanco por la mayoría de los cubanos, incluyendo los miembros de su propio partido.²⁵

²¹ Milton Thompson a J. Butler Wright, Santiago de Cuba, 17 de marzo de 1939; Edward Benet a Wright, Matanzas, 2 de mayo de 1939; Hernan C. Vogenitz a Wright, Cienfuegos, 5 de octubre de 1939, todos en USNA, RG 84/800.

²² “Resumen del escrutinio”, *Diario de la Marina* (21 de noviembre de 1939); Thompson a Wright, Santiago, 21 de noviembre de 1939. USNA, RG 84/800. Los comunistas obtuvieron el 22 % de los votos en Santiago y el 12 % en la provincia de Oriente.

²³ Los otros dos eran Antonio Bravo Acosta, un abogado mulato de Santiago elegido en la boleta del Partido Demócrata Republicano, liderado por Menocal, y José Maceo González, un médico de Palma Soriano (Oriente) elegido por el Partido Nacional Revolucionario. Maceo González, quien era hijo o sobrino de Antonio Maceo, supuestamente tenía la reputación de ser un “agitador de temas raciales”. Thompson a Wright, Santiago de Cuba, 7 de febrero de 1940. USNA, RG 84/800.

²⁴ En La Habana, de 19 candidatos comunistas, 5 eran negros o mulatos. Ellos eran, además de Roca y García Agüero, Lázaro Peña, Severo Aguirre, y Consuelo Silveira. En Matanzas, al menos 2 de los 6 candidatos eran negros. Ver: “¡Cubanos: todos a las urnas!”, *Noticias de Hoy* (15 de noviembre de 1939); Benet a Wright, Matanzas, 27 de octubre de 1939. USNA, RG 84/800.

²⁵ Thompson a Wright, Santiago de Cuba, 17 de febrero de 1949. USNA, RG 84/800. Es notable que los comunistas no mencionaron a Cordero cuando se refirieron a sus delegados negros. Ver Arnaldo Escalona: “Genuinos representantes”, *Noticias de Hoy* (19 de noviembre de 1939).

El éxito electoral de los comunistas en términos raciales fue positivo; sus enemigos también ayudaron a legitimar la noción de que ellos eran los verdaderos líderes de la lucha por la igualdad racial. Unos pocos días después de las elecciones, el senador mulato Manuel Capestany, líder del Partido Liberal en Santa Clara, acusó al Partido Comunista de racismo, es decir, de usar tácticas racialmente divisionistas para atraer el voto negro.²⁶ Para los liberales este era un tema muy sensible, pues tradicionalmente ellos habían reclamado que representaban a la mayoría de los electores afrocubanos y promovido a negros y mulatos a posiciones de dirección dentro del partido y del gobierno.²⁷

En Santiago de Cuba, algunos sectores de la clase propietaria predominantemente blanca, interpretaron el éxito inesperado de los comunistas como un ataque negro a las estructuras de poder, una interpretación que reconocía la estrecha vinculación que existía entre raza, clase y poder político. Como informó el cónsul norteamericano, el resultado de las elecciones causó una preocupación considerable “a los blancos, hombres de negocios, y propietarios”. Estos grupos comenzaron a movilizarse para prevenir el “control negro y comunista de Santiago”.²⁸

A finales de noviembre, una carta anónima “impresa en papel importado muy bueno” circuló en la ciudad, llamando a “la guerra al comunismo” en nombre del antagonismo racial: “¡Más de 90 000 comunistas han votado en las elecciones a la convención! En las próximas elecciones nosotros tendremos *alcaldes y gobernadores comunistas, incluyendo algunos negros. ¡Todos los negros son comunistas!* Nosotros debemos prepararnos para defender a nuestras familias de ser violadas por aquellos que no tienen *patria o familia* y persiguen la igualdad racial”.²⁹

²⁶ “No interferirá al Congreso la Asamblea Constituyente”, *El Crisol* (23 de noviembre de 1939). Para la respuesta comunista, ver Arnaldo Escalona: “Refutan... a los doctores Bravo Acosta y Manuel Capestany”, *Noticias de Hoy* (26 de noviembre de 1939).

²⁷ En un esfuerzo por mantener su influencia sobre los votantes negros, la proporción de afrocubanos en posiciones de liderazgo dentro de los liberales, de hecho aumentó durante la década de 1930. Por 1939, los líderes máximos del partido en las provincias de la Habana, Matanzas, y Santa Clara, eran negros o mulatos: Vasconcelos, Prisciliano Piedra, y Capestany. Vasconcelos y Capestany estaban ambos en el Senado. Los liberales también nombraron al representante negro Marcelino Garriga presidente de la Cámara.

²⁸ Thompson a Wright, 21 de noviembre de 1939 y Thompson a Beaulac, 10 de febrero de 1940. USNA, RG 84/800.

²⁹ Adjunto en Thompson a Wright, 28 de noviembre de 1939. USNA, RG 84/800. Énfasis en el documento original.

Ser identificado como el partido de los negros y los obreros —dos categorías que con frecuencia se usaba indistintamente— era en sí mismo un logro significativo para los comunistas, quienes interpretaron los resultados de la elección como un claro mandato popular para continuar adelante en su campaña antirracista. Como explicó un miembro del partido de Oriente, en las elecciones “los ciudadanos” expresaron el deseo de construir una patria armoniosa, “libre de discriminaciones injustas” por el color de la piel o al sexo, y con una constitución que establezca castigos severos contra los discriminadores.³⁰

Para promover en la convención lo que los comunistas interpretaron como un mandato popular, estaban obligados a establecer alianzas con otros grupos, porque sus 6 votos representaban solo el 8 % del total. Teóricamente, los partidos representados en la asamblea pertenecían a dos grupos diferentes. Uno de ellos, el bloque del “gobierno”, apoyaba la candidatura presidencial de Fulgencio Batista. Este grupo incluía al Partido Liberal, los comunistas, Unión Nacionalista, el conservador Conjunto Nacional Democrático y el Partido Nacional Revolucionario, una desmembración del Partido Revolucionario Cubano.

La “oposición”, definida solo en términos de su antagonismo con Batista, incluía aliados tan improbables como aquellos que formaban el bloque gubernamental: los revolucionarios auténticos, Acción Republicana y los archiconservadores ABC y el Partido Demócrata Republicano de García Menocal.³¹ Aunque la oposición eligió la mayoría de los delegados, el partido de Menocal cambió de grupo, dándole a la coalición gubernamental una ligera mayoría en la convención.

Esto, sin embargo, no significaba mucho. Las coaliciones se basaban en pura conveniencia política —fundamentalmente como una vía para asegurar el acceso al presupuesto gubernamental— y no reflejaban división ideológica alguna. Las diferencias entre los partidos y delegados dentro de cada bloque eran frecuentemente mayores que en los partidos en las coaliciones opuestas. En la discusión de un problema específico, tal vez se encontraría apoyo entre delegados que nominalmente pertenecían al grupo opuesto. Ser miembro de la coalición gubernamental mayoritaria en modo alguno garantizaba que los

³⁰ Marcelino Hernández Ferrer: “Labor de Unión Revolucionaria Comunista”, *Diario de Cuba* (25 de noviembre de 1939).

³¹ “Government to Face Test” y “Majority of Opposition”, *Havana Post* (14 y 21 de noviembre de 1939). Para un buen análisis de la participación de los partidos en las elecciones, ver el reporte “Cuban Political Parties”, Habana, mayo de 1939. USNA, RG 84/800.

radicales puntos de vista de los comunistas sobre raza y discriminación prevalecieron en la convención.³²

No obstante, los delegados comunistas promovieron con éxito una discusión abierta acerca de la discriminación racial y los derechos ciudadanos, como la igualdad y el acceso al trabajo. En el proceso, los miembros de otros partidos tuvieron que definir públicamente sus posiciones en estos temas, porque las sesiones estaban abiertas al público y recibieron amplia, aunque partidista, cobertura en la prensa diaria.

Una presión adicional la ejercieron en la convención los clubes afrocubanos que llamaron a la inclusión de medidas antidiscriminatorias en la constitución y organizaron eventos públicos en apoyo.³³ El más conocido fue una serie de conferencias patrocinada por el club Atenas, en 1939, que invitó a representantes de los principales partidos políticos para que expresaran sus opiniones acerca de varios aspectos previamente definidos por el consejo de dirección: problemas económicos, inmigración, trabajo, educación pública y discriminación racial. Ningún partido se negó a participar. Aunque estas conferencias se presentaron como un esfuerzo para informar a la ciudadanía, su propósito principal era apenas velado: “Las masas populares [están] anhelantes de saber —explicó el presidente del club en su discurso de apertura hasta qué punto la democracia cubana está dispuesta a prohiar las aspiraciones de los hijos del pueblo [...] particularmente en lo relacionado con la evidente discriminación [...] en la distribución de trabajo”.³⁴

Los comunistas representaban estas preocupaciones e intentaron definir los derechos de la ciudadanía e igualdad racial tan concretamente como fuera posible en el texto constitucional. La raza se convirtió en un tema polémico, en particular en las discusiones de dos artículos: uno, se convirtió en el artículo 20 de la Constitución, que establecía el principio de igualdad; el otro, el artículo 74, trataba del acceso al trabajo.

Según el embajador de los Estados Unidos, la definición del principio de igualdad (artículo 20) fue discutida “fuertemente”.³⁵ Aun-

³² Este análisis está basado en Domínguez: *Cuba: Order and Revolution*, 100-101.

³³ En Sancti Spiritus, por ejemplo, los clubes afrocubanos organizaron un banquete para el jefe militar de la provincia, encargado de supervisar las elecciones. Vogenitz a Wright, Cienfuegos, 3 de octubre de 1939. USNA, RG 84/800/29. Ver también Zuasnábar: “El negro en la constituyente”; Convención Nacional: *Programa*, 6-7; Grillo: *El problema del negro*, 59-62.

³⁴ Benjamín Muñoz Ginarte: “Discurso de apertura”, en Atenas: *Los partidos políticos*, 11.

³⁵ Wright al secretario de Estado, Habana, 3 de mayo de 1940. USNA, RG 84/801.1/235.

que el texto propuesto a la convención por una comisión preparatoria establecía que “cualquier discriminación debido al sexo, raza, clase o cualquier otro motivo” era “ilegal y punible”; el delegado afro cubano Salvador García Agüero declaró que una declaración general contra la discriminación no resolvería el problema.³⁶

Agüero introdujo una nueva propuesta que definía la discriminación como cualquier “disposición o acto que impida a cualquier ciudadano el disfrute de los servicios y lugares públicos, el derecho al trabajo y la cultura en todos sus aspectos, y en el pleno goce de sus funciones civiles o políticas”. Su propuesta también prescribió que una ley complementaria sería aprobada durante los primeros 6 meses después de la aprobación de la constitución y regularía las sanciones contra la discriminación.³⁷ Esta propuesta —argumentó García Agüero— aclaraba el texto de la comisión preparatoria al enumerar las áreas en las que la discriminación era común: espacios públicos, trabajo y educación, en particular en las escuelas religiosas privadas —“aquí, hasta Dios... es discriminador”, incriminó el delegado comunista. En conclusión, García Agüero afirmó, a pesar del principio constitucional que garantizaba la “igualdad absoluta” de todos los cubanos, los “derechos ciudadanos” de los afrocubanos eran violados diariamente.

Los que se opusieron a la propuesta de García Agüero apelaron tanto al argumento usual de que los cubanos eran todos hermanos en una nación fraternal, o esgrimieron argumentos técnicos para argumentar que la declaración de la comisión era superior a la propuesta de los comunistas. Delio Núñez Mesa, delegado liberal por Oriente, defendió la primera posición; argumentó que, de ser aprobado, el artículo propuesto por los comunistas “crearía” el problema que ellos pretendían resolver: “esa discriminación de razas que yo entiendo que no existe en Cuba”. Esta, sin embargo, fue una declaración aislada. Los otros delegados que intervinieron en el debate reconocieron que la discriminación era de hecho un problema que requería una solución. Otro delegado del Partido Liberal, José Manuel Cortina, afirmó que él estaba de acuerdo con la esencia de la propuesta de García Agüero y subrayó que el debate se limitaba a encontrar el mejor procedimiento para garantizar la igualdad de todos los cubanos. Esto debía hacerse “en forma que estimule la evolución progresiva del concepto [de igual-

³⁶ Esta discusión está basada en Cuba, Convención Constituyente, *Diario de Sesiones* (27 de abril de 1940), 20-27.

³⁷ En el sistema legal cubano, basado en el derecho romano, los principios constitucionales abstractos tenían que ser codificados en leyes “complementarias” a la Constitución.

dad] dentro de un amplio espíritu de fraternidad y de concordia [...] Aquí no estamos discutiendo, ni podemos discutir como posible que una parte del pueblo cubano esté en situación de inferioridad [...] La Convención por unanimidad desea y quiere hacer justicia a todos los componentes de la sociedad cubana, cualquiera que sea su color, su raza”.

La definición del acceso por igual al trabajo (artículo 74) llevó a una controversia aún más fuerte. En juego estaba si en la búsqueda de igualdad —meta en la que todos los delegados estaban de acuerdo nominalmente— el Estado cubano debía asumir un papel intervencionista en la distribución de empleos y compensar las injusticias históricas con políticas racialmente definidas. Los comunistas apoyaban garantizar la participación de los trabajadores negros en todos los sectores económicos, en una proporción similar a su porcentaje en la población total de cada provincia. Los delegados del partido destacaron que era una de las demandas de la Federación Nacional de Sociedades de la Raza de Color.³⁸ Los comunistas suavizaron con posterioridad su posición y, propusieron que los negros debían tener una representación “justa” en todos los *nuevos* empleos, en vez de en todas las ocupaciones e industrias. Al limitar las cuotas solo a los nuevos empleos, argumentaron que la principal objeción de quienes se oponían al principio de proporcionalidad era tomada en cuenta; los opositores alegaban que esta política crearía divisiones raciales y conflictos entre los trabajadores.

Con el propósito de neutralizar la fórmula radical de los comunistas, los grupos conservadores se vieron forzados a presentar una propuesta alternativa, la cual, mientras eliminaba la asignación proporcional de empleos según la raza, declarara inequívocamente que la discriminación racial en la contratación y en las promociones eran inconstitucionales. De esta manera fue ABC, uno de los partidos más conservadores, el que presentó una propuesta alternativa a la convención para su discusión. La misma establecía: “El Ministerio del Trabajo cuidará, como parte esencial entre otras de su política social permanente, de que en la distribución de oportunidades de trabajo en la industria y en el comercio no prevalezcan prácticas discriminatorias de ninguna clase. En las remociones de personal y en la creación de nuevas plazas [...] será obligatorio distribuir las oportunidades de trabajo sin distingos de raza o color, siempre que se satisfagan los

³⁸ Blas Roca: “Proyecto de bases Constituyentes sobre trabajo y régimen de la propiedad”, Habana, 12 de marzo de 1940. USNA, RG 84/801.1/17; Marinello: *La cuestión racial*, 12-13.

requisitos de idoneidad [...] La ley establecerá que toda otra práctica será punible”.³⁹

El debate en la convención acerca de estas dos propuestas —patrocinadas por los comunistas y por ABC— puso de relieve las diferentes maneras en que el problema de la discriminación era visto por los diversos grupos políticos y expuso los verdaderos colores ideológicos de los participantes. Los opuestos a la asignación proporcional de empleos —incluso aquellos de nueva creación— se hicieron eco de los argumentos usuales de que tal política amenazaría la unidad de la “raza moral” cubana y generaría conflictos que “lesionarían profundamente la fraternidad cubana, la cual debemos proteger a toda costa”.⁴⁰ Como declaró el delegado del ABC, Jorge Mañach: la discriminación era un problema “moral” y “psicológico” que tenía que ser resuelto, pero solo a través de medios indirectos y cuidadosos. Los comunistas rebatieron que su propuesta no podía “crear” divisiones pues estas ya existían. En una exposición larga y bien razonada, el delegado de Oriente, César Vilar —descrito por las autoridades norteamericanas como alguien con “un apoyo apreciable entre los negros y obreros”—⁴¹ explicó que los negros eran mantenidos en las plazas peor pagadas en todos los sectores económicos y sostuvo que la solución del problema no podía estar en las manos de los mismos que lo crearon.⁴²

Aunque ambas propuestas comunistas fueron derrotadas, no debe pensarse que el partido y los intereses que representaba no lograron nada en la convención; al contrario. Algunas de las preocupaciones expresadas por los delegados de Unión Revolucionaria se introdujeron en el texto constitucional. Por ejemplo, la demanda sobre una ley complementaria que castigara la discriminación racial fue aprobada 6 meses después de la constitución, e incorporada con modificaciones, en una de las cláusulas “transitorias”. Esta prescribió que la ley debía aprobarse en una de las tres legislaturas que siguieran a la convención. Aunque los esfuerzos de los comunistas por garantizar una distribución proporcional de los trabajos fallaron, los derechos obreros se definieron en términos que eran inequívocamente antidiscriminatorios y, aun más

³⁹ El análisis de ambas enmiendas, presentadas por los comunistas y el ABC, es reproducida en Cuba, Convención Constituyente: *Diario de Sesiones* (7 de junio de 1940), 4-12 y en Lazcano: *Constitución de Cuba*, 2: 512-528.

⁴⁰ Ver el discurso de Cortina contra la enmienda, en Lazcano: *Constitución de Cuba*, 2: 514.

⁴¹ Thompson a Beaulac, Santiago de Cuba, 10 de febrero de 1940. USNA, RG 84/800.

⁴² Lazcano: *Constitución de Cuba*, 2: 515-522.

importante, un organismo gubernamental —el Ministerio del Trabajo— estaría encargado de aplicar el precepto constitucional.⁴³

Quizás lo más importante fue que los comunistas lograron que la convención admitiera y discutiera públicamente la existencia de la discriminación racial en Cuba. Nunca antes el racismo se debatió tan abiertamente a nivel nacional. En el proceso, los delegados de otros partidos, que en diferentes circunstancias hubieran ignorado el problema, tuvieron que pronunciarse y justificar sus posiciones. Vale la pena observar que, después que la propuesta comunista sobre la igualdad, fuera rechazada, varios delegados decidieron “explicar” su voto. Aunque uno de ellos afirmó que él no usaba la oportunidad para “hacer propaganda política por medio del micrófono”, o para “ganar electores para [su] partido o [su] candidatura”, eso era precisamente lo que él y otros delegados hacían. Uno detrás de otro, los que votaron contra la propuesta, enfatizaron que lo habían hecho a partir de consideraciones técnicas, porque ningún desacuerdo existía acerca de la necesidad de promover la igualdad de todos los cubanos.⁴⁴

Estas explicaciones eran necesarias, además, porque los delegados comunistas demandaron el voto nominal en estos artículos para eliminar la posibilidad de que quienes votaban en contra permanecieran anónimos. Pero los comunistas hicieron más: publicaron los nombres de los delegados opuestos a sus propuestas. De ahí que cuando el delegado liberal José Manuel Casanova acudió a la sesión siguiente de la convención, le entregaron en la puerta “panfletos acusatorios [...] en los cuales se atacaba airadamente a los [...] que hemos votado en forma contraria a la enmienda que hubo de presentar la representación del Partido Comunista de Cuba”. Esto, se quejó Casanova, era “injusto”, pues ningún delegado se había negado a la cooperación en esta “materia de justicia”. No era apropiado, agregó, caracterizar a “unos delegados como defensores esforzados y heroicos y de los innegables derechos de la raza de color cubanos y a otros delegados como enemigos despiadados y obtusos de esos mismos derechos”.⁴⁵

Las acusaciones de “racismo” de la prensa conservadora solo reforzaron la imagen de que los comunistas eran los defensores más

⁴³ Cuba: *Constitución de la República*, artículos 20, 74, y un artículo único, “transitorio” al tercer título, 7, 21, 81.

⁴⁴ Cuba, Convención Constituyente: *Diario de Sesiones* (27 de abril de 1940), 23-27.

⁴⁵ “El dictamen sobre trabajo y propiedad” y “Democracia y politiquería”, *Noticias de Hoy* (5 de abril y 11 de mayo de 1940); Cuba, Convención Constituyente: *Diario de Sesiones* (2 de mayo de 1940), 14-15.

decididos de los derechos de los afrocubanos.⁴⁶ Además, Unión Revolucionaria Comunista era el único partido que llevó las recomendaciones de la Federación Nacional de Sociedades de la Raza de Color a la convención. Su prestigio e influencia ante los afrocubanos y sus organizaciones crecieron por consiguiente, e incitó a otros delegados a plantear que los comunistas no eran los únicos que luchaban contra la discriminación. El delegado auténtico y líder obrero Eusebio Mujal, por ejemplo, explicó que él era coautor de la propuesta comunista sobre los derechos laborales.⁴⁷

Mujal insinuó que los comunistas no debían ser vistos como los únicos defensores de los derechos de los afrocubanos. Su propio partido, Auténtico, también merecía algún crédito. La competencia por el voto obrero y el apoyo afrocubano reunió a los comunistas y a los auténticos en esta ocasión, pero eso mismo los separaría en el futuro. De hecho, la competencia entre estos dos grupos por el control del movimiento obrero se tornó feroz en la década de 1940.

Como el problema de la discriminación se definió en la Constitución, al menos en parte, como una cuestión laboral, los sindicatos podían desempeñar un importante papel en su eliminación. La Constitución estableció un sistema en el que solo los grupos organizados podían exigir beneficios y concesiones del Estado.⁴⁸ Quien tuviera el control de la CTC estaba en una situación ventajosa para promover la causa de la igualdad racial. En los casos de discriminación no relacionados con el trabajo, la Constitución prometió una ley complementaria que establecería sanciones concretas contra quienes violaban el principio de la igualdad.

En ambos escenarios —laborales o no—, las instituciones estatales, como el Ministerio del Trabajo, los tribunales y el Congreso, tenían un papel vital. En cierto sentido, la lucha por una Cuba racialmente justa e igualitaria se pospuso de nuevo, pues sin leyes específicas, los principios constitucionales eran casi imposibles de aplicar. Esta vez, sin embargo, dicha lucha se transfirió por completo al ámbito estatal.

EL FRENTE POPULAR Y EL ASCENSO DE LA INFLUENCIA COMUNISTA

Mientras la convención sesionaba, los partidos políticos se preparaban para las elecciones generales del 14 de julio de 1940. Con el nuevo

⁴⁶ Para ejemplos, ver: “Un parto de la demagogia”, *¡Alerta!* (5 de abril de 1940); “Apuntes del director”, *Cuba Nueva en Acción* (11 de mayo de 1940).

⁴⁷ Cuba, Convención Constituyente: *Diario de Sesiones* (2 de mayo de 1940), 15-16; Lazcano, *Constitución de Cuba*, 2: 524.

⁴⁸ Sobre este sistema político, ver Domínguez: *Cuba: Order and Revolution*, 56-57.

sistema, era indispensable que los grupos de intereses se organizaran para asegurar su influencia y acceso al gobierno. Ambas coaliciones hicieron campaña para colocar a sus candidatos en el gobierno. Batista y Grau se enfrascaron en una nueva batalla política.

Alentados por su éxito en las elecciones a la convención constituyente, pero consciente de su estatus minoritario en la coalición, los comunistas trabajaron duro para consolidar su posición en apoyo a la candidatura de Batista, quien les había dado, para consternación de los propietarios y de los auténticos, la oportunidad de reorganizar la Confederación de Trabajadores de Cuba. A cambio, esperaba que los comunistas obtuvieran los votos y el apoyo crucial del movimiento obrero, cosa que el partido logró. Cuando Batista lanzó su campaña a inicios de 1940, se impresionó por la capacidad de estos de movilizar a los trabajadores. De pueblo en pueblo, los reportes coincidían, los seguidores de los comunistas se reunían en masa y eran los mejor organizados.⁴⁹

Los reportes también coinciden en otro punto: los negros y mulatos constituían la mayoría de los manifestantes comunistas y seguidores de Batista. En Matanzas, según el cónsul norteamericano: el “número de personas de color —que asistía a las reuniones de la Coalición Democrática Socialista (de Batista)— era muy notable, sobre todo en las filas del Partido Comunista”. El cónsul en Cienfuegos estimaba, a su vez, que dos tercios o tres cuartas partes de los participantes en otra asamblea de la coalición también eran negros. Otros observadores coincidían en que el apoyo de Batista estaba entre los elementos más pobres, mientras que Grau contaba con el apoyo de las clases media y adinerada. Cuando Batista visitó Holguín (provincia de Oriente) en junio, los dos clubes principales de la ciudad, El Liceo y la Colonia Española, se negaron a organizar banquetes para él; en cambio este fue organizado por una sociedad afrocubana local.⁵⁰

Los propietarios se opusieron fuertemente a la alianza de Batista con los comunistas; partido que ellos identificaban con el caos social y racial, y cuya influencia aumentó evidentemente a través de su control de la confederación obrera. Otra señal también alarmante

⁴⁹ Arthur Jukes a George Messersmith, Nuevitas, 3 de julio de 1940; Joaquín García: “Political Memorandum”, Santa Clara, 1 de julio de 1940; Francisco Cause: “Political Memorandum”, Caibarién, 2 de julio de 1940; Horace Dickinson a Messersmith, Antilla, 29 de junio de 1940, todo en USNA, RG 84/800.

⁵⁰ Benet a Messersmith, Matanzas, 30 de junio de 1940; Vogenitz a Messersmith, Cienfuegos, 30 de junio de 1940, y Dickinson a Messersmith, Antilla, 29 de junio de 1940, todos en USNA, RG 84/800.

era la naturaleza de la plataforma política de Batista, con un programa bastante progresista que incluía en sus metas la reforma agraria, beneficios sustanciales para los obreros, una campaña contra el analfabetismo y programas de salud pública. Apoyado por los comunistas de forma incondicional, la plataforma también defendía la necesidad de aprobar medidas prácticas y legislativas concretas para asegurar la igualdad de oportunidades y derechos para todos los cubanos, sin distinción de raza o color.⁵¹

Algunos elementos de la campaña reforzaron más aún los temores de las élites acerca de Batista y sus aliados comunistas; pues en la coyuntura favorable de las elecciones y la convención constituyente, la movilización obrera estaba en franco aumento. En enero y febrero de 1940 —coincidiendo con el inicio de la zafra azucarera— más de 20 centrales azucareros en las provincias de Matanzas, Las Villas y Camagüey se declararon en huelga. Las demandas de los obreros eran grandes: además de un 20 % de aumento salarial para todos los obreros agrícolas e industriales, los obreros solicitaron alojamiento adecuado, agua corriente, vacaciones pagadas, atención médica gratuita, escuelas, y tierras para la subsistencia durante el tiempo muerto. Los patrones se pusieron a la defensiva, y advirtieron que el gobierno vacilaba en aplicar la ley de huelgas por el efecto que tendría “en las aspiraciones presidenciales del coronel Batista”. En el central Washington, en Manacas, Provincia de Las Villas, los dos delegados de la CTC —descritos por el administrador del ingenio como “negros muy bien vestidos”— aseguraron a los obreros que “como todos pertenecían al partido de Batista, podrían conseguir cualquier cosa que quisieran, con tal que se mantuvieran firmes durante el tiempo necesario”.⁵²

La valoración de los obreros de la coyuntura política era correcta. De hecho, los patrones reconocieron que los líderes de la CTC escogieron “un momento propicio” para organizar las huelgas.⁵³ Los administradores de los centrales fueron obligados a conceder aumentos de salario para mantener algún tipo de autoridad. Si no lo hacían, los obreros podían apelar a la Secretaría del Trabajo, la cual —decía

⁵¹ “Platform of the Coalition (Government) Parties”, Habana, 6 de enero de 1940. USNA, RG 84/800/2681; Roca: “La plataforma nacional”, *El Comunista* 2:4 (febrero de 1940), 235-241.

⁵² Beaulac al secretario de Estado, Habana, 20 de enero de 1940. USNA, RG 84/800.4/2737; Jukes a Beaulac, Nuevitas, 1 de febrero de 1940 y A.F.N.: “Memorandum: Tripto Central Washington”, Habana, 5 de febrero de 1940, ambos en USNA, RG 84/800.4.

⁵³ Coert du Bois a Beaulac, Habana, 18 de enero de 1940. USNA, RG 84/800.4/2732.

el gerente de la Tuinucú Sugar Company— invariablemente estaba del lado de los obreros. Peor aún, los patrones se vieron obligados a conceder aumentos también a los obreros no huelguistas y que no estaban afiliados a la CTC con el propósito de conservar el prestigio de los “elementos buenos” en las organizaciones obreras.⁵⁴

Ventajoso, también, para los obreros y la Confederación, era el hecho de que los grupos políticos rivales intentaron intervenir en las disputas laborales para obtener el apoyo de los sindicatos, forzando a Batista a adoptar una posición decididamente favorable a los trabajadores. En una huelga del sector poligráfico en La Habana, por ejemplo, el candidato Grau “ofreció sus servicios” a los obreros, esperando a cambio que ellos respaldaran su partido. Lo mismo hizo un líder de ABC. Los líderes comunistas Peña y Roca dialogaron con Batista, y le advirtieron que si la huelga no se resolvía satisfactoriamente para la CTC, gran parte del elemento obrero que apoyaba su candidatura sería “desmoralizado”. Batista de inmediato instruyó al jefe de la policía para que soltara a todos los obreros detenidos y exigió que la Secretaría de Justicia pusiera fin a la huelga a favor de la CTC.⁵⁵

Los comunistas también utilizaron las elecciones para proponer su agenda radical por la igualdad racial, y esto generó la acusación usual de que las metas y tácticas del partido eran “racistas”. El significado de esta acusación, expresada no solo por los propietarios, sino también por miembros de la clase profesional predominantemente blanca y por líderes políticos conservadores, no debe subestimarse. Esta acusación se vinculaba con mitos y temores enraizados en el imaginario cubano, como los del peligro negro y la indivisibilidad de la nación cubana racialmente armoniosa. Estas imágenes se invocaron con el objeto de obstaculizar la creciente influencia comunista.

En un caso típico, una organización social de hombres de negocios llamada Agrupación Nacional Acera del Louvre, quienes se autoidentificaban como “Amigos de los Americanos”, publicó una hoja impresa que advertía a “la raza de color” que la asociación estaba lista para rechazar la “ofensiva comunista” en la Isla. En una carta enviada al presidente interino Federico Laredo Brú, en medio de la campaña electoral, los miembros de esta asociación le pidieron que adoptara medidas enérgicas contra “los rojos”, y prometieron el apoyo de todos los “elementos sociales” contra los esfuerzos de los comunistas por promover “el odio

⁵⁴ José Rionda a Manuel Rionda, Habana, 29 de enero de 1940. BBC, RG 2, Series 10C, Caja 129.

⁵⁵ Du Bois: “Memorandum: Printing Trades Strike”, Habana, 11 de marzo de 1940. USNA, RG 84/850.4/18.

de clase, el racismo y el antiamericanismo” en Cuba.⁵⁶ Argumentos similares también se expresaron por diversos líderes políticos: advirtieron que la “campaña demagógica” de los comunistas podría desembocar en un violento conflicto racial. Como expresara un grupo de políticos que le pidió a Batista que se disociara de los comunistas, “los negros deben ser ayudados, no envenenados”.⁵⁷

La cruzada anticomunista adoptó un carácter racial aún más evidente en Santiago de Cuba, donde el partido apoyó apasionadamente la candidatura para alcalde de Justo Salas Arzuaga, un afrocubano afiliado al Partido Liberal; aunque este tenía un largo y destacado expediente de servicio público como representante a la Cámara (1930-1932), consejero provincial (1922-1926), concejal y funcionario en la aduana local, su candidatura fue interpretada como un intento comunista de conferir a los negros el control de la ciudad.⁵⁸

Según el diario del partido *Noticias de Hoy*, la “aristocracia” local lanzó el lema “Porque Santiago no tenga un alcalde negro” y estaba recorriendo la ciudad en sus automóviles de lujo “comprando votos y haciendo campaña racista”. Reflejando sus propios prejuicios y miedos, pero también los de la élite blanca local con la que mantenía vínculos estrechos, el cónsul norteamericano en Santiago reportó: “La campaña política se ha transformado en una disputa racial de blancos contra negros. Para los negros esta es una excelente oportunidad de asegurar su poder, quitarle a los blancos el control del municipio y [...] obtener sobornos y prebendas. El clamor ‘Abajo con los blancos’ es frecuentemente escuchado ahora y se ha convertido en el lema de sus reuniones políticas”. Los blancos en Santiago —afirmó la misma autoridad— se quejaban de que los negros se habían vuelto “frescos” e insolentes, y exigían el acceso a playas, hoteles, restaurantes y bares que tradicionalmente habían estado fuera de su alcance.⁵⁹

⁵⁶ Agrupación Nacional Acera del Louvre [Proclama], Habana, mayo 9 de 1940, incluido en Beaulac al secretario de Estado, Habana, 18 de mayo de 1940. USNA, RG 84/800B/302; Evelio y Rafael Reyna a Federico Laredo Brú, Habana, 6 de mayo de 1940. USNA, RG 84/800B/253.

⁵⁷ Ramón Hermida, Alfredo Botet, Maximiliano Smith, Fernando Sirgo, y Juan J. Remos a Batista, Habana, 1 de febrero de 1940. USNA, RG 84/800/2834; Beaulac: “Conversation with Dr. Emilio Núñez Portuondo”, Habana, 21 de abril de 1941. USNA, RG 84/800B/1924.

⁵⁸ Sobre Salas, ver: “Los alcaldes municipales”, *Acción Ciudadana* (31 de enero de 1945), 9; Riera: *Cuba política*, 309, 345.

⁵⁹ Zenin Carnet: “A pesar de la reacción”, *Noticias de Hoy* (16 de julio de 1940); Thompson a Messersmith, Santiago de Cuba, 6 de julio de 1940. USNA, RG 84/800.

La movilización obrera y otras formas de movilización popular reforzaron la posición de los comunistas como representantes verdaderos de las masas. Con su acceso al ejecutivo —controlado completamente por Batista—, la mayoría de las huelgas desarrolladas a inicios de 1940 fueron exitosas para los obreros. Esto demostró que los sindicatos tenían mucho que ganar a partir de su afiliación a la CTC y que la Confederación tenía la habilidad de influir en las decisiones gubernamentales. En Santiago, Justo Salas fue elegido alcalde de la ciudad, resultado que Blas Roca celebró como un triunfo comunista: “fue nuestro partido el que ayudó e hizo que triunfara”. De hecho, la mayoría de los votos que él obtuvo provenía de los comunistas, quienes clasificaron en segundo lugar en la votación general en la ciudad.⁶⁰ El partido también eligió a 5 de los 25 miembros del ayuntamiento—de los cuales al menos 2 eran negros o mulatos.⁶¹ Además, Batista ganó las elecciones y los comunistas lograron elegir a 10 representantes (de 162) a la Cámara, que incluía a obreros afrocubanos bien conocidos y líderes del partido, como Lázaro Peña, Salvador García Agüero, Blas Roca, y Jesús Menéndez Larrondo.⁶²

La campaña demostró que los comunistas se convirtieron en una fuerza política importante, pero proporcionó otras lecciones perdurables. En primer lugar, la efectividad del partido dependía de su capacidad de establecer alianzas con otros grupos políticos. Esta capacidad, a su vez, dependía principalmente de su habilidad de controlar la Confederación Obrera y movilizar a los trabajadores con propósitos electorales. Incluso en el momento de mayor poder, a mediados de la década de 1940, la cantidad de militantes del partido nunca fue lo suficientemente grande para que estos fueran contrincantes electorales importantes. Sin su base obrera —y esto lo sabían los otros grupos políticos— la fuerza electoral de los comunistas era despreciable. Y como había sido el gobierno quien les dio la oportunidad de organizar la CTC, era lógico asumir que una administración diferente podría favorecer a uno de los grupos rivales que buscaban el control de la organización. Los comunistas tenían que escoger a sus aliados políticos cuidadosamente, porque un gobierno diferente podía amenazar su liderazgo en la Confederación, e incluso su viabilidad como partido político. En resumen, habían sido atrapados

⁶⁰ “Con la ayuda de las fuerzas que apoyan a Batista”, *Noticias de Hoy* (17 de septiembre de 1940). Para los resultados electorales en Santiago, Ver: “Con plena conciencia ciudadana” y “El nuevo alcalde de Santiago”, *Libertad* (16 y 17 de julio de 1940).

⁶¹ “Cómo quedó formada la cámara municipal de Santiago”, *Noticias de Hoy* (17 de julio de 1940).

⁶² Riera: *Cuba política*, 491-512.

por la lógica del sistema político. Mientras lo usaban en su beneficio, ayudaban a reproducir un sistema que potencialmente podía conducir a su extinción como partido.

Una lección menos obvia, pero también importante, emergió de estas primeras incursiones comunistas en la política electoral. La batalla contra la discriminación racial fue mucho más difícil que la lucha por las demandas obreras; en primer lugar, estas solo encontraban resistencia entre los patrones, mientras que la justicia racial tendía a generar oposición entre vastos sectores de la población electoral. En este sentido, tanto la convención constituyente, como las elecciones de la alcaldía de Santiago, proporcionaban un mensaje inequívoco. Cualquier intento por alterar drásticamente costumbres racistas arraigadas encontraría una resistencia generalizada.

Las propuestas radicales de los comunistas a la convención generaron una sustancial oposición. Salas fue elegido, pero generó una oposición significativa en una parte de la población blanca de Santiago. Siempre astuto, Batista percibió correctamente el ambiente político e hizo concesiones importantes en la cuestión racial. Por ejemplo, cuando fue necesario designar un nuevo jefe para el ejército de Oriente en 1939, soslayó al comandante negro Gregorio Querejeta, su primera opción para el cargo, “en consideración por las susceptibilidades de los blancos”. En su lugar, nombró al teniente coronel Ramón N. Gutiérrez, un “blanco puro” conocido por sus “marcados sentimientos contra los negros” para conducir las fuerzas armadas en la provincia.⁶³

Obstáculos estructurales impidieron también que los comunistas impulsaran una agenda antirracista radical. Con elevados índices de sindicalización y una organización nacional que podía movilizar a miles de miembros en diversas provincias y sectores económicos, la clase obrera estaba en posición privilegiada de imponer una presión eficaz en el Estado. No existía una organización comparable entre los afrocubanos. Se suponía que la Federación Nacional de Sociedades de la Raza de Color desempeñara este papel, pero la mayoría de los afrocubanos no pertenecía a ninguno de estos clubes y la dirección de la Federación la integraban casi por completo profesionales negros y mulatos con poca influencia en las masas de los obreros manuales afrocubanos. Estos encontraron en los sindicatos un vehículo adecuado para sus demandas más apremiantes.

⁶³ Thompson a Wright, Santiago de Cuba, 14 de julio de 1938 y Thompson a Beaulac, Santiago de Cuba, 19 de diciembre de 1939, ambos en USNA, RG 84/800.

Además, los mismos mecanismos del sistema político facilitaban la resolución de los conflictos obreros, pero hacían mucho más difícil la adopción de políticas antidiscriminatorias radicales. Mientras que los primeros podían ser canalizados en el ejecutivo y decidirse por decretos presidenciales, la cuestión racial implicaba una acción legislativa. Las leyes complementarias requeridas por la Constitución para sancionar la discriminación tenían que ser aprobadas por el Congreso nacional —y su inactividad durante los años 40 hizo época.

Los comunistas entendieron que solo bajo una fuerte presión popular la legislatura abordaría un problema que la convención constituyente encaró con manifiesto desagrado. Con el propósito de crear un momento político propicio para aprobar su ley, el partido usó su influencia en el movimiento obrero y trabajó estrechamente con organizaciones femeninas, juveniles, y con las sociedades afrocubanas. Ellos trataban de influir en estas organizaciones y en sus agendas políticas, y ubicaron a algunos de sus militantes en cargos de dirección. Los comunistas, por ejemplo, organizaron el primer Congreso Femenino Nacional en 1939, y la Federación Democrática de Mujeres Cubanas, en 1948; caracterizada con posterioridad como “inspirada, controlada y dirigida por los comunistas”. La secretaria general del congreso de 1939 fue Edith García Buchaca, más tarde presidenta de la Federación de Mujeres. Dos de los vicepresidentes de la Federación también fueron miembros del comité ejecutivo del congreso de 1939.⁶⁴

Los comunistas también situaron sus representantes en las asociaciones juveniles más importantes y en las federaciones regionales y nacionales de las sociedades afrocubanas. Severo Aguirre estuvo en el comité ejecutivo de la Agrupación Jóvenes del Pueblo, grupo creado en Santiago de Cuba alrededor de 1937 y compuesto “casi completamente por jóvenes negros”.⁶⁵ A su vez, Salvador García Agüero figuró entre los organizadores del primer congreso de la Hermandad de Jóvenes Cubanos, celebrado en 1938, con la participación de más de 300 grupos en toda la Isla.

La embajada de los Estados Unidos informó que ambas organizaciones, la Hermandad y Jóvenes del Pueblo, se unieron a principios

⁶⁴ “Conclusiones del Congreso Nacional Femenino”, Habana, 18-22 de abril de 1939. Agradezco a Barbara Ray por compartir esta evidencia conmigo. Sobre la FDMC, ver John Cope al secretario de Estado, Habana, 31 de enero de 1949. USNA, RG 59/837.00B/1-3149; “Acuerdos del Consejo”, *Mujeres Cubanas* 1:6 (enero de 1951), 12.

⁶⁵ Juegos atléticos: “Fortnightly Political Report”, Santiago de Cuba, 3 de mayo de 1937 y Jukes a Wright, Nuevitas, 13 de octubre de 1937, ambos en USNA, RG 84/800; Vogenitz a Wright, Cienfuegos, 8 de noviembre de 1939. USNA, RG 84/800/40.

de 1940 con el propósito de “apoyar al Partido Comunista en las futuras elecciones”.⁶⁶ Junto con Serafín Portuondo Linares, García Agüero también perteneció al ejecutivo de la Federación Nacional de Sociedades. A finales de la década del 40, el presidente de la Federación, Quirino García Rojas, era al menos simpatizante de los comunistas.⁶⁷ En Matanzas, el secretario de la Federación Provincial era Antolín Dickinson Abréu, líder obrero azucarero y miembro del partido desde principios de la década de 1930; otro líder del partido en la provincia, Cesáreo Sánchez, dirigió las sociedades en el área de Pedro Betancourt.⁶⁸ En Camagüey, el partido estuvo representado por Francisco Guillén y por Felicita Ortiz, quien se había destacado también en la Federación de Mujeres.⁶⁹ Otra líder femenina, Esperanza Sánchez Mastrapa, representó a Gibara en la Federación Provincial de Sociedades de Oriente.⁷⁰

Los comunistas consiguieron no solo que algunos de sus militantes fueran elegidos a la dirección de estas organizaciones, sino que siempre tuvo el cuidado de incluir a algunos afrocubanos, entre ellos, a Sánchez Mastrapa, Felicita Ortiz y Consuelo Silveira, negras y mulatas, quienes tuvieron papeles sobresalientes en el movimiento femenino. Severo Aguirre, líder estudiantil, también era negro.

El mismo principio se aplicó a la dirección del partido, sus candidatos, y la dirección de la Confederación Obrera. De entre 17 líderes comunistas nacionales, identificados en un informe de la embajada norteamericana en 1940, 6 eran afrocubanos. En un reporte similar de 1948, al menos 10 de 31 “comunistas cubanos prominentes” eran identificados como negro o mulato.⁷¹ Los afrocubanos represen-

⁶⁶ “Contestan los miembros de la Hermandad de Jóvenes Cubanos”, *El País* (30 de enero de 1938); Beaulac al secretario de Estado, Habana, 6 de febrero de 1940. USNA, RG 84/800B/2803.

⁶⁷ García Rojas fue uno de los patrocinadores de la Asociación por la Defensa de los Derechos Democráticos organizada por los comunistas en 1948. Earl T. Crain al secretario de Estado, Habana, 21 de octubre de 1949. USNA, RG 59/837.00B/10-2149.

⁶⁸ “Movimiento favorable a la ley de sanciones”, *Noticias de Hoy* (11 de octubre de 1944); “List of Leaders... in the Communist Party”, Matanzas, 9 de junio de 1941. USNA, RG 84/800B.

⁶⁹ “La reunión de federaciones y sociedades negras”, *Noticias de Hoy* (26 de octubre de 1943).

⁷⁰ Romilio Portuondo Calá: “Una mujer negra”, *Magazine de Hoy* (8 de octubre de 1944).

⁷¹ “Communist Activities in Cuba”, Habana, 15 de junio de 1940. USNA, RG 84/820.02/421; “A List of Prominent Cuban Communists”, Habana, 9 de enero de 1948. USNA, RG 59/837.00B/1-948.

taron el 32 % de los delegados a la Asamblea Nacional del Partido en 1944 y el 30 % en 1948; 40 % entre los representantes elegidos por el partido al Congreso en 1940, 33 % de sus senadores en 1944 y 50 % de sus representantes a la Cámara el mismo año. De 65 candidatos identificados para concejales en 1944, 17 no eran blancos; 8 de los 25 miembros del Ejecutivo Nacional del partido en 1948 eran afrocubanos.⁷² Los comunistas eran tal vez el único partido cuya dirección reflejaba la composición social de su membresía, entre los cuales los negros y mulatos representaban cerca de un tercio del total.⁷³

Sus enemigos interpretaron esto como una prueba concluyente de los objetivos “racistas” de la organización: “los negros, ejerciendo su poder, han estado reemplazando a los blancos en los puestos principales y han logrado el control del partido, poniéndolo al servicio de los intereses específicos de su raza [...] Los líderes principales, no solo del PSP [Partido Socialista Popular —Comunista] sino igualmente de la CTC y los sindicatos obreros, pertenecen a la raza de color”.⁷⁴

Con el sólido apoyo de la Confederación Obrera y con sus estrechos vínculos con otras organizaciones populares, los comunistas intentaron aprobar un proyecto de ley destinado a regular el principio constitucional de igualdad racial (véase Figura 10). Introducida por el representante Blas Roca en la Cámara, tan pronto como enero de 1941, la Ley de Educación y Sanciones Contra la Discriminación Racial contenía dos secciones separadas. La primera definía la discriminación en un lenguaje que era casi idéntico al de la enmienda introducida por García Agüero en la convención constituyente. Pero la ley contenía también sanciones penales concretas. Prescribía de 6 meses a 3 años

⁷² “Al pueblo de Cuba”, *Noticias de Hoy* (25 de enero de 1944); Riera: *Cuba Política*, 491-546; Sergio Aguirre: “El PSP y la igualdad racial”, *Noticias de Hoy* (7 de mayo de 1948). Ver también la columna “Candidatos socialistas en diversos municipios”, publicada por *Noticias de Hoy* en abril y mayo de 1944 para datos sobre los candidatos locales.

⁷³ Entre los nuevos miembros del partido en 1942, por ejemplo, los afrocubanos representaron el 35 %. Según Blas Roca, en 1946 los negros y mulatos constituían el 36 % del total de afiliados. Ver Fabio Grobart: “Una emulación de tipo especial”, *Fundamentos* 2:16 (noviembre de 1942), 575-577, citado por Domínguez: *Cuba: Order and Revolution*, 102, 555; Henry Norweb: “Estimate of Significance of Communist Party”, Habana, 29 de marzo de 1946. USNA, RG 59/837.00B/3-2946.

⁷⁴ “Report Concerning the Development of the Communist Party of Cuba”, incluido en Norweb al secretario de Estado, Habana, 7 de agosto de 1946. USNA, RG 59/837.00B/8-746. El partido cambió su nombre de Unión Revolucionaria Comunista a Partido Socialista Popular en 1944.

¡Hombre o Mujer Negro!

¿Quién lucha por tu igualdad?
 ¿Quiénes exigen respeto a tu
 dignidad humana?
 ¿Quién propone la Ley contra
 la discriminación racial?

¡Lucha junto a ellos!

¡AFILIATE AL PARTIDO SOCIALISTA POPULAR!

(RECORTÉSE Y PEGUESE)

Figura 10: Propaganda electoral comunista llamando a los votantes a apoyar la campaña del partido por la igualdad racial. Publicado en Noticias de Hoy, el 12 de septiembre de 1951 (Biblioteca Nacional José Martí).

de cárcel para quienes violaran la ley; suspensiones de 4 años para los funcionarios públicos, y multas, y el cierre eventual de establecimientos en los que la discriminación se practicara. La segunda sección de la ley creaba el Instituto Cubano de Cooperación Interracial subordinado al Ministerio de Educación. El Instituto iniciaría campañas educativas para demostrar la “falsedad de las teorías racistas”, supervisaría los planes de estudios de las escuelas públicas y privadas, y difundiría el papel de los afro cubanos en las luchas por la independencia y en la república.⁷⁵

El partido consideró que esta y otras leyes complementarias eran de vital importancia y llamó a los obreros, campesinos y a los ciudadanos en general a apoyarlos en la lucha por su aprobación. Sin la legislación complementaria —proclamó un manifiesto comunista poco

⁷⁵ Roca: “Penas y educación contra la discriminación racial”, *Fundamentos* 4:33 (mayo de 1944), 14-30; “Interesan del Congreso”, *Noticias de Hoy* (6 de octubre de 1944).

después de las elecciones—, los principios constitucionales de igualdad de negros y mujeres, el derecho a la huelga y a la sindicalización, la suspensión del desalojo campesino, y otros serían “letra muerta”. “Hay que dar preferente atención desde ahora a la elaboración de las leyes complementarias [...] que los reaccionarios están atacando”, abogó una publicación del partido. “Hay que explicar repetidamente qué significan estas leyes; que sin ellas no hay aplicación posible de la Constitución”.⁷⁶

Debido a que la discriminación era en gran medida una cuestión laboral, ellos consideraban a la CTC como protagonista fundamental en la campaña para ganar el apoyo de la opinión pública a favor de la ley y en la lucha general contra el racismo. No hubo conferencia obrera de importancia, congreso, o demostración sin que los sindicatos controlados por los comunistas demandaran la aprobación de la legislación complementaria. Este fue el primer punto en la agenda del Segundo Congreso Nacional de la CTC, en diciembre de 1940; en 1947 aún aparecía a la cabeza de las resoluciones sobre legislación social adoptadas por el quinto congreso de la organización.⁷⁷ La CTC también instruyó a sus sindicatos para que propagandizaran el tema en la prensa obrera y adoptaran medidas concretas que garantizaran la contratación y promoción de obreros negros, en particular en los sectores y actividades en los cuales la discriminación era más evidente.⁷⁸

Algunos sindicatos, bajo la dirección comunista, ejercieron presión a los patrones para promover a los trabajadores negros y mulatos a plazas que habitualmente estaban prohibidas. Uno de los casos más renombrados tuvo lugar en la Havana Electric; gracias al activismo de la Unión de Motoristas y Conductores que crearon un Comité del Tranvía

⁷⁶ “A todo el pueblo de Cuba”, *Información* (7 de septiembre de 1940); Manuel Luzardo: “El resultado de las elecciones y las tareas del Partido”, *El Comunista* 2:10-11 (agosto-septiembre de 1940), 672-684.

⁷⁷ Messersmith al secretario de Estado, Habana, 10 de diciembre de 1940. USNA, RG 84/ 850.4/ 1269; “Resolución del V Congreso”, *El Organizador* (junio-julio de 1947), 6-7.

⁷⁸ Para ejemplos de esta campaña en la prensa laboral, ver “Los nueve puntos”, *Voz Gráfica* (diciembre de 1940), 15; Francisco Goiry: “El proyecto de ley contra la discriminación”, *CTC* 6:66 (agosto de 1945), 20-21, 46; “La prensa obrera y las leyes complementarias”, *El Organizador* (septiembre de 1946), 1; Roger Fumero: “Discriminación racial”, *Voz Gráfica* (mayo de 1946), 4; “Contra la discriminación”, *Boletín de Organización* (agosto de 1946), s/p. Acerca de las directivas de la CTC para promover a los negros en los puestos de trabajo, ver Lázaro Peña: *¡La unidad es victoria!* (Habana: n. p., 1942), 30-31; “Informe de los camaradas Lázaro Peña, Oscar Amable, Martín González y Nicolás Hernández”, Habana, 8 de enero de 1949. USNA, RG 59/837.00B/3-1049.

contra la Discriminación, el primer conductor afrocubano en los tranvías habaneros fue nombrado en 1947.⁷⁹

En la textilera Ariguanabo, el sindicato comunista inició una huelga en 1944 basada, entre otras razones, en el hecho de que la fábrica —propiedad norteamericana— solo empleaba 14 negros en una fuerza laboral total de 4 000 empleados. También denunciaron el caso de la tienda Woolworth y otros comercios, donde los afrocubanos no tenían oportunidades de empleo. Y cuando a un obrero negro se le negó la promoción en una tintorería en La Habana, el sindicato controlado por los comunistas llevó al patrón a juicio.⁸⁰

La CTC también hizo campañas que beneficiaran a los obreros afrocubanos, aunque estas no estuvieran definidas en términos raciales. Un ejemplo concreto es el Decreto 3185, el cual estableció una semana de 44 horas con sueldos pagados por 48 horas, y reguló el principio constitucional de igual retribución por igual trabajo. Los aumentos significativos de sueldos que la CTC obtuvo en la década de 1940 con decretos presidenciales, favorecieron a todos los obreros sindicalizados, sin tener en cuenta la raza.

Entre 1940 y 1952 más de 450 decretos que regularon salarios y jornales fueron aprobados. La administración de Batista concedió aumentos de sueldos generales en el rango del 10 % al 25 % en 1941 y 1944; los salarios reales entre los trabajadores no agrícolas más que se duplicaron entre 1940 y 1952.⁸¹ Además, los comunistas buscaron extender estos beneficios a sectores no sindicalizados en los que la presencia afrocubana era prominente, como los trabajadores domésticos. A mediados de los 40, la CTC intentó organizar la Unión de Trabajadores Domésticos —cuyo líder, Elvira Rodríguez, era negra— y propuso una ley por la cual se les concedían los mismos beneficios laborales que recibían otros trabajadores.⁸²

⁷⁹ “Saludan el ingreso de un negro”, *Noticias de Hoy* (7 de enero de 1947); “La discriminación nacional y racial en la industria cubana”, *Nuevos Rumbos* 2 (enero-febrero de 1947), 25; Rogelio Gutiérrez: “La lucha contra los discriminadores”, *El Organizador* (marzo de 1947), 2.

⁸⁰ S. B.: “Memorandum”, Havana, 14 de noviembre de 1944. USNA, RG 84/840.1; J. J. M.: “Strike at Ariguanabo”, Habana, 26 de octubre de 1944. USNA, RG 84/850.4; Harry W. Story a Gordon L. Burke, Santiago de Cuba, 13 de marzo de 1944. USNA, RG 84/800B; “Se inició el juicio por discriminación”, *Noticias de Hoy* (27 de noviembre de 1943).

⁸¹ Para un excelente análisis de este proceso, ver Domínguez: *Cuba: Order and Revolution*, 74-75, 87-89.

⁸² Elvira Rodríguez: “Domésticos, no esclavos”, *Boletín de Organización* (agosto de 1946), 6; “La ley y los hábitos mentales”, *Carga* 1:13 (febrero de 1944), 2-3; Sarah Pascual: “Las trabajadoras domésticas hablan”, *Boletín de Organización* (febrero de 1947), 21, 23.

La campaña a favor de las leyes complementarias también fue apoyada por la Federación Democrática de Mujeres Cubanas controlada por ellos. El Congreso Femenino de 1939 ya había aprobado varias resoluciones que reproducían los puntos de vista radicales del partido acerca de la cuestión racial, que incluían la distribución proporcional de empleo y nombramientos de mujeres negras a los ejecutivos y listas electorales de todos los partidos políticos. Por su parte, el Primer Congreso de la Federación de Mujeres, celebrado en 1950, acordó prestar un “fuerte apoyo” a la aprobación de la ley comunista contra la discriminación. En su informe a la asamblea, la representante mulata y militante del partido Esperanza Sánchez Mastropa, fundamentó la necesidad de tal ley desde la perspectiva de las mujeres afrocubanas: “Las mujeres de piel oscura [...] han de sufrir además de las desventajas que como mujeres les depara el hecho de que no existe la completa equiparación, la preterición que trae acompañada en nuestro país el color de la piel”.⁸³

Un aliado natural del partido en la lucha contra la discriminación era, por supuesto, la Federación de Sociedades de la Raza de Color en la cual se agrupaba una buena parte de la intelectualidad afrocubana. Aunque los líderes del partido eran críticos de estas sociedades, a las cuales culpaban de ayudar a consolidar y reforzar la segregación racial, los comunistas buscaron su apoyo activamente para forzar la acción del Congreso a sus propuestas.⁸⁴ Un informe interno del partido reconocía que el apoyo de las sociedades afrocubanas era indispensable en la lucha contra la discriminación; sus militantes fueron instruidos para unirse a los clubes afrocubanos, promover la “educación” de sus miembros acerca de la verdadera naturaleza y origen de la discriminación e incorporar las sociedades en la lucha general de los comunistas por el establecimiento del régimen socialista en la nación.⁸⁵

En no poca medida, sus esfuerzos dieron fruto. Particularmente en 1944, cuando su ley fue introducida de nuevo —esta vez por García Agüero en el Senado— un impresionante movimiento de apoyo, que incluía a docenas de clubes afrocubanos en toda la Isla, exigió

⁸³ “Conclusiones del Congreso Nacional Femenino”, 17-18; F.D.M.C.: *Informes*, 26-38.

⁸⁴ Para una crítica comunista de las sociedades afrocubanas ver Roca: “La discriminación de los negros”, *Fundamentos* 3:22-23 (junio-julio de 1943), 311-322.

⁸⁵ “Informe de los camaradas Peña, Amable, González y Hernández”, 147-148.

la aprobación de la ley. El momento para la campaña fue de nuevo cuidadosamente escogido: coincidía con las elecciones nacionales.

En medio de la campaña electoral, el candidato Ramón Grau San Martín fue invitado junto a otras figuras políticas por el Club Unión Fraternal, para hablar en el club y definir su posición en lo concerniente a la discriminación racial y la legislación complementaria.⁸⁶ Pero los clubes afrocubanos también se aseguraron de que las promesas electorales no se olvidaran fácilmente. Incluso antes de que Grau, el presidente electo y los miembros del Congreso tomaran posesión de sus cargos, fueron inundados con peticiones para apoyar el proyecto de ley de los comunistas. En una asamblea en La Habana, a principios de octubre, 25 sociedades acordaron enviar mensajes al Senado y la Cámara de representantes exigiendo la aprobación de la ley. La Federación de Sociedades de La Habana también declaró públicamente que ellos tenían esperanzas de que Grau cumpliría sus promesas electorales y promovería a los candidatos afrocubanos a puestos de importancia en la administración.⁸⁷

La presión también vino de las otras federaciones provinciales; la de Pinar del Río envió cartas a los legisladores provinciales, en las que pedía su voto favorable a la ley y exigía conocer su posición en esta cuestión. La Federación de Matanzas reprodujo esta estrategia en su propia provincia, y obtuvo también el apoyo del gobernador provincial y del candidato presidencial derrotado, Carlos Saladrigas.⁸⁸ En Las Villas, el ayuntamiento del pueblo de Santa Clara aprobó una resolución que apoyaba la ley y en respuesta a una petición de la Federación provincial, todos los alcaldes elegidos enviaron una carta de apoyo al Congreso. La campaña fue secundada en Oriente por el Consejo Provincial de Veteranos y por los descendientes de Maceo.⁸⁹ Además de estos esfuerzos comunes, los clubes afrocubanos y sociedades también enviaron cartas individuales y telegramas al presidente Grau, pidiendo su apoyo. El club Atenas, que no pertenecía a la Federación de Sociedades, publicó un

⁸⁶ Humberto Hernández: "Ciclo de conferencias en Unión Fraternal", y "Protestan de la actitud del Dr. Grau", *Noticias de Hoy* (7 y 19 de abril de 1944).

⁸⁷ "Resueltamente se manifiestan" y "Campaña contra la discriminación", *Noticias de Hoy* (3 de octubre y 10 de noviembre de 1944).

⁸⁸ "Están contra la discriminación los pinareños", "Apoya el proyecto... el gobernador matancero", y "Se pronuncian... diversos congresistas", todo en *Noticias de Hoy* (18 de noviembre, 5 y 17 de diciembre de 1944).

⁸⁹ "Intenso movimiento", "Cobra impulso en todo el país", "Los veteranos contra la discriminación" y "Piden la Ley contra la discriminación los Maceo", todos en *Noticias de Hoy* (7, 14 y 22 de noviembre, 9 de diciembre de 1944).

manifiesto que denunciaba la persistencia de “la discriminación racista” en la Isla y exigía la aprobación de la ley.⁹⁰

A pesar de estos esfuerzos, la campaña fracasó. La ley propuesta se sometió a la Comisión de Derechos Constitucionales y Políticos del Senado, donde fue defendida por el senador comunista Juan Marinello y recibió un voto favorable.⁹¹ Sin embargo, el Senado no actuó y la envió a otra comisión que pospuso su discusión indefinidamente. Una demostración nacional, organizada por los clubes afrocubanos en el Anfiteatro Nacional de La Habana, en agosto de 1945, a la cual asistieron Grau y algunos miembros de su gabinete, no logró cambiar la situación. Tampoco lo logró la Segunda Convención Nacional de la Federación, que exigió de nuevo la aprobación del proyecto. En 1947, la Federación Nacional de Sociedades admitió amargamente, en una declaración pública, que no obstante todos sus esfuerzos, la ley permanecía engavetada en el Congreso. Los presidentes de ambas cámaras no incluyeron la propuesta en la agenda legislativa y Grau no hizo nada para conseguir el apoyo de su propio partido, el cual, después de 1946, tenía mayoría en el Congreso.⁹²

Sin embargo, ni los comunistas, ni sus aliados en los clubes afrocubanos se rindieron. Si la administración de Grau fue un fiasco en casi cada área, una nueva elección proporcionaría, de nuevo, una oportunidad de presionar al Congreso y obligar al presidente a incluir la ley contra la discriminación entre sus prioridades. Con métodos que devinieron en costumbre en la política electoral cubana, el candidato principal, Carlos Prío Socarrás, del Partido Revolucionario Cubano gobernante, fue invitado a hablar desde la tribuna del club Atenas. Prío no logró ser tan ambiguo como Grau cuando enfocó este asunto —las declaraciones de Grau usualmente se perdían en un vasto repertorio de lemas huecos como “La cubanidad es amor” y “Que haya dulce para todos”— pero el candidato no tenía mucho que ofrecer para solucionar un problema cuya existencia no negaba: “Es una vergüenza nacional

⁹⁰ Telegramas mecanografiados dirigidos al presidente de la República. ANC, secretaría de la Presidencia, leg. 63, no. 2; Ángel Bertematy García: “La ley contra la discriminación racial”, *Fragua de la Libertad* 4:18 (10 de mayo de 1945), 4.

⁹¹ “Discutirán en breve la ponencia contra la discriminación” y “Aprobada la ponencia de Marinello”, *Noticias de Hoy* (21 y 23 de noviembre de 1944).

⁹² “Weekly Summary”, Habana, 17 de agosto de 1945. USNA, RG 59/837.00/8-1745; “Refuta la Federación de Sociedades Negras”, *Noticias de Hoy* (26 de noviembre de 1947); Juan Jiménez Pastrana: “La Constitución cubana del 40 y el problema negro”, *Nuevos Rumbos* 2:3 (marzo-abril de 1947), 11-12, 22, 24-25.

—declaró Prío— que en un programa de gobierno tenga que figurar el problema de la discriminación racial [...] La discriminación lleva en sí la división, el germen de cataclismos sociales, la consagración de un principio de repudiable fascismo”. Prío describió la discriminación como “un problema económico” que persistía porque la Ley del 50 % no se aplicó correctamente. En lo que toca a su programa de gobierno, sin embargo, las promesas de Prío eran casi tan vacías como las de Grau: “Hay que seguir haciendo amplia y profunda justicia social en Cuba, para evitar que la división cale la conciencia de la nación”.⁹³

Pero Prío al menos reconoció públicamente la existencia de la discriminación y se comprometió a hacer algo al respecto. Además, durante la campaña electoral prometió también que apoyaría la promoción de negros y mulatos a posiciones de dirección en de la administración, aumentando las expectativas de los profesionales afrocubanos. “Nunca se había encontrado el negro cubano en situación tan ventajosa frente a un nuevo gobierno, como ahora, que va a ocupar la presidencia de la república el doctor Carlos Prío Socarrás”, escribió en 1948 el periodista afrocubano Manuel Cuéllar Vizcaíno. Los comunistas utilizaron de nuevo el momento electoral, y sometieron por tercera vez su propuesta de ley contra la discriminación en 1948, en esta ocasión, con el representante a la Cámara Aníbal Escalante. A pesar de su fracaso en lograr la aprobación de la ley, esta campaña logró al menos un resultado favorable: la necesidad de aprobar la ley complementaria contra la discriminación fue incluida en el programa legislativo de todos los partidos.⁹⁴

En 1948, sin embargo, la capacidad de los comunistas de movilizar a la opinión pública en apoyo de su propuesta fue seriamente dañada. Después de 8 años de competencia feroz con los auténticos, ellos perdieron el control de la CTC en 1947, y tuvieron que formar su propia confederación obrera, la cual no gozaba de reconocimiento legal o apoyo del gobierno (véase Figura 11). En 1951, se estimaba que de unos 2 000 sindicatos de base en el país, los comunistas mantenían el control de solo 40.⁹⁵ Todas las federaciones nacionales sucumbieron bajo la sombrilla de la CTC patrocinada por el gobierno. La pérdida de su base obrera fue un golpe importante para el partido, el cual por primera vez, en 1948, ganó

⁹³ “Fijó Prío su línea de gobierno”, *El Mundo* (6 de mayo de 1948); Gabriel Arango Valdés: “El discurso de Prío y la discriminación racial”, *Nuevos Rumbos* 3 (junio-julio de 1948), 18-19, 33; Grillo: *El problema del negro*, 75-79.

⁹⁴ V. Lansing Collins al secretario de Estado, Habana, 6 de octubre de 1948. USNA, RG 59/837.00/10-648.

⁹⁵ Irving Lippe: “Summary of Labor Developments”, Habana, 3 de octubre de 1951. USNA, RG 59/837.06/10-351.

menos votos que en la elección precedente. Alrededor de 1950, apenas podían encontrar un partido político que los aceptara como aliados electorales. Un año después, la cantidad de electores afiliados al partido decreció, comparado con 1949, casi el 60 %.⁹⁶

Los militantes del Partido Socialista Popular también fueron desplazados de los puestos de dirección en las diferentes federaciones obreras, las cuales se unieron a la CTC, patrocinada por el gobierno. Aracelio Iglesias, líder afrocubano de los estibadores de La Habana, fue reemplazado en su cargo y asesinado

fueron sacados del buró ejecutivo de la Federación Nacional de Obreros Marítimos, cuyo nuevo secretario general, un líder obrero negro llamado Gilberto Goliath, era auténtico.⁹⁷ El líder comunista afrocubano de los trabajadores azucareros, Jesús Menéndez, fue asesinado en febrero de

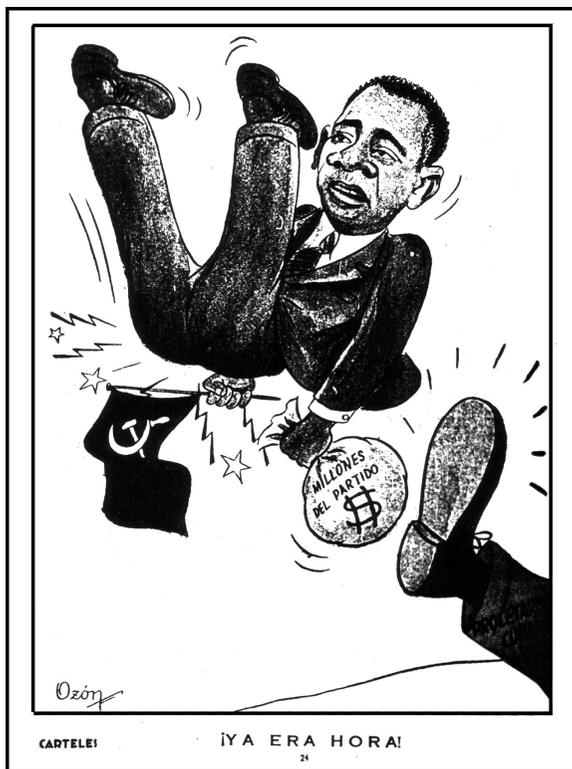


Figura 11: Caricatura que celebra la expulsión del líder sindical comunista Lázaro Peña de la CTC. Publicado en la revista Carteles, el 20 de julio de 1947 (Biblioteca Nacional José Martí).

⁹⁶ Para un resumen de los votos del partido y afiliaciones en la década de 1940, ver “Estado comparativo”, *El Mundo* (11 de diciembre de 1949) y “Alcanzará el PRC(A)”, *El Mundo* (24 de octubre de 1951).

⁹⁷ Mallory al secretario de Estado, Habana, 19 de octubre de 1948. USNA, RG 59/837.5043/10-1948; “El asesinato de Aracelio Iglesias”, *Fundamentos* 8:81 (noviembre de 1948), 683-686. Sobre la Federación Marítima, ver Norweb al secretario de Estado, Habana, 11 de febrero de 1948. USNA, RG 59/837.00/2-1148.

1948. En ese mes tres inspectores del Ministerio del Trabajo de Prío, acompañados por soldados, tomaron la Federación Provincial de Trabajadores de Oriente, encabezada por otro comunista afrocubano, Juan Taquechel.⁹⁸ Algo después, la estación de radio comunista Mil Diez, sexta en el país en términos de audiencia, fue clausurada. En 1949, la CTC oficial se propuso la ilegalización del Partido Socialista Popular. La prensa conservadora anunció con regocijo que el movimiento obrero cubano había sido “liberado”.⁹⁹

ANTICOMUNISMO

Los comunistas fueron despojados de la dirección del movimiento obrero, pero aún representaban una fuerza considerable. La “tragedia” —reportó un funcionario norteamericano— era que los líderes obreros comunistas eran de hecho más competentes, honrados y mejor organizados que los auténticos;¹⁰⁰ además, dejaron un legado que los nuevos líderes no podían ignorar con facilidad. La CTC comunista representó con eficacia los intereses de los obreros y obtuvieron beneficios significativos e incrementos salariales considerables durante el período 1939-1947 para los trabajadores sindicalizados. También encabezaron la lucha por la igualdad racial, y exigieron la aprobación de la legislación complementaria; denunciaron casos de discriminación racial y a veces forzaron a los patrones a contratar y promover a obreros afrocubanos a posiciones mejor remuneradas. Para lograr y mantener algún tipo de legitimidad como líderes sindicales, los auténticos tenían pocas opciones, excepto continuar ese ejemplo.

La nueva dirección de la Confederación se movió fuertemente para consolidar su papel. La movilización obrera no retrocedió; de hecho, para desagrado de los patrones, las demandas aumentaron. El *Diario de la Marina* advirtió que el desplazamiento de los líderes “rojos”

⁹⁸ Andrés Solís: “Un líder que no olvidaremos”, *Voz Gráfica* (febrero-marzo de 1950), 4-5. La violencia sindical incluía también víctimas entre a los auténticos. El caso más notable, pero no único, fue el del exlíder obrero comunista afrocubano, Sandalio Junco, quien fue asesinado en Sancti Spíritus en 1942. Era miembro de la Comisión Obrera Nacional Auténtica cuando murió. Ver: “Tres muertos”, *El Mundo* (9 de mayo de 1942); “Hay que reaccionar como cubano y como negro”, *Fragua de la Libertad* 1:5 (5 de junio de 1942), 7.

⁹⁹ Alfredo T. Quílez: “¿Se libera el obrerismo cubano?”, *Carteles* (20 de julio de 1949), 25.

¹⁰⁰ John T. Fishburn: “Notes on Cuban Labor”, Habana, 28 de julio de 1953. USNA, RG 59/837.06/ 7-2853.

de las organizaciones obreras no logró nada, pues las organizaciones obreras anticomunistas continuaban actuando de modo similar. La prensa conservadora destacó que los nuevos líderes de la CTC incrementaron las demandas salariales y otras demandas obreras para no ser acusados de traidores y que el gobierno estaba ansioso de mostrar un récord favorable de “conquistas sociales”. Según este periódico, para el gobierno, la propiedad era una “especie de crimen”.¹⁰¹

Los líderes obreros auténticos fueron mucho más lentos en asumir la agenda por la igualdad racial. De hecho, este asunto, que había sido notable en cada manifiesto importante o acto público de los sindicatos comunistas desapareció de la lista de las demandas del movimiento obrero; de las 255 que las 31 federaciones nacionales de la CTC propusieron al presidente Prío en mayo de 1951, ni una se refería a la igualdad racial o a la ley complementaria sobre el asunto.¹⁰² El líder obrero auténtico Marcos Hirigoyen admitió que los sindicatos hicieron poco por eliminar la discriminación: “Si los líderes sindicales, con el respaldo de las organizaciones que representan, utilizaran hasta la acción directa, exigiendo el cumplimiento de los escalafones a base de cubanos, de trabajadores, y no de hombre de tal y cual color, no habría discriminación en Cuba”.¹⁰³

Los comunistas, por su parte, siguieron luchando contra la discriminación. Como se mencionó antes, el Partido Socialista Popular sometió su ley a consideración del Congreso por tercera vez en 1948; utilizó la base obrera que le quedaba y su presencia en la Federación de Sociedades para mantener el tema vivo y defender su paternidad.¹⁰⁴ Cuando intentó organizar el Frente Nacional Democrático en 1950 y 1951, la lucha contra la discriminación racial figuró de nuevo de forma destacada en sus metas. Además, los comunistas también usaron el tema racial para desacreditar a sus críticos. Al referirse al Congreso de los obreros telefónicos, en octubre de 1947, por ejemplo, cuestionaron la

¹⁰¹ Esta y otras notas de prensa están incluidas en Butler al secretario de Estado, Habana, 30 de septiembre de 1948. USNA, RG 59/837.00/9-3048. Para una queja similar, ver “Por una política laboral rectamente ajustada”, *Diario de la Marina* (13 de mayo de 1951).

¹⁰² “Demands Made by the Different Labor Federations”, Habana, 1 de mayo de 1951. USNA, RG 59/837.06/5-1551.

¹⁰³ Mario Barrera: “Rincón obrero”, *Prensa Libre* (1 de diciembre de 1951).

¹⁰⁴ Sobre esta campaña en la prensa obrera comunista ver “Frente Democrático”, *Unitario* 4:7 (julio de 1951); “Tarea inaplazable”, *La Chaveta* 2 (agosto de 1951); “Editoriales”, *La Dalila* 15:7 (julio-agosto de 1951); “Derrotemos a los criminales”, *¡Adelante!* 5:3 (julio de 1951).

falta notable de caras “morenas” entre los que asistían a la asamblea. La nueva dirección de la CTC también fue atacada por haber desplazado a los afrocubanos de su buró ejecutivo.¹⁰⁵

Las críticas a la CTC, a los auténticos y al gobierno, procedían también de sociedades afrocubanas que no estaban vinculadas al Partido Socialista Popular, como el prestigioso club Atenas. Hacia 1951, los clubes afrocubanos se volvieron críticos de la administración de Prío por el incumplimiento de sus promesas electorales. Durante las elecciones, él prometió nominar a los negros y mulatos a puestos del gobierno, pero la proporción de afrocubanos en la administración continuaba siendo ridículamente baja.

Durante el período de Grau, nombró a dos generales afrocubanos, a dos negros o mulatos como miembros del gabinete y a varios jefes de secciones, incluyendo al jefe de la policía.¹⁰⁶ Con Prío, incluso esta limitada presencia afrocubana en el gobierno disminuyó.¹⁰⁷ La “ausencia casi completa” de funcionarios negros en el gobierno —advirtió un editorial de *Nuevos Rumbos*— generó un escepticismo en la población negra hacia la administración.¹⁰⁸ Peor, quizás, era el hecho de que tan tarde como agosto de 1951, Prío no había recomendado aún que el Congreso aprobara la ley contra la discriminación. En una carta abierta al presidente, los directores del club Aponte recordaron sus promesas electorales y lo precisaron a apoyar la ley: “Usted prometió que su gobierno acabaría con esta situación degradante. Cumpla su palabra en este trascendental e histórico aspecto”. Una petición similar fue hecha por el club Atenas, cuyo presidente, el senador auténtico

¹⁰⁵ “Un congreso anticomunista”, *Boletín de Organización* (octubre de 1947), 5; Roca: “El decreto sobre la discriminación racial y las masas”, *Noticias de Hoy* (17 de noviembre de 1951).

¹⁰⁶ Los generales afrocubanos fueron Gregorio Querejeta y Hernández Nardo, los ministros José Manuel Casado (Interior) y Francisco Benítez (Trabajo). Ver Cuéllar Vizcaíno: *Unas cuantas verdades*, 10-11; Severo Aguirre: “El PRC no defiende a los negros”, *Noticias de Hoy* (5 de mayo de 1948); Felipe Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (18 de septiembre de 1951).

¹⁰⁷ Los afrocubanos incluidos en el gabinete de Prío eran Ramón Vasconcelos y Casado, quien había sido ministro del Interior bajo Grau. Butler al secretario de Estado, Habana, 4 de febrero de 1950. USNA, RG 59/737.00/2-450; Sergio Aguirre: “Cordialidades. La raza de los buenos”, *Noticias de Hoy* (23 de noviembre de 1951); “Clausurado anoche el Congreso Auténtico”, *El Mundo* (21 de noviembre de 1951).

¹⁰⁸ “El nuevo presidente y las leyes complementarias”, *Nuevos Rumbos* 4:1 (noviembre de 1948), 3-4. Sobre el desencanto de los afrocubanos con la administración ver también Grillo, *El problema del negro*, 80-81.

Prisciliano Piedra, presentó su propia ley contra la discriminación en el Congreso.¹⁰⁹

La propuesta de Piedra, que básicamente reproducía la ley comunista excepto en su sección “educacional”, solo podía ser interpretada por el PSP como un intento de robarles la iniciativa en su lucha. Como senador por el partido gobernante, Piedra esperaba que su propuesta recibiría una acción favorable en el Congreso, pues en 1950 era evidente que uno de los obstáculos principales que impedía la aprobación de la propuesta comunista era la afiliación de sus proponentes. Otros partidos políticos simplemente no permitirían que el PSP obtuviera esa victoria política. El Partido Socialista Popular denunció la iniciativa de Piedra como una “trampa” electoral, la cual pretendía crear confusión y divisiones por alguien que nunca había defendido los derechos de los afrocubanos en su larga carrera política, que comenzó a principios de los años 20.¹¹⁰

La Federación de Sociedades, donde los comunistas mantenían alguna influencia, también reconoció que la nueva propuesta debilitaría la campaña a favor de la ley, pues el Senado y la Cámara no podían considerar legalmente dos propuestas diferentes sobre un mismo problema. Unos días después, Piedra ofreció retirar su propuesta en una carta pública al presidente Prío.¹¹¹

Si los intereses implicados en la aprobación de la ley eran contradictorios, la valoración de que el momento político era oportuno no lo era. Como en el pasado, la campaña a favor de la ley se intensificó durante el período anterior a las elecciones nacionales de junio de 1952. Un editorial publicado en el boletín mensual del club Atenas bordeaba el chantaje electoral abierto: “Al gobierno del Dr. Prío aún le quedan varios meses en el poder. Y si en verdad desea ganar la batalla del próximo lro. de junio, convendría que tomara buena nota de cuanto dejamos expuesto. Que los derechos que la Constitución nos otorga, sabremos ejercitarlos a plena conciencia”.¹¹²

¹⁰⁹ “Carta abierta del club Aponte” y “Editorial”, ambos en *Atenas* 2:4 (agosto de 1951), 6, 8. Sobre el impacto de estos llamamientos, ver Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (29 de agosto de 1951).

¹¹⁰ García Agüero: “La discriminación, la ley y la trampa”, *Fundamentos* 10:95 (febrero de 1950), 128-134. La propuesta de Piedra es reproducida en “Empleos dignos para personas decentes”, *Atenas* 2:6 (octubre de 1951), 7, 32.

¹¹¹ “Llama la Federación de Sociedades Negras a la lucha”, *Noticias de Hoy* (26 de enero de 1950); “Así trabajamos contra la discriminación racial”, *Atenas* 2:4 (agosto de 1951), 7.

¹¹² “Editorial”, *Atenas* 2:4 (agosto de 1951), 30.

Prío y los auténticos no podían darse el lujo de ignorar estas amenazas, pues el resultado de las elecciones de 1952 estaba lejos de estar garantizado. De hecho, las encuestas de opinión pública sugerían que el ganador sería el adversario Partido del Pueblo Cubano Ortodoxo, creado en 1947 como una alternativa a la escandalosa corrupción de las administraciones auténticas.¹¹³ En su mensaje al Congreso de octubre de 1951, Prío reconoció la necesidad de regular la discriminación.¹¹⁴ Aunque él se oponía a dar a los comunistas crédito por la iniciativa, ya no podría evadir el problema. La presión venía no solo de las filas comunistas, sino también de figuras prominentes afrocubanas en su propio partido y de grupos anticomunistas que defendían el reformismo como una alternativa a la propaganda comunista.¹¹⁵ En resumen, él tenía que encontrar una fórmula que regulara la discriminación sin conceder ventajas políticas a sus enemigos.

La CTC oficialista proporcionó dicha fórmula. Siguiendo los acuerdos de su Séptimo Congreso, los líderes de la Confederación iniciaron un movimiento contra la discriminación en el otoño de 1951. En septiembre, el secretario de Relaciones Sociales de la CTC, el afrocubano Reinaldo Hastié, llamó a una reunión con representantes de las organizaciones estudiantiles, la Federación de Sociedades, y los periodistas afrocubanos que cubrían las noticias “de sociedad” para organizar un “frente común” contra la discriminación racial. De esta y otras reuniones preliminares surgió el Frente Cívico Cubano Contra la Discriminación Racial, el cual también era apoyado por Atenas y Unión Fraternal, los dos clubes afrocubanos más importantes de la capital.¹¹⁶

Prío emitió un decreto que regulaba el artículo 74 de la Constitución, en respuesta favorable a la campaña del Frente y para aplacar a los críticos de su administración, a inicios de noviembre. El decreto estableció que la cláusula constitucional tendría que ser cumplida de

¹¹³ Raúl Gutiérrez Serrano: “El pueblo opina sobre el gobierno”, *Bohemia* (16 de diciembre de 1951), 124-127, 146-149; Carlos Lechuga: “El último survey”, *El Mundo* (13 de diciembre de 1951). Sobre los ortodoxos, Ver Farber: *Revolution and Reaction*, 122-130.

¹¹⁴ Prío: “Mensaje al Congreso”, *Gaceta Oficial* (26 de octubre de 1951), 93.

¹¹⁵ Por ejemplo, la Federación Nacional Anticomunista de Cuba pidió al Congreso que aprobara la legislación complementaria sobre la discriminación racial, porque el tema había sido utilizado por los comunistas como un tema de “propaganda”. Henry Hoyt al secretario de Estado, Habana, 13 de marzo de 1951. USNA, RG 59/737.001/5-351.

¹¹⁶ Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (15 y 18 de septiembre de 1951); Grillo, *El problema del negro*, 87-88.

forma “inmediata”, que “toda discriminación racial para cubrir los cargos vacantes y de nueva creación en la industria y comercio” era punible, y que las listas de obreros desempleados, a partir de las cuales se seleccionaban supuestamente los candidatos, no contendrían referencia alguna a la raza o color. El Ministerio del Trabajo estaba encargado de investigar cualquier caso de discriminación y fue autorizado a intervenir establecimientos industriales o comerciales que no obedecieran la ley. El decreto también estableció que sus efectos no eran retroactivos; su aplicación no dañaría ningún “derecho legítimamente adquirido” y no fijaba “tantos por cientos de esencia discriminatoria” en la distribución de empleos.¹¹⁷

El decreto fue emitido en respuesta a la presión de varios grupos. Una vez publicado, contribuyó a su vez a dar nuevas fuerzas. El Frente Cívico empezó a hacer contactos de inmediato con la Federación Nacional de Obreros del Comercio Minorista para promover la contratación de negros en establecimientos comerciales, donde estaban muy pocos representados. Exigieron también que el director de Deportes acabara con las prácticas discriminatorias en los deportes de aficionados y sobre todo en el béisbol, donde la exclusión de los negros se convirtió en un “escándalo”. Representantes del Frente visitaron al ministro de Trabajo y al presidente para agradecerles el decreto y pedir su intervención personal con los patrones y crear oportunidades laborales para los negros.¹¹⁸

Las actividades del Frente se complementaron por otros grupos que consideraron al decreto como una oportunidad, sin precedentes, de romper el tradicional monopolio blanco en ciertas ocupaciones. Unión Fraternal —cuyo presidente, Rogelio Piedrahita, era miembro del buró ejecutivo del Frente— reprodujo el decreto y le dio una copia a cada miembro del club para que estuvieran conscientes de su contenido. En Las Villas, el presidente de la sociedad El Gran Maceo convocó a una reunión con todos los clubes afrocubanos de la provincia para estudiar las propuestas del Frente Cívico. Otra organización, el Comité Conjunto Pro Justicia Ciudadana, felicitó al Frente y a la CTC por su éxito “en la cruzada que condujo a la promulgación del decreto” contra la discriminación; pero afirmó que para hacer esos logros “reales”, tenían que

¹¹⁷ “Decreto 4832”, *Amanecer* 1:1 (febrero de 1952), 18; “Por medio de una decreto declaran punible la discriminación”, *Diario de la Marina* (7 de noviembre de 1951).

¹¹⁸ “Entra en vigor el decreto”, *Prensa Libre* (7 de noviembre de 1951); Elosegui: “1 000 noticias en sepia” *Tiempo* (29 de noviembre de 1951).

incluir a los negros en todas las oficinas gubernamentales y en la boleta electoral de los auténticos.¹¹⁹

Prío y su ministro del Trabajo, Edgardo Buttari, contribuyeron a legitimar las actividades del Frente y de la CTC al reunirse en privado con representantes del sector minorista para solicitar su apoyo en la contratación de afrocubanos. A finales de noviembre, el presidente pidió a los gerentes de algunas de las tiendas por departamentos más famosas de La Habana —Fin de Siglo, El Encanto, Sears y Roebuck, y La Filosofía— que incluyeran mujeres negras o mulatas en su personal. También el ministro Buttari se reunió con el presidente de la Asociación de Calles Comerciales y pidió su cooperación.¹²⁰ Prío aprovechó la conmemoración de la muerte de Antonio Maceo para criticar públicamente la discriminación y, utilizó el discurso del mestizaje para apelar a la unidad de todos los cubanos: “Este país no es obra de una raza privilegiada [...] la división de cubanos entre negros y blancos [es] una traición a Cuba”. En una alusión clara a su propio decreto y a los comunistas, afirmó también que los cubanos alcanzaban la armonía al promover “la libertad” y “el bienestar”.¹²¹

La prensa más importante ovacionó la política del gobierno y el discurso de Prío como pasos definitivos hacia la solución del llamado problema negro en Cuba y se mostró muy satisfecha con la manera “discreta” y “gradual” con que la administración afrontó esto.¹²² Era, por supuesto, una referencia solapada a los comunistas y a su campaña activa contra la discriminación racial, la cual, según un periodista, hacía más daño a la nación que la tuberculosis.¹²³ “Cuando esta Central Sindical estaba dirigida por los comunistas y con gobiernos muy ligados a ellos, los negros cubanos no contemplaron más que [...] remotas promesas de legislación”, acusó Reinaldo Hastié. Desde las páginas del *Diario de la*

¹¹⁹ Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (28 de noviembre de 1951); “Reunión contra la discriminación”, *El Mundo* (15 de noviembre de 1951); “Contra la discriminación racial”, *Prensa Libre* (13 de diciembre de 1951).

¹²⁰ “Destacadas figuras del comercio” y “Emplearán más jóvenes”, *Prensa Libre* (28 de noviembre y 13 de diciembre de 1951); “Apoya el Conjunto de Calles”, *El Mundo* (20 de diciembre de 1951).

¹²¹ “Fustigó el presidente Prío a la práctica de la discriminación”, *El Mundo* (9 de diciembre de 1951). El discurso fue ampliamente divulgado y también reproducido por *Tiempo* y *Prensa Libre*.

¹²² Para un buen resumen, ver a Aracelio Azcuy: “La nota discordante”, *Prensa Libre* (12 de diciembre de 1951). Azcuy reproduce los comentarios de los principales medio de prensa de La Habana.

¹²³ Sergio Carbó: “Bellas y dulces muchachas de color”, *Prensa Libre* (12 de diciembre de 1951).

Marina, el periodista conservador afrocubano Gastón Baquero también saludó el decreto de Prío y señaló que la “revolución comunista” solo prosperaba en lugares donde las injusticias sociales prevalecían.¹²⁴

Si discreto y gradual fue el acercamiento gubernamental al problema, también lo fueron los resultados de su política. Unas pocas mujeres mulatas claras, con altos niveles educacionales, encontraron empleo en las tiendas lujosas durante las Navidades de 1951, pero eso fue todo lo que el decreto logró en la práctica. Desde la Federación de Sociedades, los comunistas descartaron el decreto como “inútil” y criticaron airadamente la creación del Frente Cívico como una maniobra electoral de los auténticos contra la legislación complementaria. Además, el periódico del PSP destacó que en enero de 1952 las pocas mujeres afrocubanas contratadas en las tiendas por departamentos fueron despedidas después de la temporada navideña, con lo cual se demostró la “hipocresía” de Prío.¹²⁵

Los comunistas no eran los únicos que tenían una visión crítica. Pastor Albear, candidato senatorial por el Partido del Pueblo Cubano Ortodoxo, ridiculizó el decreto como una “burla” contra los afrocubanos: la regulación removía los casos de discriminación del sistema judicial y los ponía bajo la jurisdicción del Ministerio del Trabajo, donde eran manejados como un simple procedimiento administrativo; evidentemente no era lo que la Constitución pretendía. Un escritor en la revista afrocubana *Amanecer* también se refirió al decreto como una burla y denunció que este no brindaba protección efectiva “de ningún tipo”. El escepticismo alcanzó a otros afrocubanos menos conocidos. Un lector de *Atenas* cuestionó lo significativo que era emplear a varias mujeres jóvenes en unos pocos establecimientos comerciales y cuestionó si las actividades del Frente Cívico merecían apoyo. Los editores del órgano coincidían en que el decreto no resolvía el problema y advirtieron que la legislación complementaria era necesaria para luchar contra los casos de discriminación que no se relacionaban, precisamente, con las oportunidades de empleo y las promociones.¹²⁶

¹²⁴ “El Diario pregunta” y Gastón Baquero: “Nota sobre el prejuicio racial”, ambos en *Diario de la Marina* (11 y 30 de noviembre de 1951).

¹²⁵ Sobre el Frente, ver Honorio Muñoz: “Contra la discriminación”, “El llamado Frente Cívico trata de confundir” y “Es antidemocrático el Frente Cívico”, todos en *Noticias de Hoy* (17, 20 y 22 de enero de 1952). Sobre los empleos de las mujeres afrocubanas en las tiendas por departamentos ver “Lanzadas a la calle las jóvenes negras”, *Noticias de Hoy* (11 de enero de 1952).

¹²⁶ Albear: “Es una burla a la raza de color el decreto sobre la discriminación”, *Prensa Libre* (29 de noviembre de 1951); Ángel Jubiel Varona: “¿Hacia dónde debemos ir?”, *Amanecer* 1:3 (abril-mayo de 1952), 16; “Nuestros lectores opinan”, *Atenas* 2:8 (diciembre de 1951), 4.

El decreto no proporcionó una solución, pero la campaña en su conjunto, que involucró al presidente y recibió amplia cobertura en la prensa, de nuevo puso el tema de la raza en el centro de la política nacional y llevó el problema a la atención pública. En cierto sentido, los comunistas tuvieron éxito. Después de más de 10 años de propaganda sistemática y de movilización, incluso sus enemigos reconocían que se requería alguna acción gubernamental en esta área, al menos para privar a estos de una de sus herramientas políticas más populares. Además, aun si la campaña fue conducida con objetivos puramente electorales, produjo otro resultado inesperado: en diciembre de 1951, la Cámara de Representantes aprobó la Ley de Educación y Sanciones Contra la Discriminación Racial presentada por el Partido Socialista Popular, que ellos habían llevado al Congreso 11 años antes.¹²⁷

No obstante estos innegables éxitos, la lucha para promulgar una ley que regulara la discriminación estaba lejos de concluir; esta tenía que ser aprobada en el Senado, donde el PSP no tenía representación. Más importante, sin embargo, es el hecho de que las fuerzas populares que se podrían movilizar en semejante coyuntura estaban profundamente divididas. La CTC oficialista apoyaba su propia iniciativa, el Frente Cívico, y aspiraba a trabajar en el espacio creado por el decreto de Prío. La Federación de Sociedades permanecía comprometida con la aprobación de una ley complementaria, pero en la Cuarta Convención Nacional en febrero de 1952, los comunistas fueron expulsados de su buró ejecutivo. El nuevo presidente no era otro que Prisciliano Piedra, para quien el puesto representaba un paso importante en sus aspiraciones electorales como senador auténtico. Piedra y los comunistas entraron en conflicto sobre la ley complementaria, las actividades del Frente Cívico —que él apoyaba firmemente— y en la eficacia del decreto de Prío.

Los representantes de otros clubes afrocubanos comprendieron que, en lugar de ser un aliado poderoso y eficaz, los comunistas se convirtieron en un obstáculo para lograr el acceso a los recursos gubernamentales, que eran cruciales para la supervivencia de muchas de las sociedades. Así, a principios de 1952, la Federación de Sociedades, al igual que la CTC, fueron captadas por los auténticos. El control gubernamental de la dirección nacional de ambas organizaciones era ahora completo.¹²⁸

¹²⁷ Henry Hoyt: "Summary of Action Taken in House of Representatives", Habana, 28 de diciembre de 1951. USNA, RG 59/737.21/12-2851.

¹²⁸ "No podrá detener la lucha", *Noticias de Hoy* (26 de febrero de 1952); Elosegui: "1 000 noticias en sepia", *Tiempo* (21 y 22 de noviembre de 1951, 24 y 27 de febrero de 1952).

La incorporación exitosa de estas organizaciones a la maquinaria estatal abría oportunidades a estas organizaciones, pero también establecía limitaciones en sus actividades. Aunque la CTC continuó presionando por las demandas obreras, la Confederación sufrió los efectos de las divisiones internas, el gangsterismo y la corrupción. Además, los intereses políticos de muchos de sus líderes entraban frecuentemente en conflicto con los intereses obreros. Cuando el sindicato de estibadores de Santiago de Cuba fue a la huelga para oponerse a la estiba del azúcar a granel en 1955, tuvieron que enfrentar la oposición de su propia Federación Nacional de Obreros Marítimos. El sindicato, informaron fuentes locales, buscó el consejo del líder comunista afrocubano Juan Taquechel, anterior presidente de la Federación de los Trabajadores en la provincia. La Federación reaccionó y le pidió al gobierno que interviniera el sindicato y reemplazara a sus líderes.¹²⁹

Las divisiones eran evidentes de otras formas. En 1949, los poderosos sindicatos de los obreros eléctricos y telefónicos celebraron un congreso independiente y procedieron a crear su propia federación, la cual compitió con la CTC oficialista, y con la de los comunistas, por el apoyo de los obreros. En 1951, la Federación Nacional de Obreros del Tabaco también amenazó con retirarse de la CTC debido a la intromisión de la dirección nacional en sus asuntos. Su líder, el líder mulato Manuel Campanería, acusó a Mujal de abuso de poder y de racismo y por eso fue expulsado del buró de la Comisión Nacional Obrera Auténtica.¹³⁰

A finales de 1951, un grupo de líderes obreros auténticos reconocieron que “el balance” del trabajo de la CTC desde 1948 había sido “negativo”, como demostraba el hecho de que no habían podido lograr la unidad entre las masas obreras y los nuevos líderes sindicales. “La alta rectoría de la CTC —acusaron en un documento público— ha infiltrado su táctica de componendas, de obediencia a los dictados gubernamentales y de transacciones personalistas en los conflictos sociales”. Esto había quebrado la “autoridad sindical” y desacreditado el movimiento obrero. No es casual que a partir de los últimos años

¹²⁹ Juan de Zengotita: “Labor Developments”, Habana, 31 de marzo de 1955. USNA, RG 59/837.06/3-3155.

¹³⁰ John Cope al secretario de Estado, Habana, 25 de mayo de 1949. USNA, RG 59/837.504/5-2549; “Piden garantías” y “Se inaugurará hoy el Congreso de los Tabacaleros”, *El Mundo* (13 de noviembre y 2 de diciembre de 1951). La acusación de racismo estaba basada en la expulsión de cuatro líderes obreros afrocubanos del ejecutivo de la Comisión Nacional Obrera de los auténticos. Ver: “Trata la CTC de la crisis en la Federación Tabacalera”, *Prensa Libre* (19 de octubre de 1951).

de la administración de Prío, el movimiento obrero comenzó a perder algunas de las conquistas que con tanto esfuerzo logró.¹³¹

Un proceso similar tuvo lugar en la Federación de Sociedades, cuya dependencia creciente de los subsidios estatales dañó su capacidad de impulsar una agenda política independiente. Debido a estos subsidios y otros beneficios, como trabajos en el sector público, las buenas relaciones con el Estado eran cultivadas asiduamente. Los clubes afrocubanos reprodujeron su exitoso “homenaje” público a Machado y, organizaron banquetes de honor, tanto para Grau como para Prío.¹³² La elección del senador Piedra como su presidente contribuyó a consolidar más aún estos vínculos, pero al mismo tiempo expuso a la Federación a toda la politiquería y corrupción típicas de las administraciones auténticas. Su elección fue criticada vehementemente —no solo por los comunistas— como una maniobra electoral de Prío y del partido gobernante. Incluso su elección como presidente del club Atenas estuvo rodeada por el escándalo, que incitó a varios miembros de su club a iniciar una acción judicial contra él.¹³³

La gestión de Piedra estuvo marcada también por el escándalo en la Federación, en particular alrededor de la administración y utilización de \$30 000 donados por Prío con el objetivo de construir una playa privada para las sociedades. Fue acusado por algunos de sus partidarios de robar el dinero y de utilizarlo con fines personales. Lideraba la acusación Reinaldo Hastié, del Frente Cívico y amigo y colaborador de Eusebio Mujal, secretario general de la CTC. Hastié reclamó un voto de censura contra el buró ejecutivo de la Federación, al cual acusó —junto a sus enemigos tradicionales, los comunistas— que había sido impuesto desde fuera. Piedra se defendió y alegó que “todos” participaron en el gasto del dinero y a su vez acusó a Hastié del robo de \$10 000 que la CTC le asignó para las actividades del Frente Cívico.¹³⁴

¹³¹ “Obreros: repertorio de acusaciones”, *Bohemia* (4 de noviembre de 1951), 71; “Declaraciones de Orizondo”, *Prensa Libre* (26 de octubre de 1951). Para una discusión de los efectos del gobierno de Prío sobre los trabajadores, ver Domínguez: *Cuba: Order and Revolution*, 89-90.

¹³² “Las sociedades de color”, *Revista de Policía* 1:9 (septiembre de 1945), 32; Norweb al secretario de Estado, Habana, 9 de agosto de 1946. USNA, RG 59/837.00/8-946; Felipe Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (22 de enero de 1952).

¹³³ Armando Rabilero: “La Federación Nacional de Sociedades” e “Impediremos la formación de una CTK negra”, *Noticias de Hoy* (27 y 29 de febrero de 1952).

¹³⁴ Elosegui: “Una turbulenta reunión”, *Amanecer* 2:7 (enero de 1953), 22-24; García Agüero: “Una plaga sobre las sociedades”, *Noticias de Hoy* (22 de octubre de 1952).

Más allá de estas acusaciones mutuas, sin embargo, algo era evidente. Al igual que la CTC, después del desplazamiento de los comunistas, las aspiraciones y rivalidades personales amenazaban la integridad de la Federación.

EL RÉGIMEN AUTORITARIO DE BATISTA

El golpe militar llevado a cabo por Batista en marzo de 1952 ayudó a consolidar estas tendencias. Después de un tímido esfuerzo inicial de resistencia, la dirección de la CTC negoció con el gobierno *de facto* un arreglo que garantizaba el estatus de la Confederación y de sus líderes. La preocupación principal de Mujal era que el nuevo gobierno entregaría la CTC a los comunistas o a los activistas obreros del propio Partido Acción Unitaria de Batista.¹³⁵

La Federación de Sociedades siguió los pasos de la central obrera. En un breve manifiesto público emitido después del golpe, su presidente, Prisciliano Piedra, pidió a todos los clubes afrocubanos que mostraran “su franca y decidida colaboración a los nuevos mandatarios de la nación”. Al mismo tiempo, pidió de nuevo la aprobación de la ley complementaria contra la discriminación y la inclusión de los profesionales afrocubanos en la nueva administración.¹³⁶

Esto no era solo oportunismo político. Muchos profesionales afrocubanos, cuyo sustento dependía de nombramientos en la inflada burocracia estatal, vieron el golpe militar como una oportunidad para el avance social después de 4 años de abandono de Prío. “Nosotros esperamos mucho de Batista —afirmó un líder afrocubano del Partido Acción Unitaria en Matanzas—, Batista es ‘el hombre’ de la gente sepia”, señaló el periodista Felipe Elosegui.¹³⁷ Las expectativas por consiguiente eran altas. Según informes de la prensa, un número grande de políticos negros y mulatos, amigos del “general” o de algunos de sus colaboradores más íntimos, visitaron el palacio presidencial en los días siguientes al golpe, buscando nombramientos. Como de costumbre, solo unos pocos tuvieron éxito, aunque en número suficientemente

¹³⁵ “La CTC en Columbia”, *Tiempo* (14 de marzo de 1952); Barrera: “Rincón obrero”, *Prensa Libre* (5 de diciembre de 1951).

¹³⁶ “Texto del manifiesto dirigido por la Federación de Sociedades Cubanas al jefe del Gobierno”, *Amanecer* 1:3 (abril-mayo de 1952), 5; García Agüero: “Otra vez Prisciliano”, *Noticias de Hoy* (15 de octubre de 1952).

¹³⁷ “Habla el PAU”, *Prensa Libre* (18 de diciembre de 1951); Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (20 de abril de 1952).

grande para dar la impresión que este sería un gobierno favorable a los negros.¹³⁸

Dos afrocubanos fueron nominados en el primer gabinete de Batista: Miguel Ángel Céspedes como ministro de Justicia y Justo Salas —antiguo alcalde de Santiago— como ministro sin cartera. Otros fueron nombrados en el Consejo Consultivo, órgano asesor creado por Batista para reemplazar al Congreso. Entre ellos había figuras políticas muy conocidas como el veterano Generoso Campos Marquetti, Aquilino Lombard, Gustavo Urrutia, el periodista Gastón Baquero y Luis Oliva Pérez, miembro destacado del club Atenas. El secretario de prensa del club, David Grillo, quien era miembro del Partido Acción Unitaria, se consideraba podía dirigir un departamento. El periodista Manuel Cuéllar Vizcaíno fue nombrado director de asuntos sociales en el Ministerio de Información, oficina encargada de promover proyectos sociales y culturales que condujeran a “la integración nacional”. Dos afrocubanos estaban a cargo de las secciones de limpieza de calles y la radio. Un amigo personal de Batista y protegido de Prisciliano Piedra, Ulises Sánchez Querol, fue nombrado jefe de inspectores en el Ministerio de Hacienda.¹³⁹

Aunque limitada, la presencia de estos afrocubanos en la administración les dio la oportunidad de ejercer alguna influencia en las decisiones gubernamentales, destinar algunos empleos y recursos a sus seguidores y apoyar a los clubes afrocubanos, que representaban su principal base institucional. Gracias a los esfuerzos de Oliva, miembro del Consejo Consultivo, el gobierno concedió \$50 000 a 7 clubes afrocubanos en La Habana para construir un “club intersocial”, al cual todos los miembros pudieran asistir. Un mes después del golpe, representantes del Movimiento de Opinión Progresista Integral (MOPI), organización que hacía campaña por la igualdad racial y era dirigida por uno de los miembros fundadores del Frente Cívico, entregó una lista de peticiones a Batista. Sus demandas incluían desde una beca para

¹³⁸ La revista afrocubana *Amanecer* reportó, por ejemplo, que Batista se rodeó de un grupo de colaboradores que incluía varios negros y mulatos, algunos de los cuales fueron designados para “posiciones de importancia” en el gobierno. “Editorial. No por..., por cubanos”, *Amanecer* 1:3 (abril-mayo de 1952), 2.

¹³⁹ Esta información está basada en diferentes fuentes. Ver: “Proclama sobre los propósitos y estatutos del nuevo gobierno”, Habana, 10 de marzo de 1952. USNA, RG 59/737.00/3-1052; Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (14 y 19 de marzo, 13 de abril de 1952); Cuéllar Vizcaíno: “Aire libre”, *Tiempo* (27 de septiembre de 1952); “Ojos y oídos: Nicolás Esquivel” y “El novato del año”, *Amanecer* 1:6 (agosto-diciembre de 1952), 8-10.

la soprano afrocubana Olimpia Cabrera hasta la necesidad de tomar medidas enérgicas contra la discriminación. “El general no puede defraudarnos”, declararon a la prensa.¹⁴⁰ Por la mediación de la primera dama, Marta Fernández de Batista —quien intentó, con poco éxito, imitar el sistema de bienestar social paralelo creado por Eva Perón en Argentina—, la pianista afrocubana Zenaida Manfugás recibió otra beca para proseguir estudios en Europa. Y en 1952, Batista le concedió medio millón de dólares a la Federación Nacional de Sociedades para construir una playa privada exclusiva a los clubes afrocubanos.¹⁴¹

La acción gubernamental no se limitó a unas pocas becas y donaciones. Necesitado de apoyo popular, la administración de Batista también dio algunos pasos simbólicos en la siempre difícil área de la discriminación racial. El golpe interrumpió la posibilidad —seguramente remota— de que la Ley de Educación y Sanciones de los comunistas, fuera aprobada en el Senado, después de ser aceptada por la Cámara de Representantes. Así como también interrumpió las actividades del Frente Cívico, cuya existencia estaba íntimamente unida a los auténticos y a la depuesta administración.¹⁴²

En respuesta a peticiones de la Federación, MOPI y otras organizaciones, un decreto emitido en junio de 1952 que regulaba las “bolsas de trabajo” —donde los obreros desempleados disponibles estaban supuestamente registrados— estableció que las plazas serían distribuidas “sin discriminación de ninguna clase” y “sin distinción de raza o color”.¹⁴³ El decreto parafraseó algunos de los pasajes de la regulación de Prío, pero entre otras cosas, no incluía una sanción específica contra los violadores de la ley, aunque los refería al código penal.

Algunos políticos afrocubanos continuaron presionando por una ley general contra la discriminación. Los decretos de Prío y de Batista se referían al trabajo; pero otras áreas sociales permanecían intocables, y las prácticas racistas eran particularmente brutales en estas, en especial en las instalaciones recreativas y en los establecimientos más o menos exclusivos que excluían habitualmente a los clientes afrocubanos, con

¹⁴⁰ “El camino expedito”, *Amanecer* 2:3 (abril de 1953), 10; “Pide a Batista”, *Tiempo* (29 de abril de 1952). Sobre MOPI, ver también Mario Carrión: “Integración nacional”, *Amanecer* 2:3 (abril de 1953), 3.

¹⁴¹ Agustín Tamargo: “Zenaida Manfugás”, *Amanecer* 1:6 (agosto-diciembre de 1952), 8-9; Cuéllar Vizcaíno: “Aire libre”, *Tiempo* (9 de septiembre de 1952).

¹⁴² Sobre la inactividad del Frente después del golpe, ver Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (19 y 26 de marzo de 1952).

¹⁴³ Proyecto de Decreto-Ley presentado al Consejo de Ministros por Jesús Portocarrero. Habana, 8 de junio de 1952. ANC, Fondo Especial, leg. 13, no. 141.

el pretexto de que eran “clubes” solo para socios. Además, los casos de discriminación en estos lugares eran más evidentes que los del área laboral. El rechazo de un candidato afrocubano en un empleo podía enmascararse como un problema de “idoneidad” —posibilidad que ambos decretos incluían. Hasta qué punto la separación racial penetró la vida social de los sectores medios y superiores de la sociedad es demostrada por el hecho que la Federación buscó fondos para conseguir su propia playa privada. Durante la década de 1950, cuando La Habana se convirtió en una meca de turismo y juego, la segregación era general en numerosos centros turísticos y recreativos, en las escuelas privadas, e incluso en algunas plazas y parques públicos en toda la Isla.¹⁴⁴

De ahí la insistencia de los activistas afrocubanos en que se aprobara una ley contra la discriminación. Era posible procesar, teóricamente, a quienes violaran el artículo 20 de la Constitución —que prohibía la discriminación por raza, color, o sexo— a través del Código de Defensa Social (el código penal). Pero era difícil de implementar el artículo constitucional porque no definía con claridad qué era discriminación. Esto era cierto aun en el caso de que los tribunales se inclinaran a sancionar dichas conductas, lo cual, afirmaron algunos afrocubanos, no era el caso.¹⁴⁵ Con el objetivo de corregir estas ambigüedades legales, al menos dos propuestas de ley fueron presentadas en los años 50; una propuesta, respaldada por Atenas y Unión Fraternal, fue sometida al Consejo Consultivo por el consejero afrocubano Oliva en 1952. Después del espurio proceso electoral de 1954, el senador Aquilino Lombard introdujo otro proyecto en el Senado.¹⁴⁶ Ninguno fue aprobado.

La propuesta de Oliva definía la discriminación en términos muy similares a los utilizados en el proyecto de los comunistas y en la propuesta de Piedra: culpables de discriminación eran aquellos que, debido a la raza o color, violaban el derecho de los ciudadanos de acceder libremente a todas las calles, parques, plazas, paseos y otros

¹⁴⁴ Para mencionar un caso notable, en 1953, el Hotel Nacional se negó a hospedar a la cantante afroamericana Josephine Baker. Ver Earl T. Crain: “Joint Weeka no. 7”, Habana, 19 de febrero de 1953. USNA, RG 59/737.00(W)/2-1353. Para ejemplos adicionales, véase el Capítulo 4.

¹⁴⁵ Para una fuerte condena del sistema judicial por promover la discriminación, ver: “Los tribunales de justicia”, *Fragua de la Libertad* 1:6 (18 de junio de 1942), 1.

¹⁴⁶ El proyecto de Oliva es reproducido casi en su totalidad por Grillo: *El problema del negro*, 126-130. Para la propuesta de Lombard, ver Moción al Senado de la República, Habana, 16 de septiembre de 1955. ANC, Fondo Especial, leg. 4, no. 136.

espacios públicos; aquellos que impedían a los individuos establecer su residencia en cualquier barrio o área; los dueños y gerentes de establecimientos comerciales, industriales, recreativos y educacionales que negaban empleo o servicios en espectáculos públicos, bares, playas y “lugares análogos”, o el acceso a instituciones educacionales de cualquier tipo. Por último, la ley también penalizaba a las personas que promovían ideas de inferioridad o superioridad de individuos debido a “razones étnicas”.

Como ocurrió con propuestas anteriores, este esfuerzo encontró oposición en el Consejo Consultivo. La opinión legal expuesta por otro miembro del Consejo consideró que era contraproducente exponer prejuicios que debían ser eliminados por “vías culturales”. Según ellos, estos problemas debían ser tratados de una manera eficaz pero “con sigilo”, porque la divulgación de estas “lacras sociales” solo desacreditarían a un país civilizado como Cuba. Por eso se propuso que la discriminación se regulara en el código penal como un crimen de “injuria”.¹⁴⁷ Esta posición prevaleció. En enero de 1955, el Consejo de Ministros emitió una regulación suscita, la Ley-Decreto 1933 que modificaba el Código de Defensa Social e incluía los “delitos contra el derecho de igualdad”, los “actos de discriminación a otra persona fundada en su sexo, raza, color o clase, y cualquier otra discriminación lesiva de la dignidad humana”.¹⁴⁸

Esta Ley-Decreto despertó poco interés y su divulgación fue pobre. En lugar de una ley general y amplia contra la discriminación —como la propuesta por Oliva—, el Consejo de Ministros penalizó la discriminación sin definirla con claridad y más aún, sin darle la visibilidad legal y política que una ley independiente hubiera proporcionado. Después del fiasco del decreto de Prío, cuyo limitado impacto práctico fue objeto del desprecio público, los afrocubanos deben haber desarrollado una buena dosis de escepticismo ante estas maniobras legales. Cuando se le preguntó por el decreto, el presidente del club Atenas afirmó que, como estaba vigente, ellos debían hacer uso de este, pero no se entusiasmaba ni apoyaba la ley.¹⁴⁹

Quizás la mejor prueba de que el decreto no fuera considerado importante por muchos es el hecho de que apenas unos meses después

¹⁴⁷ Grillo: *El problema del negro*, 130-137.

¹⁴⁸ “Ley-Decreto No. 1993”, *Gaceta Oficial* (24 de enero de 1955), incluida en Carlos Hall: “New Law-Decree Against Discrimination”, Habana, 14 de febrero de 1955. USNA, RG 59/837.411/2-1455; “Acuerdos del Consejo”, *Prensa Libre* (25 de enero de 1955).

¹⁴⁹ Fernando Villaverde: “Habla el presidente del club Atenas”, *Prensa Libre* (2 de febrero de 1955).

Lombard sometió otra propuesta de ley complementaria. Reflejando la creciente frustración de los intelectuales afrocubanos con los procedimientos graduales y no frontales, la ley reintrodujo el concepto de representación proporcional en todos los empleos públicos y privados. Esta noción, sin embargo, continuaba generando considerable oposición. Cuando el Frente Cívico mencionó esta posibilidad en una reunión con el ministro del Trabajo en 1951, fue objeto de agudas críticas.¹⁵⁰ La posibilidad de que el proyecto de ley de Lombard fuera aprobado era simplemente nula.

El fracaso del Estado cubano en implementar el mandato constitucional de igualdad racial tuvo varias consecuencias importantes a corto plazo: contribuyó a desacreditar al Estado y sus representantes, sin importar su filiación política, conjuntamente con la Constitución que legitimaba al sistema. Dicho fracaso también generó serias dudas —si no un rechazo categórico— acerca de la eficacia de la ideología integracionista de mestizaje y de su capacidad para crear una nación que fuera realmente para todos. Más aún, desacreditó a las principales sociedades afrocubanas, en especial la Federación de Sociedades y el club Atenas. La incapacidad de estas instituciones para representar con eficacia las preocupaciones de la mayoría, independientemente de su clase social, se hizo muy obvia. También era manifiesta su subordinación al grupo en el poder.

La política, el politiquero y la corrupción permeaban la vida institucional de la Federación y de algunos de los clubes afrocubanos más importantes, en tal grado que cualquier ilusión de autonomía había sido destruida eficazmente. Así, el liderazgo de Piedra en la Federación fue cuestionado después del golpe militar de Batista, pues su liderazgo se basaba casi exclusivamente en su amistad con el expresidente Prío, a quien Piedra se refería como “mi hermano”.¹⁵¹ En Atenas, varios miembros organizaron un grupo para “rescatar” la sociedad de sus líderes. El club continuó prosperando en la década de 1950, pero solo por sus conexiones íntimas con altos representantes gubernamentales, que constantemente participaban en sus banquetes,

¹⁵⁰ Barrera: “Rincón obrero”, *Prensa Libre* (13 de diciembre de 1951); “Afirma Buttari que no existe discriminación racial”, *Prensa Libre* (15 de diciembre de 1951); Raoul A. Gonsé: “Verdades: El problema de la discriminación racial”, *El Mundo* (19 de diciembre de 1951).

¹⁵¹ “La presidencia de Atenas”, *Amanecer* 1:6 (agosto-diciembre de 1952), 10. Ver también las acusaciones hechas por el presidente de la Federación Habanera contra los líderes de la Federación Nacional por su “politiquería”, en Astenógenes Batista: “Una carta”, *Tiempo* (14 de julio de 1957).

conferencias y actos públicos. En 1954, Batista le confirió a Atenas la Orden Carlos Manuel de Céspedes, la condecoración más alta que otorgaba el gobierno cubano.¹⁵²

La máxima expresión de la intervención gubernamental en los asuntos de los clubes afrocubanos fue la creación, por decreto del gobierno, del Club Nacional de Sociedades Cubanas Juan Gualberto Gómez en 1954. Su propósito más inmediato fue construir una playa privada y las facilidades recreativas, con la asignación de Batista de medio millón de pesos. El gobierno decidió crear su propio club para los afrocubanos; Batista explicó en un discurso en Unión Fraternal, que “los representantes negros” habían sido incapaces de llegar a un acuerdo en su ubicación y en cómo gastar el dinero. El Consejo de Ministros nominaría a los directores de dicha institución. Entre los analizados para el puesto estaban Miguel A. Céspedes, José Pérez González, líder obrero que fue ministro sin cartera, Gastón Baquero y el presidente de Atenas, el ingeniero Félix O’Farrill. Todos estaban cerca de Batista y de su administración. Otro líder negro prominente cercano al régimen, el veterano Generoso Campos Marquetti, fue electo presidente de la Federación de Sociedades.¹⁵³

La ausencia de voluntad política en aprobar la legislación complementaria y usar el poder del Estado en la lucha contra la discriminación, condujo a un grupo de profesionales y empresarios a buscar soluciones autónomas a su subordinación tradicional en la sociedad. Para ellos, aun más que para los obreros manuales afrocubanos, la “integración” y la “fraternidad” fallaron en crear oportunidades concretas de avance social. “La integración”, afirmó un intelectual afrocubano, era una “utopía” en Cuba porque implicaba una voluntad social que no existía.¹⁵⁴ Para construir lo que ellos definieron como una base económica independiente, miraron hacia los Estados Unidos, donde un sector de la población afroamericana alcanzó un éxito económico notable. Como muchos en la Isla, estos profesionales seguían los eventos sociales y mantenían contacto con algunos de sus iguales en el norte. La embajada de los Estados Unidos en La Habana animaba esos contactos y, como parte

¹⁵² “Contra la entrega del club Atenas”, *Carta Semanal* (12 de marzo de 1958); Juan R. Gómez Gómez: “Síntesis de una obra de gobierno”, *Atenas* 3:10 (octubre de 1954), 7-10.

¹⁵³ Cuéllar Vizcaíno: “¿Medio millón desairado?”, *Tiempo* (25 de enero de 1955); “Designará el general Batista directiva de Sociedades Cubanas”, *Tiempo* (6 de marzo de 1955); Lisandro Otero: “¡La confraternidad humana no permite discriminación!”, *Bohemia* (21 de abril de 1957), 86-87, 94.

¹⁵⁴ Vegueri: *El negro en Cuba*, 30.

de su cruzada anticomunista después de la guerra, propagandizaba los logros de la población de color en ese país.¹⁵⁵

Atenas y otros clubes organizaban viajes periódicos a los Estados Unidos, los cuales a menudo terminaban en planes para desarrollar negocios afrocubanos en la Isla. El periodista Pedro Portuondo Calá, por ejemplo, cubrió algunas de las conferencias anuales que el Departamento de Comercio del gobierno norteamericano organizaba para estudiar la situación económica de la población “de color”.¹⁵⁶ Otro periodista, José Daniel García, trató varias veces de promover empresas dirigidas a los consumidores negros, al estilo norteamericano. García promovió primero, con poco éxito, un *grocery* en La Habana y en 1953 hizo contactos con la Fuller Brush Company para introducir sus productos en la Isla. Él llamó a los consumidores afrocubanos a apoyar sus esfuerzos, argumentando que la Fuller abriría oportunidades de empleo para los negros y también distribuiría productos cosméticos especialmente diseñados para “el color de [su] piel”. Otros intentos empresariales incluyeron una cooperativa comercial financiada por Alipio Zuasnábar en La Habana y establecimientos similares en otros sitios.¹⁵⁷

Quizás el esfuerzo más notable por organizar una base económica autónoma negra fue iniciado por el abogado Juan René Betancourt en la década de 1950. Este había sido un líder de la Federación de Sociedades en Camagüey, que organizó un comité contra la discriminación mientras asistía a la Universidad de La Habana. Era, pues, alguien que participó en movimientos interraciales para promover sus derechos y se desencantó con sus resultados. “Ni las instituciones cívicas ni las políticas, se han propuesto jamás un trabajo serio, ponderado [...] para resolver un pro-

¹⁵⁵ Grillo: *El problema del negro*, 47-53. En 1943, el embajador norteamericano hizo una visita de cortesía al club afrocubano Luz de Oriente en Santiago de Cuba. Ver “En la Sociedad Luz de Oriente”, *Libertad* (27 de febrero de 1943). El embajador soviético también intentó ganar las simpatías de la población negra y en 1944 su agregado de prensa fue invitada a hablar en el club Atenas. Humberto Hernández: “Conferencias educativas”, *Noticias de Hoy* (8 de abril de 1944); Jack West: “Memorandum for the Ambassador”, Habana, 2 de mayo de 1944. USNA, RG 84/800B/6780.

¹⁵⁶ Gómez Gómez: “Síntesis de una obra”, 9; “Notas sociales”, *La Verdad* (25 de agosto de 1951); “La raza de color en los Estados Unidos”, *Amanecer* 1:4 (mayo-junio de 1952), 8; Serviat: *El problema negro*, 138-140.

¹⁵⁷ Grillo: *El problema del negro*, 149-154; “Habla José Daniel García”, *Amanecer* 2:3 (marzo de 1953), 10-11; “Nuestra obra”, *Amanecer* 2:4 (abril de 1953), 15. Sobre la cooperativa de Zuasnábar ver Cuéllar Vizcaíno: *Unas cuantas verdades*, 9 y “¿Qué pasa, Justo Luis?”, *Amanecer* 2:4 (abril de 1953), 10. Ver también Astenógenes Batista: “¿Tiene el negro cubano interés de levantarse creando comercios?”, *Amanecer* 2:3 (marzo de 1953), 6-7.

blema que no es de los negros, sino de todos los cubanos”, escribió en 1954. Según Betancourt, para eliminar la discriminación y el prejuicio era indispensable atacar sus “causas económicas”, lo cual solo podía hacerse a través de “la cooperación”. Su plan implicaba que 100 000 afrocubanos invirtieran un peso per cápita en una empresa lucrativa, creando trabajos y riqueza para ellos. Este era, precisamente, el propósito de su Organización Nacional de Rehabilitación Económica (ONRE), de la cual varias sucursales se organizaron en La Habana en la década de 1950.¹⁵⁸

Ni la ONRE de Betancourt, ni otros intentos empresariales racialmente definidos tuvieron éxito. Dichos intentos no recibieron el apoyo de los obreros manuales negros y mulatos, lo cual hizo que los profesionales afrocubanos se quejaran —como lo habían hecho al menos desde la década de 1910— de que la “familia negra” estaba dividida irremisiblemente.¹⁵⁹ De hecho, estos esfuerzos estaban condenados al fracaso porque asumían que las identidades de la raza eran, como en los Estados Unidos, tan poderosas como para movilizar a los consumidores según su “raza”; presunción que no se realizó en la práctica.

Aunque estos esfuerzos por desarrollar un camino autónomo, racialmente definido, se debieron por el fracaso de los gobiernos republicanos en resolver sus demandas, el régimen de Batista, según varias fuentes, se percibía como favorable a los negros. Como informó un cubano empleado de la embajada norteamericana: “Por lo general se supone que Batista tiene considerable simpatía por el negro y sus problemas (por supuesto, es creencia general que él mismo tiene algo de sangre negra) y también se supone que un porcentaje elevado de su apoyo político viene de la parte negra de la población cubana”.¹⁶⁰ Estas suposiciones se basaban tanto en el apoyo dado por Batista a los profesionales afrocubanos y sus clubes, como en la naturaleza y composición social de la oposición a su régimen.

La resistencia al golpe brotó en un inicio del Partido Ortodoxo y de los estudiantes universitarios, dos grupos en los cuales los negros y mulatos estaban pobremente representados. Los ortodoxos incluían a los miembros del disuelto ABC y fueron criticados por la baja presen-

¹⁵⁸ Betancourt: *Doctrina negra*, 24-25, 59, 63-64; “Ejecutivo de la ONRE en Pogo-lotti”, *Tiempo* (14 de julio de 1957). Para una caracterización de las ideas de Betancourt como “nacionalismo pequeño burgués”, ver Serviat: *El problema negro*, 135-138.

¹⁵⁹ Astenógenes Batista: “¿Nuestra gente es remisa?”, *Tiempo* (6 de septiembre de 1957).

¹⁶⁰ Hall: “New-Law Decree Against Discrimination”, Habana, 14 de febrero de 1955. USNA, RG 59/837.411/2-1455.

cia de negros entre sus líderes y miembros.¹⁶¹ Cuando representantes de este partido firmaron el llamado Pacto de Montreal con Prío y los auténticos, ni un solo afrocubano estaba presente. Como en la época de Machado, la cara visible de la oposición era blanca.¹⁶²

Los comunistas también participaron en la oposición, pero el partido se debilitó considerablemente por la represión y su propio oportunismo electoral. La posición inicial de Batista hacia los comunistas no fue de confrontación abierta; no obstante, el ambiente de la guerra fría lo obligó a adoptar medidas severas contra estos. En primer lugar, ninguna posición, excepto el anticomunismo más grosero, garantizaría el crucial apoyo norteamericano; segundo, la oposición tradicional intentó desacreditar a Batista ante las autoridades norteamericanas y enfatizó sus viejos nexos con los comunistas, lo cual contribuyó a la histeria anticomunista. El régimen reaccionó rápida y brutalmente. En 1953 se prohibieron el Partido Socialista Popular y su diario *Noticias de Hoy*. En 1954, los simpatizantes del partido fueron excluidos de ocupar cargos en los sindicatos. Un año después, se creó el tristemente célebre Buró de Represión de Actividades Comunistas (BRAC). En 1957, un decreto otorgó el derecho al Ministerio del Trabajo y a la CTC a despedir a los obreros con “ideas” comunistas de las compañías de servicio público.¹⁶³ Con satisfacción, un diplomático norteamericano en la Isla informó que con Batista, los comunistas estaban pasando por su “período más difícil”.¹⁶⁴

Batista usó los mismos argumentos que utilizaron contra él, e intentó desacreditar cualquier oposición a su régimen como de inspiración comunista. En enero de 1953, por ejemplo, una manifestación de estudiantes universitarios la describió como “de tipo comunista”, aunque él mismo reconoció que tenía el liderazgo de grupos auténticos y ortodoxos. El ataque al cuartel Moncada en Santiago de Cuba en julio de 1953, dirigido por Fidel Castro, exactivista ortodoxo, se describió también como “comunista”. Esto condujo a la detención y persecución de Lázaro Peña y Joaquín Ordoqui.

¹⁶¹ Los ortodoxos, por supuesto, se defendieron contra estas acusaciones. Ver la columna “Hablan los ortodoxos”, *Prensa Libre* (13, 23, y 27 de octubre de 1951).

¹⁶² Fotografías de los participantes aparecieron en la prensa. Ver: “Ortodoxos y auténticos”, *El Crisol* (1 de junio de 1953); “El Compromiso de Montreal”, *Carteles* (14 de junio de 1953), n/p.

¹⁶³ Ley-Decreto 1170, 30 de octubre de 1953. USNA, RG 59/737.00/11-1653; “La defensa de la democracia”, *Información* (5 de mayo de 1955); Andrés Valdespino: “El Decreto 538: ¿Contra el comunismo o contra la libertad?”, *Bohemia* (7 de abril de 1957), 51, 99-100. Para un análisis de las actividades del partido bajo Batista, ver Farber: *Revolution and Reaction*, 161-165.

¹⁶⁴ Earl T. Crain: “Joint Weeka no. 28”, Habana, 18 de septiembre de 1953. USNA, RG 59/737.00(W)/9-1853.

Otros líderes del partido, como Juan Marinello y Blas Roca, fueron también vinculados al ataque y obligados a pasar a la clandestinidad.¹⁶⁵ “Esta es la versión gubernamental del comunismo —explicó un periodista en 1957, quien no está con el régimen está con los comunistas [...] A decir verdad, si algo ha dado de nuevo vigencia entre nosotros al comunismo ha sido [el golpe del] 10 de marzo. Si se fuera a dar crédito al gobierno, más de la mitad de la población cubana es comunista”.¹⁶⁶

Las acusaciones de Batista de que los actos de resistencia cívica y armada contra su régimen estaban inspirados por los comunistas, eran de hecho ridículas. El ataque al cuartel Moncada y la organización del Movimiento 26 de julio (M-26-7) eran fruto del trabajo de un grupo de jóvenes idealistas que no tuvieron antes una participación prominente en la política nacional y que no estaban unidos formalmente a ninguna organización política en la Isla. Los comunistas, de hecho, no apoyaron al inicio sus primeras acciones y las caracterizaron como aventurerismo “pequeño-burgués”.¹⁶⁷

La composición social, dirección, y objetivos del M-26-7 contribuyeron a reforzar la idea de que los negros apoyaban a Batista, o al menos estaban poco identificados con los revolucionarios. Aunque ninguna evidencia concreta podía presentarse para corroborar tal afirmación, los observadores consideraron que los negros y mulatos estaban poco representados en el movimiento y señalaron que su base social fundamental era la clase media. “Las personas educadas más jóvenes de Cuba parecen estar opuestas definitivamente a Batista y lo consideran como un dictador militar”, informó un abogado de Virginia que visitó la Isla en 1957.¹⁶⁸ Felipe Pazos, que había sido presidente del Banco Nacional de Cuba y se opuso activamente a Batista, afirmó en 1958 que “el apoyo del elemento negro” hacia Castro y sus rebeldes, había sido y continuaba siendo tibio: “Muchos negros de Santiago están alineados nominalmente con el régimen de Batista”, señaló. Otros observadores coincidían en que los negros eran “menos inclinados a ser revolucionarios” que otros grupos.¹⁶⁹

¹⁶⁵ “Batista Dubs Student Riots ‘Communistic’”, *Havana Post* (17 de enero de 1953); Rojas: *La generación del centenario*, 91-93; “Blas Roca y Marinello”, *¡Alerta!* (27 de julio de 1953).

¹⁶⁶ Valdespino: “El Decreto 538”, 99-100.

¹⁶⁷ Bonachea y San Martín: *The Cuban Insurrection*, 25.

¹⁶⁸ William Fears al Departamento de Estado, Accomac, Virginia, 29 de marzo de 1957. USNA, RG 59/737.00/3-2957.

¹⁶⁹ “Memorandum of Conversation, Dr. Felipe Pazos”, Washington DC, 14 de octubre de 1958. USNA, RG 59/737.00/10-1458; “Developments in Cuba”, Habana, 5 de septiembre de 1959. USNA, RG 59/737.00/9-559.

Esto, sin embargo, no significa que no participaran en la lucha contra Batista, mucho menos que apoyaran el régimen. Aunque la base social del M-26-7 se concentraba al inicio en los profesionales urbanos y en los estudiantes universitarios, grupos en los que ellos estaban mal representados, la participación de negros y mulatos en el movimiento estaba lejos de ser despreciable. Entre quienes atacaron el cuartel Moncada en 1953, la cuarta o quinta parte no eran blancos. También varios afrocubanos viajaron con Fidel Castro de México a Cuba en el yate *Granma* en 1956.¹⁷⁰ Después de 1957, una vez que el movimiento extendió sus contactos con los sindicatos de base, la participación de los negros en los actos organizados por la resistencia, probablemente aumentó de manera considerable. En una célula del M-26-7 capturada por la policía de Batista en Artemisa, en julio de 1957, por ejemplo, los negros y mulatos representaron el 30 % de los miembros; en otros 4 grupos “subversivos” capturados en La Habana en abril de 1958, los afrocubanos representaron el 25 %.¹⁷¹

Un periodista afroamericano informó que muchos de los oficiales del Ejército Rebelde eran “de color” y que como un 50 % de las tropas podía ser clasificada como tal. Aunque estas cifras se basaban en las percepciones norteamericanas sobre la raza, no existen dudas de que los negros estaban bien representados entre los rebeldes. Según el estudioso afrocubano Carlos Moore, su proporción era lo suficientemente alta como para que la discriminación contra los soldados negros pudiera conducir a una guerra civil de origen racial.¹⁷²

Algunos afrocubanos también lograron posiciones prominentes y mando en las fuerzas revolucionarias. Además del caso conocido del comandante Juan Almeida, los negros y mulatos que ocuparon posiciones de dirección incluyeron al entonces comandante Calixto García Morales, quien encabezó el ejército en Santa Clara en 1959, el capitán Marcos Girón, segundo jefe de la policía de La Habana, y el capitán Enrique Benavides que estaba al mando del hotel Habana Riviera y se

¹⁷⁰ Thomas: *Cuba*, 1560-1561, 894; Domínguez: “Racial and Ethnic Relations”, 279.

¹⁷¹ “Peligrosa red de saboteadores”, *Tiempo* (4 de julio de 1957); “Ocho nuevos detenidos”, *El Crisol* (7 de abril de 1958) y “Acusados de atentado”, *Información* (8 de abril de 1958). El mejor estudio empírico sobre los vínculos entre el M-26-7 y el movimiento obrero es el de García Pérez: *Insurrection and Revolution*.

¹⁷² C. W. Mackay: “First Hand Report on Cuba”, *Afro-American* (31 de enero de 1959). Para una afirmación similar de otro periodista afroamericano, ver Charles Howard: “The Afro-Cubans”, *Freedomways* (Summer 1964), 375-382. Ver también Moore: “Le peuplenoir”, 199.

suponía “destinado” para una alta posición en el gobierno. Además, algunos miembros de la guardia personal de Fidel Castro también eran negros.¹⁷³

La percepción de que los negros tuvieron una participación limitada o nula en la lucha contra Batista, o incluso que se aliaron al régimen, ha persistido hasta la actualidad. Contribuyó a alimentar estas percepciones el hecho de que las organizaciones sociales en las que los negros estaban mejor representados —los clubes afrocubanos y los sindicatos— estaban controlados por el gobierno, y esto daba credibilidad a la idea de que ellos no se opusieron al régimen. Uno puede explicar la falta de visibilidad de los afrocubanos en la lucha, con el mismo argumento que Farber analizó la situación de los obreros —de los cuales también se ha dicho no desempeñaron papel alguno en la lucha contra Batista. Ni los unos ni los otros tenían “ninguna institución disponible a través de la cual podían expresar u organizar su descontento”. Entre las 42 instituciones cívicas y profesionales que exigieron la renuncia de Batista en marzo de 1958, no había una sola sociedad afrocubana en la lista.¹⁷⁴ De forma similar, aunque había negros y mulatos representados en el ejército de Batista, su participación en puestos de mando era mínima. Es notable que cuando en enero de 1959 *Bohemia* publicó una “Galería de Asesinos”, que incluía a 23 altos oficiales del ejército y la policía, ni uno solo de ellos era afrocubano.¹⁷⁵

A estas percepciones también contribuyó el silencio casi absoluto de las fuerzas opuestas a Batista acerca de la raza y la discriminación racial. En su notable defensa después del ataque al Moncada, conocido como *La historia me absolverá*, Castro analizó los numerosos males de la república: la discriminación no estaba entre ellos. Resulta obvio que los afrocubanos no estaban excluidos de su concepto de “pueblo” —referido en general a los desempleados, obreros agrícolas e industriales, campesinos y las clases bajas—, pero ellos no fueron mencionados como un grupo con demandas especiales que era necesario resolver en el futuro. Este silencio es aún más sorprendente por la influencia de las ideas de Martí, donde el problema de la igualdad racial era tan destacado en Fidel Castro. El líder del movimiento cubano declaró, en

¹⁷³ Ricardo Bernal: “La Universidad Central, la reforma agraria y la integración nacional”, *Noticias de Hoy* (8 de mayo de 1959); Mackay: “So this is Havana” e “Inside Castro’s Cuba”, ambos en *Afro-American* (7 y 14 de febrero de 1959).

¹⁷⁴ Farber: *Revolution and Reaction*, 157; Daniel Braddock al Departamento de Estado, Habana, 26 de marzo de 1958. USNA, RG 59/737.00/3-2658.

¹⁷⁵ “Galería de asesinos”, *Bohemia* (11 de enero de 1959), 152-158.

una entrevista en 1955, que su propósito era continuar el trabajo de Martí, para hacer realidad la Cuba que él había soñado”.¹⁷⁶

El movimiento, sin embargo, no ignoró este problema por completo, como se afirma con frecuencia.¹⁷⁷ “El Manifiesto no. 1 al Pueblo de Cuba”, fechado en agosto de 1955 llamó “al establecimiento de medidas adecuadas en educación y legislación para acabar con cada vestigio de discriminación por razones de raza”, pero este documento tuvo limitada circulación y, además, documentos programáticos subsiguientes se refirieron a la cuestión racial en términos muy vagos o no hicieron alusión al problema. Por ejemplo, el “Programa-Manifiesto del Movimiento”, presentado en México en 1957, afirmó que los ideales del M-26-7 eran “la unidad orgánica de la nación” y que “ningún grupo, clase, raza, o religión” debía sacrificar el bienestar común para beneficiar sus intereses particulares. El Programa también declaró que en el orden social, la revolución incorporaría a “todos, sin privilegios”, pero ni una palabra se dijo de la persistencia de la discriminación racial en la Isla.¹⁷⁸ Y al menos algunos afrocubanos estaban escuchando, pues Betancourt recordaba con posterioridad su frustración con el programa revolucionario pues no prestaba adecuada atención a las injusticias raciales. En Oriente, donde la cuestión racial era por supuesto demasiado prominente para ser ignorada, la dirección del M-26-7 comisionó un estudio del problema para incorporarlo en su programa.¹⁷⁹

Como en la crisis que llevó a la caída de la primera república, la importancia de la raza en el conflicto de los años 50 fue reforzada por los participantes de ambos lados, que manipularon el problema para sus intereses políticos. Algunos de los portavoces de Batista pidieron el apoyo de los negros al régimen, argumentando que ellos no debían esperar nada de los revolucionarios. El senador Rolando

¹⁷⁶ Ramón Coto: “Responde Fidel Castro”, *Bohemia* (10 de noviembre de 1955), 15, 81-83.

¹⁷⁷ Thomas: *Cuba*, 1121; Masferrer y Mesa-Lago: “The Gradual Integration”, 373.

¹⁷⁸ “Manifiesto No. 1 [26 of julio Movement] to the People of Cuba” (8 de agosto de 1955), en Bonachea y Valdés: *Revolutionary Struggle*, 270; “Program Manifesto of the 26th of julio Movement”, en Bonachea y Valdés: *Cuba in Revolution*, 132-133. Ver también Bonachea y San Martín: *The Cuban Insurrection*, 154-159. He trabajado con las traducciones al inglés de estos documentos, no con los originales.

¹⁷⁹ Betancourt: *El negro*, 167; Carlos Nicot y Vicente Cubillas: “Relatos inéditos sobre la acción revolucionaria del líder Frank País”, *Revolución* (30 de julio de 1963). Para ejemplos de la participación de afrocubanos en el M-26-7 en Santiago, Ver Nils Castro: “Universidad: 21 aniversario”, *Mambí* (octubre de 1968), 94-97.

Masferrer —mejor conocido por su ejército privado de sicarios llamados Los Tigres— usó su reputación como promotor y defensor de los derechos de los afrocubanos para desacreditar a los rebeldes.¹⁸⁰ Él imprimió y distribuyó volantes en Santiago que definían a Fidel Castro y a sus seguidores como racistas antinegros. Una posición similar la asumió el periodista afrocubano Vasconcelos, que en 1957 era ministro de Comunicaciones de Batista: “Si triunfara el 26 de Julio, las masas negras de Cuba volverían a la esclavitud y los trabajadores a la más completa indefensión [...] [El M-26-7] se apoya en la clase media profesional, tan proclive a los prejuicios del resentimiento y en los señoritos de algunas familias [...] A que usted no observa el predominio de los trabajadores, los guajiros y los negros en el 26 de Julio”.¹⁸¹

Si el régimen usó la raza para recabar apoyo, algunos sectores de la oposición hicieron exactamente lo mismo, reforzando la propaganda del gobierno. En lugar de desafiar la afirmación de que los negros estaban con Batista, grupos como la Organización Auténtica (OA) —rama armada de los seguidores de Prío— usaron imágenes racistas para pintar a Batista y a su ejército como una banda sanguinaria de salvajes primitivos (véase Figura 12). Ellos se refirieron a Batista como “el mulato malo” y “la bestia negra”, reforzando la imagen de que esta era una lucha entre la clase media de blancos educados y un ejército ignorante, sanguinario y predominantemente negro, una batalla entre la civilización y la barbarie, el progreso y el atraso.¹⁸² Como expresó un grupo de “madres cubanas” que escribió a la embajada norteamericana en La Habana, Batista era una “bestia” que pertenecía a “la selva africana”.¹⁸³ Solo los comunistas

¹⁸⁰ Entre otras razones, Masferrer ganó esa reputación por permitir la publicación de columnas regulares en su periódico *Tiempo* dedicada a temas negros. En 1951, un club afrocubano de La Habana propuso organizar una función en honor al senador. Ver Elosegui: “1 000 noticias en sepia”, *Tiempo* (6 de diciembre de 1951).

¹⁸¹ Sobre Masferrer, ver Earl Smith: “Joint Weeka no. 29”, Habana, 17 de julio de 1957. USNA, RG 59/737.00(W)/7-1757; Betancourt: *El negro*, 167. Sobre Vasconcelos, ver Luis Manuel Martínez: “Habla Ramón Vasconcelos”, *Tiempo* (9 de julio de 1957).

¹⁸² Salvador (Saviur) Cancio Peña: “¡Temblad, granujas!”, *Panfleto* (15 de noviembre de 1954); Cancio Peña: “¡El día del gran Arrastre!”, *Panfleto* (1 de diciembre de 1954). Nótese que la expresión “mulato malo” era probablemente utilizada aquí para denotar que Batista era de hecho un mulato “oscuro”, en oposición a un mulato claro “avanzado” o “bueno” en la terminología racial cubana.

¹⁸³ Daniel Braddock al Departamento de Estado, Habana, 14 de agosto de 1959. USNA, RG 59/737.00/8-1459.



Figura 12: Batista y sus seguidores, representados por la oposición como bestias con rasgos negros. Tomado de un Panfleto del Iro. de diciembre de 1954 (United States National Archives).

discreparon de la opinión de que el gobierno de Batista había sido beneficioso a los negros en algún sentido.¹⁸⁴

Así, si por un lado el triunfo inminente de las fuerzas revolucionarias representaba una nueva oportunidad para crear la nación “Con todos, y para el bien de todos”, que Martí soñó y que la dirección del M-26-7 decía encarnar, por otro lado había grupos, incluso en la coalición antibatistiana, que percibían a los afrocubanos como partidarios del régimen. Al igual que en la lucha contra Machado, para estos grupos resultaba natural que los negros y mulatos solo debían tener una participación mínima en la Cuba pos Batista. Betancourt previó esta realidad en 1958: “Los negros como tales no han tenido motivos nunca, ni ahora los tienen tampoco, para parcializarse con gobierno alguno.

¹⁸⁴ García Agüero: “Desagravio a Maceo”, *Noticias de Hoy* (23 de mayo de 1953); Roca: *Los fundamentos*, 97.

Sin embargo, allí está la propaganda diciendo lo contrario, de tal manera que cuando el señor presidente de la república deje el poder, los antinegristas van a tener material suficiente para pretender que este fue el gobierno de los negros, a pesar de estar hoy tan desplazados como siempre en la administración pública”.¹⁸⁵

En cierto sentido, la situación era aun más ambigua que durante el colapso de la primera república. Algunos clubes y sociedades afrocubanos se unieron al Machadato, pero con Batista la organización principal de los afrocubanos, la Federación de Sociedades, se desacreditó por completo debido a su colaboración abierta con el régimen. Si con el Machadato un sector radical del movimiento obrero permaneció hostil al régimen, con Batista, la CTC se colocó abiertamente al lado del gobierno, hasta un punto en que no era posible distinguirlos. Ni los sindicatos, ni las sociedades afrocubanas estaban en posición de llevar adelante la causa de los derechos afrocubanos en la Cuba revolucionaria. Existía aún el Partido Socialista Popular clandestino, pero no fue hasta 1958 que los comunistas se unieron a la lucha armada contra Batista.¹⁸⁶ Su participación les permitió sobrevivir políticamente, pero no era probable que los comunistas pudieran tener un papel central en el nuevo gobierno. Para resumir, estaba por ver si la revolución “real” prometida por el M-26-7 significaba la construcción de la nación igualitaria prevista por Martí y sancionada en la Constitución de 1940.

¹⁸⁵ Betancourt: *El negro*, 193.

¹⁸⁶ Smith al secretario de Estado, Habana, 25 de marzo de 1958. USNA, RG 59/737.00/3-2558; Farber: *Revolution and Reaction*, 164-165.

7. Construyendo una nación para todos

“El problema negro en Cuba no puede liquidarse automáticamente solo por el hecho de que haya triunfado una revolución”.
Juan René Betancourt: Fidel Castro y la integración nacional, 1959.

“Sin igualdad verdadera entre todos los cubanos, República y Revolución serían una mentira funesta”.
Salvador García Agüero: Va bien Fidel, 1959.

“Nuestra Revolución... ha eliminado de la vida cubana el odioso y humillante espectáculo de la discriminación por el color de la piel”. José Felipe Carneado: La discriminación racial en Cuba no volverá jamás, 1962.

“De hecho, eso que uno llama ‘revolución’ en Cuba no es otra cosa que la dominación de una clase, de una raza sobre otra clase, otra raza”.
Carlos Moore: Le peuple noir un-t-il sa place dans la révolution cubaine?, 1964.

Batista huyó del país en la madrugada del 1ro. de enero de 1959. Las fuerzas del Ejército Rebelde entraron a las principales ciudades, asumieron el control de las guarniciones y otros puntos estratégicos, y comenzaron a llenar el vacío institucional creado por el colapso del régimen anterior. Aunque la oposición a la dictadura incluía un amplio espectro de grupos y organizaciones, el Ejército Rebelde dirigido por Fidel Castro era el centro incuestionable del poder político y militar después del triunfo. Él marchó hacia La Habana entre multitudes que lo aclamaban, y prometió satisfacer las demandas históricas de justicia social, independencia económica, y soberanía nacional del pueblo cubano. “Esta vez —afirmó el 2 de enero en un discurso en Santiago de Cuba—, la revolución sería verdadera”.¹

Las deficiencias del pasado republicano, distante o reciente, permitieron al liderazgo revolucionario reclamar legitimidad política desde el

¹ *Revolución* (3 de enero de 1959), citado por Pérez-Stable: *The Cuban Revolution*, 3.

principio. El programa en su mayoría incumplido de la Constitución de 1940, le confería a esas deficiencias una urgencia y visibilidad particulares, pues estas ponían de manifiesto la incapacidad de los gobiernos republicanos de promover la diversificación económica y eliminar, desde la corrupción o el latifundio, hasta el desempleo crónico.

Entre esas deficiencias estaba el fracaso de la república para construir la patria “Con todos, y para el bien de todos” prevista por José Martí. Aunque a finales de la segunda república, los afrocubanos accedieron a empleos que habían estado cerrados para ellos, existían ocupaciones y sectores económicos de los cuales eran excluidos sistemáticamente. Los empleos de cuello blanco en bancos, tiendas elegantes, y oficinas eran en su mayoría reservados para los blancos. En algunas industrias, los sindicatos priorizaban a los parientes de empleados para cubrir nuevos puestos de trabajo; en este proceso, reproducían los modelos raciales tradicionales en la distribución de empleos. Los negros también estaban sobrerrepresentados entre los desempleados y la población penal y constituían la mayoría de los habitantes de los barrios marginales en La Habana y otras ciudades.

Las barreras raciales eran visibles particularmente en las actividades de la “alta sociedad”, donde la segregación racial abierta era habitual; eran discriminados abiertamente en hoteles de lujo, restaurantes, cabarets, bares, playas, y clubes sociales. Sus hijos no podían asistir a las mejores escuelas privadas, aun cuando tuvieran los medios económicos para esto. La segregación también se hacía en algunos espacios públicos, como los parques en el centro de algunos pueblos de la Isla. La negritud seguía siendo una barrera formidable contra el ascenso y la movilidad social, en particular en las altas esferas de la sociedad. Los gobiernos de la segunda república hicieron poco por combatir el racismo de forma sistemática; la movilización y la demagogia política dieron visibilidad nacional al problema y contribuyeron a exponer la ineficacia del programa de la Constitución de 1940.

Algunos estudiosos señalan que fue solo después de 1959 que la raza se convirtió en un tema importante en la política cubana. Como dice David Booth: “¿Por qué entonces el color se convirtió en un tema en discusión con la llegada de la Revolución?” Uno podría formular fácilmente la pregunta contraria: ¿es posible que la raza no fuera un tema de discusión con la Revolución? La raza continuaba siendo una identidad social de gran importancia, con una influencia significativa en las oportunidades individuales para la movilidad a finales de la década del 50. Los que plantean esta pregunta de algún modo sugieren —y a veces afirman— que la Cuba prerrevolucionaria era una sociedad racialmente armoniosa, que las autoridades revolucionarias exageraron

los sufrimientos de los afrocubanos con objetivos políticos, o incluso que fueron ellos quienes crearon divisiones raciales que no existían antes.²

“EL PROBLEMA MÁS DIFÍCIL” DE LA REVOLUCIÓN

La pregunta formulada por Booth y otros autores tiene, sin embargo, cierta lógica, pues la raza y la discriminación no habían sido temas centrales en el programa político o la propaganda del M-26-7. Aunque es difícil imaginar que la raza desapareciera simplemente de los debates públicos o perdiera significación social debido al triunfo revolucionario, esto no implica que Fidel Castro y otros líderes revolucionarios tuvieran que admitir públicamente, y mucho menos condenar, la existencia de estas prácticas en la sociedad cubana.³ En un discurso pronunciado en el palacio presidencial el 22 de marzo de 1959, Castro habló ampliamente acerca del racismo, llamó a los cubanos a eliminarla, y les pidió forjar una “nueva patria”. Según Carlos Moore, él se vio obligado a abordar el tema para evitar “una guerra civil” por motivos raciales. Este autor afirma que los miembros negros del Ejército Rebelde eran discriminados y les negaban el alojamiento y servicio en los mismos hoteles donde sus camaradas blancos eran alojados, lo cual condujo a “una serie de incidentes violentos a lo largo de la Isla”.⁴ Otros autores destacan que, en la supuesta ausencia de un problema social real, el discurso de Castro solo buscaba obtener el apoyo de la población afrocubana.⁵

Lo que estos autores no mencionan es que los debates acerca de la raza y los significados de la Revolución para los afrocubanos comenzaron tan temprano como en enero de 1959. La raza y el racismo no se convirtieron en temas cuando Castro habló acerca de estos. Por el contrario, estos temas atrajeron la atención pública porque varios actores sociales y políticos percibieron la Revolución como una oportunidad sin precedentes para suprimir las injusticias anteriores. En el proceso, ellos ejercieron presión en el gobierno para adoptar medidas antidiscriminatorias concretas.

² Booth: “Cuba, Color and the Revolution”, 155; Thomas: *Cuba*, 1120-1121; Masferrer y Mesa-Lago: “The Gradual Integration”, 373-374; Fagen: “Revolution”, 10-15.

³ Este sentido de lo inevitable es reflejado por Carneado en “La discriminación racial”, 60-61.

⁴ Moore: “Le peuple noir”, 199. No he logrado corroborar estas aseveraciones de Moore.

⁵ Ver los trabajos mencionados antes en la nota 2.

Los comunistas desempeñaron nuevamente un papel activo en este movimiento; el partido fue ilegalizado por Batista, pero resurgió a la legalidad a principios de enero. Su periódico, *Noticias de Hoy*, reapareció el 6 de enero con un titular en primera página dedicado a las “tareas más apremiantes” que el gobierno provisional debía abordar. Entre estas se consignaba una “política real y eficaz contra la discriminación racial”.⁶ Después de la primera reunión de su Comité Nacional —con la presencia de líderes afrocubanos tan destacados como Blas Roca, Nicolás Guillén, y Salvador García Agüero—, sus líderes le enviaron una carta pública al entonces presidente Manuel Urrutia, en la cual se enumeraban 16 medidas que debían implementarse por el gobierno revolucionario. Las dos primeras pedían la realización nacional de la reforma agraria, aplicada por el Ejército Rebelde en el territorio bajo su mando, durante la insurrección. La tercera reclamaba una política oficial antidiscriminatoria y dar pasos concretos que garantizaran el acceso de los negros a todos los trabajos, a las fuerzas armadas, y a las instituciones estatales que incluían el servicio diplomático.⁷

La necesidad de eliminar la discriminación y promover “la igualdad real” entre todos los cubanos también fue señalada por el movimiento obrero revolucionario. Bajo la dirección del M-26-7, fue convocado un congreso obrero en noviembre de 1958 con la participación de diversos grupos, que incluía a los comunistas. El programa de la federación de trabajadores revolucionarios contenía demandas, como mejores salarios y derechos sindicales. También incluía una fuerte declaración contra “la abominable discriminación racial”. Transmitido originalmente por Radio Rebelde, este programa fue muy difundido en enero de 1959 por el M-26-7 y la prensa comunista.⁸ Cuando la CTC llamó a los trabajadores a asistir a la reunión en el palacio presidencial el 22 de marzo —la reunión en la que Fidel Castro habló ampliamente sobre el racismo—, uno de sus lemas era “¡Contra la Discriminación Racial!”⁹

Los intelectuales afrocubanos también expresaron su esperanza de que este fuera finalmente eliminado con la Revolución. En artículos publicados en *Revolución* —el periódico oficial del M-26-7— y en *Bohemia*,

⁶ “Unión: tarea de la hora”, *Noticias de Hoy* (6 de enero de 1959).

⁷ Daniel Braddock al Departamento de Estado, Habana, 2 de febrero de 1959. USNA, RG 59/737.001/2-259; “Carta al ciudadano presidente”, *Revolución* (31 de enero de 1959).

⁸ Park F. Wollam: “Events in Oriente”, Santiago de Cuba, 11 de octubre de 1958. USNA, RG 59/737.00/10-1158; “El programa del FONU”, *Noticias de Hoy* (11 de enero de 1959).

⁹ “Exhorta la CTC”, *Revolución* (18 de marzo de 1959).

el abogado Juan René Betancourt, entonces presidente provisional de la Federación de Sociedades, se opuso a la propaganda de Batista que había presentado a Fidel Castro como antinegro, y comparó al Ejército Rebelde con el Ejército Libertador de 1895. Sin embargo, los artículos de Betancourt no eran solo un panegírico de las nuevas autoridades; él llamó a los líderes revolucionarios a no reproducir los “errores” de 1895, y advirtió que un problema socioeconómico como el racial no se resolvería de forma automática solo porque una Revolución triunfó. A fin de lograr la integración nacional, agregó, era necesario organizar a los negros en un movimiento social unificado; utilizó un lenguaje similar al de los intelectuales afrocubanos de la década del 30, y afirmó que en Cuba no habría una “revolución real” si este problema era ignorado o silenciado. También se quejó de la ausencia de negros en posiciones de dirección en el nuevo gobierno y demandó justicia para quienes siempre habían sido “olvidados”. Mientras Fidel Castro usó la historia para legitimar la Revolución y el nuevo orden, Betancourt la utilizó para exigir la igualdad efectiva de los afrocubanos.¹⁰

El problema racial surgió no solo en programas políticos o artículos de prensa. Las nuevas autoridades no tuvieron otro remedio que afrontar este tema en contextos sociales diversos, desde los espacios racialmente definidos en los parques, hasta las celebraciones patrióticas efectuadas en clubes sociales. Así, de acuerdo con testigos, las prácticas segregacionistas en los parques de Las Villas fueron enfrentadas por oficiales del Ejército Rebelde que, acompañados por ciudadanos negros y mulatos, caminaron por las secciones reservadas solo a blancos.¹¹

Cuando el mayor afrocubano Calixto Morales, gobernador militar de Las Villas, fue invitado a las reuniones conmemorativas del nacimiento de José Martí por la sociedad afrocubana El Gran Maceo y el club blanco Liceo de Santa Clara, él pidió a los directores de este último que invitaran a los miembros de El Gran Maceo a su celebración. Para muchos negros y mulatos —un periodista afrocubano señaló— era la primera vez que entraban al exclusivo Liceo. En otro acto sin precedente, varias semanas después, el club conservador Colonia Española

¹⁰ Betancourt: “La cuestión racial”, *Revolución* (17 de enero de 1959) y “Fidel Castro y la integración nacional”, *Bohemia* (15 de febrero de 1959), 66, 122-123. Ver también Gastón Agüero: *Racismo y mestizaje*; Alcibíades Poveda: “Un problema social en Santiago de Cuba”, *Revolución* (9 de febrero de 1959).

¹¹ Esta información fue suministrada por el historiador cubano Carlos Venegas durante una conversación en Cienfuegos el 5 de marzo de 1998. Venegas es originario de Trinidad. Otro historiador de Santa Clara, Hernán Venegas, afirmó que esto sucedió en Santa Clara también.

abrió sus puertas a los afrocubanos para que asistieran a una función de lectura de poemas del gran poeta mulato Nicolás Guillén. La raza, la segregación y la desigualdad eran temas que las autoridades revolucionarias no podían ignorar.¹²

Atento a las demandas y necesidades de los sectores populares, cuyo apoyo era crucial para la supervivencia del gobierno revolucionario, Fidel Castro escuchaba. Es inexacto afirmar que no fue hasta el 22 de marzo que Castro mencionó o criticó la discriminación racial en Cuba; por lo menos en tres ocasiones anteriores se refirió a esto, primero en una entrevista con periodistas norteamericanos en enero, después en varios discursos en el siguiente mes.¹³ “Todo el mundo sabe —expresó a los trabajadores de la refinería Shell el 6 de febrero— la tragedia que confronta la mujer y la que confronta el negro. Nos encontramos que son dos sectores discriminados. Se habla por ejemplo de la discriminación racial, que es una verdad”. No solo reconoció que existía discriminación, sino también observó que el tema era discutido públicamente. Después, el 22 de marzo, el líder revolucionario afirmó que la Revolución tenía cuatro batallas principales que librar: el desempleo, la pobreza, controlar el costo de vida, “y una batalla de las más justas que hay que librar. Una de las batallas de las cuales es necesario hacer hincapié cada día [...] porque se acabe la discriminación racial en los centros de trabajo”.¹⁴

Castro esbozó que existían dos formas de discriminación en Cuba: una, excluía el acceso de los negros a los centros culturales y recreativos, y otra, “la peor”, que les negaba el acceso a los empleos. Se opuso a la idea de que era necesario aprobar una ley contra la discriminación, él declaró que la “odiosa y repugnante” discriminación podía ser eliminada con una campaña pública. También prometió mejorar las escuelas públicas donde niños de todos los colores estudiaran y jugaran juntos y construir centros de recreación abiertos a todos los ciudadanos, sin distinciones raciales. Juntos —afirmó Castro— todos los cubanos construirían gradualmente la “patria nueva”, libre de discriminación.

¹² Estos incidentes fueron descritos por Ricardo Bernal: “La Universidad Central, la reforma agraria y la integración nacional”, *Noticias de Hoy* (8 de mayo de 1959). Ver también las percepciones de un periodista afroamericano acerca de estos cambios en Ring: *How Cuba Uprooted Race Discrimination*, 12.

¹³ “Necesitamos paz”, *Revolución* (23 de enero de 1959); “Discurso pronunciado... en la Refinería Shell el 6 de febrero de 1959” y “Discurso pronunciado en la Plenaria Nacional convocada por la FNTA el 9 de febrero de 1959”, ambos en Castro: *Discursos para la historia*, 1: 62, 84.

¹⁴ El discurso lo publicaron completo en *Noticias de Hoy* (24 de marzo) y *Revolución* (23 de marzo).

Las presiones populares forzaron al máximo líder de la Revolución a prestar atención al tema de la raza, y su declaración permitió organizar una campaña sin precedentes contra el racismo. Los intelectuales afrocubanos, como Betancourt, se habían quejado de la falta de atención al problema y mostraban ansiedad por la indefinición del gobierno revolucionario. El discurso de Castro no solo legitimó esas demandas, convirtiéndolas en un aspecto central del programa revolucionario, sino que llamaba a la movilización social contra los racistas. El discurso del primer ministro creó oportunidades, sin precedentes, para desafiar los patrones tradicionales de las relaciones raciales en Cuba que ofrecieron resistencia y oposición.

Como en los primeros años de la república —cuando hacendados como Edwin Atkins expresaron inconformidad porque los negros se estaban aventurando en espacios antes cerrados para ellos— o en la década del 30, cuando los “mejores” ciudadanos de Santiago de Cuba se quejaron de que los negros estaban más “insolentes” que en el pasado, el llamado de Fidel Castro contra la discriminación en los centros de trabajo y de recreación fue interpretada por la élite —algunos sectores de la clase media, e incluso trabajadores manuales— como un ataque contra sus valores más importantes: la familia, la decencia, y la religión. Según un testigo de estos acontecimientos, muchas “señoras blancas muy respetables” salieron del país porque, desde el discurso de Castro, “los negros se habían vuelto imposibles”. “En los barrios acomodados de La Habana, Santa Clara, y Camagüey —relata este testigo— había una conmoción general. La contrarrevolución [...] diseminó el rumor que Fidel Castro había invitado a los hombres negros a invadir los santuarios aristocráticos del país para bailar y celebrar con vírgenes que, hasta ese momento, habían logrado evitar el contacto terrible de la piel negra”.¹⁵

Otras fuentes confirman estas impresiones. El periodista afrocubano Sixto Gastón Agüero coincide en que el discurso causó “alarma” y que un número significativo de cubanos blancos estaban preocupados por la posibilidad de eliminar las barreras raciales en lugares de entretenimiento que estimaban de la esfera privada. Según Agüero, la idea de que negros y blancos asistieran a los bailes públicos juntos creó una oposición más fuerte. Un informe de los norteamericanos reprodujo las percepciones de quienes resentían la eliminación de las barreras raciales tradicionales en los espacios privados, y afirmaba que muchos negros en La Habana tomaron la “libertad como una licencia para invadir no solo los centros de recreo exclusivos, sino también reuniones en casas

¹⁵ Depestre: “Lettre de Cuba”, 121.

privadas. Para las autoridades, las protestas solo indicaban que los reuñentes anfitriones eran contrarrevolucionarios culpables de prejuicios al estilo americano”.¹⁶

Como otras autoridades anteriores a él, Castro comprendió pronto que eliminar las divisiones raciales sería considerablemente más difícil de lograr que lo imaginado al inicio. La oposición a una integración total e ilimitada cruzaba las barreras políticas, de clase, e incluso de color. No eran solo los burgueses o los “aristócratas” —quienes se oponían al programa revolucionario por razones diversas— los que resentían compartir el ocio y otras actividades sociales con los negros; los miembros de la “pequeña burguesía” y algunos trabajadores sentían una indignación similar cuando se trataba de integrar a sus círculos más íntimos. Como declaró un vendedor por cuenta propia blanco: al hombre negro se le debían dar oportunidades “de tipo económico, así él podría disfrutar de un trabajo y tener su casa”, pero no “facilidades sociales”. Y añadió: “Por ejemplo, 50 negros y 50 blancos pueden estar trabajando en una fábrica, llevarse bien y ser amigos, y todo eso, pero llega el momento de compartir su casa, no, no, usted es negro, y yo soy blanco [...] Yo no estoy de acuerdo con la integración en su totalidad”.¹⁷

Esta actitud tampoco era del patrimonio exclusivo de los contrarrevolucionarios. Personas que apoyaban por completo a la Revolución y que, según Sixto Gastón Agüero, darían la vida por su líder, estaban también escandalizados por la posibilidad de que negros y blancos bailaran juntos. Para los mulatos, que con la educación, la “decencia”, y los ingresos lograron ascender en la jerarquía sociorracial cubana, el desmoronamiento de las barreras raciales tradicionales representaba una amenaza a su precaria posición social.¹⁸ Incluso algunos negros, no acostumbrados a una exposición pública y descarnada de su estatus inferior, les resultaba difícil aceptar el desafío que implicaba la transformación potencial de los roles raciales tradicionales.¹⁹

¹⁶ Gastón Agüero: *Racismo y mestizaje*, 11-13; Foreign Areas Studies Division: *Handbook for Cuba*, 89. César García Pons también menciona el “malestar” provocado por el discurso de Castro en “El Dr. Castro y la discriminación”, *Diario de la Marina* (29 de marzo de 1959).

¹⁷ Fox: “Race and Class”, 429.

¹⁸ Depestre: “Lettre de Cuba”, 121; Gastón Agüero: *Racismo y mestizaje*, 13.

¹⁹ La ansiedad provocada por estos drásticos cambios sociales en algunos afrocubanos es evidente en los testimonios acopiados por Fox: “Race and Class”, 432-434. Esto es también evidente en la anécdota, antes mencionada, concerniente a la celebración del natalicio de Martí en Santa Clara, en enero de 1959. Aunque algunos miembros de El Gran Maceo aceptaron la invitación del club social blanco, otros decidieron no participar. Ver Bernal: “La Universidad Central”.

Aunque Fidel Castro no era el primer político nacional en condenar la discriminación públicamente, su discurso lanzaba un ataque sin precedentes a uno de los pilares del complejo sistema de relaciones raciales en Cuba: la separación de los espacios públicos y privados. En 1959, como en ocasiones anteriores durante la república, la integración de espacios que eran socialmente definidos como privados, encontró resistencia en grupos sociales diversos. Esta resistencia demostraba que un programa radical de integración podía poner en peligro la unidad nacional. Y la unidad era la prioridad indiscutible. El programa revolucionario ya había generado una poderosa oposición interna y externa y solo podría llevarse a cabo con un apoyo popular masivo. Como el propio Castro reconoció, la Revolución necesitaba el apoyo decidido y absoluto de todas las personas.

En una conferencia de prensa televisada solo tres días después del discurso, el primer ministro volvió a condenar la discriminación racial, pero restauró algo la división tradicional entre los sectores público y privado en el área de la integración.²⁰ Aunque criticó fuertemente a quienes se llamaban cristianos, educados, o revolucionarios, pero continuaban siendo racistas; también afirmó que la Revolución no “impondría” limitaciones en los individuos y sus hábitos personales: “Yo no le dije a nadie aquí —aclaró— que nosotros íbamos a abrir los clubes exclusivos para que fueran allí a bailar o a pasear los negros. Yo no dije eso. La gente baila con el que quiera y [...] pasea con el que quiera. Y se reúne con el que quiera”.

También cuestionó que después de su discurso los negros se volvieron —como le dijo una mujer blanca— “insoportables”. “Pues ¿qué quieren? —preguntó a quienes se quejaban de la supuesta mala conducta de los negros— los tuvieron toda la vida limpiando automóviles, los tuvieron limpiando botas y pidiendo limosnas, no pudieron ir a la escuela, no pudieron recibir una buena educación, y ahora quieren que sean más finos que los que fueron a estudiar a París. Ahora quieren que sepan hablar hasta francés, ¡señor!”

Sin embargo, el primer ministro también convocó a los afrocubanos a ser más “respetuosos” que nunca, pidiéndoles que no dieran excusa a quienes se oponían a las metas integracionistas de la Revolución, y argumentó que las posturas racistas cambiarían con la educación y la persuasión. De hecho, él no estaba de acuerdo en aprobar una legislación antidiscriminatoria y combatir el racismo con medios legales.

²⁰ “¡A ganar la batalla de la discriminación!”, *Revolución* (26 de marzo de 1959).

Así, las palabras de Castro del 25 de marzo, podían tener varias interpretaciones; el discurso estableció muy bien que la discriminación racial era social y moralmente inaceptable. Sin embargo, el énfasis fundamental se hizo en el empleo, descrito por él, como la variante de discriminación verdaderamente “cruel e inhumana”. Por el contrario, los espacios privados y personales serían respetados; los cambios en estas áreas serían graduales, con la educación de nuevas generaciones de cubanos, aspecto que la prensa más conservadora no dejó de acentuar.²¹ Los resentidos por los pronunciamientos antirracistas de Castro fueron reprendidos pero, como en ocasiones anteriores durante la república, a los negros se les pidió de nuevo que fueran pacientes y respetuosos; es decir, que no buscaran una redefinición radical de sus lugares sociales tradicionales. Estas expectativas podían ser utilizadas para dilatar la integración, porque cualquier conducta inadecuada sería interpretada como que los afrocubanos no estaban “preparados” para el programa revolucionario de integración racial.

Pero el discurso no era ambivalente en ciertos planteamientos claves; no solo la discriminación era incorrecta, sino anticubana y contrarrevolucionaria. Revolución y racismo, subrayó Castro más allá de cualquier duda, eran conceptos incompatibles. Además, el primer ministro convocó a los escritores, intelectuales y periodistas a debatir estos temas, a educar al público, y a demostrar científicamente que el prejuicio y la discriminación eran absurdos. En suma, convocó a un debate público sobre el racismo y caracterizó la discriminación como una vergüenza nacional que tenía que ser eliminada en la nueva Cuba. Esto, por sí mismo, creó oportunidades sin precedentes para lanzar un ataque —quizás el ataque final— contra la discriminación y las ideologías racistas en la Isla.

Varios grupos se aferraron a esta oportunidad y, con el apoyo del Estado, libraron una campaña antirracista sin paralelo en la historia cubana. En abril y mayo de 1959, un sinnúmero de seminarios, conferencias, y simposios analizaron las raíces y los efectos de la discriminación. La Universidad de la Habana organizó el Foro Contra la Discriminación Racial; la Asociación Cubana de Naciones Unidas efectuó otro Foro Sobre el Prejuicio Étnico en Cuba, presidido por el profesor e intelectual blanco Elías Entralgo. Una mesa redonda sobre la discriminación, con

²¹ Un titular de primera plana del *Diario de la Marina* (26 de marzo de 1959), por ejemplo, decía: “Aclaró el Dr. Castro que la discriminación racial es un asunto que requiere un proceso de educación. Acabar la discriminación no quiere decir poner a bailar a nadie, si no quieren bailar”. El titular publicado por *The Times of Havana* el mismo día decía: “Social Changes Take Time”.

la participación del ministro de Bienestar Social, el decano de la Asociación Nacional de Periodistas, y otras personalidades fue televisada a principios de abril.²²

Más o menos al mismo tiempo, un grupo de intelectuales prominentes, que incluía a Entralgo, Salvador García Agüero, y Nicolás Guillén, organizaron el Comité Provisional de Orientación e Integración Nacional para lanzar un movimiento nacional en apoyo de “la actitud revolucionaria definida por el primer ministro”. El 5 de abril, el Comité celebró su primera reunión, a la que asistió el comandante Ernesto *Che* Guevara. También se creó el Movimiento de Integración Nacional, con filiales en varias provincias, municipalidades y centros de trabajo. En agosto, el Comité Provincial de La Habana organizó una serie de conferencias públicas en la provincia, que incluía las áreas rurales, para propagar las doctrinas antirracistas de la Revolución.²³ Otras conferencias acerca de la integración racial —auspiciadas por la Dirección General de Cultura— se celebraron en agosto. Invitado por la Federación Provincial de Sociedades (los clubes afrocubanos), el ministro del Trabajo asistió a una reunión en el Club Marbella y ofreció una charla sobre “la discriminación racial y el desempleo”. Otro movimiento, la Campaña Nacional por la Integración Racial, fue organizado por la Federación de Estudiantes Universitarios y algunos clubes afrocubanos, como Unión Fraternal y Atenas.²⁴

Varias organizaciones políticas, cívicas, y religiosas apoyaron la campaña e hicieron declaraciones públicas en apoyo a los pronunciamientos de Castro. Entre ellas estaban el Partido Socialista Popular, la Juventud Socialista, numerosos sindicatos, los masones, organizaciones profesionales como los maestros escolares, la Juventud de Obreros Católicos, e incluso el Concilio Cubano de Iglesias Protestantes.²⁵ En Santa

²² Cuéllar Vizcaíno: “Discriminación”, *Nuevos Rumbos* 8 (25 de abril de 1959), 5-9; Elías Entralgo: “Forum sobre prejuicios étnicos en Cuba”, *Nuevos Rumbos* 10 (9 de agosto de 1959); “Campaña contra la discriminación racial”, *Revolución* (8 de abril de 1959).

²³ “Integrarán Comité Nacional de Integración”, “Habló Ernesto Guevara”, “Reunión del Comité” todo en *Noticias de Hoy* (31 de marzo, 7 de abril, 25 de agosto de 1959); “Anuncian en Marianao”, *Revolución* (28 de noviembre de 1959); “Ciclo de mesas”, *Noticias de Hoy* (9 de septiembre de 1960).

²⁴ “Conferencias sobre integración”, *Noticias de Hoy* (23 de agosto de 1959); “Hablará el ministro del Trabajo”, *Revolución* (29 de agosto de 1959); “Conferencia”, *Revolución* (30 de mayo de 1959).

²⁵ “La unidad de blancos y negros” y “Unidad juvenil”, ambos en *Noticias de Hoy* (25 de marzo, 30 de abril de 1959); “Reforma de la enseñanza”, *Revolución* (18 de abril de 1959); “Statement of the Cuban Council of Protestant Churches”, Habana, 15 de julio de 1959. USNA, RG 59/837.413/7-1759.

Clara, los estudiantes universitarios organizaron bailes interraciales; en Santiago se ofrecieron banquetes de fraternidad.²⁶ Periodistas y escritores publicaron docenas de artículos en los que debatían los orígenes y las posibles soluciones de la discriminación racial.

Fidel Castro convocó a los intelectuales a encarar el tema: la prensa revolucionaria respondió. *Noticias de Hoy* publicó largas entrevistas con intelectuales conocidos como Fernando Ortiz y Elías Entralgo. Líderes del partido como Carlos Rafael Rodríguez y García Agüero publicaron artículos de apoyo a los discursos de Castro, en los que resaltaban el papel histórico de los comunistas en la lucha antirracista. Una serie de artículos analizaron las dimensiones psicológicas del prejuicio e invitaron a los psiquiatras a estudiar el problema científicamente.²⁷ El tema también fue cubierto, aunque menos prominentemente, por *Revolución*, *El Avance Revolucionario*, y otros periódicos.²⁸

La campaña contra la discriminación también fue estimulada por las frecuentes referencias al tema en algunos de los discursos de los líderes revolucionarios. Además del propio Fidel Castro, quien siguió hablando sobre esto en algunos eventos públicos, también los comandantes guerrilleros Raúl Castro y Che Guevara lo abordaron; por ejemplo, el 1.º de mayo de 1959, los dos hablaron en actos obreros congregados en La Habana y Santiago respectivamente; comentaron la necesidad de adelantar el programa antidiscriminatorio de la Revolución. “Nuestra Revolución —declaró Raúl Castro— dará la última carga que es necesaria para limpiar este funesto prejuicio de la discriminación racial. Tan importante a la Revolución es la unidad de todo el pueblo, como a la nación lo es la integración de todos los cubanos”. “La esclavitud —decía el Che al mismo tiempo en Santiago— no acabó en Cuba hasta el 1.º de enero de 1959”.

²⁶ Bernal: “La universidad central”; “Banquete”, *Noticias de Hoy* (7 de mayo de 1959).

²⁷ Esto es solo una muestra de la cobertura suministrada por *Noticias de Hoy* en 1959: “Cubano es más que blanco” (28 de marzo); “Don Fernando” (4 de abril); José Felipe: “Racismo” y “Peligro negro” (10 y 13 de mayo); Diego González: “Los reflejos (I, II, III)” (31 de marzo, 5 y 7 de abril); García Agüero: “Va bien Fidel” (24 de marzo); Carlos Rafael Rodríguez: “A las filas” (27 de marzo).

²⁸ “Zona rebelde: la discriminación racial” y “El humanismo”, ambos en *Revolución* (25 de marzo y 23 de mayo de 1959). *Avance Revolucionario* dedicó dos columnas regulares a los temas raciales en 1959, una de Roger Fumero: “Glosas del tiempo” y otra de Tello Téllez: “Reflejos sociales”. Ver también Alejandro Acosta: “La discriminación racial”, *Sierra Maestra* (8 de noviembre de 1959).

Cuando Guevara aceptó el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Central de Santa Clara en diciembre, afirmó que la función “esencial” de la universidad en la “nueva Cuba” era la siguiente: “Que se pinte de negro, que se pinte de mulato, no solo entre los alumnos, sino también entre los profesores”. En una conferencia de prensa en el mes de julio, Fidel Castro, a su vez, previó que con la persuasión y con “medidas inteligentes”, Cuba estaba “llegando a un proceso de abolición de los prejuicios raciales”.²⁹

Estas “medidas inteligentes” se implementaban en dos áreas principales: la integración gradual de establecimientos públicos y recreativos, y el diseño de políticas que, aunque no utilizaban un lenguaje racial, creaban oportunidades para los más pobres de la sociedad, entre los cuales los negros estaban, por supuesto, muy bien representados.

El proceso de integración de los centros recreativos y la eliminación de las barreras raciales en empleos que siempre excluían a los afrocubanos, fue más lento y doloroso. Algunos autores cuestionan la importancia de este proceso y señalan que la segregación racial tenía poco impacto en la vida de la mayoría de los afrocubanos.³⁰ Aunque casi todos los centros de recreación estaban fuera del alcance los pobres, sin tener en cuenta la raza, su integración era simbólicamente importante, pues convertía las metas abstractas de igualdad e integración racial en algo concreto en actos políticos tangibles con resultados inmediatos. De hecho, el tema fue considerado muy explosivo por el gobierno, por lo que implementó estas políticas de manera gradual.

Las playas se convirtieron en el primer objetivo de las autoridades revolucionarias. La mayoría de las mejores playas del país habían sido privatizadas, vinculadas a clubes sociales o a hoteles caros, y abiertas solo a los miembros e invitados. Como casi todos estos clubes eran abiertamente discriminatorios, los afrocubanos estaban excluidos de su acceso. Los gobiernos anteriores habían ofrecido crear facilidades recreativas separadas en “playas populares”, o de playas exclusivas para los clubes negros como una solución. En su discurso del 22 de marzo, Fidel Castro anunció que las playas serían abiertas al público y que “las personas” tendrían la posibilidad de asistir a las mejores playas del

²⁹ “Discurso de Raúl Castro”, *Noticias de Hoy* (3 de mayo de 1959); “Speech of Ernesto ‘Che’ Guevara at Santiago de Cuba”, Habana, 4 de mayo de 1959. USNA, RG 59/737.00-mayo Day/5-459; Guevara: *Escritos y discursos* 4:45-50; Castro: *Conferencia*, 37-39.

³⁰ Thomas: *Cuba*, 1120-1121; Betancourt: “Castro and the Cuban Negro”, 272-273. Ver también el análisis de Moore sobre estas medidas en “Le peuple noir”, 208-209.

país, incluyendo balnearios exclusivos como Varadero, Santa María del Mar, o Tará. Dos semanas después, las playas privadas de Santiago, La Habana, y el resto del país, se declararon públicas.

El anuncio oficial, sin embargo, advertía que las personas tendrían acceso solo a “la arena y el mar”; los edificios privados, piscinas, restaurantes, bares, y otros lugares del club continuaban siendo exclusivos de sus miembros. Las autoridades advirtieron también que, además del respeto por la propiedad privada, “el orden y la decencia que requiere el comportamiento de un pueblo civilizado” eran esperados. Las playas fueron declaradas propiedad social; las facilidades del club permanecían privados y estaban más allá del alcance de los negros y los pobres. La confrontación sobre estos espacios fue, por el momento, pospuesta. Fidel Castro había manifestado que esta sería la política oficial cuando recorrió algunas de las playas y clubes de La Habana a mediados del mes de febrero. Al hablar en un club de trabajadores bancarios en la playa de Santa María, al este de La Habana, pidió cooperaran con el acceso de las personas a las playas, pero aseguró a los miembros del club que su “privacidad” sería respetada.³¹

Una política igualmente gradual, que evitaba la confrontación, se implementó en la integración de los parques. Aunque algunos oficiales del Ejército Rebelde accedieron, acompañados por civiles negros, a las secciones blancas de los parques y desafiaron sus límites raciales tradicionales, la integración de los parques se logró con frecuencia a través de remodelamientos. En lugar de confrontar hábitos racistas arraigados, las autoridades se decidieron por reconstruir los parques y destruir sus diseños tradicionales, racialmente significativos, con la esperanza de que los nuevos parques no se asociaran con una geografía tradicional de raza y poder. “La Revolución Humanista —declaró el funcionario encargado de la remodelación en Santa Clara— precisamente tiene su origen en todas las injusticias sociales y una de esas injusticias es la discriminación racial [...] Por eso el Gobierno Revolucionario está haciendo un nuevo parque [Leoncio] Vidal en Santa Clara, donde desde la niñez del blanco con su hermano el negro, se miren con la sana alegría de ser hijos iguales de una patria que es con todos y para el bien de todos”. Las viejas macetas de flores que dividían las áreas por donde paseaban blancos y negros fueron eliminadas y reemplazadas con un paseo único, junto a un área recreativa para niños. “Es así como trabaja la revolución —afirmó el periódico *Revolución* acerca de

³¹ “Se abren las playas”, *Revolución* (11 de abril de 1959); “Mantendrán balnearios privacidad”, *Revolución* (17 de febrero de 1959); “Moncada: siete años después”, *Trabajo* 3 (julio de 1960), 66-71.

la apertura del nuevo parque— es así como da un paso al frente en la unidad de todos los cubanos”.³²

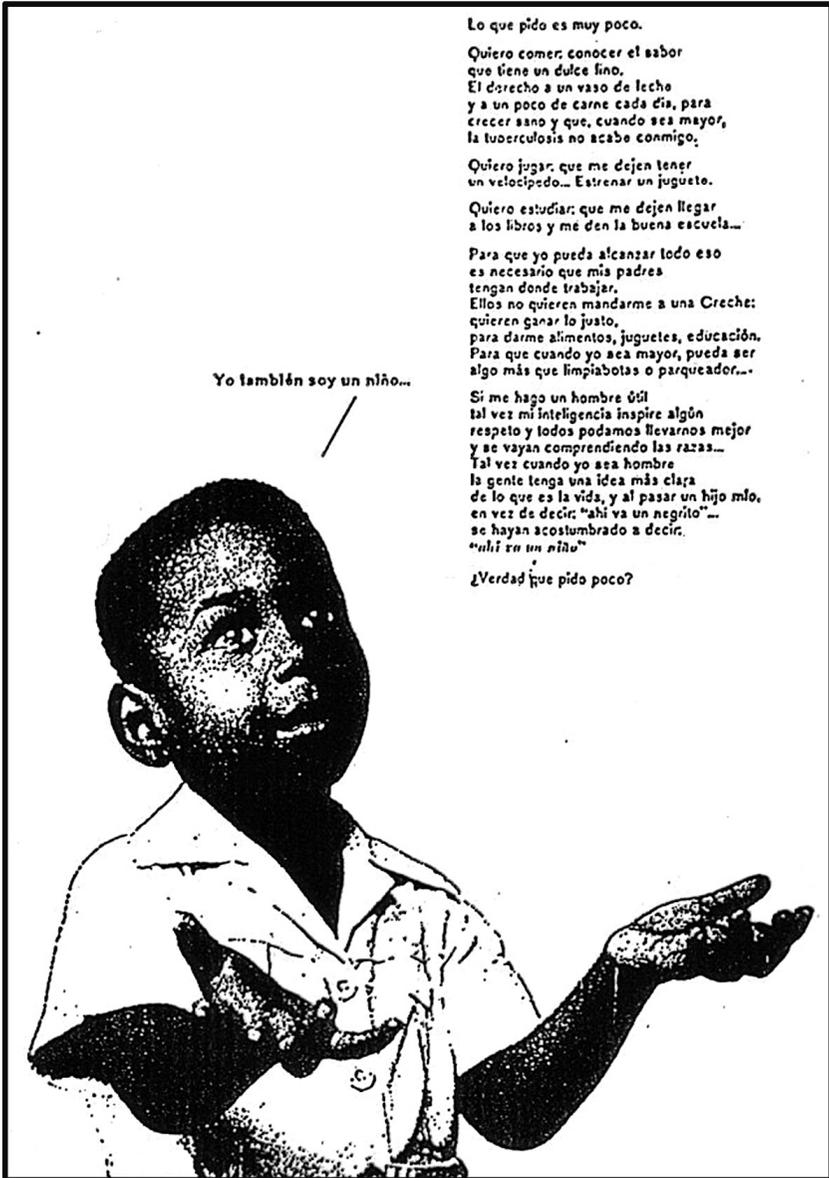
El acercamiento gradual con el cual la dirección revolucionaria pretendía eliminar la discriminación y conseguir la integración racial se hizo evidente en la propaganda de la época. Un anuncio publicado repetidamente en *Revolución*, durante abril y mayo de 1959, ejemplifica esto: representaba a un niño negro suplicando por un futuro mejor (véase Figura 13). El texto dice:

“Lo que pido es muy poco. Quiero comer: conocer el sabor que tiene un dulce fino. El derecho a un vaso de leche y a un poco de carne cada día, para crecer sano y que, cuando sea mayor, la tuberculosis no acabe conmigo. Quiero jugar: que me dejen tener un velocípedo... estrenar un juguete. Quiero estudiar: que me dejen llegar a los libros y me den la buena escuela... Para que yo pueda alcanzar todo eso es necesario que mis padres tengan donde trabajar. Ellos no quieren mandarme a una Creche: quieren ganar lo justo, para darme alimentos, juguetes, educación. Para que cuando yo sea mayor, pueda ser algo más que limpiabotas o parqueador... Si me hago un hombre útil, tal vez mi inteligencia inspire algún respeto y todos podamos llevarnos mejor y se vayan comprendiendo las razas... Tal vez cuando yo sea un hombre, la gente tenga una idea más clara de lo que es la vida, y al pasar un hijo mío en vez de decir ‘ahí va un negrito’... se hayan acostumbrado a decir: ‘ahí va un niño’. ¿Verdad que pido poco?”

El mensaje central de este anuncio era inequívoco: las jerarquías sociorraciales tradicionales no serían transformadas de la noche a la mañana. En lugar de defender agresivamente su derecho a un lugar igual en la sociedad, los afrocubanos *imploraban* cosas tan básicas como la alimentación, la educación y el trabajo. En cambio, las ideas raciales podrían “quizás” comenzar a cambiar cuando una nueva generación de cubanos, educada en un clima de armonía racial, adquiriese el conocimiento requerido para entender que el color de la piel no definía a la humanidad. El cambio se lograría sin confrontación. Las necesidades representadas por el muchacho en el anuncio eran inmediatas, pero se suponía que los afrocubanos esperarían por los beneficios, que les serían otorgados por el gobierno.

Cuando ocurrió la confrontación —inevitable dada la radicalización del proceso revolucionario—, esta se manifestó en un ropaje

³² O. Fernández: “Hermano negro”, *Revolución* (21 de agosto de 1959); “Tendrá Santa Clara” y “Nuevo parque”, ambos en *Revolución* (26 de agosto y 23 de noviembre de 1959); “Contra la discriminación racial en Cruces”, *Noticias de Hoy* (1 de abril de 1959).



Lo que pido es muy poco.

Quiero comer: conocer el sabor que tiene un dulce fino. El derecho a un vaso de leche y a un poco de carne cada día, para crecer sano y que, cuando sea mayor, la tuberculosis no acabe conmigo.

Quiero jugar: que me dejen tener un velocípedo... Estrenar un jugueto.

Quiero estudiar: que me dejen llegar a los libros y me den la buena escuela...

Para que yo pueda alcanzar todo eso es necesario que mis padres tengan donde trabajar. Ellos no quieren mandarme a una Creche: quieren ganar lo justo, para darme alimentos, juguetes, educación. Para que cuando yo sea mayor, pueda ser algo más que limpiabotas o parqueador...

Yo también soy un niño...

Si me hago un hombre útil tal vez mi inteligencia inspire algún respeto y todos podamos llevarnos mejor y se vayan comprendiendo las razas... Tal vez cuando yo sea hombre la gente tenga una idea más clara de lo que es la vida, y al pasar un hijo mío, en vez de decir: "ahí va un negro" ... se hayan acostumbrado a decir: "ahí va un niño"

¿Verdad que pido poco?

Figura 13: Propaganda revolucionaria llamando a la igualdad y armonía raciales. Léase el texto para hacer un análisis de su contenido. Publicado en *Revolución*, el 2 de abril de 1959 (Biblioteca Nacional José Martí).

clasista, en lugar de racial. El proceso de socialización de los clubes sociales, por ejemplo, se hizo a nombre de “los sin nada”: obreros, campesinos, empleados y profesionales humildes. A finales de abril de 1960, un año entero después de abrir las playas al público, el gobierno actuó contra los clubes privados y los nacionalizó. El primer club en ser reclamado como propiedad social fue el ultra exclusivo Havana Biltmore Yacht and Country Club, que fue renombrado como Cubanacán. Era un primer blanco ideal: el club simbolizaba la exclusividad de la élite y sus vínculos íntimos con los inversionistas extranjeros, principalmente de los Estados Unidos. Como indicó un periodista, este era un club “de nombre y composición extranjerizantes y consecuentemente contrarrevolucionario”. En medio de la creciente confrontación con el gobierno de los Estados Unidos, la expropiación de este club representaba un acto de afirmación nacional por el “pueblo” cubano, un concepto que identificaba a obreros, campesinos y a los sectores más humildes de la población.³³

Acusado de aceptar un millón de dólares como regalo de Batista, el club fue reabierto como un círculo social obrero. Las cuotas de la membresía variaban según el ingreso de sus miembros. A finales de 1960, el 55 % de estos ganaba menos de \$100.00 por mes; otro 23 % tenía un ingreso mensual entre \$100.00 y \$150.00. “Las familias que están utilizando los círculos sociales obreros son familias de bajos ingresos”, señaló Fidel Castro con satisfacción. El líder de la Revolución llamó a la creación de instituciones similares en todo el país: “un círculo en cada pueblo [...] uno en cada central azucarero”. En octubre de 1961, solo en La Habana, 13 clubes se transformaron en círculos sociales obreros.³⁴

Aunque estas expropiaciones se hicieron a nombre del pueblo, incluían no solo baluartes de la élite como el Havana Yacht Club, el Miramar Yacht Club, o el Vedado Tennis Club, sino también clubes que pertenecían a asociaciones de profesionales y empleados, como los obreros eléctricos del Cubanaleco. La Revolución reclamaba como propiedad de los obreros a centros que ya pertenecían a estos. Pero algunos de estos clubes, a pesar de su composición social, eran tan discriminatorios como los de la élite. Los clubes de los obreros ferroviarios y eléctricos, por ejemplo, no permitían negros en sus locales, aunque sus estatutos no contemplaban el tema racial. En enero de

³³ “Trascendencia social y humana de los círculos obreros”, *Trabajo* 7 (noviembre de 1960), 90-93.

³⁴ Ricardo Cardet: “Alegoría fraternal”, *Combate* 13 de marzo (27 de octubre de 1961).

1960, en el club de obreros ferroviarios se abolió la discriminación por un movimiento integracionista dirigido por su sindicato. El Cubanaleco permanecía abierto solo a los blancos.

Un grupo de trabajadores organizó, aprovechando el momento creado por las declaraciones antirracistas de Fidel Castro y la campaña nacional contra la discriminación, un Comité de Integración interracial en el sindicato y comenzaron a luchar contra las prácticas segregacionistas del club. “No es justo —argumentaban— que los que juntos desafían la muerte sobre lo alto de un poste, no puedan después alegrarse juntos en el club que es de todos”. Citando un artículo de los estatutos del propio club que declaraba que cualquiera que estuviera en la nómina de la Havana Electric podía hacerse miembro, el Comité afirmó que ellos solo exigían que el club cumpliera sus propias regulaciones: “No exigimos privilegios. Reclamamos un derecho”.³⁵

Sin embargo, el proceso de abolición de la discriminación en el club encontró resistencia entre sus miembros. El secretario general del sindicato, atrapado entre exigencias contrapuestas, propuso una solución similar a la aplicada por el gobierno en los parques: construir un nuevo club para los obreros eléctricos en la playa de Guanabo. Esto, escribió el periodista afrocubano Roger Fumero, era solo una maniobra para disipar las tensiones mientras se mantenía “la infamante *color line*” en el Cubanaleco. El sindicato tendría que abrir el club a los negros, advirtió el periodista; de otra manera, Fidel Castro lo haría por ellos. Los líderes del sindicato nunca se habían atrevido a encarar este problema. “Pero salta a todas luces —sentenció Fumero— que ahora la cosa es distinta. Que ahora está en la rectoría de la cosa pública un gobierno que ha ido contra todas las injusticias, y sus líderes máximos han reconocido que el problema discriminatorio en Cuba existe”. Los líderes del sindicato vacilaban acerca de cómo abordar el problema, las autoridades revolucionarias no: varios meses después el Estado ocupó el Cubanaleco, lo convirtió en un círculo social obrero y lo abrió a todos.³⁶

La intervención del Estado también fue crucial en la eliminación de las barreras raciales en el empleo. Este proceso fue considerablemente

³⁵ Fumero: “Glosas del tiempo” y Fumero: “¿Dos ‘Cubanalecos’ para qué?”, *El Avance Revolucionario* (22 y 25 de enero de 1960); Téllez: “Reflejos sociales: ¿Dos ‘Cubanalecos’ para qué?”, *El Avance Revolucionario* (22 de febrero de 1960).

³⁶ Téllez: “Reflejos sociales: el extraño silencio de Friginals” y Téllez: “Reflejos sociales: ¿Dos ‘Cubanalecos’ para qué?”, *El Avance Revolucionario* (17 y 22 de febrero de 1960); Cardet: “Alegría fraternal”.

más lento y difícil que la integración de las playas, parques, o clubes sociales. Numerosos sindicatos apoyaron públicamente las declaraciones antidiscriminatorias de Fidel Castro y aprobaron resoluciones que demandaban a los patrones contratasen a obreros negros.³⁷ Sobre todo en aquellos sectores en los cuales los afrocubanos raramente encontraban oportunidades de trabajo, como los bancos, tiendas al por menor y fábricas de cigarrillos, las presiones de los sindicatos, combinadas con la campaña nacional contra la discriminación citada antes, crearon oportunidades que no habían existido antes. Considerando la debilidad de su posición en las nuevas condiciones, los patrones intentaron llegar a un compromiso en esto, al igual que en otros problemas. Si no lo hacían, los obreros podían apelar a las autoridades, algo que, destacó un representante de compañías azucareras en la Isla, debía ser evitado por todos los medios posibles. “El destino de Cuba está en las manos del movimiento obrero”, afirmó el gerente de una empresa norteamericana en Oriente.³⁸

Así, cuando la Federación de Trabajadores Bancarios estipuló en el convenio colectivo de trabajo que el sindicato controlaría el 50 % de las nuevas contrataciones con el fin de nombrar trabajadores negros, los patrones aceptaron. Algunos gerentes de banco y de otras compañías tomaron incluso la iniciativa y comenzaron a contratar ellos mismos a trabajadores afrocubanos.³⁹

Pero como muestra el ejemplo de los obreros eléctricos y su club, en algunos casos los mismos sindicatos eran el problema. Debido al gran número de obreros desempleados y subempleados en la Isla, la competencia era feroz. Muchos sindicatos favorecían el empleo de los hijos y parientes cercanos de los empleados, política que los patrones apoyaban para mantener un mejor control sobre la fuerza laboral. En aquellas compañías que tradicionalmente no empleaban negros, las “listas

³⁷ “El humanismo”, *Revolución* (23 de mayo de 1959); “Proletarias: la discriminación”, *Nuevos Rumbos* 10 (9 de agosto de 1959), 7-9; “Un Comité de Integración en la Beck”, *Noticias de Hoy* (12 de mayo de 1959); “Demands... Workers in the Distribution of Motion Pictures”, Habana, 22 de abril de 1959. USNA, RG 59/837.062/5-459; “Crean Comité de Integración los tabaqueros”, *Noticias de Hoy* (8 de abril de 1959).

³⁸ Ramón de la Cruz a Manatí Sugar Company, Habana, 13 de julio de 1960. BBC, RG 4, Series 45, Caja 2, Folder: “Labor-Cuba”; Richard Milk al secretario de Estado, Preston, 24 de diciembre de 1959. USNA, RG 59/737.00/12-2459.

³⁹ “Contra la discriminación los bancarios”, *Noticias de Hoy* (9 de abril de 1959); “Empleará un banco a trabajadores negros”, *Revolución* (22 de mayo de 1959); Fumero: “Glosas del tiempo”, *El Avance Revolucionario* (18 de marzo de 1960); Roca: *Los fundamentos*, 98.

de solicitantes de empleos” estaban integradas casi exclusivamente por blancos: los afrocubanos sabían de antemano que sus oportunidades de ser contratados eran nulas y no se molestaban en aplicar.⁴⁰ En suma, para alterar significativamente la composición racial de la estructura ocupacional, era necesario afrontar intereses arraigados, así como hábitos y prácticas de contratación que habían contribuido a mantener las distinciones raciales en los empleos. Se requería la acción estatal.

Sin embargo, la dirección revolucionaria permanecía opuesta a aprobar una ley que obligara a los patrones a contratar una cuota determinada de obreros negros; una posición que los comunistas aún defendían en 1960. El gobierno revolucionario dio pasos legales, pero de forma que llevaran a la integración gradual del trabajo, mientras se minimizaba la confrontación racial. La nueva Ley Orgánica del Ministerio del Trabajo —aprobada en enero de 1960— estableció que todos los nuevos contratos se harían a través del Ministerio del Trabajo. Con el objetivo de asignar empleos con “justicia e igualdad”, el Ministerio haría un censo obrero para determinar el número, habilidades, lugar de residencia, ingreso familiar y necesidades del desempleado. Con esta información en mano, crearían un registro nacional de solicitantes de empleo. Solo el Ministerio podría llenar vacantes; ni los sindicatos ni los patrones podían contratar obreros fuera del registro nacional. “De este modo —proclamó el órgano oficial del Ministerio— el Gobierno Revolucionario erradicará totalmente la discriminación de todo tipo en sectores laborales determinados”. Según el ministro del Trabajo, el censo —realizado en abril de 1960— garantizaría que todos los cubanos tuvieran oportunidades iguales de empleo y eliminaría la discriminación racial en el trabajo.⁴¹

El escritor afroamericano Julian Mayfield, quien visitó la Isla en el verano de 1960, se refirió al impacto de estas medidas: “Por poner un ejemplo [...] El propietario de una barbería en un hotel lujoso como el Habana Libre [...] nunca hubiera considerado contratar a un barbero negro antes de la Revolución. Pero la decisión ya no es suya”.⁴²

La concepción de forzar una distribución de los empleos sin distinciones raciales, con la intervención estatal, no era por supuesto

⁴⁰ Acerca de estas prácticas, ver el incisivo artículo de Lázaro Peña: “Debemos combatir prácticamente la discriminación racial desde los sindicatos”, *Noticias de Hoy* (29 de marzo de 1959).

⁴¹ “Recuento de la labor revolucionaria del Ministerio del Trabajo”, *Trabajo* 1 (mayo de 1960), 84-94; Augusto Martínez Sánchez: “Conferencia”, *Trabajo* 1 (mayo de 1960), 66-67.

⁴² Mayfield: “Cuba Has Solution to Race Problem”, *Afro-American* (1 de octubre de 1960).

nueva; el principio estaba incluido en la Constitución de 1940 y se reprodujo después, pero con un impacto mínimo, en los decretos de Prío y Batista de 1951 y 1955. La situación, sin embargo, era “distinta” en 1960, para usar la expresión del periodista afrocubano Fumero. Como el ingreso y las necesidades familiares se tenían en cuenta al cubrir las plazas vacantes, el nuevo sistema no era, de hecho, ajeno al color. Este buscaba beneficiar a los más pobres, donde los negros estaban masivamente representados.⁴³ Además, la capacidad del gobierno de influir en las prácticas de contratación aumentó de manera significativa cuando, en el otoño de 1960, las industrias y compañías extranjeras y nacionales empezaron a ser nacionalizadas. En 1963, el 70 % de la agricultura, el 95 % de la industria y el transporte, el 75 % del comercio minorista y el 100 % de las actividades bancarias estaban bajo el control directo del Estado, que se había convertido en el empleador principal de Cuba.⁴⁴

Otras políticas gubernamentales contribuyeron a disminuir las desigualdades sociales, incluyendo las asociadas a la raza y a la integración nacional. La nacionalización de las escuelas privadas, en julio de 1961, destruyó uno de los pilares del racismo en la sociedad cubana; la mayoría de estas escuelas eran segregacionistas. La campaña de alfabetización masiva en 1961, a su vez, no solo proporcionó lectura básica y habilidades para escribir a los más pobres de la sociedad, sino también agrupó a cubanos de diferentes estratos sociales en una empresa común. Por primera vez, muchos residentes urbanos conocieron de primera mano las miserias de la vida rural; los ciudadanos de clase media se vieron personalmente involucrados en la erradicación de la pobreza y la ignorancia. Negros y blancos participaron en este esfuerzo, como maestros y estudiantes. Entre los maestros voluntarios, los negros y mulatos representaban el 30 % del total. La educación de los adultos también se extendió y se crearon escuelas para enfrentar las necesidades de grupos desamparados, como los trabajadores domésticos, donde las mujeres afrocubanas estaban ampliamente representadas.⁴⁵

⁴³ “Los nuevos empleos son para los que más los necesitan”, *Trabajo* 6 (octubre de 1960), 4-5.

⁴⁴ Mesa-Lago: “Economic Policies and Growth”, en Mesa-Lago, ed.: *Revolutionary Change*, 283.

⁴⁵ Jolly: “The Literacy Campaign”, 190-219; “La revolución reivindica a las clases explotadas”, *Combate 13 de marzo* (8 de agosto de 1961). La participación negra en la campaña de alfabetización es obvia en el documental de Manuel Octavio Gómez: *Historia de una batalla* (1962). Esta visión fue reforzada por el hecho de que uno de los mártires de la campaña —Conrado Benítez, un maestro voluntario fue asesinado por bandas contrarrevolucionarias en las montañas del Escambray en 1961— era negro.

Asimismo, la reducción de las rentas y la creación, en 1959, del Instituto Nacional de la Vivienda (INAV) benefició a las familias de bajos ingresos. El INAV estaba encargado de la construcción de viviendas baratas para obreros y asumió la tarea de construir casas para los residentes de los barrios indigentes, donde predominaban los negros. Por ejemplo, en 1961, los residentes del tristemente célebre barrio de Las Yaguas, en La Habana, fueron trasladados a un nuevo complejo de viviendas, construido en lo que tradicionalmente había sido un barrio de la clase media. En Santiago, el barrio marginal Manzana de Gómez estaba en proceso de ser destruido a inicios de 1960, y barrios similares, como Honduras y Debajo del Puente, se estudiaban para que los vecinos construyeran sus propias casas, con el apoyo del Estado.⁴⁶

Los estudiantes becados que procedían de familias pobres los alojaron en las mansiones de la antigua burguesía, que desde 1959 había abandonado el país en masa. Más de 1 000 antiguos trabajadores domésticos que se matricularon en cursos de capacitación para trabajos administrativos y comerciales, en 1962, fueron alojados en el Hotel Nacional, uno de los hoteles más exclusivos de La Habana.⁴⁷ La geografía tradicional habanera, tan dependiente de la raza y la riqueza, estaba siendo alterada drásticamente.

Los individuos de diferentes estratos sociales y raciales fueron socializados en los valores de una nueva sociedad e integrados en organizaciones de masas, como las Milicias Revolucionarias, los Comités de Defensa de la Revolución y la Federación de Mujeres Cubanas. Estas organizaciones no tenían en cuenta el color de la piel como requisito de la membresía; servían para encauzar el entusiasmo revolucionario, movilizar y controlar a la población, y dar poder simbólico a grupos cuya participación en la vida política de Cuba había sido mínima. Algunos observadores señalaron, por ejemplo, que entre los que integraban la milicia en 1960: “muchos no habían podido desempeñar papeles prestigiosos en el viejo orden, y representaban una proporción significativamente alta de negros y de mujeres de mediana edad”.⁴⁸

⁴⁶ Lewis et al.: *Cuatro hombres*, 126-139; “La revolución transforma ‘Las Yaguas’”, *Revolución* (18 de febrero de 1959). Para Santiago, ver Cuba: *Statistics from the Ministry of Social Welfare*, 19.

⁴⁷ Jolly: “The Literacy Campaign”, 210.

⁴⁸ MacGaffey: “Social Structure and Mobility in Cuba”, 106.

Los efectos de este proceso de cambios radicales no pueden resumirse fácilmente. Afectaron la vida de todos los cubanos que, en gran medida, de acuerdo a su origen social, respondieron a los cambios revolucionarios de diferentes maneras. Las clases altas predominantemente blancas y los sectores más acaudalados de la clase media salieron del país y encontraron refugio en Miami, donde intentaron recrear una Cuba que ya no existía. Las clases bajas se unieron en apoyo a la Revolución y su líder; según una encuesta realizada en 1962, el 70 % de los obreros tenía una actitud favorable hacia esta. El porcentaje era más alto aun entre los obreros negros: un 80 %. Tan temprano como en septiembre de 1959, un informe del Departamento de Estado norteamericano consideraba a los negros como uno de los pilares de apoyo del gobierno revolucionario.⁴⁹

La mayoría de los negros y mulatos se beneficiaron con la redistribución nacional de los ingresos y recursos llevada a cabo por la Revolución. Quizás era también importante que ellos estaban por primera vez —junto con otros grupos sociales subordinados— en el mismo centro de la atención gubernamental y aprovecharon la oportunidad de participar en áreas que antes les estaban vedadas. En este sentido, el proceso de integración de los parques, playas, escuelas e instalaciones de recreo fue sumamente importante, pues les permitía experimentar de forma concreta su nuevo estatus social.

Un obrero industrial negro entrevistado por Maurice Zeitlin, en 1962, destacó la importancia de este proceso: “Yo estoy muy orgulloso de lo que la Revolución ha hecho por los obreros y los campesinos —y no solo en el trabajo. Por ejemplo, los negros no podían ir a una playa o a un hotel bueno, o ser jefes en la industria, o trabajar en los ferrocarriles o en el transporte público en Santiago. ¡Esto era debido a su color!... Pero ahora no —todos nosotros— nosotros somos iguales: el blanco, el negro, el mulato...” Otros obreros afrocubanos coincidían: “Aquí no hay un lugar en el que mi niño no pueda entrar, o cualquier persona, si es pobre, o negro, o quienquiera”. “Nosotros podemos frecuentar cualquier lugar que queramos, playas, hoteles, cines”, expresó otro. Incluso algunos emigrantes negros, por otra parte hostiles con la Revolución, admitieron que los negros eran “como todo el mundo. Igual que el blanco”.⁵⁰ Nadie captó mejor que Nicolás Guillén lo que

⁴⁹ Zeitlin: *Revolutionary Politics*, 77; “Developments in Cuba Since Castro Assumed Power”, sin lugar, 5 de septiembre de 1959. USNA, RG 59/737.00/9-559.

⁵⁰ Zeitlin: *Revolutionary Politics*, 85, 75; Fox: “Race and Class”, 436.

estas transformaciones significaban para muchos afrocubanos en su poema *Tengo*, escrito en 1964:

*Tengo, vamos a ver,
que siendo un negro
nadie me puede detener
a la puerta de un dancing o de un bar.
O bien en la carpeta de un hotel
gritarme que no hay pieza,
una mínima pieza y no una pieza colosal,
una pequeña pieza donde yo pueda descansar.
[...]
Tengo que como tengo la tierra tengo el mar,
no country,
no jailáif,
no tenis y no yacht,
sino de playa en playa y ola en ola,
gigante azul abierto democrático:
en fin, el mar.
Tengo, vamos a ver,
que ya aprendí a leer,
a contar,
tengo que ya aprendí a escribir,
y a pensar
y a reír.
Tengo que ya tengo
donde trabajar
y ganar
lo que me tengo que comer.
Tengo, vamos a ver,
tengo lo que tenía que tener.⁵¹*

Algunos obreros blancos encontraron difícil adaptarse a estos cambios y se ofendieron por lo que percibieron como una preferencia oficial hacia los afrocubanos. Particularmente fue difícil asimilar la intimidación social y física que las escuelas, centros recreativos, así como las organizaciones de masas imponían a blancos y negros. “Mis hijos fueron milicianos —explicó un obrero azucarero blanco en 1962— pero renunciaron debido al comunismo y también, estaban descontentos porque había muchos negros en el batallón que pensaban que eran mejores que los otros”.

⁵¹ Guillén: *¡Patria o muerte!* 190-195.

Esta percepción de que los negros se sentían como si fueran “mejores” que los blancos o que estaban “mejor” que los blancos en la Isla, fue compartida por varios obreros blancos entrevistados por Fox en 1970, quienes estaban resentidos por la destrucción de las jerarquías raciales tradicionales. “El negro tiene más derechos que los blancos [...] El negro vale más que el blanco”, declaró un obrero agrícola de Oriente. Un antiguo soldado coincidió: “Los negros reciben más consideración [...] El hombre blanco allí [en Cuba] no vale nada. El negro vale más que el blanco”. Según un panadero, los blancos en Cuba estaban viviendo “bajo la bota del negro”. Los negros “abusaban” de los blancos porque ocupaban posiciones de dirección en los Comités de Defensa de la Revolución, las milicias y en organizaciones similares.⁵²

El gobierno revolucionario no solo dio pasos decisivos, aunque cuidadosos, hacia la integración de la mayoría de los espacios sociales y la integración racial de la población, en particular de la juventud. El gobierno creó también un “ideal” que dominaba el discurso y el imaginario de la nueva sociedad: los revolucionarios y, después de 1961, los comunistas, no podían ser racistas. El racismo se identificó con grupos sociales subordinados a los intereses imperialistas: la burguesía blanca, antinacional y proyanqui que huyó del país. Así, el racismo no solo era anticomunista o contrarrevolucionario, era además, antinacional y una peligrosa señal de “atraso” ideológico.

Debido a la enorme influencia que el Estado y sus organizaciones de masas ejercieron en diversas áreas de la vida nacional, la mayoría de los ciudadanos se sintió obligada a acatar este ideal y a adaptarse al nuevo ambiente. Como destacó un actor negro entrevistado por Elizabeth Sutherland en 1968, los blancos ya no podían “ser abiertamente racistas”. Los negros y blancos se comportaban “como si” hubieran alcanzado “el ideal de la hermandad”, advirtió el actor, cuando era de hecho solo un ideal. Pero el hecho mismo de que la hermandad racial se hubiera transformado en un ideal, y que las personas se sintieran obligadas a actuar en consecuencia, eran logros significativos en un país donde las barreras raciales, e incluso la segregación, fue algo común solo una década antes.⁵³

El testimonio de una profesional blanca entrevistada por los historiadores Duharte y Santos en 1994, ejemplifica cómo los blancos comunes se vieron obligados a afrontar el tema racial: “Nací en el año de 1951, en la ciudad de Camagüey [...] [Esta] provincia ha sido considerada siempre en Cuba como una de las más racistas y yo pienso que es así realmente. En mi familia se respiraba el racismo a cada

⁵² Zeitlin: *Revolutionary Politics*, 77; Fox, “Race and Class”, 427-430.

⁵³ Sutherland: *The Youngest Revolution*, 150.

instante [...] Mi abuela [...] nunca se sentó en una guagua, o en una máquina de alquiler, al lado de un negro [...] Tampoco admitía negros en su mesa [...]. Cuando tuve 12 años me fui, como tantos jóvenes de aquel momento, a cursar la enseñanza media en La Habana, y allí me enfrenté al problema desde otro ángulo: por primera vez tuve un contacto directo con negros, estaban en mi aula [...] hasta en mi dormitorio; esto fue una experiencia tremenda para mí. No recuerdo que sintiera una marcada repulsión hacia ellos, esto tal vez estaba condicionado por la propaganda revolucionaria que ya llevaba varios años repitiendo que todos éramos iguales, y quien no lo sintiera así no era considerado como revolucionario”.⁵⁴

Las autoridades revolucionarias, por su parte, aceptaron el ideal como un hecho consumado. Tan temprano como en 1962, comenzaron a afirmar que Cuba había eliminado la discriminación racial. Entre otros éxitos, la Segunda Declaración de La Habana —emitida en febrero de 1962— afirmó que la Revolución “erradicó la discriminación por motivos de raza o sexo” en Cuba. En un escrito del mismo año, un funcionario del Partido Comunista coincidía: “Nuestra revolución patriótica, democrática y socialista ha eliminado de la vida cubana el odioso y humillante espectáculo de la discriminación por el color de la piel”. El discurso dominante fue resumido por el propio Fidel Castro cuando sostuvo que la discriminación en Cuba desapareció junto con los privilegios de clase. También observó que la Revolución había resuelto el problema sin gran esfuerzo.⁵⁵

Este se convirtió en el tema predominante del discurso público, reproducido en documentos oficiales, la prensa, e incluso en las escuelas. La Revolución había resuelto el histórico problema racial en Cuba: el racismo y la discriminación eran cosas del pasado. La campaña inicial contra el racismo decayó después de 1962; hubo un creciente silencio público alrededor del tema, excepto para destacar el éxito de Cuba en esta área. Lo que fue objeto de un debate público fructífero y valiente en los primeros años de la Revolución devino tabú. Como declaró uno de los informantes de Sutherland: “El problema en Cuba es que existe un tabú en hablar sobre el racismo, porque oficialmente ya no existe. Y nadie, negro o blanco, quiere hablar sobre eso”. Si los actos abiertamente racistas eran juzgados como contrarrevolucionarios, cualquier

⁵⁴ Duharte y Santos: *El fantasma de la esclavitud*, 100-103.

⁵⁵ “II Declaración de La Habana” (4 de febrero de 1962), en *Documentos de la revolución cubana*, 68; Carneado: “La discriminación racial”, 54; Lockwood: *Castro's Cuba*, 128.

intento por debatir en público las limitaciones de la integración cubana era considerado como obra del enemigo. Como en el pasado, el ideal de la fraternidad racial operaba de forma compleja y contradictoria.⁵⁶

Diversos factores contribuyeron en hacer de la raza y la discriminación un tema no abordado en la esfera pública. En primer lugar, el silencio era congruente con la política gradual, sin confrontación, que la dirección revolucionaria aplicó en la cuestión racial. Las autoridades admitían que las actitudes racistas y los prejuicios no desaparecerían de la noche a la mañana, pero las conceptuaron como “remanentes” de un pasado condenado a desaparecer a su debido tiempo. El silencio se institucionalizó también porque algunos de los actores políticos que podían objetar las políticas de la Revolución en esta (o cualquier otra) área no estaban en posición de hacerlo. Los comunistas sostuvieron siempre que la lucha contra el racismo involucraba por lo menos dos frentes: uno legal, en el que la discriminación sería penalizada y uno cultural que imponía una campaña de educación para erradicar los criterios raciales.

En 1960, los líderes del partido defendieron la necesidad de aprobar una ley antidiscriminatoria, a pesar de la oposición de Castro a esta idea. Pero en 1961, el Partido Socialista Popular se convirtió en un miembro de la coalición gobernante. Aunque su posición se fortaleció, unido al establecimiento de lazos estrechos con la Unión Soviética, su papel en el grupo dirigente era claramente subordinado.⁵⁷ Las credenciales revolucionarias de los comunistas se impugnaron con frecuencia después del triunfo revolucionario por su apoyo tardío a la lucha armada y a sus lazos anteriores con Batista. Es decir, el partido no podía permitirse el lujo político de tener una voz independiente. Además, es dudoso que sus líderes sintieran la necesidad de seguir presionando por medidas adicionales concernientes a la cuestión racial.

Después que Fidel Castro declaró el carácter “socialista” de la Revolución en 1961, los comunistas no tenían razón alguna para continuar promoviendo una agenda antidiscriminatoria explícita. Ellos siempre creyeron que las diferencias de raza desaparecían de manera automática con el socialismo, como supuestamente ocurrió en la Unión Soviética y en otros países socialistas.⁵⁸

⁵⁶ Sutherland: *The Youngest Revolution*, 149. Tanto Sutherland (146) como Moore: “Le peuple noir”, 205, destacan que la campaña contra el racismo disminuyó después de 1962 o 1963. Mi investigación confirma esta aseveración.

⁵⁷ Este fue particularmente el caso después de la restructuración de las Organizaciones Revolucionarias Integradas en 1962. Ver Domínguez: *Cuba: Order and Revolution*, 210-218.

⁵⁸ Roca: *Los fundamentos*, 98-99.

Los intelectuales afrocubanos, que durante todo el período republicano habían denunciado las limitaciones de la democracia racial cubana, podían haber contribuido a mantener el tema vivo. Pero a mediados de la década de 1960, este grupo perdió sus bases principales de apoyo institucional: los clubes afrocubanos y la prensa negra. Las oportunidades para publicar una columna regular consagrada a “temas negros” en los principales periódicos —una práctica común en la Cuba prerrevolucionaria— también habían desaparecido. Toda la prensa estaba bajo un estricto control gubernamental.

El programa de integración de la Revolución dejó poco espacio para que persistieran voces o instituciones racialmente definidas, mucho menos que pudieran prosperar. Sin embargo, las sociedades afrocubanas no fueron desmanteladas de la noche a la mañana; muchas sobrevivieron más tiempo que los clubes exclusivos de la burguesía. Cuando el gobierno las cerró, por lo general alegó razones de procedimientos, como falta de registro apropiado o fallo en el pago de cuotas e impuestos. Además, las sociedades negras no fueron un blanco de la acción gubernamental; las erradicaron junto a numerosas asociaciones cívicas, fraternales, profesionales y de ayuda mutua, que supuestamente obstruían el proceso de redefinir la sociedad civil cubana a partir de los criterios, estimados como apropiados, por el gobierno revolucionario. En septiembre de 1961, más de 170 de estas asociaciones fueron cerradas por las autoridades provinciales solo en La Habana.⁵⁹

Las sociedades afrocubanas estaban en una posición débil para poder resistir. La dirección de las federaciones nacional y provinciales había estado peligrosamente cerca de Batista y muchos clubes recibían subsidios gubernamentales. A inicios de enero de 1959, comenzó un proceso de “tomas revolucionarias” de las sociedades, similar al que tuvo lugar después de la caída de Machado. Atenas fue el primer club en el que el consejo de dirección fue reemplazado por miembros que se autodefinieron como “jóvenes revolucionarios”, acusaron públicamente al anterior consejo de dirección de cooperar con Batista y con el líder de la CTC, Eusebio Mujal, e informaron al nuevo jefe de la policía sobre su acción.⁶⁰

La Federación Nacional de Sociedades también fue “tomada revolucionariamente” en enero de 1959. Este movimiento lo encabezó

⁵⁹ La lista de sociedades fue publicada por *Combate* 13 de marzo (27 de agosto, 1, 2, 8 de septiembre de 1961).

⁶⁰ “Destituyeron a la Junta Directiva del ‘Atenas’”, *Revolución* (26 de enero de 1959).

el abogado Juan René Betancourt, quien afirmó estar calificado para la tarea porque su propia organización ONRE era, aparte de la Federación, la más grande del país. También sostuvo que las principales figuras de la ONRE habían sido miembros de organizaciones revolucionarias, o que permanecieron ajenas a la corrupción del régimen de Batista. “Estábamos perfectamente calificados para asumir en ese momento la defensa de la raza y la rectoría de la Federación”, afirmó Betancourt, quien se autodesignó presidente provisional de la organización; envió telegramas a todas las sociedades afiliadas notificándoles los cambios e inició una campaña pública en la que exigía al gobierno aclarara su posición acerca del llamado problema negro.⁶¹

En otros casos, la intervención del gobierno reemplazó a los líderes. A inicios de marzo, el consejo de dirección del Club Nacional de Sociedades Juan Gualberto Gómez —el exclusivo centro turístico afrocubano de la playa Marbella, construido con el dinero de Batista— fue suspendido de sus obligaciones por un decreto emitido por el ministro de Educación. Designaron un mediador gubernamental para dirigir el club hasta que se eligiera una nueva directiva. En lugar de esto, el representante gubernamental ordenó, en febrero de 1960, disolver el club y abrió sus puertas a los cubanos de todos los colores.⁶²

No eran solo los directivos de los clubes los que fueron impugnados desde dentro y desde afuera. Después del discurso de Fidel Castro del 22 de marzo, la propia existencia y propósitos de los clubes negros fue muy debatido, algunos intelectuales afrocubanos los criticaron muy fuerte como obstáculos en el camino de la Revolución hacia la integración nacional. Por ejemplo, en su informe al Fórum sobre la Discriminación Racial —celebrado en la Universidad de La Habana en abril de 1959— el periodista Manuel Cuéllar Vizcaíno advirtió que “las asociaciones racistas”, tanto de blancos como de negros, no debían recibir apoyo financiero alguno del gobierno revolucionario, porque todas eran “anticubanas”. A inicios de 1960, Cuéllar afirmó que estas sociedades perdieron su propósito y se convirtieron en un estorbo en el proceso de integración. También criticó al club Atenas por hacer solo actividades recreativas y se lamentó de que sus miembros jóvenes no se presentaran a exámenes para las carreras

⁶¹ Betancourt: *El negro*, 156-160. Betancourt más tarde relató esta historia de forma diferente, afirmando que él había sido nombrado por el gobierno para ocupar la Federación. Ver su “Castro and the Cuban Negro”, 270-271.

⁶² “Destituyen a directivos”, *Revolución* (24 de marzo de 1959); Fumero: “Deja de ser el Club Marbella un centro separatista”, *El Avance Revolucionario* (19 de febrero de 1960).

diplomáticas. Desde su punto de vista, Atenas y otros clubes no solo hacían poco por promover el programa de la Revolución, sino que no aprovechaban todas las oportunidades creadas por el gobierno revolucionario.⁶³

Otro periodista afrocubano, Roger Fumero, apoyó la crítica de Cuéllar. Fumero denunció que, a la luz de las metas integracionistas de la Revolución, no existía razón alguna para que la Federación de Sociedades continuara. También criticó a Unión Fraternal, el segundo club afrocubano más importante de la capital, por aferrarse a sus funciones sociales tradicionales mientras desconocía las “proyecciones democráticas” del gobierno revolucionario. Un lector afrocubano de su columna asintió: los líderes de las sociedades negras actuaban como si una Revolución no hubiera tenido lugar y estaban solo interesados en las fiestas y la ganancia personal.⁶⁴

Estas críticas demuestran que los afrocubanos no compartían un punto de vista común acerca del papel que sus instituciones tradicionales debían tener en el nuevo ambiente, o sobre el proceso de integración nacional en general. Algunos, como Betancourt, vieron las sociedades como un baluarte para articular un movimiento autónomo racialmente definido que promoviera el avance de los negros como un grupo corporativo; por eso enfatizaba que las sociedades no debían “nunca más permitir” que “gobierno alguno les diga quién ha de ser su dirigente nacional” ni “subordinar la felicidad de la raza a la limosna, siempre irrisoria, que un gobierno les quiera dar”. Concretamente, él esperaba usar la Federación Nacional como una plataforma para organizar un movimiento cooperativo negro en toda la Isla.⁶⁵ Pero otros intelectuales afrocubanos —incluyendo a Cuéllar y a Fumero— se opusieron a cualquier esfuerzo que consolidara la separación de negros y blancos, en especial en un momento en el que el gobierno parecía determinado a crear oportunidades sin precedentes para una efectiva igualdad racial. El periodista Sixto Gastón Agüero criticó incluso la noción dominante de integración, argumentando que los cubanos ya estaban integrados étnica, biológica y culturalmente. Lo que restaba por hacer era crear conciencia sobre este proceso y eliminar la noción misma de “raza”

⁶³ Cuéllar Vizcaíno: “Discriminación”; Fumero: “Glosas del tiempo”, *El Avance Revolucionario* (24 de marzo de 1960).

⁶⁴ Fumero: “Glosas del tiempo” y Fumero: “Mensaje”, *El Avance Revolucionario* (20 de enero y 23 de abril de 1960). La carta, escrita por Jesús Muñiz fue impresa por Fumero: “Carta con breve preámbulo”, *El Avance Revolucionario* (22 de abril de 1960).

⁶⁵ Betancourt: *El negro*, 158-160.

de la conciencia social; y como no era probable que las sociedades afrocubanas ayudaran en este proceso, las mismas debían eliminarse.⁶⁶

Los comunistas también criticaron, con argumentos similares, los planteamientos de Betancourt. La creación de una nación racialmente integrada e igualitaria —argumentaron— no podía lograrse sin los esfuerzos conjuntos de negros y blancos. Aquellos que se oponían a la unidad —destacó Salvador García Agüero— eran enemigos de la Revolución, de la patria y de los mismos negros. García Agüero se refirió a “la doctrina negra” de Betancourt como una ideología racista que perpetuaría la segregación, el resentimiento y la separación entre los cubanos de diferentes colores.⁶⁷

Los clubes afrocubanos intentaron desesperadamente adaptarse al nuevo ambiente; muchos participaron en la campaña antidiscriminatoria lanzada en 1959 y 1960 y en programas revolucionarios que no tenían un contenido racial específico. Diversas sociedades, por ejemplo, reunieron dinero para apoyar la reforma agraria, la industrialización, o la campaña de alfabetización. Algunos clubes, como Atenas, eligieron líderes que fueron activos en la lucha contra Batista. Otros buscaron legitimidad cambiando sus nombres: en 1961, la sociedad Jóvenes del Vals se convirtió en Jóvenes del Vals Revolucionario. Muchos invitaron a miembros del Ejército Rebelde o del M-26-7 a asistir a sus funciones públicas, o prestaron sus locales a las organizaciones revolucionarias.⁶⁸

Nada de eso logró los resultados que esperaban. La existencia de asociaciones racialmente definidas fue considerada por los líderes revolucionarios como una contradicción con las metas de la revolución respecto a la integración racial. Muchos de los papeles tradicionales de estas las asumieron otras instituciones, o sencillamente perdieron relevancia en la sociedad posrevolucionaria. Los clubes afrocubanos habían realizado funciones de ayuda mutua y prestado servicios en áreas como

⁶⁶ Agüero: *Racismo y mestizaje en Cuba*, 226-242; Fumero: “Glosas del tiempo: Más sobre ‘racismo y mestizaje en Cuba’”, *El Avance Revolucionario* (21 de abril de 1960).

⁶⁷ García Agüero: “Negrista no: integración”, *Noticias de Hoy* (26 de agosto de 1959). Ver también las críticas de Betancourt a los comunistas en su “Castro and the Cuban Negro”, 270-274.

⁶⁸ “Conferencia sobre integración”, *Revolución* (30 de mayo de 1959); “Festival en Aponte”, *Revolución* (29 de abril de 1959); “Excepcional aporte a la R. A. en Matanzas”, *Revolución* (12 de junio de 1959); Téllez: “Reflejos sociales: el homenaje de ayer”, *El Avance Revolucionario* (1 de marzo de 1960); Club Jóvenes del Vals. ANC, Registro de Asociaciones, leg. 1159, no. 24261; “Unión Fraternal de Jaruco”, *Noticias de Hoy* (30 de septiembre de 1960); Cabrera Torres: *La rehabilitación*.

la enseñanza, la salud y la recreación, que después de 1959 estaban al alcance de todos, sin importar su color. Los clubes habían ofrecido a los políticos y profesionales afrocubanos una base social y electoral para sus aspiraciones de reconocimiento social y de ascenso. Pero en el orden institucional emergente, esos papeles los desempeñaban ahora las organizaciones de masas revolucionarias.

En muchos casos, las sociedades que fueron eliminadas, en realidad ya no funcionaban. Aunque limitadas, las evidencias disponibles son concluyentes: la cantidad de afrocubanos afiliados a los clubes disminuyó mucho con la Revolución. El número de miembros de Jóvenes del Vals disminuyó de 127 en 1956 a 38 en 1962; el de Unión Fraternal, de 3 212 en 1951 a solo 211, en 1965. En Atenas, los miembros declinaron en dos tercios entre 1957 (292) y diciembre de 1959 (91).⁶⁹

Por su composición social, sus lazos con Batista, y los conflictos entre sus miembros, el club Atenas fue “intervenido” por el gobierno. En julio de 1961, el interventor decretó la disolución de la sociedad; argumentó que no cumplía los fines para los que había sido creada y que había sido “abandonada” por sus miembros. Hay indicios, sin embargo, que al menos hasta finales de 1960, sus miembros trataron de mantener alguna vida institucional, con elecciones y convocando a reuniones. La intervención probablemente desestimuló la participación de los miembros en las actividades y aceleró el proceso de abandono, invocado como una de las razones para su disolución.

Otras sociedades sobrevivieron mucho más tiempo y algunas, en especial las sociedades religiosas, nunca fueron formalmente eliminadas. Unión Fraternal y Jóvenes del Vals Revolucionario no fueron disueltas hasta agosto y septiembre de 1966, respectivamente. En ambos casos, las autoridades argumentaron que las asociaciones no remitieron la información requerida acerca de las elecciones, actas de reuniones, y documentación similar.

Estas asociaciones fueron eliminadas, supuestamente, por razones puramente técnicas, por la falta de diligencia de sus directivos, quienes no archivaban de forma adecuada la documentación requerida por la ley. Pero no existe duda alguna de que, en el mejor de los casos, a mediados de la década del 60, estas sociedades se percibían por el gobierno revolucionario como un estorbo a sus programas. Una nueva ley de asociaciones aprobada en 1965, traspasó su supervisión y control

⁶⁹ Club Jóvenes del Vals. ANC, Registro de Asociaciones, leg. 1159, no. 24261; Unión Fraternal. ANC, Registro de Asociaciones, leg. 1225, no. 25614-25616; Club Atenas. ANC, Registro de Asociaciones, leg. 1112, no. 23267-23270. El análisis que sigue se basa en estas fuentes.

al Ministerio del Interior, el órgano encargado de prevenir el crimen y las actividades contrarrevolucionarias.

Además, algunas de las sociedades fueron clausuradas a pesar de su resistencia. Cuando Unión Fraternal fue disuelta y sus propiedades asignadas a instituciones gubernamentales, por ejemplo, su presidente envió una extensa carta al jefe de Orden Público protestando la decisión. En la carta invocó el pasado glorioso de la sociedad, su intervención en la Guerra de Independencia, sus esfuerzos antidiscriminatorios durante la república y su firme apoyo a todos los programas revolucionarios, como evidencia de que debía permanecer abierta. El hecho de que Unión Fraternal fuese cerrada a pesar de lo anterior, sugiere que el gobierno no procedía solo por tecnicismos legales. Para las nuevas autoridades, las sociedades no solo se convirtieron en inútiles, sino también en contraproducentes. Habían luchado contra la discriminación, pero este problema había sido supuestamente erradicado por la Revolución. Las sociedades expresaban las opiniones y problemas de un grupo social que ya no las necesitaba, porque se integraron por completo a todas las actividades sociales. La resolución de 1961 que disolvía el club Atenas detallaba esto con claridad: entre otras razones, el club había sido clausurado porque “la discriminación” debido a la raza o sexo había “desaparecido” en la sociedad socialista de Cuba.

Los clubes afrocubanos representaban una afrenta a la visión que tenía el gobierno de una sociedad en la cual el color de la piel no era relevante, y era un desafío potencial al discurso oficial de una Cuba libre de discriminación. De hecho, en los primeros años de la Revolución, los clubes y los intelectuales afrocubanos a veces habían desafiado a las autoridades locales por no promover los ideales revolucionarios de igualdad, e incluso al gobierno central por la ausencia de negros en cargos de dirección.⁷⁰

Los clubes daban a los negros y mulatos la oportunidad de articular un discurso común en el que la justicia y la igualdad eran sus propios logros, y no beneficios otorgados por el gobierno revolucionario.⁷¹ “Hay una tendencia —declaró en 1968 una actriz afrocubana— a asumir que la Revolución ‘dio’ a los negros su libertad, nos dio el derecho a entrar en la sociedad blanca, a tener las mismas cosas que ellos tienen. Es una actitud

⁷⁰ “A Guanajay no ha llegado la política justa de la integración nacional”, *Noticias de Hoy* (10 de mayo de 1959); Cuéllar Vizcaíno: “Discriminación”, *Nuevos Rumbos* 8 (25 de abril de 1959), 5-9.

⁷¹ Para un ejemplo de estas discusiones en los clubes, ver Téllez: “Palabras para jóvenes”, *El Avance Revolucionario* (12 de febrero de 1960).

esencialmente paternalista. Y crea resentimiento”.⁷² Los clubes y la prensa negra eran canales potenciales para articular ese resentimiento y romper el silencio oficial sobre el tema racial. Tenían, pues, que ser eliminados.

Esto, sin embargo, no significa que la raza desapareció como una identidad socialmente relevante de la vida cubana, o incluso que se borró de todas las formas del discurso público. Los debates sobre el racismo en la sociedad socialista cubana se movieron a la esfera privada, donde las nociones de raza continuaban afectando las relaciones sociales en diversas formas. Respecto a la esfera pública, el tema mantuvo un lugar prominente en dos áreas principales: la cultura y las relaciones internacionales.

PARA CREAR UNA CULTURA CUBANA AUTÉNTICA

La Revolución fue concebida por sus líderes y por muchos cubanos no solo como un proceso de transformaciones políticas o económicas, sino también como un profundo cambio cultural. Como en la década del 30, la nueva Cuba requería una nueva cultura que exaltara los valores y tradiciones autóctonos y que además rescatara formas de expresión popular que habían sido olvidadas, ignoradas, o simplemente rechazadas en la república. En este proceso, se crearon o se reorganizaron un gran número de instituciones culturales en los primeros dos años de la Revolución. Estas incluían el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC), el Consejo Nacional de Cultura, subordinado al Ministerio de Educación, el Teatro Nacional de Cuba y la Imprenta Nacional de Cuba.

Era casi imposible exaltar las tradiciones populares sin reconocer las raíces africanas de la cultura nacional. La noción de que la cubanidad no podía entenderse sin referencia a sus componentes negros era ampliamente aceptada en la década de 1950. Esta aceptación era problemática y no era universal, pero estaba extendida de todas formas. Los trabajos de los antropólogos Fernando Ortiz, Rómulo Lachatañeré y Lydia Cabrera, quienes enfatizaban el papel dominante de “lo negro” en el folklore cubano, eran altamente respetados e invocados con frecuencia como prueba de que Cuba era una nación mestiza.

La negritud era también medular en el trabajo de algunos de los mejores pintores del período, como Wifredo Lam. Aunque modificados

⁷² Sutherland: *The Youngest Revolution*, 150. Ejemplos de esta “actitud paternalista” pueden ser encontrados en las relaciones de los líderes con los contrarrevolucionarios negros, a quienes ellos consideraban como dobles traidores. Ver Lavretsky: *Ernesto Che Guevara*, 163; Montaner: *Informe secreto*, 98-100.

y estéticamente “filtrados” para complacer a los turistas norteamericanos y a los cubanos blancos de clase media, los ritmos y bailes de origen africano se convirtieron en formas dominantes de expresión nacional. La “manía negra” de los 30 había menguado, pero la negritud continuaba siendo un tema central en las representaciones de la nación cubana y su cultura.

Por otra parte, la creciente identificación de la dirección revolucionaria con los pobres condujo a un interés renovado por las expresiones culturales del “pueblo”, concepto que fue cada vez más identificado con las clases populares, en las cuales predominaban los afrocubanos. Además, la condena pública a la discriminación racial y la invitación de Fidel Castro a debatir aspectos sobre la raza en los medios de comunicación, creó grandes oportunidades para intentar hacer una reevaluación de la cultura nacional y del “lugar” e importancia de sus componentes afrocubanos. Para muchos intelectuales, negros y blancos, era una oportunidad única para crear una cultura cubana auténtica.

Así, los temas culturales figuraron de forma prominente en los debates generados por los discursos de Castro en marzo de 1959. Conferencias públicas y mesas redondas discutieron la importancia de las influencias africanas en la música cubana, en las artes visuales y en otras formas de expresión. A principios de mayo de 1959, una ley orientada a “estimular las tradiciones folklóricas” se sometió a la consideración del Consejo de Ministros.⁷³

Eventos culturales que fueron privativos tradicionalmente de los blancos los integraron simbólicamente. Por ejemplo, por primera vez, en 1959, la elección de Miss Cuba fue presidida por un hombre negro, el comandante Juan Almeida, quien entregó personalmente el trofeo a la ganadora del concurso de belleza, que era blanca. El incidente —reportó la embajada Americana— causó un “fuerte resentimiento” en la población. En 1960, Almeida presidió de nuevo la elección de la “reina” del carnaval de La Habana.⁷⁴ En otro concurso, en este caso para seleccionar las mejores “muñecas cubanas” durante la “navidad

⁷³ Antonieta Henríquez: “Ciclo de conferencias sobre integración racial” y R. Seoane: “En Cuba”, *Noticias de Hoy* (23 y 30 de agosto de 1959); “En poder de Urrutia un proyecto para estimular las tradiciones folklóricas”, *Noticias de Hoy* (24 de mayo de 1959).

⁷⁴ “Eligen a Miss Cuba”, *Revolución* (6 de julio de 1959); Daniel M. Braddock al Departamento de Estado, Habana, 9 de septiembre de 1959. USNA, RG 59/937.61/9-959; “Corona esta noche el comandante Almeida a la Reina del Carnaval”, *El Avance Revolucionario* (6 de febrero de 1960); “Coronará Almeida a reina”, *El Crisol* (3 de febrero de 1960).

cubana” de 1959 —patrocinado por el Departamento de Cultura del Ministerio de Educación— 2 de los 3 premios —incluyendo el primer premio— fueron para muñecas que representaban figuras afrocubanas. También por primera vez, en 1961, modelos y peluqueros negros compitieron en el concurso de belleza anual patrocinado por el Club de Peluqueros y la Federación Nacional de Barberos en La Habana. “La belleza” —señaló un periódico— no tiene color específico”.⁷⁵

Este ambiente fue propicio para que algunos intelectuales afrocubanos intentaran llevar a la esfera pública asuntos y expresiones culturales que habían estado tradicionalmente ocultas o tratadas como “cosas de negros”. Entre ellos estaba la santería, la cual nunca fue aceptada por completo como una expresión genuina de la cubanidad. Algunos activistas y escritores afrocubanos reclamaron que la santería se considerara como una forma legítima y digna de religión popular, no como una manifestación de brujería practicada por negros ignorantes.⁷⁶

También, los significados sociales y culturales de grupos como los abakuá, sociedad fraternal secreta de origen africano formada solo por hombres y que con frecuencia aparecía en la crónica policíaca de la prensa diaria, comenzaron a ser reexaminados. Algunas “potencias” abakuá donaron dinero a la reforma agraria y declararon su apoyo a la Revolución. Cuando el puerto de La Habana fue saboteado, Fidel Castro afirmó que él no dudaba de la lealtad de los obreros portuarios, muchos de los cuales eran afiliados a grupos abakuá. A inicios de 1960, el célebre etnomusicólogo afrocubano Odilio Urfé organizaba, por primera vez en Cuba, un Congreso Nacional Abakuá.⁷⁷

Otros intelectuales afrocubanos cuestionaron las ideas dominantes sobre la raza, la nacionalidad y la cultura nacional. El periodista Sixto Gastón Agüero publicó un ensayo en el cual demostraba que la nación cubana estaba ya integrada culturalmente y que solo el racismo y el prejuicio impedían el reconocimiento de esta realidad histórica. Los cubanos tenían que ser educados en un nuevo espíritu, en el cual el propio concepto de “raza” no tendría cabida.

⁷⁵ “Muñecas de trapo”, *Revolución* (10 de diciembre de 1959); H. Núñez Lemus: “La belleza sigue siendo arma femenina”, *Combate 13 de marzo* (19 de octubre de 1961).

⁷⁶ Betancourt: *El negro*, 86; Cuéllar Vizcaíno: “Discriminación”.

⁷⁷ “Excepcional aporte a la R. A. en Matanzas”, *Revolución* (12 de junio de 1959); Téllez: “Apuntes sobre un Congreso Abakuá”, *El Avance Revolucionario* (1 de abril de 1960).

Otro escritor afrocubano, Walterio Carbonell, estaba de acuerdo en que los cubanos tenían que recibir una educación diferente, pero argumentó que era indispensable primero destruir las interpretaciones dominantes de la historia y la cultura nacionales, que habían sido elaboradas por la burguesía blanca: “Demoler las concepciones ideológicas de la burguesía es hacer Revolución”, afirmó Carbonell. En su importantísima *Crítica: cómo surgió la cultura nacional*, el autor criticó a quienes hablaban de la necesidad de rescatar la cultura nacional, mientras mantenían y reproducían una “interpretación aristocrática” de la cubanidad. La cultura de los esclavistas —sentenció Carbonell— no podía ser la cultura de la Cuba revolucionaria. Por el contrario, era indispensable crear una nueva “conciencia histórica” que pusiera a África y a sus descendientes en el lugar que merecían en la formación de la nación cubana.⁷⁸

Carbonell se desalentaba por la incapacidad de algunos revolucionarios de librarse de la influencia de lo que él denominaba “concepciones burguesas” de la cultura. También criticó el hecho de que los antiguos dueños de esclavos eran considerados aún como los “forjadores” de la nación y de la cultura cubana. Su crítica muestra que, aunque existía consenso acerca de la necesidad de crear una cultura nacional auténtica, “la autenticidad” y la importancia de sus diversos componentes eran objeto de intensa discusión. Como expresé antes, ni los intelectuales afrocubanos compartían una visión común acerca de este proceso. Algunas instituciones interpretaron “la recuperación” de los valores nacionales como un mandato para emitir ediciones populares de autores cubanos “clásicos”, como José Antonio Saco o José de la Luz y Caballero, exponentes destacados de la cultura burguesa que Carbonell criticaba tan severamente.⁷⁹

Algunas instituciones contribuyeron a crear “la conciencia histórica” que Carbonell y otros defendían. En 1960, el recién creado Instituto de Cine tenía en fase de preparación varios documentales y dibujos animados referidos a los afrocubanos, a su historia y a las falacias del racismo. En 1961 fue estrenada una película acerca de las luchas organizadas por los campesinos de Realengo 18, muchos de los cuales eran negros. El reparto incluía a varios actores negros y algunos de los

⁷⁸ Agüero: *Racismo y mestizaje*, 226-233; Carbonell: *Crítica*, 20, 32-36.

⁷⁹ Por ejemplo, la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación publicó en 1960 la *Colección de papeles científicos, históricos, políticos* de Saco, cuyo antinegrismo es notorio. Otra casa editora, Lex, también publicó algunos trabajos de Saco, Luz y Caballero, y Domingo del Monte. Para la valoración de Carbonell de estos autores, ver su *Crítica*, 34-40.

papeles fueron interpretados por los residentes del Realengo, localizado en las montañas del oriente de Cuba.⁸⁰

Una de las instituciones que contribuyó más a la tarea de crear una nueva cultura nacional fue el Teatro Nacional de Cuba (TNC), cuyo Departamento de Folklore organizó su primera función pública en febrero de 1960. Con la dirección del destacado etnomusicólogo blanco Argeliers León, se concibió como un instrumento para que los cubanos se adueñaran de su “propia cultura”, en un proceso que reflejara y contribuyera a la independencia económica y política creada por la Revolución. En lugar de los espectáculos turísticos que solían vulgarizar la cultura afrocubana, la preocupación principal de Argeliers León era mantener la “autenticidad” de las formas populares de expresión cultural y promoverlas en el gran público.⁸¹ El trabajo inicial de Danza Nacional de Cuba, otro departamento del TNC, también trabajó con el mayor respeto por la santería y sus practicantes.⁸²

Como parte de su contenido, el Departamento de Folklore organizó un Seminario de Estudios del Folklore en 1960, donde algunos de los mejores investigadores jóvenes de la cultura afrocubana se entrenaron.⁸³ Argeliers también publicó *Actas del Folklore*, que incluyó trabajos de investigación sobre la santería, los abakuás y otras formas de la cultura popular, que incluía las que no tenían origen africano. Uno de los participantes en el Seminario rememoró después: “La intención era [...] dar nueva vitalidad, más peso y mayor valor a las influencias africanas, expresadas en la música y los bailes de la cultura popular y devolver esto [...] al pueblo”.⁸⁴

⁸⁰ “Cine cubano: otra obra de la revolución”, *Trabajo* 8 (diciembre de 1960), 172-173; Mario Rodríguez Alemán: “Realengo 18”, *Combate 13 de marzo* (16 de agosto de 1961). Para una introducción a la industria cinematográfica de Cuba en los primeros años de la Revolución, ver Pat Auferheide: “Cuba Vision: Three Decades of Cuban Film”, en Brenner et al: *The Cuba Reader*, 498-506.

⁸¹ León: “La expresión del pueblo en el TNC”, *Actas del Folklore* 1:1 (enero de 1961), 5-7. Acerca del Teatro Nacional de Cuba, ver Hagerdon: “Anatomía”, 219-238.

⁸² Ramiro Guerra: “Hacia un movimiento de danza nacional”, *Lunes de Revolución* (13 de julio de 1959). Ver también el excelente documental de Salvador Massip: *Historia de un ballet* (1962), el cual documenta los primeros esfuerzos de Danza Nacional para estudiar y presentar las danzas afrocubanas.

⁸³ Entre otros, Rogelio Martínez Furé, Miguel Barnet, Rafael López Valdés, y Alberto Pedro. Todos ellos publicaron algunos de sus trabajos en el seminario en *Actas del Folklore*.

⁸⁴ Entrevista con el antropólogo cubano Rafael López Valdés por Hagerdon, Habana, 30 de diciembre de 1991, reproducida en Hagerdon: “Anatomía”, 222.

El experimento del Teatro Nacional de Cuba fue único. Para garantizar la autenticidad de las presentaciones, estas fueron organizadas por practicantes reales de la santería y de otras religiones afrocubanas. Estos actores habían sido iniciados en sus grupos familiares y en sus comunidades, no en academias de baile o de música. La mayoría eran negros y mulatos de clase baja, cuyas prácticas se habían ocultado tradicionalmente de toda la sociedad. Además, este era un esfuerzo institucional sin precedentes, respaldado y apoyado por el Estado, con el propósito de investigar las raíces africanas de la cultura cubana y educar al público en los valores estéticos de una nueva cultura nacional.

Sin embargo, esto no significa que las instituciones culturales de la Revolución promovían la santería u otras religiones. Desde su creación, el Departamento de Folklore dejó claro que su misión era presentar “el valor puro” de las canciones, bailes y poesía vinculados con las religiones. Las creencias quedaban para ser practicadas en privado. Aunque la sola presentación pública de estos bailes y canciones rituales contribuyeron significativamente a legitimarlas y enfatizar el importante papel de los elementos africanos en la formación de la cultura cubana, no se realizó una reevaluación sistemática de la santería como una verdadera religión y no como ritos o supersticiones populares. En 1961, Carbonell argumentó que el silencio que reinaba acerca del papel desempeñado por las religiones afrocubanas en la formación de la nacionalidad cubana y en su historia política y cultural era “sospechoso”.⁸⁵

Este silencio coexistía, paradójicamente, con la promoción del llamado folklore afrocubano. En 1962, dos nuevas instituciones se encargaron de las funciones antes concentradas en el Departamento de Folklore del TNC. Para promover la investigación de las “expresiones culturales del pueblo cubano” y crear un museo de etnología cubana se organizó el Instituto Nacional de Etnología y Folklore. El decreto que lo creaba expuso que aunque el pueblo cubano creó sus propias formas de idioma, baile, música, poesía y mitos, los cubanos aún no tenían una verdadera “unidad cultural”. El propósito principal del Instituto era “integrar” estas formas en una cultura nacional que representara y contribuyera a la consolidación de la Revolución. Argeliers León pasó a ser el director de la nueva institución y lanzó la publicación de la importante revista *Etnología y Folklore*.⁸⁶

⁸⁵ León: “La expresión del pueblo en el TNC”, *Actas del Folklore* 1:1 (enero de 1961), 5; Carbonell: *Crítica*, 108-112.

⁸⁶ “Creación del Instituto de Etnología y Folklore”, *Actas del Folklore* 1:10-12 (octubre-diciembre de 1961), 33-35; Enrique González Manet: “Transforma la Revolución las costumbres del cubano”, *Bohemia* (11 de mayo de 1962), 16-18, 97.

Para continuar las interpretaciones públicas de las canciones y bailes populares se creó el Conjunto Folklórico Nacional (CFN). Uno de sus miembros fundadores fue el joven etnomusicólogo, compositor y escritor Rogelio Martínez Furé, quien había asistido al Seminario del Folklore patrocinado por el TNC en 1960. Él describió los propósitos: “El Conjunto Folklórico Nacional surgió para satisfacer una necesidad de nuestro país, que no poseía una institución capaz de recoger las manifestaciones danzarias y musicales de carácter tradicional creadas por el pueblo y de integrarlas en forma definitiva a la nueva cultura socialista [...] El Conjunto [...] debió seleccionar aquellas manifestaciones de verdadero valor artístico, para organizarlas de acuerdo con las más modernas exigencias teatrales, pero sin traicionar su esencia folklórica”.

El CFN siguió los pasos del Departamento de Folklore del TNC, pues la compañía se formó originalmente con bailarines, músicos e informantes que eran practicantes activos de la santería y de otras formas populares de expresión cultural. A mediados de 1963, el Conjunto organizó su primera actuación pública en La Habana, con un programa que se dedicó principalmente a los temas afrocubanos. Un año después, representó a Cuba en el Festival de las Naciones en París, y también viajaron a España, Bélgica y Argelia. La imagen que la Cuba revolucionaria empezó a exportar como propia estaba mayormente definida por su ancestro africano.⁸⁷

Tanto el Instituto como el CFN fueron considerados por sus miembros fundadores y por las autoridades como catalizadores en el proceso de creación de una cultura nacional auténtica. Y en gran medida lo eran. Sobre todo en sus fases iniciales, el trabajo de estas instituciones estuvo permeado por un gran entusiasmo y respeto por las expresiones culturales que ellos debían investigar y representar. Pero institucionalizar la división entre “la investigación científica” y “los espectáculos”, como dos áreas separadas, reflejaba algunas de las ambigüedades que caracterizaron el acercamiento de la Revolución a la integración.

El Instituto pretendía investigar las tradiciones populares cubanas, catalogarlas y supervisar su evolución bajo el socialismo, y por último almacenarlas en el recientemente creado Museo de Etnología. El Conjunto organizaría espectáculos teatrales; seleccionaría formas culturales de “valor artístico” y eliminaría su basamento ritual sagrado. Aunque Martínez Furé estaba —como Argeliers León antes que él— muy com-

⁸⁷ Martínez Furé: *Conjunto Folklórico Nacional*; Martínez Furé: “Obra de fundación”, en sus *Diálogos imaginarios*, 248-256.

prometido con mantener la autenticidad de estas presentaciones, estas resultaban en la secularización de la cultura afrocubana sacra, proceso que algunos intelectuales negros criticaron como “folklorización”.⁸⁸

En cierto sentido, el Instituto y el CFN fueron los encargados de guardar la memoria histórica de estas expresiones culturales, precisamente porque las autoridades revolucionarias creían que estaban a punto de desaparecer en la nueva Cuba. Y así como la Revolución “resolvió” el problema de la discriminación al eliminar las formas visibles del racismo y la segregación, creaba una cultura nacional que integrara los elementos visibles de las tradiciones afrocubanas. El resto —las manifestaciones remanentes de discriminación o prejuicio y el contenido religioso de las canciones y bailes afrocubanos— eran “rezagos” del pasado que desaparecerían a su debido tiempo.⁸⁹

El valor artístico de estas expresiones no estaba necesariamente conectado con la complejidad, vitalidad y —en palabras de Carbonell— con la progresiva función social de las religiones afrocubanas, que eran designadas con frecuencia como “ritos”. A mediados de la década del 60 era evidente no solo que las religiones de origen africano no eran apreciadas como formas culturales progresistas, sino que se consideraban un obstáculo en la construcción del socialismo y la formación del “hombre nuevo”.

La santería y otras religiones afrocubanas no fueron las únicas combatidas por el gobierno.⁹⁰ Este proceso era parte de un asalto a la religión en general y a la iglesia católica en particular, que alcanzó su clímax a finales de 1961.⁹¹ La exaltación del marxismo-leninismo como la ideología oficial del gobierno, la organización del Partido Comunista de Cuba en 1965 y la confrontación con la jerarquía católica contribuyeron a crear un clima de intolerancia religiosa.

Además, el énfasis en la educación y en la formación de un “hombre nuevo” altamente politizado (es decir, “marxista”) chocaba con el “opio” con el cual los comunistas ortodoxos identificaban a las reli-

⁸⁸ Moore: “Le peuple noir”, 218-219. La crítica de “folklorización” era compartida por algunos de los intelectuales afrocubanos entrevistados por Sutherland: *The Youngest Revolution*, 151.

⁸⁹ Con el mismo criterio se creó el Museo de Santería en Guanabacoa en 1964. Acerca de esta institución, ver José Luis Hernández: “El Museo de Guanabacoa”, *Areíto* (julio de 1988), 8-12.

⁹⁰ Esta aseveración es hecha por Moore: “Le peuple noir”, 219.

⁹¹ Acerca de las relaciones entre la iglesia y el Estado después de 1959 en Cuba, ver Kirk: *Between God and the Party* (para el conflicto de 1961, ver 102-109); Crahan: “Freedom of Worship”, 211-219.

giones. En el mejor de los casos, las religiones eran consideradas como reliquias de un pasado de ignorancia y explotación que la Revolución comenzó a destruir. Aun después del acercamiento gradual entre los líderes revolucionarios y la iglesia católica iniciado en 1969, el partido todavía describía las religiones como un instrumento ideológico de “las clases dominantes” para mantener su “explotación”.⁹²

Estas percepciones dogmáticas de la religión se acentuaron, en el caso de la santería, considerada por los ideólogos del partido como una grotesca recopilación de ritos primitivos. El conflicto entre el Estado y la iglesia de 1961-1962, había estado caracterizado por las críticas a la iglesia católica como una institución reaccionaria, y a los sacerdotes como agentes contrarrevolucionarios. Los ataques al dogma cristiano no fueron un tema dominante. A juzgar por las publicaciones oficiales, sin embargo, las percepciones de los funcionarios del partido sobre las religiones afrocubanas estaban seriamente prejuiciadas y reproducían de hecho muchos de los estereotipos que identificaban estas religiones con la brujería en el pasado.⁹³

Como señaló *El Militante Comunista* en 1968: “La santería es una mezcla grosera de elementos mitológicos de ciertas regiones africanas [...] Se precian de sus supuestos conocimientos acerca de las virtudes de las plantas, el cual es más primitivo que, por ejemplo, el que poseían los alquimistas medievales [...] Una religión es primitiva cuando no ha llegado ni siquiera a elaborar abstracciones [...] A nosotros el asunto nos revuelve el estómago, mas para una mentalidad primitiva tiene lógica”. Citando el tratado racista de Rafael Roche Monteagudo acerca de la brujería —publicado originalmente en 1908— el autor anónimo de este artículo afirmó que la santería era “ridícula”, que sus orishas (deidades) tenían un “aspecto monstruoso y extremadamente repulsivo” y que los practicantes pasaban sus vidas “en el bailoteo” y mirando los caracoles. Estas creencias —continuó el autor— tenían que ser “combatidas” en los libros de textos escolares como “un disparate dañino y anticientífico. Es innegable —concluyó el artículo— que estos rezagos del pasado hacen infeliz la vida de las personas y no ayudan en nada a la construcción del socialismo”.⁹⁴

Este no era un artículo aislado. Otras publicaciones vinculadas a la educación política de la población describieron la santería en tér-

⁹² Kirk: *Between God and Party*, 127-143. La reconciliación fue facilitada por varios documentos públicos de la iglesia católica, reproducidos en Hageman y Wheaton: *Religion in Cuba*, 279-308.

⁹³ Domínguez: “Racial and Ethnic Relations”, 280.

⁹⁴ “Ciencia y religión: la santería”, *El Militante Comunista* (octubre de 1968), 82-90.

minos similares y con un lenguaje igualmente ofensivo. Un documental dedicado a ella y estrenado por el ICAIC, en 1964, se titulaba *Superstición*. Un artículo anónimo publicado en la sección “Labor Ideológica”, de *Trabajo Político*, calificaba a la santería como “un rezago religioso oscurantista”, un “absurdo y pintoresco sistema de creencias” de la que era necesario “liberar” a los practicantes; aparte de su “valor folklórico —decía este texto— constituye algo que choca escandalosamente, tanto con la época en que vivimos como con el tipo de sociedad y de hombre que se construye en nuestra Patria”.

Es decir, las religiones afrocubanas eran no solo un rezago del pasado del que era necesario liberar a los practicantes ignorantes, sino también una forma cultural antagónica con la nueva sociedad en construcción. Los creyentes eran vistos como potenciales desviados sociales, o como antisociales, cuya conducta se caracterizaba por la embriaguez, la vagancia, y la preocupación por su comunidad religiosa, no por la sociedad socialista en su conjunto.⁹⁵

Ningún grupo ejemplifica estas percepciones mejor que la sociedad abakuá. Sus miembros se consideraban socialmente peligrosos solo por pertenecer al grupo. “El hecho cierto —afirmaba una revista policial— es que muchos de sus integrantes presentan un alto índice de peligrosidad y de propensión al delito”. Otro estudio los caracterizó como egoístas y antisociales debido a su “individualismo desenfrenado”. La “secta”, supuestamente atraía a “los peores elementos” de la sociedad, y se había convertido en un refugio de “bandidos, contrarrevolucionarios o ladrones”. También fueron criticados por no aceptar a las mujeres en la sociedad, como un rasgo inherente a “todos los primitivos”.⁹⁶

Los críticos culparon a la sociedad prerrevolucionaria por la ignorancia de estos practicantes. Como resultado, estaban en cierto grado exonerados de sus faltas. Pero la ignorancia, el “bajo nivel cultural”, y el “oscurantismo religioso” eran juzgados como factores que contribuían a la conducta antisocial, de ahí que los creyentes fueran objeto de atención especial por los órganos encargados de la prevención y represión de las actividades delictivas. Aunque el gobierno revolucionario no reprimió la práctica de las religiones afrocubanas de una manera sistemática, sí intentó limitar su crecimiento, impuso limitaciones a su ejercicio y las asoció con el crimen y la contrarrevolución. Sus practicantes

⁹⁵ *Superstición*, director Bernabé Hernández (1964); “Santería”, *Trabajo Político* 4 (diciembre de 1968), 48-57.

⁹⁶ “Los ñáñigos o abakuá”, *P. N. R.* (enero-marzo de 1972), 2-16; “La Sociedad Secreta Abakuá (ñáñigos)”, *Revista Jurídica* 1 (1969), 13-24.

fueron caracterizados por funcionarios del partido como ignorantes o antisociales, miembros inferiores de la sociedad que necesitaban ser elevados e ilustrados. El ambiente era suficientemente represivo para que ellos ocultaran los colores de sus santos de las autoridades, de sus compañeros de trabajo, y de la sociedad en general.⁹⁷

Aunque los practicantes no eran perseguidos, por lo general, solo por sus creencias, las religiones afrocubanas se invocaban en las causas criminales como indicadores de peligrosidad social y las vinculaban directamente a la cultura de la criminalidad.⁹⁸ Por ejemplo, en un caso de asesinato en 1966, el acusado, de 21 años de edad, miembro de la Sociedad Abakuá, fue descrito como alguien que vivía en un círculo “de hampones, delincuentes y matones”. Los motivos del asesinato no eran conocidos, pero el tribunal infirió que se debía a conflictos entre potencias rivales. En otro caso de asesinato, en 1966, el acusado fue caracterizado como un joven que, “por el género de vida que ha llevado, ligado a elementos maleantes, y por su bajo nivel intelectual y cultural, se ha convertido en un verdadero psicópata, es decir, en un individuo con tendencias a vulnerar todas las normas de convivencia civilizada, la ley y la moral [...] siendo además miembro de una secta de ‘ñáñigos o abakuás’, que en su forma actual [...] no es otra cosa que asociaciones de delincuentes”.

También un miembro de la Sociedad Hijos de Sarabanda Corta Lima —sociedad de palo, religión de origen bantú— fue sometido a juicio por asesinato, y vincularon el caso a su condición de miembro de un grupo de paleros. Según el tribunal, dada “su filiación religiosa, que se caracteriza por el ‘machismo’ y un falso concepto de la hombría [el acusado] concibió el propósito de dar muerte a su antagonista”. En cambio, la misma corte conoció con desconcierto el caso de un hombre joven que se inició como ñáñigo y mató a alguien, a pesar de tener un alto “nivel cultural” y proceder de un “hogar decente y ajustado moralmente”.

Debido a las percepciones peyorativas de las autoridades sobre estas religiones, no es sorprendente que algunas políticas estatales fueran dirigidas a disuadir, e incluso prohibir ocasionalmente el desarrollo de ceremonias religiosas.⁹⁹ A mediados de la década del 60 se prohibie-

⁹⁷ El autor de “Ciencia y religión: la santería”, 87, por ejemplo, afirmó que los practicantes ocultaban los colores de sus santos en las manillas del reloj.

⁹⁸ La información sobre los casos discutidos a continuación está tomada de “La Sociedad Secreta Abakuá”, 18-24.

⁹⁹ Algunos autores han negado, no obstante, que la santería fue reprimida, alegando que la oposición del Estado era debido a actividades contrarrevolucionarias. Ver Miguel Barnet: “Algunas palabras necesarias”, *Areíto* (julio de 1988), 5-7.

ron las ceremonias de iniciación de la santería, aunque la medida fue revocada con posterioridad. También, durante este período, algunas asociaciones religiosas solicitaron la cancelación oficial del registro del Ministerio de Interior y alegaron, como razones para su disolución, la pérdida de membresía e incapacidad para cumplir los requisitos legales.¹⁰⁰ Las autoridades percibían esto como un proceso natural, debido a los cambios generacionales y como una consecuencia del proceso de construcción del socialismo.

Pero parece razonable asumir que el ambiente social negativo, nacido de la condena oficial, también desempeñó un papel en la desaparición de algunas de estas sociedades. Las asociaciones religiosas eran un blanco fácil para el control y la represión gubernamental, pero era mucho más difícil controlar a los practicantes individuales. La pérdida de la membresía y las demandas de cancelación podían ser estrategias para ocultarlo ante los ojos vigilantes de las autoridades y de la sociedad.

Esta parece haber sido la estrategia llevada a cabo por los miembros de la Asociación Casino Africano San Antonio de Santa Isabel de las Lajas, en Las Villas.¹⁰¹ En septiembre de 1966, el presidente de la sociedad escribió al funcionario encargado del registro de asociaciones en la región pidiendo su cancelación. No se ofreció ninguna explicación. El Casino, que había sido fundado en 1913, tenía solo 26 miembros activos en diciembre de 1965: 16 hombres que pagaban 20 centavos por mes, y 10 mujeres que pagaban 10 centavos. Su presupuesto anual era inferior a \$52. En febrero de 1967 se disolvió oficialmente y sus bienes, que incluían una pequeña casa, fueron entregados al Instituto de la Vivienda y a otras instituciones estatales.

Tres años después, sin embargo, el que había sido presidente de la asociación cuando fue disuelta le envió una carta a Celia Sánchez —ayudante personal de Fidel Castro— solicitando su apoyo para reabrir el Casino Africano. Su carta contaba una historia diferente, pues afirmaba que la sociedad fue cerrada contra su voluntad y que algo

¹⁰⁰ Sociedad Santa Bárbara, Cienfuegos. AHPC, Registro de Asociaciones, leg. 9, no. 201; Sociedad Espiritista Casino Africano San Antonio, Santa Isabel de las Lajas. AHPC, Registro de Asociaciones, leg. 54, no. 6. Por supuesto, algunas sociedades nunca fueron clausuradas, tales como los Hijos de San Antonio e Hijos de San Lázaro, ambas en Guanabacoa. Ver Ramón Valdés Guanche: "La Asociación Hijos de San Antonio", *Areíto* (julio de 1988), 20-22; "En el munanso simbólico con el Tata Enkise", *Areíto* (julio de 1988), 23-24.

¹⁰¹ Esto está basado en el historial de la Sociedad Espiritista Casino Africano San Antonio, mencionado en la nota anterior.

similar pasó a otras asociaciones. El remitente se refirió a Celia, como ella era popularmente conocida, como una “camarada de lucha e ideales”, pues se decía que Celia había recibido el orisha Ochún (Virgen de la Caridad del Cobre) de una santera notoria de Cruces. No sabemos si Celia Sánchez respondió a esta carta, pero en enero de 1971, el antiguo presidente intentó registrar formalmente de nuevo la asociación. En su carta a las autoridades señaló que el propósito de la sociedad era “perpetuar la memoria y el respeto a nuestros antepasados”. La nueva directiva se comprometía a apoyar “la revolución triunfante”, observar “la decencia” y “el inmaculado comportamiento” y mantener la institución a “un nivel cultural lo más elevado posible”.

El jefe local del registro no se conmovió por estos planteamientos, a pesar de estar envueltos en la retórica revolucionaria al uso. De hecho, estaba ofendido; en su informe secreto a las autoridades provinciales señaló que el Casino fue cerrado después de la solicitud de sus propios miembros y que ninguna asociación había sido disuelta arbitrariamente en la región, como le había informado a Celia Sánchez el antiguo presidente de la sociedad. Pero el mismo funcionario proporcionó los elementos necesarios para conciliar lo que en principio parecen ser recuerdos radicalmente diferentes acerca de los mismos sucesos. Cuando los directivos pidieron la clausura en 1966, informó el funcionario: “no se estaba autorizando el asentamiento de santo, también se pagaban sellos [...], la certificación [...] cuestión esta que le fueron afectando su economía [...] Nada de lo enumerado existe hoy, sino todo lo contrario. A partir de que se están autorizando los asentamientos, es que la dirigencia de esta sociedad se ha preocupado por su reinscripción”. El funcionario agregó que si el propósito real de la sociedad hubiera sido mantener la tradición de sus antepasados ellos no la hubiesen cerrado nunca. El hecho de que los miembros del Casino no pudieran realizar algunas de sus funciones básicas (como las iniciaciones) no parece haber desempeñado papel alguno en su valoración. El “inspector” se opuso, por lo tanto, a la reinscripción, y alegó que eso era “darle vigencia al atrazo [sic] y la incultura”. Mientras las autoridades percibieron la clausura de la sociedad en 1966 como una decisión espontánea, es probable que los miembros de la asociación la vieran como una imposición.

En 1971, estas ceremonias fueron “autorizadas” nuevamente, pero requerían un permiso especial de la policía local. Los santeros eran entrevistados con antelación y tenían que identificar a los participantes, los tipos de rituales que iban a realizarse, y el origen de los productos que se utilizarían, mucho de los cuales solo podían obtenerse en el mercado negro. La autorización no era concedida de forma automática

y la asistencia de menores estaba estrictamente prohibida. “Yo tuve que insistir durante muchas semanas a fin de conseguir permiso para la ceremonia” —señala una santera de Pogolotti, Marianao, La Habana, que se inició en 1974— finalmente, el jefe de la policía en el área me dijo que podía hacerla, pero me advirtió que no podía asistir ningún menor de edad —‘si yo oigo que hay un niño allí lo cancelo todo’, me dijo”.

Otro santero afirma que su familia intentó iniciarlo en 1972, pero no pudo porque “estaba prohibido para los menores”.¹⁰² Incluso después que el gobierno moderara su posición hacia las religiones en la década de 1970, no existen dudas de que las religiones afrocubanas solo fueron toleradas. Una película de mediados de los años 70 describía a los abakuás como un grupo que generaba marginalidad y “un código de relaciones sociales paralelas que es la antítesis de la integración social”. A principios de la década de 1980, los estudios epidemiológicos dirigidos por el Ministerio de Salud Pública aún identificaban la participación en religiones afrocubanas como una “conducta patológica”.¹⁰³

El silencio oficial sobre el tema racial impidió, en última instancia, una discusión pública de las funciones sociales de la santería en los términos sugeridos por Cuéllar Vizcaíno, Carbonell y otros intelectuales afrocubanos en los primeros años de la Revolución. Junto con otras creencias religiosas, estas fueron caracterizadas por el Partido Comunista gobernante como un “opio” para el pueblo. El lenguaje ortodoxo y conservador del partido no hacía referencia explícita a la raza, pero conceptos como “primitivo” y “nivel cultural” tenían implicaciones raciales claras y fueron interpretados por la población como referencias enmascaradas a la negritud.

Los espectáculos folklóricos no eran un sustituto adecuado para una reevaluación seria, en la que los practicantes tuvieran la oportunidad de hacer valer sus creencias como religiones verdaderas y como formas culturales de las que todos los cubanos podían estar orgullosos. Por otra parte, incluso algunos de los espectáculos folklóricos perdieron visibilidad a finales de los 60. El Conjunto Folklórico Nacional, por ejemplo, no organizó ninguna gira internacional entre 1964 y 1970. En resumen, la ausencia

¹⁰² Entrevista con la santera Coralia Crespo, La Habana, 13 de marzo de 1998 y con el babalao Carlos Terry Calderón, Cienfuegos, 6 de marzo de 1998. La oposición a la participación de menores en las religiones afrocubanas es también evidente en *La Sociedad Secreta Abakuá*, 17.

¹⁰³ El filme citado es *De cierta manera*, directora Sara Gómez (1974). Para un buen análisis de este y otros filmes relacionados con las cuestiones raciales, ver Martínez-Echazábal: “The Politics of Afro-Cuban Religion”, 16-22. Para la información del Ministerio de Salud Pública, ver McGarrity: “Race, Culture, and Social Change”, 199.

de un debate público sobre la raza y el racismo facilitó la supervivencia y reproducción de los mismos estereotipos racistas que la dirección revolucionaria decía criticar. Históricamente, se perdió una oportunidad única.

Sin embargo, los esfuerzos por promover las raíces africanas de la cultura nacional no eran insignificantes. Estos contribuyeron, al menos a reforzar la noción, de que los elementos africanos eran aspectos centrales en la definición de la cubanidad y expusieron a los cubanos de todos los colores a una visión diferente de ellos mismos y de su nación. Los Sábados de la Rumba organizados por el CFN, por ejemplo, traían elementos culturales afrocubanos al corazón de lo que había sido tradicionalmente un barrio blanco de clase media: El Vedado.¹⁰⁴ Al mismo tiempo, el trabajo de pintores como Manuel Mendive recreaban los orígenes africanos de la nación.¹⁰⁵ Unos pocos escritores jóvenes exploraron las complejidades de la raza, denunciaron algunos de los mitos racistas más difundidos y se sintieron orgullosos de la negritud.¹⁰⁶

Esta política cultural también ayudó a forjar una identidad para la exportación. La imagen de una nación mixta con raíces africanas le permitió al gobierno identificarse con la lucha internacional de los negros. A través de esta identificación, la raza devino también tema central en la política exterior de Cuba.

NEGRITUD Y POLÍTICA EXTERIOR

La importancia de esta identificación entre el gobierno y el tema negro aumentó al tiempo que crecía la confrontación entre Cuba y los Estados Unidos. En busca de aliados dentro y fuera de los Estados Unidos,

¹⁰⁴ Los Sábados de la Rumba fueron organizados en 1982, pero las presentaciones sabatinas del CFN comenzaron en 1975. Ver Martínez Furé: "Obra de fundación", en *Diálogos imaginarios*, 255-256.

¹⁰⁵ Sobre el trabajo de Mendive, ver Martínez Furé: "Manuel Mendive: los pinceles de Elegba" (1968), en *Diálogos imaginarios*, 243-247, y el documental *Motivations*, directora Marisol Trujillo (1988).

¹⁰⁶ Para una introducción a la cuestión racial en literatura, ver García Barrio: "The Black in Post-Revolutionary Cuban Literature", 263-270; Olliz-Boyd: "Race Relations in Cuba", 225-233. Algunos textos importantes del período, incluyen una sección de Granados: *Adire y el tiempo roto* (1967) y poemas de Excilia Saldaña (1967) han sido traducidos al inglés y reproducidos en Sarduy y Stubbs: *Afrocuba*. Uno de los autores cuyo trabajo es mejor conocido es Nancy Morejón, particularmente su magnífico poema *Mujer negra*, fue publicado en inglés en "The Poems of Nancy Morejón", *The Black Scholar* (Verano de 1983), 50-53. Sobre el trabajo de Morejón, ver Efraín Barradas: "La negritud hoy: nota sobre la poesía de Nancy Morejón", *Areito* 4:24 (1980), 33-39; Howe: "Nancy Morejón's 'Mujer Negra'", 95-107.

el tema racial se convirtió en un pilar central de la política internacional cubana. Las autoridades cubanas comprendieron que los afroamericanos podían ser un aliado valioso y que el racismo era un arma política formidable para neutralizar la campaña negativa emprendida por la gran prensa norteamericana contra el gobierno revolucionario. Ya en febrero de 1959, Fidel Castro recordó al gobierno de los Estados Unidos sus propios problemas raciales en respuesta a informes negativos de los medios de comunicación norteamericanos sobre la ejecución de los criminales de guerra de Batista. También, cuando el gobierno de los Estados Unidos expresó su preocupación y oposición a la ley de la reforma agraria, la prensa cubana y sus líderes respondieron que los Estados Unidos debían preocuparse por sus problemas sociales, como la discriminación racial.¹⁰⁷

El gobierno cubano organizó, y en algunos casos financió —buscando apoyo, en 1959 y 1960— visitas de intelectuales y figuras públicas afroamericanas para que vieran de primera mano los logros de la Revolución. Representantes de la prensa negra fueron incluidos entre los 150 periodistas invitados por La Habana en enero de 1959 como parte de la “Operación Verdad”, cuyo objetivo era neutralizar la negativa publicidad en los Estados Unidos y en otras partes. El gobierno también invitó a un grupo de congresistas, pero solo dos aceptaron —incluyendo a Adam Clayton Powell, representante de Harlem.¹⁰⁸

A estas visitas siguieron nuevas giras patrocinadas por el gobierno. A finales de 1959, la Comisión Cubana de Turismo invitó a un grupo de afroamericanos a visitar la Isla durante la navidad, con todos los gastos pagados. Entre otras actividades, asistirían a un banquete con Fidel Castro y el presidente Osvaldo Dorticós; entre los participantes estaban el campeón de boxeo Joe Louis y los editores de algunos de los periódicos negros más importantes. El mensaje que la Comisión Turística deseaba enviar era explícito: la Cuba revolucionaria daba la bienvenida al turismo afroamericano.¹⁰⁹ Otra delegación, también financiada por el gobierno cubano, fue invitada a las festividades del 26 de julio en 1960; este grupo incluía a los escritores Julian Mayfield, John Henrik Clarke y

¹⁰⁷ Mariano Faget a Dwight Eisenhower, Miami, 27 de noviembre de 1959. USNA, RG 59/737.00/11-2759; “Discurso de Fidel Castro en el Congreso Nacional de la FNTA”, *Revolución* (15 de diciembre de 1959); Park F. Wollam: “Events in Oriente Province”, Santiago de Cuba, 17 de junio de 1959. USNA, RG 59/737.00/6-1759.

¹⁰⁸ “150 Newsmen Get Cuban Invitation” y “Adam C. Powell Among Visitors”, ambos en *Chicago Defender* (21 y 22 de enero de 1959).

¹⁰⁹ “Castro, Joe Louis Confer in Havana”, *Chicago Defender* (4 de enero de 1960); “Castro Opens Cuba’s Doors for US Negro Tourist Trade”, *Pittsburgh Courier* (16 de enero de 1960). Ver también Gosse: “The African-American Press”, 266-280.

LeRoi Jones, y al activista Robert F. Williams, quien estaba realizando su segundo viaje a la Isla para ver de nuevo “el milagro social cubano”.¹¹⁰

La campaña del gobierno cubano fue exitosa. Reportes favorables a la Revolución y a su líder inundaron la prensa afroamericana en los primeros meses de 1959 y aun después.¹¹¹ Los periodistas negros reconocieron los esfuerzos de la Revolución para eliminar el racismo y dieron cobertura a las declaraciones públicas de Fidel Castro contra la discriminación y el racismo. En el proceso, era inevitable que hicieran comparaciones con la situación en los Estados Unidos, donde los grupos racistas de supremacía blanca se toleraban oficialmente.

La campaña inicial fue parcialmente exitosa porque los intereses de las autoridades cubanas coincidían, en más de un sentido, con los de muchos afroamericanos. La Revolución triunfó en una época en que el movimiento de los derechos civiles en los Estados Unidos había logrado algunos éxitos, pero sus batallas más difíciles aún estaban por librar. La eliminación de la segregación y de las manifestaciones más visibles de racismo, en un corto período en Cuba, significaba una oportunidad para que las autoridades revolucionarias y los afroamericanos cuestionaran la determinación del gobierno norteamericano de eliminar el racismo, así como la supuesta superioridad de la democracia norteamericana. Mientras Castro cuestionaba la autoridad moral de los Estados Unidos para juzgar las acciones de su gobierno, los activistas afroamericanos cuestionaron la preocupación de su gobierno por los criminales de guerra cubanos, al tiempo que los derechos de los negros eran violados diariamente en su propio territorio.

“La lección importante de la experiencia cubana —escribió Mayfield en 1960— es que los cambios sociales importantes no necesitan esperar por la educación paciente de los racistas blancos [...] Sin dudas, un gobierno poderoso y seguro como el de los Estados Unidos pudiera, si quisiera, lograr resultados notables. Si la prensa democrática [...] necesita varias generaciones para lograr lo que los cubanos han hecho en 18 meses, entonces algo anda mal”.¹¹²

¹¹⁰ Clarke: “Journey to the Sierra Maestra”, *Freedomways* (primavera de 1961), 32-35; Jones: “Cuba libre”, en su *Home*, 11-62; Ring: *How Cuba Uprooted Race Discrimination*, 6-9; Mayfield: “Cuba Has Solution to Race Problem”, *Afro-American* (1 de octubre de 1960).

¹¹¹ La reacción de la prensa negra a la Revolución Cubana es estudiada por, Gosse: “The African-American Press”, 266-280 y Ring: *How Cuba Uprooted Race Discrimination*, 6-14.

¹¹² Mayfield: “Cuban Has Solution”. Para ejemplos adicionales, ver Gosse: “The African-American Press”, 271-272.

El momento más sobresaliente en los intentos de Castro por ganar la simpatía de la América negra tuvo lugar durante su visita a las Naciones Unidas en octubre de 1960. Ofendido por la manera en que la delegación cubana fue tratada en un hotel de Manhattan, decidió hospedarse en el Hotel Theresa, en Harlem —maniobra que él mismo caracterizó como “una gran lección” para los discriminadores. Entrevistado por el periódico *Afro-American*, él afirmó que en Harlem se sentía como si estuviese en su propio país, agregando que la delegación cubana había sido discriminada en Manhattan. Al no ser invitado a un almuerzo organizado por el presidente Eisenhower en el lujoso Hotel Waldorf Astoria de Park Avenue, declaró que él se sentía “honrado de almorzar con las personas pobres y humildes de Harlem”.¹¹³ Incluso aquellos afroamericanos que no simpatizaban con Cuba apreciaron el gesto pues —como dijo Mayfield— si alguien era rechazado de esa forma por la América blanca, entonces tenía que tener algo bueno.¹¹⁴

Las acciones iniciales de Cuba hacia los afroamericanos estaban dictadas por la necesidad de neutralizar la publicidad negativa que la política revolucionaria recibía en los principales medios de comunicación y por los políticos en los Estados Unidos. Esta necesidad fue menos relevante después de enero de 1961, cuando los Estados Unidos rompió las relaciones diplomáticas con el gobierno cubano. En lugar de apelar a todos los afroamericanos, después de 1961, las autoridades cubanas cambiaron su política hacia los sectores más radicales y militantes dentro del movimiento de liberación negro en Norteamérica; personas que en muchos casos no representaban las corrientes principales en el movimiento por los derechos civiles.

El gobierno cubano identificó estos grupos radicales como aliados potenciales que se enfrentaban al imperialismo desde adentro. Estos grupos y activistas, a su vez, apoyaban a la Cuba revolucionaria porque compartían con ella un enemigo común. Como expresó una “Declaración de Conciencia de los Afroamericanos” firmada en 1961 por un gran número de intelectuales y activistas políticos involucrados en el Fair Play for Cuba Committee: “los enemigos de la Revolución Cubana

¹¹³ Steve Duncan: “Premier Talks to Afro” y Alvin White: “Fidel Calls Harlem ‘An Oasis in Dessert’”, ambos en *Afro-American* (1 de octubre de 1960). Sobre la visita de Castro a Harlem, ver también Gosse: *Where the Boys Are*, 149-151; Rosemari: *Fidel and Malcolm X*, y Moore: *Castro, the Blacks, and Africa*, 78-82, el cual describe estos eventos como “The Harlem Show”.

¹¹⁴ Mayfield: “The Cuban Challenge”, *Freedomways* (verano de 1961), 185. Un planteamiento similar fue realizado en un editorial de *Afro-American*, “Castro Visit” (1 de octubre de 1960).

son también los enemigos de los afroamericanos, los jefes racistas de esta tierra donde todavía se nos niegan nuestros derechos. Los cubanos son nuestros amigos, enemigos de nuestros enemigos”.¹¹⁵

Uno de los que suscribió esta declaración fue Robert F. Williams quien, como afirma Van Gosse: “estableció la conexión más clara entre el enojo creciente de los afroamericanos y la revolución de la Isla”.¹¹⁶ Williams se había hecho célebre por defender el concepto de la “autodefensa” de los negros en Monroe, Carolina del Norte. Líder de la sección local de la National Association for the Advancement of Colored People, había sido criticado por su propia organización por su apoyo a la Revolución Cubana y su vinculación con el Fair Play for Cuba Committee. De hecho, él viajó varias veces a Cuba durante 1959 y 1960, donde proclamó haber “experimentado por primera vez la libertad como ser humano”. Cuando Castro fue a Harlem durante su visita a los Naciones Unidas, Williams le envió una invitación pública para que visitara Carolina del Norte, llamándolo “el más grande líder humanitario de nuestro tiempo”.¹¹⁷

En medio de la creciente violencia racial en Monroe y acusado de secuestro, Williams dejó los Estados Unidos y buscó asilo político en Cuba, donde vivió hasta 1966. En la Isla continuó publicando su boletín de prensa *The Crusader*, y empezó a transmitir Radio Free Dixie desde La Habana. Ambos, el boletín de noticias y el programa radial destacaban las diferencias que existían entre una Cuba “libre de racismo” y la América racista. Según autoridades norteamericanas, Radio Free Dixie llamaba “a los negros americanos a emplear la fuerza y la violencia contra el gobierno”. En 1965, una fuente policial aseguró que, a través de Williams, el gobierno cubano estaba preparando una revuelta negra en los Estados Unidos: “Castro está armando a los negros del sur”, decía el titular de *Police Gazette*.¹¹⁸

¹¹⁵ Esta “Declaración” fue publicada en *Afro-American* (29 de abril de 1961) y reproducida en Ring: *How Cuba Uprooted Race Discrimination*, 15. Acerca del Fair Play for Cuba Committee, ver Gosse: *Where the Boys Are*, 137-173.

¹¹⁶ Gosse: *Where the Boys Are*, 152-154.

¹¹⁷ “NAACP Hits Official’s Support of Castro Rule”, *Afro-American* (22 de abril de 1961); “Invites Castro to Visit South”, *Chicago Defender* (27 de septiembre de 1960).

¹¹⁸ U. S. Congress, Committee on the Judiciary, *The Tricontinental Conference* (Washington: U. S. Government Printing Office, 1966), 7, en Williams Papers, Caja 11, CIA Documents, 1961-1968; George Roberts: “Castro Arming Southern Negroes”, *National Police Gazette* (julio de 1965), 5, 18, en Williams Papers, Caja 7, Clippings 1963-1966.

Williams fue el primer activista radical afroamericano que buscó refugio en la Cuba revolucionaria. Otros seguirían pronto sus pasos. En 1968, uno de los miembros fundadores del Black Panther Party, Eldrige Cleaver, llegó a la Isla, y permaneció escondido durante varios meses. Unos meses después, otro miembro de la alta jerarquía del partido y exguardia personal de Cleaver, William Lee Brent, secuestró un avión desde Oakland, California, y voló a La Habana. El líder de los Panthers, Huey Newton, también fue a Cuba en 1973. Una miembro destacada del Black Liberation Army, Assata Shakur, organizó una espectacular fuga de la cárcel en 1979 y se fue a Cuba, donde todavía vivía a finales de los 90.¹¹⁹

Los activistas radicales afroamericanos no solo encontraban refugio en la Isla, sino también apoyo diplomático, político y militar. Según Cleaver, hubo incluso conversaciones para la apertura de una unidad de entrenamiento permanente para los militantes negros en Cuba.¹²⁰ Al igual que la campaña inicial para ganar el apoyo de los afroamericanos, esta cooperación se basaba, nuevamente, en la coincidencia de intereses y apreciaciones acerca de la naturaleza del racismo y de la lucha por su eliminación. Las autoridades cubanas deseaban desacreditar internacionalmente al gobierno de los Estados Unidos y promover conflictos sociales en el país. Eso mismo deseaban los militantes afroamericanos.

Fidel Castro creía que el capitalismo engendraba racismo; los activistas negros coincidían. Castro había demostrado que el cambio social era posible a través de la violencia revolucionaria. Grupos como el Black Panther Party se apropiaron de la retórica y la esencia de esta lección. “Nosotros debemos destruir tanto al racismo como al capitalismo” —sostuvo Huey Newton en 1968. “Es inútil hablar de libertad sin hablar de la lucha armada contra el racismo, el capitalismo y el imperialismo en América del Norte”, afirmó el ministro de Educación de los Panthers. Los cubanos consideraban el movimiento pacifista por los derechos civiles como una maniobra para “confundir e impedir la legítima lucha del pueblo negro norteamericano”. Los Panthers estaban nuevamente de acuerdo y clasificaban a los activistas pacifistas

¹¹⁹ Cleaver: *Soul on Ice*, 108; Brent: *Long Time Gone*, 131-146; Pearson: *The Shadow*, 268-275; Shakur: *Assata*, 266-274.

¹²⁰ Cleaver: *Soul on Ice*, 107. Las autoridades de los Estados Unidos denunciaron que los afroamericanos entrenaban en tácticas terroristas en Cuba. Para algunos ejemplos, ver U. S. Congress, Committee on the Judiciary, *The Tricontinental Conference*, 6-7.

como mendigos, exponentes modernos del tradicional y servil “negro doméstico”.¹²¹

Existía acuerdo también en otro punto importante. La lucha de liberación de los afroamericanos era parte de una confrontación internacional más grande entre los pueblos coloniales o neocoloniales y el imperialismo blanco. Como afirmó Williams en una transmisión de Radio Free Dixie en 1962: “Nosotros no vamos a ser libres hasta que nos unamos a la marea creciente de la humanidad en América del Sur, Asia y África, en el ataque final contra las fuerzas racistas, imperialistas y fascistas de Estados Unidos”. Los militantes afroamericanos argumentaban que los negros constituían “una nación oprimida” que tenía “esencialmente la misma relación con el capitalismo americano que tienen otras colonias y semicolonias con el capitalismo occidental”.¹²²

Stokely Carmichael ratificó esta tesis en su discurso en la primera conferencia de la Organización de Solidaridad Latinoamericana en La Habana en 1967, en la cual declaró que los afroamericanos compartían con otros movimientos anticoloniales “una lucha común” y “un enemigo común”: la sociedad imperialista occidental y blanca. Los negros eran “una colonia” dentro de los Estados Unidos. Él declaró que ellos estaban preparando grupos guerrilleros urbanos inspirados en los ejemplos de la Revolución Cubana y del Che Guevara. El gobierno cubano lo trató como un invitado de honor.¹²³

No es sorprendente que estos activistas radicales percibieran el ejemplo cubano como una inspiración. Además de la propia campaña de Cuba contra el racismo doméstico, la Revolución hizo de África un tema central de su política exterior. Desde la visita del presidente de Guinea Sékou Touré a Cuba, en 1960, hasta la lucha del Che Guevara en el Congo

¹²¹ Castro: *Discursos en los aniversarios de los CDR*, 102-103; Huey Newton: “Black Power and the Revolutionary Struggle”, *Tricontinental* 3 (noviembre de 1968), 5-12; George Murray y Joudon M. Ford: “Black Panthers: The Afro-Americans’ Challenge”, *Tricontinental* 10 (enero-febrero de 1969), 96-111. Para ejemplos concretos del apoyo cubano a la violencia armada, en contraste con las tácticas pacifistas, ver: “Legítima lucha del negro norteamericano”, *OLAS* 5 (1966), 5-7; “The Rebellion of North American Black People”, *Tricontinental* 3 (septiembre de 1968), 57-58.

¹²² “Radio Free Dixie Broadcasts to U. S. A.” (13 de octubre de 1962). Williams Papers, Box 11, CIA Documents, 1962-1968, folder 2. Cruise: *Rebellion or Revolution?*, 94, 105-110. Para un análisis de la tesis colonial de la América negra, ver Haines: *Black Radicals and the Civil Rights*, 57-70.

¹²³ James Forman: “Estados Unidos 1967: marea alta de resistencia negra”, *Tricontinental* 6 (mayo-junio de 1968), 22-51. Acerca de la visita a Cuba de Carmichael, ver también Carson: *In Struggle*, 274-276.

en 1965, y la propia visita de Castro a Guinea, Sierra Leona y Argelia, en 1972, Cuba apoyó la lucha anticolonial en África en la década del 60 y después. Para los militantes afroamericanos, la Cuba revolucionaria no solo era un lugar de asilo, sino una fuente de legitimidad ideológica y una de sus plataformas internacionales más importantes.¹²⁴

Sin embargo, las coincidencias entre el gobierno cubano y los militantes afroamericanos no eran universales ni estuvieron libres de problemas. No lo eran, porque la campaña cubana de solidaridad con los pueblos negros oprimidos alrededor del mundo también era para el consumo doméstico, como muestra la Figura 14. Cuba podía desempeñar un papel destacado en la lucha mundial contra el racismo porque, al menos en teoría, había eliminado la discriminación racial en casa. A través de los medios de comunicación controlados por el gobierno, la población cubana conoció de forma sistemática la subordinación social de los afroamericanos y la violencia que caracterizó el proceso de eliminación de la segregación en la década de 1960 en los Estados Unidos. A los cubanos se les recordaba, casi a diario, que vivían en una sociedad superior.¹²⁵

Aunque los militantes afroamericanos radicales no discutían la superioridad de la sociedad revolucionaria cubana, su inserción en la escena política nacional estaba preñada de dificultades. Como representantes del “poder negro”, estos militantes eran en muchos casos inflexibles sobre la necesidad de que los negros se movilaran por separado; aspecto que contradecía el integracionismo de la Revolución Cubana. Es más, los militantes negros usaban el mismo ejemplo de esta para denunciar que los programas de cambio gradual eran una maniobra de los blancos para perpetuar el racismo. En varias áreas, sin embargo, el gobierno cubano había seguido políticas de cambio gradual en la cuestión racial para evitar confrontaciones y conflictos.

De ahí que muchos de estos militantes afroamericanos adoptaran posiciones cada vez más críticas contra el gobierno cubano y sus programas de integración. Williams abandonó la Isla en 1966 y se

¹²⁴ Los detalles de la injerencia de Cuba en África son conocidos y no han sido reproducidos aquí. Sin duda el estudio mejor documentado de la política de Cuba en África durante este período, es el polémico trabajo de Moore: *Castro, the Blacks, and Africa*. Sobre la participación del Che en la guerra en el Congo, ver Taibo II *et al*: *El año que estuvimos en ninguna parte*. Para la participación de Cuba en la independencia de Guinea-Bissau, ver Gleijeses: “The First Ambassadors”, 45-88. Sobre la visita de Castro a África, ver *El futuro es el internacionalismo*, 11-102.

¹²⁵ Los ejemplos de esta campaña de prensa son demasiado numerosos para citar aquí. Son típicos los documentales de Santiago Álvarez: *Now* (1965) y *LBJ* (1968).



Figura 14: La visita de Fidel Castro a Harlem, en 1960, según el diario comunista Noticias de Hoy. Publicado el 21 de septiembre de 1960 (Biblioteca Nacional José Martí).

fue a China, desde donde envió una carta pública a Castro en la que denunciaba la falta de cooperación de los funcionarios cubanos en sus actividades revolucionarias en La Habana. Cleaver permaneció en Cuba solo durante pocos meses, y se convirtió después en un crítico acervo de la Revolución. Carmichael recibió tratamiento de jefe de Estado en La Habana, pero afirmó con posterioridad que el ejemplo cubano era irrelevante para la causa de la liberación negra por su énfasis en la lucha de clase interracial. Algunos afroamericanos menos notorios que vinieron a experimentar la vida en Cuba compartían estas dudas y críticas.¹²⁶

¹²⁶ Williams a Castro, Peking, 23 de agosto de 1966. Williams Papers, Caja 11, CIA Documents 1961-1968; Cleaver: *Soul on Ice*, 107-109; Moore: *Castro, the Blacks, and Africa*, 260-262; Clytus: *Black Man in Red Cuba*.

Las contradicciones surgieron también porque algunos de los efectos de la solidaridad cubana con el movimiento negro en Norteamérica no fueron los anticipados ni eran deseables para las autoridades cubanas. Algunos de sus líderes que visitaron o vivieron en Cuba —Williams es un claro ejemplo— hablaron con frecuencia en demostraciones obreras y en otras asambleas públicas por la Isla. Otros, como Carmichael, recibieron gran publicidad y fueron tratados como héroes. En cualquier caso, estos militantes hacían llegar al cubano común mensajes que no siempre eran convenientes a las autoridades: mensajes de luchadores cuyos propósitos, luchas, y doctrinas se definían en términos raciales. Carmichael, por ejemplo, habló sobre la opresión racial no solo como una cuestión de explotación económica —la posición adoptada por el gobierno cubano— sino también cultural. En su discurso a la Conferencia de la OLAS en La Habana afirmó: “El Poder Negro se refiere no solo a la explotación, sino al problema de la integridad cultural”.¹²⁷

En un momento en que el Partido Comunista y las autoridades cubanas estaban desestimulando, si no reprimiendo, expresiones culturales afrocubanas como su religiosidad, estas declaraciones tenían claras implicaciones para la sociedad cubana. De visita a Cuba en 1967, Sutherland informó que la visita de Carmichael tuvo un impacto significativo entre los afrocubanos, quienes “al parecer lo observaron y escucharon con particular intensidad”. Algunos adoptaron algunos de los símbolos externos de estos militantes —como el pelado estilo afro— y quizás parte de la esencia de su prédica.¹²⁸ En 1967, un grupo de jóvenes intelectuales afrocubanos intentó elaborar un documento sobre la raza y la cultura en Cuba para ser sometido al Congreso de Cultura que tendría lugar en La Habana en enero de 1968. Otros informes no confirmados reportan que los negros intentaron articular, de varias maneras, algún tipo de discurso autónomo, pero siempre encontraron la resistencia oficial.¹²⁹

A largo plazo, sin embargo, el apoyo de Cuba a la lucha de los afroamericanos y a la lucha anticolonial en África contribuyó, de

¹²⁷ Carson: *In Struggle*, 274-275.

¹²⁸ Sobre el rechazo al pelado afro, ver Sutherland: *The Youngest Revolution*, 152-153; Saul Landau: “A New Twist on Race in Cuba”, *Monthly Review* 42:9 (febrero de 1991), 53.

¹²⁹ Sutherland: *The Youngest Revolution*, 154-155, 162-163. El esfuerzo de estos intelectuales afrocubanos es mencionado por Booth: “Cuba, Color and the Revolution”, 172, nota 126, y Moore: *Castro, the Blacks, and Africa*, 307-312. Moore cita otros casos de organizaciones negras (ver 304-316), pero su información descansa en una fuente oral individual y es difícil de confirmar.

manera significativa, al proyecto oficial de integración nacional. Como mínimo, la solidaridad cubana preparó el camino para la participación, sin precedentes, en la política africana en las décadas de 1970 y 1980. La política exterior pudo haberse empleado para distraer la atención de los problemas raciales internos, como afirma Carlos Moore.¹³⁰ Pero la presencia de África (y en las décadas de 1970 y 1980, de los países del Caribe) en la vida cubana facilitó el ascenso de los negros en la burocracia estatal y las fuerzas armadas, y probablemente contribuyó a modificar algunas percepciones sociales sobre la cultura, población y política africanas.¹³¹ La participación masiva de cubanos negros y blancos en las guerras africanas y en misiones civiles después de 1975 no hubiera sido posible sin tales cambios. Tampoco es probable que sin esto, Fidel Castro hubiera podido proclamar que Cuba era una nación latinoafricana, como lo hizo en 1975.¹³²

La identificación con África y sus descendientes en la diáspora también le permitió al gobierno cubano construir una noción de cubanidad que contrastaba profundamente con la de su enemigo principal: la comunidad exiliada de Miami. Mientras que la “verdadera” cubanidad de la Revolución era identificada con los pobres y los negros; la de los llamados “gusanos” fue descrita como la quintaesencia de todos los males que la Revolución había eliminado: la explotación de clase, la dependencia extranjera y el racismo. En ninguna otra área eran las implicaciones raciales de la política exterior más claras que en el conflicto con el exilio cubano.

¹³⁰ Moore: *Castro, the Blacks, and Africa*.

¹³¹ Para mencionar un indicador de esta presencia, entre 1974 y 1980, 11 líderes de países africanos visitaron Cuba y la Isla estableció relaciones diplomáticas con 12 estados africanos. En 1980, Cuba fue también visitada (2 veces) por Michael Manley de Jamaica, y por Maurice Bishop, de Granada. Fidel Castro retornó a África en 1976, 1977 y 1978; visitó 13 países en total. También visitó Jamaica en 1977. Esta información está basada en Franklin: *Cuba and the United States*, 107-165. Sin embargo, el efecto social y cultural de la presencia cubana en África puede haber sido contradictorio. Es posible que para muchos cubanos esta experiencia haya reforzado los estereotipos tradicionales que identifican a los africanos y a los negros en general como “primitivos” e “inferiores”. Quienes regresaban de las misiones civiles y militares se referían frecuentemente a los angolanos en términos altamente peyorativos. Este es un tema que requiere investigación adicional.

¹³² Taylor: “Revolution, Race”, 19-41. Las citas de Castro están tomadas de “En el congreso del pueblo”, *Bohemia* (2 de enero de 1976), 55. Sobre las relaciones de Cuba, África, y el Caribe, durante la década de 1970 y 1980, ver Domínguez: *To Make a World Safe*; Falk: *Cuban Foreign Policy*; Erisman and Kirk: *Cuba's International Relations*.

La Cuba que los exiliados intentaron reconstruir en Miami y en otras comunidades en los Estados Unidos era, de muchas maneras, la antítesis de la nueva Cuba que la Revolución estaba intentando construir en la Isla. Para empezar, era social y demográficamente diferente. El censo cubano de 1953 reportó que los negros y mulatos constituían el 27 % de la población total. Su proporción entre los exiliados en Estados Unidos era aproximadamente del 13 % en los años 1960 y del 16 % en la década de 1970. El perfil educativo y ocupacional de la comunidad también era, inicialmente, muy diferente al de la población general, con una sobrerrepresentación de profesionales, empresarios y empleados de oficinas. Además de su estridente anticomunismo, la raza y la composición social hicieron del Miami cubano la antítesis perfecta de la sociedad revolucionaria de Cuba.¹³³

Esta antítesis fue incrementada por factores sobre los cuales los exiliados cubanos tenían poco o ningún control. Mientras que la Cuba revolucionaria se enorgullecía de ser una sociedad racialmente armoniosa y libre de discriminación, los exiliados llegaron a una ciudad que a inicios de los años 60 estaba aún, en gran medida, segregada.¹³⁴ Los cubanos agregaron un nuevo estrato a las tensiones raciales de la comunidad anfitriona, pues muchos residentes afroamericanos creían que los refugiados cubanos habían logrado obtener privilegios de los recursos públicos y recibían un tratamiento preferencial en los empleos y en otras áreas.

Como expresó en 1961 un editorial del semanario negro *Miami Times*: “Los negros se quejan de que los cubanos tienen preferencia y que en algunos casos están siendo desplazados por los refugiados. Aunque simpatizamos con los desafortunados cubanos, nosotros sentimos que la caridad debe empezar por casa”. Al testificar ante un comité del Senado a finales de ese año, el director ejecutivo de la Liga Urbana del Gran Miami confirmó que existía un gran “resentimiento y hostilidad en la comunidad negra” hacia los cubanos, que estaban sacando a los negros de sus trabajos y aceptaban empleos con salarios “reducidos”.¹³⁵

La percepción de que los cubanos fueron favorecidos en detrimento de los afroamericanos en Miami ha perdurado hasta nuestros

¹³³ Estos datos están tomados de Pedraza: “Cuba’s Refugees”, 273-275. Sobre las olas iniciales de migración, ver Aguirre: “Differential Migration” y Fagen and Brody: “Cubans in Exile”.

¹³⁴ Dunn: *Black Miami*, 171-241.

¹³⁵ “Refugee Problem”, *Miami Times* (11 de noviembre de 1961); “Negroes Losing Jobs to Cuban Refugees”, *Miami Times* (16 de diciembre de 1961).

días.¹³⁶ Junto a otros factores, esto contribuyó a desatar la violencia racial en la ciudad en 1968, 1980 y 1989. Antes de los disturbios de 1968, por ejemplo, la prensa negra local abordó sobre si los disturbios raciales, similares a los ocurridos en otras ciudades norteamericanas, podían acontecer en Miami. El resentimiento hacia los cubanos ya era elevado por una huelga que habían iniciado en 1967 —“ellos no agradecen la oportunidad que les han dado”, destacó un periodista.

Un maestro negro de Miami advirtió que quienes “sembraban semillas de odio” entre los afroamericanos y los cubanos estaban incitando a la violencia; sus comentarios provocaron una fuerte reacción. Una carta al editor del *Miami Times* reflejaba la ira de la comunidad: “¿Quién es este [...] escritor que parece estar interesado en los disturbios pero no en las condiciones [...] que los generan? ¿Quién es este negro [...] que está tan interesado en el avance económico de los cubanos, pero no comprende que los negros, como grupo étnico, constituyen el eslabón más bajo de la escala económica de Miami?” Mientras el maestro calificó las ventajas de los cubanos como “rumores” aislados, este autor se refirió a las mismas como un “hecho”. El autor de la carta advirtió que los negros de los *ghettos* estaban intentando enviar un mensaje y que ya era hora de que fueran escuchados. Varios meses después, un violento motín estalló en la sección negra de Liberty City, y la respuesta de los cubanos fue con las armas. En un informe dirigido a la Comisión Nacional de las Causas y Prevención de la Violencia, la “pérdida constante de empleos de los negros a manos de los cubanos” fue mencionada como uno de los factores que provocaron los disturbios.¹³⁷

Si la presencia cubana la consideraron como un factor que contribuyó a los disturbios de 1968, también fue considerada como una de las causas principales del motín en Liberty City, en mayo de 1980. Aunque la absolución de varios policías blancos acusados de matar a un agente de seguros afroamericano fue lo que desencadenó la violencia callejera, todos los observadores coincidieron en que el resentimiento por la ayuda pública otorgada a los miles de refugiados

¹³⁶ Esta aseveración se basa en una cuidadosa lectura de la sección “Street Talk”, publicada por *Miami Times* en el período de 1993-1998. Incluso cuando se trata de temas no relacionados, los residentes, afroamericanos frecuentemente se refieren a los cubanos y a las ventajas que han recibido.

¹³⁷ Dave Bondu: “Around Miami”, *Miami Times* (26 de mayo de 1967); “Riots are Efforts of Communist Infiltration” y R. Gibson: “Letter to the Editor”, *Miami Times* (4 y 11 de agosto de 1967); John Egerton: “Cubans in Miami: A Third Dimension in Racial and Cultural Relations” (1969), en Cortés: *The Cuban Experience*, 4, 13, 23.

cubanos que llegaban por el puerto de Mariel, provocó la furia de los negros de Miami.¹³⁸ Mientras el gobierno federal daba la bienvenida a los cubanos, en los barrios negros de Miami circulaban rumores acerca de una reducción de los bonos de alimentos y de otros programas sociales. Peor aún, mientras los refugiados cubanos eran bienvenidos, a los de Haití se les negaba sistemáticamente el asilo y los beneficios asociados con dicho estatus.¹³⁹

Los disturbios de 1980 no podían ocurrir en un momento más propicio para las autoridades cubanas, que habían sufrido el humillante espectáculo de ver a decenas de miles de cubanos abandonando la Isla. En contraste con olas migratorias anteriores, la del Mariel reflejó mucho mejor la composición social y demográfica de la población general. Muchos procedían de los sectores más pobres de la sociedad. Los negros y mulatos aún estaban por debajo de su porcentaje en la población total, pero su proporción era significativamente más alta que entre los exiliados anteriores. De hecho, la composición sociodemográfica de los llamados “marielitos” representaba una amenaza para la representación oficial cubana de Miami como la antítesis social, racial y política de la Cuba revolucionaria. La Habana respondió definiéndolos como “escoria”, los deshechos inservibles del socialismo cubano. La Cuba revolucionaria no podía permitirse el lujo de tener un Miami que no fuera blanco, ni elitista.¹⁴⁰

Las autoridades cubanas usaron los disturbios de 1980 para recordar a la población la naturaleza racista de la sociedad norteamericana. La prensa oficial se refirió a Miami como un “infierno racial en el paraíso capitalista” y describió con tonos grises el destino de los llamados marielitos. La prensa explicó, por ejemplo, que el Ku Klux Klan envió un avión a sobrevolar los campos de refugiados con un estandarte que decía: “El KKK está aquí”. Según la prensa cubana, los marielitos competían con los afroamericanos por trabajos serviles y mal remunerados y no tenían otro destino que el bajo mundo miamense, habitado por desempleados, drogadictos y mendigos. El popular semanario *Bohemia* publicó una

¹³⁸ Marable: “The Fire This Time”, 2-18.

¹³⁹ Sobre los disturbios de 1980 y su conexión con el éxodo de Mariel, ver Porter y Dunn: *The Miami Riot*; Portes y Stepick: *City on the Edge*, 18-60.

¹⁴⁰ Acerca de la caracterización de los exiliados del Mariel como escoria, ver “Imágenes de Mariel”, *Bohemia* (2 de mayo de 1980), 54-59; “Noticias de Mariel. El tiempo sigue mejorando y la escoria navegando” y “Fidel, el primero de mayo”, *Bohemia* (9 de mayo de 1980), 44-45, 51-59. Para un intento académico de representar estos emigrantes como “escoria”, ver Hernández y Gomis: “Retrato del Mariel”, 124-151.

fotografía de un marielito negro, esposado, que estaba supuestamente asustado como si estuviera mirando la túnica blanca de un miembro del Ku Klux Klan. La prensa cubana también destacó que muchos marielitos terminaron en las cárceles norteamericanas, donde no tenían garantías legales, reforzando así la imagen de que los Estados Unidos era una sociedad dominada por el racismo y el rechazo a los pobres.¹⁴¹

De hecho, los nuevos inmigrantes fueron rechazados también por la comunidad cubanoamericana.¹⁴² Su composición social representaba una amenaza no solo a la representación oficial cubana de la comunidad exiliada; amenazaba también la imagen que la comunidad tenía de sí misma, como “la flor y nata” de la sociedad cubana. Al menos por esta vez, las autoridades cubanas y sus enemigos estaban de acuerdo: esos inmigrantes de piel oscura y clase baja tenían que ser escoria y lumpens. Así, el proceso de ubicación y asimilación de los marielitos afrocubanos fue particularmente difícil. Además de que muchos no tenían familiares en la comunidad: eran negros. En el campamento de Fort Indiana Gap, Pennsylvania, por ejemplo, el porcentaje de negros entre los residentes aumentó del 14 % en mayo de 1980 al 50 % 3 meses después. Un oficial de una agencia de ubicaciones dijo que las iglesias estaban deseosas de patrocinar a los refugiados cubanos, pero que preferían a los núcleos familiares y “los quieren blancos”.¹⁴³

Si los disturbios raciales de 1980 facilitaron la representación cubana de Miami como un “infierno racista”, la política cubanoamericana en la década de 1980 reforzó la noción de que la comunidad era intensamente racista. Nada ayudó más a consolidar esta imagen que la política de Cuba en África. Mientras las tropas cubanas luchaban contra la invasión del ejército sudafricano y su aliado, la Unión para la Independencia Total de Angola (UNITA), los líderes de la conservadora Fundación Nacional Cubano Americana (FNCA) intentaban ayudar a Jonas Savimbi, el líder de la UNITA. Algunas de las voces afroamericanas más influyentes, como

¹⁴¹ “En el ‘paraíso’ capitalista”, *Cuba Internacional* 127 (junio de 1980), 9; Mario Kuchilán Sol, “¡Helos allí en su ‘paraíso!’”, *Bohemia* (13 de junio de 1980), 78-80; Julio A. Martí: “Una celda para Santy”, *Cuba Internacional* (enero de 1991), 51-54.

¹⁴² Hay sólidas evidencias que respaldan esta afirmación. Para un buen resumen, ver Portes y Stepick: *City on the Edge*, 22-37.

¹⁴³ Elice Higginbotham: “The New Immigrants”, *Cubatimes* 1:2 (verano de 1980), 23-26; Higginbotham: “The Difficulties of Resettlement”, *Cubatimes* 1:3 (Fall, 1980), 7-10; Portes y Stepick: “Unwelcome Immigrants”, 493-514; Alma Guillermo Prieto: “Cubans of 1980 ‘Freedom Flotilla’ Encountering Hardships”, *Washington Post* (18 de julio de 1984).

el Black Caucus (miembros negros del Congreso), TransAfrica y otras, criticaron esto, pero eso no parece haber afectado la decisión de la FNCA. En 1988, el presidente de la organización anunció que viajaría a Angola a reunirse con Savimbi y estimular la desertión de soldados cubanos.

Mientras Cuba ofrecía ayuda médica masiva a Angola y a otros países africanos, un equipo de médicos cubanoamericanos le ofreció sus servicios a la UNITA. Algunos cubanoamericanos incluso criticaron las negociaciones de paz para retirar las tropas cubanas de Angola, planteando que esto obraría en beneficio de su régimen marxista, pues las tropas de África del Sur no podrían invadir nuevamente el territorio angolano.¹⁴⁴

La asociación entre los exiliados, el racismo y el apartheid fue además reforzada por su oposición a la visita de Nelson Mandela a Miami, en junio de 1990. Mandela elogió a Cuba por su papel en la lucha contra el apartheid y por sus logros en el área de los derechos humanos. Ignorando los sentimientos de otros sectores de la población de la ciudad, el ayuntamiento de Miami cedió a la presión cubanoamericana y se negó a dar la bienvenida oficial a Mandela. Los afroamericanos interpretaron esto como un insulto y decidieron boicotear la celebración de convenciones en la ciudad hasta que las autoridades emitieran una disculpa oficial.

Cuando Mandela visitó La Habana en julio de 1991, la distancia entre las comunidades afroamericana y cubana de Miami crecieron aun más. Mientras algunos afroamericanos calificaron la cálida bienvenida de Mandela en La Habana como algo “maravilloso”, los cubanoamericanos llamaron a Mandela un “comunista” que ignoraba los abusos de los derechos humanos en la Isla, mientras alababa a Cuba por su “incomparable” lucha contra el racismo. La identificación entre los exiliados, el racismo y el apartheid fue destacada por el propio Mandela: “¿Quiénes son ellos [los cubanoamericanos] para demandar la observación de los derechos humanos en Cuba? Ellos se mantuvieron callados durante 42 años cuando los derechos humanos estaban siendo violados en África del Sur [...] [Ellos] han apoyado al régimen del apartheid durante los últimos 40 años”.¹⁴⁵

¹⁴⁴ “Cuban Exile Leaders Going to Angola”, *Washington Post* (26 de marzo de 1988); Mirta Ojito: “Miami Medics Aid Angola Rebels”, *Miami Herald* (6 de febrero de 1988); Leonardo Cano: “Propaganda anticubana”, *Bohemia* (20 de julio de 1990), 62-64. Jaime Suchlicki: “Do We Really Want Angola Agreement?” *Miami Herald* (21 de agosto de 1988).

¹⁴⁵ Portes y Stepick: *City on the Edge*, 176-178; Alfonso Chardy: “Blacks, Cubans see Mandela Trip in Different Ways”, *Miami Herald* (27 de julio de 1991); Mimi Whitefield: “Mandela Salutes Cuba”, *Miami Herald* (27 de julio de 1991); Whitefield: “Mandela Defends Bond With Castro, Rejects Criticism by S. Florida Exiles”, *Miami Herald* (28 de julio de 1991); Lee Hockstader: “Castro Heaps Praise on Visiting Mandela”. *Washington Post* (28 de julio de 1991).

De esta forma, no ha sido difícil a las autoridades cubanas y a los medios de comunicación oficial propagar la imagen de un Miami racialmente conflictivo, y de los cubanoamericanos como baluartes y defensores del racismo. Como afirmó en 1994 el periódico oficial del Partido Comunista *Granma*, al referirse a los exiliados: “Ellos trabajan como lacayos del imperio, declarando persona *non grata* al Premio Nobel de la Paz Nelson Mandela, quemando banderas latinoamericanas o actuando como un muro de contención contra los haitianos o los afroamericanos de Miami”.¹⁴⁶

Los medios de comunicación cubanos vincularon el racismo con Miami y la contrarrevolución, aun cuando esa conexión no era evidente. Los disturbios raciales de Los Ángeles en 1992 son un buen ejemplo; un editorial publicado por *Granma* preguntó si este era el mismo gobierno que intentaba incriminar a Cuba ante la comunidad internacional por su récord en los derechos humanos; si este era el “paraíso” americano al que algunos querían emigrar. Mientras el presidente George Bush visitaba Miami y proclamaba el fin de la Revolución Cubana —continuaba el editorial—, era en los Estados Unidos donde la explosión social estaba a punto de estallar. La conexión entre violencia racial, y la hostilidad norteamericana hacia Cuba y el Miami cubano fueron establecidas explícitamente, a pesar de que los eventos de Los Ángeles poco tenían que ver con Cuba o con Miami. Un periodista del periódico *Christian Science Monitor* que visitaba La Habana reportó que la reacción de los afrocubanos a estos eventos era de “horror”, mientras que el gobierno “mostraba las imágenes de los disturbios de Los Ángeles una y otra vez en la televisión cubana”.¹⁴⁷

La identificación de Cuba con África y con los afroamericanos ayudó al gobierno revolucionario a promover su agenda doméstica de integración nacional, aun cuando las cuestiones raciales no se debatieran públicamente desde el inicio de la década de 1960. Su política cultural y exterior ayudaban a destacar el papel fundamental de África en la formación de la cubanidad, sin arriesgar conflictos raciales internos. Las autoridades

¹⁴⁶ Félix Pita Astudillo: “Emigration, ‘Exile’ and Political Manipulation”, *Granma International* (27 de abril de 1994). Sobre la imagen de Miami en los medios cubanos, ver también Leonardo Cano: “Propaganda anticubana”, *Bohemia* (20 de julio de 1990), 62-64; Nicanor León Cotayo: “Los agoreros de Miami”, *Granma* (16 de marzo de 1990); Andrés Gómez: “Miami”, *Granma* (5 de enero de 1994).

¹⁴⁷ “A ese ‘horno de iras’, ¡jamás!”, *Granma* (6 de mayo de 1992); Vincent James: “Black Cubans Call for Change”, *Christian Science Monitor* (16 de junio de 1992).

creían que las diferencias raciales remanentes desaparecerían de forma automática por la implementación de las políticas igualitarias de la Revolución. Esto, a su vez, promovía una nueva conciencia social en la que la propia noción de raza estaría ausente. En 1981, más de 20 años después del triunfo de la Revolución, fue posible medir el impacto del socialismo cubano en la desigualdad racial y determinar cuán exitoso había sido el programa cubano, que buscaba eliminar las diferencias raciales a través de la redistribución de recursos, según criterios de clase social.

LA DESIGUALDAD RACIAL: 20 AÑOS DESPUÉS

Por primera vez desde 1959, el censo de 1981 publicó información acerca de la raza. Un censo anterior (1970) incluyó esta variable, pero la versión publicada no incluía dicha información; la raza tampoco apareció en las publicaciones demográficas seriadas.

Según el censo, donde los encuestados tenían la oportunidad de identificar su propia raza utilizando cuatro categorías distintas —“blanco”, “negro”, “mestizo” y “asiático”—, en 1981, la población cubana era un 66 % blanca, 12 % negra y 22 % mestiza (los asiáticos representaron solo 0.1 % del total). La proporción blanca disminuyó significativamente en comparación con 1953 (73 %) y era la más baja en el siglo xx en Cuba —un resultado nada sorprendente pues la inmensa mayoría de los emigrantes, desde los 60, habían sido blancos. Contrariamente a lo que podría esperarse, sin embargo, la proporción de negros era similar a la reportada por el censo de 1953. El porcentaje de mestizos aumentó significativamente, de 14.5 % en 1953 a 22 % en 1981.

Algunos estudiosos y periodistas criticaron estas cifras; argumentaron que la proporción de no blancos en la población total “tiene” que haber sido más alta que el 34 %. Algunos incluso sugieren que hay un intento deliberado por blanquear el país.¹⁴⁸ Su crítica, sin embargo, implica que existe una negritud verdadera (en el sentido biológico), inmutable, y no solo una representación social de esta. Es un argumento válido solo si uno asume que, en 1981, las categorías raciales fueron definidas a partir de criterios idénticos a los prevalecientes en 1953; es decir, no ocurrió cambio alguno en las definiciones sociales de lo que es ser negro, blanco o mestizo. Este escenario es altamente improbable.

La mulatización de la población cubana pudo haber sido el resultado de varios factores, no necesariamente relacionados con el grado

¹⁴⁸ Para un resumen de varios estimados y de las implicaciones de este debate, ver Moore: *Castro, the Blacks, and Africa*, 359-362.

“real” de “mezcla racial” en el país. Por ejemplo, podía ser el resultado de los matrimonios mixtos, que algunas referencias anecdóticas indican que aumentaron significativamente después de 1959.¹⁴⁹

También podía reflejar una aceptación más amplia de la noción que Cuba es una nación mixta, mestiza, o un proceso de movilidad ascendente. Individuos que, debido a su bajo estatus social hubieran sido considerados “negros” en el pasado, se veían a sí mismos como mestizos o mulatos en 1981. Si este es el caso —y existen evidencias de peso en este sentido—, la composición racial de la población reportada por el censo podría reflejar tanto los cambios que tuvieron lugar desde 1959 (la movilidad social) y la perdurabilidad del pasado, indicada por el hecho de que tal movilidad aún era identificaba con el blanqueamiento.

De hecho, como se analizará en cierta medida en el próximo capítulo, las ideologías raciales que asocian ser blanco con la educación, la belleza y con otros rasgos socialmente positivos, gozan de gran aceptación en la Cuba contemporánea. El aforismo “ser blanco es una profesión” resume estas percepciones, así como las preocupaciones populares por “adelantar la raza”.¹⁵⁰ Como “la raza” se define con varios factores sociales y culturales, además de los rasgos fenotípicos, la creciente proporción de mulatos en la población reflejaba, probablemente, la movilidad educativa y ocupacional experimentada por las generaciones más jóvenes de afrocubanos.

Otros resultados censales sugieren esta coexistencia de los cambios revolucionarios con las realidades sociales prerrevolucionarias. Sin embargo, las transformaciones son tan profundas que solo pueden ser descritas como impresionantes. A principios de los años 80, la sociedad cubana realizó un notable progreso en la reducción de la desigualdad racial en varias áreas cruciales, como la educación, los indicadores de salud y de bienestar, y la estructura ocupacional. La desigualdad racial persistía en algunas áreas, pero la tendencia inequívoca era hacia la igualdad.

El impacto de la Revolución en la igualdad racial y la singularidad del caso cubano pueden entenderse mejor desde una perspectiva comparada. Por ejemplo, en 1981, la esperanza de vida en Cuba era no solo cercana a la de los países desarrollados en números absolutos, sino que esta cifra era realmente significativa, tanto para los blancos como

¹⁴⁹ Robert del Quiaro: “Five Faces of Cuba”, *Washington Post* (11 de febrero de 1973); Mayra Beatriz: “Amor: en blanco y negro”, *Somos Jóvenes* (febrero de 1990), 2-9. El mejor estudio de los matrimonios interraciales en Cuba es el de Nadine Fernández: “Race, Romance, and Revolution”.

¹⁵⁰ Para numerosos ejemplos de cómo estas ideas influyen en la conciencia popular, ver Duharte y Santos: *El fantasma de la esclavitud*, 82-83, 95, 105-107.

para los negros y mulatos. Aunque aún existía una pequeña diferencia de un año entre los blancos y los no blancos, esta era significativamente más baja que en Brasil (6.7 años) o los Estados Unidos (6.3 años). La esperanza de vida es un indicador particularmente gráfico pues este refleja amplias condiciones sociales, que incluyen el acceso a la nutrición y los servicios de salud, el cuidado materno, y la educación, de ahí la importancia de estas diferencias.¹⁵¹

Lo mismo puede decirse en el área de la educación. El analfabetismo fue básicamente eliminado en Cuba a principios de la década de 1960; pero en 1981, la desigualdad racial en la educación había desaparecido, incluso en el nivel universitario. La proporción de negros y mulatos que completaron la educación secundaria era de hecho más alta que la proporción de blancos; esto es un índice de que los negros hicieron buen uso de las oportunidades creadas por el gobierno revolucionario en esta área. En cambio, en los Estados Unidos (a nivel universitario) y en Brasil, tanto en la educación secundaria como en las universitaria, persistían diferencias significativas según la raza (véase Tabla 8).

Tabla 8. *Porcentaje de la población de 25 años o más, según raza, que terminó estudios preuniversitarios y superiores, Brasil, Cuba y Estados Unidos, 1980s*

	Blancos	Negros	Mulatos	Diferencias		
				B-N	B-M	
Brasil (1987)						
Preuniversitario	13.9	5.3	8.0	8.6	5.9	
Universidad	9.2	1.0	2.0	8.2	7.2	
Cuba (1981)						
Preuniversitario	9.9	11.2	9.6	-1.3	0.3	
Universidad	4.4	3.5	3.2	0.9	1.2	
Estados Unidos (1987)						
Preuniversitario	56.4	52.8	-	3.6	-	
Universidad	20.5	10.7	-	9.8	-	

Fuentes: Cuba, Censo 1981: República de Cuba, 16:2, 67-70; *Andrews:* Racial Inequality in Brazil and the United States, 229-263.

¹⁵¹ Para un análisis de cómo estas cifras fueron estimadas, ver mi "Race and Inequality", 131-168. Para las fuentes, ver Tabla 8.

La expansión y masividad de la educación influyeron en la composición racial de la estructura ocupacional. Como muestra la Tabla 9, el índice de desigualdad (una medida resumen de desigualdad) en el mercado laboral cubano era a principios de los años 80 de 3 a 4 veces inferior a la de los Estados Unidos o Brasil. La proporción de negros y mulatos empleados en las carreras profesionales (un quinto de la fuerza laboral) era casi idéntica a la de los blancos en la Isla, mientras que en Brasil era 3 veces más baja. El 31 % de los trabajadores empleados en el sector médico cubano eran negros y mulatos, proporción solo ligeramente inferior a su porcentaje en la población (34 %, según el censo de 1981).

Tabla 9. *Distribución porcentual, trabajadores civiles, según raza, Brasil, Cuba y Estados Unidos, 1980s*

	Brasil			Cuba			EE. UU.	
	B	N	M	B	N	M	B	N
Profesionales	9.0	2.5	3.8	22.2	22.1	22.9	15.5	11.2
Administración	16.7	4.2	6.7	12.8	7.1	8.7	27.9	22.3
Ventas	9.0	4.0	6.5	6.4	6.9	6.5	10.5	5.0
Manual, no agrícola	26.0	27.9	25.6	23.1	29.2	24.2	31.7	37.1
Servicios	10.7	22.6	13.0	7.3	9.4	8.6	11.4	22.3
Agricultura	22.7	31.5	38.6	18.2	12.9	18.3	2.8	2.0
Otros/desconocido	6.0	7.2	5.8	10.0	12.4	10.8	0.0	0.1
Índice de desigualdad	-	23.9	18.3	-	11.1	4.1	-	16.3

Fuente: Cuba: CEE, Censo 1981. La población de Cuba, 117-118; Andrews: Racial Inequality in Brazil and the United States, 249-250.

Pero la distribución de los grupos raciales en las diferentes ocupaciones aún era algo desigual. Aunque los afrocubanos no estaban muy sobrerrepresentados en los trabajadores manuales (35 %), su proporción en algunos sectores, como la construcción, era mayor que en la población (41 %). Asimismo, mientras que un 13 % de los blancos trabajaba en cargos administrativos, la proporción de negros (7 %) y mulatos (9 %) era significativamente más baja. Incluso teniendo en cuenta estos elementos, se puede decir con seguridad que la incidencia del racismo en el mercado laboral cubano era limitada, particularmente en el caso de los mulatos.

Además, como estas cifras no controlan la edad, al menos parte de las diferencias remanentes podrían ser atribuidas a factores históricos y a la discriminación en el pasado.

El progreso también era obvio en el área de la representación de negros y mulatos en los puestos de dirección, un área en la que el gobierno cubano ha sido criticado frecuentemente. Desde los primeros años de la Revolución, los intelectuales afrocubanos de diferentes tendencias ideológicas insistieron en la necesidad de abrir, de una vez y por todas, los puestos de dirección a negros y mulatos. Como afirmó Moore en 1964: “El derecho a gobernar, no el derecho a ser gobernado, este es el problema [...] Después de 6 años de Revolución, incluyendo 4 de ‘socialismo’, el gobierno [...] no tiene un solo miembro negro en su gabinete!”¹⁵² La queja de Moore no carecía de fundamento.

De hecho, por lo menos en los escalones superiores del gobierno y del PCC, los cambios en la composición racial de la dirección fueron sumamente lentos. Los negros y mulatos representaban solo el 9 % en el Comité Central del PCC elegido en 1965, un estimado 7 % en 1975, y alrededor del 12 % en 1980. Su proporción no era superior en los buroes ejecutivos provinciales: 8 % en 1974.¹⁵³

Los afrocubanos estaban mucho mejor representados en otros cargos de dirección. Siguiendo las tendencias prerrevolucionarias, en 1974, más de un tercio de los miembros del Ejecutivo Nacional de la CTC eran negros o mulatos. Entre los delegados a las Asambleas Municipales de los Órganos del Poder Popular en 1976 su proporción era de un 28 %. Según el censo de 1981, el 24 % de las personas clasificadas como “dirigentes” eran negros o mulatos. Seis años después, su porcentaje en puestos de dirección aumentó ligeramente. Según un censo realizado en 1986 para determinar la composición social de la dirección a niveles nacionales, provinciales y municipales, los negros y mulatos representaban el 27 % del total (véase Tabla 10).¹⁵⁴

¹⁵² Moore: “Le peuple noir”, 209. Sobre la percepción de otros intelectuales afrocubanos, ver Cuéllar Vizcaíno: “Discriminación”; Betancourt, *El negro*, 167-168.

¹⁵³ Estas cifras se basan en identificaciones fotográficas y en fuentes que distan mucho de ser adecuadas, por lo que deben ser tomadas solo como estimados tentativos. Ver Domínguez: “Racial and Ethnic Relations”, 283; Montaner: *Informe secreto*, 107-108; Domínguez: “Revolutionary Politics”, 33. Las cifras de los buroes provinciales fueron obtenidas mediante identificación fotográfica, basado en “Asambleas de balance”, *El Militante Comunista* (junio de 1974), 24-191.

¹⁵⁴ “El nuevo secretariado ejecutivo nacional de la CTC”, *Bohemia* (23 de noviembre de 1973), 54-55; Casal: *Revolution and Race*, 16-20; Cuba, CEE: *Censo... La población de Cuba*, 117-118.

Tabla 10. *Distribución porcentual, “dirigentes de establecimientos” del Estado, según raza, Cuba, 1987*

Nivel	Blancos	Negros	Mulatos
Municipal	71.9	12.1	16.0
Provincial	73.8	10.9	15.3
Nacional	72.7	12.7	14.6
Total	72.5	12.1	15.4
Porcentaje en población adulta	66.1	12.0	21.9
Índice de representación	110	101	70

Fuente: Cuba, CEE, Censo nacional de cuadros del Estado, 5: 126-129.

Las autoridades ordenaron la realización de un censo sobre la composición social de la dirigencia, una expresión clara de que el gobierno cubano estaba dando atención a cuestiones de representación. De hecho, en el Tercer Congreso del PCC, Fidel Castro habló largamente sobre la necesidad de aumentar el número de mujeres, jóvenes y negros y mestizos en los niveles más altos del PCC. En el discurso de clausura del Congreso, Castro rompió el largo silencio oficial sobre la raza, señalando que mientras “las sociedades hipócritas”, en las que la discriminación racial era practicada, temían hablar del asunto, esto no ocurría en la Cuba revolucionaria, donde todo el mundo tenía alguna mezcla racial, lo cual constituía una fuente de “orgullo” para los cubanos.

La admisión pública de Castro de que el racismo y la discriminación tenían “todavía” algún “efecto” en la sociedad cubana, era congruente con el análisis dominante de que estos eran rezagos del pasado; pero el reconocimiento oficial de su existencia era ciertamente algo nuevo. En su discurso, él brindó algunos elementos acerca del por qué estas realidades estaban siendo reconocidas; habló de los “cientos de miles” de negros y mulatos que se graduaron en las escuelas tecnológicas y las universidades, de una “enorme masa” joven que tenía que estar representada en la dirección de la sociedad. El propio éxito de la Revolución creó grupos y tensiones que terminaron por minar el silencio oficial sobre la cuestión racial.

“La corrección de esa injusticia histórica” —señaló Castro—, no podía dejarse a “la espontaneidad”. Tampoco era suficiente establecer leyes de igualdad y esperar la igualdad total. Explicó que la promoción de mujeres, jóvenes y negros tenía que ser impulsada en las organizaciones de masas y en el partido; era necesario corregir los efectos históricos

de la discriminación. En respuesta, el Tercer Congreso del partido eligió un Comité Central en el que los negros y mulatos representaban el 28 % del total, más del doble que en 1980.¹⁵⁵

Los efectos de la historia eran evidentes de otras formas. La desigualdad racial decreció en áreas en las que el desempeño gubernamental fue exitoso, como la salud, la educación y la creación de empleos. Pero en áreas donde el éxito era mucho más limitado, las desigualdades raciales continuaban siendo significativas. Por ejemplo, a pesar de los esfuerzos oficiales en pos de la igualdad, en la década del 80 persistía una fuerte correlación entre la raza, la distribución regional de la población, y la calidad de la vivienda. La geografía tradicional de raza y de pobreza no había sido desmantelada, en no pequeña medida debido al fracaso gubernamental en esta área.¹⁵⁶ Ningún barrio era racialmente exclusivo —esto era cierto, al menos en alguna medida, también en la Cuba prerrevolucionaria— pero en las áreas más concentradas de las grandes ciudades, la proporción de negros y mulatos era mayor que la de blancos.

En La Habana, las municipalidades de la Habana Vieja y Centro Habana ejemplifican muy bien la persistencia de estos patrones residenciales. Los negros y mulatos representaban el 36 % de la población de la ciudad en 1981, pero su proporción en los municipios mencionados era de 44 % y 47 % respectivamente. Mientras que el 13 % de los residentes en la ciudad vivían en casas de vecindad, en la Habana Vieja y en Centro Habana, su proporción era de 3 a 4 veces superior. Solo el 14 % de la población de la ciudad vivía en estos municipios, sin embargo en ellos se localizaban el 47 % de las casas con daños estructurales. La proporción de casas en las que se usaban servicios sanitarios colectivamente también era de 3 a 4 veces más alta en la Habana Vieja (36 %) y Centro Habana (24 %) que en La Habana en su conjunto (9 %). La disponibilidad de efectos electrodomésticos en estos municipios era también inferior al promedio provincial.¹⁵⁷

Estas áreas residenciales, caracterizadas por altas densidades de población no blanca y por un entorno deteriorado, también se con-

¹⁵⁵ "Speech by President Fidel Castro Ruz at the Closing Ceremony of the Third PCC Congress" (7 de febrero de 1986), en Foreign Broadcast Information Service, *Daily Report, Latin America* VI:027 (10 de febrero de 1986), 10-22; Castro: *Informe Central*, 503; Nelson Valdés: "The Changing Face of Cuba's Communist Party", *Cuba Update* 7:1-2 (Primavera de 1986), 1, 4, 16.

¹⁵⁶ Sobre la escasez de viviendas, ver Mesa-Lago: *The Economy of Socialist Cuba*, 162-164.

¹⁵⁷ Estas cifras están tomadas de Cuba, CEE: *Censo 1981* 3:cxxi-cxlv.

sideraban como centros de actividades delictivas; según las autoridades policíacas, la geografía de la criminalidad permanecía vinculada a la raza y a la pobreza.¹⁵⁸ El 31 % de las áreas oficialmente clasificadas por la Policía Nacional Revolucionaria como “focos delictivos” en La Habana, en 1987, estaban localizados en los 3 municipios con las proporciones más altas de negros y mulatos de la ciudad: Habana Vieja, Centro Habana y Marianao (que solo comprendían, sin embargo, el 20 % de la población total de la ciudad). Estos “focos” incluían algunos barrios marginales, como “El Palo”, “Isla de Simba”, “Las Yaguas” e “Isla del Polvo” en Marianao, o solares como “Mercaderes 111” en la Habana Vieja y “Romeo y Julieta” en Centro Habana.

En muchos casos, eran comunidades que se reconstruyeron en los primeros años de la Revolución para reemplazar los barrios indigentes anteriores. Sin embargo, un estudio encargado por el fiscal general de la República en 1987, reveló que, en más del 70 % de los casos, la designación de un área como “foco” no reflejaba índices de criminalidad más altos que el promedio de la ciudad.¹⁵⁹ Eran las percepciones policíacas las que convertían estas áreas de bajos ingresos con alta densidad de población negra en focos delictivos. Los índices de criminalidad eran, de hecho, superiores en barrios considerados como menos peligrosos por las autoridades policíacas.¹⁶⁰

La persistencia de la desigualdad racial en el sistema penal y la asociación entre la raza y la criminalidad eran obvios de otras formas. Según un informe del Ministerio del Interior, el número promedio anual de actos delictivos entre los períodos de 1976-1980 y 1981-1985 aumentó nacionalmente en un 11 %. El crecimiento en algunas de las provincias con mayor población de negros y mulatos era significativamente superior: 57 % en Granma, 29 % en Santiago de Cuba y 50 % en Guantánamo. En el mismo período, el promedio anual nacional de asesinatos aumentó en un 46 %, de 216 en el período quinquenal

¹⁵⁸ Desde principio de la década del 60, estas áreas fueron consideradas como fuentes de marginalidad y de comportamiento antisocial. Los jóvenes residentes en estas, muchos de los cuales eran negros, eran considerados grupo de riesgo y fueron seleccionados para participar en varios esfuerzos reeducativos. Para un ejemplo gráfico de esta política, ver el documental del ICAIC: *Una isla para Miguel*, realizado en 1968.

¹⁵⁹ Para una visión de estos barrios, ver el documental de José Luis Sánchez: *El Fanguito* (1990).

¹⁶⁰ Como coordinador de un equipo de investigación del fiscal general de Cuba, yo tuve la oportunidad de visitar estas áreas en 1987 y de hablar con los residentes. Nuestros resultados fueron incluidos en un informe (no publicado) titulado “Focos delictivos en La Habana”.

1976-1980 a 315, en 1981-1985. El incremento en las 3 provincias citadas antes aumentó en un 70 %.¹⁶¹

Informes anecdóticos también aseguran que los negros y mulatos estaban sobrerrepresentados en la población penal. Según una organización de prisioneros políticos en la prisión del Combinado del Este, a finales de la década de 1980, 8 de cada 10 prisioneros eran negros. Esto, concluyeron, destruía “el mito proclamado por la Revolución Cubana de que ha establecido la igualdad racial”. Una Comisión de la Organización de Naciones Unidas que visitó dos prisiones cubanas en 1988 informó que “un gran número de prisioneros eran negros”; realidad que fue reconocida por el vicepresidente del Consejo de Estado que acompañó a los visitantes. El funcionario explicó que el número de negros en prisión era desproporcionado respecto a su proporción de la población porque, a pesar de “los logros de la Revolución”, los negros aún estaban en su mayoría en los estratos más pobres de la sociedad. Esto, afirmó, “en forma alguna es expresión de una política de discriminación racial, sino un rezago del pasado”.¹⁶²

Que las diferencias raciales puedan ser explicadas como “rezagos” del pasado está por supuesto abierto a discusión. Lo que sí parece claro es que, al igual que en la Cuba prerrevolucionaria, los índices de delincuencia de los afrocubanos eran muy superiores al de los blancos en la década de 1980. Una cláusula contenida en el Código Penal, que puede ser especialmente gráfica acerca de las percepciones racializadas del crimen, es la peligrosidad social. La historia de esta figura criminal es en sí misma reveladora; apareció en el Código de Defensa Social cubano de 1936, bajo la influencia del código penal italiano de la época, con el objetivo de reprimir a individuos con “cierta predisposición enfermiza, congénita o adquirida” para cometer crímenes.

El Código Penal de 1979 cambió de algún modo la definición legal de peligrosidad, pero aún abogó por la represión (incluía el encarcelamiento) de individuos con “una proclividad especial” para cometer crímenes. En otras palabras, una persona cuya conducta era juzgada como “manifiestamente” contraria a las normas de “la moralidad socialista” podía ser privada de libertad, incluso sin cometer actos definidos por la ley como crímenes. Entre estas conductas predelictivas se incluían la

¹⁶¹ Cuba, MININT, Sección de Estadística, *Informe*.

¹⁶² Naciones Unidas, Consejo Económico y Social, Comisión de Derechos Humanos: *Consideration of the Report of the Mission which Took Place in Cuba in Accordance with Commission Decision 1988/106* (E/CN.4/1989/46), 29, 319.

ingestión habitual de bebidas alcohólicas, la vagancia, la drogadicción y otras conductas “antisociales”.¹⁶³

Una definición tan amplia de conducta antisocial creaba un espacio considerable para que nociones racistas de conductas apropiadas se implementaran con más libertad que bajo las cláusulas específicas del Código Penal. Los datos para evaluar el impacto racialmente diferenciado de la “peligrosidad social” son escasos, pero los resultados de un estudio encargado por el fiscal general de Cuba en 1987 son reveladores.

De un total de 643 casos de peligrosidad sometidos a los tribunales en la Ciudad de La Habana, entre mayo y diciembre de 1986, 345 eran acusados negros y 120 mulatos. Los no blancos representaron un asombroso 78 % de todos los individuos considerados como socialmente peligrosos. Esta proporción más que duplicaba su porcentaje en la población total. Mientras existían 5 430 adultos blancos en la ciudad por cada acusado blanco de peligrosidad social, la proporción entre los negros (se excluyen los mulatos) era de 1 en 713. Los negros (se excluyen de nuevo los mulatos) fueron declarados como socialmente peligrosos, 7.6 veces más que los blancos y 3.4 veces más que los mulatos. La peligrosidad social era esencialmente utilizada para caracterizar la conducta de los negros, en particular de los jóvenes. El 84 % de los individuos socialmente peligrosos oscilaba entre las edades de 16 a 30 años.¹⁶⁴

A pesar de sus insuficiencias, la información analizada aquí proporciona una visión del papel de la raza en la sociedad cubana de los años 80, que es compleja y contradictoria. Los cambios estructurales llevados a cabo por el gobierno revolucionario beneficiaron a grandes sectores de la población negra, pero estos logros se concentraron en áreas en las que la Revolución tuvo gran éxito, como la educación, los servicios médicos y el empleo. El progreso también era evidente en la representación en los cargos de dirección. Es más, el reconocimiento en 1986 de que al menos “la herencia” del racismo no había sido totalmente eliminada con el socialismo cubano, indicaba que el Estado permanecía comprometido con el ideal de una sociedad libre de racismo e indicaba la posibilidad de avanzar en esto en el futuro.

En cambio, el fracaso del gobierno en satisfacer la demanda de viviendas permitió la supervivencia y reproducción de patrones

¹⁶³ Evenson: *Revolution in the Balance*, 156-158.

¹⁶⁴ Alejandro de la Fuente y Alejandro Vázquez: “La peligrosidad en Ciudad de La Habana (1986)”, informe no publicado, Oficina del Fiscal General, 1987.

tradicionales que vinculaban la raza con la pobreza y la marginalidad. Esto también limitó el impacto del programa educacional de la Revolución, no obstante las altas tasas de escolaridad.¹⁶⁵ Las proporciones de jóvenes negros en estas áreas más pobres eran significativamente mayores que entre los blancos.

Más importante, quizás, es que las percepciones sociales sobre la marginalidad y el crimen continuaban siendo definidas racialmente; indicación clara que el ideal de una sociedad sin distinciones raciales no fue alcanzado en los años 80. El programa de cambios graduales de la Revolución en la cuestión racial tuvo éxito en eliminar la desigualdad, pero principalmente en aquellas áreas en las que, a través de gastos generosos, el gobierno creó oportunidades inusuales para la movilidad.

En resumen, el logro de la igualdad racial estaba ligado a la gestión gubernamental. Pero esa capacidad de gestión declinó en los años 90; después del colapso de la Unión Soviética, Cuba entró en lo que el gobierno denominó como “período especial”.

¹⁶⁵ Esta realidad fue reconocida por el Ministerio del Interior en 1987. Ver: “Palabras del Diputado a la Asamblea Nacional y ministro del Interior José Abrantes”, en Cuba, MININT, *Una política consecuente*, 11-27.

8. El período especial

“La gente no cambia por dentro, tiene que venir la ventolera [...] Así y todo quedan grandes pedazos con raíces profundas que luchan por brotar”.

Manuel Granados: Adire y el tiempo roto, 1967.

“Las empresas de turismo parecen empresas de África del Sur en los tiempos de Pieter Botha; tú vas allí y todos son blancos, y yo me digo: ¿dónde estoy, en Holanda?”

Gustavo: cantante, negro, 1994.

La economía cubana se estancó a finales de los años 80, durante el llamado “período de rectificación” iniciado por el Tercer Congreso del Partido Comunista en 1986. Este programa desmanteló el pragmatismo, basado en una aplicación limitada de la economía de mercado, que caracterizó el período 1971-1985, promovió la centralización en la toma de decisiones y revitalizó las movilizaciones de masa y el trabajo voluntario como formas de organización del trabajo. Esta era la situación cuando, después del colapso de la Unión Soviética, la economía cubana entró en una severa depresión. Entre 1989 y 1993, el producto interno bruto disminuyó como en un 40 %. Si en 1986 Fidel Castro y el Partido Comunista coincidían en que era necesario promover más igualdad racial en áreas en las que el cambio había sido demasiado lento, a principios de la década del 90 era evidente que estos avances tendrían que hacerse con recursos sumamente escasos.¹

El problema, sin embargo, no era que no hubiera recursos para eliminar la desigualdad en áreas en las que los avances habían sido modestos; estos escaseaban incluso para mantener los anteriores niveles de bienestar social. Es más, después de 1993, el gobierno se vio obligado a tomar medidas con el objetivo de fomentar la productividad y estimular la estancada economía: legalizó el dólar norteamericano,

¹ Sobre la situación económica durante los períodos de “rectificación” y “especial”, ver Mesa-Lago: *Breve historia económica*, 127-174.

permitió diferentes formas de empleo por cuenta propia, promovió la inversión extranjera y la “liberalización” de los mercados agrícolas. El programa produjo una modesta recuperación después de 1995, pero las autoridades cubanas reconocieron que el éxito tuvo cierto costo social.

Las nuevas políticas económicas provocaron una creciente desigualdad y resentimiento en una población acostumbrada a vivir en un escenario social altamente igualitario. Como comentó un vicepresidente del Consejo de Estado cubano en 1993: “Esto creará diferencias entre las personas, mayores que las que tenemos ahora y mayores que las que estamos acostumbrados a tener desde la Revolución [...] la desigualdad o privilegios que puedan crearse son realidades que nosotros debemos permitir”. El mismo funcionario admitió, en 1995, que algunas de las medidas adoptadas no coincidían “con las aspiraciones de igualdad” que rigieron en el país desde el triunfo revolucionario de 1959.²

Aunque los privilegios y las desigualdades tenían que ser toleradas, es probable que las autoridades esperaban que la crisis no tuviera un impacto racial específico. Los niveles relativamente altos de igualdad y la integración racial efectiva que la sociedad había logrado en los años 80, debían garantizar un impacto neutro en el aspecto racial de las fuerzas del mercado; los individuos serían afectados según su posición social y su empleo, sin tener en cuenta la raza. Sin embargo, las evidencias disponibles indican que en el llamado período especial, la desigualdad racial y las tensiones sociales racialmente definidas aumentaron.

RECREANDO LAS DESIGUALDADES

Los cambios económicos afectaron amplios sectores de la población, sin tener en cuenta la raza, la educación y otras relevantes variables sociales. Como reconocen los propios cubanos en la Isla, los orígenes y la naturaleza de la crisis no están definidos racialmente: “El problema no es la raza”, afirmó en 1993 un científico negro al referirse a la crisis. Una doctora negra coincidió: “Aquí no hay diferencias entre negros y blancos. Todos estamos viviendo en el período especial”.³ Una encuesta a 200 personas realizada en La Habana y en Santiago

² El primer discurso está citado en Douglas Farah: “Cuba Opts to Legalize The Dollar”, *Washington Post* (25 de julio de 1993); el segundo, “Con los que aman y fundan”, *Correo de Cuba* (1995), 46. En relación a las reformas económicas, ver Mesa-Lago: *Are Economic Reforms Propelling Cuba to the Market?*

³ Mimi Whitefield: “Blacks Support for Castro Erodes”, *Miami Herald* (9 de agosto de 1993).

de Cuba en 1994 indica una percepción similar. Aunque un porcentaje más alto de negros (22 %) que de blancos (7 %) consideró que la crisis tenía efectos racialmente diferenciados; el punto de vista generalizado era que esta afectaba a negros y blancos por igual.⁴

Sin embargo, algunas de las reformas introducidas por el gobierno afectaron de forma desigual a grupos sociales diferentes y tuvieron efectos raciales diferenciados. El ejemplo más obvio es el de la legalización del dólar, que ha tendido a dividir a la sociedad entre quienes tienen acceso a los dólares y los que no lo tienen. En su mayoría, los cubanos reciben dólares de dos fuentes principales: las remesas familiares y sus vínculos con los sectores dolarizados de la economía cubana, representados principalmente por el turismo y por empresas mixtas y compañías extranjeras que han abierto negocios en la Isla. Los obreros en algunos sectores productivos también han recibido pagos en dólares en los últimos años, pero estas cantidades son pequeñas comparadas con lo que puede obtenerse en el turismo o con las remesas familiares (por ejemplo, los trabajadores en el sector de la investigación biomédica reciben 70 CUC una o dos veces al año). Algunos artistas, artesanos, escritores e intelectuales también obtienen divisas por su trabajo.

Es probable que las remesas familiares sean la fuente más importante de moneda dura para los cubanos comunes. Funcionarios económicos en la Isla estiman que las remesas anuales sumaron, aproximadamente, 800 millones de dólares en 1997. Por la composición racial de la diáspora cubana, es razonable asumir que el acceso de los negros a estos fondos es bastante limitado. Según el censo de los Estados Unidos de 1990, el 83.5 % de los inmigrantes cubanos que viven en el país se identifican como blancos.⁵ Asumiendo que las remesas de dólares son distribuidas de manera proporcional entre los exiliados blancos y los negros o mulatos, y que estas permanecen en el mismo grupo racial de los emisores, aproximadamente 680 de los 800 millones de dólares que entran en la Isla todos los años van a manos de blancos. Lo que esto significa es que las remesas ascienden, aproximadamente, a \$85.00 per cápita por año entre estos. La cantidad entre los afrocubanos sería menos de la mitad.

Por su limitada participación en las remesas, las oportunidades de los afrocubanos de participar en la economía del dólar se reducen

⁴ Para un análisis de los métodos, alcance y resultados de esta encuesta, ver De la Fuente y Glasco: "Are Blacks Getting 'Out of Control'?", 53-71.

⁵ Con relación a la composición racial de la comunidad cubana en los Estados Unidos, ver Pedaraza: "Cuba's Refugees", 273-275.

básicamente al competitivo sector turístico; la conveniencia y atractivo de estos trabajos son tales que una cantidad grande de profesionales ha abandonado sus ocupaciones para buscar empleo en este sector, el más dinámico y lucrativo de la economía. Por consiguiente, en los años 90 la competencia por estos trabajos se incrementó de forma notable.

El turismo es un sector al cual los negros debían haber tenido un acceso privilegiado, pues en los años 80 representaban una proporción considerable de la fuerza de trabajo empleada en hoteles, restaurantes y servicios similares. El 38 % de los empleados en el sector de “servicios” eran, según el censo de 1981, negros o mulatos, un porcentaje ligeramente superior a su porcentaje en la población.⁶ Sin embargo, existe consenso en que los afrocubanos están en la actualidad poco representados en el sector turístico y enfrentan obstáculos importantes, tanto en encontrar trabajos como en conseguir ascensos. El 40 % de los entrevistados en la encuesta, realizada en 1994 en La Habana y Santiago de Cuba, estuvieron de acuerdo en que los negros no tienen las mismas oportunidades que los blancos de conseguir empleo en este sector.⁷ El testimonio de la gerente de una corporación de turismo —mujer blanca, de 45 años— recopilado por los historiadores Rafael Duharte y Elsa Santos en un estudio sobre el prejuicio en Santiago en 1994, es elocuente: “Sí, es cierto, en la esfera del turismo hay muchos prejuicios raciales. Desde hace un año, aproximadamente, yo trabajo allí y sé que hay mucho racismo. En mi corporación, por ejemplo, de un total de 500 obreros apenas hay 5 negros [...] No existe una política expresa que plantee que hay que ser blanco para trabajar en turismo, pero sí está establecido que hay que tener un porte y un aspecto agradable, y los negros no lo tienen [...] En la tienda de modas más elegante de la ciudad, La Maisson, todos los trabajadores son blancos, y de las 14 modelos que participan en el desfile de modas una sola es mulata. En turismo son tan raras las mujeres negras, que cuando aparece alguna, la gente siempre comenta que debe estarse acostando con un jefe importante. Los pocos negros que hay realizan siempre labores duras, como camioneros o en los grandes almacenes cargando mercancías; pero nunca teniendo que ver directamente con los turistas, ni siquiera hay negros en labores de limpieza. Todo el personal que trabaja para el turismo es blanco. Conozco una negra fea que me contó su experiencia cuando quiso entrar a trabajar en turismo. Ella es licenciada en Eco-

⁶ Cuba, CEE: *Censo... La población de Cuba*, 119.

⁷ De la Fuente y Glasco: “Are Blacks Getting ‘Out of Control?’”, 62-64. Esta percepción es compartida por algunos de los informantes de Serrano: “Mujer, instrucción, ocupación y color de la piel”, 119-131.

nomía, y especialista en Computación; habla inglés, francés y alemán. Se presentó a la entrevista muy bien vestida, aunque ella misma me confesó que todo era prestado. Pues, bien, fue algo muy desagradable, porque en definitiva no la aceptaron, pero tampoco le dieron un motivo específico [...] la persona que la entrevistó no sabía cómo conducir la situación, porque no podía decirle ‘no te aceptamos por negra’ [...] Yo pienso que debía haberse tenido en cuenta sus conocimientos; en definitiva, en turismo trabajan algunas blancas que también son feas, aunque sean blancas. Hace unos días, un representante de una corporación de turismo dijo en público que él no quiere negros en su corporación, porque ‘el negro nunca termina lo que empieza’.”⁸

Aunque conseguir un trabajo en un sector tan competitivo es ciertamente difícil para todos, algunos factores estéticos y culturales se esgrimen con frecuencia para justificar la exclusión de los negros, sobre la base de que carecen de ciertos atributos físicos y educacionales necesarios para interactuar con los turistas. Estos factores se condensan, por lo general, en el concepto de “buena presencia”, expresión racial basada en la creencia de que la negritud es sinónimo de fealdad y de que estos negros —cualquiera que sea su instrucción— carecen de modales apropiados, de “nivel cultural” y de educación en sus relaciones sociales.

Una bibliotecaria negra de Santiago contó la historia de una amiga que había sido discriminada mientras trabajaba en una tienda turística: “Yo tengo una amiga que terminó, con calificaciones muy altas, un curso para trabajar como cajera en una tienda turística. Ella es la más prieta de su grupo, tiene buena presencia, es una persona joven, educada y [...] le negaron la plaza de cajera. Todas las cajeras son rubias. Después de tener un trabajo asignado para ella en La Habana, fue transferida tres veces a puestos diferentes, así que ella está muy disgustada y dice que [...] si denuncia lo que pasa la botan”.⁹ “Yo sí creo —coincidió un guía turístico blanco de Santiago— que hay un criterio estético en la selección del personal del turismo que favorece a los blancos. En mi empresa, de 60 trabajadores, hay 3 negros”.¹⁰

Sin embargo, no se trata solo de que los negros enfrentan obstáculos para acceder a estos puestos. Por su representación en el sector durante los años 80, se infiere que al menos algunos de estos trabajadores fueron desplazados de sus puestos y colocados en ocu-

⁸ Duharte y Santos: *El fantasma de la esclavitud*, 126-127.

⁹ De la Fuente and Glasco: “Are Blacks Getting ‘Out of Control?’”, 65.

¹⁰ Duharte y Santos: *El fantasma de la esclavitud*, 126.

paciones menos deseables. Han existido persistentes rumores de que los gerentes de hoteles le dan preferencia a los trabajadores blancos, y que los programas de “racionalización” (un término usado para denotar la reducción de la fuerza laboral) han sido aplicados a los negros de forma preferencial. A inicios de 1994, por ejemplo, la administración del hotel Habana Libre despidió a docenas de trabajadores para mejorar la eficiencia y la calidad del servicio. Se rumoró que una gran proporción de los despedidos eran negros.¹¹ Es decir, ellos tienen que hacer frente no solo a los prejuicios raciales de los gerentes cubanos, sino también a los importados por los inversionistas extranjeros y su personal directivo.

Los afrocubanos se encuentran en una posición frágil para combatir tales prejuicios, pues estos inversionistas son un elemento clave en las estrategias de desarrollo del gobierno, interesado en brindarles un ambiente lo más amistoso posible, que incluye el control estricto de los sindicatos y su capacidad de negociación. Aunque se supone que el acceso de los inversionistas a los trabajadores tenga lugar a través de un organismo oficial, ellos tienen, en palabras de Climent Guitart: “Completa autonomía para seleccionar, contratar y cuando es necesario, despedir a los empleados del hotel”. De hecho, una proporción significativa de quienes entran en estos trabajos es contratada directamente por los gerentes y los inversionistas extranjeros, limitando más aún la capacidad del Estado para garantizar una política laboral sin distinciones raciales.¹²

Dos factores adicionales tienden a incrementar los efectos diferenciados de la crisis y a impulsar el crecimiento de la desigualdad racial en el período especial. Debido a la alta concentración relativa de afrocubanos en barrios de alta densidad poblacional y cuyos inmuebles están en un estado precario, la apertura de *paladares* (restaurantes familiares) no es una opción económica viable para muchas familias negras. El otro sector lucrativo en el que ellos están poco representados es el sector agrícola privado. Desde las primeras décadas del siglo, el campesinado negro fue desplazado de la posesión de tierras, por lo tanto, los índices de urbanización de estos han sido más altos que los de los blancos. Según una encuesta de agricultura

¹¹ Un funcionario cubano, que solicitó mantenerse en el anonimato, confirmó este rumor en una conversación personal en 1996. Uno de los informantes de Duharte y Santos, *El fantasma de la esclavitud*, 124, aseveró que había sido un “gran escándalo” y que el gerente del hotel tuvo que disculparse en televisión. Sobre los conflictos laborales en el hotel Habana Libre, ver Clissold: “Balancing Economic Efficiency”. En un documento diferente: “Cuba’s Employment Conundrum”, Clissold también reporta el rumor de que los blancos son preferidos a los negros en los hoteles.

¹² “Climent Guitart: A Hotelier Moves Into Cuba”, *Cubanews* 2:1 (enero de 1994):11; Gunn: “Cuba’s Employment Conundrum”.

familiar, realizada por un equipo de investigación de la Universidad de La Habana en 1992, en una muestra de comunidades rurales en toda Isla, los blancos representaban el 98 % de los agricultores privados y el 95 % de los miembros de las cooperativas agrícolas.¹³

La mayoría de estos efectos racialmente diferenciados no son intencionales y escapan al control gubernamental, sus políticas para hacer frente a la crisis han provocado la polarización social —incluyendo una creciente desigualdad de ingresos— pero estas son raciales solo en sus consecuencias, no en su diseño.¹⁴ La dolarización de la economía, por ejemplo, ha multiplicado los diferenciales de ingresos según la raza, pero el gobierno no tiene control sobre la distribución de las remesas de dólares que la comunidad cubanoamericana, abrumadoramente blanca, envía a sus parientes todos los años. Sin embargo, esto no explica la baja representación de los negros en el sector turístico o en las corporaciones extranjeras.

Como se expresó antes, por los años 80, los negros obtuvieron niveles de educación comparable a los de los blancos y compartieron con ellos los beneficios de participar en los empleos profesionales. Si acaso, la ligera sobrerrepresentación de los afrocubanos en el sector de servicios, debía haberles dado una ventaja competitiva en la economía turística. Fue probablemente debido a estas “ventajas” estructurales que fue necesario inventar una noción racializada de idoneidad para definir el acceso al sector más deseable de la economía. En otras palabras, la poca representación de los negros en el turismo no puede explicarse en función de condiciones estructurales. Por el contrario, dicha falta de representación se explica por la aceptación de una ideología racial que presenta al negro como perezoso, ineficaz, sucio, feo y con tendencia a las actividades delictivas. En tiempos de gran escasez y de aguda competencia por los recursos, esta ideología racista se ha utilizado para justificar la exclusión de un importante sector de la población de los beneficios del sector más atractivo de la economía de Cuba.

DEL PREJUICIO A LA DISCRIMINACIÓN

A pesar de su posición antidiscriminatoria y de sus políticas sociales igualitarias, el gobierno revolucionario fracasó en la creación de una sociedad sin distinciones raciales, como había vislumbrado a

¹³ Doy gracias a Carmen Diana Deere por compartir esta información conmigo.

¹⁴ Un economista cubano estimó que el diferencial de los ingresos era de 4 a 1 en 1989 y de 25 a 1 en 1995; citado por Gunn: “Cuba’s Employment Conundrum”.

principios de los años 60. El silencio oficial sobre la raza contribuyó a la supervivencia, reproducción, e incluso creación de ideologías racistas y estereotipos en una sociedad que, particularmente en los años 60, aún estaba lejos de ser igualitaria. Lo que desapareció del discurso público encontró un terreno fértil en los espacios privados, donde la raza continuó influyendo en las relaciones sociales entre amigos, vecinos, compañeros de trabajo y miembros de la familia. Una multitud de chistes racistas, supuestamente inofensivos, reprodujeron imágenes tradicionales de este como delincuente, sucio, perezoso y genéticamente inferior. Las ideologías raciales tradicionales se reprodujeron en el seno familiar y se transmitieron en hogares multigeneracionales. Las investigaciones de la antropóloga Nadine Fernández sobre las dificultades enfrentadas por las parejas interraciales en Cuba demuestra cómo los estereotipos raciales tradicionales han limitado las opciones de las jóvenes parejas.¹⁵

No obstante, la intensidad con que estas ideologías y prejuicios raciales penetraron en la sociedad cubana y la conciencia popular es en cierto modo sorprendente. El 75 % de los encuestados, en un estudio realizado en La Habana y Santiago de Cuba en 1994, estuvo de acuerdo en que este prejuicio es común en la Isla. Un estudio realizado por el Centro de Antropología en 3 barrios habaneros, en 1995, encontró que el 58 % de los blancos consideró que los negros son menos inteligentes, el 69 % afirmó que no tienen los mismos “valores” y “decencia” que los blancos, y el 68 % se opuso a los matrimonios interraciales.¹⁶

Para poner estas cifras en cierta perspectiva, en los Estados Unidos la proporción de blancos que declaró oponerse a los matrimonios interraciales era de hecho más baja a principios de los años 80 (40 %). También, la proporción de blancos que declaró no tener preferencia alguna acerca de la composición racial de su barrio era más baja en La Habana (38 %) que en los Estados Unidos (42 %).¹⁷ Datos similares compilados por Daniela Hernández, en Santa Clara, proporcionan un cuadro menos crítico (por ejemplo, el 96 % de los individuos blancos declaró que los negros y blancos son igualmente inteligentes; el 65 % se opone a los matrimonios interraciales); pero estos resultados corroboran lo que muchos sospechaban: que el prejuicio racial nunca desapareció en la Cuba posrevolucionaria.¹⁸

¹⁵ Fernández: “The Color of Love”, 99-117; Fernández: “Race, Romance, and Revolution”.

¹⁶ De la Fuente y Glasco: “Are Blacks Getting ‘Out of Control’?”, 62-64; Alvarado: “Estereotipos y prejuicios raciales”, 89-115.

¹⁷ Los datos de los Estados Unidos están tomados de Schuman, Steeh y Bobo: *Racial Attitudes in America*.

¹⁸ Hernández: “Raza y prejuicio racial en Santa Clara”, 75-86.

Esta ideología se presenta con frecuencia como un “rezago” o “remanente” del pasado, que se supone desaparecerá a su debido tiempo y cuyo impacto supuestamente se circunscribe a los individuos y su familia más inmediata. Estas representaciones son comunes en el discurso oficial, en trabajos periodísticos y en el imaginario popular. Por ejemplo, en 1986, el programa del PCC reconoció que “el proceso de eliminación” de “los prejuicios raciales” no fue tan “acelerado” como se vislumbró al inicio y planteó que tales creencias afectaban “la psique” de “un cierto número de personas”.

Un artículo publicado en la revista popular *Somos Jóvenes*, en 1990, se preguntaba si los cubanos estaban “completamente libres” de “la herencia ideológica” del racismo. Otro artículo periodístico afirmó, en 1991, que era un error asumir que “los vestigios” de siglos de racismo y discriminación desaparecieron totalmente con la Revolución. Después de afirmar que todos los cubanos tenían iguales oportunidades, el autor admitió que “algunas veces” tales oportunidades chocaban con “un ambiente familiar inadecuado y otros factores subjetivos”.¹⁹ En la medida en que han investigado este problema, la mayoría de los estudiosos cubanos comparten estos criterios.²⁰

La caracterización de las ideologías racistas como una “herencia” que afecta solo a los individuos tiene varios propósitos; esta interpretación, obviamente, exonera al gobierno revolucionario y a la sociedad cubana contemporánea de cualquier responsabilidad en la creación de estereotipos y prejuicios raciales. Según el discurso dominante, estas ideas se crearon en el pasado, a veces tan remoto como durante los tiempos de la esclavitud; si ellas *todavía* afectan algunas relaciones sociales (matrimonios interraciales, por ejemplo), es porque no ha transcurrido bastante tiempo. La consecuencia lógica de dicho análisis, por supuesto, es que desaparecerán en el futuro, aun en ausencia de una acción social y política sistemática. Además, aunque se reconoce que alguna acción podría ser necesaria, la urgencia de este problema se diluye de algún modo por su misma naturaleza: las ideologías racistas tienen una incidencia social limitada, porque solo afectan las relaciones privadas y familiares sobre las

¹⁹ Alina Martínez Triay: “En el centenario de la abolición de la esclavitud”, *El Militante Comunista* (octubre de 1986), 14-23; Mayra Beatriz: “Amor: en blanco y negro”, *Somos Jóvenes* (febrero de 1990), 2-9; Esther Mosak: “Al tiempo hay que ayudarlo”, *Cuba Internacional* 258 (junio de 1991), 34-36.

²⁰ Alvarado: “Relaciones raciales en Cuba”, 37-43; Guancho: “Etnicidad y racialidad”, 51-57; Caño: “Relaciones raciales”, 58-65. Ver también los testimonios de académicos cubanos en Pedro Juan Gutiérrez: “Razas: diferentes pero iguales”, *Bohemia* 89:2 (1997), 8-13.

cuales el gobierno tiene poco control. Como en Brasil, los cubanos blancos culpan a cualquier cosa (la historia, la esclavitud) o a cualquiera (influencia extranjera) salvo a ellos mismos por el racismo y la discriminación.²¹

De hecho, las ideas tradicionales acerca de la raza han encontrado condiciones propicias con la Revolución para reproducirse y, quizás, incluso expandirse. Por ejemplo, la creencia de que los afrocubanos continúan siendo primitivos, perezosos y salvajes, sin tener en cuenta el avance educacional, es explicada frecuentemente en términos de su bajo “nivel cultural”; la misma noción utilizada por el gobierno revolucionario en los años 60 y 70 para ridiculizar las religiones afrocubanas y otras formas de cultura popular. La identificación de la negritud social con la marginalidad, el crimen y la peligrosidad social ha contribuido a nutrir la idea —muy extendida en la población cubana— de que ellos están naturalmente predispuestos a cometer crímenes.

El mismo éxito de la Revolución en crear oportunidades iguales en la educación, el empleo y en otras áreas sociales, es ahora usado para demostrar su inferioridad. Un médico blanco, de 40 años de edad, entrevistado por Duharte y Santos lo explica de forma insuperable: “Yo tengo una teoría que tal vez pueda ser considerada fascista, pero para mí los negros son inferiores a los blancos en cuanto a coeficiente de inteligencia y uno de los argumentos en los que me apoyo, para sustentar esta teoría, es en el hecho de que en Cuba, donde hace ya 35 años los negros gozan de las mismas oportunidades que los blancos para estudiar y superarse, no se han visto resultados que evidencien que estos puedan igualarse a los blancos [...] ¿Cómo no pensar también que esa herencia genética repercute a nivel neurológico y los hace distintos, es decir, inferiores?” Otro profesional masculino blanco, de 50 años de edad, coincide con esta apreciación: “A los negros les quitamos los grilletos, y los soltamos en el potrero. Ahora, 35 años después, están peores, más mal educados; en vez de aprovechar para superarse, siguen siendo marginales y delincuentes”.²²

Se ignoran los adelantos realizados por los afrocubanos en casi todos los frentes, y evitando un acercamiento crítico a la cuestión racial, los medios de comunicación patrocinados por el Estado contribuyeron también a la persistencia de algunas de estas imágenes racistas. Para comenzar, los actores negros están perceptiblemente ausentes de la televisión y son con frecuencia relegados a papeles estereotipados: “Cuando yo trabajaba en la televisión —afirma una escritora negra—

²¹ Andrews: *Blacks and Whites*, 168.

²² Duharte y Santos: *El fantasma de la esclavitud*, 118-119, 99.

una vez le dije al director nacional que los negros en la TV estábamos liquidados porque la TV no reflejaba la realidad de los negros. Si los programas eran de épocas [referidos al pasado], los negros aparecían como domésticos o santeros, y no era así: había una clase de profesionales negros [...] Tampoco hoy se reflejan los profesionales negros en la TV, los creados por la Revolución. Siempre al negro lo ponen como marginal [...] Yo escribía un libreto con un personaje negro y me lo cambiaban y ponían un blanco”.

Su experiencia no es de ninguna manera única. Cuando la dramaturga y escritora de televisión Maité Vera intentó poner negros en papeles principales en algunos de sus programas, ella fue criticada por promover “el racismo inverso. Durante muchos años —explicó ella en una entrevista con *Cuba Update* en 1991—, nuestros creadores [...] han actuado como si ellos fueran ciegos a [...] esta población multicolor que no estaba tan mezclada antes”.²³

Lo mismo ocurre con las películas. Los actores afrocubanos han asumido papeles principales en películas que tratan sobre la esclavitud, como *El otro Francisco* (1974) y *Rancheador* (1977) de Sergio Giral, o en *La última cena* (1976), la aclamada película de Tomás Gutiérrez Alea, quien usó un elenco totalmente negro en una película anterior —*Cumbite* (1964)— pero la historia tiene lugar en Haití, no en Cuba. Los negros y mulatos figuran de forma prominente en *De cierta manera* (1974), de Sara Gómez, pero la película trata sobre cuestiones de marginalidad, ñañiguismo y falta de disciplina social. Por el contrario, los temas de la discriminación y el prejuicio raciales solo se han tratado de forma ocasional, como en los conflictos que rodean a la joven pareja interracial que encabeza el elenco en *Plaff!* (1988), de Juan Carlos Tabío.

Así como los prejuicios y estereotipos raciales son conceptualizados como una herencia histórica, la ausencia de afrocubanos en los medios de comunicación se ha explicado en términos que evaden la responsabilidad directa por la persistencia de prácticas racistas. Los argumentos van desde la afirmación de que estas son reacciones “inconscientes” hasta cuestiones técnicas, o problemas de estética. En el primer caso, se dice que los directores y productores no incluyen negros porque tienden a interpretar la realidad a través de sus propios ojos, aunque esto ignora el hecho de por qué hay tan pocos directores

²³ Duharte y Santos: *El fantasma de la esclavitud*, 132-133; Esther Mosak: “White Mirrors: Film and Television Workers Talk About Racial Representation”, *Cuba Update* (noviembre de 1991), 28-30.

afrocubanos. Otros afirman que problemas técnicos como “la absorción de la luz” impide a las personas de piel oscura participar plenamente en las películas o en la televisión. Finalmente, algunos trabajadores blancos de la televisión explican que los guionistas no incluyen negros porque ellos subordinan sus preferencias a las del público, que no aceptarían negros en papeles fuera de los estereotípicos. Al comentar estas afirmaciones, una escritora negra de la televisión respondió: “No creo que haya problemas técnicos con la iluminación del negro, ni pocos actores negros, creo que hay prejuicios raciales en las mentes de los directores que son los que deciden”.²⁴

Estas estrategias de silencio y evasión encuentran en el humor popular un complemento ideal. Los visitantes a la Isla a menudo se muestran confundidos por el hecho de que, a pesar de que la mayoría de los cubanos niegan con gran firmeza que ellos sean racistas, cuentan con bastante libertad bromas racistas y aforismos despectivos. Supuestamente inofensivos, estos chistes siempre reproducen la imagen de que los negros son apestosos, sucios, perezosos y criminales. Como es el caso con el gobierno y sus políticas en general —que son desde luego un tema tabú en el debate público—, estos chistes expresan sentimientos sociales y ambigüedades que no encuentran espacio en escenarios sociales más formales. El humor popular expresa de maneras socialmente aceptables lo que de otra forma está prohibido o es tabú.²⁵

La ideología del racismo no se creó en el período especial, pero adquirió visibilidad y creciente aceptabilidad social durante los años 90. De hecho, a pesar de su fracaso en la eliminación de este prejuicio, el impacto de la propaganda gubernamental, que desde los años 60 insistió en que todos los cubanos eran iguales y merecían igual acceso a todos los sectores de la vida nacional, no debe ser subestimado. Esta campaña creó un ideal de igualitarismo que fue compartido por inmensos sectores de la población. No obstante sus complejidades y contradicciones, el ambiente social posrevolucionario era decididamente antidiscriminatorio. El discurso público igualó el racismo con el pasado del capitalismo y la explotación, un rasgo de la élite antinacional, proamericana, y blanca que fue desplazada del poder. Ser racista era ser contrarrevolucionario; los revolucionarios verdaderos no debían ser racistas, al menos en público.

²⁴ Este análisis descansa en los testimonios de algunos trabajadores de la TV compilados por Duharte y Santos: *El fantasma de la esclavitud*, 132-135, y en Mosak: “White Mirrors”, 28-30.

²⁵ Para un análisis de los chistes raciales en la Isla, ver Fernández: “Race, Romance, and Revolution”, 152-159.

La asociación entre Revolución y fraternidad e igualdad racial es una espada de doble filo; la no aceptación del racismo se vincula de esta forma a la legitimidad, popularidad y apoyo de “la Revolución”, representada por el gobierno. Pero legitimidad, apoyo y popularidad es, junto a los recursos económicos, precisamente lo que más perdió el gobierno en los años 90. El desgaste y la profunda crisis de legitimidad del sistema político actual creó así nuevos espacios para que las ideas y prácticas racistas operen y florezcan.

Lo que solía ser social y político imposible, restringido en gran medida a los espacios privados, se convirtió en aceptable y público. Uno de los informantes citados, menciona como el gerente de una de las compañías de turismo declaró “en público” que él no contrataba afrocubanos. Estas ideas, para usar la gráfica expresión de uno de mis colaboradores en la Isla, ya no están confinadas a “las cabezas de las personas”. Como muestra el ejemplo del sector turístico, estas se expresan en prácticas concretas que son de naturaleza discriminatoria. El decreciente control estatal sobre la contratación y promoción del personal en el sector privado crea oportunidades adicionales para que las prácticas discriminatorias operen libremente. Es más, las empresas gubernamentales ellas mismas reproducen estas prácticas, al menos en los sectores más codiciados de la economía.

No es sorprendente que los afrocubanos resistan activamente el desplazamiento de las actividades económicas más lucrativas con su participación en la economía informal, que es con frecuencia ilegal. Estas actividades van desde la prostitución hasta el tráfico en el mercado negro; existe consenso que una proporción grande de las llamadas *jineteras* (prostitutas) son negras o mulatas. Tampoco esto es sorprendente. La participación negra en la prostitución no solo se explica por su posición desventajosa, sino por las propias concepciones raciales de sexualidad y de placer de los turistas. Para muchos turistas, la sexualidad negra es tan atractiva precisamente por la supuesta inferioridad racial de las mujeres negras y el “primitivismo” de sus instintos sexuales, que las hacen objetos sexuales perfectos.

Sin embargo, estas mismas imágenes, que asocian la negritud con una sexualidad comercial incontrolable, sirven para identificar como “negras” a mujeres que en situaciones sociales diferentes no serían consideradas afrocubanas. Como señala la antropóloga Nadine Fernández, la descripción de ciertas actividades como “turismo sexual” es mediada por nociones de raza, clase y sexo. De hecho, un estudio de 1996 de la sección cubana de FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) afirmó que la mayoría de las *jineteras* son “meztizas”, las cuales podrían ser consideradas blancas en otros escenarios

sociales. La prostitución se ha vuelto un elemento en la definición de la negritud social.²⁶

En cualquier caso, las agencias turísticas cubanas se benefician de estas imágenes de sexualidad tropical incontrolada; frecuentemente promocionan a la Isla como un paraíso de indulgencia sexual y promiscuidad: “Cuba: fuego y pasión de sabor caribeño”, expresa un anuncio del hotel Sol Palmeras en Varadero. “Esta Isla merece amor”, proclama Cubatur. Como argumenta Julia O’Connell Davidson, socióloga en la universidad de Leicester que ha realizado investigaciones de campo en el tema del turismo sexual en la Isla: para los turistas blancos racialmente conscientes, Cuba es el paraíso “en el sentido de que allí su racismo, en vez de ser desafiado, es implícita y explícitamente confirmado. Ellos encuentran un gran número de mujeres negras que realmente *están* sexualmente disponibles y, mejor aún para el racista blanco, la gente le dice que estas mujeres negras están sexualmente disponibles porque ellas son muy ‘calientes’”. La propia existencia de estas jineteras negras y mulatas es usada para confirmar sus supuestas deficiencias morales, racializando aún más la crisis que afecta a la sociedad cubana.²⁷

Un visitante a la Isla explicó, en 1996, que cuando las mujeres de los sectores sociales más altos establecen relaciones con extranjeros, o cuando los artistas e intelectuales buscan mezclarse activamente con estos, con la esperanza de conseguir becas u ofertas de trabajo, estas actividades no se condenan socialmente. “Son las mujeres pobres de color las que son criticadas. Y el hecho de que las jineteras de color ahora se estén casando con los europeos en una proporción extraordinariamente alta, las hace objeto de envidia en un país donde muchas personas están buscando desesperadamente cualquier medio posible para emigrar”.²⁸

Otras estrategias de adaptación y resistencia son también racializadas. Por ejemplo, la migración de las personas de las provincias orientales a La Habana, con frecuencia se ha interpretado como un asalto negro a la ciudad. “Estos negros orientales están en todas partes”, exclamó un profesional blanco al referirse a los “palestinos”, como esos

²⁶ Fernández: “Back to the Future? Women and Tourism in Cuba”, Documento presentado en la reunión de la Asociación Americana de Antropología, Washington DC, noviembre 19-23 de 1997; Elena Díaz, Esperanza Fernández y Tania Caram: “Turismo y prostitución en Cuba”. Documento inédito, La Habana, FLACSO, 1996.

²⁷ Davidson: “Sex Tourism in Cuba”, 39-48; Davidson y Sánchez Taylor: *Child Prostitution and Sex Tourism*, 24-25.

²⁸ Coco Fusco: “Hustling for Dollars”, *Ms.* (septiembre-octubre de 1996), 62-70.

inmigrantes son denominados en La Habana.²⁹ De hecho, las migraciones internas reflejan el desarrollo desigual de la economía del dólar en las diferentes regiones del país; la distribución regional de las tiendas en divisas puede usarse como un indicador general de este fenómeno. Hasta 1993, estas tiendas se concentraban en áreas turísticas: el acceso a ellas era ilegal para los cubanos.

Con la legalización del dólar, se han creado también tiendas y servicios que operan en moneda fuerte en áreas no turísticas, de acuerdo a la disponibilidad de dólares en la población en general. A principios de 1996, el 40 % de estos comercios se localizaba en La Habana; en cambio, solo el 10 % estaba ubicado en las provincias orientales de Granma, Santiago de Cuba y Guantánamo.³⁰ Como es de esperar, la mayoría de los inmigrantes procedía de estas áreas; un flujo migratorio similar a la época prerrevolucionaria. Se estima que 50 000 personas se movieron a La Habana solo en 1996, y que en el primer semestre de 1997, 92 000 intentaron legalizar su estatus en la ciudad.

El gobierno reaccionó y prohibió la migración a La Habana en la primavera de 1997, imponiendo multas tanto a los inmigrantes como a los propietarios de viviendas que los hospedaban; les exigía que regresaran de inmediato a sus lugares de origen. Un oficial del Departamento de los Estados Unidos del Ministerio de Relaciones Exteriores cubano explicó: “Nosotros teníamos personas viviendo en condiciones infrahumanas en La Habana, sin trabajo. Fuimos a ver a estas personas y les dijimos, por ejemplo: ‘Señor, usted es de Guantánamo. Usted ha dejado una casa y su trabajo en Guantánamo. Usted necesita continuar su vida en Guantánamo. Usted no puede vivir en condiciones infrahumanas aquí en una casa construida con deshechos’”. Si la ley ha generado deportaciones masivas queda abierto a la investigación futura. Los testimonios son contradictorios; los funcionarios cubanos afirman que “nadie” ha sido forzado a regresar, pero otras fuentes afirman que cientos, incluso miles de personas han sido expulsados de la capital y que la orden de deportación fue implementada violentamente.³¹

La presencia de estos inmigrantes negros en La Habana fue vinculada al incremento de la violencia y de la delincuencia, y este incremento —cuya existencia las autoridades reconocen— se explica

²⁹ Entrevista personal en La Habana. El informante es un hombre blanco, profesional, de 39 años de edad, agosto de 1998.

³⁰ Pablo Alfonso: “Torrente de dólares del exilio a Cuba”, *El Nuevo Herald* (9 de enero de 1996).

³¹ Genevieve Howe: “Cuba: Regulating Revolution”, *Z Magazine* (abril de 1998), 32-38.

en términos raciales: “Mira, todos tenemos problemas —declara un profesional blanco en referencia a los inmigrantes—, pero mientras yo intento resolverlos a través del trabajo o de otras maneras legales, lo que el negro hace es recurrir al robo”. Según una profesional blanca, esta visión era incluso compartida por las autoridades gubernamentales: “Estaban ocurriendo muchos robos y ellos fueron acusados. Fidel los ofendió diciendo algo como que ‘La Habana Vieja está llena de delincuentes orientales’”.³²

Así, la crisis de los años 90 creó crecientes tensiones sociales y raciales. Con criterios definidos como la “buena presencia” y el “nivel cultural”, a los afrocubanos les han negado oportunidades en algunos de los sectores más lucrativos de la economía, en particular el turismo. Como ocurre con frecuencia, la intensidad de los prejuicios raciales se relaciona directamente con cuán deseable es el trabajo.

Las estrategias de adaptación de estos, que con frecuencia suponen la participación en actividades ilegales como la prostitución, el mercado negro, o simplemente el robo, son a su vez utilizadas para demostrar su supuesta inferioridad congénita; esto se demuestra también —dicen los sostenedores de este argumento— por el hecho de que después de 4 décadas de socialismo, ellos son la mayoría de los llamados delincuentes y marginales. Por estas percepciones, no sorprende que los negros sean detenidos en la calle con frecuencia por la policía, como afirma un periodista.³³ Esa es la tragedia del racismo: es una profecía que se cumple: se le niegan oportunidades a un grupo social determinado por sus supuestas insuficiencias y vicios. La falta de oportunidades, a su vez, crea las mismas insuficiencias y vicios que se alegaron al inicio para justificar la exclusión.

¿EL “ARMA SECRETA DE FIDEL”?

El incremento del racismo y la discriminación racial en el período especial ha generado resentimiento y resistencia en la población negra, la cual se encuentra de repente en un ambiente hostil, sin los recursos políticos e institucionales necesarios para luchar en contra. En este contexto, eventos como los “disturbios” en el Malecón habanero el 5 de agosto de 1994 comienzan a tener sentido. Estas explosiones

³² Para el primer testimonio, ver la nota 29; el segundo es citado en Howe: “Cuba: Regulating Revolution”, 37.

³³ Esta afirmación, que se oye frecuentemente en Cuba, es realizada por el periodista independiente Manuel Vázquez Portal: “In Cuba: It’s a Crime to be Black”, *Miami Herald* (1 de diciembre de 1998).

espontáneas de rabia son típicas en grupos desorganizados que perciben su situación como desesperada; sintomáticamente, los participantes en esta protesta callejera apedrearon tiendas turísticas, mientras clamaban por “libertad” y cambios políticos.

Como he argumentado en otra ocasión, la sorpresa del gobierno cubano acerca de la composición racial de los participantes —según un informe oficial filtrado a la prensa, los negros y mulatos estaban en mayoría—, es más una consecuencia de sus propios prejuicios y expectativas que de cualquier realidad sociológica concreta. El gobierno esperaba que los jóvenes negros se comportaran como “beneficiarios” pasivos de los logros revolucionarios, y no como protagonistas activos de su propio futuro y bienestar.³⁴

Quizás debido a estas expectativas, la reacción del gobierno cubano a este proceso de polarización racial ha sido lenta e inadecuada; dada la falta de acción oficial es incluso cuestionable si existía en círculos oficiales conciencia del problema. El programa del Quinto Congreso del Partido Comunista contenía un elemento de esperanza: mientras afirmaba que la Revolución había eliminado las bases institucionales del racismo y trabajado por incorporar a todos los cubanos —sin tener en cuenta la raza— a la vida del país, llamaba a mantener “la justa política” de aumentar la representación negra en posiciones de dirección.³⁵

Aun en el caso de que fuera implementada, el impacto de esta política sería limitado: ocupar posiciones en la burocracia gubernamental no es, por lo general, tan deseable como en el pasado, pues no proporciona beneficios materiales comparables a los del sector dolarizado. Sin embargo, un aumento visible de los negros en las estructura de poder enviaría un mensaje a los gerentes e inversionistas en el sector privado (cubanos y extranjeros), destacando que el gobierno se opone a la exclusión racial, así como no serían toleradas las prácticas discriminatorias. Sin embargo, en vez de eso, el congreso del partido en 1997 eligió un Comité Central que tenía realmente menos negros y mulatos (13 %) que el elegido en 1991 (16 %) o 1986 (28 %).³⁶

³⁴ Para un análisis de los disturbios del Malecón, ver De la Fuente y Glasco: “Are Blacks Getting ‘Out of Control?’”, 53-54. Para una reacción de la prensa cubana, la cual designó a los participantes como “lumpen”, ver Marcos Alfonso: “Tranquilidad en la capital”, *Juventud Rebelde* (7 de agosto de 1994).

³⁵ Cuba, PCC: *Proyecto*, 6-8.

³⁶ Estas son cifras tentativas, a partir de la identificación fotográfica. Ver: “Comité Central del PCC”, *Granma* (11 de octubre de 1997); Cuba, PCC: *IV Congreso*, 364-390.

La proporción de negros y mulatos entre los candidatos a la Asamblea Nacional del Poder Popular en las elecciones de 1997 era más alto que en el PCC (aproximadamente 21 %), pero mucho más bajo que su proporción en la población total. Además, esta cifra no muestra una mejora significativa en la composición racial de los candidatos en las elecciones de 1993 (entonces fue de alrededor de un 19 %).³⁷ No fue hasta inicios de 1999, después que la cuestión racial se debatió en conferencias académicas y en el congreso de la Unión de Escritores y Artistas, y que una delegación del Trans-Africa Forum —organización afroamericana de los Estados Unidos— visitó la Isla y abordó el tema de la discriminación con las autoridades, que los líderes gubernamentales tomaron nota y empezaron a destacar de nuevo la necesidad de promover a los afrocubanos a posiciones de dirección.³⁸

Sin embargo, la creencia que los afrocubanos son una fuente de apoyo para el gobierno —“el arma secreta” de Fidel Castro, como dijo una mujer en la Isla en 1994— está muy difundida.³⁹ Se dice, por ejemplo, que ellos temen el retorno potencial de los exiliados cubanoamericanos blancos, pero la limitada evidencia disponible no apoya esta afirmación.⁴⁰ Aun si se acepta la idea de que la comunidad cubanoamericana es racista, esto no implica necesariamente que los negros y mulatos en la Isla acepten esta visión o que, por eso, estén políticamente paralizados. Las percepciones sobre la comunidad cubanoamericana son, de hecho, menos negativas de lo que el gobierno desearía. El propio gobierno contribuyó a este proceso al presentar a los exiliados como emigrantes económicos y al darle la bienvenida a sus dólares.

Una encuesta dirigida por CID-Gallup en Cuba, en 1994, arrojó que el 75 % de los encuestados se refirió a los cubanoamericanos en

³⁷ “Los candidatos del pueblo”, *Granma* (2-6 de febrero de 1993); “Los candidatos del pueblo”, *Granma* (19-23 de diciembre de 1997). *Granma* publicó un perfil detallado de los candidatos en 1997, pero no incluía la raza, ver Marcos Alfonso: “Radiografía electoral” (9 de diciembre de 1997).

³⁸ Ver De la Fuente: “Silence, Race, and the ‘Special Period’: An Update”, *Cuban Affairs* 5: 1-2 (primavera-verano de 1999), 3, 13. Para un reconocimiento oficial cubano del problema, ver Susana Lee: “El primer requisito”, *Granma* (23 de abril de 1999).

³⁹ Ann Louise Bardach: “Conversations with Castro”, *Vanity Fair* 57:3 (marzo de 1994), 131.

⁴⁰ Para ejemplos de esta afirmación, ver William Raspberry: “Black Cubans and Castro”, *Washington Post* (24 de mayo de 1995); “Black Cubans Fear U. S. Racism”, *Miami Herald* (10 de octubre de 1994); Ricardo González: “¿Por qué no hay balseros negros?”, *El Nuevo Herald* (12 de septiembre de 1994).

términos afectuosos. Solo el 27 % de los blancos y el 33 % de los negros que participaron en la encuesta realizada en La Habana y Santiago el mismo año, apoyaron la proposición de que los exiliados de Miami son racistas. De los encuestados negros, el 39 % creyó que, con su retorno, los exiliados blancos traerían el racismo a la Isla; esta proposición fue apoyada, en un 51 %, principalmente, por los negros más viejos (de 40 años de edad y mayores). El 18 % de los encuestados más jóvenes estuvo de acuerdo con esta afirmación.⁴¹

Se argumenta también que los afrocubanos se beneficiaron con la Revolución, hasta tal punto que percibirían su final como un revés social significativo; esto se basa en evidencias mucho más sólidas. Según varias encuestas y estudios realizados en la Isla entre 1994 y 1995, la mayoría de los cubanos están de acuerdo en que la Revolución de 1959 representó un paso importante hacia el mejoramiento de las relaciones raciales y la eliminación del racismo y la desigualdad. La encuesta de 1994 en La Habana y Santiago arrojó que el 76 % de la población consideraba que la situación de los negros mejoró junto al resto de la población; el 62 % de los blancos y el 73 % de los negros y mulatos estuvo de acuerdo en que su situación sería peor sin la Revolución.

La encuesta de Gallup obtuvo resultados más optimistas aún: el 90 % de los encuestados afirmó que el color de la piel no afectaba significativamente las oportunidades, ni la manera en que las personas son tratadas; el 94 % afirmó que “las personas de color tienen el mismo acceso que los blancos a una buena educación” y una proporción similar estuvo de acuerdo en que tienen iguales oportunidades de conseguir “un buen trabajo” (90 %) o “una buena posición en la sociedad” (91 %).

En el estudio realizado en La Habana en 1995, el 81 % de los blancos, el 75 % de los negros y el 71 % de los mestizos estuvieron de acuerdo en que se hicieron progresos sustanciales para eliminar la discriminación racial. En Santa Clara, según Hernández, el 94 % de los blancos y el 83 % de los negros y mulatos estaba de acuerdo con una proposición similar.⁴²

Si esta percepción se traduce en un apoyo incondicional al gobierno es, sin embargo, una cuestión enteramente diferente. De hecho, una de las conclusiones de la encuesta de 1994 realizada en

⁴¹ Mimi Whitefield y Mary B. Sheridan: “Encuesta intenta medir pulso”, *El Nuevo Herald* (18 de diciembre de 1994); “Gallup Poll in Cuba”, *Cuba Update* (febrero-marzo de 1995), 9; De la Fuente y Glasco: “Are Blacks Getting ‘Out of Control?’”, 67-68.

⁴² Ver Whitefield y Sheridan: “Encuesta”; De la Fuente y Glasco: “Are Blacks Getting ‘Out of Control?’”, 60-62; Alvarado: “Estereotipos y prejuicios raciales”, 107-109; Hernández: “Raza y prejuicio racial en Santa Clara”, 78-80.

las dos provincias fue que las diferencias generacionales eran más importantes para determinar las percepciones sobre la Revolución, sus logros, limitaciones y el impacto del período especial, que las raciales. Esto coincide con los resultados de la encuesta de CID-Gallup, la cual encontró que los cubanos más jóvenes estaban menos satisfechos con su vida personal en la Isla. Esto es cierto tanto para negros y blancos.

La crisis de los 90 erosionó algunos de los logros emblemáticos de la Revolución Cubana hasta un grado tal que, los jóvenes negros ya no perciben la restauración del capitalismo como un retroceso importante. La incapacidad del gobierno cubano de mantener sus niveles anteriores de bienestar social, el deterioro de los servicios que aún subsisten y la introducción de limitadas reformas de mercado, con su legado de desigualdad creciente y polarización social, son factores que han contribuido a minar la legitimidad del orden político. Debe destacarse, también, que la participación de los afrocubanos en el movimiento disidente interracial está lejos de ser despreciable; algunos de los líderes más conocidos de la oposición, como Vladimiro Roca y Félix Bonne Carcassés, son negros o mulatos.

La misma racialización de la crisis podría conducir a formas racialmente definidas de organización y resistencia, e incrementar aún más las tensiones. Es quizás importante mencionar que aunque la inmensa mayoría de los encuestados, en el sondeo de 1994 sobre actitudes raciales, se opuso a la formación de una organización solo de negros, el 16 % de los encuestados más jóvenes consideró que este tipo de organización era una necesidad. La exclusión racial genera respuestas sociales racialmente definidas. A menos que algunas de las instituciones (como los tribunales) u organizaciones (los sindicatos o el PCC) represente con eficacia las preocupaciones de estos y asuma la lucha por la igualdad racial, la creación de una organización de este tipo podría percibirse cada vez más como la única manera de neutralizar la discriminación en el mercado de trabajo y en otras áreas de la vida social.

Aunque limitados, algunos esfuerzos parecen encaminarse hacia la formación eventual de formas racialmente definidas de movilización social y política. Aunque la mayoría de los grupos que surgieron en los años 90 limitó sus actividades a destacar la importancia de la cultura negra en lo cubano, otros han buscado realizar cambios sociales más generales.

Este es el caso de la Cofradía de la Negritud —creada en 1999—,⁴³ que nació para crear conciencia entre los funcionarios del gobierno y

⁴³ Estoy profundamente agradecido al ingeniero Norberto Mesa Carbonell, fundador de la Cofradía, por compartir conmigo el programa de la organización e información adicional sobre la misma.

la sociedad sobre la “creciente desigualdad racial” que ha tenido lugar en el país y para exigir la adopción de medidas que reviertan este proceso. Su programa destaca que las crecientes diferencias de ingresos durante el período especial tiene un fuerte “contenido racial” y que la “desventaja histórica” de la población negra “aumentó sustancialmente [...] comparada con la década anterior”. Los miembros de la Cofradía también se han quejado de la falta de acción oficial y han advertido que esta desigualdad podría alcanzar un “nivel crítico” en el futuro.

El programa de la Cofradía tiene precedentes claros en esfuerzos anteriores entre los afrocubanos. De acuerdo con las interpretaciones dominantes del nacionalismo cubano, sus miembros declaran continuar “las nobles aspiraciones” de quienes lucharon por crear una patria para todos, sin diferencias raciales. De hecho, el lema que encabeza su programa es una cita de José Martí. Además, ellos declaran seguir las enseñanzas de Juan Gualberto Gómez, el gran afrocubano defensor de la integración, y promete promover “la fraternidad” de todos los cubanos, sin tener en cuenta el color de la piel. Como la mayoría de las asociaciones afrocubanas desde la creación de la república, busca trabajar dentro de los parámetros de una nación racialmente integrada y llama a la comprensión, la solidaridad y el apoyo de todos los cubanos.

Sin embargo, como en ocasiones anteriores, la creación misma de la Cofradía denota la frustración de un sector de la población negra con las instituciones estatales y su escepticismo y ambivalencia con las formas de movilización interracial. Se basan en las largas tradiciones de ayuda mutua de los afrocubanos, y su programa llama a los negros a promover sus propias iniciativas, a incrementar su autoestima, a “rescatar y promover los valores de la familia negra” y a establecer contactos con organizaciones negras en la Isla y en el extranjero. Su lema se explica por sí mismo: “Ayudémonos y seremos ayudados”. Estas declaraciones tienen un fuerte parecido con los propósitos de organizaciones como la ONRE, de Juan René Betancourt, creada en un momento en que los intelectuales afrocubanos se sentían también frustrados por la incapacidad de las autoridades gubernamentales de eliminar la discriminación.

La Cofradía también sigue modelos tradicionales establecidos cuando declara que es una organización social que no persigue propósitos políticos. Pero al igual que los clubes afrocubanos se convirtieron en sitios de movilización política durante la república, sus miembros fundadores reconocen que su proyecto y sus acciones podrían ser interpretados fácilmente como de naturaleza política.

Que esta o cualquier otra organización racialmente definida pueda operar de forma pacífica, en el mejor de los casos, es dudoso. La existencia de organizaciones negras en áreas que no sean la cultu-

ral o religiosa, cuestiona abiertamente los logros gubernamentales en la sensible área de las relaciones raciales y es probable que la acusen de “racismo inverso” (es decir, de racismo negro).

Además, como demuestra el crecimiento espectacular de la santería en los años 90, hay actores en la sociedad cubana que persisten en ignorar, silenciar, o despreciar las raíces africanas de la cubanidad. En un documento emitido en 1993, por ejemplo, la conferencia anual de la Iglesia Metodista se quejó de que “los cultos” afrocubanos proliferaban bajo el disfraz de “cultura nacional” y que eran promovidos en los medios de comunicación estatales, mientras que la fe cristiana no recibía cobertura alguna: “El satanismo ha adquirido el estatus de folklore”, afirmó el documento.

También, la negativa de la jerarquía católica de permitir una reunión entre el Papa Juan Pablo II y los sacerdotes afrocubanos ejemplifica el rechazo tradicional de la iglesia a estas religiones y a sus practicantes, calificadas por el cardenal Jaime Ortega como “seudo religiones”.⁴⁴

Estas denominaciones (“cultos”, “seudo religiones”), no son muy diferentes de la de “brujería”, el término peyorativo empleado para describir las religiones afrocubanas a principios del siglo xx. Aunque la mayoría de los cubanos estaría probablemente de acuerdo en que la nación es y debe ser, con todos, y para el bien de todos, los significados concretos de la cubanidad permanecen abiertos a interpretaciones conflictivas y opuestas.

⁴⁴ Pablo Alfonso: “Mensaje de la iglesia metodista”, *El Nuevo Herald* (28 de septiembre de 1993). Orlando Márquez: “Entrevista al Eminentísimo Señor Cardenal Jaime Ortega Alamino”, *Verdad y Esperanza* (enero de 1998), 4-8.

Epílogo

Al hablar ante la tumba de Antonio Maceo en 1951, el presidente Carlos Prío explicó su visión de la cubanidad: “Cuba tiene una voz suya, que no es blanca ni es negra [...] Así como es blanco Martí y es negro Maceo [...] nuestra cultura es blanca con España y es negra con África”. Casi 50 años después, en su mensaje de bienvenida al papa Juan Pablo II, Fidel Castro caracterizó la nación en términos similares: “Ellos [los africanos] hicieron un considerable aporte a la composición étnica y a los orígenes de la actual población de nuestro país, donde se mezclaron la cultura, las creencias y la sangre de todos los que participaron en esta dramática historia”.¹ Sería difícil encontrar dos figuras más diferentes en la historia política cubana del siglo XX; sin embargo, estos dos presidentes coinciden al menos en una cosa: Cuba es una nación mixta en la que hay poco espacio para las diferencias raciales, y mucho menos la discriminación.

Este discurso nacional de mestizaje y de fraternidad racial produjo con frecuencia efectos sociales contradictorios; contribuyó a minimizar o incluso ignorar —como aseveran algunos estudiosos— las demandas específicas de justicia de los descendientes de africanos; también creó oportunidades para su participación en la nación y no solo en un sentido simbólico. Las interpretaciones dominantes de esta ideología caracterizaron cualquier forma de movilización política racialmente definida como racista y antinacional, pero han facilitado y estimulado otras formas de acción social. Y mientras la persistencia del racismo y la desigualdad reforzaron las identidades asociadas con la raza, la resistencia de los regímenes políticos a reconocer sus implicaciones sociales contribuyeron a la formación de identidades alternativas “desde arriba”. En particular, después de 1959, las políticas de distribución y

¹ “Fustigó el presidente Prío a la práctica de la discriminación”, *El Mundo* (9 de diciembre de 1951); “La tierra que usted acaba de pisar se honra”, *Granma* (22 de enero de 1998).

promoción social contribuyeron a la formación de nuevas identidades, como “revolucionario”, “compañero” y “pueblo”.

A pesar de esta retórica de integración e igualdad, las percepciones raciales continúan afectando las relaciones sociales en Cuba. Pero esta es una realidad que la mayoría de los líderes políticos han preferido ignorar; de hecho, los mismos gobiernos que prometieron fidelidad al ideal de una nación racialmente integrada —como han hecho todos desde la primera república— implementaron políticas que han permitido la supervivencia y reproducción de las percepciones sociales sobre la raza. Este ocurrió incluso durante el período posrevolucionario, cuando el Estado cubano usó su considerable poder y prestigio para eliminar el racismo.

En algunos casos, como en el desprecio y represión a las religiones afrocubanas, practicadas por diversos regímenes políticos a lo largo de todo el siglo, el Estado reforzó y legitimó la asociación tradicional entre negritud e incivilización. Esto es particularmente evidente en la primera república, cuando diferentes administraciones buscaron activamente la “desafricanización” de Cuba. Pero las mismas visiones y políticas oficiales se mantuvieron vigentes durante la segunda república, a pesar de la “nacionalización” de las prácticas culturales afrocubanas, y persistieron con la Revolución. En particular, durante los años 60, las autoridades revolucionarias consideraron a las religiones afrocubanas como un atavismo cultural incongruente con la construcción de una sociedad socialista moderna, basada en el progreso técnico; era un atavismo del pasado que tenía que ser eliminado. Para los ciudadanos comunes, esto significó que aunque el racismo puede ser anticubano, es patriótico despreciar a los afrocubanos y su cultura.

La falta de una acción estatal fue lo que más contribuyó a mantener el significado permanente de la raza en la sociedad cubana. La intervención limitada del Estado en los espacios sociales “privados” significó, en la práctica, que el racismo pudo operar sin frenos en estos espacios. Así en la primera república, cuando la regulación gubernamental de los asuntos sociales y económicos era mínima, esta discriminación penetró enormes sectores del mercado obrero y un número grande de actividades sociales; las prácticas segregacionistas se expandieron hasta los espacios estimados públicos, como parques, paseos y hoteles elegantes.

Incluso cuando la intervención gubernamental en la economía y en la sociedad aumentó después de la década del 30, los espacios definidos como privados continuaron siendo baluartes de la discriminación y la segregación. Al menos en este sentido, la nueva Cuba que la llamada Revolución de 1933 supuestamente creó, no era nada nuevo. De hecho, durante la segunda república, muchos establecimientos públicos se camuflaban como clubes privados para excluir legalmente

a los clientes negros. Además, fue en áreas en las que el Estado tuvo mayor éxito en ofrecer oportunidades para todos, como en la educación pública, que el creciente sector privado se expandió para cubrir las demandas de exclusividad racial de los blancos de clase media y alta.

Los comunistas entendieron bien esta realidad y criticaron fuertemente la instrucción privada en 1941; su meta principal era regular el plan de estudios y las políticas de admisión de estas instituciones. Es decir, someterlas al escrutinio “público”; pero fallaron. El gran intelectual afrocubano y político Juan Gualberto Gómez también atacó las barreras entre los dominios públicos y privados cuando los espectadores y deportistas negros fueron excluidos del Havana Yacht Club en 1930; pero su voz no fue escuchada.

No fue hasta la Revolución de 1959 que se hicieron esfuerzos sistemáticos con el objetivo de eliminar las barreras sociales entre lo público y lo privado. El gobierno revolucionario no solo destruyó los baluartes institucionales de la segregación racial, como las escuelas privadas, clubes sociales y los medios recreativos, sino que buscó socializar a las generaciones más jóvenes en una ética social nueva, igualitaria y sin distinciones raciales. Con la expansión del sistema de las becas internas, a principios de los años 70, miles de jóvenes fueron alejados de sus familias y enviados a vivir en ambientes multirraciales donde aprendieron la nueva cultura socialista. Entretanto, la socialización casi universal de los medios de producción eliminó la mayoría de las actividades económicas privadas y facilitó la entrada de los afrocubanos en ocupaciones y trabajos que antes estaban cerrados para ellos. La emigración de sectores importantes de la clase media y alta facilitó este proceso.

El impacto de este programa radical de cambio social no debe ser subestimado. A finales de los años 70 e inicio de los 80 incluso los críticos del gobierno revolucionario reconocían que se habían dado pasos significativos hacia la construcción de una nación que fuera verdaderamente “con todos, y para el bien de todos”. La desigualdad racial disminuyó hasta casi desaparecer en varias áreas importantes; algunos patrones de comportamiento empezaron a cambiar; por ejemplo, los datos disponibles —fragmentarios, pero sólidos— sugieren que las uniones interraciales estaban en aumento. Como ha destacado el sociólogo Orlando Patterson, en esencia: “la integración implica el matrimonio mixto”.² Quizás el mejor indicador de que la raza perdió relevancia social y política es el hecho que alrededor de 1986, la direc-

² Patterson: *The Ordeal of Integration*, 193.

ción del Partido Comunista se sentía segura y planteó públicamente el problema de la representación negra en el gobierno.

Sin embargo, el impacto de la Revolución en las relaciones raciales tradicionales está lleno de paradojas. La juventud fue educada en una nueva ética a través de la educación masiva, pero la crisis de la vivienda significó en la práctica que muchos tenían que adaptarse (si no adoptar) a los valores y formas de comportamiento aprobados por sus mayores, en hogares multigeneracionales. El gobierno aniquiló los pilares del racismo institucional, pero en otras permaneció prisionero del pasado que pretendía borrar. Al igual que las administraciones anteriores, defendió la necesidad de un acercamiento gradual y sin confrontaciones al llamado problema de la raza. Además, la adhesión de las autoridades a una interpretación conservadora de la ideología nacional de igualdad, según la cual no había problema racial en Cuba, eliminó cualquier oportunidad de discusión pública del problema.

Mientras algunas de las organizaciones de masas trabajaban en las comunidades en toda la Isla para cambiar prácticas culturales arraigadas a nivel familiar, ninguna voz autorizada priorizó el problema racial. Por ejemplo, la Federación de Mujeres Cubanas trabajó en los barrios para eliminar la subordinación tradicional de las mujeres y ejerció al menos alguna vigilancia en los casos de discriminación por sexo, pero ninguna organización realizó un papel comparable respecto a la discriminación racial.

El Partido Comunista, defensor tradicional de la igualdad racial, se convirtió en gobierno. Las sociedades afrocubanas desaparecieron; no existía competencia entre los partidos políticos por el voto negro. Y aunque los gobiernos anteriores negaron también la importancia de la raza en la sociedad cubana, ninguna administración antes de 1959 pudo silenciar el tema. Solo el gobierno revolucionario, con el control de los medios de comunicación, tuvo la capacidad de censurar las discusiones públicas sobre esto. De ahí la ironía que el mismo gobierno que más hizo por eliminar el racismo es también el que más ha hecho por silenciar su persistencia.

Es también paradójico que 3 décadas después del triunfo revolucionario de 1959, cuando una nueva generación nacida y crecida en Cuba socialista comenzó a desempeñar un papel social importante, el experimento comenzó a deshacerse. Como explica el historiador George M. Fredrickson, la "importancia del estatus y la conciencia étnicos" depende de las relaciones de poder entre grupos sociales que se perciben como étnica o racialmente diferentes. El acceso de un grupo subordinado a los recursos materiales, el poder político y al reconocimiento cultural, puede mejorar su estatus social e incluso "corroer gradualmente" los

pilares ideológicos del racismo. Pero el proceso, como afirma el propio Fredrickson y la experiencia cubana confirma, es desdichadamente reversible.³

La generación nacida alrededor de 1959 creció en un ambiente relativamente igualitario y fue socializada en lo que, en lo fundamental, era una ética social sin distinciones raciales; pero esta generación también creció con la creencia de que el socialismo, la patria, y la justicia social eran todos uno y la misma cosa. En otras palabras, la inaceptabilidad social del racismo se unió al futuro y legitimidad de un régimen político que a mediados de los 90 carecía de ambos. Si los casos de discriminación fueron antes condenados por su carácter contrarrevolucionario, en los años 90 fueron poco a poco aceptados, debido precisamente, al descrédito progresivo del régimen.

En el nuevo ambiente social y económico, los cambios sociales y culturales acumulativos que tuvieron lugar desde 1959 no se expresaban totalmente. En cambio, una nueva lógica de relaciones de mercado, actividades económicas privadas, y espacios sociales y recreativos exclusivos, comenzó a reaparecer en la sociedad cubana. Así, uno de los símbolos más notorios de la vieja burguesía, el elitista Havana Biltmore Yacht and Country Club, se reabrió en 1997; el primer club nacionalizado por el gobierno revolucionario y convertido en un "círculo social obrero" en 1960, fue también el primero en reabrir sus puertas, como en el pasado, a los inversionistas extranjeros y a sus aliados en la Isla.

Sin embargo, la reintroducción gradual de las relaciones de mercado en los años 90 no tenía necesariamente que generar una creciente polarización social a partir de criterios raciales. Que ocurriera no solo es indicativo de cuan arraigadas están las percepciones raciales en el engranaje social cubano o de lo difícil que es eliminar el racismo de la conciencia y las prácticas sociales. También es indicativo de como las políticas gubernamentales racialmente neutras (como "la dolarización" de los años 90) pueden llevar al crecimiento de la desigualdad racial. Las relaciones de mercado no determinan por sí mismas la naturaleza y magnitud de estas desigualdades; las políticas gubernamentales son las que desempeñan ese papel.

La creación de una nación que sea verdaderamente para todos, requiere la acción estatal sistemática y consistente durante un largo período. Los afrocubanos aprendieron esta lección desde los primeros años de la república, fundada con su ayuda, de ahí sus esfuerzos constantes

³ Fredrickson: *The Comparative Imagination*, 87-88.

de participación política. Es improbable que esta lección sea olvidada en el futuro. De hecho, después de cuatro décadas de movilidad social, de educación masiva e integración radical, los afrocubanos están mejor preparados que nunca para tener un lugar igual en la sociedad. Esto, ya lo sé, puede sonar demasiado optimista. Pero el optimismo no es solo mío, sino que refleja la determinación de muchos afrocubanos jóvenes que se sienten dueños de su propio destino. Un doctor negro lo dijo claramente en 1992: “Estamos demasiado educados y politizados para dejar que nos quiten lo que hemos ganado. No vamos a ir para atrás”.⁴

⁴ Citado en Vincent James: “Black Cubans Call for Change”, *Christian Science Monitor* (16 de junio de 1992).

Bibliografía

ARCHIVOS

ARCHIVO NACIONAL DE CUBA (ANC), La Habana

Adquisiciones

Audiencia de La Habana

Audiencia de Santiago de Cuba

Donativos y Remisiones

Fondo Especial

Gobierno General

Registro de Asociaciones

Secretaría de la Presidencia

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL, CIENFUEGOS (AHPC)

Registro de Asociaciones

LIBRARY OF CONGRESS, MANUSCRIPT DIVISION, WASHINGTON DC (LC)

Leonard Wood Papers

UNITED STATES NATIONAL ARCHIVES, WASHINGTON DC (USNA)

Foreign Service Post Records, RG 84

General Records of the Department of State, RG 59

Records of the US Army Overseas Operations, RG 395

Records of the War Department, RG 165

UNIVERSITY OF FLORIDA, LATIN AMERICAN LIBRARY
Braga Brothers Collection (BBC)

UNIVERSITY OF MARYLAND COLLEGE PARK, MCKELDIN LIBRARY
Cuba Company Papers

UNIVERSITY OF MICHIGAN, BENTLEY HISTORICAL LIBRARY
Robert F. Williams Papers

PUBLICACIONES PERIÓDICAS AFROCUBANAS

(PUBLICADAS EN LA HABANA, A NO SER QUE DIGA LO CONTRARIO)

Adelante, 1935-1938
Amanecer, 1952-1953
Atenas. Mensuario Cultural de Afirmación Cubana, 1951-1954
Aurora, 1914
Boletín Oficial del Club Atenas, 1930
Cuatro Páginas, 1941
Fragua de la Libertad, 1942-1945
Juvenil, 1913
Labor Nueva, 1916
El Nuevo Criollo, 1904-1906
Nuevos Rumbos, 1945-1948, 1959
Renovación (Sagua la Grande), 1932
Rumbos, 1939

OTRAS PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Acción Ciudadana (Santiago de Cuba), 1945
Acción Socialista, 1944-1945
Actas del Folklore, 1961
Adelante!, 1951
Afro-American (Baltimore), 1959-1961
Ahora, 1933-1935
¡Alerta!, 1943-1953
Alma Máter, 1933
Archivos del Folklore Cubano, 1924-1930
Aurora [Órgano Oficial de la Unión de Empleados de Cafés... y Similares], 1934

- El Avance*, 1936
El Avance Revolucionario, 1959-1960
Avisador Comercial, 1908
Bandera Roja, 1934
Bohemia, 1917-1998
Boletín de Organización [de la Federación de Trabajadores de La Habana], 1946-1948
Bulletin of the Pan American Union (Washington, DC), 1917-1920
Carga, 1944
Carta Semanal, 1958
Carteles, 1924-1950
La Chaveta, 1951
Chicago Defender (Chicago), 1959-1960
Christian Science Monitor (Boston), 1992
Combate 13 de Marzo, 1961
El Comunista, 1940
La Correspondencia (Cienfuegos), 1924, 1934-1936, 1943
El Crisol, 1939-1960
Crónica Médico Quirúrgica de La Habana, 1924-1926
CTC, 1945
Cuba, 1912
Cuba y América, 1905-1913
Cuba, Capital and Country (Beverly, Mass.), 1908
Cuba Contemporánea, 1913-1927
Cuba, Escuela Normal para Maestras de La Habana, Memoria anual correspondiente al curso académico, 1915-1916, 1924-1925
Cuba Internacional, 1980-1991
The Cuba News, 1912-1915
Cubanews, 1994
Cuba Nueva en Acción, 1939-1942
Cuba Review (New York), 1905-1910
Cubatimes, 1980
Cuba Update, 1991-1995
Cuban Topics, 1928-1930
El Cubano Libre (Santiago de Cuba), 1903-1908
Cúspide, 1937-1939
La Dalila, 1951
Diario de Cuba (Santiago de Cuba), 1928, 1939-1944
Diario de la Marina, 1899-1959
La Discusión, 1900-1909, 1917, 1925, 1936
Estudios Afrocubanos, 1937-1945
Etnología y Folklore, 1962-1969

Ferrocarriles del Norte, *Boletín Quincenal* (Ciego de Ávila), 1923
El Fígaro, 1899-1909
Freedomways, 1961
Fundamentos, 1941-1953
El Globo, 1927-1929
Grafos, 1936
Granma, 1965-1998
Havana Chronicle, 1940-1941
Havana Daily Telegraph, 1906-1908
Havana Evening News, 1923-1927
Havana Evening Telegram, 1925-1926, 1937
Havana, The Magazine of Cuba, 1929
Havana Post, 1900-1908, 1910-1953
Heraldo de Cuba, 1916, 1920-1921, 1928
Heraldo de las Villas (Santa Clara), 1934
El Hombre Nuevo, 1919
Información, 1940-1958
Instituto Finlay, *Boletín Semanal Epidemiológico Sanitario*, 1940-1944
Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, *Memoria anual correspondiente al curso académico*, 1901-1908
La Instrucción Primaria, 1902-1912
Juventud, 1925
Labora, 1920-1921
El Liberal (New York), 1935
Libertad (Santiago de Cuba), 1940-1943
La Lucha, 1899-1931
Luz, 1937-1941
Mambí (Santiago de Cuba), 1968
Miami Herald (Miami), 1988-1991
Miami Times (Miami), 1961-1967, 1993-1998
El Militante Comunista, 1968-1986
La Mujer, 1930
Mujeres Cubanas, 1951
El Mundo, 1901, 1905-1908, 1916, 1920-1921, 1928-1929, 1942-1951
The Negro World (New York), 1925-1931
La Noche, 1913, 1924
Noticias de Hoy, 1939-1963
El Nuevo Herald (Miami), 1994-1998
OLAS, 1966
La Opinión, 1912, 1916, 1919-1921
El Organizador, 1943-1947
El País, 1930-1936

Panfleto, 1954
Patria y Libertad, 1918
Pittsburgh Courier, 1960
P.N.R., 1972
La Política Cómica, 1916-1931
El Político, 1930
La Prensa, 1913-1916
Prensa Libre, 1951-1955
El Reconcentrado, 1912
La Reforma Social, 1920
Revista de Avance, 1927-1930
Revista Bimestre Cubana, 1910-1958
Revista de la Facultad de Letras y Ciencias, 1905-1930
Revista de Instrucción Pública, 1918-1920, 1925-1928
Revista Jurídica, 1969
Revista Parlamentaria de Cuba, 1922-1927
Revista de Policía, 1945
Revista Popular Cubana, 1907
Revista de Técnica Policial y Penitenciaria, 1935-1936
Revolución, 1959-1963
Siempre, 1944
Sierra Maestra (Santiago de Cuba), 1959
La Tarde, 1924
Tiempo, 1946-1957
¡Tierra!, 1909
The Times of Havana, 1959
Trabajadores, 1992-1994
Trabajo, 1960
Trabajo Político, 1968
Tricontinental, 1968-1969
El Triunfo, 1908, 1920-1921
La Última Hora, 1912
Unidad, 1947-1952
La Unión Española, 1899-1900
Unión Nacionalista, 1928
Unitario, 1951
La Verdad, 1951
Verdad y Esperanza, 1998
Voz Gráfica, 1941-1945
La Voz Obrera, 1933
Washington Post, 1973-1993

DOCUMENTOS OFICIALES

- Cuba. *Censo de la República de Cuba bajo la administración provisional de los Estados Unidos, 1907*. Washington: Oficina del censo de los Estados Unidos, 1908.
- Cuba. *Censo de la República de Cuba, año de 1919*. La Habana, Maza, Arroyo y Caso, 1920.
- Cuba. *Constitución de la República de Cuba*. La Habana, Compañía Editora de Libros, 1940.
- Cuba. *Gaceta Oficial*, 1910-1955.
- Cuba. *Informe general del censo de 1943*. La Habana, P. Fernández y Cía., 1945.
- Cuba. *Plan Trienal de Cuba*. La Habana, Cultural S. A., 1938.
- Cuba. *Statistics from the Ministry of Social Welfare*. La Habana, Mimeograph, 1960.
- Cuba. Cámara de Representantes, *Diario de Sesiones*, 1905-1906, 1911-1913, 1919, 1923-1929.
- Cuba. Cámara de Representantes, *Memoria de los trabajos realizados, 1920-1921*.
- Cuba. Comisión Consultiva. *Diario de Sesiones*, 1907.
- Cuba. Comisión Nacional de Estadísticas y Reformas Económicas. *Cuadros estadísticos de los penados de ambos sexos que se encontraban cumpliendo condena en los establecimientos penales de la república en 30 de junio de 1927*, La Habana, mimeo, 1927.
- Cuba. Comisión Nacional de Estadística y Reformas Económicas. *Cuadros estadísticos en relación con los ingenios y su zafra en 1925 a 1926*, La Habana [Secretaría de Hacienda], 1927.
- Cuba. Comisión Nacional de Estadística y Reformas Económicas. *Estadística de los matriculados y graduados en la Universidad de La Habana*, La Habana, mimeo, 1927, 1930.
- Cuba. Comisión Nacional de Estadística y Reformas Económicas. *Estadística en relación con la elaboración de cigarros y tabacos en el año 1926*, La Habana, n. p., 1928.
- Cuba. Comisión Nacional de Estadística y Reformas Económicas. *Estado demográfico correspondiente al quinquenio de 1925 a 1929*, La Habana, mimeo [¿1930?].
- Cuba. Comité Estatal de Estadísticas (CEE). *Censo de población y viviendas 1981. República de Cuba*, 16 vols., La Habana, CEE, 1983.
- Cuba. CEE. *Censo de población y viviendas 1981. La población de Cuba según el color de la piel*, La Habana, INSIE, 1985.
- Cuba. CEE. *Censo nacional de cuadros del Estado. Dirigentes de establecimientos, resumen nacional 1987*, 5 vols., La Habana, CEE, 1989.

- Cuba. Consejo Nacional de Tuberculosis. *Resumen general de los trabajos efectuados por el Tuberculosis Survey de Cuba*, La Habana, Ciudad Militar, 1938.
- Cuba. Convención Constituyente. *Diario de Sesiones*, 1901, 1940.
- Cuba, Escuela Normal para Maestros de La Habana. *Memoria correspondiente al curso académico de 1928 a 1929*, Habana, La Propagandista, 1929.
- Cuba. Junta Superior de Sanidad, *Informe mensual sanitario y demográfico*, 1904-1907.
- Cuba. Military Governor. *Civil Report of the Military Governor, 1901*, 15 vols., La Habana, n. p., 1902.
- _____. *Civil Report of the Military Governor, 1902*, 6 vols., ¿Havana?, n. p., 1903.
- Cuba. Ministerio de Agricultura. *Memoria del Censo Agrícola Nacional, 1946*, La Habana, P. Fernández y Cía., 1951.
- Cuba. Ministerio de Educación (MINED). *Documentos de Cuba republicana*, La Habana, MINED, 1972.
- Cuba. Ministerio del Interior (MININT). *Una política consecuente en la prevención del delito y la justicia penal*, La Habana, Poligráfico MININT, 1987.
- _____. Sección de Estadística, *Informe del quinquenio 1981/1985*, La Habana, mimeograph, 1986.
- Cuba. Ministerio de Relaciones Exteriores (MINREX), *Cuba, Country Free of Segregation*, La Habana, MINREX, Dirección de Información [1965].
- Cuba. Ministerio de Salud Pública (MINSAP), *Dr. Enrique Lluria Despau*, La Habana, Cuadernos de Historia de la Salud Pública, 1963.
- Cuba. Oficina Nacional de los Censos Demográficos y Electoral. *Censo de población, viviendas y electoral, 1953*, La Habana, P. Fernández y Cía., 1955.
- Cuba, Partido Comunista de Cuba. *Proyecto: el Partido de la unidad, la democracia y los derechos humanos que defendemos*, La Habana, Editora Política, 1997.
- _____. *IV Congreso del Partido Comunista de Cuba: Discursos y documentos*, La Habana, Editora Política, 1992.
- Cuba, Presidencia. *Memoria de la administración del Presidente de la República*, La Habana, Rambla y Bouza, 1910-1928.
- Cuba. Sanidad y Beneficiencia. *Boletín Oficial*, 1910-1934.
- Cuba. Secretaría de Educación, Negociado de Estadística. *Estadística general, 1931-1936*, La Habana, La Propagandista, 1936.
- Cuba. Secretaría de Estado. *Documentos diplomáticos. Copia de la correspondencia... relativa al trato de los inmigrantes jamaquinos*, La Habana, Secretaría de Estado, 1924.

- Cuba. Secretaría de Hacienda. *Inmigración y movimiento de pasajeros*, 1902-1906, 1910-1931.
- Cuba. Secretaría de Hacienda. *Movimiento de población*, 1935, 1938.
- Cuba. Secretaría de Sanidad y Beneficiencia. *Ordenanzas sanitarias*, La Habana, Imprenta de Rambla, Bouza y Cía., 1914.
- Cuerpo de Policía Nacional de La Habana. *Informe de los servicios prestados durante el año fiscal 1923-1924*, La Habana, Talleres de La Lucha, 1924.
- Ley electoral municipal adicionada con el censo de población y la ley de perjurio*, La Habana, Imprenta de la Gaceta Oficial, 1900.
- MAGOON, CHARLES E.: *Report of Provisional Administration From October 13th. 1906 to December 1st., 1907*, La Habana, Rambla and Bouza, 1908.
- Transactions of the First Pan American Conference on Eugenics and Homiculture of the American Republics*, La Habana, Published by the Cuban Government, 1928.
- U. S. Foreign Areas Studies Division, *Special Warfare Area Handbook for Cuba*, Washington, D C, The American University, 1961.
- U. S. War Department. Office Director Census of Cuba. *Report on the Census of Cuba, 1899*, Washington, Government Printing Office, 1900.

PELÍCULAS

- ÁLVAREZ, SANTIAGO: *Now* (1965).
_____: *LBJ* (1968).
- GIRAL, SERGIO: *El otro Francisco* (1974).
_____: *Ranheador* (1977).
- GÓMEZ, MANUEL OCTAVIO: *Historia de una batalla* (1962).
- GÓMEZ, SARA: *De cierta manera* (1974).
- GUTIÉRREZ ALEA, TOMÁS: *Cumbite* (1964).
_____: *La última cena* (1976).
- ICAIC: *Una isla para Miguel* (1968).
- MASSIP, SALVADOR: *Historia de un ballet* (1962).
- SÁNCHEZ, JOSÉ LUIS: *El Fanguito* (1990).
- TABÍO, JUAN CARLOS: *iPlaff!* (1988).
- TRUJILLO, MARISOL: *Motivaciones* (1988).

LIBROS Y ARTÍCULOS

- ABC: *El ABC al pueblo de Cuba: manifiesto-programa*, La Habana, n. p., 1932.

- AGUILAR, LUIS E.: *Cuba 1933. Prologue to Revolution*, Ithaca, Cornell University Press, 1972.
- _____ : "Cuba, c. 1860-c. 1930", en *Cuba, A Short History*, ed. Leslie Bethell, New York, Cambridge University Press, 1995, pp. 21-55.
- AGUIRRE, BENIGNO: "Differential Migration of Cuban Social Races: A Review and Interpretation of the Problem", *Latin American Research Review* 11:1, 1976, 103-124.
- ALIENES Y UROSA, JULIÁN: *Características fundamentales de la economía cubana*, La Habana, Banco Nacional de Cuba, 1950.
- ALVARADO, JUAN A.: "Relaciones raciales en Cuba. Notas de investigación", *Temas* 7 (julio-septiembre de 1996), 37-43.
- _____ : "Estereotipos y prejuicios raciales en tres barrios habaneros", *América Negra* 15 (diciembre de 1988): 89-115.
- ÁLVAREZ ESTÉVEZ, ROLANDO: *Azúcar e inmigración, 1900-1940*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1988.
- AMES, DAVID W.: "Negro Family Types in a Cuban Solar", *Phylon* 11:2, 1950, 159-163.
- ANDREU, ENRIQUE: "El pintor Alberto Peña y su obra", *Revista Bimestre Cubana* 38, 1936, 114-125.
- _____ : "La muerte de Peñita", *Estudios Afrocubanos* 2:1, 1938, 115-117.
- Andrews, George Reid: *Blacks and Whites in São Paulo, Brazil 1888-1988*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1991.
- _____ : "Racial Inequality in Brazil and the United States: A Statistical Comparison", *Journal of Social History* 26:2, Winter 1992, 229-263.
- _____ : "Black Political Protest in São Paulo, 1888-1988", *Journal of Latin American Studies* 24, 1992, 147-171.
- _____ "Black Workers in the Export Years: Latin America, 1880-1930", *International Labor and Working-Class History*, no. 51, Spring 1997, 7-29.
- ARCE, ÁNGEL C.: *La raza cubana*, La Habana, n. p., 1935.
- ARELLANO MORENO, ANTONIO: *Breve historia de Venezuela, 1492-1958*, Caracas, Italgáfica, 1974.
- ARMAS, RAMÓN DE: "José Martí: la verdadera y única abolición de la esclavitud", *Anuario de Estudios Americanos* 43, 1986, 333-351.
- ARREDONDO, ALBERTO: *El negro en Cuba*, La Habana, Editorial Alfa, 1939.
- ATENAS, CLUB: *Los partidos políticos y la Asamblea Constituyente*, La Habana, Club Atenas, 1939.
- ATKINS, EDWIN F.: *Sixty Years in Cuba*, Cambridge, Riverside Press, 1926.

- AYALA, CÉSAR: "Social and Economic Aspects of Sugar Production in Cuba, 1880-1930", *Latin American Research Review* 30:1, 1995, 95-124.
- BARKAN, ELAZAR: *The Retreat of Scientific Racism: Changing Concepts of Race in Britain and the United States Between the World Wars*, New York, Cambridge University Press, 1992.
- BARNET, ENRIQUE A.: "Concepto actual de la medicina", *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana* 29, 1902-1903, 19-36.
- BARNET, MIGUEL: *Biografía de un cimarrón*, La Habana, Instituto de Etnología y Folklore, 1966.
- BARRINGER, PAUL B.: "The American Negro: His Past and Future", en *Anti-Black Thought 1863-1925*, ed. John David Smith, 11 vols., New York, Garland, 1993, 7:435-457.
- BATRELL Y OVIEDO, RICARDO: *Para la historia. Apuntes autobiográficos*, La Habana, Seoane y Álvarez, 1912.
- BEALS, CARLETON: *The Crime of Cuba*, Philadelphia, Lippincott Company, 1933.
- BECI, JOSÉ MANUEL DE LA CRUZ: *El igualitarismo*, La Habana, Imprenta Martí, 1939.
- BENJAMIN, JULES R.: *The United States and the Origins of the Cuban Revolution: An Empire of Liberty in an Age of National Liberation*, Princeton, Princeton University Press, 1990.
- BERGQUIST, CHARLES: *Labor in Latin America, Comparative Essays on Chile, Argentina, Venezuela and Colombia*, Stanford, Stanford University Press, 1986.
- BERVIN, ANTOINE: *Mission a la Havane. Notes et Souvenirs, 1942-1945*, Port-au-Prince, n. p. [1952].
- BETANCOURT, JUAN RENÉ: *Prejuicio, ensayo polémico*, Camagüey, n. p., 1945.
- _____: *Doctrina negra. La única teoría certera contra la discriminación racial en Cuba*, La Habana, P. Fernández y Cía. [1954].
- _____: *El negro: ciudadano del futuro*, La Habana, Cárdenas y Cía. [1959].
- _____: "Castro and the Cuban Negro", *The Crisis*, mayo de 1961, 270-274.
- BONACHEA, RAMÓN L. Y MARTA SAN MARTÍN: *The Cuban Insurrection, 1952-1959*, New Brunswick, Transaction Publishers, 1995.
- BONACHEA, RAMÓN L. Y NELSON P. VALDÉS: *Cuba in Revolution*, Garden City, Anchor Books, 1972.
- _____: *Revolutionary Struggle 1947-1958*. Cambridge, Ma., The MIT Press, 1972.
- BOOTH, DAVID: "Cuba, Color and the Revolution", *Science and Society* 11:2, Summer 1976, 129-172.

- BOTI, REGINO: "La poesía cubana de Nicolás Guillén", *Revista Bimestre Cubana* 29, 1932, 343-353.
- BRENNER, PHILIP ET AL: *The Cuba Reader: The Making of a Revolutionary Society*, New York, Grove Press, 1989.
- BRENT, WILLIAM LEE: *Long Time Gone*, New York, Random House, 1996.
- BROWN, ELSA BARKLEY Y GREGG D. KIMBALL: "Mapping the Terrain of Black Richmond", *Journal of Urban History* 21:3, marzo de 1995, 296-346.
- BRYCE, JAMES: "The Relations of the Advanced and the Backward Races of Mankind", en *Anti-Black Thought 1863-1925*, ed. John David Smith, 11 vols., New York, Garland, 1993, 8:1-44.
- BULLARD, R. L.: "The Cuban Negro", *North American Review*, 15 de marzo de 1907, 623-630.
- BURDICK, JOHN: "The Myth of Racial Democracy", *NACLA*, vol. 25, febrero de 1992, 40-44.
- CABRERA, OLGA: *El movimiento obrero cubano en 1920*, La Habana, Instituto del Libro, 1969.
- CABRERA TORRES, RAMÓN: *Hacia la rehabilitación económica del cubano negro*, La Habana, n. p., 1959.
- CABÚS, JOSÉ D.: *Batista: pensamiento y acción*, La Habana, Prensa Indoamericana, 1944.
- CANNON, TERRY Y JOHNETTA COLE: *Free and Equal. The End of Racial Discrimination in Cuba*, New York, The Venceremos Brigade, 1978.
- CARBONELL, WALTERIO: *Crítica, cómo surgió la cultura nacional*, La Habana, Editorial Yaka, 1961.
- CARNEADO, JOSÉ FELIPE: "La discriminación racial en Cuba no volverá jamás", *Cuba Socialista* 2:5, enero de 1962, 54-67.
- CARNOY, MARTIN: *Faded Dreams: The Politics and Economics of Race in America*, New York, Cambridge University Press, 1994.
- CARR, BARRY: "Identity, Class and Nation: West Indian Sugar Workers and Cuban Society 1925-1934" (Paper presented at American Historical Association convention, San Francisco, 1994).
- _____ : "Mill Occupations and Soviets: The Mobilisation of Sugar Workers in Cuba, 1917-1933", *Journal of Latin American Studies* 28, 1996, 129-158.
- CARRIÓN, MIGUEL DE: "El desenvolvimiento social de Cuba en los últimos años", *Cuba Contemporánea* 27, septiembre de 1921, 6-27.
- CARSON, CLAYBORNE: *In Struggle: SNCC and the Black Awakening of the 1960s*, Cambridge, Harvard University Press, 1981.
- CASAL, LOURDES: "Race Relations in Contemporary Cuba", en Anani Dzidzienyo and Lourdes Casal: *The Position of Blacks in Brazil and Cuban Society*, London, Minority Rights Group, Report no. 7, 1979, 11-27.

- _____ : *Revolution and Race: Blacks in Contemporary Cuba*, Washington, D. C., Woodrow Wilson International Center for Scholars, 1979.
- CASTELLANOS, ISRAEL: "La briba hampona", *Revista Bimestre Cubana* 9, 1914, 94-104, 183-198, 253-259.
- _____ : "El tipo brujo", *Revista Bimestre Cubana* 9, 1914, 328-344.
- _____ : "Los menores delincuentes", *Revista Bimestre Cubana* 10, 1915, 81-111.
- _____ : *La brujería y el ñañiguismo en Cuba desde el punto de vista médico-legal*, La Habana, Imprenta de Lloredo y Cía., 1916.
- _____ : "Los estigmas somáticos de la degeneración. Su apreciación en las razas de color", *Vida Nueva*, 15 de octubre de 1927, 207-219.
- _____ : *La delincuencia femenina en Cuba. Índices filiativos y álbum identoscópico*, La Habana, Dorrbecker, 1929.
- _____ : "El homicidio en Cuba", *Revista de Técnica Policial y Penitenciaria* 3:1-3, enero-marzo de 1936, 141-156; 3:4 (abril de 1936), 263-280.
- _____ : "La lucha policíaca contra el fetichismo", *Revista de Técnica Policial y Penitenciaria* 4:2-3, agosto-septiembre de 1936, 231-278.
- _____ : "Un diagnóstico criminológico", *Revista de Técnica Policial y Penitenciaria* 4:2-3, agosto-septiembre de 1936, 200-204.
- Castellanos, Jorge e Isabel Castellanos: *Cultura Afrocubana*, 4 vols., Miami, Ediciones Universal, 1990-1994.
- Castro Ruz, Fidel: *Discursos para la historia*, La Habana, n. p., 1959.
- _____ : *Conferencia de prensa*, La Habana, Capitolio Nacional, 1959.
- _____ : *Discursos de Fidel en los aniversarios de los CDR, 1960-1967*, La Habana, Instituto del Libro, 1968.
- _____ : *Informe Central I, II y III Congreso del Partido Comunista de Cuba*, La Habana, Editora Política, 1990.
- CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS (CEDEM): *La población de Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1976.
- CEPAL: *Cuba: estilo de desarrollo y políticas sociales*, Mexico City, Siglo XXI Editores, 1980.
- CEPEDA, RAFAEL, ED.: *Eusebio Hernández: ciencia y patria*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1991.
- CEPERO BONILLA, RAÚL: *Azúcar y abolición*, Barcelona, Editorial Crítica, 1976.
- CHAILLOUX CARDONA, JUAN M.: *Síntesis histórica de la vivienda popular. Los horrores del solar habanero*, La Habana, Jesús Montero, 1945.

- CHAPMAN, CHARLES E.: *A History of the Cuban Republic. A Study in Hispanic American Politics*, New York, The Macmillan Company, 1927.
- CHOMSKI, AVIVA: *West Indian Workers and the United Fruit Company in Costa Rica, 1870-1940*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1996.
- CLARK, VICTOR S.: "Labor Conditions in Cuba", *Bulletin of the Department of Labor* 41, julio de 1902, 663-793.
- CLEAVER, ELDRIDGE: *Soul on Ice*, Waco, Word Books, 1978.
- CLISSOLD, GILLIAN GUNN: "Balancing Economic Efficiency, Social Concerns and Political Control", *La Sociedad Económica*, 30 de junio de 1993.
- _____ : "Cuba's Employment Conundrum", *Cuba Briefing Paper Series* 14, mayo de 1997.
- CLYTUS, JOHN: *Black Man in Red Cuba*, Coral Gables, University of Miami Press, 1970.
- COLEGIO DE BELÉN: *Álbum conmemorativo 1914*, La Habana, n. p., 1914.
- COLEGIO CHAMPAGNAT: *Memoria y premios 1927-1928*, La Habana, Seoane y Fernández, 1928.
- COLLIER, RUTH BERIN Y DAVID COLLIER: *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 1991.
- COMMISSION ON CUBAN AFFAIRS: *Problems of the New Cuba*, New York: Foreign Policy Association, 1935.
- CONFEDERACIÓN NACIONAL OBRERA DE CUBA (CNOC): *IV Congreso Obrero de Unidad Sindical*, La Habana, n. p., 1934.
- CONGRESO NACIONAL OBRERO: *Memoria de los trabajos presentados al Congreso Nacional Obrero*, La Habana, La Universal, 1915.
- CONTE, RAFAEL Y JOSÉ M. CAPMANY: *Guerra de razas (negros contra blancos en Cuba)*, La Habana, Imp. Militar, 1912.
- CONVENCIÓN NACIONAL DE SOCIEDADES CUBANAS DE LA RAZA DE COLOR: *Programa*, La Habana, Imprenta Molina y Cía., 1936.
- CÓRDOVA, EFRÉN: *Clase trabajadora y movimiento sindical en Cuba I (1819-1959)*, Miami, Ediciones Universal, 1995.
- CÓRDOVA, FEDERICO: *Flor Crombet (el Sucre cubano)*, La Habana, Cultural, S. A., 1939.
- CORTÉS, CARLOS E.: *The Cuban Experience in the United States*, New York: Arno Press, 1980.
- CRAHAN, MARGARET: "Religious Penetration and Nationalism in Cuba: U. S. Methodist Activities, 1898-1958", *Revista/Review Interamericana* 8:2, Summer de 1978, 204-224.
- CRUISE, HAROLD: *Rebellion or Revolution?*, New York, Morrow, 1968.
- CUBAN ECONOMIC RESEARCH PROJECT: *A Study on Cuba*, Coral Gables, University of Miami Press, 1965.

- CUÉLLAR VIZCAÍNO, MANUEL: *Unas cuantas verdades*, La Habana, n. p., 1948.
_____: *Doce muertes famosas* [Havana], n. p., n. d.
- DANIEL, YVONNE: *Rumba. Dance and Social Change in Contemporary Cuba*, Bloomington, Indiana University Press, 1995.
- DAVIDSON, JULIA O'CONNELL: "Sex Tourism in Cuba", *Race & Class* 38:1, 1996, 38-48.
_____. Y JACQUELINE SANCHEZ TAYLOR: *Child Prostitution and Sex Tourism: Cuba*, Bangkok, ECPAT, 1996.
- DE LA FUENTE, ALEJANDRO: "Race and Inequality in Cuba, 1899-1981", *Journal of Contemporary History* 30, 1995, 131-168.
_____: "Two Dangers, One Solution: Immigration, Race, and Labor in Cuba, 1900-1930", *International Labor and Working-Class History* 51, Spring de 1997, 30-49.
- DE LA FUENTE, ALEJANDRO Y LAURENCE GLASCO: "Are Blacks 'Getting Out of Control'? Racial Attitudes, Revolution, and Political Transition in Cuba", en *Toward a New Cuba? Legacies of a Revolution*, eds. Miguel A. Centeno y Mauricio Font. Boulder, Lynn Rienner Publishers, 1997, pp. 53-71.
- DEL TORO, CARLOS: *El movimiento obrero cubano en 1914*, La Habana, Instituto del Libro, 1969.
- DEL VALLE, GERARDO: *1/4 Fambá y 19 cuentos más*, La Habana, Ediciones Unión, 1967.
- DEPESTRE, RENÉ: "Lettre de Cuba", *Presence Africaine* 56, 1965, 105-142.
- DESCHAMPS CHAPEAUX, PEDRO: *El negro en el periodismo cubano del siglo XIX*, La Habana, Ediciones R, 1963.
- DÍAZ BRIQUETS, SERGIO: *The Health Revolution in Cuba*, Austin, The University of Texas Press, 1983.
- Documentos de la Revolución Cubana*, Montevideo, Nativa Libros, 1967.
- DOLZ Y ARANGO, RICARDO: "Discurso inaugural del curso académico de 1913 a 1914", *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* 17:3, noviembre de 1913, 161-189.
- DOMÍNGUEZ, JORGE: "Racial and Ethnic Relations in the Cuban Armed Forces. A Non-Topic", *Armed Forces and Society* 2:2, febrero de 1976, 273-290.
_____: *Cuba: Order and Revolution*, Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press, 1978.
_____: "Revolutionary Politics: The New Demands for Orderliness", *Cuba: Internal and International Affairs*, ed. Jorge Domínguez, Beverly Hill, Sage, 1982, pp. 19-70.
_____: *To Make a World Safe for Revolution: Cuba's Foreign Policy*, Cambridge, Harvard University Press, 1989.

- D'OU, LINO: "La evolución de la raza de color en Cuba", *Libro de Cuba*, La Habana, n. p., 1930, pp. 333-337.
- DUHARTE, RAFAEL Y ELSA SANTOS: *El fantasma de la esclavitud: prejuicios raciales en Cuba y América Latina*, Bonn, Pahl-Rugenstein, 1997.
- DUKE, CATHY: "The Idea of Race: The Cultural Impact of American Intervention in Cuba, 1898-1912", *Politics, Society and Culture in the Caribbean*, ed. Blanca G. Sivestrini, San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1983, pp. 87-109.
- DUMOULIN, JOHN: "El primer desarrollo del movimiento obrero y la formación del proletariado en el sector azucarero. Cruces 1886-1902", *Islas* 48, mayo-agosto de 1974, 3-66.
- _____ : "La regulación estatal de las relaciones obrero-patronales en Cuba, 1933-1958" (manuscrito, 1987).
- DUNN, MARVIN: *Black Miami in the Twentieth Century*, Gainesville, University Press of Florida, 1997.
- DYER, DONALD R.: "Urbanism in Cuba", *The Geographical Review* 47, 1957, 224-233.
- El futuro es el internacionalismo: recorrido del Comandante en Jefe Fidel Castro por países de África y Europa socialista*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972.
- EPSTEIN, ERWIN H.: "Social Structure, Race Relations and Political Stability in Cuba Under U. S. Administration", *Revista/Review Interamericana* 8:2, Summer de 1978, 192-203.
- ERISMAN, H. MICHAEL Y JOHN M. KIRK: *Cuba's International Relations: The Anatomy of a Nationalistic Foreign Policy*, Boulder, Westview Press, 1985.
- EVENSON, DEBRA: *Revolution in the Balance: Law and Society in Contemporary Cuba*, Boulder, Westview Press, 1994.
- FAGEN, RICHARD R.: "Revolution—For Internal Consumption Only", *Transaction*, abril de 1969, 10-15.
- FAGEN, RICHARD R. Y RICHARD A. BRODY: "Cubans in Exile: A Demographic Analysis", *Social Problems* 11:4, Spring de 1964, 389-401.
- FARBER, SAMUEL: *Revolution and Reaction in Cuba, 1933-1960: A Political Sociology from Machado to Castro*, Middletown, Wesleyan, University Press, 1976.
- FEDERACIÓN DEMOCRÁTICA DE MUJERES CUBANAS (FDMC): *Informes y resoluciones, I Congreso*, La Habana, Editorial Cenit, 1950.
- FEDERACIÓN SINDICAL DE TRABAJADORES DEL TELÉFONO: *V Congreso Obrero Nacional de la Industria Telefónica. Memoria*, La Habana, n. p., 1955.
- FERMOSELLE, RAFAEL: *Política y color en Cuba. La guerrita de 1912*, Montevideo: Ediciones Géminis, 1974.

- FERNANDES, FLORESTAN: *The Negro in Brazilian Society*, New York, Columbia University Press, 1969.
- FERNÁNDEZ, NADINE T.: "Race, Romance, and Revolution: The Cultural Politics of Interracial Encounters in Cuba", PhD Diss. University of California at Berkeley, 1996.
- _____ : "The Color of Love: Young Interracial Couples in Cuba", *Latin American Perspectives* 23:1, Winter, 1996, 99-117.
- FERNÁNDEZ ROBAINA, TOMÁS: *Bibliografía de temas afrocubanos*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1985.
- _____ : "La Bibliografía de autores de la raza de color, de Carlos M. Trelles", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, septiembre-diciembre de 1988, 141-151.
- _____ : *El negro en Cuba 1902-1958. Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1990.
- FERRARA, ORESTES: *Elections or Mutiny. A Brief Survey of the Cuban Elections*, La Habana, La Reforma Social, 1920.
- FERRER, ADA: "Social Aspects of Cuban Nationalism: Race, Slavery, and the Guerra Chiquita, 1879-1880", *Cuban Studies* 21, 1991, 37-56.
- _____ : "Esclavitud, ciudadanía y los límites de la nacionalidad cubana: la Guerra de los Diez Años, 1868-1878", *Historia Social* 22, 1995, 101-125.
- _____ : "To Make a Free Nation: Race and the Struggle for Independence in Cuba, 1868-1898", Ph.D. Diss., University of Michigan, 1995.
- FIGUERAS, FRANCISCO: *Cuba y su evolución colonial*, La Habana, Imprenta Avisador Comercial, 1907.
- FOLK, PAMELA S.: *Cuban Foreign Policy: Caribbean Tempest*, Lexington, Lexington Books, 1986.
- FONER, ERIC: *Reconstruction. America's Unfinished Revolution 1863-1877*, New York, Harper & Row, Publishers, 1988.
- FONER, PHILIP Y JAME S. ALLEN, EDS.: *American Communism and Black Americans. A Documentary History, 1919-1929*, Philadelphia, Temple University Press, 1987.
- FOREIGN POLICY ASSOCIATION, COMMISSION ON CUBAN AFFAIRS: *Problems of the New Cuba*, New York, Foreign Policy Association, 1935.
- FOX, GEOFFREY E.: "Race and Class in Contemporary Cuba", *Cuban Communism*, Third Edition, ed. Irving Louis Horowitz, New Brunswick, Transaction Books, 1977, pp. 421-444.
- FRANCO, JOSÉ LUCIANO: *Antonio Maceo, apuntes para una historia de su vida*, 3 vols., La Habana, Sociedad de Estudios Históricos e Internacionales, 1951-1957.

- FRANKLIN, JANE: *Cuba and the United States: A Chronological History*, Melbourne, Ocean Press, 1997.
- FREDRICKSON, GEORGE M.: *Black Liberation: A Comparative History of Black Ideologies in the United States and South Africa*, New York, Oxford University Press, 1995.
- _____: *The Comparative Imagination: On the History of Racism, Nationalism, and Social Movements*, Berkeley, University of California Press, 1997.
- GARCÍA AGÜERO, SALVADOR: "Un comentario final", *Revista Bimestre Cubana* 38, 1936, 126-132.
- _____: "Presencia africana en la música nacional", *Estudios Afrocubanos* 1:1, 1937, 114-127.
- GARCÍA ÁLVAREZ, ALEJANDRO: *La gran burguesía comercial en Cuba, 1899-1920*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1990.
- GARCÍA BARRIO, CONSTANCE S.: "The Black in Post-Revolutionary Cuban Literature", *Revista/Review Interamericana* 8:2, Summer, 1978, 263-270.
- GARCÍA BUCHACA, EDITH, ESPERANZA SÁNCHEZ MASTRAPA Y MARÍA I. ARGÜELLES: *El II Congreso Internacional de Mujeres*, La Habana, n. p., 1949.
- GARCÍA GONZÁLEZ, ARMANDO: "En torno a la antropología y el racismo en Cuba en el siglo XIX", *Cuba, la Perla de las Antillas*, eds. Consuelo Naranjo Orovio y Tomás Mallo Gutiérrez, Aranjuez, Ediciones Doce Calles, 1994, pp. 45-64.
- GARCÍA PÉREZ, GLADYS M.: *Insurrection and Revolution: Armed Struggle in Cuba, 1952-1959*, Boulder, Lynn Rienner, 1998.
- GASTÓN AGÜERO, SIXTO: *Racismo y mestizaje en Cuba*, La Habana, Editorial Lid., 1959.
- GILMORE, ELIZABETH: *Gender and Jim Crow: Women and the Politics of White Supremacy in North Carolina, 1896-1920*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1996.
- GLEJESES, PIERO: "The First Ambassadors: Cuba's Contribution to Guinea-Bissau's War of Independence", *Journal of Latin American Studies* 29, 1997, 45-88.
- GODIO, JULIO: *Historia del movimiento obrero latinoamericano*, Buenos Aires, Cid, 1979.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, CARLOS: *Origen y desarrollo del movimiento obrero camagüeyano*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1984.
- GONZÁLEZ Y VENEGAS, CARIDAD: "Origen y desarrollo de las Escuelas Normales de Cuba", *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, julio-diciembre de 1922, 300-353.
- GOSSE, VAN: *Where the Boys Are: Cuba, Cold War America and the Making of a New Left*, London, Verso, 1993.

- _____ : "The African-American Press Greet the Cuban Revolution", *Between Race and Empire: African-Americans and Cubans Before the Cuban Revolution*, eds. Lisa Brock y Digna Castañeda, Philadelphia, Temple University Press, 1998, pp. 266-280.
- GRANADOS, MANUEL: *Adire y el tiempo roto*, La Habana, Casa de las Américas, 1967.
- GREEN, GIL: *Cuba... the Continuing Revolution*, New York, International Publishers, 2da. ed., 1985.
- GREENBERG, STANLEY: *Race and State in Capitalist Development, Comparative Perspectives*, New Haven, Yale University Press, 1980.
- GRILLO, DAVID: *El problema del negro cubano*, La Habana, n. p, 2da. ed., 1953.
- GRINÁN PERALTA, LEONARDO: *Maceo, análisis caracterológico*, La Habana, Cooperativa de Cultura Popular, 1962.
- GROBART, FAVIO: *Trabajos escogidos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1985.
- GUANCHE, JESÚS: "Etnicidad y racialidad en la Cuba actual", *América Negra* 15, diciembre de 1998, 43-63.
- GUERRA, RAMIRO: *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1970.
- GUEVARA, ERNESTO: *Escritos y discursos*, 9 vols., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1972-1977.
- GUILLÉN, NICOLÁS: *Obra poética, 1920-1972*, La Habana, Editorial de Arte y Literatura, 1974.
- _____ : *Prosa de prisa*, 3 vols., La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1976.
- GUIRAO, RAMÓN: *Órbita de la poesía afrocubana, 1928-1937 (Antología)*, La Habana, Úcar, García y Cía., 1938.
- GUITERAS, JUAN: "Estudios demográficos", *Revista Bimestre Cubana* 8:6, noviembre-diciembre de 1913, 405-421.
- HAGEDORN, KATHERINE JOHANNA: "Anatomía del Proceso Folklórico: The 'Folkloricization' of Afro-Cuban Religious Performance in Cuba", PhD. Diss., Brown University, 1995.
- HAGEMAN, ALICE L. Y PHILIP E. WHEATON: *Religion in Cuba Today: A New Church in a New Society*, New York, Association Press, 1971.
- HAINES, HERBERT H.: *Black Radicals and the Civil Rights Mainstream, 1954-1970*, Knoxville, University of Tennessee Press, 1988.
- HANCHARD, MICHAEL GEORGE: *Orpheus and Power: The "Movimento Negro" of Rio de Janeiro and São Paulo, Brazil, 1945-1988*, Princeton, Princeton University Press, 1994.
- HASENBALG, CARLOS A.: *Discriminação e desigualdades raciais no Brasil*, Rio de Janeiro, Graal, 1979.

- _____: "Race and Socioeconomic Inequalities in Brazil", *Race, Class and Power in Brazil*, ed. Pierre-Michel Fontaine, Los Angeles, CAAS, 1985, pp. 25-41.
- HAVANA MILITARY ACADEMY: *Memoria 1956-1957*, Havana, n. p., 1957.
- HEAPE, WALTER: "The Proportion of the Sexes Produced by Whites and Coloured Peoples in Cuba", *Philosophical Transactions of the Royal Society of London*, Series B: 200, 1909, 271-330.
- HELG, ALINE: "Race in Argentina and Cuba, 1880-1930: Theory, Policies, and Popular Reaction", *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*, ed. Richard Graham, Austin, University of Texas Press, 1992, pp. 37-69.
- _____: *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1995.
- HERNÁNDEZ, DANIELA: "Raza y prejuicio racial en Santa Clara: un reporte de investigación", *América Negra* 15, diciembre de 1998, 75-86.
- HERNÁNDEZ, RAFAEL Y REDI GOMIS: "Retrato del Mariel: el ángulo socioeconómico", *Cuadernos de Nuestra América* 3:5, enero-junio de 1986, 124-151.
- HERNÁNDEZ CATÁ, ALFONSO: *Los frutos ácidos y otros cuentos*, Madrid, Aguilar, 1953.
- HERNÁNDEZ LLORÉNS, ALBERTO: "Notas sobre la acción del Partido Comunista en el movimiento obrero de Trinidad", *Los obreros hacen y escriben su historia*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. 351-384.
- HEVIA LANIER, OILDA: *El Directorio Central de las Sociedades Negras de Cuba, 1886-1894*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1996.
- HINTON, RICHARD J.: "Cuban Reconstruction", *The North American Review* 168:1, enero de 1899, 92-102.
- HOBSBAWM, ERIC J.: *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991*, New York, Pantheon Books, 1994.
- HOLT, THOMAS C.: "Marking: Race, Race-making, and the Writing of History", *American Historical Review* 100:1, febrero de 1995, 1-20.
- HORREGO ESTUCH, LEOPOLDO: *Juan Gualberto Gómez. Un gran inconforme*, La Habana, Editorial Mecenaz, 1949.
- _____: *Maceo, héroe y carácter*, La Habana, La Milagrosa, 1952.
- _____: *Martín Morúa Delgado. Vida y mensaje*, La Habana, Editorial Sánchez, S. A., 1957.
- HOWE, LINDA S.: "Nancy Morejón's 'Mujer Negra': Rereading Afrocentric Hermeneutics, Rewriting Gender", *The Journal of Afro-Latin American Studies & Literatures* 1:1, Fall 1993-1994, 95-107.

- IBARRA, IBARRA: *Ideología mambisa*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1967.
- _____ : *Cuba: 1898-1921. Partidos políticos y clases sociales*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1992.
- _____ : "Historiografía y revolución", *Temas* 1, enero-marzo de 1995, 5-17.
- IGLESIAS, FE: "La explotación del hierro en el sur de Oriente y la Spanish American Iron Company", *Santiago* 17, marzo de 1975, 59-106.
- _____ : "Características de la inmigración española en Cuba, 1904-1930", *Espanoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*, ed. Nicolás Sánchez-Albornoz, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 270-295.
- INSTITUTO EDISON: *Anuario 1955*, La Habana, Úcar García S. A., 1955.
- INSTITUTO DE HISTORIA: *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos*, 2 vols., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.
- _____ : *Historia del movimiento obrero cubano, 1865-1958*, 2 vols., La Habana, Editora Política, 1985.
- INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA: *Diccionario de la literatura cubana*, 2 vols., La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1980-1984.
- Inter-American Statistical Yearbook 1942*, New York, The McMillan Co., 1943.
- JAYNES, GERALD D. Y ROBIN M. WILLIAMS, JR.: *A Common Destiny: Blacks and American Society*, Washington, D. C., National Academy Press, 1989.
- JOHNPOLL, BERNARD K. Y HARVEY KLEHR: *Biographical Dictionary of the American Left*, Westport, Greenwood Press, 1986.
- JOLLY, RICHARD: "The Literacy Campaign and Adult Education", *Cuba: The Economic and Social Situation*, ed. Dudley Seers. Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1964, pp. 190-219.
- JONES, LEROI: *Home, Social Essays*, New York, William Morrow & Co., 1966.
- KIRK, JOHN M.: *Between God and Party: Religion and Politics in Revolutionary Cuba*, Tampa, University of South Florida Press, 1989.
- KOUSSER, J. MORGAN: *The Shaping of Southern Politics: Suffrage Restriction and the Establishment of the One-Party South, 1880-1910*, New Haven, Yale University Press, 1974.
- KUTZINSKI, VERA M.: *Sugar's Secrets. Race and the Erotics of Cuban Nationalism*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1993.
- L. L. Y J. S. BERNARD: "The Negroes in Relation To Other Races in Latin America", *The Annals* 140, noviembre de 1928, 306-318.
- LANDAU, SAUL: "A New Twist on Race in Cuba", *Monthly Review* 42, no. 9, febrero de 1991, 53-58.
- LARSON, EDWARD J.: *Sex, Race, and Science: Eugenics in the Deep South*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1995.
- LAVRETSKY, I.: *Ernesto Che Guevara*, Moscow, Progress Publishers, 1976.

- LAZCANO Y MAZÓN, ANDRÉS M.: *Constitución de Cuba*, 3 vols., La Habana, Cultural S. A., 1941.
- LE RIVEREND, JULIO: *Historia económica de Cuba*, La Habana, Instituto del Libro, 1967.
- LEWIS, OSCAR, RUTH M. LEWIS Y SUSAN M. RIGDON: *Cuatro hombres. Viviendo la revolución: una historia oral de Cuba contemporánea*, Mexico City, Joaquín Mortiz, 1977.
- LEWIS, RUPERT: *Marcus Garvey, Anti-Colonial Champion*, Trenton, Africa World Press, 1988.
- LINDSAY, FORBES Y NEVIN O. WINTER: *Cuba and Her People of To-Day*, Boston, L. C. Page & Company, 1928.
- Lineamientos económicos y sociales para el quinquenio (1986-1990)*, La Habana, Editora Política, 1986.
- LOCKWOOD, LEE: *Castro's Cuba, Cuba's Fidel: An American Journalist's Inside Look at Today's Cuba*, New York, Macmillan, 1967.
- LOMBARDI, JOHN V.: *Venezuela. La búsqueda del orden. El sueño del progreso*, Barcelona, Editorial Crítica, 1985.
- LÓPEZ SEGRERA, FRANCISCO: *Raíces históricas de la Revolución Cubana (1868-1959. Introducción al estudio de las clases sociales en Cuba en sus relaciones con la política y la economía*, La Habana, UNEAC, 1978.
- LOVE, JOSEPH L.: "Political Participation in Brazil, 1881-1969", *Luso-Brazilian Review* 7:2, 1970, 3-24.
- Lovell, Peggy A.: "Race, Gender and Development in Brazil", *Latin American Research Review* 29: 3, 1994, 7-35.
- Lumen, Enrique: *La Revolución Cubana, 1902-1934*, Mexico City, Ediciones Botas, 1934.
- MACGAFFEY, WYATT: "Social Structure and Mobility in Cuba", *Anthropological Quarterly* 34, 1961, 94-109.
- MALUQUER DE MOTES, JORDI: *Nación e inmigración: los españoles en Cuba (ss. XIX y XX)*, Barcelona, Ediciones Jucar, 1992.
- : "La inmigración española en Cuba: elementos de un debate histórico", *Cuba, la perla de las Antillas*, eds. Consuelo Naranjo Orovio y Tomás Mallo Gutiérrez, Aranjuez, Ediciones Doce Calles, 1994, pp. 137-147.
- MAÑACH, JORGE: "La crisis de la alta cultura en Cuba", *Revista Bimestre Cubana* 20, 1925, 129-163.
- : *Pasado vigente*, La Habana, Editorial Trópico, 1939.
- MARABLE, MANNING: "The Fire This Time: The Miami Rebellion, May, 1980", *The Black Scholar*, julio-agosto de 1980, 2-18.
- MARINELLO, JUAN: "25 años de poesía cubana. Derrotero provisional", *Revista Bimestre Cubana* 39, 1937, 236-239, 366-388.

- _____ : *La cuestión racial en la Constitución*, La Habana, n. p., 1940.
- MARKS, GEORGE P.: *The Black Press Views American Imperialism (1898-1900)*, New York, Arno Press, 1971.
- MARTÍ, JOSÉ: *La cuestión racial*, La Habana, Editorial Lex, 1959.
- _____ : *Obras escogidas*, 3 vols., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1992.
- MARTÍNEZ, JUAN A.: *Cuban Art & National Identity. The Vanguardia Painters 1927-1950*, Gainesville, University Press of Florida, 1994.
- MARTÍNEZ-ECHAZÁBAL, LOURDES: "The Politics of Afro-Cuban Religion in Contemporary Cuban Cinema", *Afro-Hispanic Review*, Spring de 1994, 16-22.
- MARTÍNEZ FURÉ, ROGELIO: *Conjunto Folklórico Nacional*, La Habana, Consejo de Cultura, 1963.
- _____ : *Diálogos imaginarios*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1979.
- MARTÍNEZ ORTIZ, RAFAEL: *Cuba. Los primeros años de independencia*, 2 vols., Paris, Editorial Le Livre Libre, 1929.
- MASDEU, JESÚS: *La raza triste*, La Habana, Imprenta Obrapía, 2da. ed., 1943.
- _____ : *Ambición*, La Habana, Tipografía Artística, 1931.
- MASFERRER, MARIANNE Y CARMELO MESA-LAGO: "The Gradual Integration of the Black in Cuba: Under the Colony, the Republic, and the Revolution", *Slavery and Race Relations in Latin America*, ed. Robert Brent Toplin, Westport, Greenwood Press, 1974, pp. 348-384.
- MASSIP, SALVADOR: "La crisis de los institutos de 2a. enseñanza", *Revista Bimestre Cubana* 19, 1924, 183-215.
- MCGARRITY, GAYLE L.: "Race, Culture, and Social Change in Contemporary Cuba", *Cuba in Transition: Crisis and Transformation*, eds. Sandor Halebsky y John M. Kirk, Boulder, Westview Press, 1992, pp. 193-205.
- MEALY, ROSEMARY: *Fidel and Malcolm X: Memories of a Meeting*, Melbourne, Ocean Press, 1993.
- MELLA, JULIO ANTONIO: *Documentos y artículos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.
- Memorias inéditas del censo de 1931*: La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978.
- MENÉNDEZ VÁZQUEZ, LÁZARA: "¿Un cake para Obatalá?", *Temas* 4, octubre-diciembre de 1995, 38-51.
- MESA RODRÍGUEZ, MANUEL I.: *Martín Morúa Delgado*, La Habana, El Siglo XX, 1946.
- MESA-LAGO, CARMELO: *The Labor Force, Employment, Unemployment and Underemployment in Cuba: 1899-1970*, Beverly Hills, Sage Publications, 1972.

- _____: *The Economy of Socialist Cuba: A Two-Decade Appraisal*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1981.
- _____: *Breve historia económica de la Cuba socialista*, Madrid, Alianza, 1994.
- _____: *Are Economic Reforms Propelling Cuba to the Market?* Coral Gables, North-South Center, 1994.
- _____: ed. *Revolutionary Change in Cuba*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1971.
- MESTRE ARÍSTIDES: "Las leyes de la herencia y la biología aplicada", *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, julio-octubre de 1918, 163-193.
- _____: "La higiene mental en los Estados Unidos y en Francia. Nuestra liga y su programa", *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, julio-diciembre de 1929, 203-218.
- MITCHEL, MICHAEL: "Blacks and the Abertura Democrática", *Race, Class and Power in Brazil*, ed. Pierre-Michel Fontaine, Los Ángeles, CAAS, 1985, pp. 95-119.
- MONTALVO, JOSÉ R.: "El problema de la inmigración en Cuba", *Revista Cubana* 8, 1888, 524-538.
- MONTANER, CARLOS A.: *Informe secreto sobre la Revolución Cubana*, Madrid, Ediciones Sedmay, 1976.
- MONTEJO ARRECHEA, CARMEN VICTORIA: *Sociedades de Instrucción y Recreo de pardo y morenos que existieron en Cuba colonial*, Veracruz, Instituto Veracruzano de Cultura, 1993.
- MOORE, CARLOS: "Le peuple noir a-t-il sa place dans la Révolution Cubaine?", *Presence Africaine* 52, 1964, 177-230.
- _____: *Castro, the Blacks, and Africa*, Los Ángeles, UCLA Center for Afroamerican Studies, 1988.
- MOORE, ROBIN: *Nationalizing Blackness: Afrocubanismo and Artistic Revolution in Havana, 1920-1940*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1997.
- MORALES Y PATIÑO, OSWALDO: "La higiene en los centrales azucareros", *Crónica Médico-Quirúrgica de La Habana* 51:9, septiembre de 1925, 367-378.
- MORRO, JUAN DEL: "La Sociedad del Folklore Cubano", *Revista Bimestre Cubana* 18, 1923, 47-52.
- MORÚA DELGADO, MARTÍN: *Integración cubana y otros ensayos*, La Habana, Impresora Nosotros S. A., 1957.
- MUNICIPIO DE LA HABANA: *Las comparsas populares del carnaval habanero, cuestión resuelta*, La Habana, Molina y Cía., 1937.
- MUSTELIER, GUSTAVO E.: *La extinción del negro. Apuntes político sociales*, La Habana, Imprenta de Rambla, Bouza y Cía., 1912.

- NAISON, MARK: *Communists in Harlem During the Depression*, Urbana, University of Illinois Press, 1983.
- NARANJO OROVIO, CONSUELO: "Análisis histórico de la emigración española a Cuba, 1900-1959", *Revista de Indias* 174, 1984, 503-526.
- _____ : *Cuba vista por el emigrante español, 1900-1959*, Madrid, CSIC, 1987.
- _____ : *Cuba, otro escenario de lucha: la guerra civil y el exilio republicano español*, Madrid, CSIC, 1988.
- _____ : "Trabajo libre e inmigración española en Cuba: 1880-1930", *Revista de Indias* 52:195-196, 1992, 749-794.
- _____ : "La población española en Cuba, 1880-1953", *Cuba, la Perla de las Antillas*, eds. Consuelo Naranjo Orovio y Tomás Mallo Gutiérrez, Aranjuez, Doce Calles, 1994, pp. 121-136.
- NARANJO OROVIO, CONSUELO Y ARMANDO GARCÍA GONZÁLEZ: *Racismo e inmigración en Cuba en el siglo XIX*, Aranjuez, Ediciones Doce Calles, 1996.
- NELSON, LOWRY: *Rural Cuba*, Minneapolis, The University of Minnesota Press, 1950.
- NORTH, JOSEPH: "Negro and White in Cuba", *Political Affairs* 42:7, julio de 1963, 34-45.
- NOVÁS CALVO, LINO: "La luna de los ñáñigos", *Revista de Occidente* 35, enero-marzo de 1932, 83-105.
- _____ : "En el cayo", *Revista de Occidente* 36, abril-junio de 1932, 235-269.
- OLLIZ-BOYD, ANTONIO: "Race Relations in Cuba: A Literary Perspective", *Revista/Review Interamericana* 8:2, Summer, 1978, 225-233.
- ORTIZ, FERNANDO: "La crisis política cubana. Sus causas y remedios", *Revista Bimestre Cubana* 14, 1919, 5-22.
- _____ : "El Doctor de la Torre y la crisis cultural", *Revista Bimestre Cubana* 18, 1923, 8-14.
- _____ : *La decadencia cubana*, La Habana, Imprenta y Papelería La Universal, 1924.
- _____ : "Más acerca de la poesía mulata. Escorzos para su estudio", *Revista Bimestre Cubana* 37, 1936, 23-39, 218-227, 439-443.
- _____ : "Martí and the Race Problem", *Phylon* 3, 1942, 253-276.
- _____ : "Por la integración cubana de blancos y negros", *Revista Bimestre Cubana* 51, 1943, 256-272.
- _____ : *El engaño de las razas*, La Habana, Editorial Páginas, 1945.
- _____ : "Preludios étnicos de la música afrocubana", *Revista Bimestre Cubana* 64, 1949, 87-194.
- _____ : "La sinrazón de los racismos", *Revista Bimestre Cubana* 70, 1955, 161-183.

- _____ : "Ni racismos ni xenofobias", *Revista Bimestre Cubana* 24, 1929, 6-19.
- ORUM, THOMAS T.: "The Politics of Color: The Racial Dimension of Cuban Politics During the Early Republican Years, 1900-1912", Ph.D. Diss., New York University, 1975.
- OTTANELLI, FRASER M.: *The Communist Party of the United States: From the Depression to World War II*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1991.
- PATTERSON, ORLANDO: *The Ordeal of Integration: Progress and Resentment in America's "Racial" Crisis*, Washington, D. C., Civitas, 1997.
- PEARSON, HUGH: *The Shadow of the Panther: Huey Newton and the Price of Black Power in America*, Reading, Ma., Addison-Wesley, 1994.
- PEDRAZA, SILVIA: "Cuba's Refugees: Manifold Migrations", *Origins and Destinies: Immigration, Race, and Ethnicity in America*, eds. Silvia Pedraza y Rubén G. Rumbaut, Belmont, Wathsworth Publishing, 1996.
- PEÑA, LÁZARO: *¡La unidad es victoria!*, La Habana, n. p. 1942.
- PEPPER, CHARLES M.: *To-Morrow in Cuba*, New York, Harper & Brothers Publishers, 1899.
- PÉREZ JR., LOUIS A.: *Cuba Between Empires, 1878-1902*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1983.
- _____ : *Cuba Under the Platt Ammendment, 1902-1934*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1986.
- _____ : "Politics, Peasants, and People of Color: The 1912 'Race War' in Cuba Reconsidered", *Hispanic American Historical Review* 66, agosto de 1986, 509-539.
- _____ : "Aspects of Hegemony: Labor, State, and Capital in Plattist Cuba", *Cuban Studies* 16, 1986, 49-69.
- _____ : *Cuba, Between Reform and Revolution*, New York, Oxford University Press, 1988.
- _____ : *Lords of the Mountain: Social Banditry and Peasant Protest in Cuba, 1878-1918*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1989.
- _____ : "The Imperial Design: Politics and Pedagogy in Occupied Cuba, 1899-1902", *Essays on Cuban History: Historiography and Research*, Gainesville, University Press of Florida, 1995, pp. 35-52.
- _____ : "North American Protestant Missionaries in Cuba and the Culture of Hegemony, 1898-1920", *Essays*, pp. 53-72.
- _____ : "In the Service of Revolution: Two Decades of Cuban Historiography, 1959-1979", *Essays*, pp. 144-152.
- PÉREZ DE LA RIVA, JUAN: "Los recursos humanos de Cuba al comenzar el siglo: inmigración, economía y nacionalidad (1899-1906)", *Anuario*

- de Estudios Cubanos 1*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. 7-44.
- _____ : "Cuba y la migración antillana, 1900-1931", *Anuario de Estudios Cubanos 2*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1979, pp. 3-75.
- PÉREZ LANDA, RUFINO Y MARÍA ROSELL PÉREZ: *Vida pública de Martín Morúa Delgado*, La Habana. La Habana, n. p. 1957.
- PÉREZ-LÓPEZ, JORGE: "An Index of Cuban Industrial Output, 1930-1958", PhD. Diss., University of New York at Albany, 1974.
- PÉREZ-MEDINA, M. A.: "The Situation of the Negro in Cuba", *Negro, An Anthology*, ed. Nancy Cunard, New York, Frederick Ungar Publishing Co., 1970, pp. 294-298.
- PÉREZ PÉREZ, ÁNGEL: *Huelga del 55 en el central Estrella*, La Habana, Departamento de Orientación Revolucionaria, 1974.
- PÉREZ SARDUY, PEDRO Y JEAN STUBBS: *Afrocuba. An Anthology of Cuban Writing on Race, Politics and Culture*, Melbourne, Ocean Press, 1993.
- PÉREZ-STABLE, MARIFELI: *The Cuban Revolution, Origins, Course, and Legacy*, New York, Oxford University Press, 1993.
- PICHARDO, HORTENSIA, ED.: *Documentos para la historia de Cuba*, 4 vols., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1969.
- PINTO, ÁNGEL C.: *Un artículo y tres cartas*, La Habana, n. p., 1939.
- _____ : *El Dr. Mañach y el problema negro*, La Habana, Nuevos Rumbos, 1949.
- Por la escuela cubana en Cuba libre*, La Habana, n. p., 1941.
- PORTELL-VILÁ, HERMINIO: *Nueva historia de la República de Cuba*, Miami, La Moderna Poesía, 1986.
- PORTER, BRUCE Y MARVIN DUNN: *The Miami Riot of 1980: Crossing the Bounds*, Lexington, Lexington Book, 1984.
- PORTER, ROBERT P.: *Industrial Cuba*, New York, G. P. Putnam's Sons, 1899.
- PORTES, ALEJANDRO Y ALEX STEPICK: "Unwelcome Immigrants: The Labor Market Experiences of 1980 (Mariel) Cuban and Haitian Refugees in South Florida", *American Sociological Review* 50, 4, agosto de 1985, 493-514.
- _____ : *City on the Edge: The Transformation of Miami*, Berkeley, University of California Press, 1993.
- PORTUONDO LINARES, SERAFÍN: *Los independientes de color. Historia del Partido Independiente de Color*, La Habana, Ministerio de Educación, 1950.
- PRUNA, PEDRO M. Y ARMANDO GARCÍA GONZÁLEZ: *Darwinismo y sociedad en Cuba, siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1989.
- RAMOS, JOSÉ ANTONIO: "Cubanidad y mestizaje", *Estudios Afrocubanos* 1:1, 1937, 92-113.

- Reglamento de la sociedad de la raza de color en Morón "La Unión"*, Morón, A. del Cueto, 1899.
- REICH, MICHAEL: *Racial Inequality: A Political-Economic Analysis*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1981.
- RIERA, MARIO: *Cuba política, 1899-1955*, La Habana, Modelo S. A., 1955.
- RING, HARRY: *How Cuba Uprooted Race Discrimination*, New York, Merit Publishers, 2da. ed., 1969.
- RISQUET, JUAN FELIPE: *Rectificaciones. La cuestión político-social en la isla de Cuba*, La Habana, Tipografía América, 1900.
- ROCA CALDERÍO, BLAS: *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, La Habana, Ediciones Populares, 1961.
- ROCHE Y MOTEAGUDO, RAFAEL: *La policía y sus misterios en Cuba*, La Habana, La Moderna Poesía, 1925.
- RODRÍGUEZ, LUIS FELIPE: *Ciénaga y otros relatos*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1984.
- RODRÍGUEZ EXPÓSITO, CÉSAR: *Dr. Enrique Núñez y Palomino*, La Habana, Cuadernos de Historia de la Salud Pública, 1968.
- ROJAS, MARTA: *La generación del centenario en el juicio del Moncada*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973.
- ROSELL, MIRTA, ED.: *Luchas obreras contra Machado*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973.
- ROUT, JR., LESLIE B.: *The African Experience in Spanish America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976.
- RUIZ SUÁREZ, BERNARDO: *The Color Question in the Two Americas*, New York, The Hunt Publishing Co., 1922.
- SAFA, HELEN I.: *The Myth of the Male Breadwinner: Women and Industrialization in the Caribbean*, Boulder, Westview Press, 1995.
- SAVIGNÓN, TOMÁS: *Tres ensayos*, La Habana, P. Fernández y Cía., 1951.
- SCHUMAN, HOWARD, CHARLOTTE STEEH Y LAWRENCE BOBO: *Racial Attitudes in America: Trends and Interpretations*, Cambridge, Harvard University Press, 1985.
- SCOTT, REBECCA J.: *Slave Emancipation in Cuba. The Transition to Free Labor, 1860-1899*, Princeton, Princeton University Press, 1985.
- _____ : "Defining the Boundaries of Freedom in the World of Cane: Cuba, Brazil, and Louisiana after Emancipation", *The American Historical Review* 99:1, febrero de 1994, 70-102.
- _____ : "Relaciones de clase e ideologías raciales: acción rural colectiva en Louisiana y Cuba, 1865-1912", *Historia Social* 22, 1995, 127-150.
- _____ : "Cuba: questions sociales, raciales et politiques d'une transition à l'autre", *Problèmes d'Amérique Latine* 17, abril-junio de 1995, 3-16.

- _____: "Labor and the Exercise of Political Voice. Santa Clara, 1899-1906". Paper presented at the Conference "Race at the Turn of the Century", New York University, abril de 1996.
- SEIDMAN, GAY: "Workers in Racially-Stratified Societies: Introduction", *International Labor and Working-Class History* 51, Spring, 1997, 1-6.
- SERRA, RAFAEL: *Carta abierta al director de "Pueblo Libre"*, New York, n. p., 1901.
- _____: *Para blancos y negros. Ensayos políticos, sociales y económicos*, La Habana, El Score, 1907.
- SERRANO PERALTA, LOURDES: "Mujer, instrucción, ocupación y color de la piel: estructura y relaciones raciales en un barrio popular de la Habana", *América Negra* 15, diciembre de 1988, 119-133.
- SERVIAT, PEDRO: *El problema negro en Cuba y su solución definitiva*, La Habana, Editora Política, 1986.
- SHAKUR, ASSATA: *Assata: An Autobiography*, Westport, L. Hill, 1987.
- SHAW, STEPHANIE J.: *What a Woman Ought to Be and to Do: Black Professional Women Workers during the Jim Crow Era*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.
- SKIDMORE, THOMAS: "Race and Class in Brazil: Historical Perspectives", *Race, Class and Power*, Fontaine, ed., 11-24.
- _____: "Bi-Racial U. S. A. vs. Multi-Racial Brazil: Is the Contrast Still Valid?", *Journal of Latin American Studies* 25, mayo de 1993, 373-386.
- SMITH, WILLIAM BENJAMIN: "The Color Line: A Brief in Behalf of the Unborn", *Anti-Black Thought 1863-1925*, ed. John David Smith, 11 vols., New York, Garland, 1993, 8:45-315.
- SOTO, LIONEL: *La revolución del 33*, 3 vols., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977.
- STABB, MARTIN S.: "Martí and the Racists", *Hispania* 40, diciembre de 1957, 434-439.
- STEPAN, NANCY L.: *"The Hour of Eugenics": Race, Gender, and Nation in Latin America*, Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1991.
- STONER, K. LYNN: *From the House to the Streets: The Cuban Woman's Movement for Legal Reform, 1898-1940*, Durham, Duke University Press, 1991.
- SUTHERLAND, ELIZABETH: *The Youngest Revolution: A Personal Report on Cuba*, New York, Dial Press, 1969.
- TABARES DEL REAL, JOSÉ A.: *La revolución del 33: sus dos últimos años*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.
- TAIBO II, PACO I., FROILÁN ESCOBAR Y FÉLIX GUERRA: *El año que estuvimos en ninguna parte. La guerrilla africana de Ernesto Che Guevara*, México City, Planeta, 1994.

- TAMAYO, DIEGO: "La vivienda en procomún (casa de vecindad)", *Tercera Conferencia Nacional de Beneficiencia y Corrección*, La Habana, Librería e Imp. La Moderna Poesía, 1904, pp. 23-31.
- TAYLOR, FRANK: "Revolution, Race, and Some Aspects of Foreign Relations in Cuba Since 1959", *Cuban Studies* 18, 1988, 19-41.
- THOMAS, HUGH: *Cuba, The Pursuit of Freedom*, London, Harper & Row, 1971.
- TORRES MOLINA, OSVALDO: *Apuntes para la historia del movimiento comunista, obrero y campesino en Matanzas, 1869-1958*, La Habana, Editora Política, 1984.
- TRELLES, CARLOS M.: "Bibliografía de autores de la raza de color", *Cuba Contemporánea* 43:169, enero-abril de 1927, 30-78.
- _____: "La hacienda y el desarrollo económico de la República de Cuba", *Revista Bimestre Cubana* 22, 1927, 323-342.
- TROTTER, JOE W.: "African Americans in the City: The Industrial Era, 1900-1950", *Journal of Urban History* 21:4, mayo de 1995, 438-457.
- TRUSLOW, FRANCIS ADAMS: *Report on Cuba*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1951.
- TUCKER, WILLIAM H.: *The Science and Politics of Racial Research*, Urbana, University of Illinois Press, 1994.
- UNIVERSIDAD CATÓLICA: *Yearbook 1949-1950*, La Habana, Úcar García S. A., 1950.
- UNIVERSIDAD DE LA HABANA, SECRETARÍA GENERAL: *Datos estadísticos, curso académico de 1951-1952*, La Habana, Universidad de la Habana [1952].
- VALLE SILVA, NELSON DO: "Updating the Cost of Not Being White in Brazil", en *Race, Class and Power*, Pierre-Michel Fontaine, ed. Los Angeles, Center for Afro-American Studies, University of California, 1985, 42-55.
- VAN DEN BERGHE, PIERRE L.: *Race and Racism: A Comparative Perspective*, New York, Wiley, 1967.
- VEGUERI, PASCUAL MARCOS: *El negro en Cuba*, La Habana, n. p., 1955.
- WADE, PETER: *BLACKNESS AND RACE MIXTURE: The Dynamics of Race Identity in Colombia*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1993.
- WHITTEN JR., NORMAN: *BLACK FRONTIERSMEN: A South American Case*, New York, Schenkman, 1974.
- WILSON, WILLIAM JULIUS: *The Declining Significance of Race: Blacks and Changing American Institutions*, Chicago, The University of Chicago Press, 1980.
- WINANT, HOWARD: *Racial Conditions: Politics, Theory, Comparisons*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1994.
- WISAN, JOSEPH E.: *The Cuban Crisis as Reflected in the New York Press, 1895-1898*, New York, Octagon Books, 1965.

- WOOD, CHARLES H. Y PEGGY A. LOVELL: "Racial Inequality and Child Mortality in Brazil", *Social Forces* 70: 3, marzo de 1992, 703-724.
- WOOD, CHARLES H. Y JOSÉ ALBERTO MAGNO DE CARVALHO: *The Demography of Inequality in Brazil*, New York, Cambridge University Press, 1988.
- WRIGHT, WINTHROP: *Café con Leche: Race, Class and National Image of Venezuela*, Austin, The University of Texas Press, 1990.
- ZANETTI, OSCAR: "Realidades y urgencias de la historiografía social en Cuba", *Temas* 1, enero-marzo de 1995, 119-128.
- _____ y Alejandro García: *United Fruit Company: un caso del dominio imperialista en Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1976.
- ZEITLIN, MAURICE: *Revolutionary Politics and the Cuban Working Class*, Princeton, Princeton University Press, 1967

